
CARLOS AURENSANZ
HASDAY
EL MÉDICO DEL CALIFA
Lectulandia

Año 924. Hasday ben Shaprut es un muchacho de trece años, despierto, precoz y ávido de comprender el mundo que lo rodea. Adolescente judío en una *madina* musulmana, hijo de un próspero comerciante y con una fuerte personalidad, pronto descubrirá que no le van a faltar enemigos. Mercaderes, bibliotecas, traductores, la madrasa y el *bimaristán*, embajadas y conflictos bélicos, avances científicos, la construcción de Madinat al Zahra…, son pinceladas que completan el fresco de una Al Ándalus en su periodo de esplendor, cuando Córdoba se convirtió en la luz que iluminaba Occidente.

Lectulandia

Carlos Aurensanz

Hasday. El médico del califa

ePub r1.0
Ablewhite 23.10.16

Título original: *Hasday. El médico del califa*
Carlos Aurensanz, 2016

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2


La Península
Ibérica
a principios
del siglo X
GALASQIYA
SIRTANIYA
AL QILA
BILAD AL ÁNDALUS
BAHR
ALGARBÍ
BAHR
ARRUM
Al Garb
IFRIQIYA
0
200 km

Dramatis personae

Abd al Karim: Marino de Bayāna.

Abd al Rahman III: Emir.

Abd Allah: Emir de Córdoba, abuelo de Abd al Rahman III.

Abu Ya’far ibn al-Yazzar: Farmacéutico del *bimaristán*.

Abul Qâsim: Abulcasis, médico y cirujano cordobés.

Adosinda: Primera esposa de Ramiro II de León.

Ahmad ibn Isa: Gobernador de Bayāna a partir de 933.

Ahmad ibn Wafid: *Qādī* de Yayyán.

Ahmad, Alí y Fátima: Nombres de los tres sirvientes de Hasday en la *almúnya* de Qurtuba.

Al Mu’izz: Califa fatimí.

Al Qaim: Califa fatimí, sucesor de Al Mahdi.

Alfonso IV: Rey de León.

Álvaro de Herrameliz: Conde de Álava.

Asbag: Antiguo gobernador de Bayāna, el Peregrino.

Aziza: Madre de Hakim.

Aznar Sánchez: Padre de la reina Toda de Pamplona.

Bâhir ibn Nabîl: Visir, director de la biblioteca del alcázar.

Baruch ben Yazar: Socio comercial de Ishaq.

Benjamín: Hermano más joven de Shoshana.

Benjamin ben Rahawi: Maestro del *bimaristán*.

Bernat: Privado de la condesa Riquilda de Barcelona.

Chafar: Uno de los *fatà* de AR III.

Constantino VII Porfirogéneta: Emperador de Bizancio.

Dudón de Verdún: Embajador germano.

Dunash ben Labrat: Poeta judío, en la novela preceptor de los hijos de Hasday.

Eliezer: Padre de Shoshana.

Elisheva: Esposa de Yakob, nuera de Hasday.

Estephanos: Embajador del emperador bizantino.

Fátima: Aya de los hijos de Hasday y Umarit.

Fernán González: Conde de Castilla.

Fernando Ansúrez: Conde de Monzón.

Firuze: Esposa de Hakim.

Furtún ibn Muhammad: General cordobés en la batalla de Simancas.

García Sánchez I: Rey de Pamplona.

Ghâlib ibn Haddād: Personaje perverso de la novela, junto a sus compinches Sâleh y Hassân.

Haddād ibn Haddād: Padre de Ghâlib.

Hakim ibn Rafiq: Amigo de Hasday, unos meses más joven.

Harit ibn Menashe: Procurador de Ghâlib en el juicio.

Hasday ibn Shaprut: Protagonista de la novela.

Hassân y Sâleh: Compinches de Ghâlib.

Helena: Emperatriz de Bizancio.

Hugo de Arlés: Conde franco.

Ibn al Barr: Poeta cordobés.

Ibn Alí Ismail: Poeta bagdadí de la corte de Abd al Rahman III.

Ibn Hakim, Aziza: Hija mayor de Hakim y Firuze.

Ibn Hakim, Hayat: Hija menor de Hakim y Firuze.

Ibn Hakim, Husayn: Segundo hijo varón de Hakim y Firuze.

Ibn Hakim, Karîm: Hijo menor de Hakim y Firuze.

Ibn Hakim, Ya'qûb: Hijo mayor de Hakim y Firuze.

Ibn Hawkal: Geógrafo árabe coetáneo de Hasday.

Ibrahim ben Yaqub: Enviado de Hasday a Germania.

Ida: Anciana cocinera de casa de los Ben Shaprut.

Ishaq ben Nathan: Emisario de Hasday a Jazaria.

Ishaq ibn Shaprut: Padre de Hasday.

Ismail: Ayudante de consultorio de Qâsim y Hasday.

Jadash: Jefe de la guardia de los Banu Shaprut.

Ja'far ibn Umar: Hijo de Umar ibn Hafsún.

José: Rey de los jázaros.

Juan: Obispo de Córdoba.

Juan de Gorze: Monje benedictino enviado por Otón I a Córdoba.

Maryam: Esposa de Abd al Rahman III, madre del heredero.

Maslama ibn Abd Allah: Alarife, uno de los arquitectos responsables de la construcción de Madīnat Al Zahra.

Mastalo: Primer magistrado de Amalfi.

Menahem ben Saruq: Poeta, secretario de Hasday.

Meretz: Mozo de cuerda de la caravana de Yakob.

Moshé ben Enoch: Gaón de Sura, que acabaría recalando en Córdoba.

Muhammad al Faruq: Escribano de la biblioteca califal. Redescubridor de la triaca.

Muhammad ibn Abd Allah: Padre de Abd al Rahman III.

Muhammad ibn Hashim al Tuchibí: Gobernador de Zaragoza, preso en Simancas por Ramiro II.

Muhammad ibn Rumahis: Almirante de la flota califal en 942.

Mundhir ibn Saíd al Balluti: *Qādī* mayor de Córdoba.

Mūsa: Viajero que Hasday conoce en su primer viaje a Bayāna.

Nachda: Uno de los *fatà* de Abd al Rahman III.

Nasr ibn Ahmad: *Qaīd* de Fraxinetum.

Nayda ibn Hussain: *Qaīd* eslavo del ejército cordobés en Simancas.

Nicolás: Monje enviado desde Bizancio para colaborar en la traducción del Dioscórides.

Nora: Madre de Hasday y Jakob.

Ofra: Doncella de casa de los Ben Shaprut.

Onneca: Hija de Toda de Pamplona, esposa del rey Alfonso IV de León.

Onneca de Pamplona: Esposa del emir Abd Allah, abuela de Abd al Rahman III y madre de Toda de Pamplona.

Ordoño III / Urdūn: Rey de León.

Ordoño IV / Urdūn: Rey de León.

Otón I: Emperador de Germania.

Qâsim ibn Sâleb: Médico, maestro de Hasday en Yayyán.

Rabí ibn Zayd: Recemundo, obispo de Ilbīra.

Radhia: Primera esposa de Al Hakam II.

Ramiro: Rey de León.

Rashid: Mozo de cuadras.

Redwan y Taled: Enviados de Ishaq ibn Shaprut a Oriente.

Riquilda: Condesa, sobrina del conde Suniario de Barcelona.

Romano Lecapeno: Emperador de Bizancio.

Sancha: Hija de Toda de Pamplona, esposa del conde Fernán González.

Sancho I el Craso: Rey de León, hijo de Ramiro II y Urraca de Pamplona.

Saruq ben Naftali: Contable de Ishaq ben Shaprut.

Shoshana: Esposa de Yakob.

Subh: Esclava, madre del heredero de Al Hakam II.

Sulayman ibn Umar: Hijo de Umar ibn Hafsún.

Suniario/Sunyer: Conde de Barcelona.

Teresa: Hermana de Ordoño III de León.

Teresa Ansúrez: Esposa de Sancho el Craso de León.

Toda: Reina de Pamplona.

Umar ibn Hafsún: Rebelde muladí frente al emirato.

Umarit: Esclava liberada por Hasday, más tarde su esposa.

Urraca: Hija de Toda de Pamplona, segunda esposa de Ramiro II de León.

Urraca Fernández: Hija de Fernán González, casada con Ordoño III y luego con Ordoño IV.

Walid ibn al Mayid: Director del *bimaristán* de Córdoba.

Ya’far ibn Umar: Hijo y sucesor de Umar ibn Hafsún.

Yakob ibn Hasday: Hijo primogénito de Hasday y Umarit.

Yakob ibn Shaprut: Hermano mayor de Hasday.

Yorán: Eunuco, hermano de Umarit.

Yorán ibn Hasday: Segundo hijo de Hasday y Umarit.

PRIMERA PARTE

1

Año 924

Aunque debía de ser cerca de medianoche, Hasday permanecía en vela en el lecho, cobijado por una confortable manta de lana. La luz de la luna proyectaba en la pared las sombras de la enorme morera que crecía frente a la ventana de su alcoba, y había dedicado la última hora a contemplar aquellas formas caprichosas sumido en sus pensamientos. La inquietud había mantenido alejado el sueño mientras prestaba atención a los ruidos sordos procedentes de las estancias inferiores. Hacía rato que habían cesado, señal de que también los sirvientes se habían retirado a sus aposentos tras completar las tareas del día.

Una repentina sacudida agitó su pecho al recordar el motivo de su vigilia y, sin pensarlo más, retiró la manta y saltó al suelo. Con decisión, vistió su jubón más abrigado, dispuesto sobre un escabel próximo, se enfundó los escarpines y se calzó los zapatos de cuero. Respiró hondo antes de abrir la puerta de la alcoba, que giró sobre sus goznes recién engrasados sin emitir el más mínimo chirrido. Recorrió con sigilo la galería a la que se abría el resto de los dormitorios y descendió la escalinata sin poder contener una sonrisa al oír los sonoros ronquidos de su hermano mayor, al otro lado de una de aquellas puertas. Yakob contaba solo quince años, dos más que él, pero aquellos estertores, más propios de un padre de familia entrado en carnes, eran motivo frecuente de chanza, y Hasday solo tenía que mentarlos para conseguir que su hermano enrojeciera y corriera tras él dispuesto a hacerlo rodar por el suelo. Aquellas peleas inocentes, sin embargo, jamás habían desembocado en nada serio, y una oleada de afecto le recorrió el espinazo cuando alcanzó el zaguán.

Solo dos lamparillas mantenían el lugar en una acogedora semipenumbra, que lo ayudó a llegar a la puerta principal sin sobresaltos. De la amplia alacena que hacía las veces de ropero, tomó una capa que se frunció al cuello y se dispuso a retirar el pesado cerrojo. El vástago, que él mismo se había ocupado de untar con grasa, se deslizó con suavidad y le permitió alzar el pestillo un instante antes de que el viento todavía helado del mes de marzo le azotara el rostro. La calle principal de la judería en la que se ubicaba la residencia familiar se encontraba desierta, como esperaba. Encajó la puerta con cuidado, dejó caer el pestillo para asegurarla y se cubrió la cabeza con el capuz. Antes de echar a andar de manera decidida bajo la luz de la luna, tocó con la mano derecha la *mezuzah* de la jamba para invocar la protección divina. Por precaución, avanzó entre las sombras de los edificios en dirección a la muralla exterior, siguiendo el complejo entramado de callejuelas de la aljama de Yayyán. Dejó atrás la sinagoga y los baños construidos gracias a la generosidad de su propio padre, Ishaq ben Shaprut, el comerciante más próspero de la ciudad, y se encaminó hacia la portezuela practicada en la muralla, que, como en otras ocasiones, podría atravesar con solo alzar el pesado pasador de madera.

Por fortuna, la ciudad parecía haber recuperado la calma tras un año agitado, en el que el emir Abd al Rahman había centrado todo su poderío militar en el intento de liberar la ruta entre Yayyán y Bayāna, el puerto a través del cual comerciaba su padre. Tiempo atrás, los rebeldes muladíes, encabezados por el renegado Umar ibn Hafsún, habían puesto en jaque a las caravanas que dieran prosperidad a su familia y habían llegado a tomar por las armas varias ciudades situadas en aquella ruta. El sagaz Ishaq ben Shaprut había puesto su fortuna y también toda su influencia al servicio del joven emir de Qurtuba, en quien mostraba una fe ciega. A juzgar por los resultados, había apostado por el caballo ganador, por el hombre que, contra todo pronóstico, estaba consiguiendo devolver al emirato la estabilidad que apenas una década antes parecía perdida para siempre. Habían sido momentos de zozobra para la ciudad, que había visto sus calles, arrabales y descampados invadidos por las tropas del emirato; por millares de mercenarios dispuestos a luchar por una parca soldada y un botín incierto; por enjambres de bereberes que habían plantado sus tiendas a los pies de las murallas; por compañías enteras de esclavos *saqāliba* deseosos de comprar su libertad al precio de arriesgar su vida al servicio del soberano que los había capturado en las frías tierras del norte.

Los fondos atesorados por su padre durante toda una vida de intensa actividad comercial habían sufragado parte de aquellas levas; los generales de Qurtuba habían disfrutado de su hospitalidad, e Ishaq había conseguido además que la comunidad judía al completo se volcara en la ayuda a las tropas enviadas por el soberano omeya. La amplia residencia familiar se convirtió en aquellos meses en centro de reunión de notables árabes, comerciantes judíos y militares *qurtubíes* de alto rango. El propio gobernador de Yayyán había honrado a la familia con su presencia. Con solo doce años y una curiosidad sin límites, nadie parecía reparar en la presencia de Hasday en aquellas largas veladas, en las que descubrió con admiración la capacidad de su padre para atraerse la voluntad de hombres que, en otras circunstancias, solo le hubieran demostrado desprecio por su condición de judío.

Al atravesar la muralla para enfrentarse a la oscuridad aún mayor del arrabal, el recuerdo de su padre le hizo estremecer, y trató de desechar la idea de que descubrieran su ausencia. Sus ojos se habían adaptado ya a la falta de luz, de modo que avanzó sin dificultad hacia el terraplén que circundaba las eras donde en verano se trillaba la mies, pero que entonces permanecían desiertas. El muro arcilloso se encontraba horadado por multitud de cuevas que los vecinos del arrabal usaban para guardar los aperos, como bodegas y —esto lo había descubierto solo unas semanas atrás, en compañía de sus amigos— como lugar de encuentro de algunas jóvenes parejas. Ascendió por la estrecha senda que conducía a una de las más alejadas, cuya entrada se hallaba resguardada entre dos pequeñas crestas que descendían en paralelo desde lo alto del monte. Tropezó con un canto que bajó rodando por la pendiente y, al instante, el ladrido de un perro, alertado por el ruido, le hizo detenerse maldiciendo su torpeza. Cuando se hizo el silencio de nuevo, se acercó a la portezuela de madera y

tiró de ella. Desde el fondo surgía un débil resplandor que despertó su sonrisa: allí estaba Hakim, tal como esperaba. Su rostro moreno asomó al instante tras el ángulo que dibujaba la cueva.

—*Sahīb*! —saludó—. ¡Ya estás aquí!

Hasday compuso un gesto que revelaba una mezcla de agradecimiento y de disgusto.

—No me llames así —protestó al tiempo que volvía a encajar la puerta tras de sí —. Somos amigos.

—Lo sé, pero me cuesta evitarlo —respondió con media sonrisa—. Estaba prendiendo las lamparillas.

—¿Todo bien? ¿Algún problema para salir de casa?

—¿Bromeas? Nadie me echará en falta. Mi padre duerme la borrachera, y mi madre no volverá hasta el amanecer, el cliente de esta noche paga bien.

Hasday percibió el tono despechado de su voz, pero prefirió no ahondar en el asunto que más mortificaba al muchacho. Era solo unos meses más joven que él, se conocían desde que tenía memoria, pero su amistad se había consolidado cuando Hasday salió en su defensa en medio de una pelea desigual. Otro muchacho, a pesar de ser también musulmán y un año mayor, se ensañaba con el cuerpo menudo de Hakim cuando Hasday pasó casualmente por allí. Conocía bien al agresor: era Ghâlib ibn Haddâd, hijo y nieto de herreros, aunque su padre había sabido llevar más allá su habilidad como artesano y se había especializado en el trabajo con cobre y plata. El hecho de ser hijo único y, además, huérfano de madre, podía estar detrás de su carácter arrogante y pendenciero, pero Hasday no había dudado en hacerle frente. Bastaron unos empujones para obligarle a apartarse del muchacho e irse de allí mascullando amenazas. Desde entonces, Hakim no se separaba de él y le acompañaba en todas sus correrías, que no eran pocas. Porque Hasday, a pesar de ser el benjamín de la familia más prominente de la judería y una de las más acomodadas de la ciudad, había sido bendecido por la naturaleza con una inteligencia despierta y un espíritu inquieto, que le llevaba a indagar sobre cuanto lo rodeaba, a volcarse de lleno en cualquier asunto que despertara su interés, en un estado de continua excitación que mantenía alejado de su vida el menor atisbo de aburrimiento, pero que le había ocasionado ya no pocas complicaciones. Hakim le había seguido, pegado a sus talones, en cada una de sus empresas, en las que se implicaba con el mismo ardor que su amigo el judío, hasta convertirse en el mejor camarada, siempre dispuesto a echarle una mano, por disparatada que fuera la propuesta.

Una de las principales aficiones de Hasday era la cría de gusanos de seda. Le fascinaba el proceso de transformación de aquellos animalillos, un punto negro apenas visible que se retorcía tras la eclosión de los huevos en primavera y que crecía a ojos vistas día a día sobre la morera. Cuando se convertían en gusanos del tamaño de un dedo, era capaz de pasar horas contemplando cómo devoraban con afán grandes cantidades de hojas, una tarea repetitiva e interminable. Esos días no dejaba

de preguntarse qué los empujaba a comportarse de aquella manera. Sabía, porque así lo había aprendido de sus maestros en la sinagoga, que era el Creador quien les había imbuido del instinto que les llevaba a cumplir con el destino que había determinado para ellos, pero esa explicación no le bastaba. Necesitaba saber de qué se había valido Dios para conseguir que su criatura llevara a cabo su designio, cómo funcionaba aquel pequeño ser que, un día, comenzaba a envolverse con el finísimo hilo amarillento hasta quedar oculto por una cubierta de seda. Se maravillaba al ver aparecer, tres semanas después, un ser nuevo, absolutamente distinto, una mariposa blanca que en nada se parecía al gusano que se había encerrado en aquel capullo ya horadado en un extremo.

En algunas ocasiones la larva era incapaz de producir seda, y entonces la transformación se producía ante sus ojos, en un proceso que a Hasday se le antojaba milagroso. Su curiosidad le había llevado a abrir muchos de aquellos gusanos en el momento en que empezaban a segregar el hilo de seda, con la esperanza de comprobar de dónde salía aquella sustancia que ni el mejor de los alquimistas podía soñar elaborar. Pero ni siquiera su vista joven y aguda era capaz de discernir aquel secreto. Cuando su padre, de regreso de uno de sus muchos viajes a Bayāna, le entregó el más maravilloso de los regalos, una excelente lente de aumento de cristal tallado y pulido, montada sobre un soporte de madera con mango, pasó días enteros tratando de descifrar los enigmas ocultos en aquellos pequeños seres, pero a la postre solo consiguió terminar con los ojos enrojecidos y el ánimo hastiado.

Pensó entonces que, quizás, el secreto estuviera en aquellas hojas de morera que hacían posible el milagro. ¿Y si el hilo de seda estuviese ya allí, y el gusano fuese tan solo el peón encargado de dar forma a sus hebras? Tenía sentido, al fin y al cabo eso era lo que hacían los operarios de la floreciente industria que se había desarrollado en Yayyán en las últimas décadas, a expensas de su propio padre. Ellos se valían de una delicada aguja para extraer la primera hebra del capullo e hilar el millar de codos de seda que lo componían. Utilizó entonces la potente lupa para examinar las hojas de la morera, las machacó y observó su pulpa al trasluz, pero no obtuvo más resultado que el descubrimiento de un nuevo filón en sus intereses: su mente bullía mientras practicaba sus experimentos, y no dejaba de preguntarse por el modo en que otras plantas conseguirían sus efectos medicinales o mortíferos, de la misma forma que la morera era capaz de generar algo tan maravilloso como un hilo de seda al pasar a través del estómago de un simple gusano.

Su relativo fracaso con seres tan simples desplazó su interés hacia otros más voluminosos. Empezó por los sapos de la alberca, siguió con los pichones robados en los palomares, con los conejos y las gallinas que tenía a su alcance, y llegó a someter a su examen minucioso a un zorro, al que extrajo todos los órganos para observarlos hasta dejarlos convertidos en una masa informe y sanguinolenta. Su falta de pericia lo irritaba, y no dejaba de preguntarse si otros antes que él habrían sentido la misma curiosidad. Descubrió que así era en la sinagoga, cuando uno de sus maestros, ante su

retahíla interminable de preguntas, le permitió acceder a los viejos tratados que se guardaban en la exigua biblioteca. Ninguno estaba escrito en hebreo, sino en griego, una lengua que desconocía por completo. Tan solo en un viejo volumen, con las cubiertas carcomidas y los pliegos amarilleados por el tiempo y la humedad, descubrió los caracteres que comprendía bien. Faltaban las primeras hojas, pero el rabino le explicó que aquella era la traducción árabe de una de las obras de Galeno, al parecer un célebre médico griego. Tras mucho rogar, consiguió llevárselo a casa y entre aquellas páginas descubrió que existía un mundo prohibido para él hasta ese día, el mundo del conocimiento que los antepasados habían vertido en obras como aquella, que venían a arrojar luz y dar respuesta a muchas de las preguntas que su mente inquieta se hacía a diario. Pasó jornadas enteras enfrascado en la lectura atenta de aquel viejo tratado de medicina. Sentía, sin embargo, que por cada respuesta que obtenía, se abrían ante él cien nuevos interrogantes.

El libro resultó para él una revelación que cambió su percepción de las cosas que le rodeaban, haciéndole comprender lo limitado de su entendimiento, incapaz de abarcar todo el saber al que se hacía referencia en aquellas páginas. El vértigo lo asaltó al imaginar lo que podría contener el resto de los tratados de la sinagoga, vedados a su comprensión por el simple hecho de que desconocía la lengua en que se habían escrito. El rabino, entonces, le habló de bibliotecas en las que se almacenaban en perfecto orden miles de volúmenes como aquel, obras de otros médicos como Galeno, de matemáticos, filósofos, geógrafos, astrónomos, literatos, poetas y hombres que en el pasado habían sentido sus mismas inquietudes. Se despertó así en él un nuevo deseo, el de aprender los rudimentos del idioma en que habían compuesto sus obras hombres como aquel médico cuyo saber tenía ante sí.

Semanas después, el maestro, como si de un tesoro se tratara, puso en sus manos un nuevo tratado, esta vez en excelente estado de conservación. Era obra de un sabio mucho más cercano, Ibn Habib, un cordobés que había vivido cien años antes. Hasday repasó con la yema del dedo los caracteres árabes que componían el título —*Compendio de medicina*— en el primero de los pliegos que precedían a otro centenar de hojas manuscritas, que ojeó emocionado ante la sonrisa del rabino.

—Estos libros jamás habían estado en manos de un muchacho de doce años —reconoció el maestro—. Pero también es cierto que nunca un joven de tu edad había mostrado las aptitudes y el deseo de saber que observo en ti. Saca de ellos todo el provecho que puedas, y ven a mí para discutir las cuestiones que te sugiera su lectura.

En las jornadas que siguieron, Hasday descubrió que la curiosidad por desentrañar el secreto de la vida y los misterios del cuerpo humano, antigua como el hombre, no había quedado anclada en el conocimiento de los antiguos griegos, sino que eruditos mucho más cercanos habían bebido de aquel saber y habían tratado de profundizar en él. Ibn Habib había plasmado en aquel tratado su intento de descifrar la naturaleza de los seres vivos, sumando a la ciencia de Galeno apreciaciones que eran el resultado de su propia reflexión y de su propia experiencia. Sin embargo,

resultaba evidente que aquel deseo de desentrañar los misterios de la Creación se topaba con un muro infranqueable: el cuerpo humano era un templo inviolable, y su exploración, una profanación incluso para aquellos cuyo único interés era esclarecer el origen de los males que lo aquejaban. La simple mención de aquella posibilidad, sin embargo, había acrecentado sin medida su deseo de saber más y, de repente, sintió que los gusanos, los sapos y los conejos quedaban ya muy lejos en el camino que se había abierto ante él.

Aquella noche iba a dar un paso más en aquel intento de calmar su inagotable curiosidad y para ello avanzó por el estrecho pasillo hasta una estancia mucho más amplia, de techo más elevado, completamente excavada en la roca arcillosa. El olor acre procedente de un objeto abultado envuelto en una tela vieja de arpillera se mezclaba con el de la humedad y el moho de la cueva.

La tarde anterior, antes de la cena, lo habían dejado todo preparado. Desde el momento en que la obra de Galeno le había revelado que, de todos los animales de la Creación que estaban a su alcance, el más semejante al cuerpo de un hombre era precisamente el más impuro de ellos, la idea de hacerse con un lechón no había dejado de rondarle la mente. Pero sabía que la empresa era complicada. Solo en el arrabal mozárabe hozaban aquellos animales hediondos, con razón proscritos por su fe. Dos días antes, mientras disfrutaban del sol tibio del mediodía sentados contra el muro de un pajar, le había comentado su idea a Hakim. Y la misma víspera, el muchacho lo esperaba tras el almuerzo con una sonrisa que le ocupaba todo el rostro. Sin hablar, lo había conducido hasta aquella cueva y allí, rebosando satisfacción, le había mostrado el mismo bulto que entonces se encontraba ante él. Hasday había soltado una carcajada cuando, al deshacer el fardo, descubrió a un cerdo de casi dos arrobas.

De nuevo Hakim mostraba su satisfacción con una sonrisa, mientras ayudaba a su amigo a disponer un amplio tablero en medio de la estancia, que este cubrió con una gruesa tela engrasada.

—Aún no me has contado cómo te hiciste con él.

—Eso me lo guardo —respondió el muchacho, mientras colocaba el cuerpo sobre la mesa improvisada.

—Supongo que nadie te vería entrar aquí con un bulto como este.

—Descuida, amigo, no soy tonto —contestó, esa vez con cierto tono de reproche —. Lo hice anoche, ya sabes que tengo pocos problemas para andar por ahí de madrugada. Y me hubiera gustado mantenerlo con vida hasta ahora, pero no sabes cómo gritaba este hijo de Satán. No tuve más remedio que cortarle el cuello de un tajo.

Hasday sonrió tratando de imaginar la escena, aunque un poso de inquietud le turbaba el ánimo. Hakim podría haber pagado muy cara aquella rapacería en caso de haber sido sorprendido, y se reprochó no haber sabido prever la reacción de su amigo al revelarle su deseo. Se prometió que, si había otra ocasión, lo mandaría al mercado

con un *dirhem* de plata en el fondillo antes que permitir que arriesgara el pellejo. Desenvolvió encima de la mesa un pequeño envoltorio de cuero que había permanecido apartado, y observó que Hakim arrugaba la nariz cuando quedaron al descubierto tres cuchillos de distintos tamaños y una pequeña macheta, todos bien afilados.

—*Sahīb*, si no te importa, te espero en la entrada —dijo volviéndose hacia la puerta—. Yo puedo colarme en una porqueriza para robar un lechón, pero entrar dentro del puerco para robar sus secretos es pedirme demasiado.

Hasday rio con ganas. Se preguntaba hasta dónde habría llegado aquel muchacho despierto y ocurrente de haber tenido acceso a las oportunidades de instrucción que a él se le habían brindado como algo natural. Había llegado a hablar con su padre sobre aquel asunto, y este se había mostrado dispuesto a facilitar los medios de los que carecía la familia de Hakim, pero no había contado con la rotunda negativa de su amigo.

—¿Te vas a arrugar ahora? —respondió con una mirada de soslayo, sabiendo que el reto era la mejor manera de ganarse su voluntad—. Ayúdame a encender todas las lamparillas y después espera donde quieras. Trataré de arreglármelas solo.

Al cabo de unos minutos, estaba todo preparado. El aceite chisporroteaba en media docena de candiles de barro cocido que colgaban de otras tantas alcayatas, llenando la cueva de luces y sombras. Había un cubo de agua limpia a los pies de la mesa y, apoyado contra la pared húmeda, un saco de trapos limpios. El cadáver sonrosado del lechón yacía de costado, y Hasday trató de colocarlo con las extremidades hacia lo alto. Cuando lo soltó para coger un cuchillo, el cerdo recuperó su posición inicial.

—No va a ser fácil —rezongó para sí.

Escuchó a Hakim chasquear la lengua tras él con fastidio, y un instante más tarde sus manos sujetaban con fuerza al animal.

—Podemos atar las patas a la mesa —sugirió Hasday, señalando las cuerdas de esparto que había en un rincón.

—No será necesario —respondió Hakim con tono de resignación, y se situó en la parte opuesta de la mesa—. Pero no me pidas que mire.

Hasday sonrió una vez más, mientras decidía dónde realizar la primera incisión. Resolvió hacerlo en el centro del abdomen y, con firmeza, trazó un corte profundo en la línea media, entre el esternón y la pelvis. Lo primero que apareció ante sus ojos fue una masa blanquecina y enrevesada que parecía querer rebosar el borde del tajo. Una mirada de soslayo al gesto de desagrado de Hakim le bastó para saber que su curiosidad era más fuerte que su aprensión. Entonces toda su atención se concentró en lo que aparecía ante sus ojos. Entre las revueltas del intestino, asomaba una masa rojiza que identificó de inmediato. Introdujo sus manos entre las entrañas y tiró de ella, hasta que se ofreció por completo a la vista.

—El hígado es el órgano de la nutrición, donde el alimento se convierte en sangre

—explicó Hasday.

Hakim lo miró extrañado.

—A mí me gusta con cebollas. El de los corderos —aclaró, con los brazos todavía estirados para apartarse del animal—. Al menos me gustaba hasta hoy.

—Yo nunca había visto uno tan grande —exclamó Hasday fascinado, mientras lo examinaba con atención—. Fíjate, esta es la bolsa que contiene la bilis, uno de los humores del cuerpo.

—¡Qué extrañas palabras usas!

—Son las que utilizan los sabios que han dejado escritas sus enseñanzas.

—¡A qué cosas dedica su tiempo la gente…!

—Conocer cómo funciona el cuerpo es la única manera de aprender a sanarlo. La enfermedad no es sino la falta de equilibrio entre los cuatro humores, y el trabajo de los médicos consiste en restablecerlo.

—¿Cuatro humores? —Hakim arrugó la nariz con gesto de desconcierto.

—Sí, eso es algo que ya conocían los antiguos. Son la sangre, la flema, la bilis amarilla y la bilis negra —respondió, al tiempo que hurgaba en las conexiones del hígado con el resto de las vísceras.

—¿Eso es lo que lees en los libros con los que te pasas todo el tiempo?

Hasday emitió un simple sonido de afirmación.

—Pero no solo de humores está compuesto nuestro cuerpo. También hay partes sólidas, como los huesos, la carne, la piel… Y los espíritus, que son los vapores encerrados en el cuerpo.

—Sabes mucho —dijo el muchacho, sin ocultar su admiración.

—¡Oh!, te asombraría comprobar lo que se puede llegar a saber —dijo, al tiempo que apartaba pliegues del intestino con las dos manos.

—¡Eh! Sé lo que es eso. Un riñón, ¿no es cierto?

—¿Ves? Has sido capaz de identificarlo porque lo habías visto antes, seguramente en algún cordero durante vuestra fiesta del Sacrificio. Pero nadie lo ha visto todo, y mucho menos lo ha podido tocar con sus dedos. Por eso, leer en los libros lo que otros han visto antes es una buena forma de aprender.

Hasday tomó del envoltorio algo parecido a una tijera de podar.

—Ahora cortaré las costillas para ver el órgano que da la fuerza vital a todos los animales. ¿Sabes cuál es?

—¿El corazón? —aventuró Hakim.

Hasday asintió con una sonrisa.

—Ibn Habib dice que los órganos principales son cuatro, y cada uno de ellos es responsable de una función vital. Por ejemplo, el cerebro lo es del pensamiento y las sensaciones.

Hakim arrugó el rostro.

—El cerebro…, los sesos —aclaró Hasday—. Es la fuente, y la médula que discurre por la espalda es el río que fluye de ella, para acabar en pequeños canales,

que son los nervios.

—¿Y cuáles son los otros? —preguntó Hakim, observando ya con interés lo que aparecía ante sus ojos al retirar la tapa del pecho.

—Este, el corazón, es el responsable de la función vital. Y de él salen las venas que se agitan, las que reparten la fuerza por el resto del cuerpo. El tercero es el hígado, del que salen las venas que no se mueven, para repartir el alimento.

—¿Y el último?

—Ahí lo tienes —dijo, señalando entre las patas traseras—. Los testículos, y la matriz en las hembras, son los responsables de la función de generación. Ibn Habib dice que cada parte colabora con las demás, de modo que todas hacen posible el funcionamiento del cuerpo. Y dice también que todas ellas provienen del esperma y de la sangre.

Hakim miró a su amigo, admirado y sobrepasado por aquel exceso de información, que apenas lograba comprender. Durante más de una hora, Hasday siguió cortando y separando cada una de las partes del animal, explicando en voz alta sus hallazgos, admirado por la claridad con que se apreciaban los detalles en aquel ejemplar, diez veces más grande que los conejos y las aves que había observado hasta el momento. Terminó por extraer los ojos, pero el corte impreciso de sus herramientas no le permitió apreciar con claridad las estructuras que contenían. Cuando por última vez aclaró sus manos en el agua rojiza del cubo, el lechón era una carcasa vacía rodeada por una masa sanguinolenta en la que se mezclaban sin orden todas sus vísceras. Dejó caer los brazos a lo largo del costado y suspiró.

—¿Y bien? —preguntó entonces Hakim—. Supongo que ahora tendremos que deshacernos de todo esto.

—Y con discreción. Sería muy difícil explicar lo que hemos estado haciendo aquí. ¿Se te ocurre algo?

Hakim pareció cavilar.

—Conozco un pozo a poca distancia. Podríamos arrojarlo al fondo, nadie lo encontraría.

—¿Bromeas? ¿Y volver impura el agua con la que quizá se rieguen las huertas? No, hay que encontrar un lugar seguro y alejado de las viviendas, donde el hedor no delate su presencia y al que los perros y las alimañas no tengan acceso.

—En ese caso lo mejor será utilizar una de las cárcavas de esta misma ladera, la cueva más alejada. Podemos arrojar los restos al fondo y cubrirlos con las piedras que se desprenden de lo alto.

La luna había recorrido la mitad de su trayectoria nocturna por el firmamento cuando Hasday volvió a atravesar la portezuela de la muralla. Sentía un dolor punzante en la rodilla, y tanteó con cuidado la magulladura que se había hecho con una piedra que se desprendió de la ladera, mientras trataban de cubrir los restos del puerco. Recorrió de nuevo las calles, aún desiertas, atento a cualquier sonido desusado, y no tardó en llegar a la puerta de su casa. La capa que horas antes apenas

lo protegía del frío parecía sobrarle entonces, sudoroso tras el esfuerzo de transportar el fardo con los restos del animal y cubrirlo con pedruscos.

Seguro de que el cerrojo seguiría sin trabar la puerta, alzó el pestillo con el mismo cuidado, y el conocido aroma del zaguán lo recibió al atravesar el dintel. Cerró la puerta tras de sí y volvió a pasar el vástago. Después se despojó de la capa y la colocó en el lugar de la alacena que solía ocupar antes de avanzar hacia la escalinata. El aceite de las lamparillas debía de haberse agotado, porque solo quedaba una encendida y la oscuridad era casi total.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo e hizo que se le erizara el vello al oír su nombre.

—¿Padre? —masculló, mientras se volvía tratando de escudriñar en la penumbra.

—¿De dónde vienes, Hasday? —inquirió el patriarca con voz áspera.

El muchacho, con las rodillas repentinamente temblorosas, vislumbró su perfil. Permanecía sentado en el borde del arcón del zaguán, con el tronco erguido y los brazos cruzados a la altura del pecho. Mientras esperaba una respuesta, el hombre se puso en pie, tomó un candil y prendió la mecha en la única lamparilla que seguía encendida.

Hasday aprovechó aquel breve instante para buscar una respuesta convincente.

—No se inquiete, padre. Solo he salido a dar un paseo y a contemplar la luna. Estaba desvelado.

—¿Has pasado cuatro horas a la intemperie en una noche como esta? No te veo temblar de frío, como cabría esperar, más bien lo contrario.

—No he parado de caminar, padre.

Ishaq ben Shaprut se adelantó para acercar el candil.

—¿Y esa sangre en tu jubón?

Hasday bajó la vista y comprobó con terror que un cerco rojizo del tamaño de un puño, sin duda procedente del fardo que acababan de enterrar, le manchaba el bajo de la túnica. Su mente trató de buscar una salida, y entonces recordó su rodilla.

—He tropezado en la oscuridad —dijo, mostrándole la pierna lastimada—. Pero no debe preocuparse, es una magulladura sin importancia.

El patriarca guardó silencio durante un minuto que a Hasday le pareció eterno.

—¿Se trata de una muchacha? —preguntó al fin.

El chico se sintió enrojecer, antes de negar de una forma torpe que le resultó poco convincente incluso a él. Vio que su padre recorría el zaguán encendiendo de nuevo las lamparillas que, cayó en la cuenta, él mismo había apagado. Después tomó asiento de nuevo en el arcón.

—Escúchame bien, Hasday. Estás a punto de cumplir trece años y en pocos días te convertirás en *bar mizwah*. En el Shabat que siga a tu cumpleaños serás invitado a leer públicamente la Torah en el oficio de la sinagoga y desde ese momento serás responsable de todos tus actos. Por otra parte, eres hijo de quien eres, y las miradas de la comunidad están puestas en ti. De ninguna manera creas que tus acciones van a

tener la misma repercusión que las pillerías de algunos de esos amigos a los que frecuentas. Eres un Ben Shaprut, y ello conlleva no pocos privilegios, pero también pesadas cargas que vas a tener que aprender a soportar.

Hasday escuchaba con la cabeza gacha.

—Soy consciente de lo que dice, padre —respondió con humildad—. Alabado sea Dios.

—Voy a considerar lo que ha ocurrido esta noche como la última de tus chiquilladas. ¿Me oyes bien? —Alzó la voz—. ¡La última! A partir de ahora, asumirás tu responsabilidad como el hombre en que estás a punto de convertirte. Y créeme que no me va a temblar la mano en el empeño de hacer de ti un hombre cabal. ¿Me has entendido?

—Sí, padre —musitó—. No volverá a suceder.

—¿Es al menos judía?

Hasday experimentó un intenso azoramiento.

—No es lo que cree, padre. No hay ninguna muchacha.

—Cualquier otra de las alternativas que se me ocurren resulta más preocupante.

—He dado un paseo, eso es todo —mintió de nuevo.

Sintió la mirada de su padre clavada en sus pupilas.

—Vete a tu alcoba —ordenó—. Cuando cante el gallo te quiero en pie, aseado y listo para asistir conmigo a la sinagoga.

Pese a que apenas consiguió conciliar el sueño, en el breve duermevela que precedió al amanecer, creyó oír estridentes ladridos seguidos de aullidos que parecían de dolor.

Una jauría de perros escarbaba con furia bajo un montón de piedras en busca del sabroso botín que su olfato les había revelado. Una vez liberado del peso que lo aprisionaba, los más fuertes se disputaron el bocado más voluminoso, tirando de él con las fauces amenazantes. Alternando las dentelladas a la presa y al cuello de los rivales, terminaron en el centro de una era a la que se abría un aprisco de un ganado. El pastor, atemorizado ante la posibilidad de que sus ovejas, asustadas, terminaran asfixiándose amontonadas en un rincón de la paridera, se encaramó a lo alto de la tapia y comenzó a arrojar contra las fieras las piedras que arrancaba del borde. Por fin, entre aullidos de dolor, los perros acabaron huyendo del lugar.

El pastor tardó en descender de la tapia, todavía tembloroso, para acercarse al bulto que habían abandonado los canes. Descubrió que se trataba del cuerpo eviscerado de un cerdo, abierto en canal con un corte limpio y recto. Recordó al instante las aterradoras historias que circulaban de boca en boca en las noches de invierno, en torno al fuego de la cantina, en las que se mezclaban las prácticas de nigromancia, la brujería y las ofrendas a Satán. Se llevó la mano al rostro para hacer la señal de la cruz y repitió el gesto varias veces. Aquello no era obra solo de una jauría de perros salvajes. Las sombras se volvieron amenazadoras de repente. A la luz de la luna, miró el despojo destrozado que tenía ante sí, y el reflejo le devolvió la

imagen de las cuencas vacías de sus ojos. Sin poder evitarlo, se lanzó en una frenética carrera en busca de las primeras casas del arrabal. Tenía que poner al corriente al comendador de los cristianos.

2

Hasday se abstuvo de repetir aquellas salidas nocturnas en las semanas que siguieron. Ignoraba cómo habían sido capaces los perros de desenterrar aquellos restos, sin duda ni Hakim ni él habían contado con la fuerza que proporcionaba el hambre voraz, pero lo cierto era que el revuelo en Yayyán había sido considerable. A la noticia del descubrimiento de los despojos, se sumó de inmediato un coro de testimonios de vecinos que aseguraban haber presenciado los fenómenos más extraños. Hubo quien habló de hombres encapuchados que caminaban en fila, a la luz de fuegos fatuos que parecían surgir del suelo a su paso. La aparición en el cementerio musulmán de una estela funeraria fragmentada se asoció de inmediato a prácticas de magia negra, y en la aljama se multiplicaron los casos de mal de ojo. El mismo Hasday fue testigo en la sinagoga de un ritual de desaojamiento llevado a cabo por el rabino, quien, con la mano sobre la cabeza de la víctima, leyó varios versículos de los Salmos, precisamente aquellos que hablaban de la protección de Yahveh frente a los enemigos de Israel. Las madres y las amas de cría no pisaban la calle con sus criaturas sin un saquete de tela colgado del cuello, repleto de dientes de ajo, ramas de canela, granos de sal y polvo de carbón, y aseguraban que junto a sus cunas no faltaban durante la noche unas trébedes, la ruda y el ervato, cuya eficacia contra los hechizos de brujas estaba bien demostrada. Al cabo de unos días, Hakim y Hasday regresaron a la cueva a plena luz del día para borrar cualquier huella de su estancia, atemorizados por la conmoción que había causado el incidente.

Las semanas que quedaban hasta su decimotercer cumpleaños pasaron despacio, con la rutina rota únicamente por la fiesta de Purim, una celebración menor antes de la llegada de la primavera y con ella los días de Pesah, la Pascua de los judíos. Esa era su época preferida del año, cuando el frío dejaba de apretar, y él empezaba a abrir las cajas de madera donde guardaba los diminutos huevos de los gusanos, a la espera de que un día comenzara la eclosión, justo cuando los brotes de las moreras se convertían en pequeñas hojas verdes. Entonces recorría los campos en busca de las plantas que conocía y recogía ejemplares de aquellas cuyos nombres ignoraba. Emprendía entonces una peregrinación en busca de alguien que le diera razón de ellas, empezando por su padre, los sirvientes de la casa, los físicos de la aljama y los maestros de la sinagoga. A menudo sus respuestas eran distintas, incluso les atribuían propiedades opuestas, algo que enervaba a Hasday. Sin embargo, no dejaba de guardar algunos de aquellos ejemplares desecados, junto a las notas sobre las propiedades de las que había terminado por obtener una mínima certeza. Había indagado en la sinagoga en busca de libros que contuvieran aquel saber, pero su ilusión inicial terminó en desencanto al comprobar que allí no existía nada parecido a lo que buscaba.

Por fin llegó el vigésimo día del mes de Adar. Era lunes y, aunque Hasday lo celebró en familia con un suculento almuerzo que terminó con un sinfín de platillos

llenos de dulces, el momento más esperado se retrasó hasta el Shabat. La tarde del viernes, antes de acudir al oficio religioso en la sinagoga, todo había quedado dispuesto en la residencia de los Banu Shaprut para celebrar el día de descanso siguiendo la costumbre judía. Habían barrido la casa por la mañana, habían mudado la ropa de las camas, todos habían acudido a los baños para el preceptivo aseo, y el *hamín* reposaba ya en el pequeño horno cubierto de brasas a fin de que el guiso se mantuviese caliente hasta el día siguiente y poder cumplir así con la terminante prohibición de encender el fuego durante el Shabat.

Nora, como todos llamaban a su madre, había dejado sobre la cama de Hasday la camisa que habría de estrenar ese día, así como el resto de su ropa. Al bajar de la alcoba, poco antes de la puesta de sol, el mantel blanco ya estaba puesto en la mesa, y su madre tenía encendida la *menorah* que debía arder durante todo el día. Antes de abandonar la casa, su padre había impuesto sus manos sobre la cabeza de sus dos hijos, el gesto habitual de bendición. Se detuvo con Hasday y, cuando este alzó la vista, vio una amplia sonrisa en el rostro de su padre, que no ocultaba la emoción de sus ojos.

La nueva sinagoga se encontraba atestada. Toda la comunidad sabía de la generosidad de Ishaq ben Shaprut para con ella; de hecho, el edificio se había levantado con fondos procedentes de sus prósperos negocios, favorecidos en ese momento por la nueva situación en la zona oriental de Al Ándalus. Desde que las tropas del emirato consiguieran despejar de renegados y bandidos la ruta que unía Yayyán con la costa de Bayāna, las caravanas de carros y mulas cargados con las mercancías más diversas salvaban una y otra vez aquella distancia, en dirección al puerto donde se embarcarían con destino al otro extremo del Mediterráneo.

Cuando fue necesario, la comunidad judía de Yayyán había sabido estar a la altura, y no pocos de sus hombres partieron de la ciudad en las continuas levas que los conducían a luchar bajo las órdenes de los generales cordobeses contra los rebeldes refugiados en las montañas de Bobastro. La construcción de la sinagoga y de los baños que llevaban su nombre había sido la manera de Ben Shaprut de honrar la memoria de quienes no habían regresado, y también de compensar el enorme sacrificio que había detrás de la prosperidad de sus negocios. Entonces, ya entrado en años, era un hombre apreciado y respetado no solo entre sus correligionarios, sino en toda la ciudad.

La voz de Hasday no tembló cuando el *hazzán*, encargado de recitar las plegarias de los sábados y los días de fiesta, le invitó de manera formal a iniciar la lectura de la Torah ante toda la comunidad. Como el resto de los varones, su cabeza y sus hombros se hallaban cubiertos con el *talít* y, por primera vez en su vida, las tiras de cuero de los *tefilín* le ceñían la cabeza y el brazo izquierdo cuando el rabino señaló con el puntero el lugar del rollo sagrado de pergamino donde debía comenzar la lectura. Adoraba el sonido de la lengua de sus mayores, y en esa ocasión las bellas palabras hebreas, tan conocidas, surgieron con claridad y fuerza cuando inició la salmodia

imitando la melodía tradicional que tantas veces había escuchado en aquel mismo lugar.

La emoción que había advertido en la expresión de su padre al salir de la casa familiar se reflejaba de nuevo en su rostro cuando regresó junto a él, a la primera bancada. También su hermano le dirigió una sonrisa y algo parecido a un guiño de complicidad. Antes de tomar asiento, la mirada de Hasday se desvió a la parte alta del fondo de la nave, desde donde su madre sin duda le estaría observando. Como cada día, el oficio de la sinagoga terminó con la recitación del *qaddish*, la plegaria de origen arameo en la que se implora la venida del Reino de Dios, y todos los asistentes desfilaron hacia el patio exterior. Allí se sucedieron las felicitaciones y Hasday experimentó verdadero júbilo al sentirse por vez primera miembro de aquella comunidad. Solo una sombra de inquietud nubló su dicha, cuando recordó lo sucedido semanas antes en la cueva e imaginó la reacción de aquellos hombres si hubieran sabido de sus prácticas con aquel animal, que transmitía su impureza a todo aquello que tocara, tanto recipientes como cuchillos, además de las vestimentas que hubieran estado en contacto con él. Sin embargo, desechó aquellos pensamientos de vuelta a casa, más ocupado en responder a las chanzas de su hermano y a los saludos de los vecinos que compartían el camino.

La cena de Shabat se desarrolló en un ambiente distendido, sin olvidar ninguno de los ritos establecidos por la ley. Sobre la mesa, que su madre había dejado dispuesta, el patriarca depositó una copa de vino y dos panes, que simbolizaban el maná que caía sobre los israelitas en el desierto en las tardes de los viernes. Alzó la copa ante sí y recitó el *qiddush*.

—«Bendito seas tú, Adonay, nuestro Dios, rey del mundo, creador del fruto de la vid» —dijo con rotundidad antes de beber y ofrecer la copa al resto de la familia, empezando esta vez por el benjamín.

Tras el lavado de las manos y la bendición y partición del pan, comenzó la cena, que Hasday disfrutó con apetito. Su madre se había esmerado preparando dos de sus platos favoritos, un delicioso pastel de pichón y cordero asado con hierbas, cuyo olor, recién sacado del horno, alcanzaba todos los rincones de la casa. Su padre le llenó la copa de vino *kasher* en más de una ocasión, y los últimos himnos propios del Shabat brotaron de sus labios con una fuerza inusitada, lo que despertó la sonrisa de su hermano.

Fue tras la bendición final cuando Ishaq tomó la palabra. Un brillo extraño iluminaba sus ojos cuando carraspeó antes de que se hiciera el silencio a su alrededor.

—Hoy, Hasday —empezó, dirigiéndole la mirada—, te has convertido por fin en Hijo del Mandamiento. Es un día señalado para ti, para nuestra familia y también para la comunidad, que incorpora a un miembro más. Como has escuchado en la sinagoga, desde este momento tienes la obligación de cumplir todos los mandamientos religiosos y del derecho. Lo sabes bien, no es preciso insistir en ello.

Hasday asintió con la cabeza, algo intimidado por el hecho de convertirse en el

centro de atención. Su padre hizo una pausa; parecía buscar la mejor de manera de continuar. Adoptó un tono que denotaba intimidad.

—Supongo que ambos sois conscientes de las bendiciones que Dios ha derramado sobre vosotros. Habéis nacido en el seno de una familia acomodada, y nada os falta, algo que podéis valorar de forma especial mirando a vuestro alrededor. Sin embargo, los privilegios de los que disfrutáis os van a acarrear también grandes responsabilidades en adelante, y debéis estar preparados para asumirlas. La prosperidad que vivimos en los últimos tiempos puede ser solo un espejismo si cualquiera de los numerosos peligros que nos amenazan a cada instante se hace realidad. El negocio que nos ha proporcionado riqueza y bienestar se encuentra al albur de cualquiera de esos riesgos. Una simple tormenta o el ataque de los corsarios puede enviar todo lo invertido al fondo del mar y abocarnos a la ruina, como ya sucedió en el pasado. Debéis estar preparados para afrontar tales adversidades y, para ello, es preciso que conozcáis todos los secretos del negocio que un día estáis llamados a gobernar.

El patriarca dejó de hablar, frunció el ceño y miró a su alrededor, como si estuviera valorando cambiar de idea.

—Quizá sea mejor que abandonemos la mesa. Estaremos más cómodos en los divanes, frente al fuego —dijo, por fin, al tiempo que se levantaba—. La noche es fría, y puede que sea el momento que esperaba para hablaros de asuntos que os atañen.

Nora se retiró con discreción musitando unas palabras de excusa. Yakob y Hasday siguieron a su padre hasta el extremo de la espaciosa sala, donde ardía un buen fuego que, sin embargo, Ishaq avivó con el atizador tras añadir un nuevo leño. Hasday apenas pudo reprimir la risa al ver cómo su hermano aprovechaba su distracción para alzar las cejas y agitar la mano derecha, en un gesto que indicaba que iban a necesitar una buena dosis de paciencia.

Bastó una señal para que, al poco, se acercara uno de los sirvientes portando una bandeja con tres vistosos vasos y una redoma de vidrio labrado, que depositó en una exquisita mesa baja hexagonal, taraceada al estilo magrebí.

—Un vino excelente, traído expresamente de la cora de Niebla —anunció el patriarca mientras tomaba asiento—. Veréis que posee un dulzor delicado… muy apropiado para acompañar esta conversación.

Yakob pareció animarse ante la posibilidad, poco habitual, de paladear un buen vino *kasher* con el permiso de su padre, quien escanció las tres copas antes de humedecerse los labios con el licor. Entornó los ojos con deleite.

—Dios nos ha bendecido con las vides y con este delicado elixir, pero la ley nos exige hacer uso de él con moderación —advirtió Ishaq sonriendo.

Todos saborearon un primer sorbo antes de que continuara hablando.

—He dedicado toda mi vida al comercio, he tratado con las más diversas mercaderías y, como podéis suponer, he pasado momentos de estrechez y de enormes

dificultades —empezó, sentado en el borde del diván—. Cuando vosotros nacisteis, y eso fue anteayer, toda Al Ándalus vivía al borde de la guerra civil, hacía años que las hambrunas se cebaban en nuestra gente y el poder del emirato parecía desmoronarse día tras día. La noche en que vi arder la techumbre de la mezquita aljama de Qurtuba, incendiada por las fechas de los sediciosos que ya se aventuraban por la campiña que rodea a la capital, creí que todo estaba perdido. Yo era joven, decidido y —¿por qué no decirlo?— también ambicioso. Llegué a hacer planes para abandonar esta tierra y trasladar mi actividad a alguno de los prósperos puertos de Ifriqiya, pero Dios quiso iluminar mi entendimiento y puso a vuestra madre en mi camino. Ella fue una bendición en todos los sentidos, y el ancla que me retuvo en buena hora, pues poco más tarde se sentó en el trono de Qurtuba un hombre sin duda enviado por la Providencia, que en apenas unos años consiguió revertir la situación del emirato, reestructurar su ejército, pacificar las coras, permitir que los campos volvieran a cultivarse, reabrir las rutas comerciales bloqueadas durante décadas y, en fin, hacer que volvieran a circular las riquezas, llenando también las arcas del Estado.

—Siempre habla de él con admiración, padre —observó Yakob.

—Así es. Al emir Abd al Rahman debemos lo que somos y lo que tenemos. Desde el primer momento, demostró una asombrosa clarividencia en sus propósitos, propia de un gran gobernante, que supo llevar a cabo con determinación, dejándose sin duda aconsejar por sus generales y sus ministros más capaces.

—Pero sus negocios, padre, fueron prósperos aun en los años más duros de la *fitna*, o eso le he oído decir… —aventuró Hasday.

—La guerra enfrentaba a la aristocracia árabe con los muladíes descontentos con su situación, a musulmanes y mozárabes. Nosotros, comerciantes, supimos sortear la adversidad y aprovechar las ocasiones que se nos presentaban.

—Pero usted mismo ha dicho que las rutas comerciales estaban bloqueadas en toda Al Ándalus —inquirió esta vez Yakob.

—Así era, pero parte de la sociedad cordobesa, los más próximos al poder, la *jassa* enriquecida durante generaciones, podía permitirse el lujo de vivir de espaldas a la guerra. Qurtuba había sido una ciudad cosmopolita y selecta desde los tiempos del segundo Abd al Rahman, que introdujo y potenció las costumbres orientales en su corte. Esa aristocracia aprendió a valorar y a disfrutar de los productos orientales más sofisticados, las sedas, las especias y otras mercancías escasas, como el azúcar y las piedras preciosas. Siempre se resistieron a contemplar la posibilidad de una derrota, ni siquiera en los momentos más críticos, y a prescindir de aquellos lujos.

—Lujos que usted ponía a su alcance…

—Así era. En los años de la *fitna* únicamente comerciaba con pequeñas caravanas. Adquiría las sedas y las especias a los mercaderes de Bayāna, siempre en pequeñas cantidades para limitar el riesgo, las trasladaba a Yayyán y desde aquí las colocaba en Qurtuba, a solo cinco días de viaje. Disponía de un puesto privilegiado en la alcaicería, la zona del zoco que concentraba las mercaderías más selectas,

frecuentado por la nobleza cordobesa, los altos funcionarios de la administración e incluso los parientes del soberano.

—¿Nuestras caravanas no sufrieron nunca incidentes? —preguntó Hasday.

—¿Nunca? —Ishaq soltó una carcajada—. Lo que no sé es cómo sigo con vida. Los primeros años, yo mismo acompañaba a las recuas de mulas durante las marchas, que duraban semanas. Creía que mi criterio a la hora de elegir las rutas y los lugares de descanso era mejor que el de mis acemileros. Pero los asaltos se producían de todos modos. En una ocasión, creo recordar que fue en el año en que naciste…

Hizo una pausa para tomar un sorbo de vino y los dos hermanos intercambiaron una mirada expectante, mientras la mente de su padre parecía evocar escenas vividas trece años atrás.

—Sí, estabas a punto de nacer —continuó, al tiempo que se secaba los labios con el dorso de la mano—. Nos dirigíamos a la costa por la ruta occidental, la que bordea las grandes montañas del Yabal Sulayr por poniente. Teníamos noticias de que los rebeldes de Bobastro se encontraban guerreando en la zona de Antaqīra, a varias jornadas de distancia. Pero, un día después de dejar atrás Ilbīra, con las cumbres de la sierra a la vista, fuimos víctimas de una emboscada. El mismo Umar ibn Hafsún encabezaba una numerosa partida de renegados.

—¿Hubo lucha? Supongo que la caravana iría protegida por hombres de armas, como ahora —preguntó Yakob, muy interesado por el relato.

—Di orden de deponer las armas de inmediato y no ofrecer resistencia, de lo contrario habríamos acabado todos muertos. Ya había ocurrido antes con otra de nuestras caravanas. Ibn Hafsún no había conseguido poner en jaque al emirato mostrando clemencia con quienes se enfrentaban a su autoridad. En aquel viaje, las mulas portaban un cargamento de esparto de Yayyán, destinado a fabricar aparejos para los barcos, aunque la parte más valiosa de la carga era el azogue traído desde Al Ma’dín, y una cantidad no demasiado grande de plata de las minas cercanas. Su precio no merecía el sacrificio de las vidas de nuestra guardia, que de cualquier forma hubiera resultado inútil. Ibn Hafsún se limitó a requisar la carga, las mulas y los carretones.

—¿Y os dejaron marchar sin más? —preguntó Yakob.

—No solo nos dejaron marchar, sino que Ibn Hafsún brindó aquella noche su hospitalidad a un reducido grupo de mis hombres, conmigo a la cabeza, en una fortificación cercana que al parecer habían ocupado en las jornadas anteriores.

—Nunca nos había hablado de ello —se extrañó Hasday—. Entonces, ¿compartió mesa con Umar ibn Hafsún?

—Hay muchos aspectos de la vida de tu padre que todavía desconoces —Ishaq sonrió—. Recuerdo que estaba también allí su hijo Ya’far, el mismo que habría de sucederle a su muerte.

—¿Y de qué hablaron? ¿Acaso le pidió excusas educadamente por haberle despojado del cargamento? —ironizó Yaqub.

—En cierto modo eso es justo lo que hizo. Al menos trató de explicar los motivos que le habían empujado a echarse al monte tantos años atrás y a erigir un auténtico ejército que por entonces aún rivalizaba, casi igualaba, incluso, a las mismas tropas de Qurtuba.

—¿Cómo era? —preguntó Hasday.

—¿Que cómo era, dices? —Tomó otro sorbo de vino y se recostó en el respaldo —. Físicamente era como otros muchos, pero estaba dotado, eso sí, de una personalidad que infundía respeto, al tiempo que resultaba seductora en extremo. Aquella noche conversamos durante horas, y en todo el tiempo no cejó en su intento de atraer mi voluntad hacia su causa.

—Algo que no consiguió… —apuntó Yakob.

—Es evidente que no, nuestros intereses eran muy distintos, opuestos en su mayor parte. Pero debo reconocer que al menos se ganó un ápice de mi simpatía. Comprendí que actuaba movido por un afán sincero de terminar con lo que percibía como una situación intolerable, quizá por haber sufrido las injusticias en sus propias carnes. La vida que había elegido no era fácil, le habría resultado más sencillo retirarse para vivir con tranquilidad de los frutos de sus primeras rapiñas. Pero soportó la dificultad de la vida en aquellos riscos de la sierra hasta el final de sus días, acosado sin tregua por las tropas de Qurtuba.

—A las que usted siempre prestó apoyo…

Ishaq asintió con la cabeza a la apostilla de su hijo mayor.

—Un comerciante siempre debe encontrar caminos seguros y ciudades prósperas —sentenció.

Hizo una pausa mientras se incorporaba para avivar el fuego. Después regresó al diván sin romper el silencio y tomó la copa de nuevo, recreándose en la visión de las llamas a través de ella.

—Creo que me estoy desviando en exceso de los asuntos que quería tratar con vosotros —continuó—. He dedicado mi vida entera a este negocio, siguiendo los pasos de mi padre, de mi abuelo…, y me consta que en tiempos del segundo Abd al Rahman había ya un Ben Shaprut que proporcionaba las mercancías demandadas por la corte de Qurtuba. Llevamos el comercio en la sangre, pero jamás he contemplado un porvenir tan repleto de oportunidades como el que se abre ante vosotros, si sabéis aprovecharlas.

—¿A qué se refiere, padre?

—La esencia de este negocio es tener siempre los oídos abiertos, la boca cerrada y las manos prestas para actuar. Adelantarse a los demás es la clave del éxito, estar atentos a lo que se demanda y mover los hilos para ponerlo al alcance de los posibles compradores. Aún más, cuando se alcanza determinada posición cercana a la esfera del poder, puedes ir un paso más lejos, hasta conseguir que la gente demande aquello que tú puedes venderles. Mi relación con los generales y funcionarios *qurtubíes* a los que he prestado mi ayuda en la lucha contra Ibn Hafsún me ha permitido mostrarles

géneros y caprichos cuya existencia desconocían. El deseo de distinguirse, el afán de seguir a los poderosos en sus extravagancias y en sus modas, hizo el resto. A veces el gasto de una opípara cena con un centenar de invitados es solo una inversión, si en ella les haces descubrir que el *assúkar* de caña sustituye con ventaja a la miel en la elaboración de los más suculentos platillos dulces.

Yakob abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Eso hizo! —Rio, incrédulo.

—Y ahora es una de las mercancías más demandadas en toda Al Ándalus, tanto que hemos empezado a cultivarla donde mejor se ha aclimatado, cerca de la costa de Bayāna. Esta ha de ser la primera de vuestras enseñanzas: debéis cuidar aquellas amistades que puedan favorecer el negocio, agasajar a vuestros potenciales clientes, sean estos judíos, muladíes o árabes. Quizás en los primeros años resulte una inversión onerosa, pero, así como en el campo se requiere un gasto en semillas, abonos y un laboreo constante, el tiempo trae la cosecha, que multiplica por diez el coste inicial. Es por eso que esta casa siempre ha estado abierta a los enviados de Qurtuba y es aquí, y no en ningún otro lugar de Yayyán, donde han encontrado acomodo.

—Sin embargo, la caña supone solo una parte muy pequeña de nuestro negocio —observó Hasday.

Ishaq miró a su hijo con satisfacción.

—Y esa es la segunda lección que quiero que aprendáis hoy. Es necesario diversificar las mercaderías cuanto sea posible. Por fortuna, en los últimos tiempos resulta mucho más sencillo. Poco después de que el emir Abd al Rahman accediera al trono, la actividad comercial empezó a resurgir con fuerza, y son muchos los negocios que ahora se pueden emprender con garantía de éxito.

—Entonces, ¿por qué ahora la mayor parte de vuestros esfuerzos parecen dedicados al azogue?

Ishaq sonrió de nuevo.

—Me alegra ver que, a pesar de todo, mantenéis los ojos abiertos y observáis lo que os rodea. En efecto, el azogue se ha convertido desde hace unos años en la fuente principal de nuestros ingresos.

—Nunca he acabado de entender bien por qué es tan valioso —confesó Yakob.

—Porque resulta imprescindible para extraer y purificar el oro, hijo. Y tenemos la fortuna de que la mayor mina de bermellón que se conoce en todas las tierras del Islam se encuentra a cinco días de distancia.

—¿Bermellón? —Yakob se extrañó—. Le preguntaba por el azogue.

—El bermellón es la piedra que se extrae en Al Ma’dín —le explicó Hasday—. Allí la llaman «cinabrio». Se muele y se calienta en grandes hornos para obtener el azogue líquido, que es el que transporta padre.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó molesto Yakob.

—Me lo explicó uno de nuestros maestros. Porque se lo pregunté… —respondió

con intención.

—Lo más importante para nosotros —intervino Ishaq al comprender que aquello podía ser el inicio de una de las continuas disputas entre sus dos hijos— es que este mineral solo se produce en Al Ándalus. Nuestro emir supo comprender la importancia de este hecho y hace años que decretó el monopolio del Estado sobre su comercio. Nosotros somos de los pocos comerciantes autorizados por Qurtuba para este menester, y nuestras caravanas transportan el azogue a la capital, pero también a los puertos de Bayāna y Qartayāna para su exportación.

—Pero, padre, si dices que el azogue es necesario para obtener oro… ¿por qué consiente el emir que se exporte? ¿No favorece así el enriquecimiento de sus enemigos?

—En cierto modo, sí. Pero nuestro emir es un hombre inteligente y perspicaz. Los fatimíes, los grandes enemigos del emirato, controlan la ruta oriental del oro que atraviesa Ifriqiya desde Qayrawán hasta las minas que se encuentran en el país de Sudán y en el reino de Ghana, a muchos meses de viaje, atravesando cordilleras y desiertos interminables. Pero nuestro azogue les resulta imprescindible, y nosotros se lo proporcionamos… a precios exorbitantes. Los derechos de aduanas que paga cada barco, un quinto de la carga, alimentan las arcas del emirato.

—Sigo sin comprender… Sin azogue, y por tanto sin oro, el califa fatimí no podría fletar los barcos de guerra con los que amenaza nuestras rutas ni reclutar los ejércitos con los que trata de arrebatarnos nuestros dominios. Usted mismo nos ha hablado muchas veces del peligro que suponen los fatimíes para nuestros barcos y nuestras caravanas.

—Existen otras formas de extraer oro, y el califa fatimí podría conseguir azogue de otros lugares de producción, en Oriente. Abd al Rahman prefiere obtener un beneficio proporcionándoselo él mismo.

—Y nuestro oro, ¿de dónde procede? —preguntó Hasday.

—De las mismas minas del reino de Ghana, en un lugar casi legendario conocido como Wangara. Cuentan quienes han viajado hasta allí que en algunos lugares el oro parece surgir de la arena como aquí lo hacen las zanahorias.

—¿Y por qué no lo acaparan en lugar de comerciar con él?

—Porque el oro no se come, y hay mercancías que en el país de los negros tienen más valor.

—¿Cuáles?

—Quizás os resulte extraño, pero una de ellas es la humilde sal.

—¿La sal? —repitió Yakob.

—Así es, cambian su oro por sal, que les resulta imprescindible para sobrevivir. Cuentan que allí una carga de sal vale trescientos dinares. Las caravanas parten de nuestras costas cargadas con sal y con otras mercaderías también muy apreciadas, como el algodón y el aceite. Cruzan el mar y emprenden un viaje que dura meses, que las lleva a Fez, Siyilmasa y, tras atravesar el duro desierto, a Audagust, el lugar donde

se realizan las transacciones.

—Pero en ese viaje los peligros serán enormes, y más teniendo en cuenta el valor de la carga…

—Si algo comprendió nuestro emir desde el principio fue la importancia de esta ruta comercial. Y todos sus esfuerzos se dirigieron a garantizar su control mediante alianzas con los gobernantes locales, como ha sucedido con la dinastía idrisí en Fez, sostenida en el poder frente a la amenaza fatimí por la fuerza de las armas de nuestro ejército.

Ishaq hizo una pausa y apuró su copa antes de dejarla encima de la mesa. Al hacerlo contempló la fascinación que reflejaban los ojos de Hasday, que brillaban con una extraña excitación. El muchacho habló al verse observado.

—Padre, ¿cómo ha conseguido todo ese conocimiento?

—Creo que ya os lo he explicado: teniendo los oídos abiertos durante mis muchos viajes, concertando citas de negocios con quienes pueden disponer de información valiosa… El don de gentes os resultará fundamental, a veces unas jarras de vino en una taberna son capaces de soltar la lengua menos dispuesta. No olvidéis nunca que para un comerciante la información puede ser más valiosa que el propio oro que cargan sus mulas. Y con ella también se puede comerciar.

—Háblenos de la corte de Qurtuba, y de aquella fiesta a la que le invitaron en el propio alcázar, aquella en la que conoció al emir en persona…

Ishaq sonrió al tiempo que reprimía un bostezo.

—Creo que por hoy ha sido suficiente, muchachos, mañana nos espera un día ajetreado, debemos preparar la próxima partida hacia el puerto de Bayāna. Y bien… —Vaciló con una enigmática sonrisa, al tiempo que colocaba las manos sobre los hombros de Hasday—. Quizás un día tan señalado como hoy sea el más apropiado para decirte que esta vez vas a acompañarnos.

El muchacho tardó en asimilar lo que le anunciaba su padre, pero a continuación sus ojos se abrieron de forma desmesurada, hasta componer una expresión cómica.

—¿Habla en serio, padre? —exclamó.

—Completamente en serio. Yakob hizo ese viaje hace dos años, y deseo que mi benjamín siga sus pasos. —Sonrió—. Además, creo que te vendrá bien alejarte de… determinadas compañías.

—¡Por fin veré el mar! —gritó, alborozado, antes de abrazar a su padre por la cintura.

Ishaq rio satisfecho, revolviéndole los cabellos.

—Verás el mar por primera vez, y esa imagen quedará guardada en tu memoria para siempre. Espero que no sea la única imagen imborrable que te traigas de regreso.

3

La impaciencia de Hasday parecía tirar de la montura, que se adelantaba una y otra vez mientras el jinete oteaba el horizonte en busca de la patrulla armada que precedía al grupo. Llevaban solo tres días de camino y la gran cordillera de cumbres nevadas de la que tanto había oído hablar se alzaba ya majestuosa en el horizonte cuando estaban a punto de alcanzar su meta en aquella jornada. En la Madīnat Ilbīra debían reunirse con una segunda caravana procedente de Yusāna, la ciudad que, según su padre, albergaba el mayor número de judíos de toda Al Ándalus.

Hasday viajaba exultante, y el agotamiento de las largas jornadas no parecía hacer mella en él. El ritmo cansino de las mulas y de los carros tirados por bueyes llegaba a exasperarlo, ávido como estaba de alcanzar su destino. Se apartaba del camino, se introducía en los bosquecillos que lo bordeaban y seguía el curso de los arroyos en busca de plantas desconocidas, de setas de primavera o de cualquier animalillo que le llamara la atención. En los días previos a la partida, había calmado su impaciencia preparando el bagaje que portaba en bandolera. Tuvo que abusar de la generosidad de su padre al tomar de su escribanía dos docenas de los pliegos de pergamino que usaba el contable para llevar las cuentas del negocio. Después de seccionarlos con cuidado en cuatro partes para conseguir un tamaño manejable, los había cosido en forma de librillo y había terminado la tarea protegiendo el conjunto con dos retales de cuero. Llevaba aquel cuaderno de viaje en la bolsa de piel que portaba al costado, junto con varias ampollas de tinta y tres cálamos bien afilados. Lo había sacado todo en cada parada para anotar el nombre de las fortalezas y atalayas del camino, de los picos más elevados y de los ríos y arroyos que atravesaban, información que obtenía de los acemileros, de los numerosos guardias armados que acompañaban al grupo y de cualquiera que estuviera dispuesto a satisfacer su insaciable curiosidad. Había dibujado también en sus páginas, de la mejor manera posible, las hojas y los frutos de algunas plantas que le habían llamado la atención, con la esperanza de poder averiguar más adelante su nombre y su posible utilidad.

Tan solo una preocupación lo había turbado al partir, y era la suerte de sus gusanos de seda, cuyo cuidado había encomendado a Yakob. Le había instruido sobre la forma correcta de actuar en cuanto comprobara la eclosión de los huevos, le había mostrado los lugares donde cada año aparecían las primeras hojas de morera… pero sabía de su falta de interés y desconfiaba de su diligencia. Sin embargo, poco podía hacer desde la distancia, de modo que decidió apartar aquel asunto de su pensamiento hasta el regreso.

Contemplaron los muros de la Madīnat Ilbīra al caer la tarde. Una densa nube de polvo se alzaba a lo lejos sobre los arrieros que abandonaban la ciudad con sus mulas, sin duda de regreso a las aldeas y alquerías cercanas tras un día de mercado en la capital de la cora. Hasday retuvo su montura hasta que la soberbia yegua azabache que montaba su padre le dio alcance.

—Hermosa visión… —se limitó a decir Ishaq.

El muchacho asintió. La luz del crepúsculo empezaba a teñir el cielo a su diestra de colores ambarinos, mientras las cumbres nevadas de la cordillera enmarcaban el amplio valle que se extendía a los pies de la ciudad.

—Realmente hermoso —coincidió, con la mirada perdida en la lejanía—. ¿Por dónde sigue nuestra ruta?

—Rodearemos las montañas por la parte oriental —explicó con el brazo extendido—. En realidad, el mar se encuentra a poco más de dos días en línea recta, pero no existe un camino practicable por la costa que después nos lleve hasta Bayāna. La ruta que seguiremos por las estribaciones de la sierra resulta dura para los hombres y las bestias, pero al menos ahora estamos libres de los peligros que hasta hace bien poco acechaban tras cada recodo. Hubo un tiempo en que todo lo que abarca la vista estaba en manos de los renegados de Ibn Hafsún.

—Pero Qurtuba todavía no ha sido capaz de reducir la revuelta por completo… —dijo Hasday, recordando las conversaciones que había escuchado en Yayyán.

—El emir ha puesto todo su empeño en ello y ha conseguido cercar a los rebeldes en torno a su refugio de Bobastro, en las montañas de Rayya: ya no suponen una amenaza para las rutas del resto del emirato. No hace tanto, cuando tú eras un niño —añadió con tono evocador—, el propio Sulayman dominaba estas tierras desde la fortaleza de Astīban, y realizar este viaje era una empresa imposible. Fue necesario buscar rutas más al norte que doblaban la duración del trayecto y utilizar fondeaderos en la cora de Tudmir para embarcar nuestras mercancías. Aun así faltaba la autoridad de Qurtuba y, sin el temor a sus patrullas, los asaltos eran constantes.

Ishaq alzó el brazo al tiempo que detenía su montura, y toda la caravana comprendió que ordenaba un descanso. Desmontó y se llevó la mano a la espalda, entumecido, mientras en su rostro se dibujaba un gesto de dolor. Hasday le imitó, y bebió del pellejo que su padre le ofrecía.

—Me hago viejo, muchacho —bromeó estirando los brazos—. Presta mucha atención, porque pronto tendréis que ser vosotros quienes encabecéis estas marchas.

—¿Cómo ha conseguido evitar el emir que siga ocurriendo lo que cuentas?

Ishaq tardó en responder, pues había perdido el hilo de la conversación que Hasday no parecía dispuesto a abandonar.

—En las sucesivas campañas que ha emprendido desde su acceso al trono, hace ya doce años, ha tomado una tras otra cada fortificación, cada alcazaba, cada atalaya —explicó mientras estiraba las piernas caminando en círculos con grandes zancadas—. Empezó por las más alejadas de Bobastro, para ir estrechando el cerco hasta que consiguió estrangular sus fuentes de aprovisionamiento. Una a una, las ciudades y fortalezas han regresado a su poder, ha nombrado en ellas a los gobernadores más capaces y más fieles a Qurtuba, y las ha dotado de guarniciones bien armadas que velan por la seguridad de los caminos de su entorno.

—No entiendo por qué los emires anteriores no fueron capaces de hacer lo

mismo. Le he oído decir más de una vez que la revuelta de Ibn Hafsún llevaba en marcha desde que usted mismo era un muchacho.

Ishaq pareció reflexionar.

—Quizá sea cierto lo que dicen, que Abd al Rahman cuenta con la bendición del Cielo.

—¡Vamos, padre…! —replicó Hasday.

—Supongo que las circunstancias se aliaron contra Qurtuba al principio… el desgaste de la lucha continua contra los cristianos del norte, las sequías y hambrunas que esquilmaron las arcas del emirato, obligando a exigir impuestos cada vez más onerosos para mantener el ejército y el gasto de una corte poco dispuesta a renunciar a sus privilegios. Eso avivó el descontento, no solo de mozárabes y judíos, sino también de los muladíes, que se consideraban relegados por las élites árabes de Qurtuba. En esas aguas echó sus redes Umar ibn Hafsún…

—¿Hasta conseguir poner en jaque al propio emirato?

—Las gentes del pueblo, siempre ha sido así, demandan seguridad, un poder superior en el que depositar su confianza, que garantice la tranquilidad para sus vidas y sus familias. Cuando el poder del Estado se desmorona, deja el camino abierto a hombres como Ibn Hafsún, surgido de entre ellos, que ofrecía además terminar con las injusticias a las que los omeyas sometían a quienes no pertenecemos a la aristocracia árabe dominante.

—Nosotros somos judíos…

Ishaq miró a su hijo, al parecer sorprendido por sus preguntas y por el rumbo que tomaba la conversación.

—Somos judíos, sí, aislados en nuestras aljamas y sometidos al pago de gravosos impuestos. Pero somos un pueblo con memoria, que se transmite de generación en generación. Los árabes permiten que practiquemos nuestro credo y que mantengamos nuestras tradiciones. Hubo un tiempo en que los judíos de estas tierras se veían obligados a convertirse al cristianismo si querían conservar sus bienes. Gobernaban entonces reyes inicuos: Recaredo, Sisebuto, Recesvinto… Dios confunda sus nombres. —Ishaq tomó asiento antes de seguir. Habló entonces con tono evocador—. En los momentos más duros de la persecución contra nuestro pueblo, se nos obligó a elegir entre la conversión o la expulsión de la Península. Algunos de los nuestros optaron por el bautismo, pero otros muchos se vieron forzados a cruzar las montañas del norte hacia el país de los francos. En tiempos del rey Egica, un concilio determinó que todos los judíos de Hispania eran propiedad personal del rey, y sus hijos debían ser separados de ellos a la edad de siete años para su educación cristiana. Se decretó asimismo que debía reducirse a los judíos a la esclavitud y confiscar todos sus bienes para entregarlos a sus antiguos esclavos cristianos.

Hasday escuchaba con asombro, sentado sobre una enorme piedra.

—Nunca nos había hablado de ello.

—Eres muy joven, pero tu mente es despierta para tu edad. Ahora puedes

comprender lo que implica todo esto, por qué la llegada de los árabes fue recibida por nuestro pueblo como el final del terror y la tiranía. La situación que vivimos en la actualidad se percibe como el menor de los males por quienes conservamos la memoria de tiempos pasados. En cierto modo, nuestra forma de vida actual es una suerte de privilegio: se nos permite la observación de nuestras leyes y tradiciones, así como el culto en las sinagogas. Y gran parte del comercio, cada día más floreciente, está en manos hebreas, sin restricciones a nuestra riqueza.

—Ese es el motivo de su apoyo al nuevo emir en estos años…

—Supongo que ahora entenderás mejor qué es lo que nos mueve, a mí y al resto de las autoridades de la aljama.

Hasday asintió, pensativo.

Aunque el campamento quedó instalado a los pies de la muralla, un reducido grupo de viajeros se dirigió a la alhóndiga en busca de acomodo. Hasday, sin embargo, acompañó a su padre hasta la poblada aljama, donde uno de sus miembros más destacados, mercader como él y socio ocasional, los obsequió con su hospitalidad. Cubiertos de polvo y sudor después de tres días de camino, disfrutaron de un largo baño en el *mikweh* antes de asistir a la cena que su anfitrión había preparado en su honor. Compartieron mesa con la familia al completo, y Hasday tuvo ocasión de comprobar que el respeto y la deferencia con que los miembros de la comunidad hebrea trataban al padre no se limitaban a la judería de Yayyán. El muchacho disfrutó de la conversación en compañía de los dos mercaderes y del primogénito de la familia, a la que asistía por primera vez sin necesidad de disimular su presencia entre cortinajes. Les oyó hablar de las tasas onerosas sobre los fletes, de la inestabilidad en Ifriqiya y de la amenaza que para sus naves suponía el dominio del mar oriental por parte de la flota fatimí. Concretaron detalles de futuros negocios en común, de la posibilidad de entrar en el lucrativo comercio del coral rojo y de la conveniencia de abandonar otros, como el de determinadas especias, cuyo mercado daba muestras de agotamiento debido al exceso de competencia. Pero también supo por su boca de los problemas que afrontaban algunas comunidades judías en lugares de los que nunca había oído hablar en Ifriqiya y en Italia que, sin embargo, a ambos parecían resultarles familiares.

Aquella noche, tendido en un lecho mullido por primera vez desde su partida, el sueño le sorprendió cavilando acerca de la enorme cantidad de conocimientos que le faltaba por adquirir hasta alcanzar a su padre en sabiduría y experiencia, y sintió cómo crecía la admiración por él.

La estancia en la Madīnat Ilbīra resultó más breve de lo esperado. La caravana procedente de Yusāna alcanzó las murallas de la ciudad tan solo dos jornadas después, y Hasday, una vez más, acompañó a su padre hasta el campamento cuando le informaron de su llegada. Montaba su yegua con despreocupación, con el pensamiento perdido en los sonoros chasquidos de los cascos contra el empedrado, que obligaban a los transeúntes a apartarse a su paso. Cuando atravesaron el enorme

portón de la ciudad, sin embargo, toda su atención se vio atraída por el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Los recién llegados ocupaban una extensión tal que su propio campamento parecía haber desaparecido entre las decenas de carromatos que se alineaban en filas apretadas. El polvo lo envolvía todo, lo que obligó a Hasday a protegerse la parte inferior del rostro con la manga de la túnica. No se trataba de carros normales, cubiertos con lonas como los de su propia comitiva. Más bien recordaban a los que había visto el año anterior, cuando las tropas de Qurtuba regresaban de su campaña, transportando a centenares de prisioneros capturados entre los rebeldes. Su estructura enrejada se alzaba cuatro codos por encima de las plataformas, y las lonas colgaban de lo alto impidiendo ver el interior. No obstante, en los lugares que aquellas telas mugrientas no llegaban a cubrir, era posible distinguir algunas manos crispadas aferradas a los barrotes.

—¡Son prisioneros! —exclamó, sacudido por una fuerte conmoción.

—Son esclavos, hijo —aclaró Ishaq—. Una clase muy especial de esclavos, particularmente valiosos.

—¿*Saqāliba*? —aventuró, citando a los esclavos más renombrados, los procedentes del norte, apreciados por sus rasgos exóticos, su piel blanquecina y los cabellos rubios en extremo.

—Muchos de ellos son *saqāliba*, sin duda, pero no es eso lo que los hace diferentes. Es su paso por Yusāna lo que les ha proporcionado el valor inestimable que ahora poseen.

—No le entiendo, padre.

Ishaq desmontó y entregó las riendas de su yegua al mulero más cercano. Hasday lo imitó, comprobando que el muchacho conocía su identidad, pues bajaba la vista en señal de respeto. Ishaq caminó con paso decidido hacia el carromato más próximo y tiró con fuerza de la lona que lo cubría, hasta que la tosca tela cayó arrugada a sus pies. Repitió la operación con el carro contiguo y se apartó para examinar la carga. Hasday asistía a la escena mirando a su padre de hito en hito: su actitud era la misma que había mostrado pocos días atrás al comprobar la calidad de las mercancías que se cargaban en sus propios carros. Sin embargo, un instante después, toda su atención se concentró en el interior de los carromatos. En cada uno, una decena de hombres jóvenes, algunos apenas niños, se incorporaban entre la paja inmunda que cubría la tablazón, entrecerrando sus ojos claros, deslumbrados.

—¡Son solo niños! —acertó a decir, abrumado.

En los minutos siguientes, todo lo que ocurría a su alrededor pasó desapercibido para él. Sus ojos quedaron clavados en la expresión de aquellos rostros, muchos todavía lampiños, que reflejaba todo el horror que vivían. Un nudo le atenazó al estómago al percibir, en uno de los rincones, un sucio cajón de madera con los restos negruzcos de unos cuantos mendrugos de pan. Solo un par de aquellos muchachos, quizá los más fuertes, se había aferrado a los barrotes para ponerse de rodillas, pero todos los rostros se habían vuelto hacia él. Vio temor en ellos, resignación y también

desprecio. En muchos se advertía el surco que habían dejado las lágrimas en la suciedad que les cubría la piel. Todos llevaban la cabeza rapada para evitar la plaga de los piojos, y sus cuerpos menudos aparecían cubiertos por simples harapos que poco podían proteger del relente de la noche. Sin poder evitarlo, a su mente acudió el recuerdo del baño caliente de la víspera y los manjares servidos en la mesa de su anfitrión. Apartó la vista y cerró los ojos, pero la náusea se aferró a su garganta y tuvo que retroceder hasta apoyarse en el flanco de su montura.

El brazo de su padre sobre sus hombros le hizo alzar la cabeza.

—No te avergüences, Hasday —dijo—. Es normal las primeras veces.

—Todos son varones de mi edad.

—Así es, Hasday. Aunque su valor reside precisamente en que ahora carecen de los atributos de los varones. Todos ellos son eunucos.

Las palabras de Ishaq resonaron en su cabeza como un aldabonazo.

—¿Quiere decir que todos…? —Se volvió de nuevo hacia los carromatos, consciente entonces de la verdadera causa del horror reflejado en aquellas miradas.

—¿Acaso no has oído hablar mil veces de los eunucos de la corte?

—Nunca había pensado en lo que se esconde tras esas historias…

—Y ahora te has tropezado de frente con la realidad. Debería haberte prevenido —se lamentó Ishaq—. Por si te sirve de consuelo, te diré que estos muchachos han sido agraciados por la fortuna. Tan solo un quinto de ellos, dos a lo sumo, sobreviven a la castración. La debilidad, la pérdida de sangre y las calenturas que sobrevienen tras la operación acaban con la mayor parte. Todos los que ves han superado la prueba, y su destino es servir en los harenes de hombres ricos y poderosos, de gobernantes, donde no les ha de faltar de nada. Muchos, con el tiempo, conseguirán la libertad y ellos mismos se convertirán en hombres ricos que dispondrán de sus propios esclavos.

—Es en Yusāna donde…

Ishaq asintió.

—El Islam, lo sabes bien, prohíbe adentrarse en el cuerpo humano, por ello sus médicos desprecian la cirugía. Son los físicos judíos los que han terminado ejerciendo ese arte, y Yusāna, donde apenas habitan gentiles, es el lugar al que ahora se dirigen quienes desean comerciar con esclavos eunucos. Allí permanecen el tiempo necesario para practicar la ablación y, una vez recuperados, son conducidos a los mercados, donde multiplican por diez su valor. Esta caravana se dirige a Bayāna, como nosotros. Serán vendidos en su zoco para embarcarlos después con destino a los puertos de Ifriqiya y del Maghrib.

Hasday se incorporó, y de nuevo observó los carromatos.

—¡Ah, ya recuperas el color! —exclamó Ishaq al tiempo que palmeaba la espalda de su hijo—. Debes verlo así, en unos meses estos muchachos habrán olvidado todo esto y disfrutarán de placeres en los mejores palacios de Qayrawán, de Tenes, de Al Mahdiya… de Al Isqandariya, incluso, donde los *saqāliba* son muy apreciados por su

exotismo.

—¿Por… por qué hemos esperado a que llegaran? —preguntó de forma vacilante, como si temiera la respuesta—. ¿Acaso participa usted en este negocio?

Ishaq apretó los labios, alzó las cejas y asintió con la cabeza.

—Muchos de estos esclavos me pertenecen. Fueron comprados en el mercado de Qurtuba y enviados después a Yusāna. Baruch, mi socio, se ha hecho cargo de todo durante estos meses —explicó, mirando de reojo a Hasday, a la espera de su reacción.

—¿Cuántos de los que compró han quedado en Yusāna para siempre? —preguntó con disgusto.

La llegada de un hombre orondo y sonriente que se acercaba con paso tambaleante permitió a Ishaq soslayar la respuesta.

—¡Ese es Baruch! —Alzó las manos a la altura de la cara en señal de regocijo—. Vamos, te lo presentaré.

Los dos hombres se abrazaron entre risas, golpeándose las espaldas.

—*Shalom*, Ishaq —saludó el mercader, al tiempo que se recolocaba la kipá, ladeada—. ¡Tienes buen aspecto!

—Tampoco tú pareces haber pasado hambre. —Ishaq rio—. Si sigues engordando vas a necesitar dos caballos para ti solo.

—¡Ah! Son los años, que no perdonan. ¡Quién pudiera regresar a aquellos tiempos en que éramos zagales ágiles y ligeros! —se lamentó, poniendo la vista en Hasday—. Supongo que es tu benjamín, del que me hablaste.

Ishaq asintió mientras el comerciante saludaba al muchacho como lo haría con un socio más.

—Mantén los ojos bien abiertos en este viaje y con suerte aprenderás una pequeña parte de lo que sabe este viejo zorro. —Rio, pasando el brazo por encima de los hombros de ambos en un gesto de plena confianza—. Nadie de aquí a Jerusalén conoce mejor los secretos de este viejo oficio.

Hasday se vio arrastrado por la corpulencia del mercader, que anunció su deseo de encontrar descanso cuanto antes dentro de los muros de la ciudad. Tuvo tiempo de volver la cabeza para echar un último vistazo a los carromatos, donde los jóvenes eunucos se dejaban caer de nuevo sobre la paja sin perder la expresión afligida.

Cuando emprendieron la segunda etapa del viaje, la longitud de la caravana se había cuadruplicado. A la comitiva, bien protegida por las guardias armadas de las dos columnas que habían confluido en la Madīnat Ilbīra, se habían sumado nuevos comerciantes que se dirigían como ellos a Bayāna. La curiosidad de Hasday se vio espoleada cuando reparó en un grupo de hombres de aspecto distinguido que, sobre monturas de buen porte, avanzaban enfrascados en una charla discreta pero animada. El muchacho no tardó en retener a su yegua hasta avanzar a su paso. Un oportuno estrechamiento del camino le permitió aproximarse lo suficiente para escuchar su conversación, y lo que oyó acabó por disipar sus reparos y le animó a dirigirse a ellos.

—¿Venís de Qurtuba? —preguntó después de saludarlos para atraer su atención.

—¿Y tú quién eres? —respondió, al parecer divertido, el más cercano, un hombre entrado en años de nariz ganchuda.

—Eres el hijo de Ishaq, ¿no es cierto? —se adelantó otro.

Hasday asintió.

—Dice Baruch que viaja con nosotros un grupo de peregrinos procedentes de Qurtuba que se dirigen a La Meca…

—Esos somos nosotros, y esa es nuestra intención —contestó uno de ellos, cuya indumentaria le hizo pensar en los alfaquíes de la mezquita de Yayyán—. Allah Todopoderoso decidirá si permite a estos humildes creyentes cumplir con su deber.

—Es un viaje muy largo… —dijo Hasday sin ocultar su admiración.

—No tenemos fecha de regreso —explicó el más joven del grupo, al tiempo que acercaba su montura—. Algunos de nosotros somos hombres de ciencia y viajamos a Oriente también en busca de conocimiento.

—Oriente debe de ser muy grande… ¿Cómo encontraréis los lugares donde obtenerlo? ¿Cómo sabréis adónde dirigiros? —preguntó.

—¿Has oído hablar de la Casa de la Sabiduría, en Bagdad? —El joven sonreía ante el candor del muchacho—. Será mi destino después de la obligada estancia en La Meca, si Allah lo quiere.

Hasday negó con la cabeza.

—Háblame de ella —rogó.

El joven sonrió de nuevo.

—No es frecuente que un muchacho como tú se interese por estos asuntos. Al parecer, tu padre se está asegurando de que tengas una buena instrucción. ¿Qué edad tienes?

—Trece, recién cumplidos. Háblame de la Casa de la Sabiduría —insistió.

—Está bien, está bien. —Rio con ganas—. Supongo que tiempo no falta, tenemos una larga jornada por delante… Por cierto, mi nombre es Mūsa.

Hasday estrechó la mano que el joven le tendía.

—Discúlpame —musitó, consciente entonces de su falta de cortesía.

—No es necesario que te disculpes, entiendo tu avidez. Yo mismo la experimento en demasiadas ocasiones y, de hecho, es la que me ha empujado a emprender este viaje.

El camino se estrechó de nuevo en un paso angosto, y los dos jinetes se adelantaron al grupo para avanzar juntos.

—Hace más de cien años el califa abbasí de Bagdad, Al Rashid, fundó una sociedad dedicada a reunir todo el saber de los antiguos en una gran biblioteca. Pero fue su hijo Al Mamún quien le dio el impulso definitivo, promoviendo la traducción de cientos de obras del persa y del griego a nuestra lengua. El prestigio de la institución se extendió y atrajo hasta Bagdad a eruditos e intelectuales de todo el orbe, con la intención de adquirir nuevos conocimientos, pero también de

intercambiar ideas y enriquecerse así de forma mutua. Con el tiempo, la Casa de la Sabiduría se convirtió en el centro del estudio de las humanidades y las ciencias: astronomía, medicina, alquimia, geografía, matemáticas, cartografía…, todas alcanzaron un gran desarrollo. Si en un principio la tarea se centró en compilar el conocimiento en una gran biblioteca árabe, los estudiosos congregados desarrollaron sobre esas bases sus propios descubrimientos, para después transmitirlos a sus discípulos. Se fundaron escuelas y, de hecho, allí enseñan ahora los eruditos más prestigiosos de todas las disciplinas. Se han establecido observatorios astronómicos, hospitales…, el sueño de quienes buscamos ampliar nuestro horizonte.

Mūsa pronunció las últimas palabras cuando llegaban al final del desfiladero. Ante ellos se abrió entonces un valle amplio, dominado por las cumbres nevadas que se alzaban a su diestra. El camino serpenteaba entre praderas hasta donde alcanzaba la vista.

—Te envidio —confesó Hasday, con la mirada perdida en los montes que azuleaban en la distancia.

—A gusto te embarcarías con nosotros en Bayāna… —Mūsa rio.

—Daría cualquier cosa…

—Acabarás haciéndolo. Acabo de conocerte, pero estoy seguro de que tarde o temprano lo harás.

—Soy judío…

—¿Y crees que el credo importa en un lugar como la Casa de la Sabiduría? Allí se dan cita eruditos procedentes de Persia, de la India, de Bizancio… Se valora tu intelecto, tus conocimientos de alquimia o de álgebra, y no el dios al que diriges tus oraciones. Yo mismo me llamo Mūsa, igual que mi padre…, pero el nombre de mi abuelo era Moisés antes de abandonar el cristianismo.

—No pareces muladí —observó Hasday—. Tus rasgos…

—Mi padre casó con la hija de uno de sus maestros en la escuela coránica de Qurtuba, de origen sirio. Yo mismo he sido discípulo de mi abuelo, y gracias a él fui uno de los elegidos para emprender esta peregrinación.

—¿De los elegidos? —preguntó Hasday, confuso.

—Los gastos de nuestro viaje corren a cargo del Tesoro real. Es el propio emir Abd al Rahman quien lo promueve y alienta, a cambio de nuestro compromiso de regresar a Qurtuba dentro de unos años, para enseñar en sus escuelas.

—Pero, según tengo entendido, el califa de Bagdad pertenece a la dinastía abbasí; es descendiente de aquellos que expulsaron a los Omeyas de Damasco. Son enemigos acérrimos.

—Nadie tiene por qué saber que viajamos por encargo de Abd al Rahman. Somos peregrinos andalusíes que aprovechamos el viaje a La Meca para intercambiar conocimiento en las escuelas de Bagdad. Te aseguro que en las últimas décadas también en Qurtuba se han producido avances en las ciencias y en las artes, y la aportación de quienes me acompañan será bien recibida en la Casa de la Sabiduría.

Un revuelo en la retaguardia les hizo volver la cabeza. Uno de los carros, cubierto con una lona rojiza, se inclinaba peligrosamente al borde del camino, y toda la caravana se había detenido.

—Se le ha partido el eje. Eso nos detendrá durante un rato —aseguró Mūsa comprobando la altura del sol—. Supongo que aprovecharemos para hacer un alto y reponer fuerzas.

—En ese caso os dejo —respondió Hasday—. Debo regresar junto a mi padre, se estará preguntando dónde me he metido.

—Vuelve cuando quieras. No siempre se dispone de un público tan interesado… —Mūsa se despidió con tono afable.

El incidente con el carro trajo a Hasday el recuerdo de los jóvenes eunucos. Decidió acercarse en su montura hasta el lugar donde un grupo de hombres se afanaba tratando de alzar el vehículo sobre dos gruesos troncos para sustituir el eje quebrado. Habían hecho descender a sus ocupantes, pero Hasday descubrió con sorpresa que no se trataba de muchachos, sino de esclavas tan jóvenes como ellos que habían sido atadas de pies y manos con cuerdas de esparto. El corazón se le encogió de nuevo al escrutar sus rostros y las miradas que, cargadas de desesperanza, centraban en algún punto frente a ellas.

Hasday se vio obligado a salir del camino para superar el obstáculo, pasó por detrás del grupo de esclavas que permanecían sentadas al borde de la vereda y un olor acre asaltó su nariz. A diferencia de los muchachos a los que había visto en la Madīnat Ilbīra, ninguna llevaba el pelo rapado, aunque saltaba a la vista que se lo habían cortado sin cuidado. Para su sorpresa, tampoco lo llevaban cubierto, algo que a nadie parecía sorprender. La muchacha de uno de los extremos del grupo volvió la cabeza hacia él, y sus miradas se cruzaron. Hasday, de forma apenas consciente, tiró de las riendas y su montura se detuvo en seco. Jamás había visto un rostro como aquel. A pesar de la suciedad que le cubría la piel, las facciones eran de una perfección que rozaba lo sublime. La piel tostada y el cabello moreno contrastaban con el azul intenso de los ojos, cuyo brillo parecía estar fuera de lugar en medio de tanta miseria. Por un momento, Hasday quedó paralizado sobre la silla, mientras un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Creyó que aquella reacción sería visible para todos y decidió descabalgar, para buscar la protección de su yegua. Con la brida en la mano, de nuevo volvió la vista hacia el grupo de muchachas y se tropezó con aquellos ojos azules, que habrían resultado desafiantes de no haber transmitido la más honda angustia.

Hasday se negó a desviar la mirada ante una esclava, pero ella tampoco lo hizo. Su sorpresa aumentó cuando los labios de la muchacha se abrieron para hablar y llegó al extremo al comprobar que entendía lo que decía.

—¡Ayúdanos! —pidió con voz apenas audible.

Hasday, azorado, se sentía incapaz de apartar la vista de la muchacha. Algo que no acertaba a comprender se había removido en su interior y lo retenía allí, inmóvil.

—¡Te lo ruego, ayúdanos! Mi hermano pequeño viaja en uno de esos carros.

El romance que usaba no era muy distinto del que se empleaba a diario en la mayor parte de las ciudades de Al Ándalus. Hasday comprendió que su procedencia no era muy remota, sin duda algún lugar de las tierras cristianas del norte. Por toda respuesta, Hasday se encogió de hombros y negó con la cabeza, tratando de indicar que nada podía hacer.

—Por la noche… ¡ayúdanos! —repitió.

No había acabado de hablar cuando su rostro se vio sacudido por el golpe brutal que le propinó uno de los soldados de la guardia con el dorso de la mano. El hombre se encaró después con él.

—¿Acaso no sabes que no está permitido hablar con esta escoria? —le gritó, al tiempo que se acercaba con actitud intimidatoria.

Todas las miradas se volvieron hacia ellos, y Hasday se sintió enrojecer. Sin embargo, un oficial se lanzó hacia el soldado y lo sujetó con fuerza por el brazo.

—¡Es Hasday, imbécil, el hijo de Ishaq ben Shaprut! —oyó que le decía al oído.

Esta vez fue el soldado quien se ruborizó, antes de volverse.

—*Sahīb*, te ruego que me perdones —se excusó—. Yo no sabía que…

Hasday puso el pie en el estribo y montó.

—No hay nada que perdonar —lo interrumpió—. He sido yo quien ha entorpecido vuestro trabajo. Seguid con él. —Tiró de una de las riendas, hizo girar su montura y se alejó al trote.

Tumbado en su camastro, la imagen de aquella muchacha de ojos azules, capaz de hacerse entender en romance, pugnaba por volver a su mente una y otra vez. Si ya le resultaba difícil olvidarse de los eunucos a los que había descubierto dos días antes, el incidente del carro había supuesto un nuevo drama que le impedía conciliar el suelo a pesar del cansancio de la jornada. No podía evitar ponerse en la piel de aquella muchacha, que, apenas una niña como él mismo, probablemente habría sido apresada en alguna aldea de Yilliqiyya junto a su hermano menor durante una de las razias del verano. En su imaginación tomaban forma las escenas de la captura, veía a la muchacha aterrada, tratando de proteger al chico de aquellos hombres fieros, ataviados con ropajes extraños que, seguramente, habrían ocupado un lugar destacado en muchas de sus pesadillas. Pensaba en el traslado a Qurtuba, bajo el sol inclemente y expuesta al relente de la noche, hacinada en aquellos carros atestados, sin más lágrimas que verter. Hasday solo podía concebir un sufrimiento mayor que ser arrancada del hogar en aquellas circunstancias, y era que uno de sus seres más queridos compartiera la misma suerte. ¿Estaría la muchacha al tanto de la mutilación de su hermano? La imagen de Yakob en uno de aquellos carros, cargado de cadenas y reducido a la esclavitud, se formó con nitidez en su mente, y la angustia le atenazó la garganta hasta que se dio la vuelta en el camastro de forma brusca, tratando de apartarla.

Había algo que, sin embargo, le resultaba difícil de comprender: ¿cómo era

posible que la muchacha supiera que su hermano viajaba en la caravana? Sin duda, durante su estancia en Yusāna, habrían permanecido separados, y calculaba que solo la casualidad podía haberlos reunido en el camino hacia Bayāna. Pero ella parecía muy segura de lo que decía…

Tres veces le había pedido ayuda con aquella voz que, una y otra vez, regresaba a sus oídos… una voz angustiada y, sin embargo, de una dulzura conmovedora. ¿Qué podía esperar de él? De nada servirían los ruegos ante su padre, y mucho menos ante Baruch. Solo eran esclavos, una preciada mercancía por la que, en pocos días, obtendrían pingües beneficios. «Por la noche», recordaba haberla oído decir… ¿Acaso le insinuaba que les ayudara a escapar amparados en la oscuridad? Descartó la posibilidad de inmediato. Algo así supondría traicionar la confianza que su padre había depositado en él al permitirle viajar con la caravana. Acababa de convertirse en *bar mizwah*, y debía asumir su responsabilidad a la hora de velar por los intereses de su familia y de la comunidad.

Empezaba a vencerle el cansancio cuando oyó un sonido conocido procedente del exterior. Era un grito agudo, repetido, con altibajos, que le recordaba al aullido de una alimaña, pero que en este caso provenía sin duda de una garganta humana. Al instante otra voz, con un timbre diferente, pareció responderle. Lo había oído por vez primera en la Madīnat Ilbīra, la víspera de la partida. Una imprecación destemplada, seguida por lo que parecía el restallido de un látigo, precedió al silencio. Entonces una certeza se abrió paso en la mente de Hasday, al tiempo que un escalofrío le recorría el espinazo. Se incorporó sobre un codo. ¡Así era como se comunicaban! Aquel lenguaje gutural, quizás el mismo que utilizaban los pastores de su tierra, les había mantenido en contacto todo aquel tiempo.

Incapaz ya de conciliar el sueño, Hasday bajó los pies al suelo y se calzó. Sintió que el frío de la noche en aquellas tierras altas le calaba la camisa y se apresuró a ponerse el jubón. Abrió la puerta de la alcoba que ocupaba y prestó atención a los sonidos apagados de la venta donde habían hecho el alto. De las estrechas habitaciones alineadas junto a la suya surgían sonoros ronquidos, de la cocina ascendían los ruidos de la última actividad de los sirvientes, y las voces y las risas de algunos parroquianos rezagados llegaban desde la cantina. Hasday descendió la ajada escalinata de madera hasta el patio sin tropezarse con nadie y salió al exterior.

La noche era estrellada, y un halo brumoso rodeaba la luna, que, en cuarto creciente, se alzaba por encima de las cumbres lejanas, cubiertas aún de nieve. Dirigió sus pasos hacia el campamento, donde el grueso de la caravana pasaba la noche. Las lonas de los carros, cubiertas con las primeras gotas de rocío, brillaban en la distancia. Caminó sin hacer ruido por la pradera que bordeaba el camino embarrado y se detuvo al abrigo de una vieja construcción de adobe. Observó las carretas, dispuestas en un amplio óvalo a ambos lados de la calzada, y las hogueras, que, situadas en sus extremos, proporcionaban luz y calor a los hombres que montaban guardia. Trató de identificar el carro que buscaba, pero en la oscuridad

todos se parecían demasiado. Recordó entonces que la lona que lo cubría era de un color rojizo, paseó la vista por el improvisado caravasar y, aun con dificultad, entrevió dos que podrían ser el que buscaba. Comprendió que tendría que acercarse para estar seguro, y lo hizo amparado por las sombras que proyectaban la vegetación y los propios vehículos. Tuvo suerte en el primer intento, pues al aproximarse vio que, aun en la oscuridad, el eje recién sustituido destacaba sobre la tablazón envejecida del resto.

Se detuvo en seco cuando vio a los dos guardias más cercanos ponerse en pie para iniciar una ronda. Decidió alejarse y, de la manera más sigilosa, se ocultó detrás de un boj. Permaneció allí agazapado cuando los dos hombres, enfrascados en su conversación, pasaron junto al carro, y cuando, una vez terminado el reconocimiento, regresaron junto a la hoguera, se cubrieron con sus capas y volvieron a tomar asiento sobre las piedras dispuestas junto al fuego.

Aquel rato de inactividad obligó a Hasday a enfrentarse a la evidencia de lo que estaba a punto de hacer, y un temor sordo se apoderó de él. ¿Qué había visto en aquella muchacha para verse empujado hasta allí? Los ojos, sin duda…, pero no era aquel azul lo que lo había turbado, sino lo que expresaban. Recordó la intensidad de su mirada y volvió a experimentar la misma conmoción que por la mañana. Pero ¿acaso bastaba aquello para traicionar a su propio padre? Privarles a él y a su socio de los beneficios que obtendría con la venta de aquellas esclavas iba en contra de los intereses de su familia, de la ley de la comunidad y, por tanto, de la ley divina.

Decidió que no podía hacerlo y se dispuso a regresar. Se levantó para desandar el camino, cuando oyó el sonido inconfundible de un llanto. Bruscamente se dio la vuelta hacia el carro y una rama se quebró bajo sus pies. Se quedó inmóvil, mientras veía cómo la lona rojiza se retiraba y la luz de la luna se reflejaba en unos ojos llorosos y sorprendidos. Durante un instante ninguno dijo nada. La muchacha sacó los brazos a través de la rendija y se agarró a los barrotes. En aquella misma posición debía de estar cuando poco antes llamaba a su hermano, porque mostraba las heridas sangrantes del látigo en ambos antebrazos.

—¡Has venido! —susurró al fin, con un asomo de esperanza, mientras apretaba la frente contra el enrejado.

—No… no puedo hacer nada por vosotros —acertó a responder con voz queda, haciendo ademán de volverse.

—¡Espera! ¡No te vayas! Tú no eres como ellos, lo he visto esta mañana en tu mirada. Hay bondad en tus ojos… Solo tú puedes terminar con este sufrimiento que me está matando. —La muchacha hablaba con la elocuencia de la desesperación, y la fuerza con que agarraba los barrotes hacía que se le blanquearan los nudillos.

—No puedo, créeme. Si alguien se enterara de que…

—¡Te lo ruego! —espetó en voz demasiado alta—. Solo has de cortar las sogas que cierran la puerta y marchar de aquí, nadie sabrá nada. De otro modo… a Dios, a Yahveh pongo por testigo de mis palabras… no seguiré mucho tiempo con vida.

Hasday experimentó una sacudida.

—¡Eres judía! —exclamó, boquiabierto.

—Es la religión de nuestros antepasados.

—No puedo creer que… —Dejó la frase sin terminar, aturdido.

Durante un instante se miraron sin hablar. Hasday sentía que sus lágrimas se escapaban y un impulso le llevó hasta la parte trasera del carro. La puerta era un grueso tablón de madera que giraba sobre dos goznes y, en el lado opuesto, una soga atravesaba las dos argollas que permitían mantenerla cerrada desde el exterior. El carro comenzó a balancearse cuando el resto de las cautivas despertó.

—¿Cuántas son? —susurró desde el lateral.

—Seis, conmigo. Pero dos de ellas están demasiado débiles para moverse.

Hasday gimió.

—¿Qué haréis si os libero?

—Huirán de aquí tan rápido como puedan, de manera que al amanecer no les sea posible salir en su busca sin retrasar a la caravana.

—¿«Huirán»? ¿Y tú?

—Buscaré a mi hermano. No escaparé sin él.

Hasday se cubrió los ojos, abrumado por las consecuencias de lo que se disponía a hacer. Durante un instante su mirada se desvió de la soga a la hoguera más próxima, junto a la que parecían dormitar los guardias. Alzó las manos y empleó toda su fuerza para aflojar el doble nudo que mantenía la puerta cerrada. Dejó caer el cabo a sus pies y tiró de la argolla con cuidado, hasta que los goznes giraron. Ante él aparecieron varios rostros demacrados, con la ansiedad y la esperanza reflejadas en el semblante.

—Que Dios te bendiga, Hasday.

La miró, sorprendido. Tardó un instante en recordar que el oficial había pronunciado su nombre en voz alta aquella misma mañana.

—Que nuestro Dios no censure lo que estoy haciendo —respondió Hasday cabizbajo, dejando caer los brazos a los costados.

—Vete ahora —dijo la muchacha obstruyendo la salida con su cuerpo—. No abandonaremos el carro hasta que estés lejos.

Hasday asintió con la cabeza, giró sobre los talones y empezó a caminar. Antes de alejarse, volvió la cabeza por última vez y su mirada se encontró con unos ojos llorosos fijos en él.

—Jamás olvidaré esto —susurró la muchacha con voz apenas audible—. No mientras me quede un soplo de vida. Recuerda mi nombre… Me llamo Umarit.

4

No había transcurrido una hora desde la partida de Ūadi Is, el lugar donde habían pasado la última noche, cuando unos nubarrones negros comenzaron a apretarse contra la sierra y el cielo se abrió sobre ellos. El viento racheado jugaba de forma caprichosa con la lluvia, y las capas engrasadas con las que se cubrían no impedían que la humedad les calara las ropas. Al poco, el camino se había convertido en un barrizal por el que los carros transitaban penosamente. Los bueyes y los mulos que encabezaban la caravana conseguían avanzar con esfuerzo, pero los que la cerraban se encontraban con los profundos surcos excavados por los carromatos que los precedían. Pronto las ruedas empezaron a quedar atascadas en el légamo y las fustas de los arrieros dejaron de hacer mella en las bestias, extenuadas.

Aunque al filo del mediodía volvía a lucir el sol, la fortaleza de Finyāna, su siguiente meta, parecía demasiado lejana para llegar allí antes del anochecer. Se ordenó el alto para montar el campamento en un extenso prado salpicado de encinas y pronto las ropas empapadas colgaban en improvisados tendederos levantados junto a las hogueras. Hasday agradeció el descanso. Había ayudado como el primero a empujar los carros y, a pesar de su juventud, acusaba la fatiga.

Había cesado el revuelo armado la jornada anterior, cuando se descubrió la huida de cuatro esclavas. Hasday había pasado el día temiendo que su salida nocturna no hubiera pasado desapercibida, que alguien atara cabos y lo relacionara con el incidente del carro, pero no ocurrió nada. Persistía, sin embargo, un peligro quizá mayor: que dieran caza a alguna de las fugitivas y revelara su nombre. De hecho, se habían enviado patrullas en su busca, pero, para alivio de Hasday, habían regresado al cabo de unas horas con las manos vacías. Sin embargo, había algo que le extrañaba: solo se hablaba de la huida de las esclavas, pero no faltaba ningún eunuco. Hasday había supuesto que sucedería la noche siguiente, pero la salida de Ūadi Is se había producido con normalidad después de que los guardias procedieran al recuento habitual durante el reparto del rancho.

La tienda que Hasday ocupaba junto a su padre era amplia y cómoda. Una lona extendida sobre el suelo aislaba de la humedad, y el sol de la tarde caldeaba el interior. Tumbado en el improvisado camastro, aislado por un cortinaje del resto de la jaima y ajeno al bullicio del campamento, disfrutaba del ambiente agradable que proporcionaba la luz tamizada por el toldo, a punto de ceder al sueño. Solo una sombra de inquietud empañaba aquel momento de asueto tras el mal trago de la mañana: sabía que Umarit rondaba la caravana y temía que la determinación por liberar a su hermano le hiciera dar un paso en falso que acabara con ella de nuevo entre barrotes, pero esa vez con la espalda cubierta de verdugones a causa del látigo.

Despertó en medio de la oscuridad. Solo el tenue resplandor de una hoguera se filtraba al interior, y los sonidos del campamento empezaban a apagarse. Calculó que era la hora en que los más rezagados se recogían en sus camastros, pero oyó la voz

estridente de Baruch, que conversaba con su padre, posiblemente sentados ambos en torno al fuego y con un vaso de aguardiente entre las manos. Se encontraba tan a gusto que volvió a cerrar los ojos, se dio la vuelta y disfrutó de aquella sensación de bienestar hasta que se quedó dormido de nuevo.

Soñó con Umarit. En realidad, no había dejado de pensar en ella desde que, tan solo tres días antes, descubriera la conmovedora mirada de aquellos ojos azules. Pero esta vez se encontraba ante él, a su alcance. Y estaban solos, en algún lugar que no conseguía identificar. El agradable cosquilleo que acostumbraba sentir en el vientre en los últimos meses estaba allí de nuevo. Se acercó a ella con la vista fija en su rostro, tembloroso, ansioso por rozar con los dedos aquella piel suave y ligeramente aceitunada. También ella parecía desearlo, a juzgar por la sonrisa que esbozaban sus labios. Hasday reparó en que su cabello corto aparecía limpio y brillante, de su rostro había desaparecido cualquier rastro de suciedad, y su cuerpo despedía un penetrante aroma a lavanda. Inspiró hondo para impregnarse de aquella fragancia. Umarit alzó la mano hacia él, y un calambre lo sacudió cuando le rozó la mejilla con las yemas de los dedos. Jamás había experimentado una sensación tan placentera. Pero la muchacha no se detuvo. Tomó su rostro entre las manos, se acercó y depositó un delicado beso en sus labios. Hasday creyó enloquecer. El cosquilleo del vientre se había convertido en una enorme excitación, que lo hizo despertar. No quería hacerlo, quería que aquel sueño se prolongara para siempre, y apretó los párpados con fuerza para volver a dormir. Seguían allí el intenso aroma a lavanda, y el contacto de los dedos de Umarit, que se deslizaron hacia su cuello y hacia su pecho lampiño. Entonces oyó su voz, tal como la recordaba.

—Quiero ser tuya, Hasday. Debo ser tuya. Despierta.

No hubiera sabido decir si abrió los ojos en aquel momento o ya los tenía abiertos. Tardó un momento en enfocar la mirada, pero ante él, de nuevo, empezó a dibujarse el rostro que estaba viendo en su sueño. Parpadeó con fuerza, pero allí seguía. Dio un respingo y se apartó hasta que su espalda chocó con la lona de la tienda, haciendo que se tambaleara toda la estructura.

—Tranquilízate, Hasday, no debes temer nada —dijo Umarit tendiendo la mano hacia él, con semblante preocupado.

—¿Qué haces aquí? ¡Te has vuelto loca! —exclamó Hasday.

La muchacha se llevó el dedo a los labios para pedir silencio.

—No me delates, *sahīb* —le suplicó—. Me matarían.

Hasday respiraba de forma acelerada. Trató de apartarse aún más cuando la muchacha, de nuevo, tendió la mano hacia él.

—Te debo mi libertad, te debo la vida… Tienes derecho a tomarme. Así son las cosas entre mi pueblo.

—No deseo… tomarte —respondió Hasday al instante.

—Mientes… he visto tu reacción —dijo con un asomo de sonrisa, mientras lanzaba una mirada de soslayo a su vientre.

—Sal de aquí, te lo ruego. Mi padre estará a punto de entrar. Si nos sorprenden nos despellejarán a ambos.

—¿De verdad es eso lo que deseas, *sahīb*? Tu padre, si entra, lo hará arrastrándose.

Hasday pareció tranquilizarse, aunque mantuvo la espalda pegada al toldo. Sin embargo, las voces de Baruch e Ishaq se aproximaban. Inmóviles, los dos muchachos escucharon con claridad la despedida en la entrada de la jaima. Ishaq pareció comprender que su hijo dormía y se desvistió antes de ocupar su camastro en el lado opuesto de la tienda. El índice de Hasday había permanecido ese tiempo ante sus labios, rogando silencio. Solo cuando oyó la respiración fuerte y acompasada de su padre se atrevió a hablar de nuevo, muy bajo.

—¿Por qué no habéis huido? —preguntó.

El rostro de la muchacha pareció ensombrecerse.

—Yorán, mi hermano… se negó a intentarlo —explicó—. Dijo que su vida ya no tiene sentido si no es al servicio de quien lo compre como eunuco.

—Está en lo cierto. Nadie en su situación puede aspirar a ganarse el sustento por sí mismo.

Umarit asintió, y una lágrima se deslizó por su rostro.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Hasday.

Esta vez el llanto desfiguró el semblante de la muchacha.

—No lo sé, *sahīb*. —Sollozó—. Hasta ahora la esperanza de poder liberarlo me había mantenido con vida. Solo deseo permanecer junto a mi hermano.

La mano de Hasday se deslizó hasta rozar su brazo. Sintió aquel calambre de nuevo.

—Sabes que eso es imposible. Debes hacerte a la idea de la separación.

—No, si me entrego…

—Es una opción. Pero serías castigada con severidad y solo conseguirías aplazar el momento unos cuantos días. En el mercado de Bayāna seríais vendidos.

—Quizá podría comprarnos el mismo dueño, si saben que somos hermanos…

—Sabes que esa posibilidad es muy remota. Lo más probable es que os separen y jamás volváis a veros. Ahora tú eres libre. Escapa, trata de regresar a la tierra donde naciste. ¿Tenéis padres? —preguntó tras una pausa.

—Ni siquiera lo sé. Las tropas sarracenas arrasaron nuestra aldea… Nosotros fuimos capturados, e ignoro la suerte que pudieron correr.

Hasday sí que podía imaginar su suerte. Asintió, sinceramente compungido. Se incorporó y se sentó sobre el camastro.

—¿Dónde te has aseado? —preguntó con el deseo de desviar la atención hacia un asunto trivial—. Aún no ha florecido la lavanda.

—Eres muy observador, *sahīb*. Y pareces conocer bien las plantas. —Sonrió—. El hambre apretaba y me colé en una alquería en busca de algo de comer. Todos trabajaban en las tierras vecinas y la casa se encontraba desierta, así que aproveché la

visita para bañarme en su alberca, tomé prestadas estas ropas… y una pizca de la lavanda seca que perfumaba la vivienda.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos.

—Sabes que tienes que marcharte, Umarit —dijo Hasday al fin—. Trata de regresar y averigua lo que le ha sucedido a tu familia. En el peor de los casos, te acogerá la gente de tu aldea.

—*Sahīb*, tú eres bueno… —Tendió los dedos hacia su rostro de nuevo.

—¡Solo soy un niño! —exclamó, asombrado por la intención que vislumbraba en aquellas palabras—. ¡Como tú!

—Yo soy una esclava fugitiva… —repuso, compadeciéndose.

—Debes huir y regresar al norte —insistió Hasday—. Será un viaje difícil y plagado de peligros para una muchacha sola, pero si algo has demostrado es arrojo y decisión. Si lo haces, yo intentaré averiguar el paradero de tu hermano y te haré llegar sus noticias. Me comprometo a ello.

Esta vez Umarit asintió, aunque las lágrimas resbalaban de nuevo por sus mejillas.

—Ve junto a tu hermano por última vez, con mucho cuidado. Comunícale tus intenciones y despídete de él. Después huye, deshaz el camino que conoces y no pienses en lo que dejas atrás.

Umarit, todavía con lágrimas en los ojos, se incorporó y, con determinación, lo besó de manera fugaz en los labios.

—Que Dios te bendiga, Hasday. Por segunda vez en pocos días, te doy mi bendición.

—Llevas también la mía —acertó a responder él, mientras veía cómo alzaba la lona y, con agilidad, se adentraba en la oscuridad.

En las etapas que siguieron, Hasday trató de ocupar su mente con el ejercicio de anotar de forma metódica cuanto consideraba de interés. Mūsa se mostró admirado cuando, en una parada para abrevar a las bestias, el muchacho le enseñó su trabajo. El joven examinó en silencio los detallados dibujos de plantas, insectos y pequeños animales, el mapa esquemático en el que aparecían las aldeas y ciudades que habían atravesado y sonrió, perplejo.

—No, decididamente, esto no es propio de un chico de tu edad —acertó a decir, al tiempo que se lo devolvía y cogía el trozo de pan y el queso que había dejado apartados—. Tu padre debe de estar muy satisfecho.

—Supongo que lo está, aunque a veces me reprocha no estar más al tanto de lo que de verdad importa.

—Sus negocios… —supuso Mūsa, balbuceando con la boca llena—. Tendré que hablar con él antes de embarcar. Quizá tu destino no sea el de negociar por el precio del cáñamo.

—¿Cuál habría de ser, si no? —preguntó Hasday, extrañado.

—¿De verdad te gustaría seguir los pasos de tu padre? Ese cuaderno no refleja las

inquietudes de un comerciante.

Hasday se encogió de hombros.

—Es lo que se espera de mí y de mi hermano —respondió, sin expresar ninguna emoción—, aunque… —El tono de su voz pareció ensombrecerse.

—¿Aunque…? —Mūsa le animó a seguir.

—Son esos carros llenos de eunucos. Yo no sabía que mi padre se dedicaba a ese comercio.

—¿Te parece cruel, acaso? Los esclavos siempre han existido y siempre existirán. Es ley de vida, nada podemos hacer por evitarlo.

—Son como nosotros, Mūsa, apenas niños la mayoría, tienen sentimientos, sufren…

—Son simples esclavos, Hasday. Su destino es servir a sus dueños, Allah lo ha dispuesto así. ¿Quiénes somos nosotros para cuestionar los designios del Todopoderoso?

Hasday asintió sin convicción. No podía borrar de su mente el recuerdo de Umarit y, en los últimos días, una nueva preocupación se había sumado a las anteriores: se había comprometido a seguir el rastro de su hermano, pero lo desconocía todo de él, excepto su nombre. ¿Acaso podía recorrer la caravana preguntando por un esclavo llamado Yorán? Conmocionado por la presencia de la muchacha dentro de la tienda, no había acertado a preguntar por el aspecto del muchacho, por la ubicación de su carro, por el color de la lona que lo cubría… Se maldijo por su estupidez.

Solo la proximidad de la costa, que se adivinaba por el cambio en la vegetación del camino y por el olor salobre que transportaba la brisa, mantenía su ánimo elevado. Ansiaba ver por vez primera el mar, el puerto en el que atracaban los barcos fletados por su padre, que a duras penas conseguía imaginar. ¿Cómo era posible que una pesada construcción humana con centenares de arrobas de carga en su interior pudiera surcar las aguas sin acabar en el fondo de inmediato?

—¿Cómo consiguen que floten los barcos? —soltó.

Mūsa lo miró sorprendido por la pregunta, que llegaba de improviso tras un silencio prolongado.

—Tus pensamientos parecen navegar rápido. —Rio después de tragar el último bocado—. Sin embargo, creo que conozco la explicación. Como otras muchas respuestas a cuestiones que nos inquietan, esta también se encuentra en alguno de los libros almacenados en nuestras bibliotecas. De hecho fue un sabio griego de la antigüedad quien nos la proporcionó.

Hasday aguardaba expectante, sin ocultar su admiración; sin embargo, Mūsa permaneció pensativo y en silencio.

—Lo entenderás mejor si te lo explico junto al abrevadero —añadió al fin, al tiempo que se levantaba sacudiéndose las migas de la túnica—. Espérame allí, voy ahora mismo.

Hasday se abrió paso entre los mulos que terminaban de abrevar. Se refrescó en el

agua cristalina que procedía de una fuente cercana y se entretuvo contemplando el fondo del enorme pilón, cubierto de algas verdes. Sacó la mano con aprensión cuando descubrió decenas de sanguijuelas. Siempre había sentido repulsión por aquellos animales que asociaba con la enfermedad y con las sangrías que tantas veces había visto practicar.

Mūsa no tardó en llegar, y lo hizo con una pequeña plancha de estaño, sin duda parte del cargamento de algún carro.

—Ponla sobre el agua —dijo tendiéndosela.

Hasday hizo lo que le pedía, y la pieza de metal se hundió hasta el fondo con un movimiento de vaivén.

Mūsa metió la mano para recuperarla. La apoyó en una piedra redondeada y descargó el peso de su bota sobre ella. Poco a poco, ayudándose con las manos y los pies, el metal maleable fue adoptando la forma de un cuenco.

—Es la misma plancha de metal, ¿no es cierto? ¿Y su peso es el mismo?

El muchacho asintió con la cabeza.

—Toma, déjala en el agua con cuidado, y veamos qué sucede.

Hasday obedeció y la depositó en el centro del abrevadero, ante la mirada indolente de un buey que se había acercado al extremo opuesto. Cuando retiró las manos, la pieza de metal se meció sobre la superficie.

—¡Asombroso! Hubiera apostado a que se hundiría…

—Ahí está la explicación. Según Arquímedes, al adoptar esa forma, el peso del metal desaloja una cantidad importante de agua, y esta empuja el objeto hacia arriba, impidiendo que se hunda. Cualquier embarcación flota si el peso del agua que desplaza es mayor que su propio peso. Ni yo mismo acabo de entenderlo del todo —terminó, con una sonrisa de culpa.

Hasday también sonrió mientras repetía la operación, para comprobar que el recipiente seguía flotando. Se agachó para recoger un puñado de barro del suelo, y lo fue depositando dentro. Cuando estaba a punto de dejar caer la última parte, el cuenco se hundió.

Se lavó las manos en el pilón, se las secó en su túnica y se apartó del abrevadero para regresar junto a su yegua. Poco después apoyaba el cálamo para anotar en su cuaderno el nombre del sabio griego que Mūsa acabada de citar.

El domingo amaneció luminoso, y el alba sorprendió a los viajeros dispuestos ya para la marcha. La Madīnat Bayāna se encontraba solo a media jornada de distancia, y los ánimos parecían exaltados después del asueto del que habían disfrutado para respetar el descanso del Shabat. Ishaq y Baruch aportaban el capital en aquella empresa, y eran las costumbres de los judíos las que habían de observarse, por mucho que se hubieran sumado a la caravana musulmanes y cristianos hasta dejar en minoría a los primeros.

Ya el viernes, de víspera, habían tenido ocasión de celebrar el ritual en la venta que los había acogido. El ventero y su esposa, al parecer viejos conocidos, se habían

desvivido desde su llegada por agasajar a su padre, al que habían dedicado exageradas muestras de consideración. Hasday tuvo ocasión de ayudarle a disponer la *menorah*, el mantel y el resto de los elementos, después de utilizar el humilde baño de la venta para despojarse del olor acre a sudor de las jornadas anteriores. Un granero había hecho las veces de sinagoga, y la cena posterior se desarrolló en un ambiente de regocijo, con la meta del viaje ya a su alcance. Ishaq había dado gracias al cielo por ello en sus oraciones, antes de saborear un guiso especiado de cordero y dejar que las jarras de vino corrieran de mano en mano.

Hasday despertó descansado y exultante, y encontró enojosos los lentos preparativos antes de que la caravana reemprendiera la marcha. En el aire flotaban ya aromas que le resultaban desconocidos, procedentes sin duda del mar, y su mente anticipaba las escenas que aquel mismo día tendría ocasión de contemplar. Eran las imágenes de los relatos que había escuchado en su infancia, en boca de su propio padre pero también de los mercaderes que lo visitaban o de los marinos que rendían cuentas al armador de sus barcos al regreso de sus aventuras. Su imaginación desbordante había rodeado aquellas historias de un halo de fantasía, y sus ensoñaciones estaban pobladas de travesías repletas de riesgos, de viejos lobos de mar que nada parecían temer a los piratas que infestaban las costas de Ifriqiya, y de las hermosas muchachas que, en cada puerto, hacían más llevadera la dura existencia de los marinos. Ansiaba recorrer las dársenas repletas de embarcaciones, ver aquellas soberbias construcciones flotantes con sus propios ojos, pisar por vez primera su tablazón y experimentar el cabeceo de la cubierta bajo los pies.

Durante toda la mañana cabalgó por delante de la comitiva, estirando el cuello al llegar a cada altozano con la esperanza de divisar el azul del mar. Por eso su decepción fue grande cuando, al filo del mediodía, el curso de un impetuoso cauce que descendía de la sierra los llevó hasta los muros de la Madīnat Bayāna. Se encaramó a una loma, pero ante ellos solo se extendía la inmensa llanura surcada por el Ūadi Andaras, cuyo cauce serpenteante se perdía en la lejanía, en medio de la bruma.

—Pareces desconcertado. —Ishaq rio cuando Hasday regresó al camino.

—¿Esa es la ciudad a la que nos dirigimos, la capital de esta cora? —preguntó señalando con el índice.

—Lo es —respondió el mercader—. Si esperabas ver las olas lamiendo sus murallas, entiendo tu sorpresa, debí advertirte antes.

—Entonces, ¿hoy tampoco veremos el mar?

—Me temo que no. Esta ciudad fue fundada por clanes yemeníes en tiempos del emir Abd al Rahman, el segundo de ese nombre, sobre la antigua ciudad romana asentada aquí. Fueron los marinos andalusíes quienes le dieron el esplendor del que disfruta, hasta convertirla en una república marítima independiente. Su importancia en el comercio con Oriente la ha convertido en la capital de la cora que lleva su nombre.

—Pero… ¿dónde está el puerto del que tantas veces me has hablado?

—El fondeadero se halla a seis millas de aquí, en una ensenada natural. Allí se encuentran la alhóndiga, nuestros almacenes y la alcaicería. Pero tras esos muros está la residencia del gobernador, donde nos alojaremos.

—¿Acaso no nos hospedamos en la aljama, junto a nuestros hermanos?

—El gobernador es un viejo amigo, no lo permitiría. Y esa amistad nos es tan precisa que de ninguna manera podemos desairarle. Es pariente del emir —agregó con tono confidencial.

—¿Cuándo…?

—Mañana a primera hora —se adelantó Ishaq—. Te lo prometo. Baruch se hará cargo de todo y yo mismo te acompañaré.

Al atravesar la muralla de la Madīnat Bayāna, Hasday se sintió transportado a un mundo distinto del que conocía. Había contemplado con asombro la enorme estatua que se alzaba sobre la puerta, que, según su padre, se asemejaba a la que adornaba la Bab al Qántara, en Qurtuba. Las calles y las plazas se hallaban atestadas de hombres y mujeres que, ataviados con los más variopintos ropajes, parecían ignorar su presencia a pesar de que sus cabalgaduras avanzaban a duras penas entre ellos. En medio de la muchedumbre voceaban su mercancía los aguadores y los vendedores de fruslerías; los narradores, los poetas y las echadoras de la buenaventura se disputaban a voces la clientela; y las puertas de los baños públicos, las cantinas y también las mezquitas se encontraban abiertas.

—Y ni siquiera hemos llegado al zoco —advirtió Ishaq al ver el asombro en el rostro de su hijo.

—¿De dónde sale toda esta gente? —exclamó Hasday, sin apartar la vista de un hombre escuálido de pelo ensortijado, de piel negra como la pez y tan alto que sus cabezas estaban a la misma altura.

—Las naves procedentes del Maghrib, de Ifriqiya y del Oriente fondean de forma incesante cargadas con las mercancías más variadas. Ese joven es sin duda sudanés, pero encontrarás comerciantes sirios, yemeníes, egipcios, zenatas y bereberes del Rift… Con frecuencia arriban también naves bizantinas, cretenses y amalfitanas.

—¿Cómo se entienden entre ellos?

Ishaq sonrió.

—Quizás aquí, en Bayāna, comprendas mi insistencia en la importancia del don de lenguas.

Hasday asintió mientras paseaba la vista por encima de aquel mar de cabezas. Los gorros de fieltro de cien colores se mezclaban con una enorme variedad de prendas inusuales en Yayyán cuyos nombres desconocía: pañuelos que colgaban sobre los hombros sujetos a la cabeza con aros circulares, curiosas cofias de forma cónica, abultados turbantes y simples pañoletas anudadas en las sienes. Cientos de hombres y mujeres, mezclados con caballos y bestias de carga, componían una muchedumbre cuyo vocerío aturdía el oído y cuyo olor invitaba a cubrirse las narices. Hasday

observabа los rostros y se sorprendió pensando en las peripecias vitales de todos aquellos seres para llegar hasta allí, tan lejos de su tierra natal. Trataba de captar las expresiones esquivas de quienes pasaban a su lado sin prestarle ninguna atención, de aquellos que permanecían apoyados contra los muros y de los que salían de los locales que se abrían a la calle.

Fue entonces cuando tropezó con una mirada que le hizo estremecer y, aunque su vista había pasado ya de largo, giró la cabeza con rapidez para mirar atrás. Una muchacha joven se cubría el cabello y el rostro con un velo negro, de forma que solo los ojos, de un azul intenso, escapaban al intento de ocultar sus rasgos. Hasday tiró de las riendas de forma instintiva, la yegua se detuvo y la mujer echó a andar pegada al muro.

—¡Sujétalo! —gritó a su padre al tiempo que le entregaba las riendas.

Sin darle tiempo a preguntar, Hasday saltó de la montura y trató de abrirse paso a empujones a través de la multitud. Por encima de las cabezas, observó que la muchacha volvía la vista atrás y tuvo la impresión de que aceleraba el paso. Avanzó con dificultad excusándose a cada momento, hasta que su hombro chocó con el costado de una mujer y el contenido del cesto que esta portaba en la cabeza se desparramó por el suelo. No se detuvo a pesar de las imprecaciones, pero el incidente le había hecho apartar la vista de la muchacha. Maldiciéndose, temió haberla perdido en alguno de los intrincados callejones que salían de la calle principal, hasta que la fortuna le mostró el extremo de un velo que se perdía en el interior de un local, unos pasos más allá. Corrió hacia el dintel y se detuvo en seco. Era la entrada de un *hammam*, pero a aquella hora de la tarde su uso estaba vedado para los hombres.

Comprendió que no podía esperar sin ofrecer explicaciones que no estaba dispuesto a dar. Aun así, solo disponía de un momento para inventar una buena justificación y, a riesgo de preocupar a su padre, decidió contarle que un hombre parecía estar siguiendo sus pasos desde su llegada a Bayāna.

—¡No tenías por qué bajarte de la yegua! —le increpó Ishaq—. ¡La guardia nos acompaña para algo! Has debido decírselo a ellos.

—Tiene razón, padre. Ha sido un impulso —respondió con fingido arrepentimiento—. He pensado que, si me detenía para hacerlo, ese hombre desaparecería. De hecho, es lo que ha sucedido.

Hasday se sorprendió por la convicción con que estaba mintiendo a su propio padre. Solo notaba que el corazón le latía de forma desbocada, pero, que Dios le perdonara, sabía que no era la mentira la causa de su turbación.

La residencia del gobernador era una construcción sólida y sin pretensiones, edificada dentro de un recinto amurallado en el sector oriental de la ciudad. Salió a recibirles el propio *‘amil*, afable y bien humorado, y desde el primer instante Hasday intuyó que aquella noche iba a tener algo de especial. Si su padre había decidido retrasar el momento que tanto había esperado, sin duda debía de tener una buena razón.

—¿Han desembarcado? —le oyó preguntar sin ocultar su impaciencia.

—Nos acompañarán durante la velada. —El gobernador asintió con tono de complicidad—. Pero en este momento su máximo anhelo era despojarse del salitre de la travesía.

El rostro de Ishaq pareció iluminarse, pero durante el resto de la tarde, que ambos hombres pasaron conversando, no se volvió a mencionar aquel asunto. Hasday permaneció junto a ellos, atento a detalles que en ocasiones conseguían atraer su atención, aunque el recuerdo de los ojos de Umarit, que aquella misma mañana le habían seguido por las calles de Bayāna, regresaba una y otra vez.

—Este es mi hijo menor, Hasday, de quien ya os he hablado. —Ishaq dejó que los tres se saludaran, con una sonrisa satisfecha.

El muchacho observó a los recién llegados con asombro. Ninguno contaba más de treinta años, y no habrían podido ser más diferentes, aunque los dos compartían una mirada inteligente y un rostro atezado, casi cobrizo, producto sin duda de las largas jornadas bajo el sol en la travesía que acababan de concluir. El de porte más alto mostraba los rasgos inconfundibles de un hombre árabe, quizá sirio de procedencia, y su barba morena y afilada enmarcaba un semblante que imponía respeto, a pesar de la expresión cordial. El segundo poseía un rostro curioso, poco agraciado, cubierto con una barba corta y pelirroja que en nada contribuía a estilizar sus facciones, en las que, no obstante, destacaban unos ojos pequeños y escrutadores que en aquel momento lo examinaban con atención.

—Así que tú eres el joven Hasday —dijo, estrechando aún más aquellos ojos achinados—. Créeme, teníamos ganas de conocerte, después de lo que Ishaq nos ha cotado sobre ti… y del empeño que ha puesto en un encargo tan singular.

Hasday se volvió hacia su padre, que se encontraba en pie junto al gobernador, cruzado de brazos, divertido y atento a la conversación.

—Mi nombre es Redwan, y él es Taled —añadió el hombre—. A pesar de nuestro aspecto, no somos marinos, sino hombres de letras, y ese es el motivo por el que tu padre confió en nosotros una tarea que, después de muchos meses, esta noche llega a su fin.

—¡Estáis intrigando al muchacho! —El *‘amil* se rio.

—Pronto hará un año que tu padre nos hizo un encargo sorprendente para ambos, aunque solo fuera porque el destinatario era un muchacho de trece años —continuó esta vez Taled—. Y debemos mostrarnos agradecidos, porque la tarea nos ha conducido a lugares alejados de nuestra ruta inicial y nos ha permitido establecer contactos que han de resultar de valor inestimable en el futuro.

—¿Regresáis de Oriente? —preguntó Hasday, sin poderse contener.

—Tuvimos la oportunidad de pasar varios meses en Bagdad, en la Bayt al Hikmah, empapándonos del ambiente que allí se respira.

—¿Habéis estado en la Casa de la Sabiduría? —exclamó el muchacho.

Redwan sonrió.

—¿Acaso has oído hablar de ella?

—Hace tan solo unos días, a un grupo de hombres de ciencia procedentes de Qurtuba que nos ha acompañado hasta aquí. Bagdad es también su destino.

—Curiosa coincidencia —apreció Taled—. Nos gustará conocerlos antes de su partida.

Hasday pensó en Mūsa y lamentó que no estuviera presente. Pero su interés se centró en lo que aquellos dos hombres tenían que decir.

—Tu padre nos hizo un encargo muy concreto, Hasday. Un encargo que solo puede permitirse un príncipe o un hombre muy poderoso y apreciado. Se trata en realidad de un pequeño tesoro, y lo primero que debes saber es que eres un muchacho afortunado, pues tu padre ha sabido ver que, a pesar de tu edad, podrás sacarle partido. Ha habido que esperar meses hasta que lo hemos tenido en nuestras manos, pero aquí está.

Hasta aquel momento, Hasday no había reparado en el grueso envoltorio de cuero que reposaba en una mesa baja, y el corazón le dio un vuelco cuando Redwan, con cierto esfuerzo, lo tomó entre sus manos.

—Tu padre nos habló de tu interés por el saber, por la medicina, de las limitaciones que tenían tus maestros en Yayyán para proporcionarte los libros que demandabas. Y, orientados por ellos, te hemos traído algo que nadie como tú sabrá apreciar, una obra singular escrita en griego hace siglos, traducida ahora al árabe por los médicos que desarrollan su labor en la Casa de la Sabiduría.

—¿Has oído hablar de Dioscórides de Anazarbo? —preguntó entonces Taled.

Hasday negó con la cabeza.

Redwan abrió el cartapacio con extremo cuidado y extrajo un grueso volumen perfectamente encuadernado en cuero, a todas luces de reciente factura. Hasday lo tomó entre sus manos y sintió que le temblaban las rodillas. Se dejó caer junto a la mesa de taracea, depositó el manuscrito sobre ella y acarició la superficie tersa con las yemas de los dedos. Grabado en la piel de la cubierta, en apretados caracteres árabes, aparecía el nombre del autor: Diyusquridis al-Ayn Zarbi. Y por debajo, el título de la obra: *De materia medica*. Aspiró el aroma del cuero recién curtido mientras su vista se fijaba en una inscripción inferior: *Libro primero*.

Con sumo celo, retiró la cubierta, abrió el volumen al azar por una de las primeras páginas del primer pergamino y un calambre le recorrió la espalda. Ante él apareció la asombrosa ilustración de una planta que desconocía, rodeada por una descripción detallada de sus partes, su nombre, sus propiedades, su uso medicinal… Durante un instante se detuvo embelesado en la lectura, hasta que pasó la página con cuidado y descubrió un nuevo dibujo tan primoroso como el anterior.

—Es un tratado completo de los medicamentos simples —explicó entonces Taled—. No solo recoge remedios vegetales, sino también muchos de origen mineral y algunos de procedencia animal. Más de ochocientos, en realidad, reunidos en estos seis libros, traducidos del griego original.

Hasday alzó la vista para comprobar que todas las miradas estaban centradas en él, mientras sus manos seguían acariciando el borde de aquellos pergaminos. Recordó que dentro del cartapacio descansaban otros cinco volúmenes completos y se sintió invadido por una sensación de euforia y plenitud que lo obligó a ponerse en pie. Salvó la distancia que lo separaba de su padre, se detuvo delante de él y lo rodeó en un abrazo silencioso.

—Gracias, padre —musitó.

Después se volvió hacia Redwan y Taled para repetir el gesto.

—Espero que no tengáis prisa por abandonar Bayāna —les advirtió—. Quiero saberlo todo acerca de la Bayt al Hikmah, de su escuela de traducción, de sus maestros…

—Me temo que ahora viene la parte más dura de nuestra tarea —bromeó Taled—, pero será un placer compartir contigo lo que hemos vivido estos meses.

—Para nosotros ha sido una experiencia irrepetible —continuó Redwan con tono más serio—, y debemos estaros agradecidos a ti y a tu padre.

Aquella noche una de las dependencias de la alcazaba permaneció iluminada por decenas de lamparillas de sebo que chisporrotearon hasta el amanecer, mientras los dedos ansiosos de Hasday asían el borde de las páginas para avanzar en un continuo descubrimiento. Los nombres árabes de los remedios se mezclaban con otros griegos que el autor no había sido capaz de traducir. Los secretos de la adormidera o el beleño se intercalaban con nombres que jamás había oído; la coloquíntida, el abrótamo, la tierra de Samos… Encontró remedios contra las enfermedades de la piel, antídotos frente a venenos y terapias contra la melancolía, y leyó acerca de la mordedura de hombres rabiosos. Se sorprendió al ver que el cinabrio, el mineral con el que comerciaba su padre, tenía aplicaciones para las afecciones de los ojos. Había cientos de ilustraciones en las que cada detalle saltaba a la vista, llevadas a cabo por manos expertas en una labor concienzuda, de resultados sorprendentes.

La luz del amanecer sustituyó los haces mortecinos de las lamparillas, revelando el cuerpo de Hasday exhausto y desmadejado sobre la mesa, rodeado de seis volúmenes abiertos que le habían hecho olvidar el deseo de ver el mar.

5

Ignoraba el tiempo que llevaba allí sentado, a solas sobre la arena húmeda, con el rítmico sonido de las olas arrullando sus oídos por vez primera. Tenía la mirada perdida en el horizonte, donde un sol apagado pugnaba por alzarse sobre la bruma que surgía del mar, a una distancia que se le antojaba infinita. Se sentía subyugado por la conciencia de su insignificancia ante aquella inmensidad, pero a la vez disfrutaba de la sensación de estar viviendo días que, bien lo sabía, jamás habría de olvidar.

Hasday se había separado del grupo con el que había arribado a la costa, y sus pasos lo habían conducido hasta aquel lugar. Ishaq pareció comprender el estado de ánimo de su hijo, de modo que se limitó a apostar a dos guardias en la proximidad y dirigió sus pasos hacia la alcaicería, dispuesto a iniciar las gestiones que les habían conducido allí.

Los seis volúmenes del Dioscórides, que Hasday había dejado a buen recaudo en la fortaleza del *‘amil,* regresaban aún a su recuerdo haciéndole sentir una especie de embriaguez que, estaba seguro, nadie más podía comprender. Había pasado con ellos toda la jornada anterior, y había mandado buscar a Mūsa en el campamento para mostrarle la que ya era su posesión más preciada. Ansiaba el momento de regresar para abrir de nuevo sus cubiertas.

Se alzó sacudiéndose la arena del jubón, que había manchado también la bolsa de piel en la que guardaba el cuaderno, y solo entonces fue consciente de la actividad frenética que se desarrollaba a su alrededor, en la amplia ensenada donde se hallaba el puerto de Bayāna. Trató de abarcar el espectáculo que lo rodeaba con la mirada, las velas de los barcos tomaron forma ante sus ojos, sus oídos se abrieron al bullicio que imperaba en la dársena, a los gritos de los estibadores, a los quejidos de las bestias, y fue consciente del penetrante olor a brea y a pescado. De nuevo se sintió embriagado por lo mucho que aquel lugar tenía que mostrarle todavía.

El amplio arco que trazaba la costa, dominado por una sólida torre vigía en el extremo occidental, aparecía cubierto por un cúmulo abigarrado de edificios, almacenes y amarraderos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Frente a él se alzaba un grupo de construcciones de mayor porte que, sin duda, correspondían a la zona noble del puerto y hacia allí dirigió Hasday sus pasos en busca de su padre, acompañado por los guardias, que no le habían quitado ojo. Era en la parte más alejada donde se alineaban los mástiles de enormes embarcaciones que Hasday solo alcanzaba a entrever, y de nuevo sintió una punzada de ansiedad al pensar en el momento en que, por fin, pusiera el pie en una de aquellas naves.

Se adentró en la alcaicería por un enorme arco de herradura, admirado por la suntuosidad del lugar. A ambos lados, sólidas puertas de madera labrada daban acceso a edificios de noble planta enmarcados por columnas de mármol, y el propio pavimento de piedra aparecía adornado en toda su longitud con filigranas

inverosímiles. Los guardias le condujeron hasta una enorme lonja porticada, donde Ishaq y su socio Baruch se habían convertido en el centro de un numeroso grupo de hombres que sorprendieron a Hasday por su aspecto. Sus indumentarias eran variadas en extremo, pero en todas se apreciaba la excelente factura y la calidad de los tejidos, entre los que no faltaban las sedas y los brocados. Sin duda se trataba de importantes mercaderes, armadores y hombres de negocios de procedencias tan diversas como su aspecto. El propio *‘amil* de Bayāna parecía presidir el encuentro, sentado en un escabel en uno de los laterales, escoltado por dos guardias uniformados. Realmente intimidado, Hasday se apoyó en la base de una columna y desde allí se limitó a observar y a escuchar cuanto se decía, hasta que, al filo del mediodía, la reunión pareció llegar a su fin.

—¿Sorprendido? —Ishaq, sonriente, puso una mano en el hombro de su hijo, quien, de espaldas, veía desfilar a los asistentes hacia el exterior.

—No lo imaginaba así —respondió el muchacho, al tiempo que recorría la soberbia lonja con la vista—. Ni el lugar ni toda esta gente…

—Al Mariyat Bayāna se ha convertido en los últimos lustros en el puerto comercial más activo de Al Ándalus. Su situación frente a las costas de Ifriqiya es estratégica. Podemos alcanzar los puertos de Nakur, de Orán o de Tenes en dos o tres jornadas, y las relaciones comerciales que mantenemos con ellos son excelentes, gracias a la política del emir Abd al Rahman. Su trigo y sus cereales han llenado los silos de Al Ándalus en momentos de escasez y, a cambio, muchas de nuestras mercancías y los productos de nuestros telares inundan los zocos del norte del continente.

—¿Y ellos? —Hasday señaló a algunos de los mercaderes que abandonaban el lugar—. Por su aspecto se diría…

—¡Oh, sí! Su procedencia es de lo más diversa. Las rutas comerciales que parten de Bayāna bordean la costa hasta alcanzar lugares como Qayrawán, una parada obligada para quienes se dirigen a Oriente. Desde allí se alcanzan las costas de Al Isqandariya, y las rutas que, a través del continente, llevan a Jerusalén, La Meca o Bagdad. Muchos de estos hombres han viajado durante meses para llegar aquí.

—Y os aseguro que su empeño no es casual. Por fortuna, el nombre de Al Ándalus empieza a ejercer una enorme atracción en Oriente. Y no solo por las mercaderías con las que comerciamos.

Hasday se volvió, sorprendido. Quien acababa de hablar a su espalda era casi un anciano. Sus cabellos blanqueaban y se apoyaba en un elegante cayado, pero su penetrante mirada revelaba una energía interior que no parecía haberle abandonado.

—¡Mi querido Asbag! —saludó Ishaq.

—De modo que este es el joven Hasday, del que tanto he oído hablar…

—Así es, el menor de mis hijos. —El tono delataba una deferencia a la que Hasday no estaba acostumbrado por parte de su padre.

—Me alegra comprobar que el legado de los Banu Shaprut está a salvo. Es

demasiado valioso para todos nosotros.

—Asbag fue *‘amil* de Bayāna durante años —explicó Ishaq a su hijo—. Un hombre virtuoso, confirmado en el cargo por el propio emir Abd al Rahman, y en gran parte artífice del asombroso desarrollo de este lugar.

—Me sobrevaloras. —El anciano sonrió.

—Pero, conociéndote, hijo, hay algo en el pasado de Asbag que te va a resultar más atractivo —dijo tomando de nuevo al muchacho por el hombro para dirigirse a él —. Estás ante un hombre piadoso, conocido con el sobrenombre del Peregrino.

—Solo fui un joven afortunado, que a lo largo de su vida tuvo la oportunidad de viajar en dos ocasiones por Oriente, antes de recalar en Bayāna —respondió.

Ishaq observó cómo Hasday escrutaba con interés el rostro del anciano.

—Estoy seguro de que ambos tendríais mucho de lo que hablar.

—Quizás el joven Hasday no tenga inconveniente en compartir parte de su tiempo con este viejo. Me temo que la actividad de tu padre ha de prolongarse hasta bien entrada la tarde.

Esta vez Hasday abrió los ojos de forma desmesurada, lo que provocó la risa de Ishaq.

—Esa cara lo dice todo, Asbag. Espero que no te arrepientas de tu ofrecimiento —bromeó Ishaq—. Conozco lo que significa esa expresión en la mirada de mi hijo. Nadie más indicado que tú para desvelarle los secretos de Al Mariyat Bayāna.

—En ese caso, no se hable más, te lo quito. Mi esposa estará encantada de prepararnos un refrigerio, y después podremos recorrer las atarazanas. Regresaremos al atardecer.

La vivienda que ocupaban el anciano y su esposa, junto a un solo par de sirvientes, se encontraba ubicada a media altura, en la ladera que se alzaba en el sector occidental del puerto, a escasa distancia de la atalaya defensiva que le daba nombre. Tal como le dejó entrever, Asbag había querido hacer de aquel lugar un retiro en el que disfrutar de sus últimos años de vida. No se trataba de la ostentosa residencia de la que hubiera podido disponer quien había ocupado durante años el cargo de gobernador de la cora de Bayāna, sino de una construcción que a Hasday se le antojó asombrosa por su sencillez y su belleza, con varias terrazas ajardinadas dispuestas a distinta altura en torno al sobrio edificio, de piedra y ladrillo. Escalinatas, rampas y caminos empedrados con esmero, algunos de ellos protegidos del sol por pérgolas cubiertas de hiedra y arrayán, comunicaban entre sí aquellos pequeños vergeles en los que no escaseaba el agua, que discurría a lo largo de multitud de canalillos y pequeñas acequias, en medio de un rumor constante.

Asbag condujo al muchacho por una vereda tan cubierta de vegetación que en algunos puntos les obligaba a agacharse para protegerse la cabeza del enramado, pero le cedió el paso poco antes de llegar al final, cuando el camino se abrió ante un sólido pretil de piedra. El anciano apoyó las dos manos en el muro, sin hablar, aunque su mirada se dirigió de soslayo hacia el semblante maravillado de Hasday y sonrió. La

ensenada que conformaba el puerto se extendía hasta perderse entre la bruma, salpicada por decenas de embarcaciones de la más diversa factura. La mayor parte se encontraban fondeadas cerca de la costa, aunque algunas, impulsadas por decenas de remos que se movían de forma asombrosamente coordinada, se desplazaban en una danza que a Hasday se le antojó caótica. Solo las más alejadas de la playa mantenían las velas, triangulares, desplegadas al viento, dejando tras de sí estelas blanquecinas que revelaban sus derroteros.

—Yo también recuerdo como si fuera ayer el primer día que vi el mar —dijo por fin Asbag con tono evocador—. No sería mucho mayor que tú. Tu expresión me hace revivir aquel momento.

Una suave brisa agitaba los cabellos de ambos mientras la mirada de Hasday se fijaba en la línea del horizonte, sobre la cual se recortaba el perfil de una de aquellas embarcaciones.

—Me sobrecoge pensar en el modo en que los hombres se aventuran en alta mar. ¿Cómo debe de ser la sensación que se experimenta cuando la costa desaparece de la vista y solo te separan del abismo unas tablas bajo los pies?

Asbag sonrió.

—Y más si quienes lo hacen son, como muchos de los comerciantes que conocerás en Bayāna, árabes procedentes del interior que solo unas generaciones atrás se limitaban a recorrer el desierto. Aunque, si lo piensas bien —reflexionó el anciano—, orientarse en alta mar o en medio de las dunas no resulta tan distinto. ¿Acaso el desierto no es un mar de arena, igual que el mar sería un desierto de agua? Los camellos son las naves…, y los oasis, las islas.

Esta vez fue Hasday quien sonrió.

—La observación del cielo y la ubicación de los astros son imprescindibles para orientarse en ambos lugares. Si sigues los pasos de tu padre, pronto conocerás a los arraeces que gobiernan nuestras embarcaciones, marinos experimentados todos ellos, que saben llevar sus naves a buen puerto. Pero comprobarás que su experiencia procede del saber de hombres de ciencia, astrónomos, cartógrafos…, por no hablar de los geómetras que dirigen la construcción de todos estos barcos. A juzgar por lo que he oído sobre ti, y a pesar de tu edad, creo que no hablo de nada que no sepas.

Hasday, fascinado, seguía observando desde aquella atalaya la actividad que se desarrollaba a sus pies.

—Mil veces me había hablado mi padre de Al Mariyat Bayāna, pero no imaginaba encontrar algo así. ¿Cuántos años fuiste gobernador?

—Tuve el honor de ser elegido por la gente de Bayāna al regreso de mi última peregrinación, hace más de veinte años. Pero fue el propio emir Abd al Rahman, Allah lo proteja, quien me ratificó en el cargo al poco de ocupar el trono de Qurtuba. Él ha sido en realidad, con sus acertadas políticas, el artífice del esplendor de la cora, y pocos son mis méritos. Pero lo cierto es que Bayāna se ha convertido en uno de los puertos más prósperos y activos de Al Ándalus, gracias en gran parte a la actividad de

hombres como tu padre.

—Así pues, ¿conociste al emir en persona? —preguntó, sorprendido.

Asbag asintió con la cabeza, y el tono de su voz se hizo nostálgico cuando siguió hablando.

—Llegó a Bayāna en una de sus primeras campañas contra los rebeldes de Ibn Hafsún. Era todavía poco más que un muchacho, pero en su actitud se adivinaban ya la determinación y la capacidad que quizá le habían faltado a su abuelo, Abd Allah, a quien acababa de suceder. Fue un día memorable que jamás olvidaré.

Por primera vez, Hasday percibió emoción en su voz.

—¡Ah, el viento de Al Mariyat! —exclamó el anciano cuando una fuerte ráfaga de viento les azotó el rostro—. En realidad es él el que trae las naves mercantes a nuestro puerto, de modo que solo al Todopoderoso se puede atribuir nuestra prosperidad. Recuerdo que aquella noche, la que el emir pasó en Bayāna, tratamos de agasajarlo de acuerdo a su rango, pero, al final de la cena, su séquito parecía echar en falta algo. Fue uno de sus chambelanes quien nos recordó la costumbre de terminar veladas como aquella con la actuación de oradores y poetas que exaltaran los indudables logros del soberano. Era algo que no habíamos previsto, y hubimos de echar mano de un viejo vate que, por fortuna, había asistido a la recepción, pero que temblaba como una hoja de parra cuando se plantó ante el emir.

—¡Qué situación!

—Abd al Rahman pareció compadecerse de él y le liberó de la obligación de las lisonjas. Tan solo le sugirió la posibilidad de improvisar algún tipo de verso que hablara sobre este lugar. En realidad, el tiempo que permaneció en silencio no fue excesivo, pero a todos se nos hizo interminable, hasta que comenzó a recitar…

—¿Y recuerdas sus versos?

—¿Cómo habría de olvidarlos? Hace quince años que son celebrados aquí. ¡Fue precisamente este viento el que vino a rescatar al hombre del apuro!

Al Mariyat Bayāna… «Descríbela», me han pedido.

«Granados silvestres y artemisa», he respondido.

Se ha dicho que en ella hay buen sustento.

A lo que digo: «Sí… si sopla el viento».

—Hubiera dado cualquier cosa por ver la reacción del emir. —Hasday rio con ganas.

—Pues te diré que pocas veces cuatro versos le han resultado tan rentables a un poeta. Aquella noche regresó a su casa con veinte dinares de oro que el propio soberano le hizo entregar.

Hasday seguía sonriendo, pero se alzó sobre el pretil y entornó los ojos para apreciar mejor las enormes embarcaciones que parecían alinearse a lo largo de la costa.

—Tendrás que perdonarme —dijo el anciano—. No quisiera aburrirte con historias que sucedieron hace demasiado tiempo, cuando sé bien que estás ansioso

por pisar esas atarazanas. Será mejor que entremos en la casa.

Compartieron un breve pero sabroso almuerzo con la esposa de Asbag, que pareció agradecer el apetito y el aprecio que hizo el muchacho de la empanada de carne que ella misma había cocinado. El sol aún se hallaba en lo alto cuando dejaron la casa a lomos de dos buenos mulos.

—Mis rodillas lo agradecen ya, los años no pasan en balde —se excusó el anciano.

Descendieron por estrechas callejuelas empedradas entre edificios encalados, seguidos en todo momento por los guardias que Ishaq había asignado para su protección. Antes de que desembocaran en la amplia explanada a los pies de la colina, el penetrante olor del pescado pareció invadirlo todo.

—Este es el origen de Al Mariyat Bayāna, el poblado de pescadores que surgió al abrigo de la primera torre vigía —explicó Asbag mientras señalaba la pequeña fortaleza en lo alto del promontorio—. Fue en el tiempo del segundo Abd al Rahman, cuando los normandos procedentes del norte arrasaron las costas de Al Ándalus y destruyeron algunas de nuestras ciudades. Entonces el emir, con buen criterio, dio la orden de amurallar los lugares más expuestos y levantar a lo largo de la costa una red de atalayas de vigilancia, desde las que se pudiera dar aviso a la población en caso de avistar aquellas temidas naves.

Hasday contempló las barcas que se agolpaban sin ningún orden a lo largo del arco que formaba la playa. Hombres y mujeres de aspecto humilde se afanaban entre cestos, redes y cordajes, rodeados por bandadas de gaviotas cuyos agudos graznidos nadie salvo él parecía oír.

—Me gusta este lugar —dijo e inspiró con fuerza—. ¡Es tan distinto de Yayyán!

Asbag también parecía disfrutar con la actitud del muchacho, que respondía con nuevas preguntas a cada una de sus explicaciones. Avanzaron en dirección a la alcaicería, pero rebasaron el acceso para adentrarse en una amplia explanada de pavimento empedrado. Los edificios que la bordeaban eran almacenes repletos de mercancías, salpicados por cantinas que bullían de actividad. Sin embargo, Hasday no podía evitar desviar la mirada hacia los primeros barcos fondeados en la proximidad de la costa.

—¡Son enormes! —exclamó.

Asbag sonrió.

—La mayor parte de lo que ves desde aquí son mercantes que cubren las rutas entre Bayāna y los puertos más cercanos, como Tenes y Orán. Siempre impulsados por la fuerza del viento, a diferencia de los barcos de guerra, y más anchos, para proporcionarles la estabilidad necesaria. Fíjate en sus velas —añadió—. Tendrás ocasión de ver galeras impulsadas por remos en la parte más alejada, donde se encuentra la dársena militar. Esas sí que resultan imponentes por su longitud y su envergadura.

Hasday se alzó sobre los estribos y estiró el cuello por encima de las carretas de

bueyes y las recuas de mulas que se cruzaban en su camino, pero solo divisó los enormes mástiles que se alzaban en la distancia. De nuevo se dejó caer en la grupa con un suspiro y se acomodó la bolsa de cuero que llevaba al hombro. Comprendió que su estancia en Bayāna iba a ser prolongada y, decidido a satisfacer su curiosidad sin dejarse llevar por la impaciencia, barrió con la mirada los alrededores.

A su diestra, un grupo de porteadores, apenas muchachos de su edad con la piel curtida por el sol, dejaban caer los fardos que cargaban sobre los hombros en el interior de una chalana que se mantenía a flote a escasos codos de la orilla, bajo la mirada severa de quien parecía ejercer como capataz. El hombre sostenía una tablilla en la que, de vez en cuando, trazaba rayas verticales con ayuda de un cálamo. Hasday reparó también en los dos fornidos vigilantes apostados junto a la carreta en la que habían trasladado el cargamento hasta la playa y en el extremo curvado de los sables que asomaban por debajo de sus jubones.

—¿Seda? —preguntó Hasday, al tiempo que tiraba de las riendas para detener su montura.

Asbag asintió.

—Una valiosa carga, que proporcionará pingües beneficios a muchos. No hace falta que te explique que la manufactura de la seda es lo que proporciona prosperidad a la cora desde hace lustros. Me consta tu interés, tu padre me habló de ello.

—Me apasiona la cría de gusanos, es una de mis aficiones en Yayyán.

—Centenares de familias viven de ello en toda la zona, desde quienes cultivan la morera y crían los gusanos hasta los que trabajan en el hilado. Fue un proceso curioso, créeme. La primera vez que puse los pies en Bayāna, el comercio se limitaba a la venta del hilo de seda, pero el asentamiento de un maestro tejedor procedente del *tiraz* de Qurtuba, la afamada fábrica de tejidos que abastece de brocados a la corte, resultó providencial. Los aprendices que trabajaban con él pronto establecieron sus propios talleres, y hoy la fama de nuestro género se ha extendido hasta el otro lado del mar. No sería de extrañar que las telas que contienen esos fardos acabasen vistiendo a algún prohombre de Qayrawán o de la misma Al Isqandariya.

—¿Será posible visitar uno de esos talleres?

—Podrás hacerlo cuando regreséis a Bayāna, aún tengo buenos amigos allí. Solo tengo que advertir de tu visita a uno de ellos, dueño de uno de los mejores talleres. —El anciano sonrió mientras azuzaba a su montura—. Dispones de tiempo suficiente, las subastas en el mercado de esclavos no tendrán lugar hasta el jueves.

La mención sobresaltó a Hasday.

—¿Te sorprende? —preguntó Asbag al comprobar que su semblante se había ensombrecido—. Es la víspera del día de oración, y tampoco el sábado es buen día para celebrar el mercado; en realidad, muchos de los mercaderes de esclavos son judíos, como tu familia.

—No, es solo que… —Hasday no terminó la frase.

—¿Quizá te disgusta esa clase de comercio? —preguntó cuando los dos mulos se

pusieron al paso.

El muchacho observó el rostro del anciano, y algo le empujó a confiarse.

—Durante este viaje, desde que en la Madīnat Ilbīra se reunió con nosotros la caravana procedente de Yusāna, he podido ver de cerca el sufrimiento de esos cautivos.

—Entiendo… —se limitó a decir Asbag. Parecía que su intención era dejar que el muchacho siguiera hablando.

—Me resulta difícil aceptar que parte de la riqueza de mi familia se haya obtenido de esa manera —confesó al fin—. ¿No bastaría con llenar esos barcos de brocados, especias, azogue…? ¿Por qué es preciso provocar tanto dolor?

El anciano no respondió de inmediato. Inspiró y pareció meditar la respuesta.

—Eres muy joven, Hasday —dijo al fin—. A tu edad yo también me hacía preguntas como la que planteas, pero no debes cuestionar por ello a tu padre, que es un hombre justo. El comercio de esclavos es tan antiguo como el hombre, el propio Profeta hizo uso de ellos, y el Qur'ān lo bendice.

Hasday pensó que había escuchado argumentos muy parecidos solo unos días antes, en boca de Mūsa.

—Me cuesta entenderlo. ¿Acaso Allah, tu Dios, hace distinciones entre unos hombres y otros?

—No deberías hablar así —replicó el anciano, incómodo, a pesar de que resultaba difícil que los que se cruzaban en su camino escucharan su conversación—. Cuando un infiel es convertido en esclavo, ha de ser tratado de acuerdo con los dictados del Islam, y es deber de su dueño proporcionarle manutención y acomodo. Si le trata mal, el esclavo puede acudir al *qādī*. Se les permite incluso obtener su propio sustento si así lo quieren y, en ese caso, utilizar lo ganado para comprar su emancipación.

—¿Y los castrados? He visto a decenas de muchachos mutilados en esos carros, algunos tienen la misma edad que yo. —Hasday pareció alterarse—. Cuesta olvidar la expresión de sus rostros.

Asbag alzó las cejas.

—No opondré como argumento que es nuestro credo el que impide esas prácticas y que son los físicos judíos de Yusāna quienes las llevan a cabo. Al fin y al cabo, unos y otros se benefician de ellas. Por otra parte, creo que te entiendo; Ishaq me habló de tu vocación por la medicina. Supongo que eso incluye el interés por aliviar el sufrimiento de quienes padecen.

Hasday asintió.

—Por eso me resulta difícil aceptar que sean físicos y miembros de la comunidad hebrea quienes ejercen esa bárbara labor.

—Supongo que no tienes ningún interés en asistir a esa subasta…

Al recordar a Yorán, regresó con fuerza la sorda inquietud que había permanecido agazapada los días anteriores.

—Debo asistir… Es lo que espera mi padre de mí —mintió.

—En ese caso tendremos ocasión de vernos de nuevo. Por primera vez van a trasladar el mercado hasta aquí desde Bayāna.

Hasday pareció sorprendido.

—Tenía entendido que la subasta se celebraba en la *madīna*.

—Así ha sido siempre, pero este invierno han construido un nuevo recinto a poca distancia de aquí. —El anciano señaló al frente con el mentón—. El empuje creciente del puerto está atrayendo a la costa parte de la actividad que antes se desarrollaba en la propia Bayāna. Me temo que se trata de un proceso imparable.

—Entonces tendrán que trasladar a los esclavos aquí antes del jueves… —aventuró Hasday.

—Debería ser así, si es que se confirma lo que ha llegado a mis oídos.

—Me gustaría conocer ese nuevo recinto del que hablas.

Asbag no pudo evitar un gesto cómico.

—¿Acaso hay algo que no despierte tu curiosidad? —Rio—. Claro que sí, pasaremos por allí, yo también deseo verlo terminado. Solo pude asomarme en una ocasión durante su construcción y te aseguro que ya entonces me resultó imponente. ¿También te interesan las técnicas de los alarifes?

—No tanto como las plantas medicinales y los secretos que guardan los seres vivos —respondió el muchacho con firmeza.

Asbag cabeceó con una expresión que dejaba entrever admiración.

—Acabas de recibir un regalo inesperado, ¿no es cierto? Una valiosa traducción de un tratado médico…

Hasday miró al anciano de soslayo con el atisbo de una sonrisa.

—Empiezo a pensar que nuestro encuentro en la alhóndiga ha tenido poco de casual…

Asbag rio.

—¿Qué te hace creer tal cosa? —dijo, divertido.

—Estás al tanto de la copia del tratado de Dioscórides que ha hecho traer mi padre desde Oriente, me acabas de hablar de la visita a un taller de hilado en la que ya parecías haber pensado…

—Ishaq me habló de tu interés por conocer la ciudad y soy un viejo con demasiado tiempo libre al que rejuvenece conversar con un muchacho de trece años, apasionado e inquieto como tú —se explicó—. Respecto a ese tratado, sé de su existencia desde que llegó a Bayāna. Los dos hombres que te lo han entregado viajaron en la nave de un viejo amigo, un comerciante con quien yo mismo regresé de mi última peregrinación.

—¿Has conocido a Redwan y a Taled?

—Abd al Karim, el patrón, me habló de ellos cuando llegaron, y de la preocupación que mostraron durante la travesía por el valioso objeto que transportaban.

Hasday vio que el anciano intentaba alzarse sobre el mulo para ganar perspectiva.

—Trato de comprobar si la *faluka* sigue atracada en el dique donde se encontraba a su llegada. Pero, por mucho que me estire, mi vista cansada no da para más. Estoy seguro de que Abd al Karim se mostraría encantado de enseñarte su barco y podrías interrogarle sobre los detalles de la travesía. Aunque tiene un carácter un tanto reservado, es un buen hombre, y si algo le gusta es hablar con quien se gana su confianza.

Hasday examinó con atención la sólida estructura de madera que se adentraba en el mar. En realidad era similar a la de algunos puentes que habían atravesado durante el viaje, con la diferencia de que aquel no conducía a otra orilla, sino que terminaba de forma abrupta ante el océano. Los gruesos puntales que se hundían en la arena servían de soporte a un entramado que se entrecruzaba de forma regular, con largos pernos de hierro que atravesaban los maderos allí donde se superponían. Aun desde la distancia, se adivinaba que los troncos que sustentaban el extremo más alejado tenían una longitud descomunal. Las maromas de esparto, anudadas con maestría y cubiertas con una pátina de verdín, terminaban de reforzar el conjunto. Por encima, una firme tablazón componía una plataforma de varios codos, que permitía el paso holgado de carros como el que en aquel momento se encontraba junto a una de las embarcaciones amarradas en el extremo del dique.

—Por fortuna, este invierno los atracaderos han sobrevivido a los temporales, pero es necesario reconstruirlos casi cada año —explicó Asbag mientras, no sin esfuerzo, trataba de desmontar.

El anciano se había mostrado alegre cuando divisó la nave que buscaba meciéndose junto al embarcadero. Hasday fue el primero en avanzar por la tablazón, tras asegurarse de que las monturas quedaban sujetas y al cuidado de los guardias.

—¡Ahí está! —advirtió Asbag, alzando el brazo para saludar.

Un hombre enjuto, ataviado con una sencilla túnica parda provista de capuz, acababa de aparecer en la cubierta de la *faluka*. Tras él surgieron dos porteadores que cargaban pesados fardos sobre los hombros y un tercer hombre con el que mantenía una conversación. El mercader pareció impartir alguna orden a los primeros, que atravesaron la estrecha pasarela de madera que unía el costado del barco con el dique en un equilibrio inestable, antes de dejar caer los sacos en el carro que aguardaba en el embarcadero. Abd al Karim alzó entonces la vista y reparó en su presencia. Se dirigió de inmediato hacia la borda, salvó el desnivel con agilidad y caminó sobre el dique hasta situarse junto a la proa del barco que se balanceaba al compás del oleaje.

Hasday observó al mercader mientras se acercaban, sorprendido por la sencillez de su atavío. Durante el trayecto, Asbag le había puesto al corriente de su actividad como armador y comerciante, y había esperado encontrarse con un personaje similar a los muchos que su padre trataba a diario, a menudo ampulosos, soberbios y pagados de sí mismos. Sin embargo, la expresión del hombre que les aguardaba junto al barco estaba más cerca de la turbación y el sonrojo, que su rostro, casi quemado por el sol pero de tez extrañamente clara, permitía apreciar. Hasday sintió una corriente de

simpatía hacia él incluso antes de cruzar una palabra.

—¡Bienvenido de nuevo, Asbag! —saludó el hombre—. Veo que esta vez vienes acompañado.

Los dos se abrazaron, y después el mercader saludó a Hasday. Asbag, a su manera, hizo las presentaciones.

—¿Recuerdas el valioso objeto del que me hablaste, aquel del que estaban tan pendientes dos de tus pasajeros? Aquí está su afortunado destinatario.

La sorpresa se dibujó en el semblante de Abd al Karim.

—El hijo de Ishaq ben Shaprut…

—Hasday —apuntó el anciano.

—Es un placer conocerte, muchacho. Redwan y Taled me hablaron del encargo de tu padre, y también de ti. Me habían dicho que eras muy joven, pero…

Asbag sonrió ante el desconcierto del marino.

—Es la primera vez que viaja con su padre, hasta hoy no había visto el mar. Así que he pensado que podrías mostrarle tu nave.

—¡Por supuesto! Ese que veis en el carro es uno de los últimos cargamentos, la bodega ya está prácticamente vacía. El arráez se encargará de trasladarlo a los almacenes de la alhóndiga, y antes del anochecer la *faluka* tiene que quedar fondeada fuera del embarcadero, pero aún hay tiempo. ¡Habéis llegado en el momento preciso!

Hasday no apartaba la vista de la embarcación, que se alzaba y descendía al ritmo de las olas. Reparó en que el costado de la *faluka* estaba separado de la plataforma por gruesos cilindros de madera forrados con cuero engrasado que colgaban de la borda, lo que evitaba la fricción. Disponía de un solo mástil, y de él colgaba mediante cabos y poleas el palo transversal al que estaba sujeto el velamen. Hasday lamentó desconocerlo todo acerca de la jerga que, estaba seguro, daba nombre a cada una de las partes de aquella nave.

—¿Estás listo? —oyó decir a Abd al Karim—. Será un honor tener al hijo de Ishaq ben Shaprut a bordo de mi embarcación.

El muchacho puso un pie en la borda y saltó a la cubierta. De inmediato sintió oscilar la tablazón bajo sus pies y se aproximó al palo mayor para apoyarse. Cuando miró a lo alto, vio que el extremo del mástil parecía desplazarse a una velocidad pasmosa, hasta que cayó en la cuenta de que era el movimiento de las nubes, arrastradas por el viento de levante, lo que producía tal impresión. Sin poder evitarlo, sintió que se le revolvía el estómago con una desagradable náusea que trató de contener.

—Si, como decís, es la primera vez que pisas un barco, quizá te marees —advirtió entonces el marino—. El levante está haciendo arreciar el oleaje.

Asbag comprobó que el color había abandonado las mejillas del muchacho y lanzó una mirada de complicidad al comerciante. Hasday, por su parte, estaba decidido a no dejar que un inoportuno mareo estropeara aquel momento, de forma que respiró hondo y trató de olvidar la opresión que acusaba en el vientre.

—Es un barco hermoso —apreció Asbag mientras se movía por la cubierta.

—Necesita un buen baldeo en cuanto se vacíe la bodega. Pero no te falta razón, Asbag. Durante la última travesía, hemos viajado a bordo doce hombres y no menos de trescientos quintales de carga —explicó Abd al Karim con una nota de orgullo en la voz—, contando con la arroba del fardo que traían Taled y Redwan para ti.

Hasday sonrió al recordar los seis pesados volúmenes.

—¡Tendrías que haber visto con qué celo lo han protegido durante todo el viaje para preservarlo de la humedad! No soy hombre de letras y desconozco el valor de lo que contenía, pero de algo estoy seguro: si la *faluka* se hubiera ido a pique, ambos se habrían aferrado a ese fardo aunque les hubiera costado acabar con él en el fondo del mar.

—¿Cuál era la carga que transportabas? —se interesó Hasday.

—Asómate a la escotilla de la bodega y tendrás la respuesta. El olor tardará semanas en desaparecer. La mayor parte de lo que hemos desembarcado son especias de la mejor calidad, las que no se cultivan en Al Ándalus, las más demandadas en Qurtuba: diversas variedades de pimienta en grano, *qirfa*[1] y cinamomo, *sunbul*[2], jengibre, clavo, que yo mismo me encargaré de poner a la venta. Pero también acostumbro trabajar por encargo, como sin duda hace tu padre, y traigo desde el puerto de Al Isqandariya un cargamento de maderas nobles para un artesano de Ishbiliya, incluso un pequeño lote de marfil.

—Y el pasaje —apuntó Asbag.

—Así es, mi viejo amigo. Y en esta ocasión, especialmente abundante, hasta igualar en número a la propia tripulación.

Abd al Karim se acercó a la escotilla y señaló a Hasday la escalera que se perdía en la penumbra.

—Supongo que tienes interés en conocer el interior del barco…

Hasday no se hizo de rogar. Tardó un instante en acomodar la vista, pero la luz que llegaba del exterior alcanzaba a iluminar la bodega y los fanales que colgaban de lo alto se hallaban apagados. El espacio estaba dividido mediante una mampara de madera en dos partes: la destinada a la estiba en la popa y una zona mucho más reducida, ocupada por varios catres superpuestos a ambos lados de un estrecho pasillo. El intenso aroma a especias que le había asaltado al descender, competía en aquel rincón con el olor rancio del moho y la humedad que rezumaban las tablas. Hasday trató de imaginar cómo sería la estancia forzosa en un lugar como aquel durante semanas, cuando no meses, y la náusea regresó con fuerza.

—No es el lugar más agradable para pasar una temporada, pero uno acaba acostumbrándose. ¿No es cierto, Asbag? —pareció excusarse Abd al Karim, a pesar del tono jocoso de su voz.

—Daría cualquier cosa por volver veinte años atrás y emprender un nuevo viaje como el que compartimos entonces —respondió el anciano—. Pero sin duda será algún joven como Hasday quien ocupe ese lugar.

—Quizás Hasday mismo —aventuró el comerciante—. ¿Acaso no te gustaría viajar a Oriente? Cuando tengas unos cuantos años más, por supuesto… Para una familia de comerciantes como la tuya, establecer contactos a ambos lados del mar impulsaría el negocio de manera sustancial. ¡Cuántas veces he lamentado yo mi falta de descendencia!

—¡Es la primera vez que pisa una *faluka* y ya estás tratando de embarcar al muchacho hacia el otro lado del mundo! —bromeó Asbag.

—¡Sé oler los negocios! —siguió Abd al Karim, divertido, mientras regresaban hacia la popa—. Y hasta ahora no me ha ido mal. Solo he perdido un barco, a manos de los piratas, y fui capaz de volver a levantar cabeza.

Hasday observó con atención la zona destinada a la carga, en aquel momento prácticamente vacía. El eje central, sobre la quilla, se encontraba situado en un plano inferior, de manera que el agua que pudiera entrar de forma accidental en caso de tempestad pudiera ser evacuada hacia la sentina sin afectar a la carga. En realidad, los cubículos destinados a la mercancía se encontraban a ambos lados de la nave, encajados entre las cuadernas, un codo por encima del fondo sobre el que caminaban. Todavía colgaban de las alcayatas algunas sogas y redes empleadas para inmovilizar la carga, aunque la mayor parte se encontraba amontonada en uno de los rincones. Tan solo en dos de aquellos compartimentos quedaban unos cuantos sacos apilados. Uno mostraba un orificio irregular y parte de su contenido, de un llamativo color rojizo, se había derramado alrededor.

—¡Malditas ratas! —exclamó Abd al Karim al ver agacharse al muchacho—. ¡No hay forma de deshacerse de ellas!

Hasday tomó un puñado de aquellos pequeños frutos y los examinó en la palma de la mano. Comprobó que se trataba de pequeñas bayas redondas y arrugadas, algunas de las cuales comenzaban a perder el color y a dar señales de podredumbre.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Algún tipo de especia?

—No, no es una especia. Son unas semillas que adquirí en un puerto de la costa egipcia al que acababa de llegar una caravana del interior. El mercader me contó que habían atravesado el desierto después de navegar por el mar que bordea la península arábiga, más allá de La Meca. Al parecer proceden del algún país cercano al de esos esclavos sudaneses de piel negra tan apreciados. Allí lo conocen con el nombre de *qahwah*.

—¿Y cuál es su uso? —preguntó Hasday.

—Los camelleros lo utilizan para preparar una bebida que tiene la virtud de estimular los sentidos y ahuyentar el sueño. Pensé en adquirir unas pocas libras, pero ya ves que no han soportado bien el viaje. Ni siquiera las he desembarcado. Probablemente acabe arrojándolas por la borda para terminar de vaciar la bodega, y eso que pagué un buen precio por esos sacos.

Hasday había desmenuzado algunos frutos entre las uñas y observaba con atención las semillas que albergaban en el interior. También Asbag se acercó y tomó

unos cuantos entre los dedos.

—Oí hablar acerca de una bebida estimulante durante mi estancia en Bagdad, aunque era conocida con otro nombre… *buncham*, ¿*bunchum*, quizá? —Vaciló—. Se utilizaba como medicina en los hospitales de la ciudad, y como antídoto frente a los excesos con la adormidera.

Hasday se limpió los dedos y se puso de pie para sacar el cuadernillo de pergaminos de la bolsa que llevaba al costado.

—*Qahwah*… —dijo en voz alta mientras anotaba el nombre—. No creo haber leído una voz así en el tratado de Dioscórides, aunque tampoco he tenido ocasión de estudiarlo con detenimiento. Lo buscaré en cuanto regrese a Bayāna.

—Lo que recuerdo son algunas historias que se contaban en Bagdad sobre esas bayas…, aunque lo más probable es que no tengan demasiado fundamento.

—Aun así, esas leyendas siempre son interesantes… —dijo Abd al Karim, invitándole a hablar.

—Se contaba que fue un pastor en la lejana Abisinia quien observó a sus cabras excitadas e inquietas después de comer estas bayas, que al parecer allí crecen de forma silvestre. Las probó y experimentó el mismo efecto. Entonces las llevó a un monasterio cercano donde uno de los monjes, por curiosidad, hizo un cocimiento con ellas. Sin embargo, su sabor le resultó tan repulsivo y amargo que arrojó al fuego el contenido de la cazuela y el resto de los granos. Pero, al poco, un aroma agradable surgió de las brasas, y el monje descubrió que las semillas tostadas producían una bebida mucho más apetitosa. La ofreció al resto de la comunidad, y comprobaron que podían soportar, apenas sin esfuerzo, las largas horas dedicadas a la oración y al estudio.

Hasday, aún aplicado sobre el cuaderno, había escuchado con atención.

—Quizá, después de todo, tu compra no fue ningún disparate —opinó—. Me pregunto… si tendrías inconveniente en cederme uno de esos sacos. Pon el precio y mi padre te…

—Puedes llevártelos todos, me harás un favor —le interrumpió—. No pienso perder el tiempo buscando comprador para unas bayas casi podridas cuyos efectos desconozco. Mi prestigio como comerciante vale mucho más que lo que he pagado por esos sacos. Ordenaré a mis hombres que los carguen en vuestros mulos.

—¿Alguno de los dos tiene idea de qué clase de planta produce estas bayas? —Hasday acababa de plasmar uno de aquellos frutos en el pergamino y empezaba a hacer lo mismo con las semillas blanquecinas, que por un momento le habían recordado a garrapatas henchidas de sangre—. ¿Se trata de un árbol, de un arbusto quizá…?

—No te lo puedo asegurar, pero juraría que es alguna clase de arbusto silvestre —respondió Abd al Karim—. Lamento no haber prestado más atención, pero sí recuerdo que el mercader me habló de un arbusto leñoso, de ramas similares al sarmiento, y de hojas verdes que se asemejan al laurel. Lo que desconozco es si

alguien ha intentado cultivarlo, pero quizá tú puedas conseguirlo.

Asbag vio brillo en los ojos de Hasday.

—¡Ya le has dado la idea, así que no dudes de que lo intentará! —bromeó.

—Me alegraría que pudieras sacarle algún partido. Háblales de ella a tus maestros y tal vez puedan darle un uso medicinal —dijo rodeando los hombros de Hasday, al tiempo que echaba un vistazo a los sencillos dibujos del cuaderno—. Considéralo un regalo y, si llega a oídos de tu padre, dile que se trata de una pequeña atención por los favores que le debo.

6

La flota de guerra dejó pasmado a Hasday cuando, de nuevo en compañía de Asbag, completó el recorrido por el puerto. Habían dado por terminada la primera jornada en la alhóndiga, adonde se dirigieron para liberar los mulos de los cuatro sacos de *qahwah* con que los habían cargado en el amarradero. Su idea era finalizar la visita a la zona portuaria aquella misma tarde, pero en la alcaicería Ishaq los reclamó para compartir la mesa con otros mercaderes, viejos socios algunos de ellos, y con clientes que aún no se habían decidido a estampar su firma en los documentos comerciales. Hasday recordaba las reflexiones de su padre acerca de la necesidad de un trato considerado, que, con el concurso del vino, podía inclinar a los hombres al acuerdo. Ya entrada la noche, Ishaq le anunció que no regresarían a Bayāna, sino que se alojarían en la vivienda de uno de los primeros comerciantes judíos que habían establecido su residencia en las cercanías del puerto.

Por la mañana, de nuevo en la dársena, Asbag había dado muestra de su paciencia y también de su conocimiento sobre la *madīna* y sobre la situación en el emirato. Sentados encima de una pila de maderos, le había explicado que las galeras fondeadas en Al Mariyat Bayāna, entre las que se contaban algunas de las de mayor arqueo de la armada, eran apenas una pequeña parte de la flota, dispersa en aquel momento en numerosos puertos. Desde que, tras los devastadores ataques normandos, el segundo Abd al Rahman pusiera en marcha una auténtica política naval que incluyó la construcción de atarazanas para el ensamblaje de centenares de naves, habían florecido ciudades como Ishbiliya, Malāqa, Ushbuna, Al Yazira, Qartayāna, Daniya o Turtūsha, ubicadas de forma estratégica. La *fitna*, sin embargo, el período de guerra civil que había asolado Al Ándalus décadas atrás y que había vaciado las arcas de Qurtuba durante los reinados de Muhammad, Al Mundir y, sobre todo, de Abd Allah, el abuelo del actual soberano, había dado al traste con la intención de seguir incrementando el número de naves, a pesar de la amenaza que suponía la imponente flota fatimí que empezaba a operar desde el puerto de Al Mahdiya. Doce años atrás, cuando el joven Abd al Rahman había sucedido en el trono a su abuelo Abd Allah, nadie hubiera apostado por un cambio tan drástico como el que habían presenciado en los últimos tiempos, y Bayāna no había sido la excepción. Las atarazanas habían retomado su actividad, y de la sierra llegaban de nuevo grandes cantidades de madera, así como lino para los velámenes, esparto para las jarcias, hierro para la fabricación de clavos y anclas, y la pez y el *al-qitrán* con que se calafateaban las embarcaciones.

Precisamente la víspera había llegado a la *madīna* la noticia de la partida desde Qurtuba de la aceifa que el emir Abd al Rahman se disponía a emprender contra los reinos cristianos del norte y que, al parecer, encabezaba en persona. El *al ‘ard*, la ceremonia con que daba comienzo la concentración de las tropas en los alrededores de la capital, había tenido lugar tres semanas antes, lo que explicaba la escasez de

soldados, mercenarios y hombres de armas que Hasday había observado aquellos días.

—¿Acaso no os cruzasteis en vuestro viaje con las columnas de tropas que se dirigían a la capital? —preguntó Asbag cuando el muchacho le interrogó al respecto.

Hasday negó con la cabeza.

—Baruch hizo algún comentario, pero el encuentro quizá se produjo más allá de Ilbīra, en el camino de Yusāna. Como dices, las tropas deben de llevar semanas concentrándose cerca de Qurtuba. También en Yayyán estaba en marcha la movilización cuando salimos hacia aquí, aunque me resulta extraño que no hubieran partido aún hacia la capital.

—No, no es extraño. De hecho, si lo piensas bien, todo encaja —contestó Asbag —. Dicen que esta vez el emir no se dirige directamente hacia el norte, sino que ha tomado el camino de Levante. Y es que hay noticias sobre disidencias y levantamientos en la cora de Tudmir y en Balansiya. Sin duda pretende someter a los rebeldes a pesar del rodeo que deberá dar, camino de la Marca Superior.

—Pero algo así le obligaría a seguir el camino de la costa, al menos hasta Turtūsha, para remontar después el Ūadi Ibrū en dirección a Saraqūsta. ¡Eso alargará la campaña!

—Meses, quizá. Pero es muy propio del genio de Abd al Rahman. Su mera presencia al frente de semejante ejército conseguirá que esos caudillos rebeldes se rindan de manera incondicional. Nombrará nuevos gobernadores y se llevará a los insurrectos para luchar con sus huestes en la campaña. Si, por el contrario, hubiera enviado a alguno de sus generales con un número reducido de tropas, la lucha habría sido prolongada, cruenta, y el resultado, incierto.

—Oí decir a mi padre que el *‘amil* de Turtūsha también se había declarado en rebeldía —recordó entonces Hasday.

—Así es, y el emir no podía permitir algo así: se trata de una de sus principales atarazanas, y de allí procede la mejor madera para nuestros barcos. Fíjate en estos troncos —acarició la corteza de los pinos sobre los que se habían sentado—, proceden de sus bosques. Estos pinos gozan de fama para la fabricación de mástiles por su tamaño y su rectitud.

Hasday se levantó y recorrió la pila de troncos con largas zancadas. Asbag dejó que contara los pasos.

—¡Al menos cincuenta codos! —exclamó Hasday.

—En unos meses se habrán convertido en mástiles de nuevas embarcaciones. Cada año se botan en este astillero no menos de una decena de barcos. Ten por seguro que Turtūsha estará en la ruta de esta aceifa, y no solo por motivos geográficos.

—Eso explica que las tropas de Yayyán no hubieran partido todavía —razonó Hasday mientras se sentaba de nuevo—. Se incorporarán al ejército de Abd al Rahman a su paso por la ciudad.

—Tu padre debe de tener información de primera mano. Pero hay algo más: la

mayor parte de la flota recibió órdenes de partir hacia el norte hace unas semanas, de ahí que no hayas podido ver más que un retén, precisamente los barcos con menor capacidad de maniobra. El emir pretenderá utilizar la amenaza de sus naves contra los rebeldes.

Hasday imaginó enseguida a uno de aquellos gobernadores, un hombre ambicioso, quizá nombrado por el mismo Abd al Rahman, encastillado en su fortaleza tratando de hacer valer la fuerza de sus huestes para convertirse en un reyezuelo local, para dejar de aportar la fuerza militar de su territorio al ejército de Qurtuba, para distraer sus tributos a las arcas del emirato. En cuestión de días, sin embargo, tendría ante sus puertas a miles de hombres bien armados, bereberes, sirios, sudaneses, esclavos *saqāliba* procedentes de las frías tierras del norte, mercenarios llegados de toda la Península, de Ifriqiya y del Maghrib… y, sobre todo, de andalusíes de origen hispano reclutados por todo el emirato cuyas familias se habrían convertido al Islam apenas unas generaciones atrás. Una sola ojeada desde su atalaya le bastaría para comprender que cualquier intento de resistir tras sus murallas sería inútil. Y más si, al volver la vista al oriente, divisara a media milla de la costa, y bajo el pabellón de los Omeyas, los imponentes *girbān* con su centenar de remeros, o las temibles *harraqāt,* que, dotadas con material incendiario, se habían convertido en una auténtica leyenda por su mortal eficacia.

—A pesar del retraso, antes de que acabe el verano tendremos noticias de nuevos éxitos contra los infieles, tal como sucedió hace cuatro años en Muish, a escasa distancia de la corte de Sancho, el rey cristiano de Banbāluna.

—¿Y los rebeldes de Bobastro? ¿No aprovecharán la ausencia del emir durante todos estos meses para lanzar nuevos zarpazos?

Asbag alzó las cejas dejando entrever la duda.

—Podría ser…, pero desde la muerte de Umar ibn Hafsún se han producido desavenencias entre sus hijos. Hace cuatro años murió Ya’far, y ahora es Sulayman el cabecilla, pero con gran oposición entre los suyos. Además, no creo que el emir haya partido sin dejar a alguno de sus generales con un buen contingente de tropas dispuestas a responder frente a cualquier amenaza.

—Tú también pareces mostrar una fe ciega en nuestro emir… —dijo Hasday tras una pausa en la conversación.

—¿«También»?

—Me refería a mi padre.

—¡Ah, por supuesto! —De nuevo se hizo el silencio—. ¿Sabes lo que ambos tenemos en común?

Hasday se planteó probar con alguna de las respuestas que le venían a la cabeza, pero terminó haciendo un gesto de negación.

—¡Años, mi joven amigo! —exclamó Asbag entre risas, mientras se acariciaba la barba, ya blanca por completo—. Aunque yo soy mucho más viejo que Ishaq; pronto cumpliré los setenta, si Allah Todopoderoso me concede esa dicha. ¡Fíjate que nací al

principio del reinado de Muhammad!

—En ese caso has conocido a cuatro emires —calculó Hasday.

—Cuatro emires, una guerra civil y la casi total descomposición del emirato en tiempos de Abd Allah, sequías, hambrunas, plagas… —El rostro de Asbag se ensombreció—. Una de esas epidemias se llevó a mi primera esposa… y a dos de mis hijos.

—Lo lamento —fue cuanto acertó a decir Hasday, afectado por la revelación de Asbag—. ¿Tienes, pues, más hijos?

—El tercero, el primogénito, murió años después, en la batalla de Bulay. —Las lágrimas pugnaban por brotar de los ojos del anciano—. Contaba tan solo diecisiete años y acababa de ser llamado a filas, en el momento de mayor desesperación para el emirato. Umar ibn Hafsún había llegado a prender fuego a la techumbre de la mezquita de Qurtuba, amenazaba la capital y parecía tener al emir y a sus generales acorralados. Reclutaron a niños de doce años, tullidos, se liberó a los reos a cambio de que empuñaran las armas. Yo mismo luché a las órdenes de Abd Allah en aquella batalla, en la que la suerte de los omeyas se decidió a una carta. El emir fue bendecido con la victoria, pero yo perdí a mi hijo… Perdí todo cuanto me quedaba en esta vida.

—¿Qué hiciste? —preguntó Hasday, conmovido.

—No podía soportar las celebraciones de la victoria que ya se anunciaban en Qurtuba, esperé a recibir la soldada y embarqué en una chalupa que descendía por el Ūadi al Kabir y que me llevó hasta Ishbiliya. Allí busqué acomodo en el barco más grande de los que había fondeados en el río. Ni siquiera pregunté por su destino, pagué el pasaje por adelantado y me acurruqué en un camastro plagado de chinches, sobre la sentina, con la esperanza de que aquel *qurqūr* se dirigiera al otro lado del Bahr Arrūm, lo más lejos posible de la tierra que me lo había quitado todo. —Asbag volvió los ojos enrojecidos hacia Hasday—. Quizás imaginabas que mi primera peregrinación había comenzado de forma más placentera…

El muchacho asintió.

—No puse pie en tierra hasta que llegamos al puerto de Al Isqandariya. Por entonces contaba treinta y seis años y, pese a que durante las semanas de travesía apenas me había alimentado lo suficiente para sobrevivir, mi apariencia no desentonaba con la de muchos otros hombres de aspecto famélico que abundaban en las cercanías del puerto, de forma que no me resultó difícil encontrar algunos trabajos con los que ganarme la vida. Empecé como porteador, descargando navíos a los pies de la enorme torre de la isla de Pharos.

—¡El faro de Alejandría! Una de las siete maravillas del mundo, leí acerca de ellas en la sinagoga de Yayyán.

—Es en verdad una construcción singular. Tal es su altura que por la noche se puede divisar la luz de sus hogueras a cuarenta millas de distancia. Aunque no resultaba fácil apreciar su belleza bajo el peso de los fardos. —Si bien el último

comentario despertó la sonrisa del anciano, pronto pareció reparar en algo—. Pero perdóname, no quiero cansarte con mis historias.

—¡No me cansan en absoluto! —repuso Hasday al instante—. ¿Qué hiciste después?

—Los primeros meses fueron duros, el sentimiento de pérdida seguía presente, y me convertí en un hombre taciturno, pendenciero, incluso. De aquella época data la cicatriz que oculta mi barba. —Se pasó el índice por la mejilla, siguiendo una línea invisible—. Un mal golpe de alfanje en una cantina del puerto. Empecé a ser conocido como el Andalusí, y no puedo decir que gozara de buena fama, así que decidí poner distancia de por medio. Me uní a una de las numerosas caravanas que cruzaban el desierto hacia el que llaman el Bahr al Ahmar, el mar que baña las costas de la península arábiga y que es necesario atravesar para quien pretende llegar a La Meca. Durante un tiempo permanecí en la capital de Egipto, Fustat, y ya te advierto que tuve la oportunidad de visitar los asombrosos lugares que la circundan, donde se encuentra otra de las maravillas del mundo de las que acabas de hablarme.

—¡La pirámide de Al Gizah!

Asbag asintió.

—La cuna de una vieja civilización con miles de años de antigüedad, repleta de templos y monumentos funerarios que por sí mismos justificarían un viaje como aquel.

A Hasday le brillaban los ojos.

—Quizás alguna vez tenga la oportunidad de recorrer esos lugares —señaló con aire soñador.

—Si alguien tiene a su alcance tal oportunidad, ese eres tú.

—Algún día…

No acabó la frase. De repente Hasday se había incorporado y, completamente alerta, trataba de captar los sonidos que transportaba la brisa.

—¿Ocurre algo, Hasday? —preguntó Asbag, extrañado.

—No, no es nada. Me había parecido oír… Sin duda han sido imaginaciones mías, no tiene importancia. —El muchacho volvió a sentarse.

Asbag alzó las cejas sin disimular su perplejidad, pero continuó hablando de inmediato.

—Tras unos meses en Fustat, decidí que era hora de emprender el viaje a los lugares santos…

Hasday, sin embargo, parecía incapaz de prestar atención a las palabras del anciano. Se agitaba inquieto sobre su improvisado asiento, y movía la cabeza para tratar de poner sus oídos en la dirección de la brisa que recorría las atarazanas.

—¿Será abusar de tu hospitalidad si te pido que me recibas de nuevo en tu casa antes de mi regreso a Yayyán? Me gustaría escuchar con más calma el relato de tus viajes…

—Sería un placer…, para mí y para mi esposa —contestó Asbag, perplejo—.

¿Hay algo más que quieras hacer ahora?

Hasday asintió.

—Me dijiste que el mercado de esclavos se celebrará mañana en un nuevo emplazamiento. ¿Sería posible que nos acercásemos para ver los preparativos?

—Creí entender que no era de tu agrado. Es la víspera del mercado, estarán trasladando allí a todos los esclavos aptos para la venta…

Hasday se puso en pie y se acercó a los mulos, que se hallaban atados a la misma argolla.

—Indícame el camino —le pidió con un tono acuciante, sin molestarse en ocultar su impaciencia.

Hasday no puso ninguna objeción cuando, a las puertas del nuevo mercado, Asbag alegó una ligera indisposición para regresar a casa. Él mismo ató su ronzal al cabestro del mulo que montaba el anciano, de forma que pudiera volver con las dos cabalgaduras. Antes de marcharse, el viejo gobernador conversó con los dos guardias que les habían escoltado durante su visita al astillero y les confió la custodia del muchacho hasta su retorno junto a Ishaq.

—En cuanto a nosotros, quizá sea mejor que nos despidamos ahora, mi joven amigo.

Hasday se volvió hacia él.

—¿No tenemos pendiente una última conversación antes de mi regreso a Yayyán? —objetó, extrañado. Hasday temió haber ofendido al anciano, pero en realidad lo que deseaba en aquel momento era librarse de su compañía para internarse a solas en el mercado. Se sintió mal consigo mismo.

—Nada sería más de mi agrado, pero quizá ya no sea posible. Mañana se celebran el mercado y la subasta, el viernes es día de oración y víspera de vuestro Shabat —recordó Asbag—. Posiblemente tu padre decida partir el mismo domingo. Rara vez permanece aquí más de una semana.

—No podemos hacer los preparativos para el viaje durante el Shabat…

—Quizá vosotros no, pero sí los musulmanes que trabajan a vuestro servicio.

—En ese caso, trataré de convencerle para que retrase la salida al menos un día. Si lo consigo, el domingo estaré en tu casa. —El rostro de Hasday se iluminó de repente—. ¡Quizá pueda traer conmigo alguno de los volúmenes del *Tratado de los simples* que Abd al Karim trajo en el barco! Me gustaría mucho que lo vieras antes de que me lo lleve a Yayyán.

—En ese caso te esperaré ansioso, pero la edad nos hace prudentes —sonrió—, y creo que, de cualquier forma, deberíamos despedirnos ya.

Poco después, Hasday percibía cómo el ruido de los cascos sobre el empedrado se amortiguaba a medida que el anciano y los dos mulos ganaban distancia entre el gentío. Sin volverse, el anciano alzó el brazo derecho como último adiós y lo mantuvo en alto durante un buen rato. Hasday, sin embargo, ya no podía verlo: se había vuelto hacia la entrada del recinto sin perder un instante y toda su atención se

centraba ya en una nueva inquietud. Ante él se había detenido un grupo de hombres, a juzgar por su aspecto, comerciantes. Si su propio padre hubiera estado entre ellos, le habría costado distinguirlo. Lo que los retenía ante el portalón de acceso era la presencia de dos hombres armados que custodiaban la entrada y que parecían pedir algún tipo de credencial o salvoconducto a quienes trataban de ingresar en el recinto. Hasday esperó su turno con impaciencia, aguzando el oído para intentar captar la conversación de quienes les precedían, pero lo que oyó fue la voz insegura de uno de sus propios guardias.

—*Sahīb*, perdona mi atrevimiento, pero quizá no sea buena idea entrar ahí sin el permiso de tu padre.

—¡Tengo que entrar! —Se oyó decir con un tono que a él mismo le resultó desconsiderado.

Desde que, sentado en los troncos de la atarazana, casi a media milla de distancia, había llegado de nuevo a sus oídos aquel inconfundible grito gutural, tenía la certeza de que Umarit y su hermano, Yorán, se encontraban allí. Lo había sabido desde su llegada a Bayāna, aunque durante aquellos días había llegado a albergar dudas. Lo único que había podido ver de aquella muchacha a su llegada a la *madīna* eran unos ojos azules, pero ¿cuántos ojos como aquellos habría en una ciudad donde el mestizaje era habitual, donde la venta de esclavos eslavos era la norma más que la excepción? De hecho, no tenía más que observar a las mujeres con las que se cruzaba para comprobar que, con frecuencia, eran unos ojos claros los que miraban al suelo cada vez que él fijaba la vista en el pequeño espacio que los velos dejaban al descubierto.

No obstante, aquel grito… aquel grito resultaba inconfundible, como la respuesta inmediata de Yorán, con un timbre más grave. Decididamente Umarit no había regresado al norte, se encontraba en el mercado en el que iban a vender a su hermano al día siguiente… y Hasday tenía un problema. Un problema en el que no había dejado de pensar en los días anteriores y para el que no encontraba solución. Para empezar, seguía sin tener ninguna pista sobre el aspecto de Yorán. Sin reparar en ello, había prometido a Umarit que trataría de identificar al comprador para permitir que los dos hermanos siguieran en contacto. Y solo había una forma de enmendar aquel descuido.

—No es un lugar seguro, y tenemos instrucciones precisas de tu padre —insistió el guardián—. Podrás regresar mañana con él; hoy es día de preparativos, se descargan los esclavos, se clasifican y se hacen lotes, se cumplimentan los registros y se aloja a esos desgraciados en los cubículos. Solo algunos de los mayores compradores, provistos de credencial, tienen acceso privilegiado para examinar la mercancía.

—Si fuera así, Asbag me lo habría contado.

—Quizás haya preferido que lo comprobaras por ti mismo —repuso el segundo guardia.

—¡Y es lo que pienso hacer!

Solo dos hombres le separaban ya del acceso al recinto. Cuando mostraron su salvoconducto y se les franqueó el paso, Hasday quedó frente a los dos soldados armados, de aspecto imponente. Tuvo que alzar la vista para dirigirse al más cercano.

—No dispongo de credencial, pero mi nombre es Hasday, hijo de Ishaq ben Shaprut. Es socio, como sabréis, de Baruch ben Yazar, uno de los mayores proveedores de eunucos de Yusāna.

El soldado lo miró con la sorpresa reflejada en el semblante. Durante un momento pareció preparar la respuesta más adecuada.

—No puedes entrar aquí, eres apenas un niño.

Hasday sintió que la indignación crecía en su interior.

—¡Mi padre me ha traído con él a Bayāna solo para que aprenda el funcionamiento del mercado y la subasta! —mintió—. Debéis dejarme pasar, de lo contrario montará en cólera, y sabéis lo que eso significa.

Era la primera vez en su vida que utilizaba el poder de su padre para intentar abrirse una puerta, y se sintió despreciable en el preciso instante en que aquellas palabras salieron de su boca. Sin embargo, la sensación de malestar creció cuando comprobó que la amenaza ni siquiera surtía efecto.

—Lo lamento, muchacho. Vuelve mañana junto a tu ilustre padre, si él te acompaña no habrá ningún inconveniente en que entres en el recinto. —A pesar de lo que acababa de escuchar, Hasday no advirtió ni un asomo de sarcasmo o de falta de respeto, solo firmeza y seguridad en su decisión—. Quizá te interese saber que seguimos las consignas de tu propio padre.

Hasday pareció desconcertado, pero sabía que era inútil insistir. Además, detrás de él empezaban a alzarse las protestas. Se apartó de la puerta, desalentado, en el momento en que el muecín iniciaba la llamada a la oración desde el alminar de la nueva mezquita.

—Está bien, regresemos —indicó a los guardias que le acompañaban.

—Tu padre te espera en la alcaicería después de la oración, *sahīb*.

—Eso nos da algo de tiempo todavía, estamos cerca. Quiero ver a esos tratantes a quienes se concede el privilegio de seleccionar la mercancía antes que al resto de los compradores.

Los dos guardias se miraron y se encogieron de hombros.

—Está bien —dijo con tono lacónico el que había hablado primero—, no hay inconveniente.

Hasday permaneció apoyado en el muro exterior del recinto, a diez pasos de la puerta, distancia suficiente para examinar a quienes entraban sin llamar la atención. Los dos guardias se habían apostado enfrente del acceso y parecían hablar entre ellos, sin apartar la mirada del muchacho, aunque fuera de soslayo. La mente de Hasday trabajaba sin descanso. Parecía imposible deshacerse de la vigilancia de aquellos dos hombres, que, para su desgracia, habían cumplido su tarea de forma cabal desde su

llegada a Al Mariyat Bayāna. Solo si conseguía desviar su atención tendría una oportunidad de despistarlos. Después de todo, tal vez fuera mejor así.

Su primera intención era entrar en el recinto, mezclarse con los tratantes y escrutar los cubículos en busca de uno de los muchachos castrados en el que pudiera encontrar rasgos parecidos a los de Umarit. Como última opción había considerado la posibilidad de pronunciar su nombre en voz alta, a la espera de una reacción en alguno de ellos. Pero se daba cuenta de que Umarit de ninguna manera habría conseguido penetrar en el recinto y, por lo que la conocía, permanecería rondando por el exterior, haciendo saber a su hermano, a través de su particular modo de comunicación, que estaba cerca de él. ¡Si hubiera tratado de practicar aquellos gritos durante los últimos días! Aunque para Umarit y su hermano no tuvieran ningún significado, sin duda les habrían llamado la atención, y la muchacha había demostrado agudeza, de modo que habría deducido quién era el mal imitador.

De improviso, uno de los comerciantes que aguardaba a la entrada comenzó a dar voces. Al parecer, acababa de sorprender a uno de los arrapiezos, que nunca faltaban donde se concentraba la multitud, tratando de meter la mano en su faltriquera, en busca de la bolsa con los dineros. No había tenido éxito, pues, a pesar de los gritos, el hombre sostenía el saquete en sus manos y comprobaba que estuviera intacto. El rapaz corría hacia el puerto pesquero a toda la velocidad que le permitían sus piernas, escuálidas pero ágiles, y ya había puesto una buena distancia de por medio.

Los gritos habían llamado la atención de todos los presentes, y Hasday supo que aquella era su oportunidad. Se deslizó junto al muro, cruzándose con los curiosos que se acercaban para averiguar el motivo del alboroto. No tardó en alcanzar la esquina, comprobó antes de doblarla que los guardias no habían reparado en su huida y entonces se lanzó a una carrera tan frenética como la que acababa de contemplar. El mercado lindaba con un barrio de viviendas aterrazadas, no muy alejado de la zona noble de la *madīna*, donde en aquel momento escaseaban los transeúntes. Allí Hasday estaba a la vista y, si los guardias se asomaban a aquella calle, lo descubrirían, así que dejó de correr para no llamar la atención y avanzó con paso rápido hasta la siguiente esquina, que le conduciría a la opuesta al acceso principal.

Como suponía, allí se hallaba la entrada de los carros, en aquel momento tan concurrida como la que acababa de dejar atrás. Los carretones que llegaban por el camino a Bayāna, adaptados para el transporte de los cautivos, avanzaban hasta donde les era posible y entonces se detenían sin respetar ningún orden. También habían conducido a pie a muchos infortunados, encadenados en largas recuas, y en los alrededores reverberaban los gritos, las órdenes de sus guardianes y el chasquido de los látigos. Eran todos varones, muchos de raza negra y porte imponente, seguramente procedentes de Sudán.

Hasday supuso que habrían llegado a bordo de los primeros barcos que cruzaban el Estrecho con el inicio de la temporada de navegación. Trató de imaginar el forzado peregrinaje de aquellos desdichados: en caravanas a través de inhóspitos desiertos de

arena durante meses para acabar hacinados en las bodegas de los barcos que les habían transportado hasta Al Mariyat Bayāna. Muchos habrían quedado en el camino, quienes habían soportado aquel tormento eran solo los más fuertes, los que reportarían los mayores beneficios. Se preguntó dónde estarían las mujeres que debían de acompañar a los hombres de su raza. El muchacho había oído decir que eran muy apreciadas como concubinas por su belleza exótica, pero resultaba evidente que no recibían el mismo trato que los varones, abocados a las tareas más duras y al servicio en el ejército.

En los alrededores se agolpaba un numeroso grupo de hombres y mujeres que no perdía detalle de un espectáculo que de otra manera les habría estado vedado. Debía de tratarse de los trabajadores del puerto, quizás acompañados por sus esposas. También había marinos, cantineras, prostitutas, grupos de rapaces llenos de curiosidad y ávidos de diversión… Sin embargo, a juzgar por sus atuendos, todos parecían de condición humilde. Sin duda los vecinos más acomodados, aquellos que se podían permitir la adquisición de un esclavo o una esclava, acudirían al día siguiente, durante el mercado y la subasta. La propia indumentaria de Hasday desentonaba en aquel lugar y atraía las miradas. Ignorándolas, trató de escrutar la multitud en busca de alguien que encajara con la imagen que había vislumbrado el día de su llegada a Bayāna.

Rodeó los carros más próximos, aunque su interior se ocultaba bajo las mismas lonas que había visto durante el viaje. Resultaba impensable ponerse a gritar allí el nombre de Yorán y, menos aún, tratar de imitar a voz en cuello el grito con el que se comunicaban los dos hermanos. El corazón le dio un vuelco cuando vio que los dos guardias doblaban la esquina. De forma instintiva se ocultó tras la yunta de bueyes que tiraba del carretón más cercano, pero sabía que nada podía hacer allí. Tendría que aguardar hasta el día siguiente, con la esperanza de poder identificar al muchacho de alguna manera. Se alzó, dispuesto a dejarse ver por los dos hombres que lo buscaban. Bastaría con achacar aquella desaparición repentina a su curiosidad desbocada. Los localizó cerca del grupo de sudaneses encadenados, con una expresión que era mezcla de temor e indignación. En ese momento sintió que alguien le tiraba con fuerza de la manga de la túnica, y se volvió con un sobresalto que se convirtió en auténtica zozobra cuando descubrió ante él el rostro macilento de Umarit. Pronunció su nombre con un grito ahogado e inmediatamente se escondió de nuevo detrás del carro, arrastrando tras de sí a la muchacha.

—Me están buscando —se excusó Hasday, al tiempo que señalaba en dirección a los dos hombres, que en ese momento estiraban el cuello para localizarlo entre el gentío.

—Sígueme —se limitó a decir Umarit.

Con la cabeza gacha para no ser vistos, ambos se abrieron paso hacia la zona más apartada de aquel recinto rectangular. En un ángulo se encontraban los abrevaderos para las bestias, abastecidos por un depósito situado en lo alto de un pequeño edificio.

La puerta se hallaba en la parte posterior, protegida de miradas indiscretas por un tapial invadido por las zarzas. Umarit empujó con fuerza y la puerta cedió con un crujido. Entraron y la muchacha se apresuró a cerrar. Solo la luz que se filtraba a través de una trampilla en lo alto, a la que se accedía mediante una escalera de mano, proporcionaba algo de claridad. Umarit se agachó en busca de un madero que ella misma habría dejado allí y atrancó la puerta con él.

—He pasado las dos últimas noches aquí —explicó ante la mirada inquisitiva de Hasday, al tiempo que señalaba los restos de un improvisado camastro hecho con broza y hojarasca bajo la escalera—, desde que supe que es donde van a vender a mi hermano.

Con agilidad, la muchacha se encaramó a la escalera y alzó la trampilla, que cayó sobre el pavimento de la terraza con un ruido sordo. Una nube de polvo blanco se alzó en el hueco, y se precipitó hacia el interior como una lluvia fina, atravesada por los intensos rayos de luz que iluminaron el improvisado refugio.

Cuando descendió, los ojos de ambos quedaron a la misma altura, y el estremecimiento que Hasday había sentido días atrás, la primera vez que se tropezó con la muchacha, le recorrió de nuevo el espinazo. No eran solo aquellos ojos de azul intenso, que contrastaban con su piel tostada y el cabello moreno que asomaba bajo el *hiyab* con que se cubría, ni siquiera la perfección de sus facciones. Allí, frente a frente, comprendió que su expresión, lo que transmitía aquella mirada afligida, era lo que desde el primer momento había contribuido a conmoverlo.

Hasday apartó la mirada para echar un vistazo a aquel reducto, temeroso de que Umarit pudiera leer en su interior. Tomó asiento en una bancada de adobe que prácticamente recorría el contorno de aquel cuartucho, bajo un ventanuco enrejado y cerrado con un postigo de madera. Ella, en cambio, permaneció en pie junto a la escalera.

—No regresaste a tu aldea…

La muchacha negó con la cabeza, con lentitud.

—No fui capaz… No puedo separarme de él, abandonarlo a su suerte.

—¿Y qué te propones, Umarit? ¿Acaso puedes hacer algo? Él mismo decidió que no quería escapar, a pesar de que le diste la oportunidad de hacerlo.

—¡No lo sé! —Se llevó la mano a la cara y se tapó los ojos con ella. La desesperanza se reflejaba en su voz.

—Confío en poder estar presente mañana en la subasta. Sabremos quién es el comprador y, a través de mi padre o de Baruch, averiguaremos su destino.

—Yo también he hecho mis pesquisas —respondió con desánimo—. He preguntado a marinos, he indagado en las cantinas… La mayor parte de los castrados acabarán en manos de tratantes africanos, que volverán a venderlos a mayor precio en mercados como este, a semanas o meses de navegación de Bayāna.

Hasday la observó con atención mientras hablaba.

—¿Qué edad tienes, Umarit? —preguntó tras un largo silencio, durante el cual

solo se oyó el bullicio del exterior.

La muchacha abrió los ojos, sorprendida.

—Pronto cumpliré los quince —contestó, sin embargo.

Hasday ignoraba cómo lo hacía, pero Umarit parecía aseada, y su piel seguía despidiendo un agradable aroma a espliego. Se cubría el cabello con un *hiyab* oscuro, posiblemente para pasar desapercibida entre las mujeres musulmanas. Tampoco sus ropas eran las mismas que la última vez que la había visto, en la jaima de su padre. Nada en su aspecto daba impresión de descuido.

—¿Y dices que has trabado conversación con marinos en las cantinas del puerto? —Hasday no ocultó su inquietud.

—¿Qué tiene de malo?

—Eres una muchacha de quince años, apetecible para cualquier hombre, y más si han estado privados de mujeres durante largas travesías…

—¡Sé defenderme! —lo cortó Umarit. Y, como si quisiera probar lo que decía, introdujo la mano derecha en la escarcela que llevaba a la cintura y extrajo un estilete afilado que mostró sobre su palma solo un instante.

—¡Aun así, Umarit! ¡Nada podrías hacer con ese pequeño puñal frente a la fuerza de un hombre… o de varios!

Un extraño brillo asomó a los ojos de la muchacha, a la vez que sus labios esbozaban una sonrisa.

—No es mi seguridad ni mi honra lo que ahora me preocupa.

Algo en la mirada de Umarit persuadió a Hasday de no insistir.

—¿Ahora dónde está tu hermano?

—El carro en el que lo transportaban ha sido uno de los primeros en entrar en el recinto. Baruch…, ¿es así como se llama ese cerdo, el socio de tu padre?, parece llevar la voz cantante del negocio.

Hasday se preguntó si, en su fuero interno, Umarit aplicaba el mismo calificativo a su padre.

—Al menos de algo puedes estar segura, en los últimos días les habrán alimentado bien y quizás esta misma tarde les permitan tomar un baño, antes de la subasta —apuntó Hasday, tratando de animar a la muchacha.

—¿Un baño, dices? Más bien los baldearán como a las bestias, exponiéndoles a contemplar la desnudez y los cuerpos mutilados de sus compañeros de desgracia, y en ellos la suya propia.

Hasday se maldijo por su torpeza.

—¿Cómo podría reconocerlo?

—No podrás. Todos tienen una edad parecida, y sus rasgos no son muy diferentes. Los que acompañan a Yorán proceden de aldeas vecinas.

—¿Y esa forma de ulular con la que os comunicáis?

—Nuestro *ijujú*…

—¿Así es como lo llamáis?

—En realidad es un grito que en la montaña se utiliza para expresar júbilo. Aunque de alguna manera, en estas circunstancias —pareció reflexionar mientras hablaba—, júbilo es lo que sentimos al comprobar que seguimos vivos.

—¿Siempre te responde?

—Siempre…, hasta ahora.

—Quizá mañana…

Umarit asintió.

Apenas había dormido. Aunque la cama en el aposento que el comerciante judío les había cedido era cómoda en extremo y el colchón rebosaba lana recién vareada, el cansancio solo le había vencido cuando ya esperaba recibir en vela las primeras luces del alba. Quizá fue por eso por lo que no oyó los ruidos de la casa que de otra forma le hubieran despertado, y tuvo que ser un sirviente quien entrara en su alcoba para avisarle de que su padre lo aguardaba para partir hacia el mercado. Realizó de forma apresurada las abluciones matinales en el aguamanil, aunque se aseguró de mojarse bien la nuca con agua fría para despejarse después de haber dormido apenas una hora. Ni siquiera se detuvo a probar el desayuno que alguien había dispuesto sobre la mesa principal. Ishaq le esperaba impaciente en el patio.

—Lo siento, padre —se disculpó—. No he pasado buena noche.

Del rostro de Ishaq desaparecieron las señales de irritación para dejar paso a una sombra de inquietud.

—¿Acaso te encuentras indispuesto?

—No, padre, me encuentro bien. Es solo que me costó conciliar el sueño.

—¿Acaso hay algo que te preocupe? —le preguntó cuando ya salían a la calle principal de la nueva *madīna*, seguidos por la escolta. Al parecer, esa mañana el mercader había decidido acudir a pie al recinto donde iba a celebrarse la subasta.

—Me pregunto si alguien tendrá algún inconveniente en que entre al mercado.

—¿De verdad es eso lo que te ha quitado el sueño? ¿O era quizá por la posibilidad de que los guardias que te acompañaban ayer mostraran su disgusto por tu actitud?

—Fue culpa mía, me despisté en medio de la gente —se excusó al saberse descubierto.

—Al menos no les culpas… Ellos piensan que les diste esquinazo de forma deliberada. Te buscaron durante un largo rato, y apareciste solo cuando lo creíste oportuno.

—Seguramente nos estuvimos buscando alrededor del recinto —mintió—. No se imagina la multitud que llegó a congregarse…

—No me hace falta imaginarla, pasé allí toda la tarde.

Hasday no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Acaso no lo sabías? ¿Con qué intención trataste de entrar si no era para buscarme?

—Solo quería presenciar los preparativos. Nunca he asistido a una subasta de

esclavos. Pero no le imaginaba en el mercado, pensaba que seguía aquí.

Cruzaban el pavimento de grandes losas de la alcaicería, por delante del patio porticado donde había encontrado a su padre el primer día.

—A ver si querías entrar al mercado solo para ver de cerca alguna de esas esclavas nubias… ¿O quizá te gustan más las eslavas de cabellos claros? —bromeó.

—No, no es eso —respondió Hasday con ingenuidad.

—¡Eso espero! Solo tienes trece años recién cumplidos. —Le dio una palmada en la espalda.

Hasday pensó en que tenía suerte. Pocas veces los enfados de su padre se prolongaban demasiado. Trató sin embargo de imaginar su reacción si hubiera sabido lo que de verdad se llevaba entre manos, lo que en realidad le había quitado el sueño. Se sintió culpable de nuevo. Alzó la vista al cielo y pidió perdón a Dios.

Esa vez nadie planteó el más mínimo obstáculo para dejarle entrar junto a su padre, a quien todo el mundo saludaba con respeto. En muchos casos aquel respeto parecía transformarse en una reverencia casi servil, y solo en algunos rozaba la adulación más atrevida. El interior del recinto era ya a primera hora un hervidero. El espacioso patio central estaba rodeado por una galería porticada con hermosos arcos de herradura separados por columnas de mármol rojizo. A ella se abrían los negocios de los cambistas y prestamistas, que en muchos casos coincidían en la misma persona, a juzgar por los rótulos recién estrenados de sus locales. Sus delicadas balanzas ya habían empezado a funcionar a aquella hora, y decenas de hombres fuertemente armados que protegían el acceso a cada negocio escrutaban a los visitantes sin abandonar la expresión hierática y amenazante de sus rostros. De hecho, los guardias, con lanzas en la mano y los sables al cinto, parecían estar por todas partes, y Hasday comprendió el motivo cuando se acercaron a uno de los puestos.

—Convierten en dinares andalusíes el oro de diversas procedencias, según el origen del mercader —explicó Ishaq a su hijo—. La mayor parte llega en forma de monedas: fatimíes, abbasíes, italianas, bizantinas… Aunque no es extraño ver pequeños lingotes de oro fundido que se canjean por dinares acuñados en la ceca de Qurtuba de acuerdo al cambio oficial.

—¿Y quién establece ese cambio?

—Los propios funcionarios de la ceca, según la oferta y la demanda, y siempre de acuerdo con la ley del metal.

Hasday asomó la cabeza entre los mercaderes.

—También había plata.

—Claro. El precio de los esclavos es elevado, y los *darahim* de plata no se adaptan al pago. Pero la plata sirve para aumentar el tamaño de la bolsa. Un dinar de oro por cada diecisiete *darahim*. Si es al peso, el cambio de hoy es de uno a doce.

Habían seguido avanzando tratando de sortear el gentío, pero Hasday se detuvo ante un local donde un hombre de mediana edad se aplicaba con el cálamo sobre un fragmento de pergamino.

—¿Un escribano?

—Así es. Verás que abundan los establecimientos de notarios y escribanos, encargados de redactar los documentos de compraventa, con sus complejas estipulaciones y garantías. Los vicios ocultos son frecuentes, a menudo los esclavos padecen males que consiguen ocultar… y algo que se valora de forma muy especial: la virginidad de las esclavas. Todo ello debe establecerse por escrito, si es que el comprador pretende reclamar sus derechos ante el *qādī*. No sería la primera vez que una esclava vendida como virgen pariera al cabo de unos meses.

—Tenía entendido que para eso están los médicos y las parteras, que las examinan antes de firmar el contrato de compraventa.

—Siempre hay quien prefiere ahorrarse ese gasto… Algunos todavía confían en la buena fe de sus semejantes. —El mercader rio.

—¿Y estos? —interrogó Hasday cuando pasaron por delante de un local vacío, salvo por un joven de poco más de veinte años que hablaba con un hombre de aspecto respetable plantado ante la puerta.

Para su sorpresa, Ishaq se acercó a él, se dieron un abrazo y conversaron un momento antes de despedirse de nuevo, no sin antes desearse suerte en los negocios.

—Algunos armadores han alquilado su propio local en el recinto, confiados en ajustar en la jornada de hoy los fletes de algún buen cargamento de esclavos con destino a las costas de África. Estos son Umar, al que me une una vieja amistad, y su hijo. Vienen de Nakur y tienen dos barcos fondeados en el puerto.

El tablado se alzaba frente a la entrada principal, pegado al acceso a las celdas donde los esclavos aguardaban el momento de la subasta. En los cuatro laterales se habían dispuesto sólidas escaleras de madera y desde la galería superior colgaban gruesos tapices que conformaban lo que a Hasday se le antojó el telón de una representación teatral. En realidad, pensó, de eso se trataba.

Había atendido con toda la paciencia de que fue capaz las explicaciones de su padre, para eso lo había llevado allí. En realidad, se había sentido impresionado por la complejidad de la actividad del mercado, pero su pensamiento lo llevaba una y otra vez detrás de aquellos tapices. Observó que Ishaq conversaba de forma animada con un personaje importante, envuelto en una llamativa capa de seda del color de las tejas, y cuya atención parecían disputarse varios mercaderes. Aprovechó que el hombre se había girado a saludar para acercarse sin tener que interrumpir la conversación.

—Padre, me gustaría ver los preparativos al otro lado del tablado.

Ishaq no ocultó un gesto de contrariedad.

—Es el recaudador de tributos enviado por Qurtuba —dijo con voz queda—. No puedo desaprovechar la oportunidad de hablar con él. Adelántate, te alcanzaré en cuanto pueda. Pero anda con cuidado, nunca se sabe quién…

Dejó la frase sin terminar cuando el enviado de la capital volvió a prestarle su atención. Hasday aprovechó para poner distancia de por medio. Se dirigió a la parte

posterior del entarimado y atravesó un transitado arco de herradura que daba acceso a otro patio de tamaño similar, aunque levantado sin los aderezos arquitectónicos que los alarifes habían empleado en el recinto contiguo. Dedujo que lo que separaba los dos patios era el tablado de la subasta, pero aquel estaba cerrado por sencillos muros de adobe, salpicados a intervalos regulares por puertas enrejadas y escalinatas hacia una estrecha galería superior de madera. A esta se abrían las portezuelas de los cubículos donde se alojaban los esclavos, provistas de gruesos cerrojos. Hasday comprendió que por allí se entraba a algún tipo de pasadizo elevado desde el que los compradores podían observar la mercancía con detenimiento y sin peligro.

El espectáculo que se ofrecía a sus ojos lo dejó sin habla. Hombres armados, provistos de fustas, incluso, franqueaban aquellas puertas numeradas con cifras arábigas para salir al cabo de un instante arrastrando a muchachos o muchachas, apenas niños en muchos casos, que los seguían de mejor o peor grado. Dedujo que los potenciales clientes los habían señalado desde el pasadizo superior, pues descendían las escaleras de inmediato para examinarlos. Para tal fin habían dispuesto unos apartados separados por simples cortinajes. Sin embargo, nadie había considerado necesario utilizar aquellas colgaduras para velar lo que sucedía en el interior. La paja que cubría el suelo dentro de aquellos recintos se extendía también por la zona cercana a las puertas. Al menos era paja limpia, que se habría extendido aquella misma mañana, y proporcionaba al mercado un aroma agradable que se sobreponía al olor acre del sudor y los orines. Aquel olor le recordó al de las caballerizas de su propia casa, en Yayyán.

Hasday siguió los pasos de un hombre que descendía en aquel momento la escalinata más próxima. Rondaría los treinta años y, a juzgar por la túnica de lana azul marino, de buena factura, debía de tratarse de algún comerciante con posibles, quizás un funcionario bien situado, por sus maneras. La muchacha que había escogido, rubia y de piel clara, no superaba los quince años. Tenía la espalda apoyada en el muro de adobe y la mirada fija en sus pies desnudos, juntos y separados de la pared. No puso ningún impedimento cuando otro hombre, un orondo comerciante entrado en años, se acercó a ella, hurgó sobre sus hombros con sus manos regordetas y dejó caer al suelo la sencilla túnica que la cubría. Cuando quedó completamente desnuda, la muchacha volvió a apoyar la espalda en el mismo lugar y recuperó aquella expresión de indiferencia. Hasday comprendió que no era la primera vez que había pasado por aquello. Quizá por eso tampoco pareció inmutarse cuando el potencial comprador se acercó a ella sin apartar la vista de su piel clara, salpicada por tenues pecas que se apreciaban tan solo en las zonas del cuerpo más expuestas al sol. El hombre le levantó la barbilla y, sin más, le introdujo dos dedos entre los labios para obligarla a abrir la boca. Examinó su interior e hizo una mueca de desagrado.

—Tiene dos muelas podridas. Eso bajará su precio.

—Nada que no pueda arreglar un barbero regular. Yo me hago cargo de lo que cueste —repuso el mercader, que sin duda conocía la tara.

Hasday apartó la mirada cuando el hombre, a la vista de todos, puso las manos sobre los pechos de la muchacha y los manoseó con un gesto de satisfacción. Después hizo lo mismo con las nalgas.

—¿Me aseguras que no ha conocido varón?

—Así quedará establecido en el contrato. Si quieres contratar los servicios de la partera, corre por tu cuenta.

—No será necesario. Tampoco lo valoro en demasía, es un lujo que dura solo una noche.

Las risas se alzaron entre los curiosos.

—Más estaría dispuesto a pagar por su belleza que por su virtud. Reconocerás que hermosa no es. Te ofrezco veinte dinares por ella.

El comerciante pareció saltar como un resorte.

—¿Estás loco? ¿Tú has visto sus hechuras? —Sin ocultar su enfado, se acercó a la muchacha, la agarró por el brazo y la obligó a darse la vuelta—. Sabes que no vale menos de cuarenta.

El hombre frunció el ceño.

—Te pagaré veinticinco y yo me encargo de que le arranquen esas muelas podridas.

—No bajaré de treinta y cinco —replicó, mientras separaba las piernas y se cruzaba de brazos sobre el pecho, para reafirmar sus palabras—. ¿Lo tomas o lo dejas?

El hombre parecía dudar. De forma quizás inconsciente, echó mano de su bolsa. Hasday observó que comenzaba a mover de forma casi inapreciable la cabeza en señal de negación.

—Ni siquiera sabe leer ni escribir. Veintiocho monedas y no hablemos más.

El tratante parecía estar esperando la respuesta cuando, furibundo, se agachó para recoger la túnica de la paja y se la arrojó a la muchacha.

—¡Vístete! —ladró, antes de indicar al guardia con un gesto que se ocupara de ella. Después se dio la vuelta y se dirigió al comprador mientras se alejaba—. ¡Leer y escribir, dice! ¿Para qué quiere una hembra como esta leer y escribir? Si de verdad te interesa, cosa que dudo, tendrás que esperar a la subasta, pero que los demonios me lleven si la puja por ella no supera los cuarenta dinares. Y ahora deja de hacerme perder el tiempo, si es que no era esa tu intención desde el principio.

Hasday se acercó unos pasos más cuando la muchacha se perdió en el interior y la puerta volvió a cerrarse. Se daba cuenta de que no todos los cautivos eran vendidos en la subasta: si el propietario creía que el trato era favorable, no dudaba en cerrarlo antes. Era lo que estaba sucediendo ante sus ojos con un joven de piel negra, alto y musculado. Había visto el examen desde la distancia, pero no había llegado a oír el tira y afloja con el precio. Esta vez el comprador le había examinado los brazos y las piernas, y le había obligado a flexionar varias veces la espalda hasta que tocara el suelo con las yemas de los dedos. También prestó atención a su dentadura, le había

palpado los genitales e incluso le había levantado un párpado para examinarle el ojo. Sin duda su destino era algún tipo de trabajo duro. El trato se cerró por veinticinco dinares. Operaciones como aquella se desarrollaban en ese momento alrededor de todo el recinto. ¿Y si Yorán ya había sido vendido? De repente la zozobra se apoderó de él. Si así era, de nada valdría el plan que había trazado con Umarit.

—¿Conoces a Baruch? —preguntó al primer tratante que encontró en su camino y, sin esperar respuesta, añadió—: ¿Dónde están los castrados que trae desde Yusāna?

El hombre pareció dudar, pero acabó señalando hacia una de las estancias del otro lado del patio.

—La puerta número catorce —indicó—. Y la quince. Puede que también la trece.

Hasday no contaba con aquello. Sin embargo, se relajó al reparar en que Baruch comerciaba con tres tipos de cautivos: los varones enteros, los castrados y las hembras. Solo tenía que averiguar dónde habían acomodado a cada grupo… y arreglárselas para entrar allí. En ese momento vio al socio de su padre. Bajaba con esfuerzo por la escalinata, junto a la puerta señalada con el número quince, que en aquel momento se abría desde el interior para dejar paso a un hombre seguido por una de las esclavas. Hasday lo reconoció como uno de los capataces de Baruch que acompañaban a la comitiva desde la Madīnat Ilbīra. Descartado uno de aquellos locales, solo tenía que probar en los otros dos. Por fortuna, en ninguno parecían estar cerrando tratos. Sin embargo, entraban y salían compradores interesados en examinar lo que Baruch y su propio padre tenían que ofrecer.

Le tranquilizó recordar que en sus conversaciones siempre les había oído hablar de la subasta, no de la posibilidad de una venta directa. Esquivó a un orondo judío que glosaba las virtudes de la muchacha ante el posible comprador y ascendió como uno más por la escalinata de madera. Un cliente se disponía a entrar por la puerta situada a su izquierda y lo siguió sin pensarlo. Ambos tuvieron que agachar la cabeza para franquearla y, al alzarla de nuevo, Hasday se encontró frente al rostro del guardia que, apostado en el interior, parecía vigilar tanto a los cautivos como a los visitantes. En aquel momento lo examinaba a él, con gesto de extrañeza. De forma instintiva, Hasday señaló con el gesto al hombre que lo precedía y dio un paso para pegarse a él, tratando de aparentar naturalidad y una seguridad que los latidos de su corazón desmentían. Respiró aliviado cuando comprobó que la estratagema había dado resultado, pues el guardia se limitó a cerrar la puerta tras ellos.

El lugar se encontraba iluminado tan solo por la luz que entraba a través de una ventana enrejada situada en lo alto de la pared opuesta, la suficiente para comprobar que la disposición del interior era la que había imaginado: el corredor entarimado, de anchura apenas suficiente para permitir el paso de dos personas, se prolongaba hasta el fondo y permitía que los cuatro hombres que en aquel momento se situaban sobre él observaran con atención a los muchachos acurrucados siete codos más abajo. En el otro extremo, había otro guardia apoyado contra el muro, con actitud poco marcial y el tedio reflejado en el semblante. Un solo vistazo al espacio a sus pies le bastó para

comprender que la suerte le había acompañado. Sin duda, aquellos eran los muchachos castrados procedentes de Yusāna que había visto en los carromatos y que tanto habían alterado su ánimo. Las cabezas rapadas y las miradas de desesperanza y resignación seguían siendo las mismas. Únicamente habían desaparecido los harapos, sustituidos por túnicas sencillas pero dignas, y la mugre que antes tiznaba sus rostros.

Pensó en lo sencillo que resultaría pronunciar en voz alta el nombre de Yorán. Y quizá lo hiciera, si no le quedaba más remedio, aunque eso supusiera significarse ante los guardias y aquellos desconocidos, que alguien pudiera atar cabos y relacionarlo con la huida de Umarit y el resto de las esclavas. Decidió ser paciente y actuar como tenía pensado, de acuerdo con el plan al que había dado mil vueltas durante las horas de vigilia de la noche anterior. La puerta se abría y se cerraba para dejar entrar a nuevos clientes, que empezaron a apiñarse sobre el estrecho pasaje de madera. Aquello significaba, sin duda, que se aproximaba la hora de la subasta, y ese pensamiento tranquilizó a Hasday. Un poco más, y sabría cuál de aquellos infelices era el que buscaba, solamente tenía que esperar a que, tanto dentro como fuera del mercado, se anunciara el inicio de las pujas. Apoyado en la tosca balaustrada de madera, trató de buscar rasgos que le recordaran a Umarit entre aquellas decenas de rostros. La mayor parte, sin embargo, permanecían cabizbajos, y solo alzaban la cabeza en respuesta a las voces que lanzaban desde lo alto para llamar su atención. La mano que se posó en su hombro le produjo un sobresalto que hizo que el corazón latiera desbocado.

—Tu padre acaba de salir, lo perderás entre el gentío —advirtió el guardia, que había dado unos pasos hacia él.

Hasday trató de reaccionar, aunque su propia respuesta le resultó dubitativa y poco convincente.

—Eh, no… Me ha pedido que le espere aquí.

El rostro del soldado reflejó su extrañeza y Hasday se vio obligado a inventar una explicación.

—Creo que ha ido al recinto de las esclavas —balbuceó, y luego impostó un tono de confidencia—. Supongo que no le parece adecuado que vea a esas muchachas casi desnudas.

El guardia lanzó una carcajada que trató de ahogar al instante.

—Si no quiere que veas mujeres en cueros, a mal sitio te ha traído…, pero no seré yo quien le enmiende la plana —dijo aún entre risas, antes de regresar junto a la puerta.

Hasday respiró aliviado, y se apoyó de nuevo en la balaustrada intentando esconder su turbación. Entonces, amortiguado por los gruesos muros del recinto, llegó a sus oídos el sonido de los timbales y las chirimías que señalaban el comienzo de la subasta. Si llegaba con tal claridad hasta allí, en el exterior debía de resultar ensordecedor. Los muchachos que se agolpaban sobre la paja alzaron los rostros, inquietos, mientras los visitantes se disponían a abandonar el recinto para ocupar sus

lugares delante del entarimado. Hasday sabía que no podía esperar mucho más. El guardia que había ocupado su puesto al fondo del pasadizo había comenzado a moverse, empujando a los rezagados hacia la salida. Tendría que salir con ellos. Rezó para que los tambores dejaran de sonar, pero no lo hacían. Al contrario, la cadencia y la intensidad de los toques parecían ir *in crescendo*, al mismo ritmo que los latidos que le golpeaban las sienes.

—Te lo he dicho, tu padre aún no ha regresado. Si se empeña en separarse de ti, vas a acabar extraviándote. —El guardia de la puerta volvía a dirigirse a él—. Pero tendrás que esperarlo fuera, no se permite estar aquí durante la subasta.

Hasday asintió, todavía aferrado al pasamano de madera. Un minuto antes, esperaba con impaciencia el sonido de los tambores y los atabales. En aquel momento solo deseaba que se hiciera el silencio. Estaba a punto de quedarse solo con los dos guardias. El último visitante inclinaba la cabeza para salir cuando el ritmo de la música se volvió frenético, antes de terminar de improviso con un último y estruendoso golpe de maza sobre los bombos. Hasday tenía que hacer algo, ganar tan solo un poco de tiempo. Estaba a punto de pronunciar en voz alta el nombre de Yorán. Miró el pasamano, claveteado con descuido, y al cabo de un instante un grito de dolor escapó de su garganta. Había apretado el puño izquierdo sobre un clavo sin remachar hasta que su piel topó con la madera. Después tiró con fuerza mientras apretaba los dientes y fue dolorosamente consciente de cómo se le desgarraba la palma. Luego levantó la mano, de forma que los dos guardias pudieran ver que empezaba a sangrar con profusión. Por fin se dejó caer sobre las tablas del entarimado, sujetándose la muñeca entre aspavientos.

—¡Maldita sea! —exclamó el guardia de la puerta—. ¡Vas a terminar creándonos problemas!

—Tenías que haberlo echado antes —le reprochó el segundo.

—Y lo hubiera hecho, de no ser hijo de quien es. —El soldado hablaba en voz baja, en un vano intento de que sus palabras no llegaran a oídos del muchacho—. Una queja de ese hombre al *sahīb al suq*, imbécil, y nos arrancan la piel a tiras.

—Da aviso a mi padre, te lo ruego. Estará al llegar —siguió mintiendo Hasday—. Quizá se encuentre aún en el recinto contiguo, si es ahí donde tienen encerradas a las esclavas de Baruch.

El guardia lo miró sin ocultar su contrariedad, pero terminó por salir al exterior.

—Ponte en pie —dijo el otro, menos dispuesto a andarse con contemplaciones—. Nuestro oficial no atiende a razones cuando no se obedecen sus órdenes. Estos desgraciados aún tienen que pasar por la enfermería, para que los físicos revisen sus heridas por última vez y las curen si es preciso. Ya deberíamos estar…

La queja del guardia se vio interrumpida por un ulular procedente del exterior. En ese preciso momento la puerta inferior se abrió con violencia y asomaron en el vano varios guardias. Hasday se olvidó del dolor y bajó la vista. Todos los cautivos parecían haber oído el aullido, pero se volvieron hacia la puerta ante el grito del

oficial al mando.

—¡Todos en pie, hatajo de haraganes! —ordenó al tiempo que daba un paso hacia el interior—. Ha llegado la hora de que os alimenten otros.

Solo uno de los castrados siguió con la mirada clavada en la ventana. A continuación, se llevó las manos al rostro y de su garganta salió un grito prolongado, lleno de matices y altibajos, que erizó el vello a Hasday.

—Hola, Yorán —musitó entre dientes cuando el guardia lo sujetó por el brazo para obligarlo a salir.

Abajo, el oficial había enrojecido de ira. Echó mano de la fusta que le colgaba al cinto y se abrió paso entre los esclavos. El ulular solo cesó cuando el extremo del látigo restalló por primera vez sobre la espalda del muchacho.

7

—¿Dónde te habías metido? —gritó Ishaq sin ocultar su enfado, mientras arrinconaba a Hasday tras un grueso pilar para que no oyeran sus voces—. He estado a punto de dar aviso al *sahīb al surta* para que enviara a sus hombres en tu busca.

—Lo siento de veras, padre —se excusó—. Lo que he presenciado me ha llamado la atención de tal manera que he perdido la noción del tiempo. Además, he visto a Baruch atareado y he pensado que usted estaría igual de ocupado.

—¡Las ocupaciones me sobran, de eso puedes estar seguro! Pero he tenido que perder el tiempo buscándote por todo el recinto.

—Lo lamento —repitió Hasday—. Siento estar resultándole una carga. Puede usted atender sus negocios, me limitaré a observar la subasta desde un rincón.

—¿Me prometes que lo harás? —respondió, con cierto alivio—. Debo ayudar a Baruch. No me obligues a poner a esos dos guardias otra vez tras tus pasos, incluso dentro de este lugar.

—Se lo juro, padre —aseguró, asustado por la amenaza—. No me moveré de allí hasta que terminen las pujas.

Una vez más, Hasday se sorprendió a sí mismo por la facilidad con que era capaz de ocultar la verdad a su propio padre. Aunque esta vez, en realidad, no había tenido que recurrir a la mentira: era cierto que lo sucedido con los eunucos le había hecho perder la noción del tiempo, como era cierto que su intención era dirigirse al recinto de las subastas y permanecer allí hasta que llegara el turno del grupo de Yorán. Sin embargo, aquello no era lo que más le preocupaba en ese momento, una vez a solas de nuevo, rodeado por aquella multitud entre la que trataba de abrirse paso. Sí, había logrado identificar a Yorán, pero ¿de qué iba a servirle? Al menos conocería a su comprador y trataría de obtener información sobre él. Se apostó junto a una de las columnas, se subió el capuz de la túnica y se dispuso a observar cuanto sucediera.

Los bancos de madera que había delante del entarimado estaban repletos y alrededor, prácticamente hasta la galería, se disponían varias filas de compradores y curiosos que no habían conseguido asiento. Hacía rato que había comenzado la subasta y, por el momento, los asistentes no parecían demasiado animados. Bien era cierto, y todo el mundo lo sabía, que los primeros esclavos que se ponían a la venta nunca eran los de mayor valor. Por ello empezaban subastando lotes completos y, solo si la puja quedaba desierta, recurrían a la venta por separado. Las piezas más codiciadas se guardaban para el final, cuando los compradores ocasionales ya habían vaciado sus bolsas, y los más pudientes podían expulsar de la puja a sus competidores sin ningún problema. Los varones más jóvenes y fornidos, especialmente los mejores ejemplares de piel negra llegados de Sudán; las esclavas más agraciadas si, además de su belleza, mostraban dotes para el canto, la danza o la poesía; y los eunucos, por el valor que habían adquirido tras su paso por Yusāna. Por ese orden, estos tres grupos de cautivos estaban llamados a alcanzar los mayores precios.

Antes del final de la mañana, se estarían cruzando pujas de cientos de dinares de oro. Su padre le había contado historias sobre esclavas por las que se habían pagado miles de dinares, especialmente en el afamado mercado de Qurtuba. Pero para que tal cosa sucediera tenía que darse un cúmulo de circunstancias que lo hacían harto infrecuente: en primer lugar, las cualidades de la esclava tenían que justificar el dispendio, y muchachas tan llamativas no solían llegar a la subasta: los enviados del emir o de su familia, de los visires y otros altos funcionarios las hubieran seleccionado antes para ellos. La segunda condición era que al menos dos compradores pudieran permitirse tal gasto por una sola concubina. Y la tercera, quizá la más importante, que entrara en juego el orgullo de ambos, el deseo de no dejarse arrebatar una pieza codiciada, quizás el afán por emular a los miembros más poderosos de la *jassa* y la necesidad de salir victorioso de un duelo en el que lo más granado de la comunidad se hallaba presente. En Bayāna rara vez concurrían tales circunstancias, la mayor parte de los que ocupaban aquellas bancadas eran tratantes que no estaban dispuestos a arriesgar grandes cantidades de dinero en una sola adquisición, de no estar seguros por completo de que lo habrían de recuperar con creces.

El cansancio empezaba a hacer mella en las piernas de Hasday cuando reconoció a la muchacha a la que poco antes habían rechazado en el patio contiguo. Su dueño la había conducido al tablado y se encontraba junto a ella obligándola a mostrarse. Vestía una fina túnica de seda azulada, posiblemente la misma con la que aquel hombre exhibía a todas sus cautivas. Aunque la cubría desde el cabello hasta los tobillos, dejaba traslucir a la perfección su figura sensual, aunque le velara el rostro con un fingido pudor. El subastador, que a cada momento se veía obligado a pedir silencio para que se oyera su voz, estableció el precio de salida en veinte dinares de oro y animó a iniciar la puja. Dos ayudantes, situados al borde del entarimado, escrutaban a los presentes en busca de señales de algún postor.

—¡Han ofrecido veinte monedas! —voceó el vendedor, señalando a un hombre que rozaría los cuarenta, entrado en carnes y con un gorro de fieltro sobre la incipiente calva. Hasday supuso que se trataba de un comerciante al que la fortuna había sonreído—. Pero la muchacha vale mucho más…

Durante un instante no sucedió nada.

—¿Veinte monedas tan solo? —repitió—. ¡Quién ofrezca veinticinco se lleva un regalo!

Otra mano se alzó en el lado opuesto, y Hasday reconoció al hombre de la túnica azul que había examinado a la muchacha aquella mañana. Mostraba la palma abierta, con los dedos extendidos.

—¡Veinticinco dinares! —anunció el subastador—. ¡Sigue siendo una ganga! En Qurtuba sería impensable llevarse a casa esta divinidad por menos de cien monedas.

Hasday observó a los dos hombres con atención. La actitud del primer postor revelaba sus dudas, y también su falta de experiencia. Fueron las últimas palabras del

vendedor las que parecieron decidirlo.

—¡Treinta! ¡Treinta dinares! —vociferó.

Era más de lo que el hombre de la túnica azul había llegado a ofrecer al propietario, pero la seguridad se reflejaba en su semblante. Sabía que su contrincante no superaría la siguiente oferta. Aun así, no levantó la mano hasta que el subastador se aprestaba a terminar la puja.

—¡Treinta y cinco! ¡El respetable comprador de azul ha ofrecido treinta y cinco dinares! —Se volvió hacia el hombre del gorro de fieltro, pero su actitud de derrota lo decía todo. Apenas tardó un instante en dar por cerrada la puja, sin mayor insistencia.

Hasday observó al vendedor de la esclava. Su expresión mudaba entre la decepción y la complacencia. No se habían alcanzado los cuarenta dinares por los que había apostado, pero treinta y cinco eran más que veintiocho. Cuando empujó a la esclava hacia la escalinata posterior, parecía haber optado por la satisfacción. Un instante después apareció de nuevo, seguido por otra muchacha vestida con la misma túnica, y sin duda dispuesto a mejorar la puja.

La subasta avanzaba de modo más pausado de lo que Hasday había imaginado. Miró a lo alto y vio que el sol había avanzado un buen trecho por encima de sus cabezas y el almuédano no tardaría en llamar a los fieles musulmanes para la segunda oración del día. Recordó los puestos de comida que había visto aquella mañana en la explanada exterior, y solo entonces comprendió con disgusto lo que eso suponía: todo estaba dispuesto para continuar tras el almuerzo, de modo que todavía se vería obligado a dominar su impaciencia durante horas.

Se reunió con su padre y con Baruch para compartir la comida, dispuesta en una amplia dependencia reservada para los visitantes más ilustres. Agradeció la comodidad de los divanes, los sabrosos bocados que ofrecieron al medio centenar de comensales allí reunidos y, sobre todo, el poco interés que mostraron por él los mercaderes que lo rodeaban, deseosos tan solo de departir con el gobernador de la ciudad, con el delegado qurtubí y con el resto de los comerciantes.

Sin embargo, para disgusto de Hasday, no solo se interrumpió la subasta a mediodía. La pausa se prolongó hasta después de la *salat al-‘asr*, la oración de media tarde, aunque solo algunos seguidores del Profeta abandonaron en esa ocasión los bancos para extender la *musalla* sobre el enlosado; los judíos y los pocos cristianos presentes aprovecharon el paréntesis para desentumecer las piernas.

La venta se reanudó por fin con los primeros lotes de eunucos. Los bancos presentaban numerosos huecos. Quienes en aquel momento se sentaban frente al tablado eran, en su mayor parte, aquellos con los que Hasday había compartido el almuerzo. Delataban su desahogada posición la vestimenta y las joyas de oro y piedras preciosas que no tenían reparos en exhibir, a veces de manera ostentosa. El patio aparecía rodeado por un heterogéneo cinturón de hombres armados, conformado por la guardia personal de cada uno de aquellos adinerados mercaderes, cuyas únicas notas en común eran la corpulencia, un aspecto fiero y la actitud

vigilante.

Desde el primer instante, Hasday observó que el funcionamiento de la subasta había cambiado. Las voces del subastador se habían suavizado hasta casi desaparecer y las pujas consistían en una sucesión de gestos tan rápidos que podían pasar desapercibidos para un ojo poco experimentado como el suyo. Parecían disputadas, a juzgar por el número de mercaderes que intervenían en el juego, pero nuevos grupos de castrados sustituían a los anteriores en el tablado con rapidez pasmosa. A Hasday le resultaba imposible saber el importe por el que era adjudicado cada lote. Un par de escribientes se limitaba a tomar nota del resultado de las pujas en sus tablillas, y solo en dos ocasiones precisaron acercarse al ganador de la subasta para registrar su identidad. Cada vez que guiaban a un nuevo grupo de eunucos hasta el tablado, Hasday se sorprendía a sí mismo alzándose sobre las punteras, tratando de identificar el único rostro que era capaz de reconocer. A sus temores anteriores se sumó la posibilidad de que, en medio de aquella retahíla de gestos ininteligibles, no lograra precisar quién se hacía con Yorán. Maldijo la casualidad que había llevado al muchacho a entrar en uno de los últimos lotes.

El corazón de Hasday comenzó a latir desbocado cuando el subastador anunció que el grupo que ascendía las escalinatas cerraba la jornada. Esperaba identificar a Yorán en cada rostro que asomaba por encima del entarimado. Cuatro jóvenes ocupaban ya el tablado, seis, siete… y tras el octavo apareció el guardia que los acompañaba. Hasday se quedó pasmado. Aquello no podía estar ocurriendo. ¡Yorán no había sido subastado! O quizá sí, y, en su intento por descifrar el mecanismo de la subasta, el rostro del chico le había pasado desapercibido entre los primeros grupos. Descartó de inmediato aquella posibilidad, había escrutado una a una todas las caras. Aturdido, casi incapaz de poner en orden sus pensamientos, volvió a su mente el momento en que lo había visto por última vez.

«Los golpes de fusta —pensó—. Quizás era eso lo que había sucedido. Quizá Baruch había considerado inconveniente mostrar a un cautivo con la espalda aún sangrante por los latigazos. ¿Y si la debilidad que arrastraba, unida a la pérdida de sangre, le hubiera impedido llegar al entarimado por su pie?».

Olvidó la promesa que había hecho a su padre, renovada a la hora del almuerzo, de permanecer en aquel lugar hasta el final de la subasta. Tenía que saber lo que había ocurrido con Yorán, aunque eso implicara revelar a Baruch la causa de su interés. Si lo hacía, tendría que confesarle su participación en la huida de Umarit y el resto de las esclavas. Sintió que le invadía la náusea. Su padre jamás volvería a permitir que lo acompañara en sus viajes. Jamás volvería a confiar en él. Pero se sentía incapaz de enfrentarse de nuevo al rostro de Umarit sin poder contarle cuál era el destino de su hermano. ¿Y si, a pesar de no haber podido subir al tablado, formaba parte de uno de los lotes que se habían adjudicado aquella tarde? El subastador había anunciado el número de cautivos que conformaban cada grupo, pero él no había tomado la precaución de contarlos. Si, a pesar de todo, había sido vendido como parte de un

lote, al amanecer podía estar a bordo de un barco rumbo a las costas de África, quizás inconsciente. En ese caso Umarit lo habría perdido para siempre.

Hasday atravesó uno de los arcos que unían los dos patios y se abrió paso entre la barahúnda de esclavos, operarios, guardias y mercaderes. No vio a Baruch ni a su padre, y se dirigió hacia el recinto donde Yorán había estado encerrado. La puerta se encontraba abierta, alguien había acercado una carreta y varios peones se afanaban en extraer paja a golpe de horca. Baruch no podía andar lejos… Se disponía a regresar sobre sus pasos cuando una manaza se posó sobre su hombro y lo detuvo. Hasday se volvió dispuesto a defenderse, pero se topó con el rostro de uno de los guardias.

—Te está buscando tu padre. Acompáñame —se limitó a decir.

El muchacho estuvo a punto de negarse, pero ni el tono que había empleado el soldado, ni su mano, que se había deslizado para sujetarlo por el brazo, parecían dejar lugar a otra opción que no fuera dejarse llevar. Cruzaron el patio en dirección a las arcadas de herradura que acababa de atravesar, pero dejaron a su izquierda las escaleras de madera que conducían al entarimado y caminaron por la galería hasta una de las estancias que se abrían a su abrigo. El guardia se detuvo ante una puerta entornada y la golpeó con los nudillos. El rostro grave de Ishaq asomó por el hueco.

—Aquí está el muchacho —anunció el guardia, al tiempo que se apartaba.

La puerta se abrió del todo y Hasday avanzó hasta situarse bajo el dintel. El guardia regresó sobre sus pasos. A la derecha de la pequeña sala había una ventana, pero el atardecer se había echado encima y comenzaba a escasear la luz. La sorpresa debió de reflejarse en su rostro cuando vio a Baruch y al hombre que se encontraba con él.

—Hola, Hasday —saludó el viejo Asbag—. Nos vemos de nuevo, y aún no ha llegado el domingo.

Hasday se limitó a corresponder con un gesto mientras balbuceaba un sonido incoherente.

—Creo que esto es un asunto de familia y yo aún tengo demasiadas tareas que concluir antes de que acabe la jornada —intervino Baruch, dirigiéndose a la puerta, aún abierta—, así que excusadme.

Hasday miró a su padre, que permanecía en pie y en silencio. Su rostro, como el de Asbag, se mostraba grave. Sin embargo, en los ojos de ambos había un extraño brillo que no le pasó desapercibido. Además, de vez en cuando, sus miradas se desplazaban a un punto situado por detrás de él. Intrigado, se dio al vuelta. Tras la puerta que acababa de cerrarse estaba el segundo guardia y, junto a él, una figura que reconoció de inmediato. Estuvo a punto de gritar su nombre, pero consiguió contenerse a tiempo.

—Creo que llevas días buscándolo —dijo Ishaq.

—Yo… —Hasday no supo qué responder. Todo se precipitaba, y era incapaz de hilar un pensamiento coherente—. ¿Cómo…? ¿Cómo sabe…?

Dos nuevos golpes en la puerta impidieron que su padre respondiera. El guardia

abrió solo un palmo, pero fue Ishaq quien se asomó.

—Espera ahí —ordenó.

—Sí, *sahīb* —contestó el guardia que acababa de conducirlo hasta allí. La puerta se cerró de nuevo.

Hasday se volvió hacia Yorán para observarlo de cerca por primera vez. Él lo miraba también, atemorizado. Según Umarit, contaba doce años, pero su aspecto era el de un muchacho de diez, consumido y macilento. La túnica, recién lavada, pero que hubiera servido para un joven cuatro años mayor, no contribuía a mejorar aquella sensación. En sus ojos, de un azul no tan llamativo como el de su hermana, entrevió el desamparo y la tragedia en que se había convertido su existencia desde que el verano anterior fueran arrancados de la protección de los suyos. Ni siquiera debía de ser capaz de comprender lo que se decía a su alrededor, pues sin duda desconocía la lengua hebrea y también el árabe, que estaban utilizando en atención a Asbag.

—Tranquilízate, todo saldrá bien —dijo en romance, al tiempo que posaba la mano en su hombro.

Un destello de agradecimiento en la mirada del muchacho le indicó que había entendido sus palabras. Entonces se volvió hacia su padre.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Qué sabe de…? —volvió a preguntar, sin atreverse aún a pronunciar ningún nombre.

—Sé más de lo que me has contado, mucho más. —Hasday apreció reproche en su voz—. La discreción y la prudencia no están entre tus virtudes.

—¿Cómo ha sabido…? —insistió—. ¿Desde cuándo?

—Desde la noche en que esa cautiva se coló en nuestra tienda.

—Pero ¡usted estaba…!

—¿Borracho? ¿Acaso me has visto alguna vez dejándome llevar hasta la embriaguez?

—Pensé que durante sus viajes, en ausencia de madre, quizá…

—Había bebido en compañía de Baruch, no lo niego, recuerdo que el aguardiente era excelente. Pero eso no impidió que oyera murmullos antes de entrar en la jaima, mientras me despedía de él. Y era la voz de una mujer. Confieso que solo pensé en un motivo que justificara su presencia allí, así que decidí entrar en la tienda para que aquello no fuera más lejos. Fingí que dormía, y habría fingido despertar de haber sido necesario, pero no lo fue. Sin embargo, escuché gran parte de vuestra conversación.

—Así pues, lo sabe desde el principio. —Hasday trataba de valorar lo que aquello implicaba.

—No has sido leal a tu familia, Hasday. Y tus actos han perjudicado los intereses de terceros.

—Mis motivos…

—¡Maldita sea, ya sé cuáles son tus motivos! —cortó Ishaq, dejándose llevar por la indignación—. Pero jamás debiste actuar como lo hiciste. No sin hablar antes con tu padre.

—¿Qué hubiera conseguido con ello? —objetó Hasday, sintiendo que la rabia crecía dentro de él—. ¡Es su negocio! ¡El suyo y el de Baruch!

—Creo que no estás entendiendo a tu padre, muchacho. —La voz de Asbag, que hasta entonces se había mantenido al margen, le interrumpió—. Quizás intenta decirte que te comprende mejor de lo que imaginas.

Hasday se volvió hacia Ishaq y vio en sus ojos un brillo infrecuente, que trataba de ocultar bajando la vista a la punta de su zapato, con el que hacía rodar un pequeño guijarro. Entonces se hizo la luz en su mente.

—Este tipo de comercio nunca ha sido de mi agrado —confesó—. Aunque la mayor parte de los tratantes que hay al otro lado de esa puerta considere a estos desgraciados una mercancía más, y me haya dejado llevar por la misma idea, cerrando los ojos a los reparos que martilleaban en mi conciencia.

—¿Acaso ha cambiado algo?

—Cambió aquella noche, cuando oí la conversación que mantenías con esa esclava. Umarit es su nombre, ¿no es cierto?

El gemido que escapó de la garganta de Yorán al oír aquel nombre hizo que todos se volvieran hacia él. Su mirada era implorante.

—¡Umarit! *Ujt*! —exclamó, usando aquella palabra árabe que había conseguido aprender.

—Sí, tu «hermana». Comprendemos tu lengua —aclaró Hasday. El romance que hablaban en el norte, a pesar de que apenas resultaba comprensible para un andalusí, era la única lengua que les permitía entenderse.

—Mi «hermana»… ¿Dónde está? ¿Puedo verla, *sahīb*? —rogó el muchacho.

Hasday se volvió hacia su padre.

—Umarit no está lejos —explicó—. Ignoró el consejo que le di aquella noche en la tienda, y nunca regresó al norte. Ha seguido el rastro de su hermano hasta aquí.

Ishaq no respondió; se limitó a extender la mano hacia la puerta.

—Solo me falta saber dónde te reuniste con ella tras despistar a tus vigilantes —dijo mientras abría la puerta.

En el umbral apareció el guardia. Con mano firme sujetaba el brazo de Umarit, que trataba de resistirse. Solo en el momento en que vio a Hasday delante de ella depuso su actitud, paralizada por el desconcierto. Durante un instante, aún bajo el dintel y en alerta, escrutó también el rostro del comerciante judío y del anciano desconocido que, tras él, la contemplaban con curiosidad.

—Entra y no temas —la invitó Ishaq.

El guardia pareció aumentar la presión que ejercía sobre su brazo para obligarla a obedecer, y la muchacha avanzó hacia el interior con paso inseguro. Yorán la vio primero. Salió del rincón que ocupaba como impulsado por un resorte y, deshecho en lágrimas, se abalanzó sobre ella. Umarit, aturdida, tardó en comprender, pero un instante después había rodeado con sus brazos el cuerpo consumido de su hermano, al que miraba sin creer que aquello estuviera sucediendo. Le flaquearon las piernas, y

los dos se dejaron caer sobre el pavimento, abandonados a un llanto incontenible.

Hasday contemplaba atónito la escena. Su mente trataba de poner en orden los acontecimientos que se precipitaban sin control. ¿Cómo era posible que Umarit y Yorán hubieran terminado allí, ante él, al parecer con la aprobación de su padre? Por un momento se impuso la emoción de ver a los dos hermanos de rodillas, con los rostros congestionados, enterrados en el cuello del otro hasta el punto de que apenas se dejaban respirar. Agradeció que todas las miradas estuvieran centradas en ellos mientras trataba de pergeñar las respuestas a las preguntas que sin duda seguirían. Aunque apenas se sentía capaz de hablar, decidió ser él quien rompiera el silencio. Ni siquiera le importaba mostrar sus ojos enrojecidos ni que las palabras salieran entrecortadas de su boca. Sin embargo, cuando se disponía a carraspear para aclarar su garganta, escuchó la voz de su padre.

—Creo que ambos nos debemos una explicación —dijo, también con un brillo elocuente en los ojos—. En realidad ha sido Asbag quien, poco antes del comienzo de la subasta, me ha puesto sobre aviso al comentar tu actitud de ayer y tu inusitado interés por visitar el mercado. Reconozco que estos días he estado demasiado ocupado para prestarte atención y había llegado a olvidar el episodio de la jaima. Pero ese encuentro fortuito con Asbag ha hecho que empezara a atar cabos: la forma en que te escabulliste de los guardias, la intranquilidad que mostrabas esta mañana… Te conozco bien, y sé que en otras circunstancias me habrías asaeteado con tus preguntas y no te habrías separado de mí en toda la jornada. Sin embargo, hoy apenas prestabas atención y te has escurrido de mi lado en cuanto has tenido ocasión. Después he recordado aquel extraño episodio a nuestra llegada a Bayāna, cuando desmontaste. No nos seguía nadie, ¿no es cierto? Fue a ella a quien viste.

Ishaq señaló con el gesto a Umarit, que continuaba arrodillada junto a su hermano, murmurándole al oído lo que parecían palabras de consuelo.

—Apenas vislumbré sus ojos entre los pliegues del *hiyab* —reconoció Hasday—. Pero ninguna muchacha musulmana llevaría el velo de forma tan desmañada… Era evidente que se trataba de un disfraz.

—Tu padre ha supuesto que era ella a quien viste —intervino Asbag— y que ayer tratabas de acudir a una cita que habíais concertado de alguna forma. Eso explicaría la manera tan brusca en que te despediste de mí, y que yo entonces no supe interpretar.

Hasday decidió no sacarles de aquel error y dejar que su padre, que parecía dispuesto a seguir hablando, lo hiciera.

—Al saber que el muchacho estaba aquí, hemos temido que intentaras alguna locura: ayudarle a escapar, quizá. Cuando hemos llegado al lugar donde se encontraban, estaban siendo trasladados. Solo Yorán permanecía en el suelo con la espalda magullada por los azotes de un oficial. Nos ha hablado de unos extraños gritos procedentes del exterior, a los que el muchacho ha respondido, y eso ha terminado de confirmar nuestras sospechas.

—¿Yorán está herido?

—Nos hemos encargado de que se le atendiera. En la enfermería le han aplicado el ungüento que se usa en estos casos y lo han fajado con vendas.

—¡Pobre muchacho! —observó Asbag—. Ese abrazo debería estar produciéndole un dolor terrible, pero parece no sentir nada.

—Y después ha mandado apresar a Umarit… —dedujo Hasday.

—¿Qué otra cosa podía hacer? De no haberte extraviado, quizás hubieras podido ser tú quien fuera en su busca —dijo con sarcasmo—. Para cuando has dado señales de vida, Umarit ya estaba a buen recaudo.

—¡Ya lo sabía todo durante el almuerzo! ¡Y aun así ha dejado que…!

—Quería comprobar tus intenciones.

—¡Solo intentaba averiguar quién era su comprador! ¿Acaso Umarit no se lo ha contado?

La muchacha volvió la cabeza al oír su nombre. Entonces trató de ponerse en pie y ayudó a su hermano a hacer lo mismo.

—Créeme, joven *sahīb*, de la boca de esta pequeña fiera no han salido más que insultos e imprecaciones desde que le hemos puesto la mano encima —intervino el guardia que la había conducido hasta allí—. Solo se ha calmado cuando te ha visto.

—Ignoraba cuáles eran tus propósitos, pero yo también necesitaba un tiempo para la reflexión antes de hacerte llamar.

—Y, tras toda una tarde —esta vez el sarcasmo asomaba a la voz de Hasday—, ¿ha llegado a alguna conclusión?

—La más evidente es que todo esto va a costarme una pequeña fortuna. Ya has visto que Baruch ni siquiera ha querido escuchar las explicaciones que tuvieras que dar. Tendré que resarcirle por todas las esclavas a las que liberaste, y te aseguro que no es poco.

Hasday no pasó por alto el hecho de que solo se refiriera a las esclavas huidas. ¿Acaso aún tenía el propósito de vender a Yorán y a Umarit?

—Lamento el perjuicio que he causado —se excusó sintiendo que la angustia se aferraba de nuevo a su garganta. Por un momento había albergado cierta esperanza.

—En realidad, todo se reduce a un problema de dinero que tiene fácil solución: tendré en cuenta la parte del beneficio que hubiéramos obtenido por la venta de esas esclavas cuando procedamos a liquidar la sociedad que he mantenido hasta ahora con Baruch.

Hasday lo miró de hito en hito.

—¿Va a romper con Baruch? ¿Por mi culpa?

—En realidad, no. Como te digo, esta tarde he dedicado un tiempo a la reflexión en compañía de Asbag, y también a observarte y a pensar en lo que oí aquella noche en nuestra jaima. He de reconocer que quizá descuidara mis obligaciones durante la subasta y eso ha ocasionado que afloraran algunas diferencias entre Baruch y yo que hasta ahora habían permanecido larvadas. —Ishaq hablaba despacio, midiendo las

palabras, a las que daba cierto deje de ironía—. Por otra parte, considero que mi fortuna, si bien ha crecido de forma sustancial con el comercio de esclavos, es ya bastante cuantiosa, y mis negocios no se resentirán demasiado si en lo sucesivo prescindo de esta fuente de ingresos.

—Otros ocuparán tu lugar…

—No lo dudo, pero yo liberaré al fin mi conciencia de una carga que vengo soportando desde hace muchos años.

—Cuando llegues a mi edad —le interrumpió Asbag—, recordarás este momento como uno de los más importantes de tu vida. Si de algo te sirve mi opinión, te digo que tu decisión es acertada… y te honra.

Umarit y Yorán les observaban con incertidumbre, ajenos al parecer a cuanto decían. Solo del tono de las voces podían inferir que, tal vez, la acción de Hasday se saldara con consecuencias menos funestas de lo que habían temido.

La pregunta quemaba en los labios de Hasday mientras observaba los ojos azules de los dos hermanos. Decidió que era el momento de aclarar la duda.

—¿Qué sucederá con ellos? —Les señaló con la barbilla.

Ishaq no parecía tener respuesta. Se quedó de pie, inmóvil, sin apartar la vista de los dos hermanos. De nuevo fue el anciano Asbag quien se atrevió a romper el silencio.

—No hace mucho tu padre me ha confesado que, a pesar de los reproches que merece tu actitud, de alguna manera se siente en deuda contigo. Quizá puedas permitirte hacer alguna petición.

Hasday miró a su padre a los ojos.

—Ya sabes cuál es mi único deseo.

Ishaq seguía inmóvil, desplazando la mirada entre los dos hermanos y su propio hijo, con los ojos entornados y los labios apretados, hasta el punto de que los músculos del mentón se le marcaban como cordones bajo la barba. De forma al principio imperceptible, comenzó a mover la cabeza, hasta que al cabo de un instante nadie tuvo duda de que aquello era un gesto de afirmación.

—Cuando te dije que no olvidarías este viaje, pensaba en el mar, en la flota, en las atarazanas, incluso en este mismo mercado. Pero no imaginaba que el recuerdo nos iba a acompañar hasta Yayyán de una forma tan… tangible.

—Ni que tendría los ojos azules. —Asbag rio.

—Sea, pues, lo que deseas. Y ruego a Dios que no tenga que arrepentirme de las decisiones que he tomado hoy.

8

La Madīnat Bayāna amaneció el sábado bajo un cielo triste y encapotado, que dejó caer las primeras gotas al filo del mediodía. Después el viento del sur, cálido y húmedo, siguió arrastrando desde el mar jirones de nubes grises que cubrieron la ciudad con una cortina de agua durante el resto de la jornada. Al caer la noche, el Ūadi Andaras se había convertido en un cauce impetuoso que hacía impensable el uso de los vados y amenazaba con arrastrar el único puente que unía la *madīna* con el camino que, por su margen derecho, llevaba a la costa. No pocos vecinos, provistos de capas engrasadas, se aventuraban fuera de las murallas y se llegaban hasta el río; unos, preocupados, con el fin de comprobar si el nivel de la avenida alcanzaba sus huertas; otros simplemente para contemplar el espectáculo de las aguas embravecidas.

Hasday había aprovechado los momentos de holganza que permitía la celebración del Shabat para recluirse en el aposento que ocupaba en la alcazaba. Tras la oración matutina, había acudido a la sinagoga en compañía de su padre y, a su regreso, se había encerrado allí para completar el preceptivo estudio de la sección semanal de la Torah. No le sobraba el tiempo antes de la comida en comunidad, así que abrevió cuanto pudo para abrir el primer tomo de Dioscórides. Un sólido tablero dispuesto encima de caballetes hacía las veces de mesa, y sobre él reposaba también un puñado de frutos de *qahwah*.

Estaba ansioso por saber si el arbusto del que procedían se encontraba entre aquellas páginas, pero no pudo resistirse a leer la carta del autor que aparecía a modo de prefacio y dedicatoria a su amigo Ario, médico de Tarso. En ella explicaba los motivos que le habían llevado a emprender aquella tarea, el apasionado deseo que desde su infancia había sentido por el conocimiento de la materia médica. Aunque de origen griego, había servido como cirujano de los ejércitos de Roma en tiempos de Claudio, Nerón y Vespasiano, había recorrido junto a sus legiones la mayor parte de las provincias del imperio, y tales viajes le habían permitido reunir amplios conocimientos botánicos referidos no solo a Italia, sino también a la Galia, a Hispania, a Britania, incluso a Palestina y Egipto. Hasday se sintió identificado con él de inmediato.

Comenzó a estudiar detenidamente las primeras páginas, en las que se describían plantas habituales en Al Ándalus, como el lirio o la juncia, alternadas con otras desconocidas. Comprobó que había un tercer grupo de las cuales solo conocía el nombre, bien porque sus frutos, sus raíces o sus flores eran importados como especias o como componentes para perfumes, bien porque había leído acerca de ellas. En cualquier caso, disfrutó del privilegio de contemplar las imágenes de las plantas completas.

Le habría gustado tomar notas, pero el Talmud prohibía la escritura en Shabat, de forma que su cuaderno y el cálamo permanecieron en el zurrón. Por el mismo motivo,

las lamparillas ardían desde la noche anterior: así solo había tenido que ocuparse de rellenarlas con sebo y aceite para sortear el precepto que impedía encender fuego a lo largo de la jornada de descanso.

Se recreó con las primeras ilustraciones. Eran magníficas, y reproducían de manera aceptable los detalles de las plantas que crecían en su entorno. Se preguntó si también le serían útiles a la hora de identificar las que desconocía. Al fin y al cabo, solo eran dibujos, y representaban la planta en un momento determinado, sin tener en cuenta los cambios que la transformaban a lo largo de las estaciones. Ya lo advertía el autor en su prefacio. Aún con aquella duda se aplicó a la tarea, con la imagen del arbusto descrito por Abd al Karim en la mente.

A lo largo de la mañana, descubrió un nuevo inconveniente. Los traductores de Bagdad no eran expertos botánicos, y en muchos casos desconocían el nombre árabe de la planta que el médico de Anazarbo designaba con la expresión griega. En esos casos, se limitaban a transcribir al árabe los sonidos griegos, a la espera de que quizá pudieran identificar la planta descrita en el futuro. Tratando de sortear tales complicaciones, y cavilando acerca del trabajo pendiente para completar una traducción cabal, Hasday apenas pudo revisar los dos primeros libros antes de que la llamada a la oración en la mezquita próxima le recordara que se acercaba la hora del almuerzo. Habría de compartir la tradicional adafina con su padre y otros miembros destacados de la comunidad judía en la casa de uno de los rabinos, junto a la sinagoga. Cerró la cubierta del libro, depositó las lamparillas en el suelo para evitar que el chisporroteo continuo siguiera salpicando el tablero durante su ausencia y, de mala gana, abandonó la estancia para dirigirse a la judería.

Estaba hambriento y disfrutó del sabroso guiso preparado la tarde anterior y conservado al calor de la lumbre, pero se excusó después de la comida alegando un inoportuno dolor de vientre. Volvió a la alcazaba bajo una lluvia que ya caía con fuerza, con el compromiso de regresar para compartir la tercera comida y la *havdalah*, la ceremonia que ponía fin a la celebración del Shabat.

Pasó la tarde enfrascado en la lectura, más y más asombrado con cada pliego que doblaba. Tenía entre sus manos un extenso repertorio de botánica, en el que el médico griego había recopilado los conocimientos de los antiguos y los que él mismo había atesorado durante su ejercicio. Pero aquellos tomos componían también un soberbio tratado de farmacología, pues junto a cada especie describía los usos terapéuticos de sus hojas, sus raíces o sus frutos; la cantidad indicada para conseguir el resultado deseado y evitar los efectos adversos; el modo de prepararla y mezclar los ingredientes, ya fuera en forma de ungüento, bebedizo, emplasto o loción, y la manera de mejorar su eficacia mediante la mezcla con vino, aceites u otros remedios.

Se trataba de la obra de toda una vida, y Hasday tardaría meses, si no años, en asimilar todo su contenido. De nada le habría servido, sin embargo, de haberle llegado en griego. El trabajo de los eruditos de la Casa de la Sabiduría había puesto remedio a aquel inconveniente. Por fin, Redwan y Taled, por encargo de su padre,

habían salvado el último obstáculo, la distancia. Hasday comprendió que todo aquello hacía de él un privilegiado y dio gracias a Dios.

Se aproximaba la hora del anochecer. La luz de las lamparillas apenas compensaba la oscuridad de aquella tarde tormentosa, y un leve escozor le llevaba a frotarse los ojos con el puño de forma constante. Supuso que los tenía enrojecidos e irritados a causa del humo de los pequeños candiles. Además, su reserva de aceite se estaba agotando. No obstante, había conseguido echar un vistazo a los cinco primeros libros del Dioscórides. Abrió el sexto, mucho menos voluminoso, que versaba acerca de venenos y de animales ponzoñosos. Reparó en que el primer pliego de pergamino no estaba cosido junto al resto. En realidad se trataba de una nota del traductor, Hunayn ibn Ishaq, en la que advertía de sus dudas acerca de la autoría de aquel volumen. Según su criterio, ni la estructura, ni el estilo, ni el contenido correspondían a la utilizada por el anazarbeo en los cinco tomos anteriores. Hasday decidió comprobarlo en otro momento. Dobló el pliego, lo colocó de nuevo bajo la cubierta y depositó el libro sobre la pila que formaba la obra completa.

Tomó otra media docena de frutos de *qahwah* en la palma de la mano y, una vez más, los observó con atención. Había comprobado que la planta no figuraba entre aquellas páginas: nada con tallos parecidos a sarmientos de vid, con hojas similares al laurel y con la propiedad de ahuyentar el sueño y estimular los sentidos. El médico de las legiones romanas no había tenido noticia de semillas como aquellas, ni siquiera durante su estancia en Egipto.

Cuando salió de la alcazaba, seguía arreciando la lluvia. La distancia hasta la judería era escasa, pero las calles se habían convertido en arroyos embarrados y ni siquiera el capuz con que se protegía iba a impedir que llegara empapado a la casa del rabino. No pudo evitar pensar en Umarit y en Yorán. Su padre había decidido negociar con Baruch su precio, al que habría que sumar el de las esclavas liberadas. Lo haría al tiempo que gestionaba la liquidación de la sociedad que les había unido hasta entonces. Ishaq no había ocultado que aquello supondría un recorte importante en los beneficios previstos por su contable para aquella expedición. Si lo que pretendía con ello era hacerle sentir culpable, lo había conseguido, de modo que Hasday fue incapaz de hacer nuevas peticiones, ni siquiera la que desde el primer momento deseaba formular. Ishaq se había mostrado inflexible a la hora de determinar el trato que debía dispensarse a los dos hermanos: seguían siendo esclavos y debían comportarse como tales. Viajarían en la caravana con el resto de los criados y, cuando llegaran a Yayyán, él mismo decidiría su destino.

Hasday hubiera deseado buscar un techo bajo el que cobijarlos, al menos hasta que Yorán terminara de curarse las heridas, pues los imaginaba ateridos, guarecidos de la lluvia por una de aquellas tiendas incapaces de mantener alejada la humedad. Si al menos el temporal no hubiera coincidido con la celebración del Shabat, habría podido atravesar las puertas de la *madīna* y llegarse al campamento con una buena provisión de grasa de caballo. Pero ya poco podía hacer. Le reconfortó pensar que ni

el frío ni la humedad bastarían para empañar la dicha que los dos hermanos habían experimentado al saberse juntos.

Golpeó el picaporte de la casa del rabino y esperó bajo el aguacero a que el criado abriera la puerta. Una vez dentro del zaguán, entregó la capa al sirviente, se sacudió como pudo el agua que le empapaba los zapatos y se dirigió a la sala principal al tiempo que trataba de atusar sus cabellos para colocarse la kipá. Su padre le dirigió una mirada de reproche cuando entró en la estancia, pero no hizo ningún comentario mientras rodeaba la mesa y se sentaba en el lugar que le habían reservado. Por los restos que advirtió ante los comensales, supo que llegaba tarde a la última comida del Shabat y se maldijo por ello.

Ishaq, con discreción, le señaló un trozo de pan que tenía delante sin dejar de prestar atención a la conversación general. Hasday partió un pedazo y se lo llevó a la boca. Al hacerlo, vio que tenía los dedos ennegrecidos por la tinta y cayó en la cuenta de que no se había lavado las manos. Se sintió observado, bajó la vista avergonzado y terminó de masticar. Comprendió que aquello era lo que esperaba el rabino para considerar que también él había cumplido con el precepto de realizar tres comidas en el día de descanso, porque de inmediato le llenó la copa en señal de abundancia y prosperidad. Las conversaciones habían cesado cuando el rabino empezó a recitar unos breves versículos, antes de bendecir aquel vino con solemnidad. Pronunció la segunda bendición sobre un pequeño cuenco lleno de especias, y una tercera sobre dos velas que ardían juntas. Concluyó con la bendición de *havdalah*, que señalaba la separación entre el séptimo día y los seis días siguientes de actividad. Tras las últimas palabras, el oficiante se llevó su copa a los labios y apuró su contenido.

Una vez finalizada la ceremonia, todos se levantaron de la mesa mientras el rabino soplaba las velas y retomaban la conversación. Parecía cundir la preocupación por la persistencia de la tormenta. Salieron al zaguán, alguien entreabrió la puerta exterior, y el agua se coló empujada por las ráfagas de viento hasta empapar la estera que cubría el empedrado. El anfitrión ofreció a tres de sus huéspedes las capas de las que disponía. Otros dos se cubrieron con el capuz de su sobretodo y salieron buscando la protección de los muros de las estrechas calles de la judería. Los demás, Ishaq entre ellos, aceptaron la sugerencia del rabino y decidieron esperar a que amainara el aguacero. Regresaron a la sala que acababan de abandonar, donde, finalizado ya el Shabat, el criado se disponía a prender el haz de leña apilado bajo la chimenea. El dueño de la casa intercambió unas palabras con él.

—Hay noticias de que el Ūadi Andaras baja desbordado —les comunicó a continuación—. Hemos de rogar a Dios por que detenga esta lluvia.

—Esto retrasará nuestra partida —respondió Ishaq, y se dejó caer sobre una silla sin ocultar su contrariedad—. Por fortuna, la *musāra* de Bayāna está bien ubicada, nuestro campamento no corre peligro.

—Ponerte en marcha en estas condiciones sería una temeridad —corroboró otro de los presentes—. En esta época, la lluvia no es usual y no ha de durar, pero los

caminos seguirán impracticables.

Hasday recordó los numerosos arroyos y barrancos que habían tenido que atravesar en su ruta por las estribaciones de la sierra. El deshielo gradual de primavera ya les había ocasionado problemas con los carros de esclavos y mercancías, cuánto más los vados enfangados y cubiertos de maleza después de una avenida. Por un momento pensó en la promesa que le había hecho a Asbag: le habría gustado mostrarle al menos uno de los tomos del tratado antes de regresar a Yayyán, pero también los caminos que llevaban al puerto estarían embarrados y ni siquiera había dejado de llover. Decidió que no correría aquel riesgo.

El domingo, sin embargo, el viento cambió de dirección y arrastró las nubes consigo, al tiempo que refrescaba. Durante toda la jornada, se llevaron a cabo los preparativos para la marcha, con la esperanza de que el sol y el poniente terminaran de endurecer el barro de los caminos. Hasday visitó el campamento, donde reinaba una actividad febril. Los carros que una semana antes habían transportado a decenas de esclavos se veían entonces colmados con enormes fardos repletos de cereales procedentes de Ifriqiya, de especias orientales, alfombras y frutos secos de Persia, higos y dátiles de Egipto o cerámica de Tahert. Aquellas mercancías que los criados se afanaban en cargar no eran, sin embargo, las que habían de proporcionar los mayores beneficios a su padre. Esas se encontraban aún en los almacenes de la alcaicería, bajo la atenta vigilancia de decenas de hombres armados, y no serían cargadas a lomos de las mulas hasta el amanecer, pocas horas antes de la partida. El sándalo de la India, el incienso y el ámbar gris del Yemen, el ébano de Ghana, las telas, las especias y los perfumes más apreciados, se almacenaban junto a las arquetas que contenían el oro, las piedras preciosas, el coral rojo y el marfil tallado. Su destino era Qurtuba, pero ninguna de estas mercancías estaría a la vista de quien paseara entre los puestos del zoco. La mayor parte estaba destinada al propio *alqásr*, a satisfacer los deseos del emir y sus esposas, de su familia, de los visires y de los más altos funcionarios de la corte. El resto sería puesto a la venta sin salir de la alcaicería, para que fuera adquirido por los miembros destacados de la *jassa*, quienes anhelaban exhibir su gusto refinado y alardear de aquellos caprichos que eran seña de distinción y prueba de la posición social que ostentaban.

Hasday caminó entre el gentío. Las voces se mezclaban con el martilleo de los carpinteros, que terminaban de ajustar ruedas, ballestas y ejes, con las imprecaciones de los arrieros, con los golpes de mazo de los herradores y los gritos de los zagales de Bayāna, que encontraban entre la algarabía de la caravana el modo de pasar una mañana entretenida. Las tiendas se hallaban en la zona más próxima a la *madīna*, al abrigo de la muralla, y se dirigió hacia el lugar donde el capataz había instalado a los dos hermanos a su llegada. Apartó el trozó de tela que cubría la entrada y escrutó el reducido espacio interior, apenas suficiente para dos personas. La lona seguía húmeda, a pesar de que desde la medianoche soplaba el viento de poniente. El suelo pisoteado de hierba había sido cubierto con viejas esteras de esparto, donde el joven

eunuco descansaba boca abajo, con los brazos cruzados bajo la cabeza a modo de almohada. El jubón que vestía mostraba una mancha irregular que se extendía por toda la espalda. Umarit había sido generosa con el ungüento que se le había proporcionado para curar las heridas de su hermano.

—Yorán —llamó.

El muchacho se incorporó al instante.

—*Sahīb*! —exclamó, sobresaltado—. No te esperábamos.

A Hasday le extrañó el tratamiento. *Sahīb*. Pronto había asumido su posición servil, a pesar de que tan solo unos meses atrás vivía en libertad en su aldea, junto a los suyos. Recordó que también Umarit le había llamado así. Supuso que se habrían acostumbrado a dirigirse de aquella manera a sus captores durante su estancia en Yusāna.

—¿Estás solo? ¿Y Umarit?

—Mi hermana ayuda a cargar los carros, llena los cántaros de agua en un manantial… Debemos ser útiles, así agradecemos lo que tu padre hace por nosotros. En cuanto pueda, yo también… —El muchacho hizo ademán de ponerse en pie, pero Hasday se lo impidió.

—Esas heridas de la espalda son demasiado recientes. Aprovecha la jornada de hoy para descansar y recuperarte. A partir de mañana, tendrás que hacer el camino a pie.

El muchacho pareció relajarse.

—Gracias, *sahīb*. Mi hermana dice que eres bueno… Yo también lo creo.

Hasday se apresuró a sacar la cabeza de la tienda y contempló los alrededores.

—Sigue aquí, buscaré a Umarit, por si necesita algo —se explicó—. Quizá más ungüento para tus heridas…

Reconoció para sí que le había decepcionado no encontrarla junto a su hermano. Aquella misma mañana, al despertar y recordar su propósito de visitar el campamento, habían regresado las sensaciones que experimentara días atrás, aquel cosquilleo incontrolable y a la vez agradable en el vientre. Anhelaba volver a ver sus ojos de cerca, disfrutar con la belleza de los rasgos de su cara, velada por el cabello recortado de cualquier manera, por las ropas raídas y aquel aspecto a la fuerza descuidado. Se despidió y caminó hacia el extremo del campamento, mirando a derecha e izquierda. Vio a un arriero que portaba dos cántaros en las alforjas de su mula y lo siguió por la estrecha senda que ascendía hacia una rocha cercana, donde, sin duda, fluía el manantial.

La vio antes de llegar, al volver una curva en el sendero. Llevaba el cántaro en la cabeza, afianzado sobre un rodete, con el brazo derecho apoyado en el costado, mientras sujetaba el recipiente con el izquierdo. El peso hacía que se cimbreara al andar. Ella se percató de su presencia cuando Hasday se detuvo al borde de la vereda y se hizo a un lado para dejarla pasar. Sonrió ante la sorpresa que reflejó su rostro.

—No es la primera vez que vas a buscar agua —dijo a modo de saludo, al tiempo

que echaba mano al cántaro. Entre ambos lo dejaron en el suelo.

—Desde luego que no. En nuestra aldea, los viajes al río eran continuos. La cocina, la limpieza, los animales…

—En Yayyán no es necesario acarrear cántaras. Por suerte allí el agua baja de la sierra y es conducida desde las acequias al interior de algunas viviendas.

—En ese caso, quizá no se precise mi ayuda en vuestra casa.

Hasday comprendió lo que preocupaba a la muchacha.

—Nora, mi madre, no deja de lamentarse del trabajo que le acarreamos mi hermano y yo. Además, la hospitalidad de mi padre es proverbial, son pocos los días en que no se sientan a nuestra mesa mercaderes, judíos de paso o representantes de Qurtuba a los que desea agasajar. —Hasday estaba exagerando, pero, por algún motivo, sentía la necesidad de tranquilizar a Umarit—. Te aseguro que en nuestra casa toda ayuda es poca, pero te advierto algo: mi madre es muy exigente. ¡Tendrás que ganarte sus simpatías!

La muchacha también esbozó un atisbo de sonrisa, que, sin embargo, no tardó en desvanecerse.

—Hay algo más que te inquieta y creo saber qué es…

Umarit asintió.

—¿Qué será de él? ¿Podremos seguir juntos?

—Es pronto para saberlo y, en cualquier caso, no depende de mí. Si permanece al servicio de la familia, estaréis cerca, excepto cuando mi padre lo reclame para sus viajes, que no son pocos. Este, entre Yayyán y Bayāna, se repite varias veces a lo largo del año, cuatro, al menos; y otras tantas se recorre la ruta entre Yayyán y Qurtuba, la capital. Quizás en adelante sean más si, como confía mi padre, el emir consigue la pacificación completa de Al Ándalus.

Umarit tenía el semblante sombrío.

—No sé de qué manera afectará a mi hermano lo que le han hecho. Se dice que los eunucos acaban gordos y fofos, y pierden la fuerza de los brazos. Por eso se utilizan para vigilar el *harem* de sus dueños, como si fueran mujeres. En ese caso, Yorán no sería de mucha utilidad como criado.

—Puede que esos eunucos se vuelvan fofos por no salir del *harem*, donde llevan una vida dedicada a la molicie y donde, quizá, matan el aburrimiento visitando las cocinas en demasía.

Umarit pareció aliviada.

—No conozco algunas de las palabras que empleas, pero entiendo lo que quieres decir —confesó.

—A mí me pasa lo mismo. —Hasday rio. No sabía por qué, pero estar junto a ella lo ponía de buen humor—. Vuestro romance no se parece demasiado al que se habla en estas tierras.

—¡Aquí casi todos hablan árabe!

—Sí. Es la lengua de las élites, de los dominadores, la que se oye en las

mezquitas. Cualquier padre, por humilde que sea, hace lo posible por que sus hijos lo comprendan y lo utilicen. Es la única manera de que puedan llegar a ser algo. Solo los muladíes, los hispanos de origen godo, y los *dimmis* siguen usando el romance.

—¿También yo tendré que aprender el árabe?

—Lo aprenderás sin darte cuenta —le aseguró—. Y el hebreo… he observado que no lo dominas a pesar de que, como dijiste, tu familia es de origen judío.

—La sinagoga más próxima a nuestra aldea se encontraba a cinco leguas. Solo viajábamos allí para la Pascua. Ni mis padres ni nosotros sabemos apenas leer ni escribir.

—¡Yo os enseñaré! —exclamó, presa de un entusiasmo repentino. Pasar horas frente a aquel rostro y aquellos ojos se le antojaba una posibilidad muy sugerente—. Yorán parece un chico despierto, quién sabe si en el futuro podrá resultarme de ayuda.

Umarit lo miraba entonces con cierta ternura.

—Te agradezco lo que haces por nosotros —dijo—, pero debo regresar. Están esperando el agua.

Hasday asintió sin dejar de mirarla. Cuando cayó en la cuenta de que podía ayudarla a levantar el pesado cántaro, este ya descansaba sobre su cabeza. Se quedó allí plantado, observando su figura delicada y el andar oscilante, hasta que se perdió tras la curva del sendero. Solo entonces, azorado, recordó que su camino era el mismo y echó a andar hacia el campamento.

El viaje de regreso transcurría sin incidentes. Los paisajes ya no le resultaban desconocidos, pero no dejaban de sobrecogerle. Además, las horas pasaban veloces para Hasday, que cabalgaba acompañado de Redwan y Taled. En Bayāna apenas había tenido oportunidad de conversar con ellos, pero sabía que volvían a Qurtuba con la caravana y era un buen momento para recibir noticias de su largo viaje, de Bagdad y de la Casa de la Sabiduría. Hasday se sentía agradecido, pero descubrió con sorpresa que eran ellos quienes mostraban con más entusiasmo su gratitud. El encargo de Ishaq les había permitido llevar a cabo algo que hasta entonces solo había sido un sueño para ambos, un viaje en busca de las fuentes de la ciencia; pero en el que también habían podido conocer tierras lejanas, mares ignotos, pueblos de los que jamás habían oído hablar, con su propia historia, sus costumbres, sus leyendas…

—Tratamos de cumplir con los dichos atribuidos al Profeta, Hasday: «Id en busca del conocimiento aunque esté en China» y «Busca la ciencia y el conocimiento desde la cuna hasta la tumba» —explicó Taled.

—Pensaba que el primer motivo de vuestro viaje era la peregrinación…

—Visitamos La Meca, no podía ser de otra manera, pero nuestro principal anhelo era viajar a Bagdad y al resto de las ciudades que hemos encontrado en el camino.

—Alejandría, Jerusalén, Damasco… —enumeró Redwan.

Hasday sentía que se le erizaba el vello. Las continuas paradas de la caravana no parecían importunarle. Desmontaban para desentumecer los músculos, pero

continuaba asaeteándoles con preguntas. Ellos también parecían disfrutar con las explicaciones que, de alguna forma, les permitían revivir la reciente experiencia.

—Ahora regresamos a Qurtuba, pero este viaje ha abierto nuestro espíritu y hemos decidido emprender otros sin tardar —le contó Taled—. Constantinopla, Isfahān, quién sabe si la India… Tal vez algún día puedas acompañarnos.

Los gritos de los capataces alertaron a todos los miembros de la comitiva.

—Quizá debamos echar una mano, no nos vendrá mal —sugirió Taled, al tiempo que arqueaba la espalda con los brazos extendidos.

En las primeras jornadas, se había materializado el temor al mal estado del camino, pero, tras las primeras dificultades, tanto los guardias como los arrieros habían perfeccionado su habilidad para sortear los vados enfangados con los carromatos. Se adelantaban a la columna cuando las avanzadas advertían de su presencia y se afanaban con hachas, hoces y palas, de forma que los primeros carros encontraban el cauce cubierto de capas entrecruzadas de ramas, grava y maleza que impedían que las ruedas se atoraran en el légamo. En caso de dificultad, las sogas de esparto y decenas de brazos llevaban los carros al otro lado.

Aun así, el retraso acumulado hizo imposible que alcanzaran la Madīnat Ilbīra para el siguiente Shabat. Decidieron hacer alto en la última venta antes de llegar a la ciudad y pasar allí la jornada de descanso, a la vista de las cumbres del Yabal Sulayr. A pesar de la proximidad de las nieves y de la altura a la que se encontraban, encajonados en un hermoso valle a medio camino entre Ūadi Is y la capital de la cora, el tiempo era magnífico. Ya bien avanzada la primavera, el calor se había hecho presente, y la vegetación eclosionaba a su alrededor. Hasday se mostraba feliz. Aprovechaba las paradas para poner a secar las plantas que había recolectado. Hacía manojos con ellas, o bien usaba saquetes de arpillera que colgaba al aire en uno de los carros, el mismo en el que viajaba el cartapacio con los tomos del Dioscórides. Las pequeñas gavillas y los sacos pendían de los arcos de madera destinados a sujetar las cubiertas de lona y, tras cinco días de viaje, el aspecto de la carreta era ya el propio de la guarida de una hechicera.

Aquella tarde, una vez finalizado el Shabat, Ishaq y Baruch se dirigieron hacia la linde del campamento, aunque sin alejarse del círculo de luz que proyectaban las numerosas hogueras que ardían ya entre las tiendas. Hablaron durante largo rato, caminaban con las manos a la espalda y volvían a detenerse. Hasday los observaba mientras se ocupaba de su montura, sin poder evitar la sensación de culpa. Sus figuras apenas se entreveían desde aquel lugar, pero al fin acertó a distinguir cómo Baruch abría los brazos y su padre correspondía al gesto uniéndose con él en un largo abrazo. Después emprendieron el regreso hacia la seguridad del campamento.

Reanudaron la marcha al amanecer del domingo y recorrieron sin sobresaltos el camino que descendía de forma continua hasta la fortaleza de Astīban. Desde allí se divisaba ya la Madīnat Ilbīra, y esa noche se vieron agasajados por el mismo mercader que les había dado cobijo tres semanas atrás. En aquella ocasión también

Baruch estaba presente. De nuevo las conversaciones versaron sobre la expedición que concluía, sobre los tratos que habían podido cerrar en Bayāna y las mercaderías que transportaban de vuelta, algunas de las cuales tenían como destino aquella misma *madīna*. Su anfitrión se mostró sorprendido cuando Ishaq le informó sobre la disolución de la sociedad con Baruch, pero enseguida reaccionó levantando la copa.

—Nunca he participado de vuestras empresas, pero considero que nos une una profunda amistad. Brindemos por que ese mismo lazo se mantenga entre vosotros a partir de hoy.

Todos alzaron sus copas y bebieron del excelente caldo con que les obsequiaba el comerciante de Ilbīra. También Hasday lo hizo, aunque, aturdido por el vino que ya había trasegado durante la cena, su mente vagaba, empeñada en regresar al campamento y a los ojos azules de la muchacha que era la causante de aquella separación.

A pesar de que avanzaban al ritmo lento que marcaban los bueyes, en tres días estarían en casa. Hasday llevaba a su montura al paso y apenas tenía que conducirla, pues se limitaba a seguir a las que la precedían, de forma que su pensamiento tenía la posibilidad de ir y venir a su antojo. En las últimas jornadas, estaba puesto ya en Yayyán. Tenía que reconocer que añoraba las pendencias con Yakob. Solo se había separado tanto tiempo de su hermano en una ocasión, precisamente cuando Yakob había acompañado a su padre en aquel mismo viaje, dos años atrás.

Hasday se preguntaba cómo encontraría los gusanos de seda. Aunque los había dejado en uno de los lugares más frescos de la casa, los huevos ya habrían eclosionado. Ese momento marcaba el inicio del período más delicado, el que más dedicación exigía, y por desgracia había coincidido con su ausencia. Rezaba para que Yakob hubiera estado a la altura. Si era así, quizás encontrara larvas bien desarrolladas sobre una cama de hojas de morera que Yakob habría sustituido a diario, a pesar del ingrato trabajo que suponía, pues exigía el trasiego de los gusanos, uno por uno, a una caja con hojas frescas. Prefería no pensar en la otra posibilidad: capas de morera acumuladas una sobre otra, hasta que las inferiores comenzaban a fermentar y la caja entera de gusanos quedaba arruinada.

Sacudió la cabeza para apartar aquella visión. Prefería recordar los sacos de semillas que llevaba en el carro. *Qahwah*. En cuanto llegara a casa, trataría de comprobar sus efectos. Sin duda Hakim sería el primero en ofrecerse voluntario para hacerlo: siempre le secundaba en sus iniciativas. «Ocurrencias», las llamaba su padre. Sonrió al recordar el día en que ambos probaron los efectos de la adormidera. En este caso se trataba de todo lo contrario: una semilla que apartaba el sueño de los ojos. Trataría de seguir las indicaciones de Abd al Karim, el marino de Bayāna, aunque no estaba seguro de la forma en que lo haría. Recordaba que había hablado de la necesidad de tostar los granos, pero ¿y después? ¿Tendría que machacarlos en el mortero para hervirlos? Suponía que sería necesario filtrar la infusión resultante. A juzgar por la reacción de aquel primer monje, que lo había escupido, el sabor no

debía de ser muy agradable. Lamentó no haber pedido más detalles. Por fortuna disponía de una buena cantidad para experimentar, aunque debía reservar una parte para tratar de cultivar la planta. Pero lo ignoraba todo sobre ella, el momento adecuado para introducirla en la tierra, los cuidados y la cantidad de agua que requería… Ni siquiera estaba seguro de que se pudiera adaptar al clima de Yayyán, seco en extremo y enormemente caluroso en verano.

Una voz estridente le distrajo de sus pensamientos. Llegaba desde la parte posterior de la caravana, donde viajaban los criados, junto a las cáfilas de mulas y los carros tirados por bueyes. Una reyerta, quizá. La voz se oyó de nuevo, esta vez con más claridad, y se trataba del grito de una mujer, de una sola. Volvió la cabeza con cierto desinterés, y entonces la oyó por tercera vez. Sin duda era un grito de socorro, y se dirigía a alguien llamándolo *sahīb*. Tiró de las riendas y la montura se detuvo en seco. Cuando se volvió, Umarit corría hacia él, alzándose los bajos de la túnica para no tropezar, con el rostro desencajado.

—*Sahīb*! —gritó de nuevo cuando lo tuvo al alcance, tratando de tomar aire. Se ahogaba, pero aun así trató de explicarse—. Es Yorán. ¡Ayuda, por Dios! ¡Una víbora!

Hasday saltó de la yegua sin preocuparse de entregar las riendas. Se llegó adonde estaba Umarit, pero no esperó a que recuperara el aliento, sino que se lanzó en una carrera desenfrenada hasta el corro que rodeaba al muchacho, tumbado encima de una manta. Se abrió paso entre los curiosos y se agachó junto a él. Su rostro aparecía lívido y contraído en una mueca de dolor. Uno de los arrieros había tomado ya la iniciativa. Le sostenía con fuerza el antebrazo a la vez que aplicaba los labios sobre la mordedura. Chupaba con fuerza, escupía y se enjuagaba después la boca con el vino de un vaso que una mujer le sostenía cerca.

Umarit regresó cuando el arriero se disponía a usar la punta de su cuchillo para abrir la herida. Yorán soltó un gemido. Tenía los ojos y los dientes apretados, y el rostro desencajado por el dolor. Umarit sollozaba con las manos unidas ante los labios, en un gesto de súplica.

—Se ha apartado del camino para aliviar el vientre —explicó la muchacha entre lágrimas—. Ha sido al arrancar un puñado de hierbas cuando… cuando le ha mordido en el brazo. Él mismo ha cogido una piedra y le ha aplastado la cabeza.

—Es este calor, que las ha despertado del letargo invernal —comentó alguien tras ellos.

El arriero apretaba con fuerza el antebrazo de Yorán. La sangre caía al suelo en un chorro continuo.

—La sangría arrastrará la ponzoña y evitará que se le extienda por el resto del cuerpo —aclaró—. ¿Dices que ha matado a la víbora? Eso está bien. Ve a por ella, córtale la cabeza y arráncale la piel. Cuece la carne en vino y, aún caliente, dáselo a beber. Si puede comer la carne, que la coma, le hará bien. Machaca el resto y haz un emplasto para cubrir la herida con él. Es todo lo que se puede hacer, ahora es Allah

Todopoderoso quien ha de decidir su destino.

Umarit se agachó junto a su hermano y le acarició el rostro. Yorán abrió los ojos al sentir su contacto.

—¿Cómo te encuentras, hermanito? —le preguntó con voz dulce, tratando de contener las lágrimas.

El muchacho abrió los ojos y forzó un atisbo de sonrisa.

—¡Haz lo que te he dicho, muchacha! Está débil y flaco. ¡Las caricias no lo van a salvar!

Ishaq se acercó con su yegua desde la cabecera de la marcha para comprobar lo sucedido. Su preocupación era sincera cuando Hasday le relató el incidente y dio la orden de hacer alto. En cualquier caso, se acercaba la hora del almuerzo.

—Quizá sea conveniente regresar con él a la Madīnat Ilbīra, padre —sugirió Hasday cuando, más tarde, se reunió con él para compartir la comida—. Allí habrá físicos que puedan atenderlo con buen criterio.

Ishaq pareció considerar aquella posibilidad, pero negó con la cabeza.

—Es solo una picadura de víbora, Hasday. Pocas veces resultan mortales. Y ese arriero parece saber lo que hace, ha extraído la ponzoña y ha curado la herida —alegó—. Yo soy el primer interesado en que a ese chico no le ocurra nada, pero tendría que distraer a varios hombres de la caravana, evacuar uno de los carros y, si no me equivoco, dejar que tú le acompañes.

Hasday sabía que su padre estaba en lo cierto. Una mordedura de víbora en un hombre fuerte y sano se saldaba con un par de días de postración, hinchazón y fuertes dolores en el miembro herido, vómitos quizá… De no haber complicaciones, no tardaban en recuperar la salud. Yorán, sin embargo, era solo un niño escuálido, convaleciente aún de la terrible amputación.

—Apenas conseguía finalizar las primeras jornadas de camino, padre. Aún está muy débil —insistió—. Si no le dije nada es porque pensaba que el esfuerzo le haría bien para ganar fortaleza.

—Ordenaré que hagan hueco para él en uno de los carros. En ese que has convertido en una botica. —Sonrió—. En dos días llegaremos a Yayyán, y allí podrán atenderlo nuestros físicos. Puede que ni siquiera sea necesario.

Hasday asintió, no del todo convencido, aunque sabía que las palabras de su padre eran sensatas. Dejó a un lado la escudilla, incapaz de probar bocado. Luego cambió de opinión y la tomó de nuevo entre las manos. Se levantó, hizo un gesto a modo de despedida y caminó de regreso al lugar donde sabía que encontraría a Umarit.

Yorán se encontraba recostado en la misma manta, pálido y empapado en sudor. Umarit sostenía ante él un cuenco humeante en el que nadaban algunos trozos de carne. Desprendía un aroma apetitoso que sorprendió a Hasday.

—Solo unos sorbos —rogó Umarit.

El muchacho se negó al tiempo que experimentaba una violenta arcada. Su rostro era la expresión del pavor. El brazo se le había hinchado y empezaba a adoptar un

tono cárdeno bajo el vendaje que sujetaba el emplasto.

—No creo que esa cataplasma le beneficie —opinó Hasday, al tiempo que dejaba a un lado la escudilla que había llevado—. Mañana apestará y la herida estará corrompida de miasmas. Además, la venda le comprime en exceso.

—¿Qué sabe un niño de trece años acerca de mordeduras de víbora? —La voz a su espalda lo sorprendió. Se volvió y se encontró con el rostro del arriero, que le sostuvo la mirada—. He puesto cien emplastos como ese.

El arriero sostenía un muslo de ave y hablaba sin dejar de masticar. Un murmullo de asombro recorrió el círculo de curiosos que permanecían cerca. Sin duda muy pocos se habrían atrevido a hablar así al hijo de Ben Shaprut.

—Sé que hay plantas que favorecen la curación en estos casos, pero, cuando esa carne machacada se pudra, hará que el brazo se gangrene. Y entonces habrá que amputar.

—¿Y qué si eso ocurre? Mejor vivir con un solo brazo que criar malvas en un descampado.

Yorán emitió un gemido y regresaron las arcadas, hasta que un hilillo verdoso asomó a las comisuras de sus labios.

—Creer que la víbora que ha mordido tiene el poder de curar el efecto de su propio veneno es solo superstición.

—No entiendo esas palabras que usas, pero solo creo lo que he visto con mis propios ojos. Mejor hubiera sido si la víbora estuviera viva: si se raja su vientre y, aún caliente, se aplica sobre la mordedura, su espíritu arrastra el veneno al mismo tiempo que abandona al animal. —El arriero seguía masticando y tragando la carne mientras hablaba.

—¡Eso es cierto! Lo mismo se dice de las gallinas. —Quien hablaba al otro lado del corro era un tratante de Yayyán—. Todo el mundo sabe que son inmunes a la ponzoña de las serpientes. ¿Quién no ha visto cómo las picotean, acaban con su vida y terminan comiendo de ellas? Por eso hay quien aplica un pollo recién abierto sobre la herida, para que su calor arrastre la ponzoña. Yo mismo vi cómo lo hacía un médico cordobés.

—Supersticiones… —musitó Hasday. Miraba con preocupación el miembro tumefacto y negaba con la cabeza.

Umarit lo miraba a él. Un instante después, sus dedos estaban soltando el nudo que sujetaba el vendaje. Lo levantó y arrojó el emplasto lejos. Un trozo de piel ennegrecida se fue con él, y quedaron a la vista los dos pequeños puntos oscuros, rodeados ya por pequeñas ampollas.

El arriero tiró el hueso descarnado al suelo y empujó a los dos hombres que estaban a su lado para volverse y desaparecer.

—¿Conoces las hierbas adecuadas? —preguntó Umarit. Seguía acuclillada con el cuenco entre las manos y sus ojos estaban fijos en él.

Hasday cayó en la cuenta de que no tenía respuesta a aquella pregunta y se

maldijo por ello. Del rápido repaso que días atrás había hecho del Dioscórides, creía recordar que algunas plantas se usaban contra las mordeduras de animales ponzoñosos, pero le resultaba imposible recordar sus nombres, estaba demasiado obsesionado por buscar referencias al *qahwah*. Lo que sí le vino a la memoria fue el título del último tomo, aquel que había dejado sin revisar…

—¡Espera aquí! Volveré enseguida. Mientras, lávale la herida con vino fuerte. O mejor con vinagre…

Corrió hacia el carro y se encaramó a él de un salto. Tiró de una lona y quedaron al descubierto varios bultos. Los apartó y cogió el cartapacio que contenía los seis libros del Dioscórides. Trató de calmarse, no había motivo para deteriorar aquellos magníficos volúmenes. Abrió la funda de cuero y no tuvo ninguna dificultad para localizar el más fino. Se sentó en el borde del carro, con las piernas colgando y el libro en el regazo. Abrió la cubierta y leyó el título que figuraba en el primer pliego: «De los venenos mortíferos y de las fieras que arrojan ponzoña». Las primeras páginas se referían a múltiples sustancias tóxicas, procedentes de plantas, en su mayor parte. Aquello no le interesaba, así que avanzó a toda prisa hasta tropezar con el epígrafe que buscaba: «De las fieras que arrojan de sí veneno». Ojeó lo que decía, pero, impaciente, comprobó que solo hablaba de generalidades. Pasó varias páginas repletas de apretados caracteres árabes y carentes de ilustraciones, hasta que encontró el primer epígrafe destacado: hablaba de la mordedura de perros rabiosos, y lo hacía a lo largo de seis pliegos. Luego vio la referencia a las arañas, a la escolopendra, al alacrán, la pastinaca marina… Pasó la página y siguió buscando con el índice: la musaraña… ¡la víbora, al fin! Leyó lo que decía, pero en aquella sección solo parecía hablar de la forma de distinguir unas mordeduras de otras, de sus efectos…, pero nada de su cura. Tuvo que continuar avanzando, tres páginas más: «De la cura común a las heridas de fieras que arrojan ponzoña». Comenzaba la exposición señalando la necesidad de extraer el veneno con la boca, sajar la herida… y seguía ¡con la posibilidad de amputar el miembro afectado! Durante una página entera desgranaba tratamientos en número tal que pronto perdió la cuenta: ceniza de sarmientos o de higuera, ajos y cebollas majados o tostados en forma de polvo, licor de cedro, pez, estiércol de cabra cocido en vino, calaminta cocida en orina, endivia, erica, astrágalo, pimienta, ruda, eneldo, zumo de hinojo, castóreo, aristoloquia, gálbano, cerebro de gallina…

Recuperó la esperanza cuando dos páginas más tarde leyó: «De los remedios particulares que deben administrarse a las heridas por estos enconados animales». Se saltó las picaduras de avispa, de las arañas y los escorpiones y, sin perder más tiempo, comenzó a leer el epígrafe que rezaba «De los mordidos por víbora». La lista de remedios también era larga: laurel, abrótano, hojas verdes de orégano, hojas de zarza, ajos, cebollas y puerros, ruda, simiente de berza y de verdolaga, corteza de rábano… Al avanzar en la lectura sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Hablaba del estiércol de cabra con vino, del cuajo de liebre, cerebro de gallina… y de pollos

despedazados aplicados calientes. ¡Acababa de tachar ese tipo de remedios como supersticiones, pero allí estaban!

Recordó el pliego oculto bajo la cubierta, en el que el traductor, Hunayn ibn Ishaq, advertía de sus dudas acerca de la autoría de aquel sexto volumen. Hasday también albergaba enormes dudas, incapaz de afirmar si todas las hierbas que mencionaba serían tan eficaces como el cerebro de gallina o un pollo abierto en canal. Arrojó el volumen contra el lateral del carro. Sus páginas quedaron abiertas cerca del final y algo le llamó la atención: el último pliego era un listado. Se estiró para recuperar el libro y comprobó que se trataba de una tabla alfabética con los nombres de todos los simples contenidos en los cinco tomos. Y junto a cada uno aparecía la página en la que se hablaba de él. Con aquel índice ante él, de nuevo sintió renacer la esperanza; solo tenía que comprobar, de entre todos los remedios citados en aquel tomo, cuáles se consideraban útiles en el de Anazarbo para el tratamiento de las mordeduras de víbora. Extrajo los cinco volúmenes y los dejó a su lado. Sacó también su cuaderno de pergamino, el cálamo y el tintero, y se puso a la tarea.

Media hora después, estaba recorriendo el campamento. Buscaba ajos, berzas, rábanos y orégano. Las zarzas estaban a su alcance al borde del camino. Había encontrado referencias a otras plantas que, según el médico griego, resultaban beneficiosas para los mordidos por víboras, ya fuera en bebedizo o en emplasto. El amor de hortelano se pegaría a la tela de su jubón en cualquier ribazo húmedo o al entrar en el primer hortal y, por suerte, las ramas de fresno colgaban entre los manojos que había recolectado por el camino. Otras muchas no crecían en Al Ándalus o no estaban en temporada. Regresó junto a Umarit y le pidió que avivara el fuego.

Ni las mantas de lana conseguían evitar los temblores del muchacho cuando, al amanecer, Hasday acudió a su tienda, plantada junto al carro en el que había viajado las dos jornadas anteriores. Umarit se hallaba sentada al lado del improvisado camastro, tratando de hacerle beber a pequeños sorbos el brebaje que él mismo había preparado la noche anterior. El sopor parecía haberse adueñado del chico, y la cabeza habría caído flácida si su hermana no le hubiera pasado el brazo izquierdo tras el cuello. Cuando Hasday se deslizó bajo la lona, solo se filtraba en el interior la tenue claridad del alba, pero fue suficiente para ver el miedo reflejado en sus ojos azules, enmarcados esta vez por unas profundas ojeras. A través del polvo del camino acumulado sobre la piel, se podía seguir el surco trazado por las lágrimas derramadas durante la noche. Hasday puso la mano sobre la frente de Yorán.

—¡Está caliente!

Umarit asintió.

—La fiebre y los escalofríos empezaron anoche. En las últimas horas parecía delirar. Aunque quizás hablaba en sueños.

—Has debido despertarme. Es necesario que tome más decocción de corteza de sauce, eso le bajará la fiebre y ayudará a calmar el dolor.

Hasday le alzó el brazo para examinarlo bajo la escasa luz. Se encontraba amoratado y rígido, pues la tumefacción había superado el codo y se aproximaba a la axila. Retiró con cuidado la cataplasma que cubría la herida y comprobó que la piel muerta se había desprendido a su alrededor. Un rosario de pequeñas ampollas de color ámbar demarcaba la zona más afectada. La ponzoña estaba haciendo su efecto, pero el olor y el color verdoso que presentaba el borde de la incisión le indicó que había más. No pudo evitar un gesto de disgusto.

—Hoy mismo estaremos en Yayyán. En cuanto lleguemos, lo verá un buen físico.

—Está muy débil, Hasday —acertó a decir Umarit, apenas sin voz.

Apretó la muñeca de Yorán con las yemas de los dedos. El pulso era acelerado, pero apenas perceptible.

Algo se debió de traslucir en su expresión, porque oyó de nuevo los sollozos de Umarit.

—Va a morir, ¿verdad?

—Está muy débil —decidió que no debía mentir—. Debes conseguir que siga tomando sorbos de esa escudilla. Y de la decocción de sauce que voy a preparar enseguida. Después hablaré con mi padre, será mejor que uno de los jinetes de la avanzada cabalgue hasta Yayyán, para que salga el médico a nuestro encuentro. Si es mi padre quien lo pide, no se negará. Tú y yo le limpiaremos esa herida antes de que la caravana se ponga en marcha.

El traqueteo del carro parecía incomodar al muchacho, que emitía débiles gemidos. Cuando el sol comenzó a calentar, parecieron cesar los temblores, y Yorán cayó en una especie de sopor.

—Creo que se ha dormido —susurró Umarit—. El sueño le hará bien.

Hasday avanzaba en su montura junto al carro, sin apartarse más de un codo, al paso. Asintió al tiempo que trataba de esbozar una sonrisa. A pesar del agotamiento y de su insistencia, Umarit no se había separado de su hermano desde la mordedura. Un rato antes, se había acostado a su lado, pero sus ojos habían permanecido abiertos en todo momento, sin dejar de vigilar la respiración rítmica del muchacho. Su mano se aferraba al brazo sano, como si quisiera transmitirle su presencia y su calor.

En aquel momento, Hasday hacía lo único que podía hacer: rezar. Trataba de recordar las plegarias que conocía y las recitaba una y otra vez en hebreo, murmurando entre dientes. De vez en cuando se dirigía directamente a Dios para rogarle misericordia con aquel muchacho que tanto había sufrido ya. Se llegó a plantear si aquella nueva desgracia no sería el castigo por su falta de piedad, por su tibieza, por la actitud irrespetuosa hacia su padre… Angustiado, hundió los pies en los estribos y alzó la cabeza. El terreno que atravesaban era quebrado y montañoso. Los bosques de encinas, pinos y matorral cubrían las lomas, excepto en las pequeñas aldeas y alquerías ubicadas en los llanos, donde habían sido sustituidos por plantaciones de olivos, campos de cereal no demasiado extensos y fincas dedicadas al cultivo de la vid, las cuales aprovechaban las laderas mediante el uso de terrazas

sostenidas por sólidos muros de piedra. Pero ni rastro todavía del terreno conocido próximo a Yayyán.

—Ahora vuelvo —anunció.

Arreó su montura, y esta salió al trote por la orilla izquierda del camino, superando a las recuas de mulas y a los arrieros. Sin detenerse, pasó junto a su padre, que conversaba con su contable y, cuando tuvo el camino despejado ante él, picó espuelas y puso a la yegua al galope. Cabalgó durante una milla, sintiendo cómo poco a poco liberaba la tensión acumulada en el pecho. Notaba el viento en la cara, en las sienes, y lanzó un grito grave y prolongado. Después otro. Gritó hasta que vio perfilarse en la distancia las figuras de los jinetes de la avanzadilla. Se divisaban en lo alto de una loma, recortadas contra el cielo, que aquella mañana era de un azul intenso. Cabalgó hasta alcanzarlos, y se detuvo al costado del que encabezaba la marcha.

—*Shalom*, Eliezer —saludó. Conocía bien a aquel hombre, pues gozaba de la confianza de su padre y lo había visto conversar con él a menudo.

—*Shalom*, joven Hasday —respondió el jefe de la escolta.

—¿Cuánto hace que ha partido el correo?

El soldado alzó la vista para comprobar la altura del sol.

—Si ha forzado su montura y no ha sufrido contratiempo, quizá ya esté a las puertas de Yayyán. Cuando quiera estar de regreso con un médico, habrá pasado de largo el mediodía. Y eso si el físico es buen jinete y muestra buena disposición.

—Que se llegue hasta la caravana sin tardar, en cuanto lo diviséis.

—¿Cómo sigue ese muchacho? —se interesó.

Hasday esbozó un gesto de preocupación, al tiempo que hacía girar su montura.

—Ya estaba débil y la herida se ha infectado. La fiebre lo consume.

—¿Tanto te preocupa su vida? —preguntó entonces, extrañado—. Solo es un esclavo.

Hasday estuvo a punto de tirar de la rienda de nuevo y volverse para responder lo que en aquel momento se le pasaba por la mente. En lugar de eso, arreó su cabalgadura y se apartó de la avanzadilla al galope. Pronto tuvo a la vista a la comitiva, que terminaba de cruzar una garganta estrecha. Desde la distancia se asemejaba a una pequeña oruga salpicada de manchas que surgiera del orificio de un tronco para deslizarse por una rama. ¿Quién podría adivinar, desde allí, el drama que se vivía en uno de aquellos carros? En aquel momento, Hasday cobró conciencia de su propia insignificancia. Retuvo la yegua hasta hacerla trotar. Pensó de qué manera apenas un instante, uno solo de nuestros actos, podía cambiarnos la existencia para siempre: agacharse a vaciar el vientre donde Yorán lo había hecho o un codo más allá. ¿Era la voluntad de Dios lo que marcaba nuestro destino? Así se lo habían enseñado, pero le resultaba difícil de entender. ¿Por qué ese mismo Dios había mantenido con vida al muchacho tras su castración en Yusāna, por qué había querido después rescatarlo de un futuro lejos de Umarit, para poner en su camino una víbora

que lo mantenía al borde de la muerte? Curiosamente aquel pensamiento lo tranquilizó. El Dios llevaba un año poniendo al joven Yorán en aquellos trances. Sin duda lo hacía para probar la fortaleza de su fe. Por eso no era posible que se lo llevara en aquel momento. De haber estado escrito que tenía que morir, habría sido más fácil llevárselo en Yusāna, junto a muchos de sus compañeros de infortunio.

Siguió trotando hasta que la primera cáfila de mulas apareció entre dos peñascos, al doblar una curva del camino. En medio de la recua, divisó el único carro del que colgaban, balanceándose al ritmo de la marcha, decenas de manojos de plantas a medio secar. Se dirigió a él con la intención de transmitir a Umarit su renovada confianza.

Entonces llegó hasta él un sonido que lo hizo estremecer. Tiró de las riendas y la yegua se detuvo en seco, piafando, molesta. Conocía bien aquel timbre: lo había oído semanas atrás, de camino hacia la costa, y después en Al Mariyat Bayāna. Pero entonces el grito había tenido réplica, y la única respuesta posible en ese momento era el eco que devolvían las laderas desoladas. Sintió que lo abandonaban las fuerzas. Se dejó caer sobre la cruz de su cabalgadura, apoyó la cabeza en las crines y no hizo nada para evitar que sus brazos colgaran desmadejados a ambos lados del cuello del animal. El aire que respiraba silbaba al pasar entre sus dientes apretados, pero parecía no llenar sus pulmones. La rabia, el fracaso y la culpa lo ahogaban. Los primeros sollozos sacudieron su pecho y le llenaron los ojos de lágrimas que no quería derramar.

Por segunda vez aquella mañana, derrotado, hizo lo único que podía hacer. Pero esta vez no era por Yorán. Rezó por Umarit.

9

Cuatro meses después

Hasday se estremeció cuando el sonido vibrante y prolongado del *shofar* invadió todos los rincones de la sinagoga. Una vez más, experimentó el poder que aquel instrumento, fabricado con el cuerno de un carnero, tenía para conmover el espíritu de los miembros de la comunidad hasta lo más profundo. Quizás el suyo se encontrara ya predispuesto, después de diez días de celebraciones penitenciales que habían dado comienzo en Ros ha-shanah, la festividad del nuevo año judío, y que terminaban en aquel momento. Pero no le resultaba extraño que aquella especie de sencilla trompeta hubiera sido la utilizada para llamar a la guerra a las tribus de Israel, y que siete de ellas sonaran mientras las murallas de Jericó se venían abajo.

El último toque del *shofar* ponía fin al Yom Kippur, el día del Perdón, y marcaba también el final del ayuno en aquel oficio vespertino. Durante la celebración, la luz del atardecer se había ido apagando y ya solo el brillo de cientos de lamparillas de aceite iluminaba el recinto que acogía a gran parte de la comunidad hebrea de Yayyán. Allí había pasado Hasday casi toda la jornada, junto a Ishaq y a su hermano Yakob, vestidos todos con sus mejores ropas, blancas, aunque descalzos en señal de penitencia. Las invocaciones del perdón divino en todas las oraciones e himnos elevados ese día habían sido continuas, se habían leído textos que recordaban la insignificancia humana y la trivialidad de los bienes materiales, y la comunidad había hecho confesión pública de sus pecados.

Por vez primera, con trece años, Hasday había vivido aquellos días como *bar mizwah*, y había tenido la impresión de que cada admonición, cada referencia a los pecados cometidos que pronunciaba el rabino, iba dirigida a él en especial. Sabía que no era así, pero quizá su conciencia no estaba tranquila: a pesar del ambiente general de contrición de aquellas jornadas, a pesar de que había tratado de evitarla desde el primer día de aquel nuevo año, los ojos de Umarit se representaban ante él a cada momento.

Como era costumbre, aquel día debían perdonarse las injurias pasadas y a él, como benjamín, le correspondía solicitar el perdón de los mayores. Lo había hecho ante Yakob y este le había otorgado su bendición, si bien su sonrisa burlona prometía nuevas aunque inocuas ofensas. Después, sin embargo, le había correspondido el turno a su padre, y en su gesto grave no había apreciado rastro de burla. Hasday creía conocer el motivo.

El sonido del *shofar* cesó al fin, pero los vellos de sus brazos seguían erizados. El oficiante, cubierto con el *talít* y con el rostro escarlata por el esfuerzo, dejó caer el cuerno al costado.

—¿Por qué apoya el pie derecho en ese escabel? —preguntó Hasday a su padre con un hilo de voz.

—Durante el Yom Kippur, el demonio se esfuerza con mayor inquina en turbar las almas de los judíos penitentes, y en especial la del celebrante encargado de hacer sonar el *shofar,* que en este momento representa a toda la comunidad —explicó Ishaq en un susurro—. Sabes que el demonio comunica su influencia a través del suelo, y el gesto de alzar el pie trata de dificultar ese influjo.

De forma apenas consciente, Hasday alzó ligeramente el pie derecho. Pero un momento después había comprobado que el ensalmo no bastaba: la imagen de Umarit regresó con más fuerza, despertando aquel cosquilleo conocido. Al menos en esa ocasión el demonio le había librado del bochorno que experimentara la tarde anterior durante el baño ritual en el *mikweh,* cuando el recuerdo de la muchacha le obligó a ocultar una inoportuna erección bajo la toalla de lino. Sin embargo, y por si fuera poco, sus tripas comenzaron a protestar para recordarle que llevaba toda la jornada sin probar bocado y sin beber.

Nadie parecía estar muy interesado en prolongar la estancia en la sinagoga después de la conclusión del oficio, y Hasday se alegró por ello. Había anochecido y, con la aparición de las tres primeras estrellas en el firmamento, era lícito beber y tomar los primeros alimentos del día.

La cena les esperaba cuando llegaron a casa. En ocasión tan señalada como el día del Perdón, y como era tradición entre los Banu Shaprut, Ishaq había invitado a la mesa familiar a todos los sirvientes y empleados que no tenían familia propia. Allí estaba Rashid, el mozo de cuadras y también mulero cuando tocaba emprender viaje, huérfano de padre y madre a causa de una de las epidemias que habían azotado la ciudad años atrás; Ida, la anciana cocinera, que ya encendía los fogones antes de que Ishaq viniera al mundo; Saruq, el contable, viudo y padre de dos hijos que habían contraído matrimonio con dos hermanas a las que habían conocido en Qurtuba; Ofra, la joven que había llegado a la casa como parte de la dote de Nora y que, más de quince años después, casi formaba parte de ella, tanto como para renunciar a su propio matrimonio; y la joven Umarit, la última en entrar en el servicio y que Nora, como era natural, había destinado a las tareas más ingratas. La muchacha ocupaba el lugar más alejado del cabeza de familia, en el extremo de la mesa. Todos ellos tenían algo en común: la fe que compartían con sus amos y el apuro que en aquel momento mostraban sentados a la mesa familiar, que habían ampliado para la ocasión añadiendo un tablero bajo el mantel de hilo.

Tras la ablución ritual de las manos, Hasday aguardó impaciente a que su padre bendijera el pan y los restantes alimentos, que ya estaban dispuestos sobre la mesa. Ishaq, como cabeza de familia, ocupaba el extremo de la mesa y sus dos hijos se situaban a ambos lados, con Nora a continuación. Como mandaba la tradición, para la cena de Yom Kippur no faltaba la carne —fiambre de buey y aves escabechadas en aquella ocasión— ni los huevos cocidos aderezados con vinagre, aceite de oliva y especias. Era una cena fría, como correspondía a una jornada en que no se habían podido encender los fogones, pero sabrosa y abundante, y comieron con apetito. Los

sirvientes se limitaban a responder cuando Ishaq y Nora les hablaban. Cohibidos e incapaces de iniciar una conversación, comían con la mirada clavada en la mesa y solo sacaban las manos de debajo del mantel para tomar los alimentos y llevárselos a la boca. Hasday miró un par de veces a Umarit de manera furtiva, pero solo vio su perfil inclinado sobre la mesa. A la tercera, sus miradas se cruzaron, tan solo un instante, y ambos giraron la cabeza al mismo tiempo.

Hablaron acerca de los preparativos para la fiesta de Sukkot o de los Tabernáculos. Después de las celebraciones de penitencia y expiación, la Pascua de las Cabañuelas, como era conocida entre los judíos de Yayyán, era una semana festiva y alegre, en la que los varones pasaban la mayor parte del tiempo en las *sukkot*, cabañas que se levantaban en calles y plazas de la judería o en los patios de las viviendas. Hasday siempre había disfrutado de aquellos días. Colaboraba con los muchachos de la judería en la recolección de las varas y las estacas con las que se levantaban las paredes de las chozas, que después se cubrían con ramas y hojarasca entrelazadas, de forma que protegieran el interior del sol pero permitieran ver las estrellas durante la noche. Sabía que aquella fiesta, que se prolongaba siete jornadas, conmemoraba la protección que el pueblo de Israel había recibido durante los cuarenta años de travesía del desierto, después de la huida de Egipto, pero hasta entonces solo había sido para él motivo de diversión. En aquella ocasión todo sería distinto, porque con su edad podría participar en los ritos prescritos por la Torah y observados por sus mayores.

—Padre, ¿no pensarás dejar que mi hermano meta otra vez las manos en la construcción de nuestra cabaña? —preguntó Yakob, burlón—. Se supone que ha de estar en pie durante una semana…

Hasday lanzó el pie bajo la mesa en busca de la espinilla de su hermano, pero se estrelló contra una de las patas e hizo temblar las copas. Ishaq se limitó a sonreír, y aquello pareció dar alas al muchacho.

—Umarit no estaba aquí el año pasado. Cuéntale, cuéntale… —insistió sin dejar el tono socarrón.

—No fue culpa mía. ¡Jura que tú no tuviste nada que ver! —protestó Hasday.

La cabaña que había ayudado a levantar acabó desplomándose sobre un grupo de hombres, Ishaq incluido, que comían en su interior. Yakob y sus amigos estaban demasiado cerca para no pensar que habían sido ellos quienes cortaron los tensores de cáñamo que sujetaban los ángulos.

—Tranquilízate, hermanito. —Rio Yakob—. Nadie contaba con aquel inesperado viento del sur.

Hasday había enrojecido. Miró de soslayo a Umarit y vio que también sonreía, aún con la cabeza gacha.

—¡Basta! —advirtió Nora—. No es momento para otra de vuestras disputas. Os recuerdo que es la cena de Yom Kippur. ¡Hace solo un momento estabais pidiendo perdón por vuestras faltas!

—Excúsate ante tu hermano, Yakob —pidió Ishaq.

—Te ruego que me excuses. No era mi intención ofenderte delante de… todos. —Hizo una pausa antes de pronunciar la última palabra, pero lanzó una mirada al extremo de la mesa. Y la mueca burlona había vuelto a aflorar a sus labios.

Hasday advirtió la intención. Pero era un juego por turnos. Y debía reconocer que en los últimos tiempos las chanzas habían circulado en sentido inverso, al hilo de algunos comentarios de los maestros de la *madrása* sobre la capacidad de Yakob para los estudios.

El mayor enfrentamiento se había producido cuatro meses atrás, al regreso de Bayāna, cuando Hasday entró en el lugar donde había dejado los gusanos de seda. Antes de acercarse, el olor que se extendía por toda la estancia le anunció el desastre. Abrió la primera caja de madera y vio con estupor que la morera reseca se amontonaba sobre un caldo maloliente de hojas podridas, gusanos muertos y capullos a medio formar. Con lágrimas en los ojos, levantó la tapa de las demás, una tras otra y al llegar a la última profirió un grito de rabia. La tiró contra la pared y, fuera de sí, salió en busca de su hermano, llamándolo a voces. Lo encontró en la cocina, rebañando con el dedo una cazuela que acababa de vaciar Ida. Se abalanzó sobre él, lo arrojó al suelo y comenzó a golpearle la espalda con los puños cerrados. En un primer momento, la sorpresa impidió que su hermano reaccionara, después se revolvió y los dos muchachos se enzarzaron en una pelea que provocó el pavor de la cocinera. Hasday golpeaba y profería los peores insultos a la vez que lloraba de impotencia. Yakob, más corpulento, agarró a Hasday por el cuello para arrojarlo sobre las baldosas. Entonces Ida, incapaz de hacer nada para separarlos, comenzó a pedir ayuda a gritos.

Rodaron por el suelo de la cocina hasta que el mozo de cuadras entró por la puerta que comunicaba con el patio y los detuvo. Después entró Nora y, al cabo de un segundo, lo hicieron Ishaq y el contable, que, sin duda, se encontraban reunidos después del viaje. Los dos hermanos estaban sentados con la espalda apoyada contra la pared, separados por el mozo de cuadras. Respiraban de forma entrecortada, con las miradas inyectadas en sangre, y sus rostros comenzaban a acusar los puñetazos. El ojo derecho de Hasday se hinchaba por momentos, y la túnica de Yakob tenía el cuello desgarrado. Ishaq los miró sin pronunciar una palabra, pero su semblante lo decía todo. Un instante después, se encontraban de pie ante él, en la estancia que usaba a modo de oficina y sala de visitas. El contable no había regresado e Ishaq hizo salir al escribiente de detrás de su mesa.

El castigo para ambos se prolongó durante cuatro largas semanas. Juntos tuvieron que ocuparse de las tareas más ingratas de la casa: retiraron el estiércol de las cuadras, supieron qué era limpiar las letrinas y frotaron con esparto los calderos de la cocina hasta que el brillo del cobre resurgió bajo el hollín. Yakob, además, hubo de comprometerse a reponer las cajas con los gusanos antes de la primavera siguiente, en las mismas condiciones en que le habían sido confiadas. El escarmiento, sin

embargo, no parecía haber sido suficiente y, una vez transcurrido el período de castigo, habían regresado las pullas.

Ofra y la propia Umarit se levantaron para retirar los platos de la mesa. Ida también hizo el amago, pero Nora se lo impidió con un gesto. Al cabo de unos minutos, las dos sirvientas entraron con las bandejas de dulces. Umarit depositó la suya entre Hasday y el contable. Hasday notó el roce de su túnica y aspiró la suave fragancia que desprendía, pero advirtió que su hermano seguía con la mirada clavada en ambos y trató de mantener el gesto impasible. Su padre cogió una porción de pastel de pasas y nueces, y él lo imitó. Yakob, en cambio, optó por un higo confitado: sufría un padecimiento que le impedía tomar cualquier alimento elaborado con harina, si no quería pasar la noche sentado en la letrina y aquejado de insufribles picores. Cuando el delicado sabor inundó la boca de Hasday, este emitió un gemido de satisfacción, entrecerró los ojos con gesto de deleite y sostuvo la mirada furiosa de Yakob.

—¡Hasday! —le increpó Ishaq.

El chico estuvo a punto de atragantarse. Tosió tapándose la boca, y parte del pastel acabó en su mano.

—¿Sí, padre? —respondió cuando pudo hablar.

—Creo que ahora eres tú quien debe disculparse.

Hasday obedeció a regañadientes, Yakob volvió a cambiar la expresión de rabia por una de triunfo, e Ishaq suspiró.

—Mañana, tras la primera oración, deseo hablar con vosotros dos —anunció con voz tajante—. Y ahora dejadnos terminar la cena en paz. ¿Queda algo de aquella infusión?

Hasday sabía a qué se refería. Unos días atrás le había hablado a su padre de las semillas de *qahwah* y sus propiedades, y él había accedido a probar unos sorbos del cuenco que le ofrecía, no sin demostrar su aprensión con muecas y aspavientos.

—Volverá a sucederte lo mismo —le advirtió—. Puede que después no seas capaz de conciliar el sueño.

—Ha sido una jornada larga y agotadora y, sin embargo, aún tengo un par de asuntos que tratar con Saruq. No nos vendrá mal esa pequeña ayuda.

—No deberías consentir que nuestro hijo experimente con esos extraños brebajes —protestó Nora—, y menos alentarle como lo haces.

Ishaq hizo un gesto de despreocupación.

—Tranquilízate, mujer, tu hijo sabe lo que hace —contestó, afable—. El riesgo ya lo corrí hace unos días, y aquí me tienes…

Hasday se levantó al instante.

—Ofra, pon agua a calentar —pidió—. Vuelvo enseguida.

A su vuelta de Bayāna, Hasday apenas había podido dedicar tiempo a experimentar con las semillas de *qahwah*. Toda su atención se había centrado en tratar de salvar lo que pudiera después de la catástrofe que Yakob había provocado

con sus gusanos de seda. Durante los primeros días se había dedicado a rescatar los gusanos en buen estado, antes de que iniciaran la fabricación de capullos. Ya era tarde para algunos, que lo habían hecho en las cajas llenas de restos putrefactos. Otros, quizás enfermos o mal alimentados, habían iniciado la transformación sin poder terminar el capullo, incluso sin iniciarlo. Tiempo atrás, había utilizado cañizos como soporte para la cría, pero las cajas de madera eran más manejables, los gusanos estaban protegidos del ataque de otros insectos y utilizaban las esquinas para sujetar sus capullos. El único inconveniente era su precio, así que las vació todas, las limpió con arena y esparto, y por fin las escaldó, una a una, en grandes calderos. Después las dejó secar al sol y, solo cuando las tuvo listas, cubrió el interior con hojas frescas de morera y depositó en ellas los pocos gusanos que habían sobrevivido. Calculó que, de ir bien las cosas, podría conseguir un décimo de los capullos obtenidos el año anterior, así que había decidido no tomarse el trabajo de manipularlos para obtener la fibra de seda; se conformaría con dejar que eclosionaran para conseguir una buena cantidad de huevos con los que reiniciar el proceso la primavera siguiente.

Cuando por fin pudo prestar atención a los sacos de *qahwah*, comprobó que su deterioro había ido en aumento. Los frutos que estaban en el fondo, en contacto con el suelo, se habían reblandecido por la humedad, y el rojo intenso de las cápsulas se había convertido en marrón. Recordó entonces lo que había visto que hacían los hortelanos para conservar las legumbres, y decidió que al día siguiente extraería las semillas. Esa fue la primera vez que pidió ayuda a Hakim, y la primera vez que este oyó hablar de los granos de *qahwah*. Les llevó media jornada, pero al atardecer habían llenado dos cestos de mimbre con aquellas semillas de color verde amarillento. Calculó que entre ambos pesarían treinta libras. Hasday metió las manos en uno de ellos, y los granos se deslizaron entre sus dedos. Conservaban humedad y los cubría una capa viscosa, así que decidió colocarlos en un lugar aireado para que terminaran de secarse. Utilizó los cañizos que había desechado para la cría de gusanos y los depositó en el amplio granero, junto a las cajas de madera.

Después había comenzado a experimentar con ellos, de acuerdo con la información que había obtenido de Abd al Karim, el marino de Bayāna. Constató que era muy poco lo que sabía. Trató de probar las semillas crudas y las escupió de inmediato. Después las machacó y las mezcló con miel, pero, en cuanto desapareció el sabor dulce, sintió un intenso picor en el paladar. A pesar de que se enjuagó varias veces la boca, el regusto amargo y acre tardó en desaparecer, igual que su decepción.

Al día siguiente, el olor del pan recién hecho invadía la casa cuando Hasday despertó. Subió al granero después de vestirse, echó un buen puñado de semillas en un cuenco de barro y bajó a la cocina, donde Ida sacaba ya las primeras hogazas. Abrió la portezuela del horno y dejó el recipiente en su interior mientras desayunaba. A punto estuvo de olvidarse de él, saboreando el pan, aún caliente. Después de dar cuenta de dos buenas rebanadas junto a un tazón de leche fresca, Ida le recriminó por el olor que salía del horno. Con un grueso paño sacó el cuenco y lo dejó encima de

una poyata. Las semillas tostadas habían adquirido un color dorado y el olor, aunque extraño, no resultaba desagradable. Probó una, la machacó entre las muelas, pero allí seguía el sabor amargo, más intenso todavía. Escupió ante la mirada de reprobación de la vieja Ida.

La cocina era su territorio y no le gustaban los intrusos, pero había terminado acostumbrándose a la presencia constante de Hasday, a sus plantas y a sus infusiones. Al menos había decidido renunciar a las protestas, pues las sabía inútiles. Por eso se limitó a mirar de reojo y siguió picando las verduras para el guiso que preparaba mientras él cogía un cazo de cobre y ponía agua a calentar. Cuando empezó a hervir, Hasday la vertió en una escudilla en la que había depositado unos cuantos granos tostados. Usó una cuchara de madera para agitar la mezcla, pero al cabo de un buen rato solo había conseguido un caldo transparente e insípido. En lugar de darse por vencido, tomó el mortero y machacó buena parte de los granos tostados hasta convertirlos en un granulado oscuro que inundó la cocina con su olor. Vio a Ida fruncir la nariz. Vació la escudilla, puso media onza en el fondo y añadió más agua. Esta vez la infusión adquirió de inmediato un color oscuro, casi negro, al tiempo que una espuma parda se formaba en la superficie. Introdujo la cuchara y la probó. El sabor amargo no había desaparecido, pero aun así la paladeó y después tragó lo que tenía en la boca. Los fragmentos triturados parecieron agarrarse a su garganta, y tuvo que toser para no atragantarse. Le sucedía lo mismo con el té mal filtrado. A pesar del semblante adusto de Ida, tomó un tamiz de tela e hizo pasar la infusión a través de él. Después dio un sorbo. Aún resultaba amargo, pero había desaparecido el rastro acre de las semillas crudas.

—¿Tienes *assúkar* de caña? —Puso la cara que siempre había impedido que la cocinera le negara nada, con los ojos entrecerrados, una media sonrisa en los labios y la cabeza ladeada.

Ida se quedó mirándolo y suspiró.

—¿Qué te traes entre manos esta vez? —preguntó la mujer mientras se limpiaba las manos en el delantal. Después caminó con paso cansado hasta una de las alacenas.

—Se trata de unas semillas que descubrí en Bayāna, vienen de Oriente. Dicen que quitan el sueño, pero su sabor es amargo.

—¿Y para qué querría nadie un brebaje que le quite el sueño? ¡Lo que me faltaba a mí, que me paso las noches mirando al techo, esperando las primeras luces! Y tú… deberías tener cuidado. En los últimos tiempos circulan por Yayyán rumores inquietantes.

Hasday, de pronto, se puso alerta.

—¿Qué clase de rumores?

—Ya los conoces, se habla de magia negra, casos de mal de ojo… ¡y aquel puerco descuartizado!

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Nada, por supuesto. Pero estos bebedizos de extraños efectos que preparas…

Alguien podría pensar que…

Le entregó un saquete de tela con un par de libras de *assúkar*.

—¡Tonterías de viejas ignorantes! —Rio él.

—¡Más respeto, jovencito!

Hasday comprendió que había estado desafortunado.

—No lo decía por ti, por supuesto —trató de arreglarlo—. Sé que no crees en esas patrañas.

Metió la cuchara dentro y echó un poco del granulado ámbar en la escudilla. Después lo agitó. Por fin cogió el recipiente con ambas manos y se lo acercó a los labios. El sabor había cambiado por completo. El matiz amargo ya no existía, y pudo concentrarse en paladear el auténtico sabor de aquella infusión. Un sabor diferente de cualquier otro que hubiera probado antes. Aromático. Agradable.

Aquella noche tuvo tiempo para pensar. Necesitaba comprobar si Abd al Karim estaba en lo cierto respecto al efecto de aquellas semillas y tras la cena tomó media escudilla de la infusión. Oyó el canto de los gallos con los ojos abiertos, exultante. Sin embargo, también tenía una preocupación. Disponía de treinta libras de semillas, quizás algunas menos, después del tiempo que habían pasado secándose en el granero. Suficientes para preparar cientos de escudillas, pero acabarían agotándose. Tenía que conseguir cultivarla. Además de obtener nuevas semillas, quería saber cuál era el aspecto de aquella planta desconocida en Al Ándalus, y desconocida también para alguien como el gran Dioscórides, que había recorrido el mundo.

Llevaba meses intentándolo con Hakim. Había empezado por buscar un terreno adecuado, con agua abundante, aireado en verano y abrigado en invierno, y lo encontró en una de las huertas que poseía su padre cerca del río. Estaba arrendada a un anciano muladí que había enfermado meses atrás, de forma que no tardó en renunciar a su derecho. La finca ya estaba invadida por las malas hierbas, y los dos muchachos tuvieron que emplearse a fondo con layas, hoces y azadas para dejar la tierra lista. Después la abonaron con estiércol de vaca, pidieron prestada una reja de arado y usaron una de las mulas de las recuas para tirar de ella.

El dueño de la finca vecina, tan viejo como el anterior arrendatario de aquella, los había saludado cada día sin disimular una sonrisa escéptica. Los dos muchachos rastrillaron la superficie y, con la ayuda de un cordel de cáñamo, trazaron varios surcos paralelos y poco profundos. Colocaron semillas separadas por varios palmos, las cubrieron con tierra y regaron de manera abundante. Se felicitaron cuando germinaron y surgieron las plántulas, pero a los pocos días dejaron de crecer, comenzaron a marchitarse, amarillearon y acabaron por morir. El viejo de la finca vecina se apoyaba sobre el mango de la azada, los observaba y, sin decir nada, seguía arrancando las malas hierbas entre los nabos y las coles.

Hakim y Hasday achacaron el problema a la época del año en que se encontraban, bien entrado el otoño, y comprendieron que tendrían que esperar a la primavera.

Hasday recordaba la peripecia de aquellos meses mientras acababa de machacar

las semillas tostadas. Preparó la infusión con el agua que había calentado Ofra, la filtró en el colador de tela y la vertió en una jarra. Dejó que la criada la llevara hasta la mesa en una bandeja de cobre, junto a un recipiente repleto de *assúkar* de caña.

—No está mal, el sabor es incluso mejor que el de la primera vez —observó Ishaq después del primer sorbo.

—Es importante la manera de tostarlo —aseguró Hasday—. Ahora lo hago con el horno no demasiado caliente y durante más tiempo. Basta con que se chamusque algún grano para arruinar la infusión.

—¿Lo probarás, Saruq? —preguntó al contable.

El hombre se encogió de hombros, pero no se negó.

—Confío en ti, Hasday —dijo, aunque su expresión al tomar la escudilla desmentía sus palabras—. No sé qué opinarían los rabinos si nos vieran probando estos bebedizos. Si el efecto es el que decís, no faltará quien diga que el demonio está de por medio. Y el aspecto de esas semillas no ayuda…

Lo había dicho con una sonrisa en los labios, pero Ishaq frunció el ceño.

—¡Lo mismo pienso yo! ¡Y bien que se lo dije al muchacho! —intervino la vieja Ida.

—¡Tonterías! —exclamó Ishaq—. Dios estaría satisfecho si viera a sus fieles más atentos y despejados durante la lectura de la Torah. También lo agradecerían los rabinos, que más de una vez tienen que golpear el atril para evitar las cabezadas, incluso entre los más devotos.

Hasday sonrió al recordar la reacción de la cocinera cuando acertó con la manera de preparar la infusión. Pensó, sin embargo, que solo la edad explicaba la libertad que acababa de tomarse al expresar su opinión en voz alta: unos años antes, no se habría atrevido a hablar sin que nadie le pidiera su opinión. Además, la respuesta de su padre había sido la misma que él le diera aquel día. Tonterías de viejas y beatos.

Las escudillas estaban vacías y la velada no se prolongó. Como había anunciado, Ishaq le pidió a su contable que lo acompañara para aclarar algún asunto pendiente antes de terminar la jornada. Salieron juntos del comedor después de que los dos hermanos se despidieran de su madre.

—Recordad, mañana deseo hablar con vosotros —les advirtió—. Tras la primera oración.

Los dos asintieron en silencio y el patriarca les dio las buenas noches.

—Láila Tov.

—*Láila Tov*, padre —respondieron casi al unísono.

Primero fue el turno de Yakob. Ishaq le había hecho entrar en su oficina, y el rumor de voces pausadas llegaba hasta el zaguán, donde esperaba Hasday. Al menos no se trataba de una reprimenda, como había temido durante la noche. En cualquier otra ocasión, aunque el canto del muecín hubiera llegado a su alcoba, se habría hecho el remolón y habría continuado durmiendo, pero aquella mañana el recuerdo de aquella reunión había alejado el sueño. Agradeció no haber probado más que un

sorbo de la infusión de *qahwah* que, sin embargo, había ofrecido a su padre y a Saruq.

El tiempo empezaba a hacérsele eterno cuando se abrió la puerta. La mano de Ishaq se apoyaba en el hombro de Yakob, que avanzó con el rostro grave.

—Te mantendré informado, pero observa lo que te he dicho en tu forma de relacionarte con ellos. —Hablaba con voz queda, de manera que aquello fue lo único que oyó Hasday—. Ahora puedes irte.

Hasday se había puesto en pie y obedeció el gesto de su padre, que le invitaba a entrar.

—Es tu turno —dijo antes de cerrar la puerta tras de sí.

No podía decirse que la estancia estuviera decorada con sobriedad. La utilizaba como oficina, pero también era allí donde recibía a los visitantes que frecuentaban la casa. Entre los divanes cerca de las paredes cubiertas con tapices, había dos mesitas bajas de taracea. En el centro, otra gran mesa de madera pulida reflejaba el brillo de la lámpara que colgaba del techo y que, a su vez, sostenía múltiples lamparillas de aceite. Tres sillones de respaldo alto y de brazos forrados se disponían a ambos lados, haciendo un total de siete con el que estaba situado en la cabecera, frente a la puerta de entrada. Por fin, una *menorah* ocupaba el centro, sobre un tapete de hilo primorosamente bordado. Cuando, siendo solo un niño, Hasday le preguntaba si aquel candelabro estaba fabricado de oro macizo, Ishaq se limitaba a responderle con una sonrisa. En la mesa había varios rollos de pergamino, extendidos unos, otros enrollados y sujetos por cintas. Al fondo, sobre una tarima de madera que servía para diferenciar ambos espacios, se encontraban las mesas que habitualmente ocupaban el contable y un escribiente, rodeadas por armarios y estanterías repletas de libros y rollos de pergamino.

—Siéntate, Hasday —le invitó, al tiempo que lo hacía él—. ¿Has descansado bien?

—Sí, padre —mintió—. Perfectamente.

—No puedo decir lo mismo… Esa infusión tuya es un brebaje del demonio.

Hasday sonrió.

Ishaq suspiró con fuerza antes de seguir.

—Realmente no sé cómo empezar. Ya tienes trece años…, es un momento trascendental en la vida de un judío. Se te considera miembro de la comunidad, algo que has tenido ocasión de comprobar en estos pocos meses, y eres tenido en cuenta como un adulto más. No es algo casual. Tu cuerpo ha empezado a cambiar, tus sentidos se abren a nuevas sensaciones, y el deseo tiende a superar los obstáculos que las autoridades religiosas imponen.

—¿Por qué me habla de eso ahora, padre? —Hasday se mostró sorprendido, pero empezaba a sospechar que no estaba allí para ser reprendido de nuevo por las peleas con su hermano.

Ishaq se removió en la silla.

—He visto cómo miras a esa esclava… y cómo te mira ella a ti. —Se decidió por fin—. Empiezo a creer que cometí un error al permitir que entrara en esta casa.

—¡Padre, no diga eso! Yo jamás…

Ishaq lo interrumpió con un gesto de la mano.

—No he dicho que haya sucedido nada… todavía. Por eso creo que esta conversación es necesaria. —Hizo una pausa—. Mira, Hasday, soy de la opinión de que no hay nada pecaminoso en la atracción que sienten un hombre y una mujer. La Torah no la condena, como no condena el contacto físico, pero los rabinos del Talmud establecieron una serie de medidas restrictivas para evitar… la promiscuidad. Nuestra ley considera la moderación y el autocontrol como la esencia de la santidad. Por el contrario, nos advierte contra los impulsos incontrolados, que pueden destruir a los individuos y a la comunidad. Por eso se consideran impropios los juegos entre jóvenes, y un hombre no debe abrazar a una mujer a menos que estén casados. El matrimonio es el estado ideal para todo ser humano.

—Conozco la ley, padre —arguyó Hasday.

—Lo sé, lo sé. Pero no puedo evitar estar preocupado. —Adoptó un tono confidencial—. Yo también tuve tu edad, y aún conservo la memoria. Sé que es difícil luchar contra la tentación, y me temo que yo le he abierto las puertas de mi casa.

—Padre —Hasday decidió hablar con franqueza—, le aseguro que no es mi intención poner una mano encima a Umarit.

Ishaq asintió lentamente con la cabeza.

—Me alegra oírte decir eso. Sabes que los rumores se extienden con facilidad, y si fuera así mi reputación como miembro destacado de la comunidad quedaría en entredicho. —Ishaq hizo una pausa, considerando cómo continuar—. Quizá te hayas preguntado de qué hemos hablado Yakob y yo hace un momento…

Hasday se encogió de hombros.

—Como te decía, las autoridades rabínicas que dictaron nuestras leyes eran conscientes de la fuerza del deseo y la dificultad de que el hombre controle sus impulsos. Por eso sugirieron el matrimonio a edades jóvenes: a los trece años llega el momento en que a un varón se le permite tomar esposa. Tu hermano está cerca de cumplir los dieciséis, así que le he informado de mi intención de concertar sus esponsales. Puede que esta misma semana, antes de la Pascua de las Cabañuelas, se cierren las condiciones del compromiso. Ya está todo hablado con el padre.

Hasday supo que no había podido ocultar su asombro. Recordó el semblante de Yakob cuando, un momento antes, se había cruzado con él en el zaguán. Su expresión era grave, pero no había ni rastro de disgusto. Más bien habría dicho que reflejaba satisfacción y cierto orgullo.

—¿Quién es la… elegida? —preguntó cuando la sorpresa le permitió hablar.

—La conoces. Es Shoshana, la hija menor de mi buen amigo Eliezer.

—¿Eliezer, el dueño de las minas de plata de Al Hamma?

—El mismo. Nos visitó con su familia en Pesah. La recordarás…

—Ella…, Shoshana —balbuceó—, también es muy joven.

Ishaq sonrió.

—Cumplirá los quince en primavera. Yakob se ha mostrado satisfecho, de forma que los esponsales se celebrarán enseguida. Sin embargo, aún no está decidida la fecha del casamiento.

Hasday guardó silencio, no hubiera sabido qué decir. Hasta ese momento había considerado a su hermano mayor como un compañero de juegos y de disputas. Sin embargo, quizás en pocos meses, asistiría a su boda, y Shoshana, aquella niña despierta de largo cabello castaño a la que recordaba bien, se convertiría en su cuñada. Y si Dios los bendecía con hijos, pronto sería tío.

—Respecto a ti… —oyó decir a Ishaq—, espero haber hablado lo bastante claro. Si me das motivos de disgusto, Umarit saldrá de esta casa. Baruch sabrá encontrarle acomodo lejos de aquí, y yo recuperaré lo que pagué por ella. Y en ese caso, quizá también tú necesites canalizar tus impulsos sin quebrantar la ley.

Hasday se limitó a asentir. La amenaza hacia Umarit parecía pesar sobre sus hombros. Pero no era menor la que se cernía sobre él: un matrimonio concertado no estaba entre sus planes.

—Padre… —Esta vez fue él quien se removió en la silla—, procuraré no defraudarle, pero ha de prometerme algo a cambio.

—Habla —respondió—. Veamos si está en mi mano.

—Antes de concertar mi matrimonio…, lo hablará conmigo.

Ishaq soltó una carcajada que sorprendió a Hasday.

—Os conozco bien a los dos, y por eso sé lo que puedo y lo que no puedo hacer con cada uno de vosotros. Sé que Yakob será feliz con una buena esposa, y a la cabeza de una parte de mis negocios. Tú, en cambio…

—Quiero continuar mis estudios, padre.

—Lo sé, Hasday, lo sé bien. Es el otro asunto que deseaba tratar contigo hoy. Deseas profundizar en tus estudios de Medicina. Me sorprendería si me dijeras algo distinto. Hace mucho que comprendí que mi hijo menor no se convertirá en mercader.

—Sin embargo, la *madrása* de Yayyán…

—La *madrása* de Yayyán se te queda pequeña —dijo mientras negaba con la cabeza—. De hecho, aquí nadie imparte ese tipo de enseñanzas. Sin embargo, al menos de momento, es impensable que puedas proseguir tus estudios en Qurtuba. Ningún médico en su sano juicio aceptaría entre sus pupilos a un muchacho de trece años.

Hasday sintió cómo se le humedecían las palmas de las manos y se las secó en la túnica. En los últimos meses, había dado muchas vueltas a aquel problema, pero ninguna solución parecía a su alcance. No obstante, había algo extraño en la mirada de su padre, algo que le inducía a no perder la esperanza.

—Escucha lo que te voy a contar, quizá nunca te he hablado de ello —dijo Ishaq

al tiempo que se levantaba del sillón y hacía ademán de estirar las piernas—. Hará ya… treinta años, en uno de mis viajes a Qurtuba, uno de mis mejores capataces sufrió un terrible accidente. Era un día lluvioso y una de las carretas, repleta de mercancía, quedó atascada en el barro al entrar en el zoco. Es algo que sucede a menudo, lo viste en tu viaje a Bayāna. Pues bien, varios arrieros trataban de hacer palanca bajo la rueda, otros empujaban desde atrás, otros tiraban de los bueyes… El hombre del que te hablo se metió entre las dos bestias con intención de azuzarlas, y en ese momento el carro se liberó del fango. El capataz perdió el equilibrio, cayó al suelo, y una de las ruedas le pasó por encima de la pierna. Recuerdo que acudí a los gritos y vi que sus huesos astillados habían atravesado la carne y asomaban en medio de una masa sanguinolenta cubierta de barro y estiércol, mientras el desgraciado miraba su pierna maltrecha con los ojos desorbitados. Con unas improvisadas angarillas lo trasladamos a la casa de un médico que atendía a sus pacientes en una calle cercana, pero no pudo hacerse nada por salvar el miembro machacado. Fue necesario amputar, y durante largos días el arriero permaneció allí, bajo el cuidado atento del médico y de sus aprendices.

—¿Consiguió salvarle la vida?

—Claro que lo hizo. A pesar de su juventud, era un buen médico. Había tenido buenos maestros.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque durante la larga convalecencia, visité aquella casa cada día y tuve la oportunidad de entablar una buena amistad con él. Me habló de las dificultades con que se encontraba para llevar a cabo su trabajo, de la cantidad de gente que moría cada día sin poder ser atendida. Te hablo de una época en la que la capital del emirato acababa de atravesar uno de sus peores trances, con la revuelta de Umar ibn Hafsún a sus puertas y con la sequía, la escasez y la hambruna cebándose en sus habitantes. Yo, por entonces, ya era un comerciante conocido y respetado, y tenía acceso al alcázar, donde el emir y los cortesanos vivían aislados de los problemas que acuciaban a su pueblo, donde los altos funcionarios seguían disputándose los más costosos caprichos…

—Que usted les facilitaba…

Ishaq asintió.

—Los negocios en el alcázar me habían convertido en un hombre rico. Una sola de las joyas adquiridas por el emir Abd Allah para sus esposas o sus concubinas, los tapices o los corales que sus hijos demandaban para decorar sus opulentas mansiones… hubieran servido para alimentar a una familia humilde durante años. Sin embargo, aquel médico me hablaba de hombres que veían morir a sus hijos, a sus esposas, a sus padres, por no poder pagar un tratamiento demasiado costoso. En muchas ocasiones Qâsim ibn Sâleb, así se llamaba, hacía su trabajo a cambio de nada. Una tarde, conmigo presente, un padre agradecido insistió en llevarle la cabra con la que alimentaba a toda su prole. Qâsim la rechazó, por supuesto, pero él también tenía

que alimentar a su propia familia. Además, había pacientes que sí disponían de recursos y exigían ser atendidos antes que los menesterosos.

»Lo cierto es que me conmovió lo que vi allí y comencé a hacer algunas donaciones sustanciosas que le permitieron alquilar un local amplio y bien ventilado, contratar a nuevos ayudantes y atender a algunos de los necesitados que acudían implorando su ayuda. Con el tiempo, la situación de penuria llegó a su fin, pero el nombre de Qâsim había corrido de boca en boca por toda la capital. Cada vez que regresaba a Qurtuba, acudía a visitarlo y con los años nuestra amistad se fue fortaleciendo. Llegó un momento en que su prestigio hizo que también llamaran a su puerta los miembros destacados de la *jassa qurtubí*. Recuerdo cómo reía al contarme de qué manera vaciaban su bolsa a cambio de bebedizos que ellos mismos podrían haber elaborado con los desperdicios del zoco. Para entonces ya había rechazado la ayuda que yo le ofrecía y se había trasladado con su familia a una amplia residencia cercana al río, pero siguió honrándome con su amistad y mostrándome su agradecimiento cada vez que tenía ocasión. En su casa me he alojado todos estos años, cada vez que he viajado a Qurtuba.

—Una bonita historia, y un hombre interesante. Me gustaría conocerlo si alguna vez voy a la capital. Pero… ¿por qué me cuenta esto, precisamente ahora?

—Porque los designios de Dios son imprevisibles, Hasday. En uno de mis viajes, hará un año, Qâsim me confesó que estaba perdiendo la vista. Sufría de cataratas, y nada podía hacer para aliviar su propio mal. A sus cincuenta y cinco años aún es joven, pero cada vez le resultaba más difícil atender a sus pacientes y se veía obligado a delegar en los aprendices. Luego supe que había decidido abandonar el ejercicio de la Medicina: quería dedicarse a atender a su esposa enferma y a disfrutar con ella de la tranquilidad en los jardines de su residencia. Pero en la última visita me recibió abatido y triste: su mujer acababa de fallecer. Me confesó que, en su ausencia, la soledad le pesaba demasiado en aquella enorme casa, donde solo le acompañaban los criados que aliviaban la carga de su progresiva ceguera. Habló de la posibilidad de regresar a la ocupación de toda su vida, aunque solo fuera para atender aquellos casos en los que una buena vista no resultara imprescindible. También para ayudar con su consejo a los jóvenes médicos que han heredado su clientela.

—A su edad aún debe de estar en plenas facultades para el ejercicio de su oficio —consideró Hasday—, exceptuando el problema de visión.

—Lo mismo creo yo —repuso Ishaq—. Por eso le escribí hace apenas un mes. Le hablé de ti, de tus deseos y de tu vocación. Y me permití hacerle una propuesta.

El rostro de Hasday se iluminó.

—¿Permitiría que viajara a Qurtuba para seguir mis estudios junto a él?

Ishaq lo miró sorprendido y se echó hacia atrás, con un gesto que indicaba que la respuesta negativa era obvia. Casi reía cuando respondió.

—Eres demasiado joven para eso, Hasday. Todavía te quiero mantener a mi lado unos años más.

El muchacho pareció desconcertado.

—Le propuse otra cosa: que se trasladase a Yayyán para hacerse cargo aquí de tu formación como médico, hasta que tengas edad suficiente para ingresar en la *madrása*.

Por un momento el semblante de Hasday reflejó alegría, pero enseguida esbozó una mueca de escepticismo.

—Por supuesto, habrá rechazado su petición…

En respuesta, Ishaq alcanzó uno de los rollos de pergamino que había encima de la mesa. El lacre ya estaba roto. Solo tuvo que soltar la cinta que lo sujetaba y se lo tendió.

—Llegó hace dos días, justo en la víspera de Yom Kippur.

Hasday terminó de desenrollarlo y comenzó a leer. Al cabo de un instante, alzó la vista.

—¡Padre…! —balbuceó, sin saber qué decir.

—Te gustará —le aseguró Ishaq, afirmando con la cabeza—. Será todo un privilegio disponer de un maestro con su sabiduría y su experiencia; hará de ti un gran médico, antes incluso de pisar la *madrása*. Y yo podré devolverle la hospitalidad que me ha dispensado durante tantos años. Solo te pone una condición, al final…

Hasday asintió y volvió a leer la última línea, escrita, como el resto, en cuidados caracteres árabes. Se dijo que habría necesitado la ayuda de un escribiente.

—Haré lo que me pide —asintió—: mis ojos serán sus ojos.

—Así pues, ¿estás de acuerdo en que las cosas se hagan de esta forma?

Aunque Ishaq conocía la respuesta, respiró aliviado cuando Hasday se levantó, se acercó a él y lo rodeó con los brazos. Mientras disfrutaba del abrazo de su hijo, pensó que Dios había atendido sus plegarias y el arrepentimiento sincero que había expresado en las últimas jornadas y supo que, definitivamente, le había otorgado su perdón. La próxima fiesta de los Tabernáculos habría de ser la más alegre de los últimos años: los Banu Shaprut iban a tirar la casa por la ventana.

10

Año 925

Hasday se encontraba a pocos pasos de Hakim, a su espalda, y lo observaba sin poder evitar el abatimiento. Había seguido a la comitiva desde la mezquita hasta el cementerio, situado a poca distancia de la muralla, en el camino de Ilbīra. Hakim, junto a sus hermanos, arropaba a su madre, que había asistido a la ceremonia vestida de luto, aunque sin derramar una lágrima: parecía dejar aquello para las plañideras, que no habían cesado en sus lamentos desde que el muerto había dejado su casa, a hombros de sus parientes. Estos parecían llevar la iniciativa: habían depositado el cadáver amortajado en la sepultura, habían ayudado al sepulturero a cubrirlo de tierra y parecían dispuestos a poner en pie la lápida vertical de piedra que señalaría el lugar del enterramiento. Hasday no había asistido a muchos funerales musulmanes, pero sabía que en esta ocasión la viuda y sus hijos mantenían una distancia que no era habitual, y en ningún momento habían participado de la ceremonia. Sin embargo, no le resultaba extraño, pues su amigo se había confiado a él mucho tiempo atrás.

Aquel hombre que descansaba ya a dos codos bajo tierra había sido un vividor y un pendenciero incapaz de conservar un trabajo con el que mantener a su familia. El vino y el aguamiel habían sido su perdición: a menudo llegaba ebrio a casa y, si los vapores del *alkuhl* no lo evitaban, solía reclamar a su esposa en busca de satisfacción. Al principio ella accedía sin protestar, a pesar de la creciente repugnancia que sentía por quien, solo unos años antes, fuera un buen mozo que la había cortejado y había sido capaz de conquistarla. Luego se había convertido en una sombra de sí mismo, en un despojo que olía a vino y a sudor rancio mientras cabalgaba sobre ella con la urgencia de un animal. Fue después de parir a su cuarto hijo cuando había comenzado a rechazarlo, sobre todo en los días en que el menstruo estaba lejos. Entonces empezaron los gritos, las amenazas y, por fin, los golpes. Habían sido años de terror para Hakim y sus hermanos menores, quienes, impotentes, escuchaban desde la alcoba contigua en medio del silencio. Los ronquidos del padre y los sollozos de Aziza, su madre, habían acompañado muchas noches de la infancia de Hakim. El muchacho contaba entonces diez años. Poco después llegaron las ausencias, cada vez más prolongadas, hasta de semanas, y con ellas la miseria y el hambre.

Fue en aquella época cuando la mujer empezó a dejarlos solos al anochecer, para regresar horas más tarde. Con lágrimas en los ojos, Hakim le había contado a Hasday que solía permanecer despierto hasta que oía el chirrido de los goznes de la puerta de la calle, siempre mal engrasados. Desde entonces asociaba aquel sonido, irritante para muchos, con la serenidad, el alivio y el descanso, hasta el punto de que jamás había vuelto a engrasar una bisagra. Su madre entraba con sigilo, pasaba por la alcoba donde dormían y se quedaba observándolos durante largo rato. Hakim simulaba dormir y escuchaba sus sollozos. Unas veces lloraba allí y se secaba las lágrimas con

la cortina que hacía las veces de puerta, otras esperaba a estar acostada. Pero siempre lloraba. Al día siguiente, sin embargo, la casa amanecía con el olor del pan recién hecho y el penetrante aroma del queso de cabra que les esperaba encima de la mesa.

Una noche, su padre regresó mientras Aziza estaba ausente. Supieron que estaba borracho porque desde la alcoba donde dormían le oyeron hablar solo, tropezar y maldecir, pero, de alguna manera, consiguió aguantar en vela hasta que se abrió la puerta de la calle. Entonces volvieron los gritos y los golpes. Después oyeron sus jadeos y de nuevo, como antes, los ronquidos y los sollozos. Sin embargo, para sorpresa de Hakim, las ausencias nocturnas no se interrumpieron. Antes bien, empezaron a alargarse, a veces hasta el amanecer. La única diferencia desde aquel día fue que quien aguardaba el regreso era el esposo. Intercambiaban unas palabras, invariablemente después se oía el tintineo de las monedas y el que se decía su padre dejaba la casa para no volver en varios días. Así habían transcurrido los años, en los que su amigo había fingido no saber. Jamás había hecho preguntas ni había cuestionado las excusas acerca de un supuesto trabajo que su madre improvisaba cuando alguno de sus hermanos las hacía. En algunas ocasiones, sin embargo, la había seguido al salir de casa, agazapado entre las sombras. La primera vez la había perdido en un callejón oscuro, y lo mismo le sucedió la segunda. Simplemente, al doblar la esquina, desaparecía. Tuvo que deslizarse hasta allí con la luz del día para comprobar que a aquel inmundo pasaje se abría la puerta trasera de una taberna cuyo acceso principal se encontraba al otro lado de la manzana, en una de las calles más transitadas. La tercera vez estaba dispuesto a comprobar que era en aquella portezuela donde se introducía y, sin embargo, en aquella ocasión sus pasos se dirigieron al otro extremo de la *madīna*. Llegó a una casa de dos plantas cuya puerta se encontraba tan solo entornada, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba, empujó y se perdió en el interior con el mayor sigilo. Hakim conocía al acaudalado comerciante que vivía allí, viudo y algo entrado en años. Sintió que lo invadía la rabia, pero se mordió los labios y regresó a casa, cabizbajo, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas. De aquello hacía ya un año y desde entonces no había vuelto a seguir los pasos de su madre.

Todo había dado un vuelco dos días atrás, cuando dos guardias de la guarnición de Yayyán y el *sahīb al surta* llamaron a su puerta con las primeras luces, poco después de la primera oración. Al abrir, su madre se encontró con el cadáver de su marido cosido a puñaladas encima de una lona empapada de sangre. Aziza no hizo preguntas. Después del estupor inicial, asintió con la cabeza y se apartó de la puerta para que pudieran introducir el cadáver. A continuación llamó a las vecinas y mandó recado a los parientes de su esposo. Ellos se habían encargado de amortajar el cuerpo mientras se organizaba el velatorio.

Aquella misma mañana, habían trasladado el cuerpo a la mezquita, donde se alzaron oraciones que su madre, aún vestida con el luto que exigía la ocasión, no secundó. Antes del mediodía, el muerto había sido introducido en la fosa del

cementerio situado extramuros. Aziza no había vertido ni una sola lágrima desde la jornada anterior. Se había limitado a sacar un pequeño saquete con monedas del fondillo de su saya cada vez que había sido necesario. Así, había entregado un *dirhem* de plata a las plañideras, dos al limosnero de la mezquita para obras pías y otro al sepulturero que había abierto la fosa. A este le entregó dos más, con el encargo de que él mismo preparara la lápida. Hakim sabía que le resultaba indiferente dónde la colocara, porque, estaba seguro, no pensaba volver a visitarla. También sabía de dónde había sacado su madre aquel saquete, porque antes de dejar la casa la había visto hurgar al fondo de una alacena, en un hueco disimulado en la pared.

Aziza no esperó a que la estela de piedra estuviera colocada. Rodeó a sus hijos con los brazos y los empujó hacia el camino, de vuelta a la *madīna*.

Hasday estaba al corriente de lo sucedido desde la noche anterior cuando, tras visitar junto a Qâsim a una mujer enferma, se lo había encontrado a la puerta de su casa. Supo por su expresión que había sucedido algo grave, así que dejó que el médico entrara en el zaguán y entornó la puerta tras él. Tomó a su amigo por el brazo y rodearon los muros de la residencia en dirección al acceso posterior. Cuando caminaban por la estrecha callejuela lateral, Hakim se detuvo y, ya al abrigo de miradas indiscretas, se dejó caer. Se explicó entre sollozos, con la espalda contra el muro y la cabeza entre las manos. La muerte de su padre había supuesto para él un alivio, y se sentía culpable por ello, pero no podía evitar pensar que, aquella misma mañana, el chirrido de las bisagras había vuelto a ser mensajero de buenas nuevas. Hablaron durante largo rato. Después Hasday lo acompañó de regreso a la humilde vivienda, donde en aquel momento se celebraba el velatorio.

Tras el entierro, Hasday dejó que Hakim volviera a casa en compañía de su familia. Esa era su obligación como hijo mayor y también, Hasday lo sabía, su deseo. Sin embargo, pensó en él durante toda la jornada, que había pasado en compañía de Qâsim. El médico había instalado su consultorio en una lonja situada fuera de la judería. Era propiedad de Ishaq, quien la había aceptado como pago de una sustanciosa deuda que el dueño anterior había sido incapaz de saldar. Al principio eran pocos los pacientes que llamaban a la puerta, y Hasday tenía tiempo para dedicarse al estudio bajo la supervisión de Qâsim. Este había llevado desde Qurtuba todos sus viejos tratados, y el tiempo volaba para el muchacho mientras leía en voz alta las traducciones al árabe de aquellas obras. Habían comenzado por la *Colección médica*, de Oribasio de Pérgamo, una síntesis de los textos médicos griegos más importantes. También se encontraban entre sus pertenencias algunas obras de grandes médicos musulmanes, como el *Compendio de medicina*, de Ibn Habib. Pero si por alguna mostraba Qâsim su predilección era el *Kitab al-Hawi*, del médico y filósofo persa Zakariya al Razi, que ejercía la enseñanza y la práctica de la medicina en la Casa de la Sabiduría de Bagdad. Se trataba de un tratado inconcluso, pues, según decía Qâsim, a Qurtuba no había llegado noticia de su muerte. Por suerte, lo que había llegado era la copia de algunas de sus obras. Hasday experimentaba la

satisfacción de poder leerlas en voz alta y escuchar los comentarios de un médico con experiencia como Qâsim. Había días en los que el azar les permitía poner en práctica lo aprendido con alguno de los pacientes que llamaban a la puerta, y Hasday se sentía afortunado con aquella oportunidad que Dios le había brindado. Sentía que aprendía, que cada día que pasaba se acercaba más a su sueño.

Las tardes se alargaban ya y aún quedaba un buen rato de luz cuando aquella jornada terminaron el recorrido que los llevaba a diario a las casas de los pacientes que, impedidos, no podían acercarse al consultorio. Hasday pensó que quizás a Hakim le hiciera bien un poco de compañía. Aunque en realidad había odiado a su padre, no había cumplido los catorce y ya era huérfano. Y él era una de las pocas personas en quien podía confiar. Quizá la única. La extrema pobreza de su familia, su carácter introvertido y su aspecto enclenque lo habían convertido en objeto del desprecio y las burlas de otros muchachos de su edad.

Al golpear con la aldaba en la casa de Hakim no sabía con qué se encontraría. Pocas veces había hablado con la madre de su amigo, pero esta siempre se había mostrado amable con él, a pesar de ser judío. Cuando se abrió la puerta, no pudo pasar por alto el chirrido de las bisagras. Hakim se percató del motivo de su sonrisa y rio también cuando apareció bajo el umbral.

—He pensado que quizá querrías salir de casa…, hablar otro rato —dijo.

—Has terminado pronto…

—La gente de Yayyán no acaba de confiar en un médico casi ciego que se hace acompañar por un aprendiz de catorce años. —Había tratado de resultar ocurrente, pero aquello no dejaba de ser la cruda verdad.

Hakim se volvió hacia la casa.

—Volveré pronto, madre. Hasday está aquí.

Se oyó una voz apagada en el interior, y el rostro de Aziza asomó al instante tras la espalda de Hakim. Se secaba las manos en un delantal, y saltaba a la vista que había llorado.

—Hola, Hasday —saludó—. Solo quería decirte… quería agradecerte la forma en que honras a mi hijo y a mi familia con tu amistad. Y también que hayas estado presente esta mañana en el entierro de mi marido.

Hasday no esperaba aquello, y no supo qué contestar.

—No tiene que agradecerme nada —respondió al fin—. Somos amigos, sin más.

Aziza asintió y se volvió hacia Hakim.

—Anda, ve, hijo mío —dijo con dulzura, a la vez que le ponía la mano en la nuca —. Yo me ocuparé de tus hermanos, esta noche no saldré.

—¿Adónde vamos? —preguntó Hasday una vez que la puerta se hubo cerrado.

—Vayamos a tu granero —sugirió Hakim. Al muchacho le gustaba aquel lugar. Si lo comparaba con la casa que tenía a su espalda, era un auténtico palacio, y apenas nadie subía allí, era el territorio particular de Hasday.

Caminaron por las estrechas calles de Yayyán al abrigo de la muralla. En algunos

lugares, su estructura era tan intrincada que Hakim solía decir que estaban enredadas como una soga dentro de un saco. En los últimos tiempos había cambiado el aspecto de la gente que transitaba por ellas. Ya no era una ciudad militarizada como antaño, durante la *fitna*: tras los éxitos del joven emir Abd al Rahman, la amenaza continua de los ataques rebeldes parecía ser cosa del pasado, y solo quedaba en la *madīna* la guarnición militar habitual, bajo el mando del gobernador.

Aunque no era día de mercado, recorrieron las calles donde se concentraban los negocios de los pequeños artesanos. Estos habían convertido los bajos de sus viviendas en pequeños talleres que abrían sus puertas al exterior mediante tenderetes en los que exhibían sus mercancías: cerámicas, utensilios de cocina, ropas y mantas, herramientas… Incluso en verano, cuando apretaba el calor, resultaba agradable pasear por aquellas calles estrechas, sombreadas por los tendales. No quedaba mucho para la llamada a la oración vespertina y comenzaban a recoger las lonas mientras los últimos transeúntes se retiraban. Antes de entrar en la judería, pasaron junto al *hammam*, del que en aquel momento salía un ruidoso grupo de mujeres, jóvenes, en su mayoría. Aunque se cubrían con velos y solo resultaba visible el óvalo de sus rostros, llamaba la atención el kohl recién aplicado en los ojos. Al pasar a su lado, todas se las arreglaron de una u otra forma para no intercambiar miradas. Sin embargo, dejaron tras de sí el aroma del jabón y del perfume que sin duda habían compartido.

—Tenemos que pasar más a menudo por aquí —declaró Hakim, sonriente, viéndolas alejarse calle arriba.

—Sí, todos los días a esta misma hora —ironizó Hasday—, y pronto tendrás a sus padres, a sus hermanos y al *sahīb al surta* dispuestos a ajustarte las cuentas.

—¿Qué hay de malo en apreciar el aroma de una mujer recién acicalada? Es a lo máximo que podemos aspirar algunos. —Rio al tiempo que abría los brazos en un gesto cómico y miraba su propio cuerpo, delgado y sin duda poco atractivo para una muchacha—. Claro, que puedo entender que a ti eso no te preocupe.

Hasday sonrió. Sabía a lo que se estaba refiriendo, pero hizo caso omiso del comentario. Estaban a punto de internarse en la judería cuando un muchacho de su edad salió de forma apresurada de un estrecho callejón a su izquierda. Se mostraba alterado y miró a su alrededor. Cuando se fijó en ellos, pareció sentirse aliviado.

—¡Tenéis que ayudarme! —pidió con voz entrecortada mientras señalaba al callejón—. Mi amigo… Se ha caído del tejado, creo que tiene la pierna rota.

Los dos amigos intercambiaron una mirada, vacilantes. Hasday estuvo tentado de preguntar qué hacían en un tejado dos chicos de su edad.

—¿Tú no eres Hasday, el aprendiz de médico? —preguntó el muchacho al ver su indecisión—. Allah Todopoderoso te ha traído hasta aquí. Ayuda a mi amigo, te lo ruego, le sale el hueso por la herida, hay mucha sangre…

Las sombras del atardecer empezaban a invadir los rincones más oscuros, pero tras unas tablas apoyadas contra el muro asomaba la pierna de alguien que, tumbado

en el suelo, profería gemidos de dolor. Hasday no dudó más y entró en el callejón seguido por Hakim. No habían dado más de seis pasos hacia la penumbra cuando el supuesto herido se puso en pie. Hasday, en alerta, agarró por el brazo a Hakim y lo obligó a detenerse. Cuando echó la vista atrás, el otro ya bloqueaba la salida con los brazos en jarras, y un tercero se unió a él. Atrapados en medio, los dos amigos apretaron la espalda contra el muro y se dispusieron a defenderse. Una carcajada les hizo volver la cabeza hacia el interior del callejón.

—¿Veis como iba a ser fácil? El judío se las da de listo, pero es solo un presuntuoso que le saca todo lo que quiere a su papá. Hasta se ha buscado a este hijo de puta lamebotas que le sigue como un perro, esperando las sobras.

Hakim se disponía a responder, pero Hasday le aferró el brazo con fuerza. En aquel momento, además, reconoció el rostro del que había hablado.

—¿Qué quieres, Ghâlib? —preguntó Hasday. También él lo había reconocido.

—¿Que qué quiero? —Soltó una carcajada—. Quiero enseñarle a un asqueroso judío que a mí no se me trata a empujones, y menos cuando estoy dándole su merecido a un bastardo como ese al que defiendes.

Hasday notó el tirón de Hakim tratando de desasirse, pero no soltó su presa.

—Tú empezaste todo esto, Ghâlib. No busco pelea —dijo con tono conciliador—. ¿Necesitas recurrir al engaño para resolver tus asuntos? Si tienes algo conmigo, puedes decírmelo a plena luz del día.

Ghâlib escupió al suelo.

—Me dan asco esos aires que te das. Te crees superior a todos, ¿no es cierto? —le espetó—. Mi padre tiene razón cuando dice que todos los judíos deberían ser expulsados de la *madīna* o encerrados en mazmorras.

—El mío dice que deberían ser despojados de todos sus bienes —intervino el que había hecho de cebo para la encerrona—. Las riquezas que han acumulado las han obtenido mediante el engaño y la usura.

—¡Tu padre sabe bien de lo que habla, Hassân! —Ghâlib rio—. Cuéntale quién eres… Y tú, Sâleh, vigila la calle.

—Me extraña que no me reconozcas. Mi padre es el dueño de la lonja donde ese ciego que se hace pasar por médico ha abierto su consulta.

Hasday sintió un estremecimiento.

—La lonja pertenece ahora a mi padre. El tuyo la entregó como pago de una deuda.

—¡Judíos! —espetó el que se hacía llamar Hassân. Después intentó imitar a Ghâlib y escupió al suelo, pero el salivazo se le quedó colgando de la boca y acabó mojándole el jubón.

—Dejadnos salir de aquí —insistió Hasday—. Olvidaremos vuestros insultos.

—¡Olvidarán nuestros insultos! ¿Oís eso? —se burló Ghâlib, dirigiéndose a sus compinches—. ¿Te estás cagando en los calzones, Hasday? Ahora no sois dos contra uno, ¿eh?

—Además, ¿de qué insultos hablas? —siguió Hassân, que parecía crecerse. Se había aproximado de forma amenazadora mientras Sâleh, el tercero, se limitaba a obedecer y vigilaba en la esquina—. Solo te he llamado judío. ¿Tan grave te parece el insulto? ¿Acaso renuncias ahora a tu religión? Me pareció verte hace bien poco celebrando vuestra Pascua.

—Y a este canijo solo le he llamado «hijo de puta» —añadió Ghâlib—. No creo que se sienta ofendido porque alguien le recuerde lo que es. ¿O aún no se ha enterado de que su madre se acuesta con medio Yayyán por unas monedas? ¡Mi padre lo sabe bien!

Las risas llenaron el callejón. Cuando Hasday quiso reaccionar, Hakim se había lanzado contra Ghâlib. Le embistió con la cabeza en el pecho y la sorpresa impidió que el hijo del herrero se afirmase en el suelo para recibir el golpe. Retrocedió hasta desplomarse de espaldas, y Hakim cayó sobre él y comenzó a golpearle el rostro con toda la saña que engendraba aquella cólera desatada.

Hasday dudó un instante. Vio que Hassân pasaba por delante de él y se lanzaba a defender a su camarada, pero en ese momento el tercero se le acercó a grandes zancadas desde la entrada del callejón y se le arrojó encima. Hasday recibió un cabezazo encima del ojo que le hizo perder la visión momentáneamente. Después llegó un puñetazo en el estómago que lo dejó sin aliento. Comprendió que acabaría maltrecho si no se defendía y pasó al ataque, cegado por la rabia. Aquello no se parecía a las inocentes peleas con Yakob, pero recordó la forma en que su hermano lo tumbaba sobre el lecho. Echó el brazo atrás hasta que su codo chocó con el muro y después lo impulsó con todas sus fuerzas hacia el mentón de su atacante. Se sorprendió al oírse gritar mientras golpeaba. La cabeza de Sâleh se vio impulsada hacia atrás antes de perder el equilibrio y caer de espaldas. Se golpeó la nuca con violencia contra el suelo de tierra. El muchacho trató de incorporarse, pero tenía la mirada perdida, cayó de nuevo hacia atrás y quedó inconsciente.

Hasday corrió hacia Hassân, el cual golpeaba a Hakim por la espalda mientras Ghâlib intentaba liberarse del muchacho, que continuaba a horcajadas sobre él. Hasday cogió a Hassân por las axilas y con un brusco tirón lo apartó de su amigo.

—¡Déjalo, Hakim! ¡Sal del callejón! ¡Ahora! —aulló.

Lo que veía le habría parecido imposible de creer si se lo hubieran contado. Hakim no pesaba más de cinco arrobas, pero la ira con que acometía tenía contra el suelo a Ghâlib y le estaba destrozando la cara. Hasday supo que su amigo no estaba golpeando solo a Ghâlib, sino a todos los que habían ultrajado el cuerpo de su madre, aprovechándose de su necesidad. Quizá también golpeara a su padre, al que acababan de enterrar. Solo así se explicaba la furia con la que un muchacho tan enclenque mantenía inmovilizado a otro de ocho arrobas. Hassân se había revuelto, pero Hasday le pasó los brazos por las axilas e hizo presa detrás de su nuca. Aquel movimiento también se lo había enseñado Yakob.

—¡Déjalo! —volvió a gritar—. ¡Sal de aquí!

Hakim se volvió hacia él con los ojos inyectados y la cara cubierta de sangre. Hassân también se había empleado a fondo con él. Al ver a Hasday tratando de sujetar a quien un momento antes le golpeaba desde atrás, comprendió lo que quería. Al cabo de un instante, había soltado a su presa y corría por el callejón. Hasday arrojó con violencia a Hassân contra la pared y salió tras su amigo. Doblaron a la izquierda y corrieron hacia la judería tan rápido como les permitían sus piernas.

Se detuvieron cuando alcanzaron la esquina de su casa. Hasday comprobó que no les seguían y arrastró a Hakim por el callejón lateral hasta la parte posterior del edificio, el acceso que solía utilizar cuando no deseaba usar la entrada principal, que le obligaba a atravesar todas las dependencias de la planta baja. En realidad, la residencia de los Banu Shaprut estaba conformada por dos edificios contiguos que daban a dos calles casi paralelas. La parte noble ocupaba el edificio que se abría a la calle principal de la judería. Albergaba varias salas amplias, dedicadas al esparcimiento, a despachos y a la recepción de las frecuentes visitas de negocios, amén de la utilizada como comedor. Todas ellas daban al amplio zaguán, del que partía la escalinata a la planta superior, donde se encontraban las alcobas. Al fondo del zaguán, por una puerta de dos hojas se accedía a un patio enlosado, en el que destacaba una alberca central, circundada por arriates, arbustos y pequeños árboles en alcorques circulares, todo ello dispuesto a lo largo de los pasillos que partían del centro a modo de rayos de rueda. La puerta trasera de la cocina daba a aquel patio, aunque la principal la comunicaba con el interior.

Un amplio pasaje conectaba con el edificio contiguo, que también contaba con un espacio central despejado, concebido como patio para los caballos. Además de las cuadras y los locales para el forraje que ocupaban el ala occidental, lo rodeaban varios almacenes provistos de grandes portones de madera donde se almacenaban algunas de las mercancías con las que Ishaq comerciaba, y varios carros de carga, atalajes, arreos y herramientas, además de un pequeño taller. Las habitaciones para el servicio ocupaban la primera planta del edificio central. A diferencia de las viviendas, la judería y del resto de la *madīna*, la residencia de los Banu Shaprut contaba con amplios graneros bajo tejados a dos aguas.

Llegaron a la entrada trasera. En realidad se trataba de un portalón para la entrada y salida de carros y caballerías, pero contaba con una pequeña portezuela que permitía el paso de personas sin necesidad de abrir las grandes y pesadas hojas de madera. Hasday rebuscó en un hueco de la pared disimulado bajo el reborde de los ladrillos y extrajo una llave metálica. Miró con preocupación a Hakim, que sangraba de forma abundante. Aún no habían intercambiado una palabra, tan solo respiraban afanosamente, tratando de recuperar el resuello. Abrió la puerta con cuidado, miró dentro e hizo una seña a su amigo, que se deslizó tras él, antes de cerrar con cuidado. La escalera que llevaba al granero se encontraba a su derecha.

—Ve subiendo, iré enseguida —musitó Hasday.

Hakim se perdió en la penumbra y Hasday se dirigió al abrevadero, en el rincón

más cercano a las cuadras. Junto a él se abría el brocal de un pozo. Lanzó al fondo el cubo de madera, dejó que se hundiera y lo izó tirando de la soga que lo sujetaba. Soltó el nudo y dejó el cubo en el pretil. Cruzó el patio en dirección a los lavaderos y arrancó una sábana de los tendederos. Por fortuna estaba seca. A continuación cogió uno de los candiles que colgaban de la pared y se acercó a prenderlo en el farol que ardía en el pasaje central. Regresó al abrevadero y arrastró el cubo lleno de agua por los cuatro tramos de escaleras hasta el granero.

Hakim se había dejado caer en un banco y permanecía cabizbajo, con los brazos cruzados en el regazo. Apenas entraba luz por los ventanos cubiertos con densas redecillas, así que Hasday cerró los postigos de madera y prendió varias lámparas con la llama del candil. Después lo dejó sobre una mesa cercana. Acercó el cubo de agua y sacó un cazo. Luego rasgó la sábana en largas tiras, tomó una de ellas, la empapó en el agua fría y empezó a lavar las heridas de Hakim. Poco a poco el agua fría hizo que los cortes dejaran de sangrar, pero el rostro del muchacho estaba tumefacto y en algunas zonas empezaba a amoratarse. Levantó el candil para acercar la luz y le alzó la cabeza tomándolo del mentón.

—Necesitaría un ungüento, pero no puedo ir ahora al consultorio.

Chasqueó la lengua con disgusto. Después pareció recordar algo y se levantó. En una de las paredes se abría una alacena. Tomó una jarra del interior, cogió otra tira de tela y de nuevo se agachó.

—¿Qué es? —preguntó Hakim con la nariz arrugada.

—Es solo vinagre. De momento servirá. Te va a escocer, pero debes aguantar.

Hasday terminó la improvisada cura, tiró a la calle el agua manchada de sangre y enjuagó el cazo.

—No te lo lleves, ahora te toca a ti —dijo Hakim—. Tienes la ceja partida y un corte en el pómulo.

Hasday se tocó la cara y se miró los dedos, manchados de sangre. Recordó el cabezazo del tal Sâleh. Aceptó cambiarse de sitio con Hakim y dejó que fuera él quien le limpiara las heridas.

—Lo siento —dijo su amigo cuando terminó de aplicar el vinagre sobre los cortes.

—No te preocupes, apenas escuece.

—No me refiero al vinagre —repuso con una mueca—. Todo esto es culpa mía. Te has buscado tres enemigos por salir en mi defensa.

—No te culpes, Hakim. Ese Ghâlib busca pendencias con cualquiera que se cruza en su camino. Pero en el fondo es un pobre diablo, esa hostilidad solo es un reflejo de sus frustraciones.

—Te entenderé igual si me hablas en hebreo.

Hasday hubiera esbozado una sonrisa, pero Hakim no parecía estar para bromas.

—Qâsim me ha hecho ver que para tratar algunas enfermedades, sobre todo las que tienen alguna relación con la mente, es necesario comprender los motivos que

han llevado al paciente a enfermar. Él lo aprendió de un gran médico persa, Al Razi, que escribió un tratado sobre ello. Incluso en el *bimaristán* que dirige en Bagdad ha creado dependencias reservadas para enfermos mentales, a los que trata con métodos innovadores.

—Todo el mundo sabe que a los locos se les encierra. Están poseídos por demonios.

—¿Sabes lo que dice Qâsim respecto a eso? Que los demonios tan solo rellenan los huecos que deja la ignorancia.

—No entiendo nada. ¿Qué tiene que ver todo esto con Ghâlib? Solo quería hacerme daño diciendo que mi madre es una puta. Incluso ha insinuado que su padre…

—¿Te has dado cuenta de que él no tiene madre? Eso ha tenido que provocarle un intenso sufrimiento, por eso reacciona atacando a la tuya. Lo mismo le ocurre conmigo: todo el mundo sabe que es un pobre bruto, incapaz de aprender la regla más sencilla de la aritmética. Por eso no soporta mi relación con Qâsim.

—¿Y qué cambia todo esto?

—Probablemente nada. Qâsim dice que la primera condición para curar a alguien de una enfermedad del espíritu… es que él mismo quiera curarse. Y no parece que Ghâlib esté dispuesto a pararse para escuchar razones. Tendremos que seguir guardándonos de él.

Había anochecido por completo y Hakim parecía inquieto.

—Tendré que regresar, no puedo pasar la noche fuera.

—De ninguna manera, no puedes cruzar solo la *madīna* —replicó Hasday—. Enviaré a Rashid, el mozo de cuadras, para avisar a tu madre de que vas a pasar la noche aquí.

—Cuando más me necesita… y yo me meto en peleas.

—¡No es culpa tuya! —replicó Hasday. Sin embargo, observó que Hakim hacía esfuerzos por contener las lágrimas y sabía que no era por las heridas—. Anda, cuéntame qué es lo que de verdad te preocupa.

—Ahora yo soy el mayor de los varones. —Hakim parecía dispuesto a confiarse —. Y se supone que tengo que ejercer de cabeza de familia. Tengo que ser yo quien lleve el pan a casa. No puedo permitir que mi madre siga…

Hasday puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—Desde luego que no —aseguró con firmeza—. No será necesario, hay formas de evitarlo.

Hakim lo miró con expectación.

—Tu madre es ahora una viuda con cuatro hijos. Puede acudir a la mezquita y beneficiarse del *baīt al mal*. La caja de la comunidad religiosa está destinada a socorrer a familias que atraviesan dificultades.

—Mi madre se negará —objetó el muchacho—. Además, si los alfaquíes están al corriente de… de lo que hacía…

—Con más motivo tendrían que ayudarla. Pero quizá no sea necesario. —Hasday comprendió que Hakim no permitiría que su familia recurriese a la caridad para sobrevivir—. Hablaré con mi padre. Que un judío tome a su servicio a una mujer musulmana podría traerle problemas, pero seguro que la esposa de alguno de sus socios ocasionales en la ciudad necesita la ayuda de una mujer joven y dispuesta.

—¿Harías eso? —preguntó Hakim, esperanzado.

—Es lo menos que puedo hacer. En cuanto a ti…, había pensado proponerte algo.

—Claro, dime —pidió, expectante.

Hasday señaló con la cabeza las decenas de cajas de madera dispuestas sobre caballetes que se perdían en la penumbra del granero.

—Desde que llegó Qâsim, no puedo atenderlos. Para mí los gusanos solo eran un entretenimiento, pero ya sabes lo que ocurrió la primavera pasada, durante el viaje a Bayāna. Este año tampoco puedo darles los cuidados que necesitan sin restar tiempo a lo que de verdad me interesa ahora.

—¿Y quieres que yo…?

Hasday asintió.

—No son demasiados, pero si todo va bien obtendrás unas monedas con la venta de la seda a los talleres de hilado. Y ya ves que aquí sobra espacio, podrías ampliar el año que viene. Sería una lástima que se perdiera todo esto: las paredes y los suelos están enlucidos, y cada agujero, cegado con yeso para evitar las ratas. También las ventanas están protegidas con redes. Solo tendrás que vigilar cada día que no haya ningún rastro de que hayan intentado entrar. Por si sucede, hay cepos en cada esquina. Yo mantengo los gusanos solo por afición y me conformo con una cría al año. Pero tú podrías conseguir dos y hasta tres crías manejando la temperatura si dispones de braseros. Así puedes aprovechar toda la temporada de la morera. En Bayāna muchas familias viven de ello.

—No puedo pagarte lo que vale —respondió Hakim, cabizbajo.

—Había pensado destruir los huevos cuando terminase la temporada. Si te haces cargo ahora, todo esto es tuyo. Advertiré a los criados y tendrás acceso libre al granero.

Hakim se derrumbó. El llanto que había contenido estalló sin que pudiera evitarlo. Los dos muchachos se fundieron en un abrazo, pero al instante se separaron entre gestos de dolor.

—¡Estamos molidos! —exclamó Hasday.

—Lo único que me consuela es pensar que ellos también se han llevado lo suyo —acertó a decir Hakim, y las lágrimas dejaron paso a una risa que era resultado del alivio que sentía.

—Ahora será mejor que descanses, mañana no vamos a poder movernos del dolor. Voy a bajar en busca de Rashid y entraré en la despensa para subirte algo de comer.

Hasday lo condujo hasta el rincón próximo a la alacena, donde había amontonado

varios cañizos. Encima de estos, lejos de la humedad y del frío del suelo, había colocado un viejo colchón relleno de lana y dos mantas dobladas, bastante ajadas, también de lana.

—¿Duermes aquí? —preguntó Hakim—. La última vez que vine contigo a ver los gusanos esto no estaba.

—Raras veces, demasiado calor en verano, frío en invierno. Alguna vez me tumbo a descansar cuando estoy de faena con los gusanos. O leo algún libro a solas. —Señaló dos pequeños volúmenes que descansaban sobre un aparador.

—Poco a poco vas a acabar haciendo de este sitio un lugar acogedor. ¿O es esa tu intención, por si algún día tienes que subir aquí con mejor compañía que la mía? —bromeó—. ¿Recuerdas a esas muchachas que nos hemos cruzado a la salida del *hammam*? Hummm…, aún estaba disfrutando de su perfume cuando se nos han cruzado esos tres perros.

Hasday señaló las cestas de mimbre que colgaban de una viga.

—Ahí están las semillas de *qahwah*. También te quería hablar de ello. Quizá podrías además encargarte de sembrarlas ahora que el tiempo es…

—Claro que lo haré… Mañana mismo puedo empezar si es lo que quieres —le cortó—. Pero no me has respondido.

—¿No te he respondido? ¿A qué?

—Te hablaba de esas chicas. Te decía que si has preparado esto con la intención de subir aquí algún día con compañía. Pero… ¡te has puesto colorado! —dijo con el tono de voz de quien ha descubierto algo inesperado.

—¿De qué hablas? ¡Colorado! Amoratado, tal vez, por los golpes —balbuceó Hasday.

—Te conozco bien, tú me ocultas algo. —Hakim casi reía al insistir—. Tú has usado ya ese colchón, y no para leer esos aburridos libros.

—Te aseguro que yo no…

Hakim estalló entonces en una carcajada.

—¡Es Umarit! ¡A mí no puedes ocultármelo!

11

Hakim descendía a grandes zancadas por la empinada cuesta que llevaba a las huertas de Yayyán, tratando de frenarse para no acabar rodando por la pendiente. La mañana no podía ser más luminosa, soplaba una brisa cálida y agradable, y los primeros hortelanos se afanaban ya en los bancales. En muchos de ellos destacaban los colores intensos de las rosas y otras muchas flores, cultivadas para el ornato de las casas y los templos. El muchacho tenía la sensación de que iba a ser un gran día. Se había despertado contento, a pesar de tener que encargarse del desayuno de sus hermanos. Lo primero que hizo fue salir y vaciar la vejiga en la calle. Encendió el fuego en la única habitación de la casa, colocó un trébede y puso encima la cazuela. Y vertió una cantidad generosa de cremosa leche de cabra, pues aquella mañana ya no era necesario aguarla.

Su madre llevaba dos semanas en su nuevo trabajo, en casa de un alto funcionario de la cora recién llegado con su familia de la capital. El hombre, un recaudador de tributos que trabajaría bajo las órdenes del propio gobernador, no había tenido inconveniente en atender la petición de Ishaq ben Shaprut y había incluido a Aziza entre la media docena de sirvientes que trabajarían para la familia en su nueva residencia. Ella regresaba bien entrada la noche con un hatillo en los brazos que depositaba sobre la mesa y, satisfecha, desataba los nudos bajo la atenta mirada de sus cuatro hijos. Los restos de la cena del recaudador y su familia se convertían en un banquete en casa de Hakim: Aziza repartía una rebanada de pan tierno para cada uno, acompañada de queso, pescado ahumado, huevos cocidos o grandes trozos de carne aún templada. El último viernes había guardado para el final un paño en el que había envuelto una enorme porción de pastel de pasas.

Los primeros días Hakim temió que su madre estuviera sustrayendo toda aquella comida, y el día del pastel no pudo evitar preguntar. Aziza lo tranquilizó: la esposa del recaudador se había interesado por ella y, al saberla viuda y con cuatro hijos a los que alimentar, había dado instrucciones precisas a la nueva cocinera.

—Es una mujer generosa —les había contado—. Que el Todopoderoso me perdone si es una ofensa lo que voy a decir, pero deberíamos darle gracias por haberse llevado a vuestro padre y por haber traído a un nuevo recaudador a Yayyán.

Recordando aquella conversación mientras llegaba a la huerta, Hakim pensó que era a Hasday y a su padre a quienes debía el vuelco que había dado su vida. Si algo debía agradecer a Allah Todopoderoso era haber puesto a Hasday en su camino el día de la primera pelea con Ghâlib.

Aquella mañana tenía la sensación de que todo iba a ir bien y se acercó confiado a los surcos donde días antes habían sembrado con cuidado unos cuantos puñados más de semillas de *qahwah*. Ya lo habían intentado una vez después de Pesah, de nuevo sin éxito, y Hasday había empezado a desesperar, suponiendo que quizás aquella planta no fuera capaz de adaptarse al clima extremo y al terreno de Yayyán. En su

casa le había mostrado un libro sorprendente sobre plantas que se había traído de Bayāna, seis tomos, en realidad, y le había asegurado que la planta de *qahwah* no estaba entre ellas. Le explicó que el autor de aquella obra era un médico que había viajado por todas las riberas del Bahr Arrūm, el gran mar. Si no la había descrito era porque nunca se había tropezado con ella, nunca se había cultivado ni en Italia, ni en Constantinopla, ni en Siria, ni en Egipto, y eso, sin duda, no era casualidad.

Hakim, aunque no la entendía, intuía la importancia que aquello tenía para Hasday y había decido seguir intentándolo. Tal vez lo que la planta de *qahwah* necesitaba era el calor del verano, que parecía echarse encima. La decepción fue como un jarro de agua fría: las plantas, que dos días antes parecían prosperar sin problemas, aparecían mustias y amarillentas. Despechado, comenzó a pisotearlas y a destrozar los caballones a golpe de azada. Entonces oyó que alguien chistaba a su espalda. Era el anciano de la huerta vecina. Se sintió avergonzado, tanto por sus continuos fracasos como por su reacción.

—No hay forma —se excusó, sin saber por qué lo hacía. No debía ninguna explicación a nadie, y menos a aquel viejo, que no dejaba de observarlos con una sonrisa burlona.

—¡Probad a sembrarlas en un semillero! —gritó para que lo oyera—. Cuando alcancen más de un palmo de altura, las trasplantáis a la tierra.

Hakim se quedó mirándolo fijamente. Así que ahí podía estar el secreto. Aquel hombre les sacaba cincuenta años y seguramente llevaba toda la vida cultivando aquella huerta.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? —gritó a su vez, sin acertar a comprender el motivo de la ira que le invadía.

—Porque no me habéis preguntado —contestó el viejo antes de volver a su tarea.

Ishaq y Eliezer, los padres de los novios, habían decidido unir en una misma celebración los esponsales y el matrimonio entre Yakob y Shoshana. Evitaban así el inconveniente de un doble traslado de los parientes entre lugares tan distantes. Eliezer pertenecía a una familia judía que varias generaciones atrás se había asentado en Al Hamma, una *madīna* surgida en las faldas del Yabal Sulayr que había alcanzado renombre por sus baños termales. Estaba situada en la ribera del Ūadi Andaras, aguas arriba de la Madīnat Bayāna. El *hammam* más conocido era ya regentado por el abuelo de Eliezer, y su fama se había extendido en boca de los viajeros que transitaban la ruta que unía Bayāna con el resto de las coras de Al Ándalus y, por supuesto, con la capital. Las fondas habían proliferado a su alrededor y el negocio prosperó hasta el punto de hacer del judío un hombre rico. Su hijo, el padre de Eliezer, invirtió tras su muerte parte del capital en prudentes operaciones comerciales de exportación e importación, que empezaban a ser posibles gracias al empuje incipiente del cercano puerto de Bayāna. También empleó una cierta cantidad en la ampliación de una pequeña mina de plata cercana a Al Hamma, por la única razón de que estaba en su pueblo, a pesar de que solo producía unas pocas arrobas anuales. Sin

embargo, con el paso de los meses y a medida que las galerías profundizaban en el terreno, lo que había sido una humilde explotación que apenas obtenía trazas del preciado metal, se reveló como una excelente veta que en pocos años pasó a producir decenas de quintales semanales.

Fue el joven Eliezer quien obtuvo de Qurtuba la concesión oficial para la explotación de la mina y poco después las recuas de mulas de Ishaq ben Shaprut empezaron a transportar la plata hasta la capital. Habían sido tiempos duros; en pleno enfrentamiento civil, los caminos eran inseguros, y la protección de las caravanas por parte de las tropas del emirato a veces no era suficiente para disuadir a los rebeldes. Un cargamento entero había caído años atrás en manos de Umar ibn Hafsún, una auténtica catástrofe en la cual Ishaq había perdido a varios de sus hombres y gran parte de las mercancías propias que transportaba desde Bayāna. Aun así, el *dirhem* de plata era la única moneda que emitía el emirato de Qurtuba, y el beneficio, y quizá también la inconsciencia de la juventud, animaba a asumir el riesgo. En los últimos tiempos, desde la llegada al poder del emir Abd al Rahman, la ruta del oro desde el centro del continente africano se había abierto de nuevo y la ceca *qurtubí* había empezado a acuñar dinares, con lo que el precio de la plata se había desplomado. Lo que no había mermado un ápice, sin embargo, era el aprecio y la amistad que Eliezer e Ishaq se profesaban.

No habían tenido ningún problema a la hora de fijar las condiciones del *ketubbah*. De mutuo acuerdo, y según la ley y la tradición, el contrato matrimonial había establecido los derechos y deberes del futuro marido, entre los cuales destacaban la promesa de fidelidad, protección y sustento económico para la esposa. Yakob aportaba al matrimonio la espaciosa casa de nueva construcción donde iban a vivir a partir de entonces, con los muebles que se habían hecho fabricar. Shoshana aportaba una dote constituida por su ajuar, enseres y bagajes necesarios para emprender una nueva vida juntos, así como los criados y sirvientes que la futura esposa había considerado precisos. Ishaq había hecho que constara en el texto, en arameo, como marcaba la tradición, la cesión a su hijo de la mitad de las mulas, carros y utensilios utilizados hasta entonces en su actividad comercial, así como los espacios de su propiedad en alhóndigas, mercados y alcaicerías. La única reserva que había añadido a esta última cesión, algo que incluso a Eliezer le había parecido de elemental prudencia, era una cláusula en la que se reservaba el usufructo compartido de tales espacios hasta que, por el motivo que fuere, edad, incapacidad o muerte, abandonara la actividad comercial.

La comitiva procedente de Bayāna llegó a Yayyán a principios del mes de Siván, en un día despejado y caluroso que anunciaba ya el inminente verano. Habían viajado sobre monturas, como era habitual cuando el desplazamiento no requería el transporte de cargas pesadas, sin carros que entorpecieran la marcha, a excepción de unas pocas carretas ligeras tiradas por mulos. Cuando avanzaron por la calle principal de la judería en dirección a la casa del novio, los hombres lo hacían a caballo, y la novia,

su madre, sus hermanas y las cuñadas montaban sobre mulas, a mujeriegas. La expectación entre los vecinos era grande, y muchos habían salido a las puertas de las casas para ver pasar a la futura nuera de Ishaq ben Shaprut y al resto de la nutrida comitiva.

Se habían dispuesto alcobas para todos en la parte más noble de la casa, para lo que Hasday y Yakob habían tenido que ceder las suyas. No se consideraba apropiado que los futuros esposos compartieran alojamiento antes de la boda, así que no era la falta de espacio la única razón por la que el novio había abandonado la vivienda familiar para alojarse en la que, unos días más tarde, iba a ser su residencia de casado, en compañía de los nuevos criados. Hasday, por su parte, había insistido en dormir en el granero, a lo que su padre accedió, agradecido por disponer de una alcoba más. No había contado con una comitiva tan numerosa, y se había sorprendido al saber que Shoshana y sus padres llegarían acompañados por dos de las hijas de Eliezer con sus respectivos maridos, y los tres hijos varones con sus esposas. Faltaba una de las hermanas, que se había visto obligada a quedarse en Ilbīra, donde vivía, a causa de lo avanzado de su embarazo. Al menos media docena de niños ya crecidos, los nietos de Eliezer que habían podido realizar el viaje, correteaban entre las patas de las monturas, ajenos a todo.

Yakob y los demás esperaban a la puerta de la residencia familiar cuando las cabalgaduras se detuvieron a pocos codos, obstaculizando la calle. Hasday observaba subido sobre el escalón de acceso a la casa. Shoshana, la niña avispada a la que había conocido un año antes, había experimentado un cambio tan notable que apenas la reconoció. Si lo hizo fue porque, aprovechando la condición de doncella que aún no había perdido, llevaba la cabeza sin cubrir, con el cabello castaño recogido en dos trenzas que se unían en la parte posterior. En eso se distinguía del resto de las mujeres que, ayudadas por los criados, se apeaban de sus cabalgaduras. La madre lucía un sombrero alto de tejido plisado verde, a juego con el sobretodo sin mangas que vestía. Las hermanas y las cuñadas, de menor edad, se cubrían con tocas de diversos colores cerradas bajo la barbilla. Una vez en el suelo, todas trataban de desentumecerse con la mayor discreción tras aquella última etapa del viaje, mientras las doncellas se agachaban a su lado para ayudarlas a estirarse la tela de las sayas, las faldas y las sobrecotas.

Yakob fue el primero en acercarse a los recién llegados en compañía de Ishaq. Shoshana lo esperaba ya junto a Eliezer. Hizo un gesto al padre de la novia con el que solicitaba su permiso para dirigirse a su hija, aunque no esperó la respuesta. Inclinó la cabeza ante ella y le tendió la mano para tomar con delicadeza las puntas de los dedos de Shoshana.

—Sé bienvenida a Yayyán, la tierra de los Banu Shaprut y pronto también la tuya —dijo ceremoniosamente—. Mi padre y yo confiamos en que la estancia de tu familia entre nosotros resulte satisfactoria.

La novia asintió, con la mirada fija en el suelo. De repente se oyó la voz potente

de Eliezer.

—Pero ¿qué lenguaje es ese? ¡Es propio de extraños y cortesanos! —exclamó mientras daba un paso al frente, riendo—. ¡Vamos a ser parientes!

Abrazó con fuerza a su futuro yerno y a continuación hizo lo mismo con Ishaq. Después le tocó el turno a Hasday, que se había mantenido detrás de ambos. Entretanto, Nora se había aproximado al resto de las mujeres y les daba la bienvenida.

Los criados de la casa se hicieron cargo de las cabalgaduras, e indicaron al resto de la comitiva el camino hacia el patio de caballos, a través de la callejuela lateral. Shoshana y su familia entraron al zaguán. La penumbra y la frescura del ambiente empezaban a agradecerse.

—¿Dónde está ese vino judiego al que nos tienes acostumbrados? —dijo Eliezer al tiempo que tomaba a su futuro consuegro por los hombros—. Llegamos sedientos.

—Salgamos al patio —indicó Ishaq—. Hemos dispuesto un refrigerio de bienvenida.

Conversaron hasta bien entrada la tarde sobre los preparativos del enlace. Hasday hubiera deseado estar en compañía de Qâsim, pero sabía que su padre consideraba que aquel era un momento importante para la familia y, ciertamente, hubiera resultado descortés no estar allí. Congenió con uno de los hermanos de Shoshana, apenas unos años mayor que él, igual que el más joven de sus cuñados. Ninguno de ellos superaría los veinte años y tenían muchos intereses comunes, pero algo los separaba: los dos eran hombres casados y habían sido padres recientemente.

—¿Y los pequeños? —se extrañó Hasday al saberlo.

—Los más chicos han quedado en Al Hamma al cuidado de las ayas y las amas de cría. Solo nos han acompañado los que pueden montar a caballo o viajar en las carretas —aclaró—. Pero Eliezer hizo saber a todos la importancia que concede a este enlace: es su hija menor la que se casa.

Hasday supo que todos los hijos varones de Eliezer, así como algunos de sus yernos, estaban al frente de los muchos negocios de la familia, tanto de la explotación de las minas de plata, como de los baños de Al Hamma y algunas de las fondas que prosperaban junto a ellos. El yerno más joven, con el que hablaba, había preferido dedicarse al comercio en el cercano puerto de Bayāna, igual que su cuñado de Ilbīra, el que faltaba en aquella reunión familiar a causa del avanzado estado de gestación de su esposa.

Durante los pocos días que faltaban para la boda, Hasday hubo de repartir el tiempo entre sus obligaciones en el consultorio junto a Qâsim y las derivadas de la cortesía con su nueva familia política. Procuraba, al menos, estar en casa durante la cena y participaba de las conversaciones sobre los preparativos de la ceremonia y sobre los negocios comunes. Eliezer y sus hijos no ocultaron su extrañeza al saber de la nueva dedicación de Hasday y de su práctica renuncia a continuar con la actividad comercial de Ishaq. Sin embargo, elogiaron con tacto su decisión y alabaron el noble

arte de la medicina, practicado por tantos hombres de su credo desde la época del Talmud. Aquel Shabat, el último antes de su boda, fue Yakob el encargado de hacer la lectura de la Torah en la sinagoga, y en los días siguientes se preparó la casa para la celebración. En uno de los extremos del patio, se levantó la *huppah*, el palio nupcial bajo el que tendría lugar la ceremonia, que simbolizaba la protección divina y el techo que iban a compartir.

La víspera de la boda, la actividad era frenética. Se daban los últimos retoques a la decoración del patio, donde se habían colocado sillas y bancos; la gran sala de la planta baja se había unido al comedor situado en el lado opuesto a través del zaguán, de forma que una mesa enorme ocupaba las tres estancias, dispuesta para el banquete nupcial; las cocinas eran un hervidero de criados, cocineros y ayudantes que desplumaban aves, preparaban dulces y cocían panes. Por la tarde, todas las mujeres abandonaron la casa en dirección al *mikweh*, donde Shoshana debía someterse al complejo ritual de purificación. Por lo que Hasday había escuchado, se trataba de una triple inmersión en el baño, de forma que el agua cubriera por completo a la novia mientras se recitaban oraciones alusivas a la pureza del cuerpo y del alma con la que la muchacha debía acudir al día siguiente a la ceremonia.

En realidad, el *mikweh* no era el único lugar que aquel día iba a estar concurrido, también los hombres debían visitar el *hammam*, y Hasday decidió dejar sitio en el baño de la aljama para el novio, sus amigos y sus futuros cuñados. Acudió a última hora a su casa en compañía de Qâsim, uno de los pocos musulmanes invitados a la boda. Aparte del médico, solo acudirían el gobernador de Yayyán, el *qādī* y media docena de funcionarios de la *madīna*, junto a un selecto grupo de comerciantes. Cogieron las mudas y túnicas limpias y, antes de abandonar la casa, Hasday subió las escaleras del granero en busca de Hakim. El muchacho estaba terminando de distribuir varios capazos de morera fresca sobre la última tanda de gusanos de la temporada, y se mostró encantado de poder acompañarles al *hammam*. Abrieron los ventanos y los dejaron entornados para refrescar la estancia después del calor de la tarde, descendieron hasta el zaguán y se reunieron con Qâsim para encaminarse hacia uno de los baños de la *madīna*.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó Hakim, tumbado boca arriba sobre la superficie templada de mármol.

—Para mí, agotador —respondió Qâsim a la vez que soltaba un quejido. Uno de los empleados del *hammam* le tiraba del brazo hacia atrás—. Necesitaba algo así.

Hasday no respondió, pues otro de los mozos se empleaba a fondo con el guante de crin sobre su cuello y su espalda.

—¿Cómo van las semillas de *qahwah*? ¿Han germinado ya? —preguntó, mientras el empleado iba hasta la fuente para llenar una vasija de agua.

—¡Todas! ¡No ha fallado ni una! Ahora solo hace falta que crezcan bien en el semillero… y que el viejo tenga razón.

—Algo me dice que la tendrá —intervino Qâsim—. Son muchas las semillas que

deben ser trasplantadas en el momento adecuado.

—Espero que se desarrollen bien y empiecen a dar frutos pronto. Ya solo nos queda la mitad de los granos que traje de Bayāna. Y mi padre me ha pedido que prepare mañana unas jarras de infusión para los invitados.

—¿No quiere que nos durmamos después del banquete? —bromeó Qâsim.

—Dale un buen tazón al novio, no sea que caiga exhausto en el tálamo nupcial antes de cumplir con su esposa. Muy guapa, por cierto —soltó Hakim entre risas.

—No creo que suceda tal cosa. Espera este día con demasiadas ganas. —Hasday también rio.

—No como otros…

Hakim se dio cuenta al instante de que había hablado demasiado, y se le congeló la sonrisa en los labios. Hasday también había vuelto la cabeza y abrió los ojos desmesuradamente señalando hacia su maestro. En aquel momento, sin embargo, Qâsim se estremecía mientras el mozo vertía sobre su cuerpo agua caliente y fría de forma alternativa. El médico, desde luego, no podía ver sus gestos y tampoco daba muestras de haber comprendido la alusión, así que Hasday respiró aliviado y volvió a apoyar la cabeza en el antebrazo.

—Parece mentira que Yakob se case mañana —dijo entonces para romper el silencio.

—¿Y qué sucederá contigo? —preguntó Hakim—. Entre los judíos no es frecuente que los muchachos de más de dieciocho años sigan sin compromiso.

Hasday pensó que, aunque el *hammam* se prestaba a las confidencias, aquel día no estaban solos, y Hakim estaba hablando demasiado.

—Ahora no pienso en ello —contestó, algo molesto—. Mi objetivo es aprender de mi maestro; tomar esposa vendrá más tarde.

—En ese caso, no tardarás en hacerlo. Aprendes rápido. —A pesar de la ceguera, Qâsim se había vuelto hacia Hakim y le hizo un gesto socarrón que Hasday no pudo ver. Quería tomarle el pelo a su discípulo.

—¿Qué es esto? —Hasday se incorporó fingiendo enfado—. ¿Os habéis puesto de acuerdo para impedir que me relaje incluso en el *hammam*?

—¿Relajarte tú? Solo hay que hablar un minuto de mujeres para ver cómo se levanta el paño que te cubre. —Hakim rio con ganas.

Hasday volvió a tumbarse boca abajo con gesto irritado. Incluso Qâsim reía de forma abierta.

—¡Ah, divina juventud! —exclamó el médico sin dejar de mover la cabeza de un lado al otro—. ¡Quién pudiera regresar a aquellos años! Pero por mí no te preocupes, no puedo ver el espectáculo.

Hasday había decidido aceptar la broma de buen grado y sonreía también. No obstante su expresión se tornó seria cuando se dispuso a hablar de nuevo.

—Dime, Qâsim, si, como dices, volvieras a tener mi edad, ¿te dedicarías de nuevo a este oficio?

El médico tardó solo un segundo en responder.

—Sin duda —afirmó—. De hecho mi vida se había acabado cuando comprendí que no recuperaría la vista. El cuidado de mi esposa enferma me animaba a seguir adelante…, pero luego ella murió. En aquel momento ya no había nada que me atara a este mundo. Pero la propuesta de tu padre hizo que recuperara la ilusión. Estos meses han sido para mí un regalo de Allah.

Solo se oía el sonido del agua de la fuente y el roce de las manoplas de crin sobre la piel.

—Para mí también lo han sido —murmuró Hasday. No estaba acostumbrado a expresar abiertamente lo que sentía y le costaba gran esfuerzo hacerlo. En aquella ocasión, en cambio, la respuesta había surgido de manera espontánea.

—¡Y para mí! —exclamó Hakim con su mejor sonrisa—. Así que es una pena no tener una buena jarra de vino para celebrarlo.

—Lo dejaremos para mañana. Ven a casa después del banquete y nos beberemos juntos una jarra de vino. Vino judiego, eso sí.

—¡Qué importa que sea judiego o cristiano! Los alfaquíes nos lo prohíben todo, así que levantaremos esa jarra lejos de miradas indiscretas.

—No será necesario —observó Qâsim, sonriente—. No si te lo prescribe un médico como tratamiento para la melancolía. Y aquí tienes uno dispuesto a hacerlo.

—¿Melancolía yo? ¡Hace seis meses era presa de la melancolía! Pero ya no —aseguró—. ¡Espera cuando se entere mi madre de que me han invitado a la boda del primogénito del hombre más poderoso de Yayyán!

Hasday apoyó un brazo sobre el mármol caliente, se estiró hacia Hakim y le propinó una colleja que reverberó en todos los recovecos del *hammam*.

Rashid, el mozo de cuadras, se apresuró a proporcionar un candil a Hasday cuando este se dirigía al patio de los caballos. Aunque la cena había sido ligera en señal de respeto al ayuno preceptivo que observaba el novio, la sobremesa se había alargado hasta que alguien tuvo el buen juicio de recordar que la jornada siguiente podía resultar agotadora.

—¿Aún levantado a estas horas? —preguntó Hasday.

—Me gusta dar una vuelta por las cuadras para comprobar que todo está bien antes de irme a dormir —respondió el muchacho, agradecido por el interés—. Y más ahora que están repletas de animales que no son de la casa.

Hasday asintió y le dio las buenas noches. Con el candil en la mano, se alejó en dirección a las escaleras que conducían al granero, apenado por no poder permanecer más tiempo allí fuera, contemplando el cielo cuajado de estrellas. El conocido olor de los gusanos y la morera lo asaltó al abrir la puerta. Cerró tras de sí y echó el cerrojo. Se alegraba de disponer de aquel refugio, donde apenas llegaban los murmullos de la actividad en el resto de la casa. Encendió con el candil una de las lamparillas más cercanas al catre y luego sopló la llama. Fue consciente del cansancio que sentía cuando se despojó de la túnica y, descalzo, se tumbó boca arriba en la cama, con los

calzones tan solo, y los brazos entrelazados bajo la nuca a modo de almohada. La luz de la lamparilla proyectaba sombras sobre el techo y las paredes, y solo el chirrido de los grillos y el ulular ocasional de algún mochuelo rompía el silencio. Cerró los ojos y se dejó invadir por el agradable sopor que precede al sueño, mientras su mente, de manera apenas consciente, repasaba los sucesos del día.

Recordó la animada conversación que acababan de mantener alrededor de la mesa, y que Eliezer se había empeñado en rellenar su copa dos o tres veces. El padre de la novia seguía mostrándose exaltado y contento, y trataba de contagiar su entusiasmo a cuantos le rodeaban. Sin embargo, Hasday se alegraba de haber podido disfrutar del *hammam* en compañía tan solo de Qâsim y Hakim. Sonrió al recordar la colleja que le había propinado a su amigo para terminar con sus burlas y su verborrea. ¡Había estado a punto de revelarle al maestro su mayor secreto! Sintió una punzada de angustia en el estómago. Podría culparse si el riesgo hubiera sido debido a su propia indiscreción, pero no había sido así, ni siquiera se había confiado a su mejor amigo. Sin embargo, Hakim lo conocía demasiado bien y era demasiado avispado como para no darse cuenta. Un simple comentario, un ligero rubor en el rostro… y había sacado sus propias conclusiones. Y lo peor era que estaba en lo cierto.

Hasday sabía que iba a suceder desde que su padre había accedido a que Umarit entrara a servir en la casa. La atracción hacia aquella muchacha era demasiado fuerte, hasta el punto de resultarle incontrolable. Era así desde aquella primera noche, durante el viaje a Bayāna. Aún no sabía qué parte de aquella escena dentro de la jaima correspondía al sueño y cuál a la realidad, pero entonces el miedo y la presencia de su padre en la tienda le habían servido para oponerse al instinto que le inducía al contacto con aquella piel suave y cobriza. Las mismas fantasías se habían repetido casi cada noche y su imaginación se incendiaba al recordar la actitud de la muchacha. Se obligaba a pensar que su disposición se debía al agradecimiento por la liberación, y no a una auténtica atracción por él, que seguía siendo apenas un niño a pesar de los cambios que su cuerpo había experimentado en el último año. Pero ningún esfuerzo por apartarla de su mente resultaba suficiente. Se sentía incapaz de aplacar aquel impulso, placentero en extremo, pero que no dejaba de torturar su conciencia, sobre todo después de aliviarse a solas para poder conciliar el sueño.

Los obstáculos que había encontrado durante el viaje no existían el día que, mientras cuidaba de sus gusanos de seda, se había dado la vuelta y había visto a Umarit bajo el umbral del granero. Su actitud lo decía todo, allí de pie, con los brazos a ambos lados de la túnica y aquellos ojos azules clavados en él con una expresión inconfundible. Hasday se acercó sin hablar y levantó las manos para posarlas sobre sus hombros; después las dejó caer, deslizándose con suavidad por la piel desnuda de sus brazos. En numerosas ocasiones había hablado con Hakim acerca de cómo sería un momento como aquel, pero fue el instinto lo que le llevó a acercar sus labios a los de la muchacha. Supo que había sido un beso torpe, pero sintió también que había servido para prender la llama entre ambos. Sintió la carne de gallina al notar los

dedos de Umarit sobre su piel, en su pecho, tratando de abrir con manos temblorosas los cordones de su camisa. Él alzó de nuevo los brazos para depositar las manos sobre los senos firmes de la criada, que cerró los ojos y se estremeció de placer. Sus labios se buscaron de nuevo, y esta vez el beso se prolongó hasta que a ambos pareció faltarles el aliento.

Cuando se separaron, Hasday volvió la cabeza y se lamentó de no disponer de un lugar donde yacer. No obstante, alzó la túnica de Umarit y hurgó entre sus ropas de forma premiosa, hasta que sus dedos alcanzaron la piel desnuda del vientre. Descendió bajo las telas apretadas y se estremeció cuando las yemas de sus dedos se deslizaron entre sus piernas. Hasday creyó estallar de placer al sentir entre sus dedos, por vez primera, el calor húmedo del sexo de la muchacha. Pensó que no era posible una sensación tan excitante hasta que ella lo imitó introduciendo la mano dentro de sus calzones y notó el contacto de su piel sobre el miembro erecto. Cerró los ojos, apretó los dientes…, y se derramó en la mano de Umarit. La muchacha sonrió y de nuevo le besó en los labios, mientras él aún respiraba afanosamente.

Aquello había ocurrido apenas unos meses después del regreso de Bayāna, y los encuentros se habían sucedido cada vez con mayor frecuencia, con la confianza de que nadie los había sorprendido juntos. Sin embargo, algo habían hecho mal, porque los rumores habían llegado hasta su padre. Dejaron de verse el otoño anterior, precisamente tras la conversación con Ishaq en la que este le advirtió de forma velada acerca de lo inadecuado de una actitud como aquella. Recordaba bien aquel día: el mismo en que le reveló el inminente matrimonio de Yakob, justo después del Yom Kippur. El temor a que Umarit fuera expulsada de la casa, a que él mismo se viera obligado a concertar su matrimonio con solo catorce años, y la conciencia atormentada tras la celebración del día del Perdón, fueron razones suficientes para mantenerlos alejados durante semanas.

Sin embargo, un encuentro casual entre las sombras del zaguán volvió a desatar el deseo. Fue cuando a Hasday se le ocurrió la posibilidad de subir al granero un colchón de lana para depositarlo encima de los cañizos. Convinieron en que Umarit solo debía subir allí en medio de la noche, cuando todos dormían, completamente a oscuras. Hasta entonces nunca habían hecho el amor propiamente: se habían limitado a proporcionarse placer acariciándose el uno al otro hasta que él se derramaba fuera de ella. Hasday temía las consecuencias de ir más allá, y para ambos parecía resultar suficiente. Hasta que una noche Umarit tomó su miembro y, con decisión, lo condujo a su interior. El muchacho se retiró, pero Umarit le susurró al oído que aquel día era seguro hacerlo: acababa de purificarse en el baño después de sus días impuros y durante varios días no podría concebir un bebé.

Hasday lo ignoraba todo sobre aquellos secretos de mujer, a pesar de que por entonces ya había empezado las consultas con Qâsim. Aunque eran pocos los hombres que permitían a un médico ver a sus mujeres enfermas, y preferían llamar a curanderas y parteras, no sería extraño toparse con algún caso en que se precisaran

tales conocimientos. Esa noche se hizo el propósito de aprenderlo todo acerca de aquellos asuntos vedados a los hombres. Pero fue después de dejarse llevar por el deseo de Umarit y de verter su semilla por primera vez en su interior.

Aquel día obtuvo de la muchacha toda la información que esta pudo proporcionarle, y en las semanas siguientes fue el propio Qâsim quien se la confirmó. Supo así que el ciclo de las mujeres sigue el calendario lunar, y que los esposos que buscan descendencia debían unirse en los días más alejados del menstruo. Además, sabía bien que la ley judía impedía a los esposos practicar el coito en presencia de flujo, pues la sangre es impura, y todo lo que tiene contacto con ella se vuelve impuro. De ninguna manera pensaba pasar por alto también aquella prohibición, bastante lo torturaba ya la conciencia después de yacer con Umarit, pero descubrió que los días anteriores y posteriores al menstruo, el varón podía disfrutar con su esposa sin contravenir la ley y sin temor a hacerle un hijo. Desde aquel día, una de las hojas del cuaderno de pergamino que siempre lo acompañaba estaba cubierta con las fechas del calendario del mes en curso, en el que había cifras marcadas con un aspa, mientras que otras aparecían rodeadas por un círculo.

Tumbado en el lecho, suspiró. De nuevo una sombra de temor cruzó su mente al recordar las consecuencias que aquella continua transgresión tendría para ambos en caso de descubrirse. Sin embargo, rememorar aquellos ojos azules conseguía que el deseo se antepusiera a cualquier otra consideración. Aquellos días, con los preparativos para la boda, habían sido frenéticos y no se habían visto. Además, Hasday lo hubiera considerado poco apropiado. Quizá por eso, el mero recuerdo de los meses anteriores había hecho que, una vez más, experimentara aquella conocida opresión bajo los calzones. Retiró la mano que tenía bajo la cabeza, dispuesto a aliviarla, cuando un crujido sordo en la escalera le hizo ponerse en tensión. Aguzó el oído por si se repetía, pero lo único que escuchó fue el chirriar de los grillos. Un instante después, sonaron varios golpes en la puerta y el corazón le dio un vuelco. Era la cadencia que había acordado con Umarit: tres golpes y uno más, tres y uno… Se levantó como un resorte y llegó a la puerta en cuatro zancadas para retirar el cerrojo. El rostro velado de la muchacha surgió de la oscuridad, iluminado por la tenue llama de la única lamparilla que permanecía encendida. No portaba ningún tipo de luz, como habían convenido. Entró con sigilo, Hasday volvió a pasar el cerrojo y sus labios se unieron de nuevo.

—Te he echado en falta —dijo el muchacho—. Pero imaginaba que no vendrías, mañana es la boda y todos tenemos que estar en pie antes del amanecer.

Por un momento Umarit guardó silencio.

—Yo también te he echado de menos —respondió.

Hasday notó algo extraño en su voz.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

La muchacha sonrió con dulzura y negó con la cabeza.

—Ven —insistió él, tirándole de la mano—. Acércate a la luz, quiero ver de cerca

esos ojos… No me canso de hacerlo.

Umarit se desvió hacia la cama y se sentó con gracia. Hasday, aun a través de la tela de la túnica, percibió aquel modo femenino de doblar las piernas que tanto le gustaba. La tomó por la barbilla con suavidad y le volvió el rostro con la intención de contemplarlo a la luz.

—¡Has estado llorando, Umarit! —exclamó entonces—. ¿Qué sucede?

La muchacha hizo un gesto de contrariedad, y Hasday comprendió que habría preferido ocultarlo.

—No es nada, una pequeña disputa.

Hasday se había sentado a su lado y le retiró el velo con delicadeza. En la frente mostraba una herida que, a pesar de no ser profunda, debía de resultar dolorosa. Tenía que haber sangrado en abundancia, aunque en aquel momento no lo hacía.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó, alarmado.

—Ya te he dicho que solo ha sido una pequeña disputa —dijo, tratando de quitarle importancia.

—¿Con quién? ¿Con Ofra? ¿Con Ida? ¿Con alguna otra criada? ¿O acaso ha sido un hombre? —Alterado, se puso de rodillas delante de ella al pronunciar en voz alta aquella posibilidad.

—No puedo decírtelo —sollozó—. No debo. Solo he venido a verte, te echaba de menos, pensaba que…

—¿Acaso me vas a ocultar algo de lo que pasa en casa de mi padre? —Hasday se mostraba irritado y Umarit lo miró con aprensión.

—Yo soy solo una criada, y ella no deja de ser mi ama. No puedo acusarla, y menos hoy.

—¿Shoshana? —exclamó Hasday, sorprendido.

La muchacha asintió y se dejó llevar por el llanto.

—Ha pedido agua caliente para el aguamanil y yo se la he llevado a la alcoba. Estaba preguntándole si necesitaba algo más mientras ella la vertía en la jofaina. Entonces ha gritado que no estaba lo bastante caliente y… y me ha lanzado la jarra a la cabeza.

—¿Es eso cierto? —se extrañó.

—¡Oh, Hasday! No debería contarte esto, no es asunto mío… pero tu futura cuñada no es lo que aparenta. Hay algo oscuro en ella, puede llegar a ser muy cruel con los que la rodean.

—¿Cómo sabes…?

—Hace dos días llevaba ropa limpia a sus alcobas y no pude evitar oír una conversación entre Shoshana y sus padres. Se dirigía a ambos con absoluta falta de respeto, y su madre le rogaba que guardara las apariencias tan solo dos días más. Eliezer parecía al borde del síncope.

—Una disputa familiar, quizá… —Hasday trataba de buscar una explicación a algo que podía ser grave.

—No, Hasday. Temo que hay algo más. Esa muchacha sufre algún tipo de desequilibrio, hay momentos en que es incapaz de controlar sus reacciones.

Hasday pensó en Yakob.

—Quizá tendría que hablar con mi hermano, o con mi padre. Mejor con ambos —musitó.

—No serviría de nada. Hasta ahora, en público siempre se ha comportado de manera encantadora, y la familia está dispuesta a ocultar su problema. Tu padre no puede disolver el compromiso por la acusación de una criada indiscreta.

—¡Pero no puedo dejar que mi hermano tome por esposa a una mujer desequilibrada! —se lamentó Hasday.

—Tu hermano bebe los vientos por ella, se le ve cautivado por su belleza.

Hasday miraba a Umarit.

—Me sorprendes. Bajo la apariencia de una criada, apenas una niña, hay una mujer juiciosa capaz de discernir detalles que a muchos otros se les escaparían. Serías un buen médico —observó.

Umarit no pareció hacer caso de aquellas palabras.

—Aunque le reveles lo que acabo de contarte, tu hermano no renunciará al matrimonio. Quizás incluso se vuelva contra ti.

Hasday volvió a sentarse, pensativo.

—Quizá tengas razón. —Asintió con la cabeza, aunque su rostro reflejaba una honda preocupación—. Además…

—¿«Además»…? —inquirió Umarit al ver que no terminaba la frase.

—Si es como dices, siempre le queda la opción del repudio.

Hasday miró a Umarit con ternura. A continuación, le rozó la frente con las yemas de los dedos.

—¿Te duele? —preguntó.

—Ya no —respondió Umarit con una sonrisa.

Luego se besaron. Las manos de Hasday sujetaban el rostro de la criada que había sido esclava, y que se estaba comportando como una confidente. Ella, por su parte, acarició el costado de Hasday hasta que sintió su estremecimiento y notó su reacción.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Hasday.

—El día de la boda de tu hermano. —Umarit respondió sin apenas separar los labios.

—Es el vigésimo día de Siván. Y está rodeado con un círculo.

La expectación había rodeado la casa de los Banu Shaprut durante toda la mañana. A primera hora de la tarde, comenzó la recepción de los invitados, que los novios hicieron por separado. Yakob parecía haberse despojado de la inquietud que su hermano había advertido durante la mañana y sonreía abiertamente mientras saludaba a los recién llegados. Cuando todos ocuparon sus puestos, el novio accedió al patio donde se levantaba la *huppah*. Caminó erguido por el estrecho pasillo central hacia el palio nupcial, donde ya lo esperaba el rabino que había de oficiar la

ceremonia. Hasday ocupaba la primera fila, junto a sus padres, y observó a su hermano sin poder evitar un nudo en el estómago. Había tenido ocasión de hablar con él durante la mañana y, aunque no pensaba detallarle su conversación con Umarit, sí que volvió a tantear su disposición hacia aquel matrimonio. Había querido ir incluso más lejos y, como si se tratara de una inocente conversación entre hermanos, le preguntó acerca de sus impresiones tras conocer a Shoshana y a su familia. La seguridad de sus respuestas, el ambiente de alegría que se respiraba e incluso lo luminoso del día que se avecinaba le hicieron desechar las dudas que la víspera le habían impedido conciliar el sueño.

Yakob vestía una magnífica túnica de seda blanca con ribetes dorados, igual que la kipá. Incluso el *talít* con el que se cubría, aun surcado por las características bandas azules, tenía el fondo blanco. Así, el rostro de piel morena en el que, a pesar del cuidadoso afeitado, persistía la sombra de la barba, destacaba de forma llamativa sobre la indumentaria. Hasday observó de reojo a Nora y a Ishaq, y vio emoción en sus rostros mientras clavaban la mirada en la soberbia figura de su hijo mayor. A una señal del rabino, también la novia avanzó hacia la *huppah* y se detuvo a pocos pasos, mientras un murmullo de admiración se alzaba en el patio engalanado. Shoshana vestía un traje de novia blanco cuajado de bordados y filigranas, con una diadema con la que sujetaba el velo de seda, que se alargaba hasta el suelo. Yakob se acercó a ella y alzó el tul, que simbolizaba la sumisión de la novia a la autoridad de su esposo. Aquello formaba parte del ritual por el que el novio se aseguraba de que era la mujer con la que había decidido casarse. Después lo dejó caer de nuevo, para mostrar que su interés no se centraba solo en la belleza física, sino también en las cualidades espirituales de la futura esposa. A continuación, Yakob condujo de la mano a Shoshana hasta el centro de la *huppah*.

Hasday siguió el complejo ritual con atención. El rabino pronunció la primera bendición sobre una copa de vino, de la que bebieron los novios. Tras la segunda, tuvo lugar la entrega de monedas que simbolizaba el precio pagado por la novia y, a continuación, la ceremonia de los anillos.

—Por medio de este anillo tú estás consagrada a mí de acuerdo con la Ley de Moisés e Israel —oyó decir a Yakob con voz alta y firme.

En presencia de dos testigos, leyeron en voz alta el *ketubbah*, el contrato matrimonial, que Yakob puso en manos de Shoshana como garantía del compromiso que acababa de adquirir.

Por fin, en torno a otra copa de vino, el rabino pronunció las siete bendiciones que habían de proteger a la nueva pareja. Ambos bebieron de nuevo, ya como esposos. Entonces Yakob se despojó del *talít* y cubrió también a Shoshana con él, mientras escuchaban las últimas bendiciones. Luego tomó la copa, la dejó en el suelo, y la hizo añicos con el pie para simbolizar el recuerdo de la destrucción del templo de Jerusalén.

El patio entero estalló entonces en gritos de júbilo. Yakob retiró el velo del rostro

de Shoshana, esta vez del todo, y la besó. Los parientes rivalizaban por felicitar a los nuevos esposos, y comenzó a sonar la música. Poco más tarde, la pareja se retiraría a un aposento privado para tomar juntos el consomé que acabaría con su ayuno. Sería su primera oportunidad de estar un momento a solas, antes de dar inicio al banquete.

El vino *kasher* había corrido en abundancia, y Hasday se sentía mareado. Había colaborado con entusiasmo con los amigos y los otros parientes de los novios a la hora de alzarlos en sendas sillas por encima de sus cabezas. En medio de la música de las flautas, los laúdes, las cornamusas y el rabel, los recién casados trataban de acercarse en volandas para darse un beso, entre risas. En aquel momento las preocupaciones de Hasday de la noche anterior habían quedado olvidadas, la celebración había sido un éxito y su hermano y Shoshana eran felices. Solo restaba que se retiraran a la alcoba para consumar el matrimonio.

Sin saber bien por qué, Hasday volvió a pensar en Umarit. En realidad, no había dejado de hacerlo en toda la tarde, pues la muchacha había participado en el servicio del banquete. En varias ocasiones, incluso se habían cruzado sus miradas, aunque ella la había desviado siempre con prudencia. Los novios estaban de nuevo en el suelo, y los hermanos de Shoshana se turnaban para bailar con ella al son de aquella música alegre y frenética. Solo los más jóvenes parecían resistir el ritmo de la fiesta, que continuaba al aire libre, en el mismo patio donde pocas horas antes había tenido lugar la ceremonia. Hasday, eufórico y vacilante, se acercó también para disputar su turno, pero el más joven de los hermanos de Shoshana la acaparaba y no parecía dispuesto a ceder su sitio. Corrían el vino y el aguamiel, y los rostros sudorosos y felices brillaban a la luz de las decenas de antorchas que iluminaban el recinto. Mientras esperaba, alzó la vista en busca de la figura de Umarit, pero lo que vio en la puerta del zaguán que daba al patio trasero fue el rostro desencajado de Rashid, el mozo de cuadras. Supo que algo andaba mal y se dirigió a su encuentro.

—*Sahīb*! —exclamó el chico con alivio evidente al verlo acercarse—. Debes venir, ha ocurrido algo.

Cruzaron el zaguán y salieron al patio. Lo primero que percibió fue un intenso olor a humo, y no podía proceder de las cocinas. Rashid señalaba a lo alto con la mano extendida. Hasday miró en aquella dirección y vio la humareda que salía de los ventanucos del granero.

—¡El granero! —gritó—. ¡Los gusanos! ¡Las plantas de *qahwah*!

—Hemos apagado el fuego, *sahīb* —lo tranquilizó el mozo—. Pero debes verlo.

Hasday lo siguió con un nudo en el estómago. De repente se sintió sereno por completo. Recorrió el patio en unas zancadas y subió los escalones de tres en tres. El humo blanquecino que salía de la puerta del granero, abierta de par en par, le hizo toser. Se cruzó con otros criados que llevaban cubos vacíos. Un par de candiles iluminaban la escena. El suelo de madera estaba cubierto de charcos, pero del colchón de lana empapado y de los cañizos de debajo surgía todavía un humo maloliente.

—Hemos llegado a tiempo y hemos podido apagarlo antes de que ardiera todo el granero —explicó Rashid.

Hasday reparó en que respiraba con dificultad y daba muestras de cansancio. Sin duda llevaba rato acarreando cubos de agua por las escaleras. Por suerte, las cajas de los gusanos y los semilleros parecían intactos, por lo que podía verse en la penumbra.

—¿Dónde ha empezado? Que yo sepa, no ha subido nadie desde que he salido yo esta mañana.

Por toda respuesta, Rashid apoyó la mano en la puerta. La vieja cerraja estaba desencajada, y la madera que la sujetaba, astillada.

—Alguien la ha destrozado de una patada —observó—. Y mira esto…

Dio unos pasos hacia el colchón y señaló un bulto negro y humeante que descansaba sobre el relleno quemado. Hasday se acercó arrugando la nariz. El olor de la lana chamuscada era realmente nauseabundo. Cogió una vara de un rincón y apartó aquello de las cenizas. Una vez en el suelo, clavó la punta en el centro y hurgó.

—Un yesquero —afirmó. El centro de aquel hongo leñoso utilizado para prender fuego no se había consumido del todo—. Hemos tenido la fortuna de que lo hayáis visto pronto. No hacía mucho que ardía.

—Como todas las noches, he salido a dar una última vuelta por las cuadras y me ha llamado la atención un pequeño resplandor. Apenas se veía el humo —explicó—. Para cuando he avisado y hemos subido con los cubos, el colchón ya ardía por completo.

—Pero ¿quién? —se preguntó—. ¿No habéis visto huir a nadie?

—A nadie, *sahīb*. Pero, un día como el de hoy, ha podido colarse cualquiera en la casa.

—Has evitado un desastre, Rashid. De no haber actuado con premura, esto podría haber sido una tragedia. Podría haber ardido la casa entera, incluso los edificios vecinos.

—Alguien quiere mal a tu padre. ¡Hacer esto el día de la boda de su hijo!

—No quiero que se entere, Rashid. Hoy no. Has hecho bien en buscarme. —Parecía estar pensando en voz alta—. Yo mismo se lo contaré mañana y le pediré que te recompense como mereces. El celo en tu trabajo nos ha salvado.

—Solo me alegro de haber desbaratado los planes del malnacido que ha hecho esto.

—También yo me alegro —dijo, cogiéndolo por el brazo—. Pero no es solo a mi padre a quien ese perro quería hacer mal.

12

Año 927

Hasday descendió con paso firme el empedrado irregular que conducía a las huertas. No tenía prisa, pero la pendiente ayudaba, y aquella mañana se sentía pletórico. Sabía que, como cada día, Hakim se encontraría allí, aunque solo fuera para observar los preciosos frutos rojos que, por fin, después de casi tres años, habían brotado de las plantas de *qahwah*. Tras los primeros fracasos, habían comprendido que aquellas semillas, procedentes de países cálidos, no soportarían bien los inviernos de Yayyán. Seguir la sugerencia del viejo hortelano había resultado esencial: habían desarrollado las plantas en el improvisado vivero del granero hasta que alcanzaron más de un palmo de altura y Hakim las trasplantó en la huerta unos días después de la boda de Yakob. Afortunadamente, aquel primer invierno había resultado más suave y lluvioso de lo habitual y, aun así, prepararon estacas y apoyaron sobre ellas grandes cañizos que cubrían las plantas durante la noche e incluso el día cuando el frío apretaba. En las horas de sol, Hakim se encargaba de retirarlas.

Pese a que el crecimiento se había ralentizado hasta llegar a detenerse, las plantas aguantaron hasta la primavera. Aquel segundo verano crecieron de forma notable, aunque los pequeños arbustos en que se habían convertido no llegaron a florecer. De nuevo habían desesperado, pero Hakim soportó un invierno más en el que tuvo que proteger las plantas del frío a diario. Era su única esperanza, porque apenas quedaban semillas para preparar la infusión que muchos en Yayyán ya demandaban.

Ishaq había insistido en prepararla tras la boda de Yakob, y quienes la probaron permanecieron en vela y sin rastro de sueño hasta el amanecer. Uno de ellos había sido el propio rabino, que, tras escuchar el relato sobre el origen de aquella planta, debió de comprender que podía serle de gran ayuda en sus vigilias de rezo y ayuno. Había insistido a Ishaq para que Hasday le mostrara el secreto de su preparación, y este no había tenido más opción, siendo quien era, que entregarle un saquete de semillas ya tostadas y listas para triturar. Después guardó las pocas que quedaban a buen recaudo, en la alacena del granero y bajo llave, negando su existencia a los muchos que preguntaban por ellas. Desde entonces, solo habían vuelto a preparar la infusión en contadas ocasiones.

Ishaq, en una de sus visitas a Bayāna, había tratado de ponerse en contacto con Abd al Karim con el objeto de hacerle un nuevo encargo, pero el marino no parecía haber vuelto por el puerto. Pensó que, de no haber surgido un contratiempo serio, tarde o temprano lo haría, así que dejó un recado para él en la alcaicería y avisos a quienes lo conocían. Sin embargo, en dos años no había dado señales de vida.

Por fortuna, aquella última primavera las plantas habían comenzado a prosperar bajo los cuidados de Hakim, quien las mantenía libres de plagas y de malas hierbas, las abonaba con el mejor estiércol y las mimaba conservando la tierra húmeda y

esponjosa. A principios del verano, habían alcanzado dos codos de altura y se cubrieron de flores blancas y estrelladas. Semanas más tarde, los primeros frutos cubrían las ramas sarmentosas en racimos apretados. Aquella había sido la primera enseñanza, y una gran noticia: la planta de *qahwah* era un arbusto de crecimiento lento y no una planta anual, ya no faltaba demasiado para la primera cosecha y era previsible que siguiera produciendo sus frutos en los años sucesivos.

Hasday saltó la acequia de agua cantarina que discurría por el lindero de la finca y vio a Hakim entre las plantas con la azada en la mano. No quedaban hierbas que arrancar, pero entrecavaba los surcos para mantener la tierra bien aireada. Iba vestido únicamente con un calzón corto y, aun así, el sudor brillaba sobre la piel de su cuerpo, fibroso y menudo. Debía de haberlo visto llegar con el rabillo del ojo, porque se puso en pie, se apoyó en la azada y compuso una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te has perdido? —le gritó mientras se acercaba.

Era cierto que rara vez pasaba por la huerta: la actividad junto a Qâsim ocupaba la mayor parte de su jornada y había decidido delegar en Hakim aquella tarea, sobre todo tras comprobar que la asumía con entusiasmo y responsabilidad. Además, aquel había sido el trato. El muchacho era despierto y aprendía rápido, así que la producción de capullos de seda también le había reportado ya jugosos beneficios. Hasday sabía que Hakim le estaba agradecido, pues, gracias a aquellos ingresos y al trabajo de su madre, la situación en su casa había cambiado de manera drástica y las privaciones habían caído en el olvido. Por eso tenía en él a un amigo fiel, ansioso por satisfacer cualquiera de sus peticiones y cubrir todos sus deslices.

Hasday avanzó por uno de los pasillos delimitados por las hileras de arbustos, acariciando con los dedos las tersas hojas, de color verde intenso y brillante.

—¡Ahora sí! —exclamó al llegar junto a Hakim—. Se ve que prosperan día a día.

Arrancó uno de los granos más maduros y le clavó la uña. Las dos semillas del interior saltaron a la palma de la mano y se puso una entre los dientes.

—¿Una semana más? ¿Dos, quizá? —aventuró.

Hakim asintió con la cabeza.

—Vas a tener tu *qahwah*, y esta vez en abundancia —dijo, señalando la plantación, que cubría toda la finca.

—Nuestro *qahwah* —le corrigió Hasday al tiempo que asentía, complacido. Se disponía a seguir hablando al respecto, pero pareció pensarlo mejor—. Vayamos a la sombra, he traído algo para almorzar.

Se sentaron al borde del ribazo, bajo una higuera, y Hasday abrió la talega que llevaba en bandolera. Sacó un pedazo de pan, un buen trozo de queso de cabra y dejó el pellejo de vino a un costado.

—He hablado con mi padre sobre esto —dijo, señalando la plantación con la barbilla—. O mejor… él ha hablado conmigo. Ha comprobado el interés que despierta la infusión de *qahwah* y cree que se pueden obtener importantes beneficios.

—Si hablamos de negocios —Hakim sonrió de nuevo—, es bueno seguir los

consejos de Ishaq.

—Lo primero que me aconsejó es algo que yo no había sabido ver. Si vendemos el grano verde, tarde o temprano, alguien tendrá la misma idea que nosotros y empezará a cultivarlos. Sería preciso evitarlo.

—¿Y cómo haremos tal cosa?

—Vendiéndolos ya tostados. —Hasday le dio a Hakim un pedazo de pan con queso—. Así tal vez consigamos mantener el monopolio, al menos por un tiempo.

—¡Carajo, qué palabros! —exclamó Hakim, ya con la boca llena—. Quizás el Todopoderoso derrame por igual sus bendiciones sobre todas sus criaturas, pero si solo algunas sacan provecho de ellas es por algo…

Hasday rio.

—He pensado en la manera de hacerlo —dijo. Bebió del pellejo y se secó la boca con la mano.

—Estoy seguro. Ahora entiendo por qué has venido hasta aquí…

—El horno de la calle de los alfareros está en venta.

—¿El del viudo? —preguntó Hakim, y Hasday asintió.

—Muhammad ha enfermado y sus hijas están bien casadas, así que nadie seguirá con el negocio. Podríamos comprarlo… y tú te harías cargo.

Hakim arrugó el ceño.

—No puedo aceptar tu generosidad otra vez. Ya lo hice con el criadero de gusanos.

—No será necesario. Insistías en entregarme la mitad de tus beneficios con la seda. Te haré caso y lo aceptaré. Pero usaremos ese dinero para alquilar el horno. Y tú tendrás que seguir poniendo el trabajo.

Hakim dejó de comer, cogió el pellejo y bebió un trago de vino. Parecía estar rumiando la respuesta mientras con la lengua se limpiaba los restos de queso que se le habían quedado adheridos a los dientes.

—Todos los beneficios al cincuenta por ciento —dijo al fin—. Tanto los de la seda como los del *qahwah*, si los hay.

—Al cincuenta. —Hasday le tendió la mano para cerrar el trato—. Pero no me eches en cara que no me paso por allí, no pienso hacerlo. El aprendizaje junto a Qâsim ocupa todo mi tiempo.

—Cuento con ello —aseguró Hakim—. Aunque espero que, cuando te hayas convertido en un médico de renombre, no me cobres las visitas.

Hasday se levantó, arrancó cuatro higos maduros y le entregó un par a Hakim.

—Al cincuenta —repitió, y los dos rieron con ganas.

Hasday miró por encima de los arbustos de *qahwah* mientras saboreaba la pulpa dulce y sabrosa de los higos. Las plantas, robustas y repletas de frutos rojos que contrastaban con el verde intenso de las hojas, brillaban al sol.

En aquellos dos últimos años, las cosas les habían ido bien. Hakim se mostraba feliz, quizá porque nunca había sido ambicioso: solo se había propuesto sacar de la

miseria a su familia y lo había conseguido en muy poco tiempo. Hasday, por su parte, disfrutaba de las enseñanzas de Qâsim, de sus lecturas, y de la pasión por aprender y experimentar, que no le había abandonado. La ceguera del médico le obligaba a ser él quien llevara a cabo las exploraciones, excepto aquellas en las que bastaba con el tacto o el oído, como las palpaciones y la auscultación. También era él quien preparaba los remedios y los administraba. Qâsim lo había adoptado como si de un hijo se tratara, y su agradecimiento por poder seguir practicando a pesar de la limitación que sufría se traducía en una paciencia sin límites a la hora de transmitir su vasta experiencia. Por eso estaba aprendiendo extraordinariamente rápido, y la desconfianza inicial de los pacientes había dejado paso a un trato afectuoso, a veces condescendiente, era cierto, hacia un aprendiz tan joven.

Por si fuera poco, cuando llegaba la noche, Umarit seguía calmando el segundo de sus anhelos. Cada día que pasaba, sentía crecer la atracción hacia aquella muchacha, cuya belleza se había acentuado con el transcurso del tiempo. La discreción, que mantenían a rajatabla, y las precauciones necesarias en relación con el calendario les obligaban a distanciar sus encuentros, pero el nuevo colchón de lana que había sustituido al calcinado llevaba ya dos años como testigo de su pasión. Hasday no comprendía cómo era posible que aquella relación no resultara evidente para todos a su alrededor. Quizá lo fuera. Aunque trataba de evitar la mirada de Umarit en la casa, sobre todo durante las comidas, no siempre lo conseguía y se sorprendía observándola embelesado. Entonces apartaba la vista con disimulo, improvisaba una nueva conversación o simplemente trataba de participar en la que estaba en marcha. También la ausencia de Yakob y sus malintencionadas alusiones ayudaba a guardar el secreto. Lo cierto es que Ishaq no había repetido su amenaza, aunque aquello no le tranquilizaba, pues sabía que su mayor riesgo eran el exceso de confianza y la posibilidad de que, aun de forma inconsciente, empezaran a relajar las medidas que habían adoptado.

Era uno de los temores que lo mantenían en vela algunas noches. Pero había otras dos preocupaciones que, de manera intermitente en aquellos dos años, habían venido a empañar su ánimo. Una tenía que ver con el matrimonio de Yakob, que, tras los primeros meses, había empezado a acusar las dificultades. Su hermano, antes extrovertido y alegre, se había tornado taciturno y huraño, y en las comidas familiares del Shabat apenas había trato entre los jóvenes esposos. Sin embargo, al parecer, lo único que resultaba alarmante para Ishaq y Nora era que, dos años después de la boda, el vientre de Shoshana permaneciera plano, sin señal de que fuera a albergar al heredero de los Banu Shaprut.

La última sombra acechaba en las calles de Yayyán: Ghâlib y sus compinches, Sâleh y Hassân. Hasday no temía por sí mismo, no creía probable que se enfrentaran a su padre, uno de los hombres más poderosos e influyentes de la ciudad y, en cualquier caso, pocas veces andaba solo por la calle. Le preocupaba más Hakim, que ya había tenido dos encontronazos con el hijo del herrero, saldados por suerte con

sendas huidas poco honrosas y algunas magulladuras. Hasday había hablado de ello con su amigo, que, en respuesta, le mostró una gumía de doble filo que llevaba en la pantorrilla dentro de una funda, con una correa ajustable. En ese momento, mientras lo veía cubierto con solo el calzón corto, se preguntó dónde la habría dejado.

—Hay otra cosa a la que quiero que te comprometas —dijo Hasday de manera aparentemente casual, mientras se sacudía las manos.

—Como los titiriteros con los monos —bromeó Hakim—. Primero me muestras la jarra llena de golosinas, haces que meta la mano para que coja un puñado y, a no ser que suelte la presa, ya me tienes atrapado.

—Algo así… —reconoció Hasday con una sonrisa—. Pero, si vas a ser dueño de un pequeño negocio, has de comprometerte a aprender a leer y escribir.

—¡Leer y escribir! —exclamó—. ¿Para qué ha de servirme? ¿Acaso Muhammad, el panadero, sabe escribir? En absoluto, y mira… cierra el negocio porque ni siquiera lo necesita para vivir.

—Debes hacerlo, y también dominar los fundamentos de la aritmética. De momento no creo que puedas permitirte contratar los servicios de un contable —respondió con una expresión que Hakim no supo interpretar.

—Estás bromeando, ¿no?

Hasday movió la cabeza de un lado al otro, lentamente, con media sonrisa en los labios y los ojos entrecerrados.

—¡Por Allah Todopoderoso! —exclamó ya Hakim sin rastro de sonrisa—. ¡Hablas en serio!

—Me lo agradecerás. —Esta vez Hasday había adoptado un tono grave.

Hakim tragó saliva. Estaba lívido. Parecía devanarse los sesos buscando algún argumento que oponer.

—No todo está en los libros, amigo —dijo al fin—. ¿Acaso el secreto del cultivo del *qahwah* estaba en alguno de esos mamotretos que me enseñaste? No, la clave nos la proporcionó un viejo hortelano que no tiene dónde caerse muerto y que solo ha visto las letras de los muros de la mezquita.

—Aprenderás a leer, escribir y sumar, o rompemos el trato y vendo el grano verde. —La expresión de Hasday no dejaba lugar a dudas.

—¡Maldito judío testarudo! —Hakim agarró un higo demasiado blando del suelo y lo lanzó contra el ribazo.

—Por cierto, ¿qué ha sido del viejo? —Se interesó Hasday—. Me decías que aparece encima del ribazo cada mañana. Aún no he tenido la oportunidad de darle las gracias por su ayuda.

—Es extraño, apenas sale de aquí. Vive en una pequeña cueva en aquel talud y solo sube a la *madīna* el día de mercado para vender los excedentes de la cosecha. Debe de tener alguna gallina y algún conejo. Y cabras, por el olor que llega a veces. Con eso sobrevive.

—¿Crees que ha podido pasarle algo? Quizás esté enfermo.

—Hace dos días estuvo regando, lo sé porque no bajaba agua por la acequia. Sin embargo, no recuerdo haberlo visto ayer. Pero poco nos costará comprobarlo. —Se incorporó—. Si de verdad está enfermo, nadie lo echará en falta. Hemos cruzado cuatro palabras, pero me contó que no tenía a nadie. Para mí que es algún viejo soldado, un desertor quizá, que se asentó aquí hace años y ha envejecido en esa cueva. Lo cierto es que no le gusta mucho hablar.

Ascendieron por la estrecha rampa que unía los dos predios y recorrieron las estrechas veredas entre eras y caballones plantados de nabos, acelgas, berenjenas y melones, además de algunas plantas aromáticas. Salpicaban la huerta varios árboles frutales, y un cobertizo desvencijado albergaba las toscas herramientas a la sombra de una parra. Del anciano no había ni rastro, y Hakim cayó en la cuenta, no sin un sentimiento de culpa, de que nunca le había preguntado su nombre. Había varias puertas que cerraban otras tantas cuevas practicadas en el talud. Por el rastro que se veía al pie de ellas, supusieron que las de menor altura eran el gallinero y el corral de las cabras. La más grande, la única que permitía el paso de un hombre sin agacharse, se encontraba al fondo de una hendidura abierta en la ladera entre dos crestas paralelas. Era de madera y estaba cerrada. Las tablas no encajaban bien y a Hakim le dio un vuelco el corazón al ver que estaba sujeta por dentro, con un simple trozo de cuerda.

—¿Quién vive? —llamó, pero no obtuvo respuesta.

—¿Crees que está dentro? —preguntó Hasday.

Hakim asintió. Introdujo los dedos entre las tablas y el marco, y tiró con fuerza. La endeble cuerda se rompió, la entrada quedó libre e inmediatamente les asaltó un penetrante olor a moho, mugre y humedad. Los rayos del sol, todavía oblicuos a aquella hora de la mañana, penetraban hasta el interior, lo que les permitió vislumbrar el cuerpo del anciano, que yacía inmóvil en un camastro situado a un lado. Hasday se adelantó y le palpó el cuello con las yemas de dos dedos, un gesto innecesario, pues el cuerpo ya estaba frío y mostraba señales de rigidez. A un lado de la cama había restos de un vómito abundante. Los dos amigos intercambiaron una mirada de resignación.

—Ha debido de morir esta noche, mientras dormía. Aún no está del todo rígido —aclaró el aprendiz de médico, mientras hacía viajes al exterior para introducir puñados de tierra con los que cubrir el vómito.

Hakim parecía afectado.

—Pobre viejo —dijo mientras miraba a su alrededor.

El catre en el que la muerte había sorprendido al anciano debía de hacer también de diván donde recostarse a descansar, porque en el resto de la estancia solo había un tosco taburete de tres patas que debía de utilizar para comer en la mesa de madera que estaba al otro lado. Al fondo, la pared de piedra se hallaba ennegrecida por el hollín de un fuego que evacuaba los humos a través de un orificio practicado en el techo. Bajo el tiro, entre la ceniza, había unas trébedes y, sobre ellas, una barra de

hierro de la que colgaba una olla de cobre. Aquel parecía todo el ajuar, junto a las dos escudillas de barro y una jarra desportillada encima de la mesa. Había también una repisa compuesta por dos tablones sujetos a la pared con un soporte, que tan solo albergaba, en completo desorden, un cúmulo de objetos inservibles, manojos de plantas y viejos recipientes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hakim—. ¿Voy a dar aviso al *sahīb al surta*?

El muchacho parecía ausente.

—¡Hasday! —Levantó la voz para llamar su atención.

—¿Has dicho que estaba solo en Yayyán? —preguntó entonces, volviendo de su ensimismamiento.

—Un día me confió que no tenía familia, y nunca he visto a nadie por aquí.

—Así pues, no lo van a echar en falta.

Hakim, que estaba comprobando si aún quedaban rescoldos entre las cenizas, se volvió para mirar a su amigo a la cara. Lo que vio en su expresión le hizo abrir la boca y los ojos de forma desmesurada.

—¡Ah, no! ¡No, conmigo no cuentes! —Se levantó haciendo aspavientos con las manos—. ¿Te has vuelto loco?

—Llevo años esperando una ocasión como esta. —El semblante de Hasday era grave, y Hakim supo que hablaba muy en serio—. Nadie se va a enterar. ¡Un cuerpo humano, de un viejo que acaba de morir y que nadie va a enterrar si no lo hacen los funcionarios de la *madīna*!

—¡Sí, decididamente, te has vuelto loco! —exclamó Hakim. Caminaba en círculos por aquel espacio angosto—. ¿Imaginas lo que pasaría si algún comerciante del *suq* lo echa en falta el próximo día de mercado? Es pasado mañana.

—Pasado mañana estará enterrado. Solo necesito una noche, la próxima. Podemos disponerlo todo para que piensen que se ha ido de Yayyán. Solo hay que soltar a los animales, aquí dentro no hay nada que llevarse. —Pensaba en voz alta mientras examinaba el interior de la cueva.

—¿«Podemos», dices? No, Hasday, no puedes pedirme tal cosa. Si nos sorprenden, la pena puede ser la horca, ¡por muy hijo que seas del gran Ishaq ben Shaprut! —Era la primera vez que Hasday veía a Hakim tan enfadado.

—No es mi intención involucrarte en esto, puedo hacerlo solo.

—¡Por supuesto que lo harás solo! —respondió y, en dos zancadas, se plantó en la puerta.

—No entiendes lo importante que es para mí. Solo te pido que mantengas la boca cerrada.

—Que tu Dios te ampare, Hasday. Si es que ampara a quien quebranta así sus preceptos. —Hakim salió y una nube de polvo se alzó cuando la puerta golpeó la endeble madera del marco.

Las noches eran cortas, de modo que no podía perder el tiempo. Había candiles dispuestos en soportes y colgados en algunas de las alcayatas que sobresalían de la

pared. El estante había desaparecido, pero los dos tablones descansaban sobre la mesa, situada entonces en el centro de la estancia. Estaban sujetos entre sí con cuerdas de esparto para formar una superficie amplia y estable sobre la que trabajar con comodidad. El cuerpo famélico del anciano, completamente desnudo, revelaba una piel cetrina en las zonas que habían estado expuestas al sol, pero los muslos, las ingles, los costados y las axilas presentaban un color más amarillento que rosado.

«No conozco tu nombre, viejo, pero vas a hacer un último servicio a la comunidad», se dijo.

Había hecho varios viajes para llevar todo lo necesario sin levantar sospechas, dando rodeos por caminos distintos con el fin de no llamar la atención de nadie. Lo más voluminoso había sido el viejo cuero de vaca sobre el que descansaba el cadáver. Le serviría para recoger los líquidos de la disección y envolver más tarde el cuerpo, cuando llegara el momento de darle sepultura. Por suerte, había descubierto que el anciano usaba una de las cuevas para guardar sus viejas herramientas, y la pala para abrir la fosa estaba allí. En el segundo viaje había acarreado los candiles, los cabos de vela y el instrumental necesario: cuchillos, sierras, cizallas, tijeras, estiletes, escalpelos y una buena piedra de afilar. Por fin, después de la cena, alegó el mismo malestar con el que se había excusado ante Qâsim para justificar su ausencia durante todo el día, pero no se dirigió a su alcoba, sino al granero, donde seguía durmiendo en las noches calurosas. Cogió una manta vieja, descendió las escaleras y salió de casa por la puerta trasera, no sin antes asegurarse de que nadie se percataba de su marcha. No necesitó llevarse carbones encendidos para prender los candiles: había tenido la precaución de avivar el fuego de la cueva antes de abandonarla por la mañana y en cada viaje vespertino.

Dos paños cubrían la cabeza y las ingles del cadáver, más como muestra de respeto hacia el anciano que para aliviar su culpa. En ese momento, ante el cuerpo iluminado por la luz trémula de los candiles y las velas, con el escalpelo en la mano derecha, sentía que estaba a punto de cometer una profanación. Solo el chirrido de las cigarras en el exterior hendía el silencio.

—Perdona, Adonai, a este siervo tuyo, si lo que me dispongo a hacer resulta ingrato a tus ojos —susurró con los ojos cerrados y las manos alzadas—. Solo tú sabes que mi único propósito es buscar el bien para tus criaturas, y por ello ruego tu bendición. Abre mi mente al entendimiento, de forma que pueda aprovechar cuanto hoy aprenda para el beneficio de mis semejantes.

Abrió los ojos y observó el cadáver. Apoyó la punta del escalpelo en la piel del abdomen, bajo el extremo del esternón, dispuesto a practicar la primera incisión en línea recta hasta el pubis. En ese momento, todos sus sentidos se pusieron alerta. Había oído un ruido procedente del exterior, el inconfundible sonido de una sandalia al apoyar el peso sobre una rama seca. Dejó caer el escalpelo sobre el cuero y, a toda prisa, tapó el cadáver con la manta que había en el catre. La otra manta, la que había cogido en el granero, cubría la puerta para evitar que la luz de las lámparas se colara

a través de las rendijas y se advirtiera desde el exterior. Con rapidez, echó mano al mango de un cuchillo, sopló todas las velas y los candiles, y se hizo la oscuridad. Quienquiera que fuese había ido hasta allí en busca de algo. Nadie se aventuraba en medio de la noche sin un motivo poderoso.

—¡Hasday! —Oyó una voz queda, en la que reconoció el timbre de Hakim—. ¡Soy yo!

—¡Maldita sea! —exclamó, al tiempo que sentía que le flaqueaban las rodillas.

Completamente a oscuras, salvo por el tenue resplandor de las brasas, soltó la cuerda que sujetaba la puerta y Hakim se deslizó al interior.

—¡Casi me matas del susto, hijo de puta! —Hasday se dio cuenta de inmediato de lo inconveniente del exabrupto, pero no se paró a pedir disculpas—. Me has hecho apagar todos los candiles.

—Lo siento —se limitó a decir el muchacho—. Pensaba que te alegrarías de verme.

Hasday había buscado una vela casi a tientas, la acababa de prender en las brasas y estaba encendiendo de nuevo todos los candiles. Miró a su amigo, que ya había sujetado la puerta y estaba colocando en su sitio la manta que la cubría. Llevaba consigo una pala que había dejado apoyada junto a la jamba.

—No me alegro, Hakim. Esta tarde he reflexionado y sé que estabas en lo cierto, no tengo derecho a pedirte que lo arriesgues todo por mí. Es más, prefiero que vuelvas a casa.

—No pienso hacerlo. Si no abro la fosa mientras tú hurgas ahí dentro —dijo a la vez que señalaba el bulto de la mesa—, no podrás dejarlo sepultado. Recuerda lo que ocurrió con el cerdo que dejamos a medio enterrar.

A la mente de Hasday acudió el revuelo que se había armado en Yayyán tres años atrás, y experimentó un escalofrío al pensar en lo que podía ocurrir si lo que aparecía eran los restos de un ser humano.

—Está bien, pero ten cuidado. Si oyes cualquier cosa, deja la pala y sal corriendo. No me perdonaría que te ocurriera algo por mi causa.

—Cavaré en una era del extremo que el viejo tenía preparada para la siembra. Así nadie reparará en la tierra removida, si es que alguien se acerca por aquí en semanas.

Cogió la pala y salió con rapidez, cerrando la puerta tras de sí.

—No se ve nada desde fuera —añadió en un susurro—. Puedes estar tranquilo.

Las horas pasaron a velocidad pasmosa para Hasday. Cuando Hakim regresó, cubierto por una capa de tierra y sudor, el hígado del anciano reposaba sobre el cuero. El muchacho no pudo reprimir un gemido ante aquella imagen.

—Padecía una enfermedad hepática, cirrosis —explicó Hasday, mirando aquel órgano. Presentaba un aspecto blanquecino, en lugar del habitual color de la sangre —. Pero no creo que eso le haya provocado la muerte. Más bien pienso que se ha quitado la vida al ver que empeoraba.

—¿Quieres decir que se ha quitado de en medio antes de empezar a sufrir? —se

extrañó Hakim—. ¿Y cómo lo ha hecho?

—Cicuta —aseveró Hasday, categórico, al tiempo que señalaba una de las escudillas del suelo a la que no habían prestado atención antes—. Hay restos de jugo y hojas machacadas, y esta tarde he tirado fuera unos tallos de la planta que había confundido con hinojo. Además están el vómito, ya has visto que era verdoso, por las hojas ingeridas, y el olor característico de su orina.

Hakim lo miró con expresión de asombro.

—Para algo sirven las horas que pasas junto a Qâsim y todos esos libros en los que te dejas los ojos.

Hasday sonrió. Era cierto que lo que sabía sobre la cicuta lo había aprendido de uno de los tomos del Dioscórides, que seguía consultando prácticamente a diario.

—No he terminado aún —se excusó—. Vete a casa, yo cubriré la fosa.

—No podrás hacerlo tú solo antes del amanecer.

Hasday sabía que tenía razón.

—En ese caso acuéstate ahí —señaló el catre a su espalda—, debes de estar agotado. Descansa un poco.

—Prefiero echar una cabezada fuera —respondió Hakim con cara de asco, dejando claro que no pensaba acostarse donde unas horas antes había muerto aquel hombre, entre vómitos.

—Está bien, te avisaré.

Hasday volvió a concentrarse en su tarea. Todavía le quedaban dos detalles importantes que observar. Había abierto la cavidad torácica y el abdomen, y había seguido el curso de los vasos que salían del corazón, pensando que habría dado cualquier cosa por ver aquella prodigiosa maquinaria en funcionamiento. Pero una vivisección era impensable. ¿Sería posible observar las contracciones del corazón en un hombre inconsciente pero vivo? ¿O quizá se detendría al instante, en el momento de abrirlo? ¿Y los pulmones? ¿Cabría la posibilidad de ver aquellos sacos rosados hincharse con el aire inhalado? La mayor parte de la información al respecto provenía de los médicos que seguían a los ejércitos, pues, paradójicamente, las grandes batallas eran una magnífica fuente de enseñanzas médicas. Era allí donde los físicos veían cuerpos eviscerados, miembros cercenados, cráneos abiertos. Por cruel que pareciera, esa había sido durante toda la historia la única manera de adquirir conocimientos de anatomía humana. Por fortuna, muchos de aquellos hombres habían reflejado por escrito el saber adquirido en aquellas circunstancias, y de ahí bebían quienes les habían sucedido en el oficio. Así había sabido Hasday de la semejanza de los órganos entre hombres y bestias, aunque no por ello dejó de asombrarse al verlo con sus propios ojos.

Tomó la mano del anciano y la colocó con la palma hacia arriba. Quería estudiar en profundidad la disposición de los huesos de la muñeca, los nervios que la atravesaban y los vasos que llevaban la sangre. Uno de sus pacientes, platero de profesión, había acudido buscando ayuda porque era ya incapaz de sujetar sus

delicados instrumentos. Había perdido sensibilidad en los dedos, a menudo se le caían las herramientas y por la noche sufría de fuertes dolores. Practicó una incisión transversal con el escalpelo, después otra perpendicular desde la palma de la mano hasta el primer tercio del antebrazo y, con cuidado, disecó la piel. Después, uno por uno, fue disecando los músculos, cortando sus inserciones en los huesos, separando los cordones azulados llenos de sangre de las cintas blanquecinas, que eran nervios y tendones. Al cabo de un rato, había dejado al descubierto la mayor parte de los pequeños huesos. Comprobó que muchos nervios atravesaban la muñeca por estrechos túneles, y el anciano, después de toda una vida manejando la laya, la hoz, el azadón y quizá también la espada, mostraba unos huesos de borde irregular, con concreciones y deformidades. Lamentó no saber si también había sufrido del mismo mal que el platero.

Terminó por separar la mano del antebrazo, acercó una vela y observó con detalle la superficie de las articulaciones. Raspó con un punzón una de aquellas concreciones blanquecinas y comprobó que tenían un aspecto mineral, como si un alarife hubiera depositado allí minúsculas paladas de yeso o de argamasa. Llegó a la conclusión de que, si aquel era el origen del mal, no podría llevarle buenas noticias al platero. Se desentendió de la mano muerta y la dejó en el costado opuesto, se lavó las suyas y limpió el escalpelo y el punzón en la jofaina que reposaba en el extremo del tablón. Después afiló con cuidado un escalpelo aún más delicado, una lanceta y unas pinzas diminutas, y se dispuso a acometer la última parte de la labor que se había propuesto para aquella noche. Respiró hondo antes de retirar el paño que cubría el rostro del anciano. Con decisión le abrió un párpado, palpó el globo ocular e introdujo el escalpelo por el borde. Trató de ser cuidadoso mientras rodeaba el ojo con el afilado instrumento seccionando todas las inserciones y después lo introdujo hasta la parte posterior para seguir cortando, hasta que la pequeña esfera quedó por fin entre sus dedos.

—Esto lo hago por ti, Qâsim —se dijo.

Metió el órgano en la jofaina y volvió a lavar los instrumentos. Empezaba a acusar el cansancio tras varias horas en pie, de modo que se sentó en el taburete. Hizo sitio encima del cuero, acercó varios candiles y sostuvo el ojo por el pedúnculo posterior. Con la mano derecha, tomó el escalpelo más pequeño, tratando de apartar de su mente la idea de que el anciano seguía observándole tras aquella mirada vidriosa, y examinó con detenimiento la admirable estructura que tenía entre los dedos. Hizo la primera incisión en la córnea y una pequeña cantidad de líquido transparente se escurrió hacia el cuero. La cámara anterior del ojo quedó vacía y tuvo dificultades para recortar aquella membrana transparente y delicada. Tenía ante sí el orificio de la pupila, enmarcado por un iris pardusco que cortó para abrirse paso. Al fondo se adivinaba una estructura blanquecina que le recordaba la telilla opaca que había dejado ciego a Qâsim. Quizá fuera la causa del problema, pero si entraba por allí podía destruirla, así que decidió cortar la capa externa del globo para observar su

interior. Al incidir con el escalpelo, brotó un humor gelatinoso y límpido que dejó caer sobre el cuero. Entonces se reveló el cristalino, la pequeña lente que describían los anatomistas en sus obras. Usó la pinza para sacarlo de su sitio, justo detrás de la pupila, y al ver su aspecto, semejante a una perla de cristal perfectamente tallada y pulida, comprendió por qué había recibido aquel nombre. Sin embargo, en aquel caso, la transparencia que resaltaban los autores, y que él mismo había observado en alguno de los animales que había disecado, no era tal. Una ligera turbidez empañaba la parte anterior de lo que debería haber sido una estructura diáfana, y concluyó que el viejo que yacía en la mesa había empezado a padecer el mismo mal que había dejado ciego a Qâsim. Sus pensamientos comenzaron a volar. ¿Y si fuera posible, con la ayuda de delicados instrumentos, acceder a aquella telilla opaca y extraerla? Se sujetaba al interior del ojo por lazos lábiles que se podían desprender con facilidad. Pensó que el dolor haría imposible la operación, pero sabía que había métodos para evitarlo y sintió que se le aceleraba el corazón. Tenía otro ojo con el que practicar y sabía que una ocasión como aquella no se repetiría, así que emprendió la tarea.

Ignoraba el tiempo que había transcurrido cuando extrajo el segundo cristalino con ayuda de las pinzas a través del orificio de la pupila. Había salido con facilidad y, salvo por el corte imprescindible de la capa exterior, el resto de las estructuras del ojo no parecían afectadas. ¿Sería posible hacer cicatrizar una herida como aquella en un hombre vivo? ¿Podría recuperar el paciente el líquido que se vertía al practicar el corte? Concluyó que las respuestas a aquellas cuestiones solo podrían obtenerse a través de la experimentación, quizá sometiendo a analgesia a un animal para practicar la técnica con él y comprobar los resultados. De repente se sintió abrumado por la ingente tarea que supondría resolver aquellas dudas. Una vez más, tenía la impresión de que, cuanto más sabía, más le quedaba por saber; cuantas más puertas abría, más puertas cerradas descubría. De algún modo, era la misma sensación que había experimentado en sus viajes cuando, al alcanzar el alto de un collado tras un ascenso agotador, solo descubrían nuevas cadenas de montañas que se extendían hasta perderse en la bruma del horizonte.

El ruido de la puerta al abrirse le sacó de su ensimismamiento. La cara de Hakim se descompuso de nuevo en un gesto de repulsión, y Hasday comprendió el motivo al echar un vistazo a su alrededor. El rostro del anciano parecía mirar a lo alto, pero las cuencas de sus ojos estaban vacías, salvo por el exudado sanguinolento que en parte las había llenado. Los ojos, o lo que quedaba de ellos, yacían en el cuero en medio de un charco de líquidos y humores gelatinosos. Y una mano cortada descansaba con los dedos extendidos sobre las ingles del cadáver, la única zona que había quedado a salvo de la labor del escalpelo.

—¡Hasday! —exclamó su amigo, al tiempo que se frotaba los ojos, aún somnolientos, con el dorso de la mano—. ¡Tenías que haberme despertado! ¡Está empezando a amanecer!

Era cierto, por el hueco de la entrada se advertía un tenue resplandor sobre el

horizonte. De repente la inquietud se adueñó de Hasday, que solo acertó a musitar una excusa antes de meter los instrumentos en la jofaina llena de agua rojiza.

—¡Ya no tenemos tiempo de enterrar al viejo sin arriesgarnos a ser vistos! —advirtió Hakim.

—Sí, sí que podemos, aún no es de día —repuso Hasday, mientras introducía a toda prisa en el abdomen vacío los órganos que, uno a uno, había ido extrayendo. Estuvo a punto de meter también la mano seccionada, pero aquel gesto incrementó la sensación que ya sentía de haber profanado el cadáver, así que la dejó fuera, pegada al costado.

Hakim agarró con fuerza a su amigo por el antebrazo.

—Si alguien nos sorprende, mañana colgaremos los dos de una soga delante de la muralla. O peor, de una cruz, un castigo a la altura de este delito —añadió con voz firme y una mirada asqueada clavada en los restos del anciano.

Hasday comprendió que tenía razón. De haber estado solo, se habría arriesgado, pero no podía poner en peligro a Hakim. Bastante lo había comprometido ya en algo que estaba empezando a parecerle una locura. Sin embargo, pensó con angustia en la jornada que les esperaba sabiendo que el cuerpo seguía en la cueva, sin recibir sepultura.

—Volveremos esta noche. No nos costaría mucho, pero será mejor hacerlo en la oscuridad —resolvió Hakim.

Hasday accedió. Retiró la jofaina, que depositó en el taburete, y apartó las velas y los candiles. Después levantó uno de los bordes del cuero y cubrió el cadáver con él. Dio la vuelta a la mesa improvisada para repetir la operación en el lado opuesto, y en la penumbra tropezó con el extremo del tablón. El cadáver se sacudió y Hasday maldijo para sí mientras se llevaba la mano al costado, pero terminó de taparlo.

—Maldita sea —exclamó, malhumorado—, usé todas las cuerdas para unir los tablones. Ayúdame, lo colocaremos en el camastro. El cuero está engrasado, no dejará pasar ningún líquido.

Hakim tuvo que sobreponerse al asco para sujetar el bulto por el extremo.

—Te recordaré esto mientras vivamos —le dijo. Su tono hizo pensar a Hasday que, a pesar de todo, aún le quedaban ganas de bromear.

—Considera saldadas todas nuestras deudas. —Seguir la chanza le ayudó a no pensar en lo que estaban haciendo.

Hasday cortó las cuerdas que sujetaban los tablones y, entre los dos, los colocaron en el soporte de la pared, tal como los habían encontrado. También devolvieron la mesa y el taburete a su sitio. Apagaron las velas y los candiles, y abrieron la puerta, por la que ya se colaba una tenue claridad. Retiraron la manta que la cubría y Hasday la metió en el mismo saco que había usado para transportar el instrumental y los candiles. Luego se lo pensó mejor, quizá les fuera necesaria cuando volvieran si necesitaban encender luz dentro de la cueva, así que la dobló y la dejó en el suelo, junto a la puerta. Echaron la vista atrás antes de salir y, en la penumbra, no vieron

nada extraño o fuera de lugar. Salvo un fardo con forma humana en el catre.

Las sombras cubrían de nuevo las huertas cuando Hakim cruzó la plantación de *qahwah* para subir la rampa que conducía a la cueva. Solo la luna en cuarto creciente le permitía poner los pies donde debía, pero sus ojos ya se habían acostumbrado. En una noche como aquella, resultaba impensable encender el candil en el exterior. Prendería la llama una vez dentro, con el carbón que llevaba oculto en su recipiente de barro. Recordó la zozobra de Hasday al confesarle que no podría acompañarle. Se había mostrado sinceramente consternado, pero la razón era poderosa. Como miembro destacado de la comunidad judía en Yayyán, Ishaq iba a ser el anfitrión de una nutrida delegación hebrea que, procedente de Tulaytula, se dirigía a la Madīnat Bayāna con el propósito de embarcar hacia Jerusalén. Tras la cena, tenían intención de participar en una oración comunitaria en la sinagoga, a la que Hasday estaba obligado a asistir, aunque con seguridad su mente estaría en otro sitio. Además, la oración nocturna era la ocasión perfecta para impresionar a los invitados con los efectos de su infusión, e Ishaq le había pedido que se encargara en persona de preparar una buena jarra de aquel brebaje.

El peor trago fue abrir la puerta totalmente a oscuras. Allí, al fondo de la oquedad, ni siquiera llegaba la escasa luz de la luna, aunque sabía que el cadáver reposaba a cuatro codos de él. Se obligó a no pensar mientras desataba la cuerda a tientas. Una vez dentro, palpó el suelo en busca de la manta, reconoció su tacto basto y la extendió. Cubrió la puerta con ella y solo entonces se agachó en busca del carbón. Sopló para avivar la brasa y prendió un cabo de vela. La oscuridad se disipó y Hakim respiró hondo. Allí estaba el bulto, tal como lo habían dejado, y no había ni rastro de que nadie hubiera pasado por allí después del amanecer.

Hakim tenía que cumplir el encargo de Hasday. Al parecer, durante todo el día lo había asaltado una duda. No recordaba haber visto la mano seccionada cuando acabó de envolver el cadáver por el costado opuesto al que había trabajado. Sabía que la había depositado allí para dejar espacio en el cuero, pero no recordaba haberla visto al terminar. Sin duda estaría en su sitio, le había explicado, pero quería que Hakim comprobara que no había caído al suelo cuando tropezó con los tablones. No era probable, pues habían echado un último vistazo antes de salir, pero en la penumbra podía haber pasado desapercibida. Hakim respiró aliviado al comprobar que no había nada en el suelo. Le habría resultado repulsivo tener que recogerla y meterla en el envoltorio, junto a los demás restos.

Se hizo una idea de la situación y repasó el plan que había trazado por el camino, después de saber que, al fin, tendría que ser él quien enterrara solo al viejo. Jamás hubiera pensado que podría verse en una situación como aquella. Abriría la puerta sin apagar la vela para poder sacar el bulto de la cueva. Lo dejaría en el suelo, donde la luna le permitiera ver algo, por poco que fuera, y regresaría para cerrar. Sería solo un instante. Después trasladaría la pala al borde del foso, volvería a por el viejo y lo depositaría en la sepultura. A pesar de todo, pensaba dejarlo de costado y orientado

en la dirección de la *qībla*. E improvisaría una oración, ya que no recordaba las que pronunciaba el *imām* con ocasión de un fallecimiento. La razón le decía que, si un guerrero desmembrado no encontraba obstáculos para entrar en el paraíso, tampoco debería tenerlo aquel anciano sin nombre, eviscerado por un aprendiz de médico loco. Pensaba cubrir la sepultura igualando la superficie con el resto de la era y marcar el lugar con alguna señal que solo él pudiera identificar. Después regresaría para dejar la pala en su sitio, se llevaría la manta, la vela y el recipiente con el carbón, cerraría la puerta con la cuerda y no volvería a poner los pies en aquella cueva en su vida.

13

Hasday caminaba junto a Qâsim por las atestadas calles del centro de Yayyán. Era día de mercado, y la *madīna* se encontraba abarrotada por los vecinos que, ya a media mañana, se habían dado cita en el zoco. Los campesinos les llevaban horas de ventaja, pues en muchos casos habían utilizado la noche para viajar desde las aldeas y alquerías cercanas, con la idea de estar ante las puertas de la ciudad al amanecer. Eso les permitiría ser los primeros en satisfacer la *alqabála* y acceder al *suq* para colocar su puesto en el lugar más ventajoso.

Habían pasado más de dos semanas desde el episodio de la cueva, y Hasday comenzaba a tranquilizarse. Al menos habían cesado las pesadillas que durante las primeras noches interrumpían su sueño, en las que una multitud vociferante, todos provistos de antorchas, rodeaba la abertura de la cueva para prenderle fuego con dos nigromantes en su interior. Sin embargo, nadie parecía haber echado en falta al anciano, y no era de extrañar: resultaba difícil reparar en la ausencia de un campesino entre el gentío que les rodeaba.

Tampoco Qâsim parecía haber sospechado nada cuando le habló de la posibilidad de operar un caso de ceguera provocada por catarata. Se mostró extrañado, eso sí, de su conocimiento de la estructura interna del ojo, pero Hasday había salido del paso confesándole que en el pasado había disecado algunos que le habían proporcionado los carniceros, algo que en realidad era cierto. Qâsim tenía noticia de que tal proeza se había efectuado con éxito en Bagdad, pero todos los ensayos realizados en Qurtuba, al menos hasta su partida, habían fracasado, y los pacientes sometidos a la operación habían acabado perdiendo la vista de manera definitiva.

La mente de Hasday, sin embargo, no dejaba de barajar posibilidades, aunque todas rozaban el margen de la ley o lo traspasaban por entero, por no hablar de los límites que le marcaba su propia razón. Todas las opciones pasaban por la experimentación con animales a los que habría que mantener con vida al menos hasta comprobar el resultado del intento. Pero ¿cómo mantener inmovilizado a un perro o a un carnero durante diez días, como mínimo? Tal inconveniente podría obviarse en humanos, pero le resultaba impensable arriesgar la vida de uno de ellos sin asegurarse antes de que había probabilidades de éxito. A todo ello se sumaba además la dificultad de controlar el dolor durante la operación y los días posteriores.

Demasiados problemas acumulados, sobre todo después del sobresalto que había vivido con Hakim dos semanas antes. Albergaba la esperanza de que, si las noticias de Bagdad eran ciertas, no tardaría en regresar a Qurtuba alguno de los médicos que con frecuencia viajaban hasta allí para perfeccionar su formación en los *bimaristanes* que funcionaban al amparo de la Bayt al Hikmah. En los últimos tiempos, desde que había llegado Qâsim para mostrarle los conocimientos que había adquirido durante años en Qurtuba, la posibilidad de acudir a la capital del emirato a perfeccionar su formación le provocaba una agitación difícil de explicar. Lo que ni siquiera lograba

era imaginarse como pupilo de uno de aquellos maestros de la Casa de la Sabiduría, por eso prefería desechar tales pensamientos.

Resultaba llamativo, pero los días de mercado su actividad se reducía, de modo que aquella mañana paseaban, curiosos, entre géneros de todo tipo. En la calle por la que transitaban se agrupaban los carniceros y los puestos de caza. Cerca del mediodía, el calor ya se hacía notar y, con él, los olores propios del gremio asaltaban la nariz de los menos madrugadores. La suya ya se había acostumbrado a fuerza de visitar a enfermos en miserables casuchas, que en muchas ocasiones agravaban su estado de abandono precisamente cuando era la esposa quien reclamaba sus servicios. Al contemplar las asaduras, las panzas y los hígados colgados de aquellos clavos Hasday no pudo evitar que su mente se remontara a la noche en la cueva. Junto a ellos, ya ennegrecidas por el paso de las horas, aguardaban las cabezas de las ovejas y las cabras, y las piezas más nobles, que, sin embargo, perdían su nobleza bajo la capa de moscas que las cubrían. Las aves pendían sin desplumar, por lo que, en los ojos y en los tajos que les habían provocado la muerte, se concentraban los insectos. En algunos puestos, las gallinas, los conejos, las perdices y los faisanes esperaban su turno hacinados en toscas jaulas de madera. Todo aquello que pudiera resultar comestible tenía su lugar en alguno de aquellos tenderetes: peces de río, cangrejos, ranas, caracoles…; incluso víboras, vivas y muertas, se anunciaban bajo la sombra de los toldos.

Se acercaban al final de la calle que desembocaba en una plazuela cercana a la mezquita. Era uno de los lugares más transitados, y los puestos de los carniceros empezaban a dejar paso a los tenderetes de comida. El olor de la carne cruda y de la sangre se vio sustituido por el de las viandas asadas, el humo de leña y las especias, y Hasday fue consciente de inmediato del hambre que tenía. De buen grado se habría detenido para saborear aquel pan de aspecto apetitoso relleno de carne bien aderezada, pero los puestos de comida *kasher* se hallaban lejos de allí, junto al acceso a la judería. Se disponía a sugerir a Qâsim que lo hicieran, pero la atención del médico parecía dirigirse hacia el centro de la plaza que se abría a pocos pasos. Una multitud empezaba a congregarse en torno a un tablado improvisado en el que un hombre de aspecto extraño hablaba a voces y en medio de grandes aspavientos. Desde donde estaban, Hasday no oía sus palabras con claridad, pero una de las que llegó a sus oídos atrajo su atención de forma poderosa.

—¿Está hablando de la triaca? —le preguntó a Qâsim.

—Eso me ha parecido oír.

Sin mediar palabra, los dos se deslizaron entre el gentío que se arremolinaba junto a la plataforma. Se trataba en realidad de una carreta afianzada en gruesos tacos de madera, y sobre ella se veían decenas de cajas de madera llenas de recipientes de barro de boca estrecha sellados con cera. De cerca, comprobaron que el aspecto extraño que habían apreciado se debía al contraste entre la piel oscura del hombre y sus cabellos largos y canos, cubiertos solo de forma parcial por un turbante enrollado

con torpeza. Por sus rasgos, Hasday dedujo que pertenecía a alguna de las numerosas tribus bereberes que en los últimos tiempos habían cruzado el mar con destino a Al Ándalus. A sus pies descansaban dos cestos de mimbre provistos de tapa que parecían despertar el interés de los más próximos. Detrás de él, otro hombre de piel aún más oscura y tamaño descomunal, permanecía en pie de brazos cruzados, si bien Hasday observó que, con la mano derecha, sujetaba la empuñadura del alfanje que le colgaba del cinto. El hombre que había llamado a voces su atención recorría la plazuela con la mirada. Tanto esta como las calles adyacentes rebosaban ya de curiosos que se aupaban sobre las punteras para ver mejor. Solo entonces agitó las manos con la intención de volver a acallar a la muchedumbre.

—Hoy veréis… —exclamó con voz potente antes de continuar, esperando que se hiciera el silencio de nuevo—. ¡Hoy seréis testigos de un milagro!

De las gargantas de los presentes no salió más que un sonoro abucheo. Estaban hartos de los charlatanes y embaucadores que cada día de mercado, fieles a su cita, aparecían en las plazas del zoco reclamando la atención de la multitud. Aquel parecía diferente, y de ahí el gentío congregado, pero no había empezado bien. Hasday alzó las cejas, divertido, y describió a Qâsim la escena que se desarrollaba ante ellos.

—Otro falso curandero —concluyó el médico—. ¡La triaca, dice! Ni él mismo sabrá las porquerías que ha echado en esas vasijas que en poco rato tratará de vender a todos estos incautos.

—¡No soy uno más! —exclamó el hombre, como si lo hubiera oído—. ¡Y lo vais a comprobar con vuestros propios ojos! ¡A ver… tú!

Se dirigió a un hombre joven que miraba hacia lo alto desde las primeras filas. Por su aspecto y su vestimenta, se trataba de un campesino.

—¿Qué es lo que más temes cuando en los calurosos días del verano caminas con tus sandalias entre los sembrados? ¿Cuál es la alimaña a la que más desprecias, aquella cuya picadura puebla tus pesadillas?

—La víbora —contestó el mozo, satisfecho de haber salido bien parado de aquel examen ante media ciudad.

Hasday se rio con ganas.

—«Si adivinas lo que traigo, te doy un racimo» —dijo. La broma iba dirigida a Qâsim, pero provocó la risa y el asentimiento de quienes les rodeaban.

El hombre de la tarima, no obstante, se volvió hacia uno de los cestos, levantó la tapa y, con la ayuda de un gancho, sacó una víbora enorme. El animal se retorció para liberarse, cayó en las tablas de la plataforma y, arrastrándose con asombrosa rapidez, se acercó al borde. Un grito de pavor surgió de las gargantas más cercanas y el movimiento reflejo de la gente produjo un conato de avalancha. Sin embargo, el beréber dejó caer el gancho detrás de la cabeza de la serpiente y el animal quedó inmovilizado. A continuación se agachó con rapidez y, mientras sujetaba el garfio con la mano izquierda, utilizó la derecha para levantar a la víbora ante el público. El animal se retorcía y trataba de enroscarse en torno al brazo desnudo de aquel hombre,

provocando un murmullo de aversión. También Hasday participó del gesto de repulsión que parecía dibujarse en todos los rostros. A su mente acudió la imagen de Yorán, el hermano de Umarit, y sintió la angustia en el estómago.

—Incluso un hombre joven y robusto teme a una alimaña como esta. ¡Y con razón! Con su ponzoña puede provocar la muerte de un caballo —exageró—. Es aún más temible que los venenos que durante centurias han acabado con la vida de califas y emperadores. ¿Y sabéis por qué? Porque el uso de esas ponzoñas deja un resquicio a la esperanza: un emético a tiempo, un antídoto eficaz puede ayudar a salvar la vida. Pero no ocurre tal cosa cuando este inmundo animal inyecta su veneno bajo la piel. Entonces ya no hay remedio, la ponzoña fluye por las venas y mata de forma inexorable. ¡No pocos hombres ha habido que, con tal de salvar la vida, se han hecho amputar un miembro al verse atacados!

La serpiente intentaba liberarse, pero su cuello seguía firmemente sujeto entre el pulgar y el índice de aquel charlatán que, en un instante, había conseguido atraer la atención de la plaza entera, que guardaba un silencio expectante.

—Solo un loco o un suicida se dejaría morder por una víbora, y más por un ejemplar tan enfurecido y de tamaño tan descomunal como este. Yo no estoy loco, y no tengo intención de quitarme la vida, ¡solo Allah Todopoderoso tiene la potestad de hacerlo! Y, sin embargo, ¡voy a dejar que me muerda! —gritó con tono dramático en medio del asombro general, y dejó que la cabeza del reptil le rozara el vello del brazo izquierdo.

—¡No serás capaz! ¡No, si estás tan cuerdo como dices! —soltó una voz anónima.

—¡No hagas tal cosa! —rogó una mujer, sinceramente espantada.

De nuevo regresó el vocerío. Hasday reparó en que, junto a ellos y de forma discreta, un grupo de jóvenes cruzaba apuestas con rapidez. Solo uno se jugó un *dirhem* de plata a que el hombre se dejaría morder.

—Yo soy el único que puede permitirse una picadura sin temor a ofender al Todopoderoso, ¡porque conozco el remedio a su ponzoña! ¡El único remedio eficaz incluso frente al veneno más mortífero!

Hasday observó cómo aflojaba la presión sobre el cuello de la víbora y alzó la cabeza para observar mejor. El animal, liberado de la presa, reaccionó como era de esperar y clavó los colmillos en el antebrazo de aquel hombre. Su grito se mezcló con el de la muchedumbre. De inmediato arrojó el reptil dentro de la cesta y esperó a que el esclavo cerrara la tapa. A continuación extendió el antebrazo y, con los dientes apretados en un gesto de dolor, mostró los orificios, de los que se escurría un pequeño reguero de sangre.

—¡Le ha mordido! —Qâsim no necesitaba la explicación, las voces de espanto y asombro le habían hecho adivinar lo sucedido.

—¡La triaca me salvará la vida! ¡El secreto mejor guardado desde la antigüedad me ha sido desvelado y vengo a compartirlo con vosotros! ¡El remedio que acabará con cualquiera de los males que os aquejan!

El hombre se dejó caer de forma teatral en el tablado. Tenía el rostro contraído por el dolor y se sujetaba el brazo con fuerza, apretando los dientes con los ojos cerrados.

—¡Muévete, esclavo! —Aulló con ira—. ¡Dame ahora la vida!

El corpulento guardaespaldas tomó una de las vasijas, alzó el alfanje y partió el cuello cerrado con cera de un golpe seco. Derramó el líquido viscoso en la zona de la mordedura, que ya aparecía visiblemente inflamada. Después vertió un poco más en una escudilla, ayudó a su dueño a incorporarse y se la dio a beber. El silencio era absoluto, cientos de ojos estaban clavados en los gestos de dolor de aquel demente, que no tuvo que alzar demasiado la voz para hacerse oír de nuevo.

—Mi fe en la triaca es absoluta —afirmó con voz débil y entrecortada, señalando a la vasija que sostenía el esclavo—. ¡Ah, el emperador Augusto habría dado cualquier cosa por una redoma como esta para devolver la salud a Cleopatra!

Se le había aflojado el turbante y los largos cabellos blancos le caían sobre la frente. Su voz había perdido fuerza, pero seguía manteniendo en alto el brazo, cada vez más tumefacto.

—¿Qué opinas, Qâsim? —preguntó Hasday—. La triaca es el remedio universal, conocido desde la antigüedad, tal como él ha dicho. Incluso Galeno habla de ella. ¿Crees posible que ese hombre haya dado con la fórmula perdida?

—Creo que es un farsante, y un gran actor.

—Pero todos hemos visto cómo le mordía la serpiente…

—Hay trucos para evitar que la víbora inocule su veneno. Quizá la ha forzado a morder antes una pieza de carne hasta que ha expulsado la mayor parte. Tal vez, y es lo más probable, le haya extirpado las vejiguillas en las que lo almacena. Sí es así, ese hombre solo sufre la molestia de dos pinchazos y los efectos de una cantidad muy escasa de ponzoña.

Hasday sintió crecer la indignación en su interior. En aquel momento, el beréber pugnaba por incorporarse. Con ayuda del esclavo, se sentó en una silla de campaña hecha de cuero y madera.

—¡La misericordia de Allah se manifiesta en este humilde servidor! Que Belcebú me arrastre con él si no estoy empezando a sentir mejoría.

Esta vez la plaza se llenó de murmullos de admiración.

—He aquí el remedio que me va a salvar la vida —repitió, mientras señalaba las cajas de madera repletas de aquellas pequeñas vasijas—. Soy hombre de bien y quiero compartir este milagro con mis semejantes. Otros lo guardarían para sus parientes y amigos, o venderían su fórmula a reyes, nobles e imames. Hoy, por un solo *dirhem* de plata, una de estas vasijas será vuestra. Con ella os aseguráis que vosotros y los vuestros moriréis de pura vejez, cuando el cuerpo se consuma sin remedio.

—¡Yo quiero dos! —El primero en alzar la voz fue el joven que acababa de ganar varios *darahim* con su apuesta.

—Mi esclavo os atenderá mientras la triaca termina de ejercer su beneficioso influjo sobre mí. Pero tened en cuenta dos cosas: que quizá no haya vasijas para todos y que probablemente no vuelva a poner los pies en Yayyán. Una oportunidad como la de hoy solo se presenta una vez en la vida de un hombre.

Apenas se oyeron las últimas palabras, porque el gentío empezaba a arremolinarse en torno a la carreta. Pronto las monedas de plata cambiaban de manos, y los satisfechos compradores se alejaban contemplando embelesados sus pequeñas vasijas. Aquellos para quienes un *dirhem* de plata era una pequeña fortuna difícil de reunir los observaban con envidia y decepción en el semblante.

—Lástima no haber tenido preparada una víbora, aunque hubiera sido más pequeña —se lamentó Qâsim—. No hay nada más sencillo que desmontar una patraña como esta, pero se ampara en la sorpresa. En cuanto vendan todas las vasijas que llevan, saldrán de Yayyán y nadie volverá a verlos. En eso no ha mentido.

—Espero que, al menos, el brebaje que contiene no resulte perjudicial.

La multitud empezaba a dispersarse y maestro y discípulo echaron a andar hacia la lonja en la que se ubicaba su consultorio.

—Puedes asegurar que lo será. Hoy habrá enfermos que, en lugar de venir a nosotros o a otros médicos de Yayyán en busca de ayuda, recurrirán a ese bebedizo. Tardarán una o dos semanas en comprobar su ineficacia y quizá ya sea tarde.

—¿Por qué, entonces, no lo hemos desenmascarado? —se preguntó Hasday.

—Ya has visto de qué manera se había ganado el favor del auditorio. Si hubiéramos abierto la boca, habría puesto a todo ese gentío en nuestra contra. No habrían tardado en identificarnos como médicos y se nos habría acusado de defender nuestros intereses. Puede que no hubiéramos salido de allí con bien.

—Me indigna esa manera de engañar a tantos pobres ignorantes. Muchos de los hombres que se han lanzado a por una de esas vasijas han gastado el *dirhem* de plata que estaba destinado a comprar las viandas de su familia para toda la semana. Y todo a cambio de unas onzas de mejunje que, en el mejor de los casos, no les producirá el menor beneficio.

—Se lo haremos ver cuando aquellos que están realmente enfermos regresen al consultorio buscando ayuda. El boca a boca hará que todos acaben comprendiendo que han sido víctimas de un engaño. Supongo que la próxima vez que se presente un charlatán como ese en las plazas de Yayyán, habrán aprendido la lección.

—Vendrá otro, con una artimaña diferente, y volverán a creerle —respondió Hasday, desalentado.

Habían llegado al consultorio y Hasday extrajo su llave de la faltriquera, pues estaba acostumbrado a ser él quien abriera la puerta, pero esta vez no le fue necesario utilizarla. Dos semanas antes, habían contratado los servicios de Ismail, un muchacho espigado, casi flaco, que hacía las veces de criado y de asistente, al tiempo que se ocupaba de atender a los pacientes y tomar nota de los avisos en su ausencia. En aquel momento se encontraba baldeando el pavimento de la calle que rodeaba la

entrada.

La casualidad había querido que se cruzaran con él en la casa de su padre moribundo precisamente el día que habían estado hablando de la necesidad de alguna ayuda en el consultorio y no tuvieron que pensarlo demasiado. Ismail era un chico de diecisiete años despierto y capaz, que había aprendido a leer y a escribir en la escuela de la mezquita mayor. La inminente muerte de su padre a causa de una prolongada enfermedad que apenas le permitía respirar, le había obligado a pensar en un trabajo más estable que el que había desempeñado hasta entonces, y en los días que habían transcurrido no habían tenido motivo de queja.

A diferencia de las jornadas anteriores, ningún paciente los esperaba, y entraron en el zaguán, húmedo, fresco y en penumbra. En torno al espacio central se disponían varios bancos donde los enfermos esperaban antes de acceder a la sala de consultas, que se hallaba a la izquierda. Al frente se encontraba el acceso al pequeño patio cuyo pozo central les proporcionaba el agua necesaria. A través de este penetraba la luz al consultorio y a la estancia que ocupaba el flanco opuesto. En ella, junto a los numerosos volúmenes que había acumulado Qâsim en sus años de ejercicio de la medicina, había una amplia mesa frente a la ventana, dos cómodos sillones y hasta un diván, donde el médico acostumbraba descabezar un sueño después del mediodía cuando su obligación se lo permitía. Una estancia más, desprovista de ventanas, completaba el plano de la lonja. Precisamente por la ausencia de luz era la que utilizaban para guardar los remedios que dispensaban a diario. Allí tenían las existencias que consumían cada semana, pero era en los graneros de la casa familiar donde Hasday almacenaba plantas, raíces y semillas por arrobas, que seleccionaba, secaba, trituraba y mezclaba antes de trasladarlas al consultorio.

Esta vez el médico se dejó caer sobre el diván, un tanto desmadejado por el calor, e invitó a Hasday a hacer lo mismo.

—Un poco de aguamiel nos sentará bien —sugirió.

Hasday buscó una de las botellas de la alacena y sirvió dos vasos de forma generosa. Después aguó el licor con una cántara de barro que rezumaba humedad.

—Todo el mundo cree en las virtudes de la triaca, cualquiera en Al Ándalus ha oído hablar de ella, sobre todo como antídoto contra venenos, pero nadie conoce en realidad su fórmula —dijo Hasday, ya sentado, después de tomar el primer sorbo.

—En Qurtuba circulaban hipótesis sobre algunos de sus componentes, pero se sabe que eran más de setenta los simples en su composición. Y de ninguna manera mezclados al azar, sino preparados siguiendo un complejo ritual solo al alcance de los iniciados. El propio emir ha demostrado siempre un enorme interés por la triaca.

—¿El emir sabe de su existencia?

—Así es. Desde muy pequeño ha mostrado pavor por los venenos. Uno de sus hermanastros murió emponzoñado por la picadura de una víbora mientras jugaban juntos en los jardines del *alqásr*.

—¿Es eso cierto? —se extrañó Hasday.

—No solo es cierto, sino que está en el origen de esa aversión hacia las víboras y de la obsesión que siente nuestro soberano por las ponzoñas y sus antídotos. Aunque también es cierto que no es el único motivo: algunas de las muertes que se han producido tras los muros del palacio se atribuyen al uso de venenos. Las malas lenguas dicen que fue el motivo del repentino fallecimiento de su propio abuelo, el emir Abd Allah, en el año trescientos. Se cuenta que algunos de los enviados por Abd al Rahman a Oriente viajan con el único objetivo de descubrir la composición de la triaca. Sin embargo, mucho me temo que, después de siglos sin noticias, la fórmula y el método de elaboración se hayan perdido para siempre. La biblioteca del *alqásr* contiene millares de volúmenes, que están a disposición de cualquier erudito interesado en su contenido. Yo mismo, en mi juventud, pasé jornadas enteras en aquel lugar asombroso. Espero que algún día tengas ocasión de conocerlo.

—Yo también lo espero —respondió Hasday con tono soñador. Había pocas cosas que deseara con mayor fervor—. Así pues, ¿conoces el origen de la triaca? ¿De dónde procede el nombre?

—El interés por los venenos y los antídotos es tan antiguo como el hombre. La *Theriaca* fue uno de los poemas didácticos escrito por Nicandro de Colofón, un sacerdote del dios Apolo que ejercía en un templo cercano a Éfeso. Su obra, compuesta para el rey de Pérgamo, versaba sobre los animales venenosos, su mordedura y los antídotos más eficaces. Otro poema similar, la *Alexipharmaca*, se extendía a la descripción de los venenos de cualquier origen. Muchos monarcas de la antigüedad se interesaron por el conocimiento de las sustancias venenosas.

—Supongo que les iba la vida en ello —sugirió Hasday.

—Así es. El uso acertado y discreto de una ponzoña podía ser más expeditivo y eficaz que las más largas negociaciones diplomáticas, y en muchos casos podía evitar incluso una guerra. El más célebre de esos monarcas fue Mitrídates VI Eupator, rey del Ponto, que emprendió tres guerras contra Roma hasta que fue vencido por Pompeyo. De él se recuerda su extremado interés por la toxicología. Llegó a organizar laboratorios dedicados a preparar venenos y a investigar sus efectos sobre animales y seres humanos. Se dice que intentó habituarse a ellos ingiriendo cantidades muy pequeñas de los más usados, hasta conseguir hacerse resistente a su acción. De hecho, al ser derrotado por las legiones de Pompeyo, trató de darse muerte con el veneno que siempre le acompañaba en el pomo de su daga, pero, dada la resistencia que había adquirido, la ponzoña resultó ineficaz. Tuvo que ser uno de sus oficiales quien le prestara su espada para quitarse la vida arrojándose sobre ella, al modo romano.

—Es extraño que un rey reuniera los conocimientos suficientes sobre tóxicos, podría suponerse que su interés estuviera en la guerra y la política.

Qâsim asintió con la cabeza.

—De hecho, el verdadero artífice de aquellos estudios farmacológicos fue Cratevas, su médico de cabecera.

—¡Cratevas! Recuerdo que Dioscórides lo cita en su *De materia medica*.

—¿Te extraña que un experto en venenos fuera también un especialista en plantas? Lo fue, hasta el punto de que el de Anazarbo se fijó en su obra para componer ese tratado que tanto aprecias. A él se le atribuye el primer antídoto universal contra venenos, compuesto por cincuenta y cuatro simples, que se conoció en la antigüedad con el nombre de Mitridato, en honor al rey del Ponto.

—¿Una especie de precedente de la triaca?

—De nuevo te anticipas. —Qâsim sonrió y bebió un largo trago de aguamiel. Luego secó sus labios con la manga de la túnica antes de continuar—. Quizá Pompeyo, el vencedor de Mitrídates, se llevó consigo a Roma el secreto de aquel polifármaco. Pero no fue hasta mucho después cuando Andrómaco, el médico de Nerón, añadió nuevos simples a la fórmula del Mitridato, la carne de víboras entre ellos. Lo llamó la Triaca Magna, y su éxito y su fama fueron tales que se convirtió en la panacea para todos los males.

—¿Esa es, pues, la famosa triaca de la que todo el mundo ha oído hablar?

—Supongo que sí. La Triaca de Andrómaco pasó a la posteridad por el eco que se hizo Galeno de ella en su obra *De Theriaca ad Pisonem*. Al parecer en ella se especificaba que debían utilizarse víboras hembras no preñadas, sin usar la cabeza ni el final de la cola, para evitar envenenamientos. Dicen que el prestigio de la Triaca Magna era tan grande que se exponía su fórmula inscrita en bronce en los templos de Esculapio.

—Y si nos ha llegado gran parte de la obra de Galeno, ¿por qué se ha perdido la fórmula de la triaca?

—Al caer el Imperio romano de Occidente, Bizancio se convirtió en heredera de la tradición médica de Grecia y Roma. Y allí, en Qustantineya, es donde los enviados de Qurtuba han buscado la fórmula, que, sin duda, sus patriarcas mantienen a buen recaudo después de llevársela consigo tras la conquista de Alejandría. Me consta que el emir no repara en gastos ni ceja en su empeño de enviar misiones diplomáticas a Constantinopla. Quizás el motivo fundamental sea, como dicen, la colaboración política y militar frente a la amenaza de los fatimíes, pero por los mentideros de Qurtuba corre el rumor de que la obtención de la fórmula de la triaca no está ausente de las negociaciones.

—Lo que me resulta extraño es que Dioscórides apenas haga mención a la triaca en su obra —observó Hasday—. Si no recuerdo mal, solo hay una alusión en el libro segundo, cuando habla de las semillas de nabo que, al parecer, entran en su composición. También se cita la *tiryāq* en la traducción del libro sexto, que trata precisamente de los venenos, pero ni siquiera podemos estar seguros de su autoría.

—No debería resultarte extraño. La composición de la triaca hubo de ser uno de los secretos mejor guardados de la antigüedad, solo al alcance de reyes, emperadores y de los médicos más cercanos a estos. Sin duda Dioscórides la conocía; ten en cuenta que fue coetáneo de Andrómaco: uno era el médico personal de Nerón, y el

otro, un cirujano que viajó con las legiones romanas en la frontera oriental. Pero ¿qué habría ocurrido de haber desvelado la fórmula en su obra? Quizás hubiera acabado sus días colgado de una cruz.

—Lo cierto es que, por desgracia, no ha llegado hasta nosotros… —se lamentó Hasday. La forma de terminar la frase, sin embargo, parecía indicar que había caído en la cuenta de algo, y se revolvió en el sillón.

—¿En qué piensas? —preguntó Qâsim. La ceguera había hecho que su vista cediera protagonismo al resto de los sentidos, y había apreciado el sutil cambio en el tono de voz del muchacho.

—En los barcos fletados por mi padre, con frecuencia viajan hacia Oriente eruditos y científicos en busca de nuevos conocimientos. Yo mismo entablé amistad con un grupo de ellos durante mi primera visita a la Madīnat Bayāna. Algunos se dirigen a Bagdad, otros a Constantinopla, a Éfeso o a Isfahān. Quizá podría…

—Hablarlo con tu padre y con Yakob —terminó Qâsim—. Pedirles que te adviertan cuando eso suceda para establecer contacto con ellos.

—Incluso podemos hacerlo nosotros mismos: a veces las caravanas procedentes de Qurtuba siguen la ruta de Yayyán en su camino hacia Bayāna. —Hasday parecía entusiasmado con la posibilidad.

Sonó la aldaba en la puerta exterior del consultorio y Qâsim dejó el vaso vacío sobre una repisa. También Hasday hizo ademán de ponerse en pie, llevado por la costumbre, y solo cuando oyó la voz de Ismail cayó en la cuenta de que ya no tenía que ocuparse de abrir la puerta.

—Aquel que consiguiera rescatar la receta de la triaca tendría garantizados la proximidad y el aprecio del emir Abd al Rahman —aseguró aún el viejo médico al ponerse en pie.

Hasday pensó en ello mientras cruzaban el zaguán y se detuvo un instante ante la puerta del consultorio para responder.

—Si alguna vez cayera en mis manos esa fórmula, el emir sería uno más a la hora de aprovechar sus beneficios. Y, créeme, jamás se la entregaría a nadie sin haberme asegurado antes de que se hicieran cien copias.

—En ese caso, ruego al Todopoderoso que, si alguien ha de dar con ella, seas tú. De lo contrario, los muros de otro palacio seguirán ocultando el secreto.

Hasday comprobó que había estado en lo cierto. Las visitas se habían ido incrementando a medida que cesaba la actividad en el zoco. Dolores de muelas, diarreas, una niña con calentura, un hombro dislocado… Dejaron para el final la visita a una madre que no terminaba de expulsar la placenta tras el parto. La diminuta criatura lloraba de hambre sobre su vientre dolorido, chupando ansiosa unos pezones a los que no llegaba la leche.

En los últimos tiempos, a los remedios que aportaba la experiencia de Qâsim, habían sumado otros simples que sugería Hasday, después de años de estudio profundo de los cinco tomos de *De materia medica*. Aquellos cuya eficacia

observaban de forma empírica quedaban incorporados a su acervo particular, y Hasday anotaba cuidadosamente cada detalle en uno de sus cuadernos. Día tras día, experimentaban con nuevas sustancias, las mezclaban y las prescribían en forma de infusiones, emplastos, pomadas, jarabes, aceites o vapores. Aquella tarde fue Qâsim el encargado de terminar el trabajo de una partera poco diligente. El marido se había opuesto de forma tajante a que fuera el joven Hasday quien hurgara entre las piernas de su esposa, y solo había accedido a que lo hiciera el anciano al comprobar su ceguera. Cuando hubo terminado, el médico aplicó un ungüento con la indicación de usar el contenido del tarro dos veces cada día, hasta agotarlo. Le prescribieron una infusión que contenía un majado de adormidera para aliviar el dolor sordo que la atormentaba, pues ambos sabían que la corteza de sauce incrementaba el sangrado, por lo que no estaba indicada en aquel caso.

Empezaba a anochecer cuando regresaron al consultorio. La reciente mención de Yakob y sus negocios al hablar de la triaca le había hecho pensar en su hermano. No se habían visto desde el Shabat, pues, de hecho, sus conversaciones eran cada vez más infrecuentes. El joven llegaba todos los días a la casa familiar cuando Hasday ya había salido con Qâsim y se empeñaba en regresar a su residencia para almorzar con su esposa, a pesar de los ruegos de Nora, que insistía una y otra vez en que ambos compartieran la mesa familiar. Sin embargo, Shoshana no parecía dispuesta a aceptar la hospitalidad de su suegra y, lo que resultaba más extraño, Yakob parecía secundarla.

Hasday pensó en hacerles una visita aquella misma noche, pero si quería estar de vuelta a la hora de la cena debía apresurarse. Se despidió de Qâsim cuando llegaron a la puerta principal de la casa familiar y le pidió que le excusara ante su padre. Siguió calle adelante, hacia la zona nueva de la judería donde Ishaq había levantado la casa de su primogénito. Ya había anochecido, y solo en la calle principal de la judería ardían faroles que, aunque alumbraban un pequeño contorno, al menos servían como referencia. Sin embargo, la calle no estaba desierta: como era habitual en la aljama, grupos de vecinos se reunían ante las fachadas de sus casas al caer la tarde. Prendían una pequeña fogata en el suelo mismo, usando tres o cuatro piedras para contener la leña y las cenizas, y se disponían a su alrededor con sillas que sacaban de los zaguanes. No solían faltar el vino judiego ni, sobre todo las vísperas de días festivos, los laúdes, las *fídulas* y las flautas con que acompañar la voz de los más animados.

Pasó junto a dos de aquellos grupos, cuyos rostros aparecían iluminados por el resplandor trémulo de las llamas, y saludó con cortesía. El verano había terminado y comenzaba a refrescar, pero, desde que Hasday tenía memoria, aquellas tertulias se mantenían hasta que se acercaba el invierno, aunque las mujeres tuvieran que cubrirse con un chal de lana. Mientras saludaba, Hasday se dijo que también aquellos hombres que se arrimaban al fuego se hubieran cubierto a gusto con una zamarra, aunque jamás confesarían tener frío. Sonrió al oír los murmullos que se levantaron a su paso y pensó que quizá ya tuvieran tema de conversación para el resto de la velada.

Sin embargo, en torno a la casa de Yakob no había señales de vida, y la oscuridad era absoluta. Cuando golpeaba con la aldaba, oyó que alguien vociferaba en las cercanías de forma airada y dedujo que alguna pareja estaba resolviendo sus diferencias a gritos. Se abrió el portillo y en el hueco asomó el rostro de un criado. Entonces aquel sonido se tornó alto y claro, y Hasday identificó el timbre de las voces de Yakob y de Shoshana. El criado reconoció de inmediato a Hasday, quien pensó que el portón se abriría en aquel preciso instante. Sin embargo, el sirviente se demoró un tiempo, durante el cual las voces cesaron dentro de la casa. La puerta se abrió al fin y el criado se hizo a un lado para franquearle el paso.

—Le pido disculpas, señor. He ido en busca de más candiles para iluminar bien la entrada —mintió, azorado.

Era evidente que el criado estaba bien aleccionado, lo que indujo a Hasday a pensar que no era la primera vez que se veía en un aprieto parecido.

—Está bien —respondió—. Dile a mi hermano que estoy aquí.

—Enseguida, señor —contestó, al tiempo que ascendía las escaleras que, sin duda, acababa de bajar.

Hasday cayó en la cuenta de que eran contadas las ocasiones en que había puesto los pies en aquella casa. La primera había sido durante lo que llamaron «inauguración», pocos días después de la boda. La familia de Shoshana seguía en Yayyán. Después, solo había hecho un par de visitas de cortesía, a pesar de que cada Shabat su hermano insistía en que las puertas estaban abiertas para él. Quizá debería tener más en cuenta aquellos ofrecimientos.

Yakob bajó con expresión cordial y una sonrisa forzada en el rostro, que aún mostraba señales de la acalorada discusión que acababa de protagonizar. Tenía parte del cabello mojado, señal inequívoca de que había tratado de refrescarse la cara en el aguamanil para recibir a lo que era —entonces lo supo— una visita inoportuna.

—¿Cómo estás, hermanito? —Lo abrazó, y Hasday le devolvió el gesto.

Tiempo atrás, jamás se habrían saludado así, pero al parecer el matrimonio cambiaba a los hombres por completo, los hacía entrar en el mundo juicioso y circunspecto de los adultos.

—Quizá no sea la hora más adecuada para una visita —se excusó—, pero el trabajo…

—Ah, el joven médico de Yayyán… Empiezo a oír maravillas sobre vosotros, y eso que no has hecho más que empezar tu formación.

—Si los pacientes quedan satisfechos, el mérito es de Qâsim.

—Trato de imaginar cómo sería cuando podía ver con normalidad.

—Quizá no haya tanta diferencia, Yakob. Su mérito principal es el trato que dispensa a los que acuden a él. Sabe ponerse en su lugar, comprende su sufrimiento y actúa en consecuencia. Al final, sus palabras y sus consejos resultan en muchas ocasiones tan eficaces como los remedios que prescribimos.

—Puede que tengas que volver con él —respondió, sombrío, aunque asintiendo

—. Shoshana no podrá bajar hoy a saludarte, se encuentra indispuesta.

—¿Algo serio? —inquirió Hasday. Supuso que Yakob ignoraba que un momento antes había oído las voces de ambos.

—Espero que no —respondió, tratando de quitar hierro al asunto.

—¿Tienes un lugar donde podamos hablar a solas? —preguntó Hasday—. No lo hemos hecho nunca, pero quizás haya llegado la hora.

Yakob lo miró fijamente durante un momento, luego asintió y lo condujo hacia una acogedora sala, a unos pasos. Antes de cerrar la puerta, ordenó al criado que les llevara algún refrigerio. Después ambos tomaron asiento.

—En estos dos años junto a Qâsim he aprendido a observar a nuestros pacientes, a tratar de leer su mente, si quieres. Acuden al consultorio con una pierna fracturada o un absceso purulento, pero muchas veces lo que les trae a nosotros resulta ser el menor de sus problemas. Tras los muros de las casas, se esconden en ocasiones auténticos dramas, que, no me pidas que te explique la razón, tratan de ocultar. Incluso te diré que intentan negárselos a sí mismos. Al principio veía con asombro cómo, a poco que Qâsim rascara la superficie, brotaba a borbotones toda aquella miseria acumulada, de igual forma que el pus brota del absceso al sajarlo con el escalpelo. Durante este tiempo, he comprendido que vaciarse de esa manera, echar fuera esos humores, hace más bien al enfermo que todos los emplastos y brebajes que se le puedan administrar.

—También has aprendido a explicarte bien… Sé lo que me quieres decir con eso —admitió Yakob con amargura—. Comprendo que has oído nuestra disputa.

—No me hacía falta escucharla, Yakob. Es evidente que algo va mal entre vosotros.

—¿Estás intentando sajar con el escalpelo? —preguntó con una sonrisa cínica.

Hasday asintió con la cabeza y dejó que el silencio se prolongara sin apartar la mirada de su hermano. La de Yakob estaba fija en el suelo. También él asintió.

—Está bien —concedió—. Supongo que puedo confiarme a mi hermano.

—Tal vez yo sea en parte responsable de lo que te sucede, Yakob.

El joven alzó la cabeza y miró a Hasday de hito en hito.

—¿Qué dices? —le espetó con aire de extrañeza.

—Supe que algo no iba bien incluso antes de tu boda. Umarit vino a mí y me lo contó. Por azar escuchó una conversación entre Shoshana y sus padres en la que le pedían que no echara todo por la borda en vísperas de la ceremonia. Debí decírtelo entonces, lo sé, y me siento culpable por no haberlo hecho. Pero te veía entusiasmado, enamorado, incluso, y pensé que no tenía derecho a ensombrecer aquel momento por unas sospechas poco fundadas.

—Eran sospechas muy bien fundadas —se lamentó Yakob, sin asomo de reproche —. Shoshana está enferma, muy enferma. Su mente no funciona como la de cualquiera de nosotros. Sufre crisis periódicas en las que arremete contra todo cuanto la rodea, incluidos los criados, incluido yo mismo. La convivencia con ella se ha

convertido en un infierno.

Hasday advirtió que la voz de su hermano estaba a punto de quebrarse, y sintió una lástima terrible por él. Dejó que siguiera hablando.

—En estos dos años, apenas he podido rozarla. No soporta que la toque. El único motivo por el que no tenemos descendencia es que apenas he yacido con ella.

Hasday asintió, aún en silencio. No era la primera vez que tenía noticia de un caso como aquel, aunque el origen solía estar en experiencias traumáticas durante la infancia, normalmente por abusos cometidos por adultos, el propio padre o un padrastro, con mayor frecuencia.

—¿Has hablado con Shoshana sobre ello?

Yakob negó con la cabeza.

—Es un muro infranqueable. Cada vez que lo he intentado, ha terminado con una crisis, y temo que acabe hiriendo de gravedad a alguien. Incluso a sí misma. Fuera de mí, he llegado a amenazarla con el repudio, pero todo resulta inútil.

—¿Crees que su padre…? ¿Algún pariente, quizá?

Yakob se encogió de hombros.

—Sé que jamás hablará de ello. Vive atormentada, aterrorizada, y es incapaz de sobreponerse.

—¿Sabes?, acabas de decirlo, lo que cuentas es motivo de repudio. Y más cuando el mal se manifestaba ya antes de la boda. Hay testigos de ello. ¿Te has planteado…?

Yakob no le dejó seguir.

—Siento lástima por ella. Sé que sufre de una manera indecible. Hace un momento, cuando has llegado, en plena disputa, habría sido capaz de cometer cualquier barbaridad. Me temo a mí mismo. Pero sé que cuando, más tarde, suba y la encuentre encogida en el lecho regresará la compasión.

El criado entró con una gran bandeja que depositó en una mesa baja. Había pan, queso, frutos secos, uvas, higos y algunos dulces. También una jarra de vino y dos vasos. Hasday aceptó el vino de buen grado y se echó varias nueces a la boca, pero Yakob se limitó a mirar la bandeja con aversión.

—¿Quieres decir… que no habéis llegado a consumar el matrimonio? —preguntó cuando se quedaron solos de nuevo.

Su hermano negó con la cabeza, con resignación.

—¿Y durante todo este tiempo has…? No te creo capaz de aguantar. —Una sonrisa asomó a sus labios. Habían vivido bajo el mismo techo durante muchos años y entre ellos había pocos secretos.

—Hasday, ¡tengo veinte años y mi esposa no soporta que la toque!

—¿Alguna de las criadas? —aventuró.

—¡Por Dios, hermano! —exclamó—. ¿Te pregunto yo acaso con quién alivias tus instintos? Aunque no sería preciso, sabiendo de dónde proceden tus informaciones sobre Shoshana.

Hasday no se alteró demasiado. No era la primera vez que Yakob insinuaba que

estaba al tanto de su relación con Umarit, pero no había ningún motivo para preocuparse.

—Hace tiempo que lo sabes —dijo a modo de confirmación—. Supongo que hoy es día de confesiones, como hacen los cristianos. ¿Y sabes qué? Empiezo a comprender el beneficio que obtienen con ello.

—Yo, sin embargo, encuentro poco consuelo. Me siento atrapado en un callejón sin salida. Mi vida social no existe, al margen de los negocios y la sinagoga, y tengo que satisfacer mis necesidades en el lecho de una criada. —Hizo un gesto de despecho—. ¿Quieres que te revele algo más? En mi último viaje a Al Mariyat Bayāna subí a bordo de un *gurāb* que partía rumbo a Palestina. Deseaba dejar todo atrás, poner el mar de por medio, quizá partir para no regresar jamás. Salté de la cubierta cuando el barco ya había soltado amarras. Por padre, por madre… y por ti.

Al decir esto le dio un golpe con el puño en la rodilla y rompió a llorar. También los ojos de Hasday se anegaron, pues no había visto llorar a su hermano desde niño. Cuando sus miradas volvieron a encontrarse de soslayo, Yakob sonrió y los dos jóvenes terminaron abrazados.

—Padre dice que hay que afrontar los problemas con entereza, y que muy pocos son los que carecen de solución —dijo Hasday.

—¿Se te ocurre alguna? —Yakob echó mano al vaso de vino.

—Sí, déjame intentar algo. Permite que Qâsim se gane la confianza de Shoshana, de forma que pueda llegar a ella sin rechazo. Tengo fe en su forma de proceder. Tu esposa está enferma, igual que lo está un paciente con hidropesía o con calentura, solo que su mal se trata de forma distinta. Deja que lo intente.

Yakob asintió. Algo parecido a la esperanza se reflejó en sus ojos, aún enrojecidos.

—Te lo agradezco, hermano. —Sonrió al tiempo que acercaba su vaso al de Hasday—. Brindemos por ese resquicio que se abre. Pero, si te equivocas, te habrás ganado otra paliza como las que solías recibir.

14

Año 928

Hasday empujó la puerta del local y no pudo evitar un estremecimiento de placer al aspirar el aroma que, en tan solo unos años, había pasado a formar parte de su existencia. Estaba seguro de que aquel lugar sobrio, cálido y acogedor, estaría entre sus recuerdos de juventud cuando, con el paso del tiempo, echara la vista atrás, como hacían sus mayores.

Sonrió al encontrar a Hakim inclinado sobre un pergamino extendido encima de la mesa de madera. No podía dejar de hacerlo cuando veía aquella expresión concentrada, con el ceño fruncido y la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios. Era el gesto que adoptaba siempre que se sentaba a hacer las cuentas de su incipiente y próspero negocio, dispuesto a entablar batalla con el cálamo y el pergamino. Aún no se había percatado de su presencia, así que, antes de entrar, Hasday carraspeó desde el zaguán.

—¡Ah, Hasday, eres tú! —saludó, sin soltar la plumilla—. No lo vas a creer… ¡Siete libras y media he despachado hoy! Y hay encargos para mañana por otro tanto.

—Parece que se está corriendo la voz —observó Hasday mientras se despojaba del capuz que llevaba fruncido al cuello. Allí adentro, con el horno encendido durante la mayor parte del día, siempre sobraba la ropa.

—Me alegro de haberte hecho caso —dijo blandiendo la pluma como si fuera una espada—. De otra forma estaría perdido.

Hasday no había cejado en su empeño de que aprendiera a escribir de una vez por todas: siendo niño, el único interés de Hakim habían sido las correrías con otros rapazuelos de su edad y apenas había asistido a la escuela. Hasday se había ocupado de enseñarle personalmente y, no contento con aquel pequeño triunfo, había conseguido instruirle en las reglas más básicas de la aritmética. Ya sabía sumar y restar, era capaz de anotar los pedidos e incluso llevaba lo que podría considerarse una rudimentaria contabilidad del negocio. Eso si alguien, aparte de él mismo, era capaz de interpretar aquellos pliegos garabateados.

—¿Cómo ha ido el día? —se interesó Hakim.

—Estoy agotado —confesó Hasday. Como si quisiera demostrarlo, se dejó caer en el taburete que había delante de la mesa—. Puede que Qâsim no vea bien, pero sus piernas no se cansan.

—Quizá no nos venga mal un vaso de vino en la taberna. Pago yo, que hoy puedo permitírmelo: soy socio de uno de los negocios más prósperos de Yayyán. —Rio e hizo sonar la bolsa que llevaba a la cintura—. Solo espera a que termine de pelearme con estos malditos números.

Hasday también rio mientras echaba un vistazo a su alrededor. Le gustaba ver a Hakim contento; bastante había sufrido ya durante años.

—Termina tranquilo, me gusta estar aquí —dijo Hasday—. No me canso de aspirar este aroma. ¿Recuerdas los primeros intentos, cuando volví de Bayāna con aquellos sacos de *qahwah*?

Hakim se limitó a musitar un «sí» sin levantar la cabeza del pergamino. De nuevo le asomaba la lengua por la comisura de la boca, y Hasday volvió a sonreír antes de pasear la mirada por el local. Cuatro años habían tenido que pasar hasta conseguir lo que buscaba, pero la perseverancia ya empezaba a dar sus frutos. Alquilar el viejo horno había sido un gran acierto. Lo habían reformado a su gusto y vendían el *qahwah* tostado al por menor. Al mismo tiempo, Hasday e Ishaq se habían encargado de organizar reuniones y cenas con todas sus amistades. Ninguna de las veladas terminaba sin que los invitados degustaran una humeante taza de aquella infusión, preparada siempre por Hasday a partir de granos tostados en su punto justo. El aroma del *qahwah* se extendía por toda la residencia familiar y, de forma gradual, comenzó a ser apreciado por la *jassa* de Yayyán.

El hecho de que Ishaq obsequiara al gobernador de la ciudad con un saquete de aquellas semillas tuvo mucho que ver con el aumento inmediato de la demanda. Hasday enseñó a uno de los sirvientes de la *alqasába* a preparar la bebida de forma correcta, y una semana después los criados de las mejores casas de la ciudad hacían cola a la puerta del horno para adquirir aquel producto, que ya no podía faltar en las recepciones de sus señores. Si el *‘amil* apreciaba aquella exquisitez que tenía la facultad de ahuyentar el sueño y obsequiaba con ella a sus invitados, ninguno de ellos podía quedarse atrás. Hakim mismo se encargaba de enseñar a los criados a moler el grano tostado, algo que debía hacerse justo antes de preparar la infusión. Después se añadía un cacillo de aquel polvo en una cazuela de agua recién hervida y se dejaba reposar un instante antes de filtrar la bebida con una fina tela de lino o algodón.

La caña de *assúkar* era un sustancioso complemento del negocio. Hacía años que Ishaq comerciaba con ella y mantenía una plantación cerca de Bayāna, donde el benigno clima costero favorecía la producción. Allí mismo habían establecido un molino donde se molía y se refinaba, y Hakim la vendía en pequeños saquetes de arpillera de diez onzas. El precio de ambos productos había ido en aumento, sobre todo el del *qahwah*, pero no al ritmo de la demanda. Ishaq conocía los secretos del negocio y les había aconsejado que mantuvieran unos precios asequibles hasta conseguir que el hábito se extendiera. Después, con una producción escasa como la suya, podrían subirlos cuanto quisieran.

Hakim dejó el cálamo junto al tintero con un suspiro y levantó los brazos, estirándose y bostezando de forma aparatosa.

—¡Se acabó por hoy! —anunció.

Hasday no pudo contener la sonrisa.

—Si, como dices, vas a convertirte en un hombre rico, habrás de refinar tus modales —bromeó.

—Para eso te tengo a ti —respondió con sorna—. Si no me fijara en lo que haces,

aún estaría escupiendo al suelo y *arrascándome* los huevos delante de la gente.

Esta vez Hasday soltó una carcajada. Hakim comprobó que todo fuera bien en el horno, aún caliente, sopló los candiles y se echó una pelliza por los hombros antes de dejar el caldeado local. Casi agradeció el relente de la noche cuando salieron a la calle de los alfareros. Iba a ser una madrugada muy fría, quizá de las que terminaban con una fina capa de hielo sobre el pavimento. Cerró la puerta con llave, se la guardó en el fondillo de la túnica y, juntos, echaron a andar en dirección a la cantina.

Era el mismo antro que años atrás había frecuentado su madre, cuando la necesidad de darles de comer la había llevado a ofrecer su cuerpo. Había tardado mucho en atreverse a poner los pies en aquel lugar, pero era el que frecuentaban sus conocidos y algo había que hacer en las largas noches del invierno. Ninguna mujer de Yayyán prestaba ya sus servicios allí. El dueño las maldecía por los problemas que le habían causado en el pasado y se jactaba de poseer hermosas esclavas recién compradas en los mercados de Qurtuba y de Bayāna. Y no era del todo mentira: quizá no fueran las más agraciadas, pues esas vivían plácidamente en los harenes de los altos dignatarios y de la familia real, pero deslumbraban en aquel tugurio cuyas paredes ennegrecidas y mesas grasientas necesitaban una mano de cal y de jabón con urgencia.

Había una en especial que había atraído la atención de Hakim desde el primer día que asomó su cabello largo y sedoso por la balaustrada del piso superior. Era una muchacha de estatura media que debía de rondar su misma edad. La primera noche, vestía un ajado vestido de seda de color turquesa y velaba su rostro más con intención de provocar el deseo que de ocultarse a las decenas de ojos que la observaban. Nunca había bajado a la cantina ni se había mezclado con los hombres que bebían, conversaban y lanzaban risotadas sentados a las mesas, en grupos. Ninguna lo hacía. Solo se asomaban al balconcillo que recorría una de las paredes del local, para desaparecer al instante. Era entonces cuando, en ocasiones, alguno de los parroquianos subía las mugrientas escaleras de madera y se perdía tras la puerta que conducía a las entrañas del burdel. Hakim nunca la había atravesado y, quizá por ello, aquella entrada a lo desconocido se representaba noche tras noche en su mente y le obligaba a aliviar su excitación antes de conciliar el sueño.

Tampoco Hasday había subido allí como cliente, pero sí como aprendiz de médico en compañía de Qâsim, para curar purgaciones. Por eso sabía que la realidad que ocultaba aquella puerta frágil y astillada era mucho más sórdida: en un pequeño cuartucho, la mujer del posadero, una matrona obesa que abusaba de los afeites, del kohl en los ojos y de la *alhínna* en el escaso cabello que ocultaba bajo un velo grueso, esperaba a los clientes con una sonrisa impostada. Su discurso zalamero, pues labia no le faltaba, disfrazaba como un acto de generosidad la entrega de las monedas de cobre o el *dirhem* de plata que cobraba por el servicio, según su naturaleza y duración.

Resultaba difícil abstraerse del ambiente cargado de lascivia y sensualidad que

reinaba en el burdel mientras las muchachas se paseaban, insinuantes, por el balconcillo, al alcance de cualquiera que quisiera vaciar el bolsillo. El tabernero era un tipo listo, y su esposa no se quedaba atrás. La idea de la pasarela había sido de la mujer, cuyo pasado la había llevado a comprender la naturaleza de los hombres. Sabía que poner la miel ante sus ojos, a una distancia tal que no pudieran tocarla, era lo que más despertaría su apetito. El vino también jugaba un papel importante, y en el burdel servían el mejor de Yayyán. Su visión del negocio les había llevado incluso a anunciar en una tablilla la existencia de vino judiego: no podía ser de otra manera en un local que se hallaba a cien codos de la aljama judía.

Hakim acababa de apurar el tercer vaso cuando la muchacha del vestido turquesa apareció en un extremo de la galería superior. Hasday reparó en la expresión embobada de su amigo, que no podía apartar los ojos de ella.

—Te gusta esa, ¿eh? —Sonrió.

Hakim resopló y negó lentamente con la cabeza, pero aquello no era una respuesta a Hasday, sino la reacción ante el convencimiento de que nunca tendría acceso a una muchacha como aquella si no era con un *dirhem* de plata de por medio.

—Fíjate en su mirada —dijo, con el rostro casi desencajado—. No es como las otras…

Hasday le pasó la mano por debajo de la barbilla.

—Se te cae la baba. —Rio.

Hakim le apartó los dedos de un manotazo y echó el brazo hacia atrás con gesto amenazante ante la carcajada franca de Hasday.

—Me gustaría verte en mi lugar, si Umarit no visitara tu lecho cada vez que te viene en gana. Pero no, no es solo deseo…

El vino hacía la risa fácil, y Hasday no se inhibió. Hakim seguía embelesado y había dejado de prestarle atención.

—Sube —le dijo. Había dejado de reírse, y Hakim le miró con asombro.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó con un tono agudo que dejaba traslucir su extrañeza—. Sería incapaz de acostarme con una mujer aquí, ni con la esclava más bonita del mundo. El rostro de mi madre se me aparecería a cada instante.

—Dices que lo que esa *jarayaira* despierta en ti no es solo deseo —insistió—. Paga esa moneda y aprovecha para hablar con ella.

—¡Lo dices en serio! —exclamó esta vez.

—¡Claro que sí! ¡Tienes dieciocho años! Con esos reparos, cumplirás diez más y seguirás sin una hembra que te caliente la cama.

Hasday advirtió que era el vino lo que le desataba la lengua. El agradable calor que le producía se mezclaba con la excitación que despertaba el lugar, las muchachas exhibiéndose en lo alto… y la mención de Umarit. Al recordar que con la luna nueva habían llegado los días seguros, tuvo que cambiar de postura para ocultar la erección que empezaba a experimentar.

Miró el rostro azorado de su amigo. No se podía decir que fuera guapo, lo que,

unido a su cuerpo menudo y a su carácter inseguro, hacía que el éxito con las muchachas fuera más que improbable. Sin embargo, sabía que la que llegara a conocerlo encontraría en él a un hombre capaz de proporcionarle una existencia dichosa y feliz. De momento, no tenía constancia de que hubiera disfrutado de la compañía de una sola, de lo contrario se lo habría contado: con Hakim no cabían los secretos. En más de una ocasión el muchacho había tenido que abandonar de forma precipitada el granero donde cuidaba de los gusanos de seda, cuando Umarit y él acudían allí a deshora en busca de intimidad. En esos casos, al cruzarse con ellos en el umbral de la puerta para bajar las escaleras fingiendo que ya había terminado con su tarea, Hasday sentía cierta lástima por él.

Se arrepintió de la frase que le acababa de espetar. Hakim tenía la vista clavada en el vaso, que movía nervioso con ambas manos, pero miraba de reojo hacia lo alto de forma recurrente. La muchacha terminó su paseo por las tablas de la galería superior y se perdió dentro.

—¡Qué demonios! —exclamó Hakim de improviso, a la vez que golpeaba la mesa con el culo del vaso—. ¡Claro que voy a subir!

La reacción del muchacho sorprendió a Hasday. Quizá, después de todo, no hubiera sido mala idea espolearlo de aquella manera. El vino judiego y las ganas de ver a su amigo satisfecho hicieron que siguiera alentándolo.

—¡Eso es, amigo! ¡Hoy es tu día! Tú mismo has dicho que, de seguir así, te convertirás en un hombre rico —bromeó—. Quizás incluso puedas permitirte sacar a esa esclava del oficio.

Hakim se había puesto en pie y le colocó la mano en el hombro. Le brillaban los ojos y parecía que le costaba mantener el equilibrio.

—¡Tú lo has dicho, Hasday! Es como si me leyeras el pensamiento.

Repentinamente decidido, echó a andar en dirección a las escaleras, y esta vez fue Hasday quien se quedó sentado con la sorpresa pintada en el rostro. Vio a Hakim echar mano de la bolsa y atravesar a continuación la vieja puerta de madera entre los murmullos del resto de los parroquianos.

Había pasado cerca de una hora y Hakim seguía sin aparecer cuando Hasday decidió que era absurdo continuar aguardando. Además, albergaba la leve esperanza de que Umarit acudiera aquella noche a su alcoba. Se levantó y sonrió ante la idea de que, después de todo, iba a ser él quien arreglara cuentas con el tabernero. Echó un último vistazo al balcón del primer piso en busca de la muchacha del vestido turquesa, pero no había vuelto a aparecer. Cabía la posibilidad de que Hakim hubiera salido del burdel por la puerta trasera, como hacían muchos hombres después de yacer con las muchachas, para evitar las chanzas y los comentarios de sus camaradas. En otros casos, los motivos tenían más que ver con la necesaria discreción, sobre todo cuando se trataba de hombres casados. Pero no creía que Hakim hubiera hecho tal cosa. La otra opción era que continuara en compañía de la muchacha, aunque en ese caso un *dirhem* de plata quizá no fuera suficiente.

De nuevo sintió el aire frío de la noche en el rostro, se puso el capuz del sobretodo y recogió las solapas con el puño para protegerse el cuello. La calle estaba desierta y habría agradecido llevar un farol, pero la distancia a la judería era escasa y conocía el camino a la perfección. Sin embargo, por algún motivo extraño, volvió a su mente el momento del ataque de Ghâlib y sus compinches, años atrás. Resultaba muy fácil ocultarse entre las sombras de aquellos callejones, y por un momento lamentó no ir acompañado. Sin embargo, trató de convencerse, la oscuridad era la misma para todos, y tan sencillo resultaba ocultarse tras una esquina como complicado distinguir quién caminaba en la oscuridad.

Atravesó la entrada de la judería, donde brillaba un farol de aceite cuya luz se reflejaba en los muros de piedra blanca que la rodeaban. Después de la derrota y de la aniquilación de los rebeldes de Bobastro a manos del ejército de Abd al Rahman, las medidas de seguridad se habían relajado, ciertamente. Una de las pruebas de ello era la ausencia de guardia permanente en aquel lugar, el punto que comunicaba la aljama con el resto de la ciudad. Ni el *‘amil* ni el *sahīb al surta* la habían considerado necesaria y habían concentrado todos los efectivos en los accesos exteriores de la *madīna*. Su padre, como primer representante de la comunidad judía de Yayyán e interlocutor con las autoridades musulmanas, se había cuidado mucho de reclamar un servicio de guardia que, más que velar por la seguridad de los judíos, era en ocasiones una fuente de conflictos y trabas al movimiento de los miembros de la comunidad hebrea por el resto de la ciudad.

Solo se oía el ruido de sus propias pisadas sobre el pavimento cuando llegó a las inmediaciones de la casa familiar. En torno a esta, los faroles de aceite que oscilaban en la fachada disipaban la oscuridad y decidió dar un rodeo por el callejón lateral para evitar la entrada principal. Una vez en el zaguán, sus pasos se dirigieron a las escaleras que llevaban al granero. Ascendió en medio de la oscuridad y abrió la puerta a tientas. De inmediato percibió la tenue claridad de los rescoldos al fondo y el ambiente tibio que contrastaba con el frío helador del exterior. Y el olor de Umarit, que hizo renacer su excitación. Por un momento creyó que, como en otras ocasiones, la muchacha le esperaba tendida en el jergón, desnuda entre las sábanas que lo cubrían.

Descubrió su error al acercarse, aunque su olor seguía allí. Lo habría estado esperando y había regresado a su alcoba creyendo que no iría aquella noche. Hasday sintió una punzada de decepción, pero no podía culparla, la muchacha iniciaba sus tareas al amanecer. Se dirigió al fuego, prendió una astilla y la acercó al candil más próximo. La llama brotó al instante y los contornos difusos de las paredes y el escaso mobiliario tomaron forma. Lo colgó de un soporte y se dejó caer sobre el colchón. El aroma fresco a lavanda que desde el primer día asociaba con la piel de Umarit impregnaba las tibias sábanas de algodón. Acercó aquella tela suave a su rostro y sintió resurgir el deseo insatisfecho. Se desvistió con premura ignorando el frío, que las brasas apenas atenuaban, y se dispuso a cubrirse con la tela que poco antes había

rozado la piel de la muchacha. Sintió de nuevo crecer la presión bajo los calzones.

Estremecido por el frío y por el recuerdo de Umarit, estiró las sábanas para cubrirse y entonces reparó en varias sombras rojizas que las manchaban. Una llamada de alerta pareció encenderse en su cabeza y se puso en pie de un salto para coger el candil. Las prisas y el súbito temor hicieron que vertiera parte del aceite sobre el jergón, pero la llama siguió oscilando en el extremo. Aquellas marcas que parecían oscurecerse eran de sangre. Sabía que los días impuros de Umarit aún estaban por llegar, y ella jamás habría dejado tal rastro en el lecho de un judío. La certeza de que, por algún motivo, la muchacha estaba herida, se abrió paso en su mente.

Se puso la camisa y el grueso jubón de invierno con premura, tomó de nuevo el candil y se dirigió a las escaleras. Hacía tiempo que había pasado la medianoche y en la casa todos dormirían, pero eso era lo que menos preocupaba a Hasday en aquel momento. No obstante, la prudencia hizo que tratara de ocultar la llama del candil contra el pecho cuando llegó a las inmediaciones de las alcobas que ocupaban los sirvientes. Se dirigió al cuarto de Umarit, situado en un pasillo al que solo tenían acceso las mujeres del servicio. No dudó en accionar el pestillo para plantarse en medio de la habitación.

La muchacha no pareció sorprenderse cuando lo vio entrar. Estaba encogida en el lecho, y su pecho aún se agitaba por el llanto que trataba de contener. Hasday cerró la puerta tras de sí y prendió el único cabo de vela que había en la sencilla mesa de madera que ocupaba la cabecera. Dejó el candil a su lado, aún encendido. Las lágrimas brillaban en el rostro de Umarit, que se cubría con una manta entre sollozos mientras sus ojos parecían pedir perdón. Hasday, sin hablar, trató de retirar la gruesa pieza de lana, pero la muchacha se opuso, asiéndola con fuerza alrededor de su cuello. Él insistió, haciéndole entender con el gesto que no debía temer nada, pero que tampoco iba a desistir. Entonces ella aflojó la presión, y Hasday deslizó la manta hacia atrás. Umarit estaba temblando. Llevaba una camisola de manga larga que la tapaba por completo, pero a la altura del pecho y de los brazos mostraba varias heridas.

—¿Quién te ha hecho esto? —susurró, angustiado.

Trató de acariciarle el rostro con suavidad, pero ella se apartó de forma brusca. Hasday descubrió entonces que en el pómulo izquierdo, que hasta entonces había permanecido en la sombra, tenía un corte largo y profundo, rodeado por un hematoma que comenzaba a extenderse hacia la cuenca del ojo.

—¿Quién te ha hecho esto? —repitió.

Umarit negó con la cabeza. Aún parecía incapaz de hablar. Hasday comprendió que la muchacha temía su reacción si revelaba el nombre de quien la había atacado. Su mente comenzó a repasar todas las posibilidades. ¿Quizás alguno de los criados, llevado por la lascivia y el roce diario con una muchacha de belleza indudable? ¿Uno de los mercaderes que solían visitar a Ishaq y a Yakob? Comprendió que no debía presionarla por el momento, pues era urgente que examinara aquellas heridas.

—Déjame que vea… —le pidió, al tiempo que intentaba retirarle la camisola.

Umarit lanzó un grito ahogado e hizo amago de resistirse, pero sabía que nada podía oponer frente a la intención del aprendiz de médico de examinarla. Hasday le descubrió la piel, estremecida por el frío y el temor, y esta vez fue él quien sofocó un gemido de angustia. Los brazos estaban cubiertos por moratones, allí donde su atacante la había sujetado; tenía cortes y arañazos, y uno de los pezones sangraba aún de forma profusa por una herida con el aspecto inconfundible de una mordedura.

—¿Crees que podrías tener algo roto? —preguntó mientras le movía ambos brazos. Luego bajó por su costado palpando las costillas, marcadas bajo la piel.

La muchacha negó, pero Hasday continuó con su exploración sistemática, tal como había aprendido de Qâsim. Palpó la zona del estómago, golpeó con los dedos el lugar que ocupaba el bazo y descendió hacia el vientre, oprimiendo la piel bajo las yemas. Ocurrió lo que más temía. Con un quejido, Umarit alargó el brazo y le sujetó la muñeca con fuerza, impidiéndole continuar, a la vez que volvían a saltársele las lágrimas.

—¿Quién ha sido? —Hasday pronunció la frase separando cada una de las palabras, sintiendo que la ira se apoderaba de él.

—Un mal encuentro —sollozó por fin Umarit, con voz apenas audible.

La rabia embotaba el entendimiento de Hasday, y aquellas palabras terminaron por ofuscarlo, hasta que se abrió la espita por la que dio salida a su desesperación.

—¿Un mal encuentro? ¿Eso es todo? ¡Por Dios! —exclamó demasiado alto—. ¡Te han forzado, Umarit! ¿Y dices que solo ha sido un mal encuentro? Vas a contarme quién ha sido el hijo de perra que…

La muchacha giró la cabeza, y Hasday vio el terror reflejado en su semblante. Comprendió que estaba aumentando su sufrimiento y calló en seco, dejando caer los brazos, abatido.

—¿Por qué tratas de ocultármelo? ¿Acaso no confías en mí? —La tomó de la mano y le habló con dulzura.

Umarit negó con la cabeza. Pese a que tenía los ojos cerrados, las lágrimas seguían deslizándose hacia un lado, mojándole el cabello. Solo los abrió para mirar a Hasday mientras le respondía.

—Confío ciegamente en ti. Pero el daño está hecho, no tiene ya remedio. No pude verle la cara… Ya había anochecido.

Hasday le soltó la mano y se puso en pie.

—¿Estás tratando de mentirme, Umarit? —le espetó, y el tono grave reflejaba su decepción—. ¿Acaso tratas de proteger al malnacido que te ha hecho esto?

—¡Trato de protegerte a ti! —repuso ella con desesperación, al tiempo que se cubría el rostro con ambas manos.

Hasday intentaba poner en orden sus pensamientos.

—Con eso quieres decir que lo conozco —dedujo—. Y que temes que me enfrente a él por…

Dejó de hablar y su rostro se tornó lívido. Después se contrajo en una mueca casi grotesca. Apretó los ojos con fuerza y se los cubrió con la mano derecha, como si la oscuridad fuera a impedirle constatar la evidencia. Apenas fue capaz de pronunciar el nombre, asqueado…

—Ha sido Ghâlib… —No era una pregunta, sino la confirmación de una certeza.

Umarit lloraba en silencio.

—Y sus compinches… —siguió, tratando de establecer todos los extremos para terminar cuanto antes con aquel lacerante dolor.

—Solo él me ha forzado, mientras los otros…

Hasday asintió y, con un gesto, le indicó que no necesitaba más explicaciones.

15

Un enorme revuelo se había adueñado de la *madīna*. La víspera se había anunciado la llegada a la ciudad de una comitiva procedente de Qurtuba que portaba noticias importantes y, asimismo, una carta del emir Abd al Rahman que había de leerse en lugar público. Hasday, como todos los habitantes de Yayyán, intuía el contenido de aquella misiva, que habrían hecho llegar a todas las coras. Sabía además que se distribuirían copias en todas las mezquitas para ser leídas decenas de veces a lo largo de los días siguientes. Pero allí estaba, junto a Qâsim. No descuidaban con ello su tarea, pues cualquiera en la ciudad sabía dónde encontrarlos, aunque el viejo médico, con sorna, había dudado de que alguien acudiera en su busca en la hora siguiente: todos, incluidos los enfermos, tenían demasiado interés en escuchar al emisario del *alqásr* real. Rara vez se producía un acontecimiento semejante, como excepcional, sin duda, sería el anuncio que se disponía a leer aquel enviado.

Con toda la pompa de la guardia que lo había acompañado desde la capital, el emisario esperaba ya al pie del tablado que se levantaba en la plaza para las grandes ocasiones. El murmullo que llenaba el lugar, frente a la mezquita mayor, solo cedió cuando los tambores y los atabales anunciaron el inicio del discurso. El *'amil* de Yayyán ascendió a la tribuna por la escalinata de la parte posterior, y se situó ante la decena de guardias, armados y ataviados con la llamativa indumentaria de gala, los cuales formaban con actitud marcial al fondo del estrado. Cuando cesó el sonido de los instrumentos, la plaza quedó sumida en un silencio expectante, que un momento después rompió la voz potente del gobernador.

—¡Que Allah, el Clemente, el Misericordioso, sea loado por todos, habitantes de Yayyán!

Un murmullo expectante acogió las primeras palabras.

—Este humilde siervo del más grande caudillo que jamás se ha sentado en el trono de Qurtuba —prosiguió—, nuestro adorado emir Abd al Rahman, el tercero de tal nombre, se complace en anunciar aquí, hoy, la presencia de uno de sus enviados, que trae de la capital las nuevas que nuestro soberano desea dar a conocer en una carta escrita de su puño y letra, cuyo contenido deberá llegar hasta los confines de nuestra querida Al Ándalus. Será él quien dé lectura a la misiva que nuestro emir nos dirige. ¡Allah sea loado!

El gobernador se volvió mientras terminaba de hablar para dar paso al emisario, que alcanzaba entonces la plataforma. El oro y la plata de sus suntuosos ropajes reflejaban los rayos del sol en aquella mañana luminosa. La barba entrecana enmarcaba un rostro enjuto pero de mirada penetrante, que escrutó a la multitud mientras, con paso ceremonioso, se colocaba junto al gobernador, quien, en aquel momento, le cedía el lugar central dando dos pasos atrás. En la mano izquierda portaba un rollo de pergamino que empezó a desplegar antes de alcanzar el borde de la tribuna.

—Sus ropas y su actitud son propias de un príncipe, y viste un turbante blanco —le explicó Hasday a Qâsim.

—El color de los Omeyas. —El viejo médico *qurtubí* asintió.

—»En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso —empezó, con voz bien modulada, alzando el pergamino con ambas manos ante sus ojos—. Alabamos a Allah, excelso vencedor, dueño poderoso, perfecto en sus designios, glorificador del Islam, humillador de la infidelidad, el que confirió a Muhammad la calidad de Profeta y lo ennobleció con su misión, haciéndole mensajero de buenas nuevas y amonestador, lámpara resplandeciente con que ha iluminado lo cierto y guiado a la fe, poniendo con él sello a los profetas. Allah lo bendijo y lo salvó, santificó, engrandeció, ennobleció y honró, lo escogió para sucederle y para *presidir su religión* con las más excelentes criaturas y sus mejores y más gratos siervos, gente de autoridad y confianza, cumplidores de tradición y eliminadores de sedición, con los que se mantuvo la continuidad de la fe, permaneció derecho el pilar del Islam, su tabernáculo erecto y sólidas sus esquinas.

»Loor a Allah que hizo del Islam salvación de quien a él se aferra y guía de su misericordia, e hizo del politeísmo oprobio de quien lo sigue, guiándole al tormento y al merecido castigo. Él hizo de la guerra santa contra sus gentes el mayor de los deberes y otorgó el favor supremo a los que la practican, prometiéndoles galardón en esta vida y en la venidera».

—Aún no ha dicho nada —musitó Hasday, divertido, provocando la reconvención de Qâsim, que se llevó el índice a los labios.

—«Nos, desde que Allah nos honró con el emirato y nos distinguió con la jefatura de sus siervos —continuó el emisario—, no hemos cesado de procurar el objetivo supremo de combatir a sus enemigos, empeñándonos en el apoyo de sus amigos, sin que nos lo impidiera el hastío ni nos distrajera la dejadez, cuando la tierra estaba repleta de infidelidad y rebosante de politeísmo, consolidada la hipocresía y extendido el cisma, pues en cada inaccesible peñasco graznaba un cuervo y en cada alta cima desvariaba una cabra, arraigando en la muchedumbre, fortalecidos por el largo abandono, de modo que iban rozagantes entre la humanidad, disfrutando de ancho campo, hasta que Allah, en su poder, nos envió a apartarlos del error y desviarlos de aquella conducta. Uno a uno los fuimos buscando y sometiendo, rindiéndolos de bastión en bastión, buscándolos de uno a otro lugar, empezando por los más próximos pero llegando a los más alejados, hasta que Allah humilló su poder, calmó su revuelta, debilitó sus ardides, los disgregó y conmovió, evacuando sus fortalezas y fueron uncidos a la obediencia, envilecidos por sus crímenes, tras haber segado la espada a culpables y perversos, y exterminado la muerte a sus auxiliares y partidarios, de modo que el país volvió a estar tranquilo y en calma, el temeroso seguro, y el débil fortificado, siendo reprimidos los malvados pertinaces, y sujetos los falsos y corruptos, para que no pudieran dañar injustamente a los débiles, sin que confiáramos la reparación de todo esto a segunda persona, ni admitiéramos otra cosa

que nuestra observación, año tras año, aceifa tras aceifa, hasta que Allah en su poder propició nuestra esperanza, nos otorgó lo deseado y nos llevó al límite que queríamos, gracias a su ayuda y apoyo, y a sus favorables designios en todos nuestros asuntos, habiéndonos dado su paciencia y facilitado las dificultades. Loor a Allah, generoso dador de favores».

—Dudo que toda esta gente sea capaz de comprender lo que oye. Incluso a mí me cuesta trabajo… —insistió Hasday, y esta vez fue el hombre que tenía detrás quien chistó pidiendo silencio.

—»Era la ciudad de Bobastro base de politeísmo, morada de infidelidad y mentira, gloria y refugio de la cristiandad, que allí se acogía y descansaba, en el centro sagrado y bien nutrido de sus regiones, donde quien llegaba podía refugiarse y quien se acogía estaba a salvo. Y así durante el largo tiempo en que le duró la gracia, favorecida durante una época por una fortuna continua en su oposición a los emires que, desde hace cincuenta años, guerreaban contra ella e ingeniaban ardides…

El emisario seguía relatando el ascenso y caída de la ciudad de Burbaster, pero Hasday se dio cuenta de que hacía rato que no prestaba atención. Volvió un instante la cabeza y barrió la plaza con la mirada, incrédulo ante aquel lenguaje recargado y ampuloso, pero solo acertó a ver rostros embelesados, boquiabiertos y expectantes.

—«Encargamos al *wazir* Ahmad ibn Muhammad ibn Hudayr que se adelantara a presenciar su salida y hacerse cargo de la rendición, e hizo que se cumpliera el amán y los protegió marchando a Talyayra, la ciudad construida contra Bobastro. Dio orden de que partieran, lo que hicieron en bandadas; marcharon precipitadamente y se dispersaron por doquier, cada cual a su querencia, entrando en ciudades leales y haciéndose súbditos ordinarios. Quedó atrás su jefe, Hafs ibn Umar, tan trémulo y asustado que no quería salir ni calmaba el amán su inquietud, pues temía que cualquier mano lo prendiera y hasta las ramas de los árboles que se le engancharan, estando a punto de morir de terror. Pero el *wazir* lo calmó con la benignidad de nuestro otorgado amán hasta que, confiado y tranquilo, salió el último de los acogidos al salvoconducto, quedándose su ciudad, lugar de perdición, púlpito de disensión y veta de error, tras haber tenido tantas murallas, edificios y alcazabas, y contener tantos vergeles y obras, vacía de pobladores y tan desierta como si no hubiera estado poblada el día anterior, pues *Allah los alcanzó por donde no pensaban y puso terror a sus corazones*[3] a causa de su culpa: en nada quedó todo el bienestar y gracia que allí habían gozado y cuanto el demonio les había dado para seducirlos, pues sus populosos, ricos y cuidados parajes quedaron más vacíos que el desierto y más desolados que una tumba. Así cumple Allah su propósito, aunque dé largo plazo a los infieles y sea paciente con los criminales: *cuando pide cuentas a las ciudades inicuas, son cuentas duras y dolorosas*[4].

»Hemos ordenado la destrucción de Bobastro, la demolición de sus murallas y paredes, y de cuantos palacios, casas, almacenes y edificios allí se alzaban, dejándola nuevamente como monte pelado, como había sido en un principio, en la antigüedad,

para borrar la estancia de los injustos infieles y destruir el paradero de los engreídos politeístas, erradicando su morada y haciendo desaparecer las huellas de su falsedad, “y quedará como gavilla cortada[5]”. Hicimos llegar al arrepentido Hafs la seguridad, el apoyo y el perdón que nos habíamos dignado concederle, tratándolo con la conocida benevolencia que puso Allah entre nuestras cualidades, hasta el punto de tranquilizarlo y regocijarlo.

»Ten esto sabido y obsérvalo; da muchas gracias a Allah y haz que se lea esta misiva que te dirijo a los musulmanes de tu cora, en las mezquitas de tu lugar, para que alaben a Allah por el gran favor que les ha concedido y le den gracias por el mal que les ha atajado, pues con sobreabundantes loores se mantiene su beneplácito y son atraídas nuevas gracias, si Allah quiere, pues en Él está la ayuda.

»Abd al Rahman, emir de Al Ándalus, satisfecho con la sanción divina.

»Dado en Qurtuba, el jueves 5 de Dhul Hiyah del año 315 de la Hégira[6].

El final de la lectura se vio seguido de una ovación tímida al principio, hasta que se convirtió en una aclamación en boca de los miles de gargantas que se habían congregado en la plaza y en las callejas adyacentes. Hasday tomó a Qâsim por el brazo y con paciencia, paso a paso, trató de abrirse camino en dirección al consultorio.

—Nunca entenderé esas expresiones enrevesadas que emplean los funcionarios del *alqásr* —observó una vez que avanzaron sin obstáculos—. ¿No llegaría mejor al pueblo un mensaje expresado de forma más directa y en un lenguaje más llano?

—Quizá sea la manera de marcar las distancias. El protocolo oriental importado por los Omeyas ha acabado imponiéndose, también en el lenguaje —explicó Qâsim —. Y no parece que la intención sea abandonarlo, más bien al contrario. Desde mis últimos años en Qurtuba, tengo la impresión de que los consejeros del emir tratan de acentuar la distancia entre el soberano y el populacho, ocultándolo a su vista para mostrarse tan solo en las grandes ocasiones.

—Y esta es una de ellas… —subrayó Hasday.

—No dudes de que Abd al Rahman se habrá dejado ver en Qurtuba con motivo de esta victoria. Ya lo hizo durante la crucifixión de Sulayman y, créeme, la puesta en escena en aquella ocasión pareció obra del Todopoderoso, y no de unos cuantos funcionarios. ¡Si hasta comenzó a llover tras dos años de sequía cuando colgaron los cuerpos de Umar ibn Hafsún y sus dos hijos de los postes! Deberías haber visto las caras de asombro de aquella muchedumbre, haber escuchado los comentarios: todos en Qurtuba estaban convencidos de haber asistido a la exhibición de un poder casi divino, el de alguien con conexión directa con Allah.

—¿Algo así como un califa, el representante de vuestro Dios entre los hombres?

Qâsim pareció pensativo, pero acabó afirmando con la cabeza.

—Quizá sí. Las victorias militares, las viejas profecías que de nuevo se han hecho circular por el emirato y el manejo inteligente de todo ello están haciendo que, cada día con más fuerza, los musulmanes de Al Ándalus vean en su soberano a un

verdadero Mesías.

—Y la victoria sobre Umar ibn Hafsún y sus hijos no hace sino reforzar esa imagen. —Hasday parecía reflexionar en voz alta—. Los *hafsuníes* habían recurrido a Al Mahdi, el califa fatimí, en busca de ayuda económica y militar…

—Y en busca también de una legitimación religiosa, no lo olvides. Tal vez ese aspecto sea el más importante —interrumpió el médico—. Esta es también una victoria sobre los fatimíes y sobre un califa al que los omeyas tratan de mostrar como un embaucador. Si ya antes se comentaba en los mentideros de Qurtuba la posibilidad de que Abd al Rahman reclamara para sí la legitimidad en la sucesión de los primeros califas, la lectura de la carta que acabamos de escuchar no hace más que reforzarla.

—Así pues, las continuas alusiones al favor de vuestro Dios, lo que yo consideraba palabrería…

—… no lo es, en absoluto —concluyó Qâsim—. Esa carta está redactada con mucho detenimiento, y no hace sino alimentar la imagen del emir como el favorito de Allah, como su enviado, como… el califa.

Hasday asintió mientras caminaban, pensativo. Su padre ya le había hablado con admiración de aquel hombre que, siendo poco más que un muchacho, se había sentado en el trono de Qurtuba. Quince años después, la situación política de Al Ándalus había experimentado un giro radical y todo parecía indicar que Abd al Rahman no tenía intención de detenerse ahí.

—¿Crees que tendrá la determinación necesaria para hacerse proclamar como tal? —preguntó, a punto de alcanzar la puerta del consultorio.

—¿Quién sabe? Pero lo que estamos viviendo parece fruto de un trabajo premeditado para allanar el camino hacia ese objetivo. Yo no sé si lo veré, pero tú eres joven, tendrás la respuesta a tu pregunta.

Ismail se encontraba barriendo el zaguán y los recibió con una inclinación de cabeza. El olor del pavimento húmedo, recién baldeado, se mezclaba con el de las especias, los extractos y las plantas medicinales. Hasday no pudo evitar inspirar hondo para empaparse de aquellos aromas.

—¿Alguna novedad? —se adelantó Qâsim, que se movía con asombrosa soltura por el consultorio.

—Nada urgente. Un par de pacientes que regresarán en otro momento. Pero ha venido Rashid desde la casa de tu padre con un correo procedente de la Madīnat Bayāna. Al parecer, el comerciante que lo ha traído ha insistido en que debía ser entregado al joven *sahīb*.

Hasday sonrió al escuchar aquel apelativo en boca de un muchacho de su misma edad, pero no se entretuvo en corregirlo. Lo interrogó con la mirada y solo entonces Ismail cayó en la cuenta de que esperaba que se lo entregara. Con un gesto cómico, casi un traspié, entró en la sala de consultas y al momento salió con un portarrollo de cuero en la mano. Qâsim, entretanto, se había dejado caer con gesto de cansancio en uno de los viejos divanes del zaguán, y el criado se acercó a él para servirle agua de

una jarra de barro.

—Está fresca, acabo de sacarla del pozo —explicó; recogió los utensilios de limpieza y desapareció por la puerta que comunicaba con el patio.

Qâsim tomó varios sorbos largos mientras observaba a Hasday extraer el rollo de la funda que lo había protegido durante el viaje.

—Un muchacho avispado, servicial y discreto —comentó—. Todo lo que debe tener un buen criado.

Hasday no parecía escucharle. Su rostro se iba iluminando a medida que desenrollaba el pliego.

—¡Es de Asbag, el viejo gobernador de Bayāna! —exclamó.

Al desplegar por completo el escrito, un pliego mucho más ligero cayó a sus pies, y tuvo que detenerlo con el pie para evitar que rozara el suelo, todavía húmedo. Con expresión de admiración, lo sostuvo un instante por una esquina y lo depositó en la pequeña mesa baja donde Qâsim acababa de dejar el vaso vacío. Mientras leía el pergamino, Hasday apartaba los ojos del escrito para fijarse en el pequeño lienzo rectangular que, con cuidado, palpaba el viejo médico con las yemas de los dedos.

—¿Qué es? —preguntó Qâsim, y se lo acercó a la nariz—. Parece una tela delicada, aunque rígida. Pero este olor…

—*Waraq*, ¡es *waraq*[7]! —exclamó Hasday sin abandonar la lectura.

—¿Te lo envía el viejo Asbag? —preguntó Qâsim, con tono también apremiante —. ¿Acaso ha descubierto el secreto de su fabricación?

Hasday, absorto aún, negó con la cabeza, sin reparar en que su maestro no podía verlo.

—Un mercader llegó de Bagdad hace semanas al puerto de Bayāna. Según cuenta Asbag, había adquirido allí a precio exorbitante un cargamento de este material, que a su vez provenía de una lejana ciudad situada en los confines del mundo conocido: Samarqand.

—*Waraq*! —exclamó entonces Qâsim, acariciándolo—. Así pues, no son leyendas las historias que circulan.

—No, no lo son —respondió Hasday con voz emocionada.

—Y ese mercader… ¿no conoce el proceso de elaboración? ¿No lo ha revelado, acaso?

—Asbag solo explica algo de forma muy somera. Parece que se obtiene de materiales deleznables, trapos de lino y cáñamo que se maceran en agua de cal para obtener una pasta. Pero no da más detalles.

—No se me ocurre cómo el resultado puede ser este material fino y delicado.

Hasday se acercó a la mesa y tomó el pliego de manos del médico. Lo examinó con atención y se acercó a la puerta del dispensario para contemplarlo al trasluz.

—Verdaderamente prodigioso… —musitó, pasando las yemas por la superficie.

—Aunque solo aprecio sombras, parece de color muy claro.

—Es prácticamente blanco, Qâsim —respondió el muchacho, sin dejar de

observarlo.

Entonces, como si se le hubiese ocurrido una idea de repente, echó a andar hacia la sala de consultas. Apartó pergaminos, vasijas e instrumental, y depositó el fragmento en el centro. Luego tomó un cálamo y sumergió la punta en el tintero. Lo sacudió con cuidado, acercó la plumilla al extremo superior derecho y con delicadeza, deleitándose en las sensaciones, escribió por primera vez en su vida sobre papel, utilizando los caracteres árabes que servían para designarlo:



El extremo del cálamo se deslizaba con suavidad, y los trazos resultaban nítidos, sin la característica pelusilla que los rodeaba al plasmarlos en el pergamino.

—¡Admirable! —susurró para sí.

Qâsim se había acercado y oyó el comentario.

—En este momento —dijo con amargura—, daría cualquier cosa por que desapareciera esta cortina que me vela la vista.

Hasday contempló sus pupilas blanquecinas, y una sombra de tristeza nubló su entusiasmo.

—Daría cualquier cosa por poder hacerla desaparecer —reconoció—. Pero no lo creo posible.

—Alguien me ha hablado de tu interés por conocer las estructuras internas del ojo —dejó caer con aparente falta de intención—. ¿Tiene ese interés algo que ver con mi enfermedad?

—Había disecado ojos de animales años antes de conocerte —contestó al momento—. No te creas tan importante…

Hasday había pronunciado la última frase con una sonrisa, que se le quedó congelada al escuchar de nuevo la voz de Qâsim.

—¿Ni siquiera pensabas en mí al hender los ojos de aquel pobre viejo?

El rostro de Hasday se tornó lívido. Maldijo a Hakim para sus adentros.

—¿Qué te ha contado ese maldito charlatán? —dijo, malhumorado.

—Sé lo que has estado haciendo a espaldas de todo el mundo. Y no te lo censuro. En mi juventud, la curiosidad también me llevó a realizar actos contrarios a las leyes del Profeta. Actos que me habrían conducido a la horca o a la cruz, de haber trascendido. Por fortuna no fue así.

Le había hecho aquella confesión con naturalidad, sin el menor atisbo de dramatismo, y Hasday pareció relajarse.

—¿Cuándo te lo ha contado?

—Algunas noches Hakim compartía conmigo una copa de vino para hacer más corta la espera…, mientras tú yacías con Umarit.

Qâsim acabó la frase con una sonora carcajada y Hasday se levantó de la silla

para cerrar la puerta con rabia, después de asegurarse de que Ismail no había regresado al zaguán.

—¡Lo mataré! —espetó sin contener la rabia—. ¡Maldito bocazas!

—Casi puedo ver tu rostro rubicundo —dijo el médico tratando de ahogar la risa —. Lo que no sé es si es de rabia o de vergüenza.

Hasday tampoco sabía cuál de las dos era más intensa.

—No debes enojarte con él —añadió el médico—. Me precio de saber leer la mente de mis semejantes, y te aseguro que Hakim jamás traicionaría tu amistad si no estuviera convencido de que quien tiene enfrente es de absoluta confianza. Hasta a mí me ha costado arrancarle…

—Que te ha costado, ¿dices? —le cortó—. ¡Pero si pareces conocer mis secretos más íntimos mejor que yo mismo!

Qâsim volvió a reír a carcajadas, y la perplejidad regresó al rostro de Hasday.

—Hakim no me ha contado nada de lo que te he dicho. En realidad ha sido muy discreto. Fui yo quien leyó entre líneas. Y has sido tú quien acaba de confirmar todas mis suposiciones. En realidad es un truco muy viejo, que has de aprender a utilizar. Te vendrá bien con tus pacientes, no todos te contarán la verdad.

Hasday lo miraba de hito en hito, sin saber qué pensar.

—Otra lección que debes aprender: jamás reconozcas la culpa a la primera insinuación —continuó, sonriendo de nuevo—. En este caso tu error no tendrá ninguna consecuencia, pero debes evitar reacciones como esa en el futuro.

—¡Maldito tramposo! —exclamó Hasday, con un tono de voz que reconocía la derrota frente a las artes de Qâsim.

—¿Recuerdas al charlatán de las víboras y la triaca? Aquel hombre era un embaucador, pero conocía bien el funcionamiento de la mente humana. Por eso supo ganarse al auditorio y por eso llenó su bolsa. Aunque tu ánimo no sea el de engañar, aunque tu intención sea lograr el bien de quien tienes delante, te resultará muy útil manejar las mismas artes que esos bribones. Creo que en una ocasión te hablé de Al Razi, el médico persa que da gran importancia al poder de la mente, hasta el punto de haber escrito un tratado sobre ello. Saber manejar los resortes que nos mueven a cada uno de nosotros supone adquirir un enorme poder sobre la voluntad de los demás. En unos casos serán la soberbia y el orgullo lo que habrá que explotar; en otros hombres serán el miedo, la piedad y la compasión, quizá. La concupiscencia, las ansias de riqueza…, todos tenemos un punto débil que, una vez descubierto, nos hace vulnerables. Parte de tu trabajo como médico consistirá en desvelar esas puertas de entrada ocultas que te permitan derribar barreras desde el interior, sin tener que estrellarte contra el muro exterior tras el que todos los hombres tratamos de protegernos.

Hasday escuchaba a su maestro con atención, intentando asimilar la inesperada enseñanza que acababa de recibir.

—¿Qué más sabes de mí que yo no te haya contado?

Entonces fue Qâsim quien guardó silencio un instante, reflexionando acerca de la respuesta que había de dar.

—Que tienes en Yayyán enemigos peligrosos que pueden causarte un grave daño. El resentimiento, la envidia, el odio enconado… son malos compañeros de viaje.

—¿También ha sido Hakim…?

—No fue necesario, Hasday. Si un día Umarit no sale de su alcoba por una repentina indisposición; si días después Hakim y tú aparecéis cubiertos de magulladuras; si ese mismo día recibimos aviso para atender a un muchacho de tu edad con varios huesos maltrechos y, por primera vez desde que te conozco, te niegas a acudir, obligando a Ismail a que me acompañe, solo hay que atar cabos.

Hasday asintió en silencio. Recordaba cada detalle de lo que Qâsim había resumido en cuatro palabras, la tremenda paliza que habían propinado a Ghâlib tras sorprenderlo a solas cuando regresaba a casa.

—Le hizo daño a Umarit. Mucho daño…

—No te pido explicaciones, Hasday. Sé cuanto necesito saber, cuanto quiero saber —le cortó el médico—. Solo déjame darte un par de consejos más, los últimos: extrema las precauciones cuando el afán de saber te lleve a cometer actos contrarios a la ley. No confíes en nadie. Si te descubren, estarás perdido.

Hasday asintió de nuevo. Un estremecimiento lo había sacudido al recordar la escena de la cueva. El médico permaneció callado, sin rastro de sonrisa en los labios. El silencio se instaló brevemente en la habitación.

—¿Has dicho dos, dos consejos? —preguntó Hasday al fin.

Qâsim movió la cabeza afirmativamente, mientras dirigía su mirada velada hacia él.

—Sigue escuchando el pálpito de tu corazón. Atiende a tu deseo de saber. No hace mucho que te conozco, pero en este tiempo he descubierto que eres un joven poco corriente. Sigue experimentando, sigue aprendiendo y llegarás a alcanzar logros que ni tú mismo imaginas.

—¿A qué te refieres?

—¿Me equivoco si pienso que tu deseo es descubrir los secretos de las criaturas de Allah antes de que las abandone el soplo vital? Hazlo. Tienes los conocimientos para llevarlo a cabo evitando sufrimientos innecesarios. Has leído sobre las esponjas soporíferas, sobre sustancias que atenúan e incluso eliminan el dolor. Sírvete de ellas, aprende a utilizarlas en sus justas proporciones. Yo ya no estaré aquí, pero sé que algún día alguien devolverá la vista a alguien como yo. Si es posible hacerlo, lo harás. Tú o alguno de los discípulos a los que sabrás transmitir tus conocimientos y tu curiosidad. Solo la voluntad contraria de Allah Todopoderoso impedirá que consigas una proeza de tal calibre. Y entonces pasarás a ser recordado por las generaciones futuras, igual que ahora recordamos a Hipócrates, a Galeno, a Al Razi o a tantos otros.

—La responsabilidad que pones sobre mis hombros es demasiado pesada. Mi

único propósito ha sido satisfacer mi curiosidad, no llevar a cabo proezas como las que mencionas.

—Una cosa te llevará a la otra. Pero tienes razón, no te pongas metas que puedan resultar inalcanzables. Tan solo déjate llevar por tu instinto. Sé que si lo haces llegarás a buen puerto.

—Eres demasiado generoso al valorar mis capacidades.

—He podido sentir tu reacción al pasar las yemas de los dedos por ese fragmento de papel. Solo me ha faltado ver el brillo de tus ojos. Y sé que ahora no has de detenerte hasta conseguir el secreto de su fabricación. ¿Acaso me equivoco?

—Supongo que no —respondió el muchacho, al tiempo que volvía a prestar atención al pliego de *waraq*—. El único inconveniente es que no podré ser yo quien viaje a Bayāna, los pacientes nos reclaman y no puedo dejarte solo. Tendré que pedir a mi padre que sea él mismo quien traiga noticias sobre ese mercader, si es que aún sigue allí. Asbag dice en su carta que su intención es vender su mercancía en Qurtuba, quizás en la misma cancillería del *alqásr*, para compensar la elevada inversión y el costo del transporte.

—Lamento desilusionarte, pero ayer mismo oí decir a Ishaq que su intención es viajar a Qurtuba en los próximos días para explorar las nuevas posibilidades de negocio que se abren tras el fin de las revueltas.

—Me temo que en ese caso tendré que confiar en Yakob. Si no es mi padre quien acude a Bayāna, será él quien lo haga.

—Le he recomendado que en su próximo viaje se lleve consigo a Shoshana. A la muchacha le hará bien visitar a su familia en Al Hamma mientras Yakob atiende a sus negocios en el puerto.

—¡Es una buena idea! A ambos les sentará bien una semana de separación.

—Te advierto, Hasday, que es una solución pasajera. La muchacha sufre un trastorno grave al que soy incapaz de poner nombre, pero que en cualquier caso justificaría el repudio, y más si la familia conocía su existencia antes de la boda, como parece.

Hasday volvió a apartar la vista y se pasó la mano por los cabellos, incómodo al recordar la reciente confesión de su hermano. Suspiró con fuerza. En aquel momento resonaron varios golpes de aldaba en el zaguán.

—Ya están aquí los primeros —anunció Qâsim con sorna—. El efecto terapéutico de la lectura de esa carta por parte del emisario empieza a desaparecer.

Hasday enrolló el fragmento de papel junto al pergamino y los introdujo en el cilindro de cuero. Después reordenó la mesa y se dispuso a recibir junto al maestro al hombre que ya conversaba con Ismail en el patio interior.

16

La mesa del dispensario estaba cubierta de volúmenes, mejor o peor encuadernados, amontonados sin orden alguno en torno al único hueco que permitía a Hasday apoyar el tomo que estaba consultando en aquel momento. Se trataba del cuarto volumen de *De materia medica*, y su vista había quedado clavada en el centro del folio ciento veintiuno, donde Dioscórides había utilizado una palabra griega que el traductor árabe no había sido capaz de interpretar. Por eso aparecía la transcripción literal del sonido: *anaisqhisia*. Su conocimiento del griego antiguo no era bueno, pero le permitía descifrar el significado de aquel término, referido a la falta de sensibilidad, en este caso inducida por un fármaco. Leyó en voz alta el párrafo completo, que hablaba de la raíz de mandrágora.

—«… la corteza de la raíz, majada, pelada y traspasada por un hilo, se cuelga para almacenarla. Algunos hierven las raíces en vino hasta que quede el cocimiento reducido a su tercera parte y, una vez colado, lo almacenan y lo emplean dando de él un ciato[8] a los que padecen de insomnio, a los que tienen muchos dolores o a los que quieren anestesiar para operarlos o cauterizarlos». ¿Qué te parece, Qâsim? —preguntó, alzando la vista por encima de la torre de libros hacia el lugar donde parecía haber estado dormitando el viejo médico.

El ambiente era propicio para ello, pues solo las lámparas de aceite distribuidas alrededor de Hasday aportaban algo de luz a la estancia, sumida en la penumbra. El médico se desperezó y se incorporó llevándose la mano a la espalda.

—Ahí lo tienes, el tercer componente de la esponja soporífera. Así pues, Dioscórides no contradice a Hipócrates y a Galeno.

—Sin embargo, Pedro de Egina habla de otros ingredientes en la mezcla utilizada por Teodorico de Samos —objetó Hasday.

—Pero no especifica cuáles son. Tendrás que empezar a experimentar con lo que tienes: adormidera, beleño y mandrágora.

—Me produce una enorme sensación de impotencia no tener acceso al conocimiento de los antiguos médicos griegos y romanos, sabiendo que existe y que seguramente espera en algún lugar a que alguien quite el polvo de los volúmenes que lo contienen. Oribasio también habla de una pócima casi mágica con la que adormecía a sus pacientes, pero no describe la fórmula. Si tuviera acceso a todas sus obras…

—Creo que en esta habitación está reunido hoy todo el saber acerca de este asunto que se puede encontrar en Yayyán, incluida mi propia biblioteca.

—Pensaba en Qurtuba, en la biblioteca del *alqásr* —respondió Hasday con tono soñador.

—Creo que ese emisario te ha trastornado el ánimo. —El anciano sonrió.

La mención del enviado hizo que Hasday recordara la recepción que había

ofrecido el gobernador en la alcazaba la misma noche en que se leyó en público la carta del emir. Ishaq había sido invitado, al igual que Qâsim, cuyo prestigio adquirido en Qurtuba no había hecho sino acrecentarse con su ejercicio en la ciudad. Y Hasday no necesitó que insistieran en la posibilidad de que se sumara al grupo. De hecho había acabado monopolizando la conversación con sus interminables preguntas sobre la legendaria biblioteca del palacio, los eruditos que poblaban sus estancias, el taller de traductores del que tanto había oído hablar y los viajes de los funcionarios que partían hacia los cuatro puntos cardinales en busca de tratados con los que completar las fabulosas colecciones de todas las disciplinas y en todas las lenguas conocidas que atesoraba la biblioteca del *alqásr*, cada vez más extensa.

Tal vez estuviera idealizando aquel lugar que no podía ni imaginar, pero la posibilidad de viajar a Qurtuba se perfilaba en su mente cada día con más claridad. Aunque primero tendría que concluir su formación junto a Qâsim. ¿Y después? ¿Qué sería del viejo médico sin él a su lado? Levantó la cabeza para contemplar su barba cana y puntiaguda, y el esbozo de sonrisa que persistía en sus labios. Sus ojos blancos se dirigían hacia la luz y, por un momento, la angustia consiguió atenazar al muchacho. Sin embargo, se dio cuenta de que divagaba y se obligó a regresar al asunto que había ocupado su mente en las últimas jornadas, desde que Yakob y Shoshana partieran hacia Al Hamma y Bayāna al frente de una nutrida caravana. Solo habían transcurrido siete días, pero Hasday no veía el momento de su regreso, que aún se retrasaría tres semanas si todo transcurría según lo previsto. Había decidido entretener la espera volcándose en lo que le había sugerido Qâsim, y todas sus horas libres transcurrían en aquel lugar que olía a aceite, tinta, pergamino, polvo y humedad. Aquella fase, sin embargo, había concluido. Hasday se había sumergido en todas las obras médicas que tenía a su disposición, en los tratados de botánica y farmacología, y creía saber lo que necesitaba. Era el momento de acudir en busca de Hakim para reclamar su ayuda, una vez más.

Subió las escaleras del granero por la parte más próxima a la pared para evitar los crujidos que se producían al pisar en el centro de los peldaños de madera. Sabía que no era necesario, pues a aquella hora solo podía oírlo llegar Umarit, pero los años pasados tratando de ocultar sus encuentros habían hecho de la cautela una costumbre. Deseó con fuerza que estuviera esperándolo arriba, tras aquella puerta que la luz del candil empezaba a iluminar. Se detuvo en el rellano superior y prestó atención. No pocas veces, al llegar había percibido la respiración rítmica de la muchacha, dormida durante la espera tras una agotadora jornada de trabajo. En esas ocasiones se recreaba sintiendo crecer la excitación, que se hacía evidente cuando abría la puerta y, entre el olor de los cientos de plantas que se secaban al aire, acertaba a distinguir el intenso aroma a lavanda de Umarit.

No fue necesario que aguzara el oído para percibir los sonidos del interior, que atravesaban las rendijas de la vieja puerta de madera. Eran inconfundiblemente los gemidos de una mujer. Gemidos de placer, mezclados con los crujidos tenues del

jergón de cañizo sobre el que descansaba el colchón de paja. El sonido cobró intensidad antes de que se añadiera a él otro parecido, pero esta vez de varón. Por un breve instante, la perplejidad y la duda se adueñaron de él, hasta que, con claridad, escuchó la voz anhelante de una mujer que no era Umarit.

Hasday sonrió y se apartó de la puerta. Dejó que el sonido acompasado de las dos voces se extinguiera y esperó con el candil oculto tras el cuerpo. No quería interrumpir aquel momento mágico, no todavía. Debía de ser una de las primeras veces que Hakim gozaba con una muchacha, si no la primera, y no iba a arruinarle la experiencia. Se dejó caer sobre las tablas del rellano y apoyó la espalda contra la pared. Solo se puso en pie cuando oyó los primeros ronquidos de su amigo. Entonces golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Hakim! —llamó—. ¡Soy yo, Hasday!

Advirtió los sonidos del desconcierto, el crujido del jergón y las voces quedas de los dos.

—¡Un momento! —pidió Hakim tras recuperarse del sobresalto.

La puerta se abrió al fin y el candil iluminó el rostro rubicundo y el cabello despeinado de su amigo. Solo los calzones mal ajustados cubrían su desnudez. Hasday compuso la mejor de sus sonrisas y un gesto de complicidad.

—¡Enhorabuena! —susurró riendo abiertamente—. No sabes cuánto me alegro.

Aquello pareció relajar al muchacho, y el alivio se reflejó en su semblante. Sus músculos parecieron relajarse y dejó caer los brazos. Pero después adoptó un gesto de reproche.

—¡Qué susto me has dado, cabrón!

—Perdóname —rio—, pero tengo que hablar contigo…

—¿A estas horas? —respondió volviendo la vista al interior.

Hasday vislumbró a la muchacha por encima del hombro de Hakim. Permanecía agazapada en un rincón en penumbra, cubierta hasta el cuello con las ropas de la cama. A un lado, arrugada en el suelo, percibió la tela de color turquesa de su túnica.

—¡Eh, que os he dejado terminar! —bromeó—. ¡A pesar de que has invadido mi territorio!

Hakim bajó la vista, avergonzado.

—Lo siento. Pensaba que esta noche también dormirías en el consultorio.

—He terminado lo que estaba haciendo. Pero no te excuses, me alegro —dijo señalando con la barbilla hacia el interior—. Es la chica de la cantina, ¿no es cierto?

Hakim asintió con la cabeza, y un destello iluminó sus ojos.

—Sin secretos entre nosotros…

—¡Por fuerza! —contestó Hakim, riendo.

—Necesito tu ayuda mañana, al amanecer, antes de que abras el horno.

—Cuenta con ella. Estaré abajo, en la puerta, tras la primera oración.

Hasday asintió.

—Vuelve con ella. Es hermosa…

—No solo es hermosa… —respondió con un tono de voz que nunca le había oído.

Hasday golpeó suavemente el pecho de su amigo con el puño cerrado.

—Me alegro, de veras.

—No volverá a pasar —le aseguró Hakim—. Habilitaré una de las estancias del horno como alcoba. Hay espacio suficiente, y Firuze me ayudará en el negocio.

—¡Firuze!

—Dice que significa «turquesa» en su lengua. Es su color favorito —explicó con una sonrisa de complicidad, volviéndose hacia la tela que yacía en el suelo.

Hasday asintió de nuevo. Empujó a su amigo hacia el interior y cerró la puerta. Esperó un instante antes de descender, pensando en lo rápido que cambiaban las cosas, en los giros inesperados que a veces daba la vida. Para bien o para mal.

Había pensado en llevar a cabo sus experimentos en la misma cueva donde tiempo atrás disecara su primer lechón, pero parte del techo se había venido abajo. La prudencia hacía impensable usar la otra, donde había muerto el viejo hortelano; y tampoco el dispensario era lugar adecuado, con los pacientes entrando y saliendo del local. Quedaba la casa familiar, aunque el granero se encontraba ya atestado con el secadero de plantas medicinales, las cajas de gusanos y los sacos de *qahwah*. Optó por pedir ayuda a Rashid, el mozo de cuadras, para que desalojara uno de los almacenes que daban al patio, repleto hasta entonces de viejos enseres inservibles. Al fin y al cabo, contaba con el beneplácito de Qâsim, no iba a transgredir ningún precepto y, por tanto, no tenía que ocultarse de nadie.

El sol entraba a raudales por la ventana enrejada de la pared del fondo. El portón delantero también estaba entreabierto, y la ligera corriente de aire ayudaba a disipar el olor a tierra mojada que se había instalado tras el intenso baldeo del local. Rashid, con la ayuda de otros sirvientes, había colocado varios tableros sobre caballetes, que aparecían cubiertos con viejos cueros engrasados. Entretanto, Hasday había preparado cantidades suficientes de cada uno de los ingredientes que pensaba utilizar: polvo de opio, jugo de beleño y vino de raíz de mandrágora. Al parecer, lo que describían los tratados era esponja marina y, por fortuna, contaba con una buena provisión. Desgarró una enorme pieza en trozos más pequeños y se acercó uno de ellos a la nariz para aspirar el olor a mar que aún desprendía. El recuerdo del puerto de Al Mariyat Bayāna acudió a su mente de inmediato, y con él la imagen de Yakob, quien quizás en aquel mismo instante se encontrara en la nueva alcaicería junto a un cargamento de fardos de papel. Deseó que el tiempo pasara deprisa, tratando de imaginar cómo sería disponer de aquel nuevo y sorprendente material y, sobre todo, de la técnica para su fabricación. Como siempre, su pensamiento vagaba desbocado cuando un alboroto de cacareos le hizo volverse hacia las jaulas que tenía detrás, pegadas a la pared opuesta.

Había resultado fácil conseguir animales de tamaño pequeño, como palomas y tórtolas, conejos, gallinas y patos. Sin embargo, necesitaba alguno de mayor porte, y

ese era el encargo que había hecho a Hakim. Ignoraba cómo lo había conseguido, pero solo unas horas después de habérselo pedido, su amigo había aparecido ante el portón trasero con un carromato tirado por un mulo. Encima de la plataforma había cuatro jaulas grandes de madera en cuyo interior ladraba y gruñía una decena de perros de diferentes razas y tamaños, alguno de más de tres arrobas. En ese momento parecían dormitar al sol, tranquilos, una vez satisfecho su voraz apetito con los restos de la cocina.

Rashid había apilado encima de la mesa las cajas que Hasday había hecho llevar desde el dispensario. Había redomas, escudillas, vasijas, frascos, espátulas, cucharillas, tijeras y cuchillos, embalados con prisa y sin orden. El aprendiz lo distribuyó todo a su alcance, colocó varias lamparillas cerca y se dispuso a iniciar la tarea que se había propuesto para aquella mañana. Respiró hondo antes de abrir el primer saquete, el que contenía polvo de opio. Con una pequeña espátula, vertió media onza en un mortero de cerámica y después limpió la herramienta con un paño. A continuación retiró el tapón de corcho de la redoma en la que guardaba el jugo de beleño y añadió la cantidad necesaria para formar una pasta espesa. Removió con energía valiéndose de la mano del almirez y, por último, vertió una generosa cantidad del vino en el que había cocido la raíz de mandrágora. La mezcla resultaba repulsiva a la vista, y no menos al olfato, pero Hasday se empleó a fondo hasta que tuvo un aspecto homogéneo, salvo por la capa de espuma parda que pugnaba por cubrir la superficie.

Comprendía por qué los antiguos habían descartado administrar aquella pócima por vía oral. Su eficacia habría sido sin duda mayor, pero el control de sus efectos sería imposible. Un exceso en la dosificación de cualquiera de los componentes podría resultar mortal, y una vez administrado por la boca no había marcha atrás. La inhalación, intuía, evitaría ese problema. Empapó un trocito de esponja y lo escurrió fuera del mortero.

—Alcánzame un conejo —le pidió a Rashid, que miraba el mejunje negruzco sin ocultar una mueca de repugnancia.

Para aquella tarea, Hasday habría preferido a Ismail, más habituado a los quehaceres propios del oficio, pero se encontraba en el dispensario junto a Qâsim, pasando la consulta matinal. De cualquier manera, lo que le iba a pedir no tenía ninguna complicación, ni siquiera para un tosco mozo de cuadras.

Rashid se acercó con un ejemplar de tamaño pequeño, poco más que un gazapo. Lo sujetaba con las manos ahuecadas.

—No dejes que se mueva. Voy a aplicarle la esponja sobre el hocico, de forma que respire a través de ella.

El primer intento resultó complicado. El animal, despavorido, trataba de zafarse de la presa, y no había forma de sujetarle la cabeza con firmeza. Hasday se sentó y cogió el conejo de las manos de Rashid. Lo atrapó entre las piernas y le inmovilizó la cabeza con la mano izquierda. Después tomó de nuevo la esponja y, con la mano

derecha, la comprimió contra el diminuto hocico. El animal se retorcía ante la sensación de asfixia, pero Hasday se las arregló para mantener la esponja pegada a sus fosas nasales, sin permitirle respirar otra cosa que no fuera aquella mezcla. Aquella postura permitía que Hasday sintiera la tensión del pequeño cuerpo entre los dedos, así como la relajación progresiva que se produjo. Tardó dos minutos en abrir la mano y dejar el pequeño cuerpecillo caliente sobre el cuero de la mesa. Rashid lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Está muerto! —exclamó.

—No, solo duerme. —Hasday sonrió—. Compruébalo tú mismo.

El mozo de cuadras se acercó y advirtió que las costillas del gazapo se movían rítmicamente.

—¿Es magia, *sahīb*? —Rashid se volvió hacia él con el temor reflejado en el rostro.

—No, no lo es. Somos médicos, no hechiceros… —respondió, al tiempo que se acercaba con una pequeña aguja.

El mozo de cuadras abrió la boca de forma desmesurada cuando Hasday pinchó al animal en las almohadillas de una pata, en el propio hocico y, por fin, en el periné, junto al ano. No se produjo ninguna reacción.

—¡No se despierta!

—No siente nada —explicó Hasday—. Inténtalo tú mismo.

Rashid compuso una mueca de temor, pero acabó tomando la aguja que su amo le tendía. Pinchó en el abdomen y no ocurrió nada, después en la base de la oreja, y finalmente junto a los testículos. En ese momento el animal estiró una pata con fuerza y emitió un quejido. Rashid se apartó, sobresaltado.

—Solo un mago puede manejar así el sueño de un animal —insistió el mozo.

—En realidad ha sido un pequeño fracaso…

Rashid lo miró sin comprender. Aunque el conejo seguía encima de la mesa, empezaba a agitarse con pequeñas contracciones de los miembros.

—Para ser un animal tan pequeño ha tardado demasiado en perder la consciencia y ha permanecido en ese estado muy poco tiempo. Es evidente que ha inhalado poca cantidad. —Hasday parecía hablar para sí, más que para su improvisado ayudante—. Quizá la mezcla sea poco volátil.

Se quedó sentado durante un buen rato, mirando fijamente al animal mientras este recuperaba poco a poco el movimiento y la consciencia. Pensó que si administraba la mezcla caliente, incluso a punto de hervir, quizá los vapores ayudaran…

Permaneció toda la mañana en aquella improvisada sala de experimentación. Utilizó ejemplares de todas las especies que tenía a su alcance, uno de los perros mordió a Rashid cuando trataba de sujetarlo encima de la mesa, y el conejo de mayor tamaño murió al aplicarle la esponja por segunda vez. Hasday pasó por alto la hora del almuerzo, enfrascado como estaba en la observación, cuyos detalles anotaba con cuidado en uno de sus cuadernos de pergamino. No sentía apetito, pero cayó en la

cuenta de que Rashid tampoco había probado bocado y lo mandó a la cocina en busca de algo que echarse a la boca. Supo que no era casualidad que al instante apareciera Umarit con un cuenco de pasas y frutos secos, y unas sopas de leche. La muchacha entornó el portón tras de sí y se acercó al extremo de la mesa con los dos recipientes. Su sonrisa se desvaneció cuando descubrió el perro que yacía ante Hasday, con una fea costura en la pata, formada por una decena de puntos anudados con pericia.

—¿Está muerto? —preguntó con gesto de desagrado, mientras depositaba los dos cuencos en el extremo más alejado.

Hasday negó con la cabeza.

—Solo dormido —explicó—. Estoy probando sustancias que privan momentáneamente de la consciencia y he aprovechado para remendarle esa fea herida.

Umarit lo miró pasmada.

—¿No siente el dolor? ¿No se despierta?

Hasday sonrió ante su reacción, la misma que había tenido Rashid unas horas antes.

Hasta entonces se había luchado contra el dolor con sustancias que ayudaban a calmarlo, pero los pacientes permanecían en todo momento conscientes y, casi siempre, inmovilizados. Aquello era distinto, por eso a todo el mundo le costaba comprenderlo. Aquella mezcla de sustancias privaba de consciencia y sumía al paciente en un sueño profundo del que ni un dolor lacerante lo despertaba. Hasday había comprobado, sin embargo, que su administración no estaba exenta de peligros, pues los efectos parecían variar, no solo según la especie, sino entre individuos. Sin duda dichas variaciones estaban relacionadas con el tamaño del animal y la dosis administrada, de modo que los ensayos hasta dar con las proporciones justas para aplicar aquella técnica a los pacientes de Qâsim habrían de prolongarse mucho. Sin embargo, se sentía exultante. Los resultados del primer día no podían ser más prometedores.

—En estos momentos no siente nada —respondió—. Me ha permitido trabajar con el hilo de seda y con la aguja sin prisa y sin la congoja que producen los quejidos continuos. Sentirá el dolor dentro de un rato, cuando las sustancias que le he hecho inhalar dejen de hacer efecto. Ahora tendré que buscar la manera de evitar que se mordisquee la herida cuando despierte.

Umarit se acercó, lanzó una mirada de soslayo hacia la puerta entornada y depositó un largo beso en los labios de un sorprendido Hasday.

—Cada día que pasa te admiro más —dijo, casi sin resuello, satisfecha ante la reacción de Hasday—. Pero ahora tómate las sopas, si no vas a desfallecer.

Hasday continuó hasta que, al atardecer, llegó Qâsim en compañía de Ismail. Informó al médico de los resultados de aquella primera jornada, mientras este escuchaba con gesto satisfecho aunque con un rastro de escepticismo.

—No trates de correr en esto, muchacho. Que muera un conejo por un exceso en

la dosis no tiene importancia, pero no puedes permitirte que ocurra lo mismo con uno de nuestros pacientes. Debes comprobar que los resultados se repiten según tus expectativas, que no varían cuando fabriques la pócima con ingredientes distintos a los que has utilizado hoy. Has de estar muy seguro de lo que haces antes de dar el gran paso. Un fracaso puede arruinar tu reputación y dar argumentos a tus opositores, que los habrá. Necesitarás seguir experimentando durante semanas, probar distintas proporciones en la mezcla. Solo entonces podrás ensayar el uso de la esponja con un voluntario.

—Ya he pensado en eso, no faltarán candidatos en la consulta. Si es necesario reducir una fractura complicada, sajar un absceso doloroso, tratar quemaduras…

—¡No, no, no! —lo interrumpió Qâsim con un gesto de la mano—. Al principio tendrá que ser alguien de tu confianza, cuyos parientes no te vayan a denunciar si no todo va bien…

—Pero en ese caso…

—Probarás conmigo, Hasday. Yo seré el primero en Yayyán que se someta a tu *anaesthesia*.

Las semanas siguientes transcurrieron con la rapidez con que pasa el tiempo cuando las horas del día se hacen pocas para atender a las pasiones y a los deberes. La asistencia al dispensario era obligada, pero Hasday procuraba ayudar a Qâsim en los casos más complejos durante la mañana para delegar después en Ismail aquellos que no requerían su presencia. Entonces regresaba al almacén de la residencia familiar y proseguía con sus ensayos. Había experimentado con nuevos componentes, añadiendo euforbio, cicuta o corteza de sauce, y no solo no había mejorado el efecto de la mezcla original, sino que había sufrido dos bajas más. Creía haber ajustado las proporciones, había comprobado que la aplicación de la mezcla en caliente, con la esponja también recién hervida, mejoraba de forma notable la eficacia. Y todos los detalles habían quedado cuidadosamente anotados en su cuaderno. Sin embargo, las noches habían sido para Umarit, sobre todo las de la última semana, cuyas fechas figuraban como «favorables» en su calendario particular.

A medida que pasaban los días, el recuerdo de Yakob y la impaciencia por las noticias que portara a su regreso empezaban a ganar espacio en sus pensamientos. En varias ocasiones había vuelto a tomar entre sus dedos el pequeño fragmento de papel soñando con las posibilidades que abría aquel nuevo material. De sus consideraciones tampoco estaba ausente el aspecto comercial, que podía vislumbrar por tradición familiar. Si podían sustituirse las costosas piezas de pergamino, cada una de las cuales obligaba al sacrificio de una res, por aquellas planchas de *waraq* obtenidas a partir de materiales vegetales, la edición de libros podría extenderse, cada sinagoga, cada mezquita, cada *madrása* podrían disponer de sus propios ejemplares a un coste mucho menor. Y si Yakob obtenía el secreto de su fabricación… Prefirió no pensar en ello, no todavía. Se le había pasado por la cabeza la idea de intentar llevar a cabo alguna prueba con las informaciones de las que disponía, pero lo ignoraba casi todo

acerca del tratamiento que habría de darse a los trapos de lino y cáñamo que, según decían, utilizaban en Oriente para conseguir una pasta manejable. Además, la esponja soporífera había ocupado todo su tiempo.

En aquel instante se sintió afortunado por tener entre manos asuntos que le apasionaban hasta el extremo de hacerle olvidar todo lo demás. Sin embargo, al mismo tiempo, una sombra de preocupación se cruzó entre tales pensamientos. Sentía que la dedicación a semejantes cuestiones era noble, que el tedio no cabía en su vida, que no experimentaba la necesidad de malgastar sus días en las tabernas como otros muchachos de su edad. Pero se preguntaba si no estaría yendo demasiado lejos, sobre todo cuando Nora le hacía notar su delgadez, su aspecto cansado después de relegar durante días incluso la necesidad de alimentarse y de reducir al máximo el tiempo de descanso. Además, para disgusto de Ishaq, había llegado a descuidar las obligaciones y los preceptos que imponía su fe. Había preguntas que temía hacerse… ¿Sería capaz de prescindir aun por corto tiempo de aquellas pulsiones? ¿Tendría la fuerza de voluntad para renunciar a las noches de pasión junto a Umarit si se lo propusiera? ¿Qué sucedería si se viera obligado a abandonar sus experimentos? Temía hacerse aquellas preguntas porque conocía las respuestas y sabía que no era del todo capaz de controlar su voluntad, aunque ello llegara a ponerlo en peligro.

Se encontraba solo en el almacén cuando le sorprendió la llamada con la que el muecín reclamaba a los musulmanes de Yayyán para la oración vespertina desde el lejano alminar. Un sordo malestar en las piernas y en la espalda le recordó que llevaba horas sin tomar asiento y decidió regresar a la parte habitada de la residencia. Nora se alegraría de poder disfrutar de la presencia y de la conversación de su hijo antes de la cena. Vivían en el mismo recinto, pero Hasday reconocía que prestaba poca atención a su madre, algo que ella sobrellevaba con resignación aunque, estaba seguro, le producía sufrimiento. Nora apenas lo dejaba entrever en algunos comentarios, jamás quejas, lo cual solo conseguía aumentar su sentimiento de culpa. Salió al patio central y, por vez primera en toda la jornada, cobró consciencia de la actividad que se desarrollaba alrededor. Lo saludó Rashid, ocupado en retirar la cama de las cuadras; siguió los pasos de Umarit por el pasaje que llevaba al patio sin que la muchacha advirtiera su presencia y negó con el gesto cuando la vieja cocinera, desde la puerta, le animó a entrar en busca de algo que llevarse a la boca.

Alcanzó el zaguán a tiempo de oír unos fuertes golpes que atronaban en la zona más noble de la casa. Uno de los sirvientes se apresuró a abrir el sólido portón de madera, al tiempo que desde la estancia contigua surgían los rostros sobresaltados de Saruq, el contable, e Ishaq. En el lado opuesto, aparecieron Ofra, que se secaba las manos en el ajado delantal de algodón con el ceño fruncido, y a continuación Nora, quien miró preocupada a la figura que ocupaba el vano de la puerta, un hombre con el rostro cubierto de polvo y sudor.

A Hasday le dio un vuelco el corazón al reconocerlo. Era uno de los jefes de la guardia que había acompañado a Yakob en el viaje a Bayāna. El caballo a su espalda,

empapado, respiraba con dificultad y un cerco de espuma blanquecina asomaba entre sus belfos. Hasday se preparó para lo peor al contemplar la expresión angustiada del soldado, que tomaba el aire a bocanadas para poder hablar.

—¡Jadash! ¿Qué ocurre? —gritó Ishaq, y Nora se colgó de su brazo.

—Amo, es tu hijo, Yakob. Está enfermo. Muy enfermo —repitió, aún sin aliento —. Muchos hombres lo están. Algunos han muerto. La caravana se ha detenido, apenas ha avanzado en los últimos días.

—¿Dónde están? —inquirió el mercader, con voz ahogada.

—Ahora se encuentran en una de las ventas del camino, a apenas una jornada a caballo. Yakob pretendía llegar a Yayyán a toda costa, pero no ha sido posible. Lo dejé maltrecho en la venta y he cabalgado sin parar hasta aquí.

El soldado se llevó la mano derecha a los ojos y un rictus de dolor asomó a sus labios. La luz parecía molestarle, y cayó de rodillas sobre el pavimento.

—¡Apartaos de él! —gritó Hasday entonces, al tiempo que tiraba sin consideración de la manga de su madre—. ¡Este hombre está tan enfermo como los demás!

Se colocó delante de la puerta y abrió los brazos para hacer retroceder a todos los que se habían agolpado ante ella en busca de una explicación a tanto alboroto. Después se remangó la túnica y se acercó a Jadash. Le tomó la muñeca y se la apretó con el índice y el corazón. Estaba ardiendo, y su pulso era débil y acelerado.

—¡Traed agua fresca! —pidió. Después se volvió hacia el soldado y le habló con suavidad—. ¿Sientes dolor?

El hombre asintió.

—He cabalgado sin descanso —musitó, exhausto, al tiempo que se tumbaba en el suelo—. Jamás había sentido tanto dolor. Mis piernas, la espalda, los brazos…

Se protegía de la luz con el antebrazo y algo llamó la atención de Hasday. Le retiró con cuidado la manga del jubón y contempló la piel hasta el codo: estaba cubierta por una erupción rojiza.

—¿Cuándo empezaron los síntomas?

—Algunos enfermaron al poco de salir de Bayāna. Avanzamos con ellos a cuestas, en los carros, en parihuelas…, pero pronto murió el primero. Después, ya en la Madīnat Ilbīra, le siguieron otros. Aun así, Yakob se empeñó en seguir. A marchas forzadas, además. Su único empeño era llegar a Yayyán. Quería mostrarte algo…, algo en lo que decía que estás muy interesado.

Ofra llegó con una jarra y una escudilla, que llenó con cuidado. Hasday pasó la mano por la nuca de Jadash para ayudarle a incorporarse. El hombre bebió con avidez, pero un intenso escalofrío lo sacudió y vertió parte de líquido por el pecho.

—¿Y Shoshana? ¿Acaso también ha caído enferma?

—Tu cuñada sigue en Al Hamma con su familia —respondió con voz fatigada—. Yakob decidió no detenerse allí cuando enfermaron los primeros hombres.

Hasday asintió. Prefirió no seguir preguntando a aquel hombre maltrecho y

fatigado.

—Preparad unas parihuelas. Lo trasladaremos a uno de los almacenes. Debe descansar. —El joven aprendiz de médico permitió que reposara la cabeza en el suelo. Cuando retiró el brazo sintió un intenso picor y de inmediato se sacudió y se frotó con fuerza usando la otra mano. Miró el cabello del soldado y descubrió la causa.

—¡Todo empezó a ir mal en cuanto entramos a aquel maldito barco! —susurró entonces Jadash con una mueca de desprecio—. Lo habían declarado en cuarentena, pero Yakob se empeñó en bajar a la bodega con algunos de nosotros. Estaba repleta de ratas y, cuando salimos, lo hicimos cubiertos de piojos y pulgas. Aun así descargamos decenas de fardos de mercancía, pero tu hermano se negó a revelar de qué se trataba. Simplemente me encomendó vigilar aquel carro de manera especial. Y eso hice, hasta ayer…

Hasday sintió una mano en su hombro. Se volvió y contempló los ojos velados de Qâsim.

—¿Es lo que sospecho? —preguntó.

—No hay duda —respondió Hasday—. Tifus.

De manera instintiva, el médico abrió los brazos, igual que lo había hecho Hasday poco antes.

—Que no se acerque nadie. Por mi experiencia sé que este mal aparece cuando los piojos y las pulgas son una plaga. Una plaga que ayudan a extender las ratas. ¿Hay pelitre en el granero? —preguntó dirigiéndose a Hasday.

—En abundancia.

—Trasladad a este hombre a un lugar aislado y hervid sus ropas. Yo mismo le lavaré el cuerpo y los cabellos con extracto de pelitre. Todos en la casa deberéis hacer lo mismo, y asperger vuestra piel con él, sin importar el olor. ¡De inmediato! —ordenó.

—Haced lo que os dice —indicó Hasday al ver que nadie se movía—. ¡También ese caballo debe ser bañado con el agua de piretro! En los próximos días, no podéis permitir que os ronden las pulgas ni los piojos. ¡Todo en esta casa debe oler a pelitre!

El muchacho se ocupó de dar las órdenes precisas a cada uno de los sirvientes. También Umarit había terminado por acudir, e intercambió con él una mirada de preocupación. Ishaq, sin embargo, permanecía aferrado a Nora, desbordado por la noticia y por la situación. Hasday se acercó a ellos.

—Salgo en su busca en cuanto termine con esto. Rashid me acompañará, ya está ensillando los caballos.

—¡Pero la noche se echa encima! —observó Nora, sin ocultar su angustia.

—No debes preocuparte, madre. La luna está en creciente y la noche será clara. Habremos avanzado unas cuantas millas antes de que amanezca. Solo ocúpate de que preparen algunas provisiones mientras voy al granero. Por fortuna hay pelitre y crisantemos desecados en abundancia.

Nora se disponía a objetar algo al ver alejarse a su hijo, pero Ishaq la tomó del brazo antes de que hablara.

—Hasday hace lo que debe —atajó—. La vida de Yakob está en peligro y solo él puede prestarle ayuda.

El muchacho oyó las palabras de su padre cuando ya se asomaba al patio. Entonces recordó a Shoshana, que en aquel momento permanecería en la casa de sus padres, quizás aún ajena a cuanto ocurría. Una oleada de angustia se apoderó de él mientras atravesaba el lugar donde ambos habían celebrado los esponsales. El tifus era un mal al que se podía sobrevivir, pero, como en otros muchos casos, requería del esfuerzo del paciente. Y la última y más íntima conversación con Yakob le hacía sospechar que carecía de la fortaleza de ánimo necesaria para encarar la enfermedad que le aquejaba. Si le ocurría algo a su hermano por cumplir con su encargo, por empeñarse en regresar a casa con aquel cargamento de papel…, Hasday jamás podría perdonárselo.

Hasday y Hakim avanzaban hacia el sur a trote corto por una vereda que a duras penas permitía el paso de ambas cabalgaduras a un tiempo. Aunque su vista se había adaptado a la escasez de luz, no podían poner a los caballos al galope a la luz de la luna. Solo habían descabalgado para aliviarse y para que los animales abrevaran en un regato.

Hasday estaba satisfecho con el cambio de acompañante, que se había producido en el último momento. Hakim había acudido en cuanto llegó a sus oídos lo sucedido aquella tarde en la residencia de los Banu Shaprut. Rashid ya montaba su caballo, pero Hakim, informado de la intención de Hasday, rogó ser quien le acompañara en aquella cabalgada. Ishaq se mostró de acuerdo cuando el muchacho alegó que el mozo de cuadras sería más útil allí, ayudando en las tareas de limpieza y de baldeo con el agua de pelitre. Habría de estar también pendiente del caballo de Jadash, por si manifestaba algún síntoma de enfermedad. Las instrucciones en tal caso eran claras: debería sacrificar al animal en el campo y quemar su cuerpo en una pira.

Empezaba a clarear tras las montañas que se alzaban por el lado oriental, y Hasday se alegraba de tener a Hakim a su lado. Solo él lo conocía lo suficiente para hablar cuando debía infundirle ánimo y callar cuando era necesario callar. Gracias a la presencia de su amigo había pasado la noche sin sumirse en la desesperación. Sin embargo, no veía el momento de alcanzar la venta donde Jadash había dejado a la caravana… o lo que quedaba de ella. Así que, antes de que el sol se alzara sobre la línea quebrada de los montes, los caballos avanzaban al galope.

Cabalgaron durante toda la jornada, deteniéndose únicamente para dar descanso a las monturas. Hasday apenas comió, pero dejó que Hakim devorara con apetito y en silencio el queso de cabra y el pan que Ida había metido en la alforja. Bebió vino del pellejo, eso sí, confiando en que le ayudara a poner fin al desaliento que lo atormentaba. Al atardecer coronaron un portillo estrecho entre dos lomas, y las cimas nevadas del Yabal Sulayr aparecieron ante ellos en el horizonte. A sus pies, a apenas

una milla, varias columnas de humo que se alzaban en el aire quieto orientaron su mirada hacia el lugar donde se situaba la venta. Los carros de la caravana aparecían dispuestos en semicírculo y Hasday aguzó la vista para poder distinguir varias figuras que se movían entre ellos, apenas puntos negros en la distancia. No sabía si lanzar el caballo al galope o desmontar para retrasar el momento de enfrentarse a la verdad, pero la conciencia del deber como aprendiz de médico decidió por él.

El lugar no le resultaba desconocido: por fuerza había tenido que pasar por allí en dos ocasiones, años atrás, durante su primer viaje a Bayāna. Sin embargo, todo parecía muy diferente a la vaga imagen que guardaba en su memoria. Uno de los mozos de la caravana lo reconoció al instante y corrió hacia ellos. Hasday no tuvo que preguntar para obtener la respuesta que buscaba.

—Está en la venta —indicó el hombre, al tiempo que tomaba las riendas de los dos animales—. Yo me haré cargo de las cabalgaduras.

A Hasday no le pasó desapercibido el hecho de que el empleado de su padre apenas se hubiera atrevido a mirarlo a los ojos y hubiera dirigido su atención a los caballos de inmediato en lugar de informarle sobre el estado de su hermano. Con la ayuda de Qâsim, empezaba a conocer la naturaleza de sus semejantes y a interpretar sus gestos y sus reacciones. Así pues, apretó los dientes y se preparó para afrontar lo que le esperaba en el interior.

Fue el propio ventero quien lo guio hasta una alcoba situada en la planta alta del edificio. Un olor nauseabundo lo asaltó al cruzar el umbral. La habitación, oscura y mal ventilada, apestaba a orines y vómito.

—¿Cómo puedes…? —le espetó Hasday, arrojándose hacia el lecho, donde Yakob, macilento, respiraba con dificultad.

—¡No me pidas lo que no puedo hacer! —se defendió el hombre—. Bastante hago con seguir aquí, en medio de la desgracia que me ha traído vuestra caravana. Si lo hago es porque ya sobreviví una vez a esta peste. Dicen que quien la ha padecido está a salvo, pero no me habría quedado a comprobarlo si no fuera por lo que debo a tu padre, a tu familia. Estoy solo, he mandado lejos a mi mujer y a mis hijas, y los sirvientes que no han partido han acabado por enfermar.

Hasday lanzó una mirada rápida al rostro de aquel hombre y vio agotamiento y desesperación. Antes de volverse hacia el camastro, asintió con la cabeza y musitó una disculpa.

—¡Yakob! —llamó tomándolo de la mano.

No obtuvo respuesta. Su hermano estaba ardiendo, sumido en un profundo estupor. Hasday comprendió que no tenía tiempo que perder.

Salió a la explanada en la que se había dispuesto el improvisado campamento y reunió a todos los hombres que se sostenían en pie. Les advirtió de la necesidad de despojarse de las ropas infestadas de piojos, impartió las instrucciones oportunas y envió a los más fuertes en busca de más pelitre aprovechando las últimas luces del día. Después regresó junto a Yakob.

En las horas siguientes, apenas se apartó de su lado. Lo despojó de sus ropas y sacó de la alcoba el infecto jergón de paja sobre el que descansaba. Pidió a Hakim que le llevara hierba seca y hojarasca del monte, y con ella prepararon un nuevo lecho. Hizo hervir agua con el pelitre que había transportado consigo de Yayyán y lavó con ella a su hermano, antes de usar el resto para rociar toda la estancia. Ignorando los continuos escalofríos que sacudían a Yakob, le aplicó paños fríos sobre la frente para reducir la calentura y trató de hacerle ingerir pequeñas cantidades de un cocimiento a base de corteza de sauce y otras hierbas contra la fiebre que portaba en su inseparable mochila.

Cuando terminó con él, salió al exterior y aplicó los mismos remedios a cuantos manifestaban signos de la enfermedad. El hombre que lo había recibido al llegar se acercó para interesarse por el estado de Yakob. Era un tipo corpulento que le doblaría la edad y, aunque su indumentaria no hubiera hablado por él, sus rasgos denotaban una ascendencia judía innegable. Hasday se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Nada más puede hacerse —respondió—. Ahora está en manos de Dios.

—Si hay algo que yo pueda hacer… —se ofreció—. Yakob es muy joven, pero llegará a ser un mercader excelente, como vuestro padre.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Hasday con un deje de disculpa.

—Me llamo Meretz, joven amo.

—Usa mi nombre, Meretz. No soy tu amo. ¿Hay algún fuego encendido? —preguntó—. Tienes aspecto cansado.

—Llevo noches sin dormir apenas.

—Trae un puchero con agua —pidió cuando se acercaron al fuego, y extrajo un saquete de la mochila—. Esto nos vendrá bien a ambos. Me temo que en los próximos días tampoco nos podremos permitir muchas horas de descanso.

El mozo de recua regresó al momento con unas trébedes, un cazo y una escudilla metálica abollada.

—Solo tengo una —se excusó.

—Será suficiente.

Al cabo de un instante, la infusión de *qahwah* humeaba en la escudilla, en la que Hasday había echado una pizca de azúcar de caña.

—Pruébalo, alejará de ti el sueño. Y cuéntame lo ocurrido.

Meretz asintió y bebió un sorbo. Arrugó el ceño ante el sabor intenso y desconocido, pero después de tragarlo tomó uno más. Luego le pasó la escudilla.

—Todo empezó a ir mal días después de descargar uno de los barcos fondeados en Al Mariyat Bayāna. Había estado en cuarentena, pero ya no quedaba nadie de la tripulación a bordo, ni siquiera el capitán. Quizás hubieran muerto. Nadie en todo el puerto se acercaba a aquella nave, pero Yakob insistió en bajar a las bodegas. Aún ignoro lo que buscaba, pero se negó a abandonar el puerto sin descargar los pesados fardos que portaba. Varios de los nuestros cargaron uno de los carros más grandes. —

Señaló hacia uno de los vehículos, cuya lanza se hallaba apoyada en un tocón—. Ha tenido vigilancia continua durante toda la ruta, y tu hermano, en sus delirios, solo parecía interesarse por él.

Hasday sintió que el corazón le daba un vuelco al echar un vistazo a aquellos fardos apilados. Bajo la gruesa lona engrasada que los protegía, habría más de cien arrobas de papel. Y su empeño en obtenerlos era la causa de la desgracia que se abatía sobre quienes habían participado en aquella empresa.

—¿Estaba solo Yakob cuando decidió entrar al barco?

Meretz negó con la cabeza, a la vez que se acercaba el tazón a los labios.

—Estaba ese anciano, Asbag, el que fue gobernador de Bayāna.

—¿Qué fue de él? —preguntó con la inquietud en la voz.

—Fue el primero en enfermar, incluso antes de que la caravana partiera de Al Mariyat. Si era el mismo mal que ha aquejado a los nuestros, no creo que lo haya superado.

Hasday reprimió un gemido.

—Así pues, ¿los hombres empezaron a enfermar ya de regreso?

—Los primeros, sin contar a Asbag, comenzaron a caer apenas una semana después de descargar aquel barco apestado de ratas.

—¿Y tú?

—Yo no entré en el barco, tenía que ocuparme de las mulas. Y si preguntas a los hombres te dirán que soy un tipo extraño, huraño incluso. No me gusta demasiado mezclarme con ellos, duermo apartado y jamás comparto tienda con nadie.

—Quizá sea eso lo que te ha salvado —aventuró.

—No tengo dudas, aunque hay otros hombres que siguen sanos.

Hasday se encogió de hombros, sin saber a qué achacar aquella circunstancia.

—Debo regresar junto a mi hermano. Avísame si surge alguna novedad.

—Descuida. Atiende a Yakob. Es un gran muchacho.

La fiebre no había cedido y el estado de estupor de su hermano parecía cada vez más profundo, y su respiración, superficial. Hasday comprobó con preocupación que, a pesar de los líquidos que le había administrado, las ropas permanecían secas. En casos como aquel, la ausencia de orina no era buena señal. Tomó la mano de Yakob y la notó flácida e inerte. Le cambió los paños de la frente y le refrescó los brazos y las piernas, cubiertos por la misma erupción rojiza que ya advirtiera en Jadash. A continuación le hizo tragar con dificultad una nueva dosis del bebedizo.

Hakim se asomó al umbral de la alcoba en busca de noticias, pero Hasday no le permitió pasar de ahí. Le rogó que buscara un lugar donde descansar después de la larga jornada a caballo y lo despidió con la excusa de ir a hacer lo mismo. Después se sentó junto al camastro, encogió las rodillas y apoyó los brazos en ellas, dispuesto a acudir al último recurso con el que contaba. Rezó como jamás lo había hecho, sintiendo que la angustia lo atenazaba y que se le saltaban las lágrimas. Maldijo el momento en que había caído en sus manos la carta de Asbag y se prometió a sí

mismo que, si Yakob superaba la enfermedad, se olvidaría para siempre de aquel cargamento de papel que parecía haber llevado la desgracia a todos los que se acercaban a él.

Lo despertó un gallo que parecía cantar en la misma alcoba. Un rayo de luz se filtraba por la puerta y comprendió que despuntaba ya el alba. Se sentía entumecido, y tardó unos segundos en recordar dónde estaba. Cuando lo hizo, se levantó casi de un salto, aun a costa de sufrir un intenso dolor en el cuello y la espalda, y se giró hacia Yakob. Si alguien le hubiera clavado un puñal en la espalda, su sensación de irrealidad no habría sido mayor. El cuerpo de su hermano yacía desmadejado pero rígido, frío…, sin vida.

Sintió que lo invadía la náusea, el labio inferior temblaba sin control, igual que las manos, que no sabía dónde poner. Las dirigió por fin al rostro de su hermano, sobre la barba que le cubría las frías mejillas, y se inclinó hacia él para depositar en la frente el beso que se habían negado durante años. Las lágrimas cayeron sobre su piel lívida, sobre las cuencas de sus ojos cerrados, como si fuera Yakob quien lloraba. Hasday se derrumbó sobre su cuerpo, se abrazó a él, deseando con todas sus fuerzas que se lo llevara la misma enfermedad que le había arrebatado a su hermano. Jamás hubiera creído posible un dolor como aquel, un dolor que laceraba el alma, para el que no se vislumbraba final ni consuelo. Y entonces se oyó gritar a sí mismo, con una voz rota que no reconoció. Fue un grito largo, que lo vació por dentro y le despojó de las pocas fuerzas que le quedaban. No notó las manos de Hakim cuando le arrancó el cadáver de entre los brazos, ni oyó el llanto de su mejor amigo cuando lo estrechó. Ante él se abría un abismo, al pie del cual solo se hallaban Nora e Ishaq, aguardando su regreso, esperando la noticia de que el joven aprendiz de médico, el benjamín de la familia, había encontrado la manera de arrancar a su hermano de las garras de la muerte.

Apartó a Hakim casi con saña y se colocó de nuevo junto al lecho. Entonces se llevó las manos al cuello de la túnica, cerró los puños con fuerza y, con los dientes apretados en un gesto de rabia y desesperación, se rasgó las vestiduras. Después cayó de rodillas, hundió la barbilla en su pecho desnudo y, de nuevo, con los ojos cerrados y el rostro crispado, rompió a llorar.

17

Hakim y Meretz habían asumido el control durante las horas siguientes a la muerte de Yakob. Hasday se había limitado a deambular por el destartalado campamento, aturdido, atendiendo con gestos automáticos a los enfermos que aún precisaban de su ayuda. Meretz tomó la decisión de regresar a Yayyán con los dos cadáveres que permanecían insepultos, y dejar a los enfermos y a los convalecientes en la venta, bien provistos de los remedios que Hasday había prescrito y atendidos por aquellos que no se habían visto afectados.

El viaje les llevó dos jornadas y media, y fue Hakim quien se adelantó en la última para dar aviso en Yayyán. Los dos cadáveres viajaban ya amortajados, pero se precisaba realizar con urgencia los preparativos para el entierro, pues empezaba a apretar el calor. Había sido el propio Hasday, con ayuda del posadero, quien había seguido de manera escrupulosa el ritual de purificación, contemplando el orden que debía seguirse en el lavado del cuerpo, el número de abluciones, recitando a la vez los versículos indicados. Afeitó con cuidado el vello de su hermano y le cortó las uñas, considerados impuros por el Talmud. Cuando estuvo listo, lo vistió con calzones limpios, con su propia camisa recién hervida y secada al aire, y los dos lo envolvieron con un lienzo de lino blanco.

Entre las pertenencias de Yakob, encontró la bolsa de cuero repujado en la que guardaba los documentos propios de su actividad. Mientras Hakim y Meretz lo disponían todo para la vuelta, rebuscó entre los pergaminos que daban cuenta de las últimas transacciones de su hermano. Allí, junto a pagarés, documentos de compraventa, contratos de fletes y seguros de carga, encontró una nueva carta de Asbag dirigida a él. La extendió con manos temblorosas y reconoció los singulares caracteres de la escritura del anciano, quizá menos firmes. Observó que en esta ocasión la letra era más apretada de lo habitual y comprendió el motivo al empezar a leer. No se trataba de una carta al uso, sino de una descripción extensa y detallada del método de fabricación del papel, tal como le había sido transmitido por el mercader que había llevado aquellos fardos hasta Bayāna.

Ni siquiera terminó de leer. Probablemente, tanto al comerciante como al propio Asbag aquella carta y aquel cargamento les habían costado la vida. Igual que a Yakob. Estaban malditos. Tal vez aquello solo fuera un castigo merecido por tratar de emular el poder creador de Dios. De repente le vino a la mente la imagen de sus manos profanando el cuerpo de aquel anciano, una de sus criaturas. ¿Acaso le enviaba Él aquella desgracia como una admonición? Dejó que el pergamino se enrollara y lo introdujo de forma descuidada en la mochila, sin molestarse en impedir que se arrugara. Luego arrojó la bolsa lejos.

El luto se había instalado en la vida de los Banu Shaprut. Habían pasado cinco días desde el entierro de Yakob, y las manifestaciones de duelo proseguían según dictaba la tradición. Todos los miembros de la familia permanecían en la casa, sin

realizar ningún tipo de trabajo. En la estancia principal, una lámpara ardía de forma permanente, y en torno a ella, sentados en el suelo, sobre almohadones o en pequeños taburetes, se reunían Ishaq, Nora, Hasday y los parientes más cercanos que acudían para participar de los siete días de duelo preceptivos. Todos calzaban alpargatas sencillas, vestían trajes negros en los que faltaba un trozo de tela, el que el rabino había rasgado durante el funeral para rememorar la vieja costumbre israelita de rasgarse las vestiduras en momentos de aflicción. Las mujeres se cubrían la cabeza con un velo y murmuraban letanías cuando cesaba la lectura de pasajes de los Salmos, del libro de Job o el Eclesiastés. El penetrante aroma del incienso invadía la sala, el zaguán y todas las estancias de la planta inferior, quizá para ocultar los malos olores que emanaban de los reunidos tras una semana en la que habían tenido que renunciar al baño y al aseo personal.

Los criados y sirvientes tan solo realizaban las tareas que no admitían demora, y ni siquiera la comida de los que se sumaban al duelo era motivo de preocupación: durante aquellos siete días solo ingerían, y eso si el estómago lo admitía, el frugal cohuerzo, compuesto por huevos cocidos, verduras, pescado en salazón, frutas y pan, alimentos que tomaban sentados en el suelo, en torno a una mesa baja.

Tan solo habían abandonado la casa para acudir juntos cada mañana al pequeño cementerio judío donde reposaba el cuerpo del joven Yakob. Allí coincidían con los parientes de los integrantes de la caravana que, como él, habían sucumbido a la epidemia. Solo otro había sido enterrado allí, el que había muerto en la misma venta, pues el resto habían sido inhumados en los cementerios de las aljamas por las que habían pasado a su regreso. En el trayecto hasta el cementerio, al que se habían sumado cada día muchos miembros de la comunidad judía de Yayyán, Hakim aprovechaba para acercarse a su amigo. Cuando este lo veía, no tardaba en separarse de su madre, enlutada y demacrada, junto a la que solía caminar abrazado. La dejaba apoyada en el hombro de Ishaq y se alejaba unos pasos del cortejo para recibir de su amigo las condolencias de su familia o las noticias de la marcha del negocio. En otros momentos caminaban en silencio, sin decir nada, hasta que alcanzaban la entrada de la casa familiar y Hakim tomaba la calle lateral para dirigirse al granero en busca de más existencias de *qahwah*, revisar el estado de los gusanos de seda o comprobar que las plantas medicinales de Hasday, descuidadas en la última semana, no se echaran a perder.

También Qâsim se había mostrado durante aquel trance cercano a su discípulo, a quien apreciaba como a un hijo. Mientras esperaba el regreso de la comitiva, el médico cavilaba sobre su futuro. Las tinajas colocadas boca abajo junto a la entrada reflejaban de forma explícita la nueva realidad de la familia. Conocía el significado de aquel símbolo, pues lo había visto muchas veces en las aljamas judías, tanto en la de Qurtuba como en la de Yayyán. Según una antigua costumbre judía, cuando fallecía una persona debían vaciarse todos los depósitos de la casa. Aquella acción se basaba en la creencia de que el «ángel de la muerte», después de llevar a cabo su letal

cometido, limpiaba su espada mortífera en las aguas que encontraba a su paso. Las tinajas volcadas recordaban aquellos días a cuantos se acercaban que los planes de Ishaq, el patriarca, se habían venido abajo y quien estaba destinado a continuar con el negocio familiar yacía bajo tierra con solo veinte años.

De momento, durante el luto, él trataba de arreglárselas con la ayuda de Ismail, pero temía las decisiones que el cabeza de familia ya estaría pergeñando. ¿Y si Hasday se veía obligado a abandonar el aprendizaje y el ejercicio de la medicina para hacerse cargo de los negocios de los Banu Shaprut? Era lo más probable, sin duda, pues constituían la única fuente de ingresos del clan. ¿Sería factible que Ishaq delegara tal responsabilidad en alguien ajeno a la familia? El viejo médico se sintió invadido por la angustia al intuir la respuesta a aquella cuestión. Sin la ayuda de Hasday, él mismo tendría que abandonar para siempre el ejercicio de su profesión, pero aquello no era lo que más le dolía. Lamentaba sobre todo que, si el muchacho no seguía adelante con su vocación, se perdería una mente privilegiada e inquieta, abierta a los cambios, destinada sin duda a proporcionar en el futuro avances decisivos en el tratamiento de las enfermedades.

Inclinó la cabeza con respeto al paso de la familia y entró en la casa tras ellos, dispuesto a ofrecer sus servicios si en algo podía serles útil, como había hecho desde el día en que Hakim regresó a Yayyán con la noticia del desenlace fatal.

La primera semana del duelo llegó a su fin, aunque durante el mes siguiente la familia habría de abstenerse de todo lujo externo y de participar en cualquier acontecimiento jubiloso, algo que no les iba a resultar difícil. También habrían de mantener el luto en el vestido, pero podían retornar a la actividad habitual y a las costumbres cotidianas en lo que a la alimentación se refería. Entonces recibieron la noticia del retorno de Shoshana. Hasday había acariciado la idea de que aquella muchacha trastornada se quedara para siempre junto a su padre, Eliezer, pero la llegada del mensajero con el anuncio de su próximo regreso acabó con aquella esperanza.

Hasday había pasado el día, el sexto en compañía de Qâsim, tratando de atender a los pacientes que habían aguardado al final de aquellas siete jornadas de ausencia. El viejo médico había remediado calenturas, diarreas, incluso había reducido luxaciones con la única ayuda de sus manos y de su experiencia. Hasta Ismail había superado la aprensión inicial y, con mano torpe y temblorosa, suturaba heridas sencillas que cubría con las cataplasmas que le indicaba su amo. Sin embargo, había abscesos que esperaban para ser sajados, pacientes sin diagnosticar y enfermos que, simplemente, habían aguardado el regreso de Hasday para pasar por la consulta.

Uno de ellos era una muchacha de apenas doce años cuya familia había acudido apesadumbrada en busca de ayuda. Desde el mes de Ramadán, padecía frecuentes episodios de convulsiones en los que perdía la consciencia y expulsaba espuma por la boca. En las últimas semanas había sufrido aquellos trances casi a diario, y la mañana en que acudieron al consultorio se había mordido la lengua con tanta fuerza que había

llegado a cercenarse la punta. La muchacha miraba aterrorizada sus propias ropas empapadas en sangre, aunque el dolor en la boca apenas le permitía gritar. Aquel día Hasday no lo dudó. Cuando aplicó la esponja anestésica sobre su rostro, los gemidos y los temblores dieron paso a un estado de calma similar al sueño que asombró al atribulado padre, quien no había consentido en separarse de ella. Después de suturar la herida y contener la hemorragia, consultó el índice del tratado de Dioscórides en busca de remedios contra la epilepsia. Entre la veintena que encontró, escogió los que tenía a su alcance y preparó un bebedizo a base de raíz de betónica, jugo de llantén y polvo de mostaza. Prescribió también infusiones de hojas de tilo, valeriana y melisa a discreción, y un ciato de vino de cantueso antes de cada oración. Habían pasado seis días, y la muchacha llevaba tres sin rastro de su mal.

El sol se escondía ya tras los montes de Yayyán cuando Hasday entró en la casa familiar por la puerta trasera. Su intención era subir al granero para reponer la bolsa con las hierbas que habría de necesitar en la siguiente jornada. Sin embargo, el portón se encontraba abierto y en el patio reinaba una actividad inusual. Había caballos que no reconocía; mulas que, al parecer, Rashid aún no había podido acomodar en las amplias cuadras y arrieros que no trabajaban a las órdenes de los Banu Shaprut. Intrigado, cruzó el patio en dirección a la parte más noble de la casa, sorteando carretas, baúles y fardos enormes recién descargados de los mulos.

—¡Hasday! —oyó gritar a su izquierda. Un hombre joven salía de una de las caballerizas, y el aprendiz lo reconoció como el hermano de Shoshana con el que más había congeniado durante los esponsales de Yakob.

—Benjamín… —respondió tras rebuscar en su memoria.

El hijo de Eliezer se acercó con gesto contrito y lo estrechó entre sus brazos.

—Mis condolencias —murmuró, manteniendo aún el abrazo—. Trato de imaginar lo que debe de ser perder a un hermano… tan joven.

Hasday asintió.

—¿Has venido para acompañar a Shoshana? —aventuró.

—Ha venido toda la familia, casi al completo.

—¿Tus hermanos? ¿También tus hermanas? —Lo miró, sorprendido.

—En las ocasiones importantes, debemos permanecer unidos, Hasday. Y esta es una de ellas. No debemos dejar que la adversidad acabe con la unión entre nuestras familias.

Por un momento, Hasday pensó que era precisamente aquella unión la que había llevado la desgracia a la vida de su hermano, pero la cortesía le impidió expresar su convicción en voz alta. Al fin y al cabo, en unos días, en cuanto Eliezer y su familia ataran los flecos legales de acuerdo con el *ketubbah*, todos ellos saldrían de su vida para siempre, a pesar de los buenos deseos de Benjamín.

Entraron juntos en la casa, donde se sucedieron las expresiones de condolencia. La sensación era de luto por las vestimentas, por el tono contenido, por las lágrimas incluso, pero, al mismo tiempo, el paso continuo de los sirvientes, que se afanaban en

preparar una cena multitudinaria para la que no estaban avisados, proporcionaba a la casa el ambiente de las ocasiones especiales. Hasday se fijó en la expresión grave de su padre, que atribuyó al recuerdo reavivado de Yakob. Nora departía con la esposa de Eliezer, si bien la actitud de su madre aquella noche no era la de cercanía que exhibía de forma habitual. Entonces salió a su encuentro Shoshana, acompañada por una de sus hermanas. Su cuñada se situó delante de él, bajó la mirada y permaneció en silencio, con las manos juntas en el regazo. Hacía dos meses que no la veía y, aunque su aspecto no había cambiado demasiado, el luto riguroso de su vestimenta, el color pálido de la piel y los párpados hinchados le daban el aire que se podía esperar de una viuda joven y desconsolada. Hasday extendió el brazo, le tomó una mano y se la acercó para rozarla con los labios, en señal de afecto. No tuvo tiempo de murmurar las palabras que tenía pensado pronunciar, porque la muchacha estalló en sollozos, se cubrió el rostro y salió de la estancia seguida por su hermana, en medio del estupor de todos. Él permaneció quieto mientras la veía desaparecer al otro lado de la puerta, sin poder evitar la sensación de haber asistido a una de esas representaciones en las que el actor se empeña en sobreactuar.

—Perdónala, está sufriendo mucho —explicó en un susurro la esposa de Eliezer un instante después.

La cena se desarrolló mejor de lo que hubiera cabido esperar y, aunque la improvisación se dejó notar, nadie dio muestras de haber reparado en las carencias y los errores. Tras la ablución de las manos, Ishaq permitió que Eliezer bendijera el pan y se reservó para él la bendición del vino. Shoshana había regresado con el rostro lavado y, excusándose entre dientes, ocupó el lugar que su madre le había reservado, el más cercano a los hombres que rodeaban a los dos padres de familia. Tal como exigía el luto, la cena fue frugal y sin excesos, y concluyó con la larga oración de gracias pronunciada por Ishaq, en la que no faltó un recuerdo a Yakob.

—Comprenderemos que queráis retiraros a descansar, lleváis muchas leguas a vuestras espaldas y la jornada ha sido larga y cargada de emociones —terminó Ishaq —. Vuestras alcobas ya están dispuestas.

Eliezer se levantó y apoyó las manos en la mesa.

—Agradecemos vuestra hospitalidad, querido Ishaq, hermano mío —dijo mientras clavaba sus ojos en los suyos—. Quizás os haya sorprendido la llegada de mi familia, pero sabemos que sois temerosos de Dios y que la comunidad os considera un ejemplo a seguir en el cumplimiento de las leyes de nuestro pueblo.

La perplejidad asomó a la mirada del anfitrión, pero Eliezer siguió hablando.

—Tal vez comprendáis mejor mis palabras si antes leemos un breve fragmento de la Torah —dijo, al tiempo que extendía la mano. Uno de sus hijos, el primogénito, le alcanzó un pergamino que sacó de su costado—. En concreto se trata de un pasaje del Deuteronomio.

Eliezer desenrolló el texto e hizo ademán de leer, pero enseguida alzó la cabeza.

—La luz de las lámparas es escasa, y mi vista no es la que era. Quizás el joven

Hasday quiera leer para nosotros el fragmento que te indicaré —le pidió cuando ya extendía el pergamino hacia él—. Deuteronomio, XXV, 5-7.

Hasday lo tomó en sus manos y buscó el pasaje. No reparó en el rostro de su padre, que se había tornado lívido. Así que carraspeó y comenzó a leer. Estaba habituado a hacerlo en la sinagoga, porque rara vez cometía un error. Su truco consistía en avanzar en la lectura y comprender el significado de las palabras que iba a pronunciar. En esta ocasión, sin embargo, aquello hizo que le flaquearan las piernas y la voz le saliera temblorosa, pero aun así se obligó a leer.

«Cuando dos hermanos habitan juntos y uno de ellos muere y no tiene hijo, la mujer del fallecido no se casará fuera de la familia con un extraño. El cuñado se allegará a ella y la tomará para sí como mujer, y cumplirá con ella su deber de cuñado».

Hasday no pudo continuar. Alzó la vista y vio a Shoshana con los ojos fijos en él y una sonrisa complaciente. Después se volvió hacia su padre y vio temor en su semblante. Dejó caer el pergamino, retiró la silla y se dirigió a la salida con pasos lentos.

—No ha terminado —oyó decir a Eliezer—. Hijo, ¿puedes concluir tú?

La voz del hermano mayor de Shoshana sonó alta y rotunda en medio del silencio que había invadido la habitación.

«Y será que el primogénito que ella dé a luz llevará el nombre de su hermano difunto, para que su nombre no sea borrado de Israel.

»Pero si el hombre no quiere tomar a su cuñada, entonces su cuñada irá a la puerta de los ancianos, y dirá: “Mi cuñado se niega a establecer un nombre para su hermano en Israel; no quiere cumplir para conmigo su deber de cuñado…»”.

Las puertas de la sala que hacía las veces de comedor se habían cerrado a su espalda, y Hasday no escuchó más. Pero siempre había sido un alumno aplicado en la *yeshibah*, la academia para la formación bíblica y talmúdica, y conocía a la perfección las palabras de la ley judía que completaban aquel mandato.

Aunque la disposición de los muebles había cambiado en los últimos tiempos, los viejos divanes y las pequeñas mesas bajas de taracea rodeaban todavía el espacio central de la sala dedicada a recibir a visitantes y mercaderes. Alrededor de la soberbia mesa central, con cara de pocos amigos, Eliezer y sus tres hijos varones habían ocupado ya sus asientos, los más alejados de la cabecera, que habría de ocupar Ishaq. Habían retirado a un extremo la *menorah* bañada en oro para evitar que impidiera la visión. La lámpara circular que colgaba del techo, repleta de lamparillas de aceite, parecía aportar toda la luz a la estancia en aquel día gris. Junto a Ishaq se sentó Saruq, el contable, que corrió el pesado cortinaje que ocultaba el fondo de la sala, repleto de documentos, rollos y tomos de pergamino.

Era la primera vez en cinco días que la familia de Shoshana ponía los pies en la casa, después de que la abandonaran al día siguiente de su llegada, cuando Ishaq les había confirmado que su hijo Hasday se negaba a tomar a la viuda por esposa. Eliezer

se había rasgado la túnica, lo que constituyó la señal del inicio de la hostilidad entre ambas familias. Toda la comitiva se había trasladado a la casa que habían ocupado Yakob y su esposa tras su matrimonio. La víspera, uno de los cuñados de Shoshana había acudido para solicitar aquella reunión, a la que Ishaq había accedido, deseoso de terminar de una vez por todas con aquella situación.

Saruq no era el único rodeado de legajos y documentos. Eliezer también se había hecho acompañar por un hombre fornido pero espigado que había llegado a Yayyán como parte de la comitiva y que, al tomar la palabra, reveló su verdadera misión.

—Mi nombre no importa —comenzó, displicente—. Lo único que debe interesarles es mi tarea, que no es otra que velar por los intereses de Eliezer y su familia. Empezaré por confirmar el motivo del pleito que nos enfrenta, y para ello se requiere la presencia del interesado, Hasday, tu hijo.

—Mi hijo no desea estar presente.

—¿Acaso hay algún motivo que justifique su ausencia?

—Alega una repulsión insuperable. Teme no poder controlar sus impulsos.

—¿Y tu autoridad como padre? —le espetó Eliezer.

—Digamos que… comprendo sus razones.

—En ese caso —siguió el leguleyo—, Ishaq ben Shaprut, padre del interesado, ¿está en condiciones de confirmar que su hijo Hasday rechaza asumir la obligación del levirato establecida en nuestra ley y que se niega a tomar por esposa a la viuda de su hermano?

—Así me lo ha transmitido.

—Entonces se verá abocado a la humillación pública. Solo puede liberarse de su obligación mediante el sometimiento al rito de la *halizah*. Mientras tanto, ni él ni Shoshana podrán casarse con otra persona y, por ello, mis representados exigen que el acto de desagravio tenga lugar a la mayor brevedad.

—Mi hijo no tiene intención de contraer matrimonio en breve y, respecto a Shoshana, no le deseo ningún mal, pero sospecho que su enfermedad no la hace apta para un nuevo matrimonio.

—¿Qué insinúas? —estalló Eliezer, y él y sus tres hijos se alzaron casi a un tiempo, arrastrando las sillas.

Saruq tomó del brazo a Ishaq e impidió que hiciera lo mismo. El contable tomó la palabra.

—Ishaq quiere decir que tu hija sufre un trastorno mental que todos conocíais antes de los esponsales. Digamos que se trata de una tara que habéis ocultado y que invalida el matrimonio.

—¿Cómo te atreves? —El primogénito golpeó la mesa con el puño, fuera de sí.

—Hay testigos que no vacilarán en testificar en un juicio público. Vosotros veréis si estáis dispuestos a que trascienda el problema de Shoshana. Por otra parte, aunque la aparición de la tara hubiera sido posterior, era motivo de repudio, algo a lo que Yakob se negó —siguió Saruq, sin alterarse—. Nunca sabremos si por afecto… o por

lástima.

—Lo cierto es que Yakob está muerto, por desgracia —apostilló el consejero de Eliezer—, y no existe una demanda de repudio.

—¡Lo único que existe es esto! —Eliezer agitó el *ketubbah*—. Este contrato matrimonial es válido y en él se establecen los derechos de mi hija en caso de fallecimiento de su esposo, por mucho que este contable tuyo se empeñe en propagar infundios, algo que puede saliros caro.

—Exigimos la legítima de la herencia de Yakob y el usufructo por parte de Shoshana de todos sus bienes hasta que contraiga un nuevo matrimonio o hasta el momento de su muerte —sentenció el consejero.

—Te has quedado callado —murmuró Eliezer con una sonrisa mordaz—. Sabes lo que eso significa, ¿no es cierto?

—Shoshana tiene derecho a los frutos de todos tus negocios, que traspasaste a Yakob —siguió explicando el consejero—. Tras su muerte, recuperas tan solo la nuda propiedad de tus bienes, y ni siquiera puedes vender, pues el beneficio sería para la viuda.

—¡El gran Ishaq ben Shaprut, el mago de los negocios, se queda sin su fortuna! —espetó Eliezer, cada vez más fuera de sí—. Y todo por no saber meter en vereda a un mocoso que ya debería haber tomado esposa. No te queda otra salida, Ishaq. O sacas la fusta para traer aquí a tu hijo dispuesto a firmar un nuevo *ketubbah* o estás en la ruina. Tú mismo lo has dicho, Shoshana no se volverá a casar si no es con él, es cierto lo que dices respecto a su enfermedad, pero nadie de tu familia recuperará lo suyo hasta que ella muera, y para entonces no valdrá nada. Los almacenes serán escombros, tus navíos serán maderos putrefactos y tus contactos y tus clientes ya no recordarán el nombre de los Banu Shaprut.

El silencio se apoderó de la sala. Saruq, con aire inexpresivo, aunque grave, mantenía la mirada clavada en los documentos que descansaban sobre la mesa. Ishaq, por su parte, paseaba la suya por el rostro de los que rodeaban aquella mesa, con un semblante tan impasible como el de su contable. Por fin las dos miradas se cruzaron, y Saruq asintió ante el gesto casi imperceptible de su patrón.

—Me alegro de veras de que Hasday no esté aquí —comenzó Ishaq con una entonación neutra, dueño por completo de sí mismo, después del nerviosismo que había mostrado al principio de la reunión—. Si él, con la sangre caliente propia de la juventud, hubiera experimentado el asco que me han producido vuestras palabras, dudo que hubiera sido capaz de controlarse.

»Reconozco que hasta hace un momento aún tenía mis dudas. Pensaba que vuestro interés por poner en marcha la institución del levirato podía tener una motivación legítima. Ahora veo que no, y eso me tranquiliza, porque me habéis liberado de cualquier obligación moral para con vosotros. Hay algún pequeño detalle que pasáis por alto. Aunque los caminos son ahora más seguros, los viajes continuos no están exentos de riesgos. Siempre he mantenido la costumbre de dejar a buen

recaudo un testamento antes de partir. Y Yakob siguió mi costumbre. Por tanto, existe un testamento. Y algo más importante, que mi "contable", como lo llamas con desprecio, te va a explicar, querido Eliezer. Su consejo impidió que llevara a cabo mi propósito inicial, y va a resultar providencial.

Saruq carraspeó.

—En efecto, siguiendo mi consejo, Ishaq no transfirió la propiedad completa de sus negocios a Yakob. Es mi patrón quien la conserva, y el esposo de Shoshana disfrutaba tan solo del producto de los negocios. Eso lo convertía en un hombre rico, pero a su muerte, la propiedad y el usufructo regresan a manos de Ishaq. No quedan propiedades en poder de Shoshana de las que pueda obtener beneficios. Además, en su testamento, Yakob lega a su hermano Hasday todos sus bienes, excepto la legítima, que corresponde a Shoshana.

—El importe —continuó Ishaq— corresponde de manera aproximada a la cantidad que tu hija aportó al matrimonio en concepto de arras. Con gusto te haré entrega de él, con la esperanza de que en el futuro desviéis vuestro camino cada vez que tengáis noticia de que se acerca una de mis caravanas.

El mercader guardó silencio y esta vez las lamparillas que pendían del techo mostraron los rostros demudados de Eliezer y de sus hijos, incapaces de articular una respuesta. Sus miradas, cargadas de recelo, se dirigían al hombre que había actuado como consejero.

—Quizá —titubeó este por fin— no sea necesario el enfrentamiento. Eliezer podría estar dispuesto a olvidar estas rencillas y firmar un nuevo *ketubbah* ventajoso para todos. Tu hijo evitaría la humillación pública de la *halizah*, y tú podrías incluso acceder a una parte de los rendimientos de las minas de plata de Al Hamma.

—Hay un último detalle que ninguno de los presentes conoce —intervino entonces Saruq—. Y es que Yakob, siguiendo una vez más el consejo de este humilde contable, sí dejó firmada una demanda de repudio. En eso también te equivocabas, Eliezer.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Ishaq igual que en el del resto de los hombres que rodeaban la mesa, aunque un instante después sus expresiones eran bien distintas.

—No tengo duda alguna de que ningún rabino la admitirá —respondió el consejero, rápido esta vez—. Se parece demasiado a una treta para privar de su herencia legítima a la esposa del muerto.

Ishaq se levantó y caminó despacio hacia el fondo de la sala.

—Quizá fuera así si el rabino no tuviera constancia de todo lo que se ha hablado en esta habitación —dijo entonces, corriendo con energía el cortinaje que ocultaba la zona de la estancia destinada a oficina—. He tenido la precaución de pedir que me enviaran a uno de los escribanos de la sinagoga, que ha actuado como notario de la comunidad.

—¡Traición! —gritó uno de los hermanos de Shoshana.

—¿Traición, dices? —se defendió el escribano—. ¿Acaso alguien se siente traicionado por que queden reflejados por escrito sus legítimos argumentos? Nada tiene que temer quien nada tiene que ocultar.

—Nada de lo que has escrito ahí tiene ningún valor. Es evidente que os conocéis, si es que no estás a sueldo.

—En realidad, todos los escribanos de la sinagoga están enormemente ocupados. Por eso no he tenido más remedio que venir yo en persona —respondió el rabino de la aljama, al tiempo que se levantaba y se despojaba de la capucha con que hasta ese momento se había cubierto la cabeza y la kipá—. Comprobé vuestro fervor en la sinagoga este último Shabat, pero es en la intimidad donde se descubre la verdadera naturaleza de los hombres.

La vergüenza se leía en el rostro de Eliezer y de sus hijos.

—No haré uso de esa demanda de repudio —anunció entonces Ishaq desde el fondo, donde aún sujetaba los cortinajes entre las manos, con aspecto cansado—. Y tu hija recibirá la parte que le corresponde de su herencia. No considero necesario someterla a escarnio público, bastante tiene con la enfermedad que Dios le ha enviado. Pero fue ella la causa del desgraciado matrimonio, y no voy a permitir que mi hijo menor la despose. Hasday se someterá a la *halizah*, Shoshana quedará liberada de la prohibición de contraer nuevo matrimonio, y ese mismo día partiréis todos para no volver.

La sinagoga de Yayyán, la misma que Ishaq ben Shaprut había contribuido a levantar, se encontraba repleta aquella mañana del mes de Nisán, entre las fiestas de Purim y Pesah. En aquella ocasión, las yeserías, los estucos cincelados y los versículos de la Biblia escritos con elegantes caracteres hebreos pasaban desapercibidos por completo para Hasday, que esperaba en el primer banco, arropado por su padre. Ante él colgaba la cortina que ocultaba el arca santa, el armario situado dentro del nicho en el muro donde se guardaban los rollos sagrados. Tenía la mirada perdida en la lámpara metálica que pendía del techo y en la mecha empapada en aceite que ardía de forma permanente.

Ante él se encontraba la *bimah*, la tarima elevada, y sobre esta el pupitre revestido de tejidos preciosos ante el que tantas veces se había colocado para leer la Torah. En ese momento, era el rabino el que se encaminaba hacia ella. Eliezer y su familia se hallaban a apenas unos pasos, algo poco habitual en judíos forasteros, pues cada uno de los fieles de Yayyán ocupaba una plaza fija, más o menos cerca del arca santa en función de su posición social en el seno de la comunidad. Antaño los puestos habían llegado a pasar de padres a hijos, y en no pocas ocasiones el asunto había sido motivo de disputa. Ignoraba cómo había conseguido Eliezer que le cedieran aquellos cuatro asientos en las primeras filas.

La mente de Hasday estaba lejos de allí cuando el rabino pronunció las primeras oraciones frente al pupitre, pero el nombre de Shoshana, hija de Eliezer, atrajo su atención. La muchacha avanzó con lentitud desde la parte posterior de la sinagoga,

donde se ubicaba el espacio destinado a las mujeres, y se detuvo frente a la tarima. Hasday esperaba que fuera en aquel lugar donde se desarrollara todo el rito de la *halizah*, pero el rabino indicó a su cuñada que debía subir a la *bimah*, a la vista de toda la comunidad.

—¿Cuál es tu demanda, mujer? —interrogó el rabino, con un tono marcadamente ritual en la voz.

Shoshana se dio la vuelta y encaró al oratorio, repleto de fieles. Sus palabras sonaron firmes en medio del silencio más absoluto.

—Mi cuñado, Hasday ben Shaprut, se niega a perpetuar el nombre de su hermano en Israel. No desea cumplir en mí la ley del levirato.

El rabino se volvió hacia el interpelado y le hizo un gesto. Él se alzó en su asiento y caminó hasta el estrado. Salvó los dos escalones y se colocó delante de Shoshana. Sintió que todas las miradas estaban clavadas en él.

—Hasday, hijo de Ishaq, en la Torah está escrito que cuando dos hermanos habitan juntos y uno de ellos muere y no tiene hijo, la mujer del fallecido no se casará fuera de la familia con un extraño. El cuñado se allegará a ella y la tomará para sí como mujer, y cumplirá con ella su deber de cuñado. ¿Es cierto lo que dice la esposa de tu hermano? Responde ante la comunidad.

Hasday alzó la cabeza y miró al frente. Respondió con voz tan firme como la de Shoshana.

—No deseo tomar por esposa a la viuda de mi hermano.

Un murmullo se alzó desde los asientos.

—En ese caso Shoshana puede proceder…

La muchacha asintió. Avanzó dos pasos y se arrodilló ante Hasday. Él se dejó quitar la sandalia, que ella arrojó a un lado. Después se puso en pie frente a él y le escupió en la cara.

—Así se hace con el hombre que rehúsa edificar la casa de su hermano —dijo entonces, con lágrimas en los ojos.

El rabino se interpuso entre ambos. Recogió la sandalia de Hasday y se dirigió a la comunidad.

—Y su casa será llamada entre las tribus de Israel «la casa del descalzado» —recitó con solemnidad.

En la soledad de su alcoba, Hasday experimentaba una mezcla de sensaciones. Por una parte había manchado el nombre de su familia, aunque para ello había contado con el apoyo decidido de su padre. Por otra, se le presentaba una época prometedora, en la que podría dedicarse a aquello que le apasionaba, si bien el recuerdo de Yakob era una sombra que nublaba su ánimo de forma continua.

Sabía que ningún miembro de la comunidad se acercaría a la casa durante un tiempo, posiblemente tampoco al consultorio, pero estaba convencido de que aquello sería transitorio y, en breve, todo volvería a la normalidad.

Por eso se extrañó al oír los golpes de la aldaba en la entrada principal. Se levantó

del lecho y descendió las escaleras a tiempo para ver cómo abría la puerta uno de los criados. Bajo el dintel reconoció la figura del *sahīb al surta* de Yayyán, el hombre que ejercía como jefe de policía, a las órdenes directas del gobernador. Sostenía un pliego de pergamino, y a su espalda Hasday advirtió la presencia de varios hombres armados.

—Vengo en busca de Hasday ben Shaprut. Se ha dictado una orden de arresto contra él.

Hasday caminó hacia la puerta con movimientos apenas conscientes, sin poder creer que aquella escena fuera real.

—¿Una orden de arresto? —repitió Ishaq a su espalda—. ¿De qué se le acusa?

—Es una orden firmada por el gobernador, a instancias del *qādī* principal de la ciudad. Se ha presentado una denuncia por graves actividades contrarias a la ley del Islam.

—¡Déjeme leer esa orden! —exigió Ishaq.

El funcionario le entregó el pergamino, y Hasday vio cómo el rostro de su padre perdía el color. Se lo tendió a continuación con mano temblorosa. Una garra firme y poderosa pareció atenazar el estómago de Hasday cuando leyó las palabras que el escribiente del palacio del *'amil* había trazado sobre el pliego: «brujería», «crimen ritual», «profanación de cadáver».

—Debes acompañarnos —ordenó el funcionario—. Las acusaciones son de extrema gravedad, de modo que permanecerás arrestado en la alcazaba hasta que el *qādī* fije la fecha del juicio.

18

Habían transcurrido tres semanas desde la detención, las tres semanas más largas de la vida de Hasday. La mazmorra de la alcazaba era lóbrega y húmeda, pero aquella mañana el muchacho no temblaba por el frío, sino por la incertidumbre de lo que habría de suceder en las horas siguientes. La última vez que había pisado aquella fortaleza lo había hecho como invitado del gobernador, junto a su padre, con ocasión de la visita del emisario cordobés a la ciudad para anunciar la victoria del emir sobre los rebeldes de Burbaster. Ese día, en cambio, poco después del amanecer, saldría de allí en dirección a la mezquita, donde habría de celebrarse el juicio.

Sabía que Ishaq había tratado de mover todos los resortes que condujeran a su liberación, pero ni el propio *‘amil* de la *madīna* tenía autoridad suficiente para oponerse a las decisiones del *qādī*, nombrado desde Qurtuba. En tres ocasiones había recibido la visita de uno de los secretarios del gobernador para informarle de las gestiones en marcha y de las dificultades a las que este se enfrentaba para ponerlo en libertad. Si el acusador hubiera sido un judío, el proceso habría tenido lugar ante el tribunal de la aljama, en la sinagoga, pues la jurisdicción del *qādī* se circunscribía a los musulmanes, y tanto judíos como cristianos zanjaban sus pleitos ante sus propios tribunales. Pero en este caso los acusadores eran musulmanes, y el credo de Hasday no hacía sino agravar su situación. El *qādī* nunca actuaba de oficio, sino mediante denuncia, pero cuando esta se presentaba se hallaba obligado a abrir un proceso judicial, tanto más cuando la acusación era de tal gravedad, el acusado era judío y el delito estaba penado por la *sarī’a*. El *‘amil*, a pesar de la amistad que lo unía a los Banu Shaprut, estaba atado de pies y manos. El secretario parecía genuinamente consternado cuando le explicó que el gobernador no podía permitirse un enfrentamiento abierto con el *qādī*, ni con los ulemas y alfaquíes de la ciudad: en tal caso el conflicto acabaría llegando a Qurtuba y peligraría su propio nombramiento. El juicio era, pues, inevitable.

La mente de Hasday no había descansado un minuto en aquellas tres semanas. Las acusaciones vertidas en su contra le quitaban el sueño. Había sabido quién se hallaba tras la denuncia desde el primer momento, aun antes de que el secretario pronunciara los nombres de Ghâlib y de su padre. «Brujería», «crimen ritual», «profanación de cadáver»… Aquellas expresiones le martilleaban el cerebro. Podía llegar a comprender el odio que Ghâlib le profesaba, un rencor que había surgido de un episodio en apariencia intrascendente pero que se había ido acrecentando con el paso de los años y que había acabado por dar con sus huesos en aquella mazmorra. La lectura de aquel pergamino era la materialización de un temor que le rondaba tiempo atrás, y de decir lo contrario se habría engañado a sí mismo.

A pesar de todo, lo que más le inquietaba era el conocimiento que su denunciante parecía tener de sus actividades, a pesar del cuidado que siempre se había exigido. Las palabras «profanación de cadáver» implicaban que estaba al corriente de lo

ocurrido en la cueva de la huerta. Pero ¿cómo era posible? Intentó hacer memoria, reconstruir los hechos de aquella noche. Ghâlib o alguno de sus compinches debía de haber seguido sus andanzas, y también las de Hakim. Habrían entrado en la cueva cuando el cadáver del anciano seguía allí tendido, eviscerado y a la espera de recibir sepultura. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo al comprender que tampoco su mejor amigo se encontraba a salvo, y que era él quien lo había colocado en aquella posición. ¿Estaría también en una de aquellas mazmorras? Sufrió una arcada que le dejó un sabor agrio a la garganta.

Cuando oyó los pasos que se acercaban por el lóbrego corredor, supo que no eran solo los del soldado que llevaba la ración diaria de gachas. Se levantó con un esfuerzo, ávido de noticias. Debía de ser el secretario del gobernador, con las últimas novedades del proceso, que, como ya le había informado, terminaría aquel mismo jueves. Los pesados cerrojos se corrieron y las tinieblas se disiparon con la luz de las antorchas. Ante él estaba Saruq y, al verlo, las lágrimas le acudieron a los ojos.

—Tranquilo, muchacho —trató de calmarlo el contable al tiempo que lo abrazaba —. Hoy se celebrará el juicio y terminará esta pesadilla para todos. Tu padre me ha confiado tu defensa.

Hasday se fijó en el fardo que sujetaba debajo del brazo.

—El gobernador no puede evitar que esto siga adelante, pero nada impide que antes de acudir a la mezquita aljama tomes un baño y cambies tus ropas para presentarte ante el juez con la dignidad que corresponde a tu familia —dijo con una sonrisa de circunstancias—. Se me ha autorizado a pasar contigo el tiempo que resta hasta entonces. Y tendrás que responder con sinceridad a las preguntas que te voy a hacer.

Un viento cálido del sur arrastraba nubes de lluvia mientras la comitiva descendía por el camino zigzagueante que unía la alcazaba con el recinto urbano amurallado a sus pies. Pese a que Hasday tenía los ojos llorosos después de semanas en penumbra, desde allí distinguía los muros de la judería, con la residencia familiar en su interior, la cúpula de un *hammam* y el alminar de la mezquita aljama, a la que se dirigían escoltados por un destacamento de la guardia, con el *sahīb al surta* al frente. Hasday caminaba con prudencia, pues las manos atadas con cuerdas a la espalda no le auguraban nada bueno en caso de caída.

A medida que avanzaban y se internaban en las estrechas callejuelas de la ciudad musulmana, el número de curiosos que se detenían para observar el paso de la comitiva iba en aumento. Hasday dedujo que, en aquellas tres semanas, su proceso habría sido tema de conversación en todo Yayyán y su nombre habría estado en boca de todos los que acudían a los mentideros en busca de noticias. La angustia fue en aumento cuando comprobó que caras conocidas, hombres que habían acudido al consultorio en busca de ayuda, apartaban la vista a su paso. Dos mujeres, amparadas en el anonimato que les otorgaba el velo, escupieron al suelo. A la entrada de la mezquita los guardias tuvieron que abrirse paso a empujones. La alberca que ocupaba

el centro del patio de abluciones estaba rodeada por una multitud que no había podido acceder al *harām* pero, a pesar de ello, en el recinto reinaba el silencio. Trató de interpretar las expresiones de los que lo miraban pasar y descubrió rencor, temor en otras, pero también incredulidad y disgusto en muchas, como si esperaran que en el juicio que iba a celebrarse un instante después se desmontaran las graves acusaciones que pesaban contra aquel joven judío de buena familia que unos días atrás gozaba de todo el prestigio dentro y fuera de los muros de la judería. Penetraron en el oratorio y se dirigieron a las proximidades del *mihrab*, a escasa distancia del púlpito, donde el *qādī* de Yayyán impartía justicia. Hasday nunca había asistido a uno de los juicios que se celebraban allí, por lo que se sorprendió de que en el suelo tan solo hubiera alfombras y esteras.

—No te dirijas al juez si no eres interpelado por él. Tan solo inclina la cabeza a su llegada, en señal de respeto —le aconsejó Saruq.

Al cabo de un minuto, una pequeña comitiva accedió al lugar desde una capilla lateral, flanqueada por dos filas de guardias. El *sahīb al surta* encabezaba la marcha. Tras él caminaban varios alguaciles, armados aun dentro del recinto sagrado, y un hombre que portaba una tablilla, al que Hasday identificó como escribano y fedatario. Por fin, el juez, alto y entrado en años a juzgar por la barba cana y los movimientos tardos y medidos, se abrió paso hasta el centro de la reunión. Ahmad ibn Wafid había sido nombrado por el emir Abd al Rahman dos años atrás, y en aquel lapso se había ganado el respeto de los ciudadanos de Yayyán. A pesar de ocupar tan alta magistratura, vivía con absoluta sobriedad, vestía ropas sencillas y se decía que había aceptado el cargo a regañadientes, convencido de no merecer tal distinción. En los primeros meses se había negado incluso a vestir el turbante que distinguía a los jueces en Al Ándalus, aunque había acabado cediendo ante los argumentos de los alfaquíes y ulemas, quienes aseguraban que el uso de aquella prenda contribuía a remarcar su autoridad y asegurar el respeto a sus decisiones. Hasday lo reconoció de inmediato, pues les habían presentado en la residencia del *‘amil*.

Ibn Wafid tomó asiento en una estera y fue imitado por el secretario, que, unos instantes después, había desplegado su escribanía, había abierto el tintero y tenía en la mano el cálamo, dispuesto a levantar acta de cuanto allí sucediera. Uno de los alguaciles, aún en pie, llamó a los dos procuradores, y Saruq avanzó unos pasos, al mismo tiempo que a su derecha lo hacía otro hombre, sin duda el representante de los acusadores, a quienes no había visto todavía. Tuvo que volver la cabeza e inclinarse hacia delante para hacerlo. No sabía cuándo habían entrado en la mezquita, pero allí estaba el viejo herrero reconvertido en platero, revestido con una túnica de llamativos tonos rojizos y recamada con hilo de oro, que contrastaba con la tela lisa de lino y algodón que vestía el juez. Le costó reconocer a Ghâlib, situado más allá. El jubón que siempre le había visto había dado paso a una soberbia túnica que no envidiaba a la de su padre, y se cubría con un bonete bordado en los mismos colores. Su barba oscura aparecía bien perfilada mientras miraba al frente con aplomo. Sin embargo,

hubo algo, quizás un ligero temblor en sus labios, quizás un movimiento imperceptible de su cuerpo, que advirtió a Hasday de que su rival era consciente de aquel somero examen. Él, sin embargo, no sentía nada. Había esperado que lo invadiera una oleada de odio al enfrentarse a aquel ser pendenciero que se había cruzado en su vida, pero no era así. Tal vez porque estaba pendiente de algo que aún no se había producido, pero que ya no podía retrasar más. El juez, sentado en su estera, seguía musitando oraciones con la vista puesta en el suelo alfombrado, y Hasday giró la cabeza. Como había esperado, su padre se encontraba detrás de él, y una sonrisa le iluminó el rostro. Casi habrían podido tocarse, pero entre ambos se interponía un alguacil. Ishaq alzó la mano derecha y apretó el puño con fuerza, en señal de confianza.

Hasday se volvió de nuevo al frente antes de que lo traicionara la emoción y se encontró con los ojos del juez clavados en él.

—Liberen al muchacho —exigió a los hombres de la *surta*—. Cuento con la palabra de su padre y eso me basta.

El *sahīb al surta* hizo un gesto afirmativo, y el alguacil que se hallaba a la espalda de Hasday manipuló las cuerdas para deshacer los nudos. Él se frotó las muñecas con alivio, pero al instante recobró la compostura.

—¡Que empiece el juicio! —ordenó el *qādī*.

Saruq le había hablado de la preferencia de los jueces andalusíes por los testimonios escritos y las pruebas documentales frente a las declaraciones presenciales de los testigos. Serían los procuradores los encargados de intervenir a requerimiento del juez, por eso aquella mañana había aprovechado cada instante de su encuentro con el contable para transmitirle los argumentos que había madurado durante aquellas semanas. También había recibido con aprensión y disgusto la noticia de que, el mismo día de su detención, los hombres del *sahīb al surta* habían registrado la residencia familiar y el consultorio.

Un ujier se alzó con un pliego que se colocó a la altura de los ojos.

—Adelántese el acusador, Haddâd ibn Haddâd, en nombre de su hijo Ghâlib ibn Haddâd.

El interpelado dio dos pasos y se detuvo con expresión desafiante ante el juez.

—Que comparezca el acusado —continuó el funcionario—. Hasday ben Ishaq ben Shaprut, conocido como Hasday ben Shaprut.

Hasday se colocó junto a Saruq, hombro con hombro. Entonces, situado detrás del juez, apreció el rostro conocido del gobernador de Yayyán. Estaba sentado en un escabel sobre una tarima preparada al efecto. Hasday sabía que aquello era harto infrecuente, y cobró consciencia de la trascendencia que se daba a aquel juicio en la ciudad.

—Que Allah Todopoderoso ilumine nuestro entendimiento y nos permita discernir la verdad y la falsedad, para dictar sentencia según los principios de la ley divina. —Ibn Wafid entonó aquella fórmula ritual con aire solemne.

Después de escuchar la tímida respuesta a sus palabras por parte de los funcionarios y las filas más próximas, se dirigió a Saruq.

—Saruq ben Naftali, según los documentos que obran en nuestro poder, se acusa a tu defendido de varios quebrantamientos de ley. A saber: brujería, crimen ritual y profanación de cadáver. Todos ellos pueden englobarse dentro del delito de apostasía, un delito *hudud*, que perjudica los derechos de Allah o el orden público de la comunidad del Islam, castigado por tanto con penas fijadas en el Qur'ān y la *sunna*. ¿Reconoce su culpa o por el contrario se declara inocente?

—Hasday ben Shaprut se declara inocente de cuantas acusaciones se formulan contra él.

El *qādī* asintió para sí en medio de un murmullo que se extendió por el oratorio. Desvió la mirada al extremo opuesto.

—Harit ibn Menashe, procurador de los acusadores, aporta ahora a este tribunal cuantos testimonios y pruebas consideres necesarios.

El interpelado era un hombre de talla, de rostro cetrino y afilado, y nariz aguileña. A pesar de que rondaría los cuarenta años, lucía una barba poco poblada, y sus rasgos podían ser árabes, pero también judíos. Al parecer el juez también sentía cierta curiosidad, porque le interrogó en voz más baja, de modo que solo el círculo más próximo lo escuchó.

—Nunca has comparecido ante este tribunal —declaró—. Menashe es un nombre judío. ¿Acaso tu padre lo es?

—Lo era hasta su muerte, *qādī*. Pero cuando esta aconteció, hace ya veinte años, yo abracé la fe verdadera. Y si no me has visto antes es porque resido en la Madīnat Ilbīra.

La curiosidad de Ibn Wafid no parecía satisfecha del todo.

—¿Procedes de una familia judía y aceptas la acusación a un judío? —Se extrañó—. ¿Y vienes para ello desde Ilbīra, a cinco días de camino?

—La familia de mi madre profesa la fe del Islam, y si he sido llamado por mi representado es a causa de mi conocimiento sobre magia, hechizos y brujería que, al parecer, trasciende los límites de la cora donde ejerzo mi oficio. Si hay un delito que me resulta especialmente odioso es precisamente el que hoy vengo a denunciar.

—Está bien, procede… —ordenó el juez, al tiempo que alzaba las cejas, aún perplejo.

El procurador carraspeó.

—En presencia del gobernador, representante en Yayyán de la autoridad de nuestro soberano, a quien Allah proteja —realizó una pronunciada reverencia— y ante el *qādī* de la ciudad, sometemos a vuestro juicio las pruebas que nos han decidido a presentar esta grave acusación contra Hasday ben Ishaq ben Shaprut.

Se inclinó para recoger un pergamino del portapliegos que descansaba a sus pies.

—Yo, Harit ibn Menashe, fiel servidor de las leyes del Islam y del Estado, he sido elegido para exponer ante este tribunal las pruebas incontestables que explican gran

parte de los hechos acaecidos en Yayyán y que soportan la acusación de brujería contra el acusado —dirigió una mirada hacia Hasday de forma teatral, con una mezcla de temor y aversión en el semblante—. De todos son conocidos los extraños fenómenos que en los últimos tiempos han tenido lugar en Yayyán. Según se me ha informado, todo comenzó hace cinco años, con la aparición de los restos eviscerados de un cerdo, el animal más impuro. Tras el descubrimiento de dichos despojos, surgieron numerosos testimonios de gentes que aseguraban haber presenciado los fenómenos más extraños. Se descubrieron estelas funerarias fragmentadas en el cementerio musulmán, hubo muertes inexplicables, se multiplicaron los casos de mal de ojo, y fue necesario repetir una y otra vez los rituales de desaojamiento. El uso de amuletos para protegerse de las malas influencias ha ido en aumento, y hay quien asegura haber visto, en medio de la oscuridad de la noche, filas de hombres encapuchados que caminaban a la luz de fuegos fatuos que parecían surgir del suelo a su paso. Solo hay que recorrer las calles de Yayyán para ver cómo las madres y las amas de cría salen de casa con sus criaturas protegidas del maligno con saquetes de tela colgados al cuello, llenos de ajos, de ruda y ervato. Y no les falta razón… ¡porque el *yinn*, el demonio, está entre nosotros!

El procurador había alzado la voz hasta gritar, y un murmullo de temor se extendió por la mezquita. Harit ibn Menashe, sin embargo, alzó los brazos para pedir silencio.

—Pero el *yinn*, o Saytán, los *ifrit*…, cualquiera que sea la forma que adopte el maligno, precisa de un vehículo para infiltrarse. Y estoy dispuesto a demostrar que Hasday ben Shaprut ha sido el vehículo del maligno durante todos estos años.

Esta vez había pronunciado su acusación con tono grave y contenido, pero señalando a Hasday con el índice.

—El acusado era solo un niño de trece años cuando ocurrieron los primeros hechos que describes —objetó el juez.

Los ojos de Ibn Menashe mostraron el brillo de un primer triunfo.

—Quienes conocen bien la forma de manifestarse del *yinn* saben que la precocidad es una de las señales de posesión. Y si algo ha caracterizado a Hasday ben Shaprut es su precocidad en todo cuanto ha emprendido. Sus maestros se admiran por el don de lenguas que posee pese a su juventud. Con trece años, como bien dice el *qādī*, se le veía recolectando hierbas y raíces para preparar sus ensalmos, actividad en la que no ha cesado desde entonces.

—¡Su vocación es el estudio y la medicina! —interrumpió Saruq, sin poder contenerse—. ¡Utiliza esas hierbas para curar!

De nuevo Ibn Menashe, lejos de mostrar disgusto por la réplica a destiempo, sonrió de forma mordaz.

—Quienes luchamos contra el poder de Saytán sabemos que la práctica de la medicina es la forma que tiene de entrar en contacto con los fieles musulmanes para ejercer su magia sobre ellos. Porque magia es lo que practica el acusado, con un

conocimiento imposible de adquirir si no es con la ayuda de un ser maléfico. Con la intención, por supuesto, de usarlo para sus nefandos propósitos.

—Hasta ahora, procurador, todos tus argumentos se basan en suposiciones y conjeturas —opuso Ibn Wafid—. Se diría que si alguien tiene conocimientos sobre demonios y brujería eres tú. Incluso hay quien dice que semejantes teorías sobre el poder de Saytán entran en conflicto con la ortodoxia de nuestra fe, que cree en un Dios único y Todopoderoso.

—Todo lo contrario, *qādī*, todo lo contrario. El Profeta mismo mostró a sus compañeros evidencias de la existencia del *yinn*, y el propio Qur'ān confirma la existencia de tales seres, genios que participan de las cualidades de los hombres, en cuanto que necesitan alimentarse y reproducirse, y de los ángeles, por las que tienen el poder de desaparecer y aparecer con distintas formas. Saytán es uno de ellos, un *yinn* rebelde a los mandatos de Allah, un genio maligno. Respecto a las pruebas que reclamas, te ruego con el debido respeto que seas paciente, es preciso comprender los caminos del maligno para valorar lo que enseguida te mostraré.

—Apresúrate, no tenemos todo el día —respondió Ibn Wafid displicente.

—Solo una apreciación más, antes de presentar las pruebas que he reunido. Todos los aquí congregados conocéis la forma en que el *yinn* se manifiesta con mayor frecuencia, ¿cuál es? —inquirió a los que ocupaban las primeas filas.

Respondieron varias voces, forzadas por la interpelación directa.

—Exacto, a menudo el *yinn* adopta la forma de serpiente. Y ahora decidme… hasta hoy, en Yayyán, ¿adónde habéis acudido en caso de mordedura de víbora o en busca de remedios para prevenir sus picaduras? Al consultorio del acusado, ¿no es cierto? ¿Quién diríais que es el mayor conocedor de los secretos de las víboras y los efectos de su ponzoña? ¡Hasday ben Shaprut! Un joven médico —pronunció la última palabra con desprecio— que, ¡por casualidad!, lo sabe todo acerca de la forma más frecuente en que se manifiesta el *yinn*.

—Juez Ibn Wafid —intervino Saruq—, todo Yayyán sabe que el interés de Hasday por las víboras procede de una experiencia traumática que sufrió durante el primer viaje a Bayāna en compañía de su padre. Entonces no pudo salvar la vida de uno de sus esclavos, y ello hizo anidar en él el deseo de profundizar en el mejor tratamiento para su mordedura.

—¡Nadie conoce mejor el remedio contra las ponzoñas utilizadas por el *yinn* que quien participa de todos sus secretos! —sentenció Ibn Menashe—. Y yo sostengo que el acusado usa ese conocimiento para ganarse la voluntad de las víctimas del ataque del *yinn*. ¡Solo él sabe a cambio de qué!

Hizo una pausa tras la última frase para dejar que los congregados, con la mente excitada por sus palabras, se respondieran a sí mismos.

—Pruebas… —continuó un momento después, al tiempo que subía y bajaba las manos para reclamar el final de los rumores—. Empezaré por el testimonio más reciente que han recabado los hombres del *sahīb al suq*. Corresponde al padre de una

muchacha que, probablemente endemoniada, se seccionó la lengua en uno de sus trances. El hombre, desesperado, acudió a Hasday ben Shaprut en busca de remedio, sin saber que a quien solicitaba la cura era precisamente el causante de su mal. ¡Tan viejo como el mundo! El mismo que provoca el daño ofrece la solución, para ganarse la voluntad de las inocentes víctimas o sus *darahim* de plata. Y la curó, ¡vaya si la curó! ¿O quizá solo le ofreció un ensalmo o una pócima capaz de contrarrestar los efectos de la posesión?

Ibn Menashe extrajo un pliego de pergamino e hizo un gesto al ujier, que se aproximó para hacerlo llegar a manos del juez.

—*Qādī*, en tus manos tienes la transcripción de la declaración de ese hombre, testigo de cuanto ocurrió en aquel consultorio, morada de Saytán. No es la curación lo más llamativo, sino la forma en que utilizó su magia para suturar la herida. Tu jefe de policía estaba presente cuando el infortunado padre relataba la forma en que Hasday ben Shaprut indujo en su hija el sueño más profundo, de forma que le remendó la lengua maltrecha sin el más leve quejido. Jamás se ha visto nada igual, no hay hombre capaz de dominar a su antojo el sueño de un ser humano hasta el punto de que deje de sentir un dolor lacerante. A no ser… a no ser que sea el *yinn*, medio hombre, medio ángel, quien le confiera tal poder. ¡O el mismo Saytán!

Hasday sabía que estaba lívido. Su incredulidad aumentaba a medida que escuchaba los delirios de aquel fanático, pero sentía que le flaqueaban las piernas. Veía a Ibn Menashe asentir con la cabeza a la vez que daba pasos cortos en medio del círculo en el que se encontraba. Parecía sumido en sus pensamientos, ofuscado por un odio verdadero hacia aquellos seres de los que hablaba. Pero era a él a quien estaba asociando con ellos. Habría deseado dar un paso al frente y sujetar a aquel perturbado por el cuello para hacerlo callar, pero sabía que era inútil. Y, con toda probabilidad, contraproducente. Tenía que confiar en Saruq, que aquella misma mañana ya le había advertido de las mañas de aquel hombre, de cuyos métodos había oído hablar. No obstante, ni en su peor pesadilla habría imaginado lo que estaba escuchando. La rabia y la impotencia le hacían temblar. También sentía que las miradas de todos los fieles congregados en la mezquita estaban clavadas en su nuca, y lo que antes era un murmullo apagado se había convertido en clamor.

Por orden del juez, uno de los ujieres se alzó para exigir silencio. El mismo Ibn Menashe subía y bajaba aún los brazos pidiendo calma.

—Sí, con el poder del *yinn* y con la ayuda de sus amigos, el acusado hace y deshace a su antojo —continuó—. Igual que induce el sueño en sus víctimas, utiliza pócimas para ahuyentarlo. ¿Quién, por muy viejo que sea, había visto crecer antes en Yayyán esas semillas del demonio? ¿Quién había oído hablar de esa poción que Hasday ben Shaprut llama *qahwah* y que ha conseguido introducir en las mejores casas de la *madīna*? ¡Si hasta los rabinos, los alfaquíes, los monjes y los ulemas la demandan para permanecer en vela! Ninguno de ellos la utiliza con mal propósito, su idea no es otra que dedicarse a la meditación y a la oración, pero con ese pretexto ha

pasado a tomarse en las cantinas y los prostíbulos, para prolongar las horas de entrega a prácticas lúdicas contrarias a la ley. Igual que el vino y el resto de las bebidas que alteran los sentidos, el *qahwah* debería ser prohibido. Os digo que el demonio es amigo de usar estas artes sorprendentes para hacerse con la voluntad de los incautos que se dejan atrapar en sus redes. Sí —se dirigía a un grupo de ulemas que ocupaban un lugar cercano al *mimbar*—, ¡esa bebida del demonio debería prohibirse de inmediato!

—Procurador —le cortó el *qādī*—, le recuerdo que debe limitarse a exponer las pruebas en las que se basa la acusación.

Ibn Menashe se agachó de nuevo y, en un golpe de efecto, cogió un cuaderno forrado de piel y lo mostró a todos los presentes.

—¡He aquí una nueva prueba de cuanto estoy diciendo! Por fortuna, el eficiente *sahīb al surta* tuvo la precaución de ordenar el registro de la vivienda familiar de Hasday ben Shaprut en la aljama. Y allí, en dependencias que solo él frecuenta, se encontraron multitud de pruebas que lo incriminan. Esta es una de ellas. Se trata de un cuaderno repleto de fechas en el que el acusado lleva cuenta de los períodos en que una mujer, una de sus esclavas, atraviesa sus días impuros. ¡Cuatro años de anotaciones! ¿Qué otro fin podía perseguir un joven aprendiz de brujo si no es utilizar para sus ensalmos la sangre menstrual, el más poderoso de los filtros mágicos?

Los comentarios, entre la repugnancia y el asombro, se reprodujeron en el oratorio. El procurador entregó el cuaderno al ujier, quien, a su vez, lo dejó en manos del juez.

—En el registro se encontraron también plantas, raíces, frutos y semillas de mil especies, unas reconocibles por todos, otras desconocidas. Pero entre ellas se contaban semillas de opio, plantas de beleño y estramonio, y raíces de mandrágora. ¡Sí, oís bien, mandrágora! Es la planta que todos vosotros asociáis a las prácticas de hechicería. Y no resulta fácil de encontrar, mucho menos de extraer, pero Hasday ben Shaprut poseía media arroba de esas raíces. En uno de los recintos registrados, se hallaron decenas de animales enjaulados, dispuestos quizá para averiguar el porvenir hurgando en sus entrañas, quizá para ser ofrecidos en sacrificio a Saytán. Pero también había perros, que, como todos sabéis, son utilizados para arrancar la mandrágora de la tierra.

—Yo soy juez, y nunca he oído hablar de tal cosa —objetó Ibn Wafid, sombrío.

—La mandrágora es la raíz más utilizada por magos y brujos, *qādī* —explicó con tono didáctico—. Dicen que las raíces con poderes en verdad mágicos son aquellas que tienen forma de pequeños hombrecillos, pero sacarlas de la tierra implica un grave peligro para quien lo hace, pues en el momento de arrancarlas gritan, con un alarido tan horrendo que mata a quien lo escucha. Por eso es habitual cavar alrededor de la raíz, sujetar un cordel fuerte a su alrededor y atar el otro extremo al collar de un perro. El brujo se aleja a una distancia prudente, llama al perro, y este, al acudir, arranca el bulbo de la tierra. El animal muere, pero el poder de la mandrágora

compensa con creces la pérdida. Hasday ben Shaprut disponía de varios perros enjaulados y en su poder se hallaron raíces completas, cortezas desecadas y tarros con polvo de mandrágora. Todo un arsenal, suficiente para embrujar a cuantos estamos hoy aquí.

Hizo una seña a uno de los hombres del *sahīb al surta* y el hombre le acercó un saco de arpillera. Ibn Menashe metió el brazo con decisión y extrajo una raíz de buen tamaño, que sujetó por la parte superior, más estrecha.

—¡Aquí está la prueba de lo que digo!

—¡Hasday es médico! —gritó Saruq—. ¡Usa esas y otras muchas raíces para tratar los males de sus pacientes!

—¡Saruq ben Naftali! —gritó el juez con enojo—. Tu turno de palabra llegará a continuación. Ahora debes permanecer en silencio o serás expulsado por los hombres de la *surta*.

El contable, con el rostro enrojecido y los ojos inyectados por la ira, bajó sin embargo la cabeza. Ibn Menashe, entretanto, sonreía con expresión de triunfo.

—¿Por qué no usa entonces una raíz cualquiera para esos fines? ¿Por qué guardaba precisamente una como esta, con forma humana?

El mismo Ibn Menashe la depositó delante del juez, regresó a su sitio y esperó a que volviera a hacerse el silencio. Su actitud era de satisfacción y dominio de la escena. Sabía que había convencido al auditorio, y que el semblante del juez solo transmitía preocupación por saberse obligado a emitir un juicio de condena que no deseaba. Posó la mirada en el saco de arpillera que aún descansaba a sus pies, y su rostro pareció iluminarse aún más.

También Hasday miraba a Ibn Wafid. Lo veía debatirse entre el afecto que le había manifestado semanas atrás, durante la recepción en la alcazaba, y la obligación de dictar una sentencia justa. Confiaba en que la falsa impresión causada por aquel hombre trastornado pudiera ser rebatida con los argumentos que había preparado Saruq. En ese momento, sin embargo, lamentaba su negativa a la propuesta del contable de llamar como testigos a Hakim y a Umarit, ambos víctimas de la violencia gratuita de Ghâlib. Su intención era mantenerlos alejados de la exposición pública que suponía el juicio, pero, viendo el cariz que este había tomado, empezaba a comprender que había sido un error. No obstante, ya no había remedio y, con todo, seguía prefiriendo que no se pronunciara el nombre de Umarit en la mezquita.

Ibn Menashe empezaba a hablar de nuevo, y antes de centrar su atención en él, Hasday se volvió para comprobar que su padre seguía allí, tras él. Sin embargo, ya no estaba, y le dio un vuelco el corazón. ¿Acaso había prestado oídos a aquellas acusaciones? Con un nudo en el estómago, se giró hacia el fanático que estaba arrastrando su buen nombre por el fango. Había levantado el saco de arpillera y lo balanceaba con el brazo extendido.

—¡Solicito protección para el acusado! ¡La pido antes de mostrar lo que este saco contiene aún! No deseo que se repitan episodios pasados, en los que el reo resultó

linchado por la plebe dentro del recinto sagrado, impidiendo que se ejecutara una condena justa a los ojos de Allah.

El silencio se extendió por el *harām*, hasta el punto de que se oían el trino de los pájaros que cantaban en el exterior y el crepitar de los cientos de lamparillas que ardían por encima de sus cabezas.

—¿Cuántos de los presentes tienen a un judío como mejor amigo? —inquirió a la multitud, sin obtener respuesta—. ¿Nadie? Bien…, pues el mejor amigo de Hasday ben Shaprut no es judío, sino un musulmán llamado Hakim ibn Rafiq. Todos le conocéis, pues se lucra de un negocio en el que vende ese brebaje maléfico. Su padre, un buen creyente, murió asesinado en extrañas circunstancias. Su madre cometía adulterio con desconocidos en vida de su esposo y, a la muerte de este, siguió vendiendo su cuerpo. Me cuentan que si alguien quiere encontrar a Hakim no ha de ir a buscarlo a ninguna de las mezquitas de Yayyán, pues no lo encontrará. Y no es de extrañar, ¡dicen que los endemoniados abominan de los lugares sagrados, donde se percibe mejor la presencia del Todopoderoso!

»Hasday ben Shaprut ha hecho de la brujería un negocio lucrativo, en el que beneficia a su amigo y quizá discípulo Ibn Rafiq. Este se encarga de cultivar la planta que produce esas semillas del diablo en una finca que los Banu Shaprut poseen cerca del río. Pues bien, junto a esas tierras, en una de las cuevas que horadan esos cortados, vivía un anciano solitario. Algunos lo conocíais, porque acudía al zoco los días de mercado a vender las hortalizas que cultivaba. Hace meses que nadie lo ha visto, algo que no es de extrañar…, ¡porque está muerto! Su muerte es el verdadero motivo de este juicio. De todos eran conocidas las andanzas de Hasday ben Shaprut, pero si algo ha convencido a Haddād ibn Haddād y a su hijo de la necesidad de denunciar este caso es la constancia de que el acusado es culpable del asesinato de aquel anciano.

De nuevo se elevaron los murmullos.

—Harit ibn Menashe, esa acusación es de una gravedad extraordinaria —interrumpió Ibn Wafid—. Supongo que tendrás pruebas sólidas con las que apoyarla.

—Jamás me habría atrevido a presentarme ante ti si no dispusiera de ellas, *qādī*. Sé bien que yo mismo me arriesgaría a ser condenado por falso testimonio.

—Preséntalas en este instante —exigió el juez, a todas luces perturbado.

Ibn Menashe introdujo el brazo en el saco de arpillera y sacó un bulto envuelto en cuero, que dejó reposar sobre su mano izquierda. Deshizo los sencillos nudos que lo mantenían cerrado y desplegó la tela. Una reacción de asco se reflejó en los rostros más cercanos, y también en el del juez, al tiempo que un olor penetrante se extendía por la mezquita.

—Es la mano seccionada del anciano. Hasday y su amigo Hakim se olvidaron de ella cuando ocultaron el cadáver profanado. Ghâlib ibn Haddād la ha conservado en sal hasta que se ha decidido a confesar el hallazgo a su familia.

Apenas se oyeron las últimas palabras. El griterío se extendió por todo el oratorio,

y los hombres de la *surta* respondieron a una orden del *sahīb* formando un cordón en torno a los actores del juicio. El juez se puso en pie con esfuerzo, y su voz resonó entre las columnas del *harām*.

—¡Mantengan el orden y la compostura en la casa de Allah o me veré obligado a desalojar la mezquita!

Las voces indignadas parecieron calmarse.

—Procurador, cuando se haga de nuevo el silencio explícanos cómo ha llegado… eso —señaló con un gesto de repulsión— a tu poder.

—*Qādī*, trataré de ser breve —respondió Ibn Menashe, quien a todas luces estaba disfrutando de aquel protagonismo—. Sucedió una tarde, hacia el final del verano pasado, cuando Ghâlib y dos amigos suyos bajaban a la vega para darse un baño en la alberca del molino. Era un día caluroso, así que disfrutaron allí del anochecer, hasta que se aproximó la hora de la última oración. Cuando se disponían a regresar, reconocieron a Hasday, que caminaba en dirección contraria con aire furtivo y cargado con un pesado saco a la espalda. Fue precisamente su actitud lo que les hizo sospechar, así que decidieron ocultarse y seguir sus pasos, que lo llevaron hacia la plantación de *qahwah*. No obstante, Hasday no se detuvo allí, sino que siguió hasta la finca que era propiedad del viejo… y se introdujo en la cueva donde este habitaba. Lo primero que pensaron es que el anciano se encontraba enfermo y había recurrido a Hasday, como muchos en Yayyán. Sin embargo, para su sorpresa, no lo vieron salir, a pesar de que uno u otro permanecieron allí hasta la madrugada.

»Regresaron al día siguiente, a plena luz del día, y no observaron nada fuera de lo normal, salvo que el anciano seguía sin aparecer, algo extraño en alguien que vivía de la tierra y de los animales que criaba. Así pues, decidieron acercarse para interesarse por él. Llamaron a voces, pero no hubo respuesta, de forma que se acercaron a la entrada de la cueva. La puerta destartalada estaba sujeta con una simple cuerda y pudieron acceder sin dificultad, con la idea de prestar ayuda si el viejo había empeorado. Lo que encontraron…

—Será mejor que el propio Ghâlib relate lo que encontraron —interrumpió Ibn Wafid—. Sin duda no es lo habitual, pero ante la gravedad de la acusación podemos permitirnos esta pequeña transgresión de la ortodoxia.

Hasday vio que su enemigo, sorprendido ante el inesperado requerimiento, mudaba el color, aunque dudaba de que él mismo presentara mejor aspecto. Apenas podía creer lo que escuchaba, sus temores se habían confirmado y el alegato de Ibn Menashe estaba resultando demoledor. Se sabía perdido. La única esperanza que le quedaba en aquel momento era que ni el nombre de Hakim ni el de Umarit volvieran a pronunciarse aquella mañana aciaga. La voz de Ghâlib, que había dado un paso empujado por su padre, atrajo de nuevo su atención. Su rostro no podía evitar una expresión de temor al presentarse solo ante el *qādī*. Hasday sabía que lo que anidaba en el fondo de su corazón era cobardía y solo conseguía ocultarla arropado por los compinches de los que solía rodearse.

—Fue horrible —empezó con tono compungido, moviendo la cabeza de un lado al otro—. Lo peor era el olor, a sangre y a carne, el mismo que sale del matadero cuando se sacrifican las reses. Al principio no reparamos en nada, hasta que vimos el bulto sobre el camastro. Por el tamaño y la forma, aquello debía de ser el cuerpo del viejo. Estábamos aterrorizados, mis amigos querían salir de allí, pero yo me obligué a aguantar, soportando las náuseas. Al fin, no era más que el cadáver de un anciano, envuelto en el cuero que probablemente Hasday había portado la víspera en el saco. Esperaba acostumbrar la vista a la penumbra para hacerme una idea de lo que había podido pasar allí. Quería pensar que aquel hombre había sufrido una muerte natural o que había sucumbido a la enfermedad que lo aquejaba. Di unos pasos por la cueva y, aparte del cuerpo inerte, nada parecía fuera de su sitio. Hasta que mi sandalia tropezó con el bulto, oculto a la vista bajo la sombra de una poyata. Recuerdo que, sin poder evitarlo, lancé un grito y me precipité al exterior, seguido por mis amigos. Hasta que terminé de vaciar el estómago sobre unas zarzas no les pude explicar lo que había visto, y entonces también ellos vomitaron. Queríamos salir de allí, huir del lugar donde se había cometido aquella diabólica infamia, pero necesitaba llevarme la prueba de que aquello había sucedido. Recuerdo que busqué dos palos y desaté un viejo caldero que había junto a la boca de un pozo. Regresé al interior entre las protestas de mis amigos y, conteniendo la respiración y las arcadas, logré meter aquella mano dentro. La cubrí con hierbas, cerramos la puerta de nuevo y corrimos hacia la *madīna* como alma que lleva el diablo. Desde entonces la he mantenido oculta, cubierta con sal.

—Desde entonces han pasado muchos meses. ¿Por qué no disteis cuenta del hallazgo en aquel momento? —lo interrogó el juez.

Ghâlib pareció dudar e imploró ayuda a Ibn Menashe con la mirada. El procurador respondió por él.

—Estaban aterrados, *qādī*. Son solo unos muchachos, no sabían a qué se enfrentaban. Temían que el autor de aquella profanación diabólica ejerciera su poder sobre ellos. Aún me sorprende que se hayan decidido a contarlo ahora. Pero lo han hecho, los dos amigos de Ghâlib están dispuestos a declarar como testigos si es necesario. Y por ello… ¡acusamos a Hasday ben Shaprut del asesinato y la posterior profanación del cadáver del anciano!

El juez adoptó una expresión de perplejidad.

—¿Qué te lleva a asegurar que fue él el causante de su muerte? —Preguntó con tono grave.

—*Qādī*, el *sahīb al surta* ha registrado la cueva y los alrededores y no ha encontrado rastro del anciano. ¿Por qué iba a deshacerse el acusado del cadáver si no tuviera culpa? ¿Por qué no comunicar su muerte a las autoridades para darle sepultura según la costumbre de los creyentes?

—Es algo que tendrá que explicar el procurador designado por el acusado —repuso el juez, cabizbajo y afligido.

Con un gesto de la mano izquierda, indicó a Saruq que ocupara el lugar de Ibn Menashe. El *sahīb al surta*, sin embargo, dio un paso al frente para adelantarse.

—Con tu permiso, *qādī* —dijo con voz enérgica—. Tu magistratura te impide actuar de oficio, pero yo, como jefe de la policía, y tras escuchar las pruebas que se han hecho públicas, me veo en la obligación de ordenar el apresamiento de Hakim ibn Rafiq y la esclava de los Banu Shaprut, de nombre Umarit. Si es tu deseo, haré que comparezcan hoy en este mismo juicio.

Hasday sintió una debilidad inmensa en las piernas y temió que dejaran de sostenerlo. Se le oyó emitir un gemido ahogado mientras veía al juez encogerse de hombros. Sabía que el *qādī* no tenía nada que oponer. Pese a que las decisiones que tomaba resultaban en la práctica inapelables, su competencia se limitaba a juzgar los hechos que le presentaban, bien por denuncia de particulares o por las autoridades de la *madīna*. No podía negar al *sahīb al surta* la competencia para efectuar un arresto, y si este se lo había comunicado era solo por deferencia. Por otra parte, Hasday sabía que ya había perdido la simpatía inicial del *qādī*. La catarata de acusaciones que Ibn Menashe había vertido contra él había impactado en el ánimo de todos los presentes e iba a impedir al juez justificar una decisión favorable. Pero saberse perdido era entonces la menor de sus preocupaciones: había sido al oír los nombres de Hakim y de Umarit en boca del *sahīb al surta* cuando la angustia que sentía se había vuelto casi insoportable.

Su desaliento se acentuó cuando vio el semblante preocupado de Saruq, su forma de tragar saliva de forma continua y el ligero temblor de sus manos al situarse ante Ibn Wafid para comenzar su argumentación. Sin embargo, un nuevo revuelo en la parte posterior del *harām* hizo que el juez alzara la mano para impedir que hablara. Todos los que permanecían en pie volvieron sus rostros hacia la entrada al oratorio, desde donde parecía abrirse camino un pequeño grupo de personas. También Hasday giró la cabeza, y apenas pudo reprimir un grito de angustia al distinguir la figura de su padre en compañía de una mujer a la que identificó de inmediato, a pesar del velo con el que se cubría. Avanzaban flanqueados por hombres de la *surta* que buscaban con la mirada a su jefe, en busca de instrucciones. Habían escuchado la orden de arresto de aquella esclava, que, sin embargo, acababa de aparecer a las puertas de la mezquita en compañía de Ishaq ben Shaprut. Era este quien parecía llevar la iniciativa, sin dejarse intimidar por los hombres que lo rodeaban. Avanzaron por el espacio que la multitud, a duras penas, abría a su paso, hasta situarse frente al juez, que los miraba perplejo.

—*Qādī*, esta mujer desea presentarse ante ti y ante el resto de las autoridades de la *madīna* para prestar su declaración de forma voluntaria —dijo Ishaq con sobrealiento, remarcando las últimas palabras.

El juez asintió, con cara de circunstancias.

—Sea —respondió—. Quizás este juicio sea el más atípico de cuantos he presidido en mi carrera, pero considero que su importancia lo justifica. Lo hará, sin

embargo, cuando yo lo solicite. Antes quiero escuchar lo que tiene que decir el procurador de tu hijo.

El contable carraspeó antes de tomar la palabra.

—*Qādī, ‘amil…* —Dirigió una ligera inclinación a ambos en señal de respeto. Su voz parecía aún vacilante e insegura—. Reconozco que me encuentro sobrecogido por cuanto acabo de escuchar… No por las falsas acusaciones que aquí se han vertido contra el joven aprendiz de médico que tengo la honra de representar, sino por el asombro que me produce la cantidad de veneno que algunos hombres pueden expulsar por la boca llevados tan solo por el odio, el resentimiento y el deseo de venganza.

»Sé que el *qādī* principal de Yayyán es un hombre instruido y temeroso de Allah, que no se dejará llevar por la superstición y las creencias sin fundamento en las que… este hombre —vaciló al referirse a Ibn Menashe, al que lanzó una mirada cargada de desprecio— ha basado su alegato.

»De cuanto ha dicho, solo estoy de acuerdo en una cosa: Hasday ben Shaprut es un joven excepcional. Pero sus extraordinarias dotes no son producto de ningún pacto con el *yinn*, ni proceden del poder de ningún genio maléfico, seres que solo habitan en las mentes delirantes de quienes quieren usar la credulidad y la ignorancia en beneficio propio. Es cierto que Hasday fue un muchacho precoz en extremo, que a los trece años estaba más interesado en conocer las plantas medicinales, en leer los libros que sus maestros le proporcionaban, que en malgastar su tiempo bañándose en la alberca o cazando conejos con la honda. Su don de lenguas ha asombrado a sus preceptores, es cierto, pero es fruto de un esfuerzo del que solo somos testigos quienes lo hemos visto crecer. Habla árabe, hebreo y arameo, como es lógico, también latín y romance, comprende el griego y se interesa por otros idiomas orientales, como el persa. Pero este conocimiento procede de su pasión por entender las enseñanzas de los sabios del pasado que escribieron en esas lenguas, y solo puede comprender el esfuerzo invertido quien ha visto cómo las bujías y las lámparas se consumían sobre los libros de Hasday en las largas noches de invierno.

»De esos libros, de las enseñanzas de sus maestros y de la compañía de Qâsim ha aprendido gran parte de lo que sabe. Y ese conocimiento se ha completado durante años por una curiosidad sin límite, que le ha llevado a experimentar nuevos remedios, nuevos métodos para tratar los males de sus semejantes, pues esa es su vocación, hasta el punto de renunciar al lucrativo negocio de su familia.

»Ibn Menashe, que parece desconocer cuanto estoy diciendo, se limita a observar la superficie, para asociar su reflejo con las fuerzas del mal, de las que tanto parece saber pero que solo habitan en su mente enferma. Su conocimiento sobre las víboras procede, como ya he dicho, de una experiencia traumática, la mordedura de una de ellas a un esclavo durante su primer viaje a Bayāna. Entonces no pudo hacer nada para salvar su vida, y esa desazón le llevó a buscar cuanto se puede saber sobre ellas, a mejorar los remedios contra su ponzoña. Muchos, quizás alguno esté hoy aquí —se

volvió hacia los fieles que llenaban el oratorio— han salvado la vida gracias a él.

»Otro tanto ocurre con los remedios para evitar el dolor. Hasday lleva mucho tiempo experimentando con plantas, con raíces, con brebajes. Lo hace basándose en la experiencia de médicos de la antigüedad, usando bebedizos que griegos y romanos ya utilizaban para mitigar el sufrimiento de los enfermos o los soldados heridos en el campo de batalla. Es cierto que en la casa de los Banu Shaprut hay beleño, adormidera, digital y raíz de mandrágora. Porque son necesarios para buscar la mezcla más eficaz. Y los animales descubiertos por los hombres de la *surta* estaban allí para experimentar los efectos de esas pócimas. También los perros que Ibn Menashe ha tratado de asociar con leyendas increíbles en relación con la mandrágora. Meses de experimentación le permitieron usar con éxito ese remedio para coser la lengua de la muchacha afectada por convulsiones. ¡No es brujería! ¡Es ciencia! Una ciencia de la que podrán aprovecharse todos los que nos escuchan, sus esposas y sus hijos, si dejan trabajar a Hasday con libertad. Si esto es así, no pasará mucho tiempo antes de que podamos acudir a él para extraer una muela, para coser una herida profunda o para sajar un absceso sin experimentar dolor. Y estaremos orgullosos de que tal avance se haya producido en Al Ándalus, en Yayyán, de la mano de uno de nuestros paisanos. No dejemos que el odio, la envidia y la ignorancia nos priven de semejante privilegio…

»No hay magia en nada de ello, tan solo conocimiento y sabiduría. Como no la hay en la planta de *qahwah*, que Hasday descubrió por casualidad en un barco procedente de Oriente. Su inquietud le llevó a probar sus efectos, y su asombroso poder, obra del Creador y no del maligno, ha hecho el resto. Todo Yayyán ha oído hablar de ella, la mayoría ha probado la infusión, incluidos los rabinos, los ulemas y hasta el propio *‘amil*. ¿Acaso Ibn Menashe mantiene que todos ellos están endemoniados? ¿No han utilizado sus beneficiosos efectos para prolongar el tiempo dedicado a la oración, a la meditación y al contacto con el Todopoderoso? ¿Dónde está el mal en todo ello?

Esta vez los murmullos resurgieron de manera apagada, aunque Hasday supo que las palabras de Saruq habían producido el efecto buscado. La voz de Ibn Menashe, no obstante, atronó el *harām* con su tono displicente.

—¿También el menstruo de mujer tiene propiedades medicinales? —espetó.

—Hasday ben Shaprut está dispuesto a presentar juramento sobre la Torah de que jamás ha llevado a cabo prácticas semejantes. La sangre menstrual de la mujer es considerada impura por la ley judaica y, por tanto, cualquier contacto con ella está proscrito, cuanto más para un hombre.

—¡Explícanos el significado de esas notas! —gritó, señalando con el índice extendido el cuaderno que reposaba junto al juez.

Saruq guardó silencio. Hasday, aunque hubiera podido intervenir, cosa que le estaba vedada sin el permiso excepcional del juez, no podía revelar los motivos que le habían llevado a hacer aquellas anotaciones.

—¡Yo misma lo haré! —Umarit alzó la voz. Luego pareció darse cuenta del error que suponía irrumpir así y trató de enmendarlo—. Si el *qādī* me lo permite en este momento…

Ibn Wafid cerró los ojos y suspiró ante aquella nueva interrupción. Negaba con la cabeza.

—No permitiré que una mujer judía preste testimonio en la mezquita. Sin embargo, no pondré inconveniente en que el procurador traslade a mi conocimiento lo que desea decir.

Saruq salvó en tres zancadas la distancia que los separaba, ansioso por encontrar respuesta para una cuestión ante la que carecía de argumentos. Hasday trataba de captar la atención de Umarit para impedirle que hablara, siquiera con el gesto. Sin embargo, sus ojos no se encontraron. Al cabo de un instante, vio cómo el contable perdía el color y buscaba a Ishaq con la mirada. Hasday vio a su padre asentir y Saruq regresó a su puesto ante el juez.

—Existe una explicación para ese cuaderno —declaró, aún dubitativo y sonrojado —. Al parecer esta mujer, de nombre Umarit, ha mantenido…, mantiene relaciones sexuales con el muchacho. Esas notas, en efecto, corresponden a sus ciclos menstruales. Pero el objetivo no es obtener sangre de menstruo, como Ibn Menashe ha insinuado de forma maliciosa, sino evitar la posibilidad de la concepción, basándose en el conocimiento que Hasday, como médico, tiene de los días del ciclo en que esto es posible y de los días en que se puede tomar a una mujer sin temer la preñez.

Ibn Menashe estalló.

—¡Qué más pruebas necesitáis! ¡Las cópulas contra natura son propias de la posesión diabólica! Y, según ese cuaderno, este monstruo fornica con la esclava ¡al menos desde los trece años!

Esta vez las voces que se alzaron en el oratorio se mezclaban con risas cómplices. Hasday, en aquel momento, habría deseado que se lo tragara la tierra, y sintió crecer el odio hacia aquel hombre que había obligado a Umarit a revelar sus secretos más íntimos ante todo Yayyán. Sin embargo, se sorprendió al escuchar de nuevo las palabras del juez.

—Ignoro cuáles son las leyes que rigen dentro de la aljama al respecto, pero si tal hecho atenta contra ellas, tendrán que ser sus propios jueces quienes lo determinen. Ambos son judíos y, por tanto, el asunto queda fuera de mi jurisdicción.

—Hay algo más… —Saruq trató de proseguir entre el vocerío, que no cesaba.

—¡Silencio o me veré obligado a desalojar la mezquita! —advirtió el juez por segunda vez.

La actitud amenazante de los hombres de la *surta* y los siseos que reclamaban silencio desde las primeras filas consiguieron que regresara la calma.

—Umarit desea denunciar un hecho de extraordinaria gravedad que aconteció apenas iniciado el mes de Muharram…

—¡No! —exclamó Hasday—. ¡No es necesario! ¡Solo conseguirá manchar su nombre!

Saruq se detuvo, indeciso. Miró a Hasday acongojado. Después escrutó a Umarit, quien, a pesar del velo que ocultaba todo salvo el azul de sus ojos, lo conminaba a continuar con una mirada penetrante y firme. También Ishaq, el patriarca de la familia, asintió con la cabeza.

—Umarit, esclava al servicio de Ishaq ben Shaprut, fue salvajemente violada por Ghâlib ibn Haddâd, aquí presente —dijo con determinación, alzando la barbilla en dirección al aludido y remarcando las palabras—, con la ayuda de dos de sus amigos, de nombres Hassân y Sâleh.

El silencio se hizo en la mezquita. Ghâlib y su padre, con expresión de incredulidad, escrutaban el efecto que la acusación había causado en la actitud del juez. Ibn Menashe los miraba a ambos, esperando una negativa tajante por parte del nuevo acusado. Aunque esta no se produjo, el procurador reaccionó con presteza.

—Ningún juez musulmán aceptará como válido el testimonio de una mujer, esclava y judía además, y que, según su propia declaración, lleva cuatro largos años siendo deshonrada. —Rio con desdén—. ¿Desde cuándo una puta declarada puede acusar de violación a un varón al que quizás habría ofrecido sus servicios?

Los hombres de la *surta* que rodeaban a Hasday se anticiparon al movimiento brusco con que trató de sorprenderlos, impidiendo así que se lanzara contra el procurador. Sin contemplaciones, le sujetaron los brazos a la espalda hasta que el dolor le obligó a doblarse y a abandonar la resistencia. Por eso no pudo ver al hombre que, palpando las ropas de los asistentes, se abría paso hacia él. Pero al instante reconoció su voz.

—Quizá no sea válido el testimonio de una esclava judía, pero sí el de un varón musulmán que apenas puede ver, pero que conserva un buen oído —intervino Qâsim, quien, a pesar de su ceguera, dirigía la mirada opaca hacia el juez.

—Es totalmente irregular —se opuso Ibn Menashe—. Su testimonio no consta por escrito.

—En circunstancias como esta, un juez está en la obligación de aceptar cualquier testimonio fiable que conduzca al esclarecimiento de la verdad —atajó Ibn Wafid—. La ciudad de Yayyán se juega demasiado en este envite. Los escribanos transcribirán su declaración como han hecho con las anteriores y, si lo crees necesario, se le pedirá que la rubrique bajo juramento. Puedes hablar ahora, Qâsim.

—Aquella noche había salido de la alcoba para aliviar la vejiga en la letrina. Oí pasos apresurados y, al no ser capaz de ver a quién pertenecían, me oculté. Cuando pasaba junto a las habitaciones del servicio oí la voz para mí inconfundible de Hasday. Era una voz alterada, a la que acompañaba el llanto de una mujer. Preocupado, me acerqué a la puerta del que resultó ser el aposento de Umarit, por si mis servicios podían resultar útiles. Pero lo que escuché al otro lado de la puerta me dejó paralizado, sin saber reaccionar. Si bien Umarit trataba de ocultar lo sucedido a

Hasday, al parecer, la exploración que este realizó como médico no dejaba lugar a dudas. Mi discípulo dedujo que había sido forzada, pese a que, aun así, ella se resistía a revelar el nombre de su agresor. Solo al verse acorralada por las evidencias consintió en pronunciar el nombre de Ghâlib. Él la había forzado mientras sus dos amigos la sujetaban.

—¡Miente, *qādī*! —exclamó entonces Ghâlib—. Solo pretende predisponerte en nuestra contra para proteger a su discípulo. Su testimonio no puede ser aceptado.

—¡Muhammad! —El juez se dirigió al *sahīb al surta*—. Haz que prendan a esos dos muchachos y que los traigan a mi presencia. Más tarde aclararemos este asunto que ha surgido de forma inopinada. Pero ahora es mi deseo que el procurador continúe con su exposición. Deseo conocer lo que tienes que decir sobre el cadáver de ese hombre y su mano amputada.

—*Qādī*, Hasday ibn Shaprut reconoce que practicó la disección del cuerpo del anciano con la única intención de obtener conocimientos anatómicos para la mejor práctica de su ciencia. De la misma forma, rechaza haber tenido nada que ver con su muerte, que él mismo se procuró cuando empeoró la grave enfermedad que lo mantenía postrado. Utilizó cicuta para quitarse la vida y evitar una agonía larga y dolorosa. Hasday también declara que asume toda la responsabilidad por lo sucedido y exonera de culpa a Hakim, a quien forzó para obtener su ayuda con el cadáver. Por último, asegura que el cuerpo fue enterrado según la costumbre del Islam, en una fosa excavada en las inmediaciones de la cueva.

—No en su totalidad, eso es evidente —observó el juez mirando el bulto, que seguía a su lado, junto al resto de las pruebas—. Pero deseo interrogar al acusado sobre los motivos que le llevaron a actuar contra los preceptos de nuestra ley.

Saruq dio un paso atrás, y los hombres de la *surta* dejaron que Hasday ocupara su lugar.

—La confesión que acabamos de escuchar en boca de tu procurador es de extrema gravedad —advirtió el juez—. La profanación de un cadáver se castiga con la flagelación y con la muerte. ¿Qué puedes decir en tu descargo?

Hasday se mantuvo un momento en silencio. Su expresión era de abatimiento y desengaño. Los brazos le colgaban sin fuerza y su mirada se centraba en algún punto de la alfombra a sus pies.

—Poco más tengo que añadir —dijo al tiempo que negaba con la cabeza—. Reconozco que utilicé el cadáver de ese anciano para adquirir el conocimiento que no se encuentra en los libros. Para alguien cuya vocación es la medicina, resulta esencial comprender el funcionamiento del cuerpo humano, y la tentación de observar en su interior es muy grande. Lo había hecho antes con animales, pero sentía la necesidad de comprobar si la disposición de los distintos órganos es o no similar en los humanos. Aquel día se presentó la ocasión, y la curiosidad y el deseo de saber se impusieron a la prudencia. El cadáver yacía allí, en aquel camastro, el hombre vivía solo y nadie iba a reclamar su cuerpo para darle sepultura. Decidí estudiar su interior

con la única idea de comprender su funcionamiento, algo que más tarde pudiera utilizar en beneficio de mis pacientes. Después le daría sepultura de forma respetuosa, de acuerdo con los preceptos de su religión.

—De alguna forma, yo soy responsable de lo que hizo. —La voz de Qâsim se alzó por detrás del muchacho—. Si no es él quien te revela el verdadero motivo de su acción, yo estoy dispuesto a hacerlo.

El juez lanzó una mirada inquisitiva a Hasday, que asintió con la cabeza.

—Qâsim es uno de los mejores médicos que ha conocido el emirato, pero su ceguera repentina le impide practicar su ciencia. Aunque he tratado de convertirme en sus ojos, sé cuánto le angustia la desgracia que padece. A mis oídos llegó que un cirujano de Fez, en el Maghrib, había conseguido devolver la vista a varios pacientes mediante una delicada intervención en los ojos velados. La ceguera de Qâsim está producida por la opacidad de una telilla que se encuentra en el interior del ojo, pero es preciso acceder a ella para extraerla. Necesitaba observar por mí mismo el interior de un ojo antes de decidirme a abordar la operación con un paciente vivo. Por otra parte, intentar algo así es impensable con el enfermo consciente, es precisa una inmovilidad absoluta. De ahí mi interés en experimentar con plantas que ya los antiguos utilizaban para inducir el sueño. No hay nada diabólico en ello.

Por enésima vez durante aquella mañana, los murmullos se extendieron por la mezquita. Nadie parecía querer abandonar su lugar, y menos cuando el desenlace de aquel juicio se adivinaba cercano.

—Llevo meses probando combinaciones de extractos, raíces, semillas… —continuó Hasday—, buscando la mejor manera de administrarlos, bien en bebedizos o mediante vapores. De ahí la presencia de animales en el almacén de mi casa, he probado con ellos la efectividad del método hasta dar con una fórmula que, por fin, me decidí a probar con uno de nuestros pacientes. Un desgarro en la lengua es doloroso en extremo, y es difícil de suturar si el herido no está inmóvil. Por eso elegí a aquella niña aquejada de convulsiones para probar la mezcla soporífera. Como su padre comprobó, resultó un éxito y pude coser sin provocar una queja. Pero Saytán no era quien rondaba por allí, sino los remedios que Dios ha puesto al alcance de sus criaturas, a la espera tan solo de que alguna de ellas descubra su utilidad.

El juez tenía la mirada clavada en el muchacho y parecía reflexionar.

—¿Has terminado? —preguntó al cobrar conciencia de su silencio—. Si es así, daré por finalizado el juicio en lo relativo a esta acusación, a la espera de que comparezcan aquellos cuyo arresto se ha ordenado.

Hasday pareció vacilar, pero al fin se mostró decidido a decir algo más.

—Ignoro las razones de quienes me han traído hasta aquí, aunque sospecho que no son otras que el rencor y la inquina de quienes me acusan. Un rencor que les ha llevado a atacar a quienes me son más cercanos, con la intención de provocarme el mayor dolor. Quizá cualquier otro en mi lugar hubiera buscado la venganza, dando muerte al autor de una afrenta como la cometida con… nuestra sirvienta. —Se dio

cuenta de que le costaba referirse a ella en público por su nombre, pero decidió rectificar en esta ocasión y alzó la voz para pronunciarlo, volviéndose para mirarla—. Con Umarit. Pero, digan lo que digan, soy temeroso de Dios, mi vocación es salvar vidas, y sería incapaz de quitársela a una de sus criaturas. Si me hubiera dejado llevar por el primer impulso, hoy Ghâlib no habría tenido la oportunidad de presentar esta denuncia, basada en…

Un nuevo revuelo procedente de la entrada del *harām* obligó al muchacho a guardar silencio. Todas las cabezas se volvieron para ver cómo varios alguaciles se abrían paso con alguien al que parecían sujetar con pocos miramientos. A Hasday le dio un vuelco el corazón cuando alcanzaron el círculo central y descubrió que el arrestado era Hakim.

—Hemos cumplido con tus órdenes, *sahīb* —dijo uno de ellos dirigiéndose ufano al jefe de la *surta*—. Lo traemos ante el *qādī*, tal como habías pedido.

—¿Dónde lo habéis arrestado? —inquirió el juez.

—A decir verdad —se vio obligado a reconocer, ante lo inesperado de la pregunta—, entraba voluntariamente en el patio de la mezquita. Hemos supuesto que trataba de pasar desapercibido entre el gentío para escuchar lo que se decía sobre él.

—¿Es eso cierto, Hakim ibn Rafiq?

—Es cierto que me han arrestado cuando venía hacia aquí, pero el motivo es bien distinto. Dispongo de información que te resultará muy útil, *qādī*, antes de tomar tu decisión.

—¡No puedes aceptar su testimonio!

—Son acusados, y tienen derecho a defenderse. Lo extraordinario de las circunstancias que concurren ha hecho imposible designar procurador. Por tanto, como en el caso de la esclava, estoy dispuesto a escuchar su testimonio.

—Alguien cuyo nombre no revelaré me ha puesto al corriente de lo sucedido aquí esta mañana, y de la orden de arresto que el *sahīb al surta* ha dictado contra mí. Esa misma persona me ha sugerido la posibilidad de huir de Yayyán, y tenía la posibilidad de hacerlo, pero jamás podría vivir con ese peso sobre mi conciencia. Sobre todo después de saber que el procurador que representa a nuestros acusadores es Harit ibn Menashe. Su nombre no me resultaba desconocido a pesar de que procede de la cora de Ilbīra, lo había oído en algún lugar y, por fortuna, he recordado en boca de quién. Ese hombre afirma que es la primera vez que pisa la ciudad de Yayyán, pero miente. La que pronto se convertirá en mi esposa está dispuesta a declarar que Ibn Menashe fue visto en la cantina donde, hasta hace poco, ella prestaba sus servicios. Entró allí en compañía de Haddād ibn Haddād, el platero —dijo al tiempo que movía el índice para señalar a ambos—. No fue Firuze, así se llama mi prometida, la que les atendió aquella noche, pero al menos tres de sus compañeras están dispuestas a prestar testimonio de lo que ocurrió. Resulta curioso que todas recordaran los detalles, pero es que, al parecer, su estancia no pasó desapercibida para nadie. El vino corría en su mesa, estaban borrachos, inhalaban

hasīs y, casualmente, pidieron al tabernero infusión de *qahwah* con el objeto de permanecer despiertos consumando las perversiones que demandaban de las tres muchachas. Eran tres porque tres eran los hombres que se reunieron allí. El tercero era Eliezer, el consuegro de Ishaq ben Shaprut, al parecer un viejo conocido del platero. Y no resulta extraño, porque Eliezer abastece a Ibn Haddād del metal precioso, procedente de sus minas de Al Hamma. Fueron los días previos a la *halizah*, la ceremonia de humillación pública a la que se sometió a Hasday después de que este rechazara contraer matrimonio con la viuda de su hermano. Sin duda, Eliezer se sentía despechado y ansioso de venganza.

—¿Tienes pruebas de lo que insinúas? —preguntó Ibn Wafid.

—El *alkuhl*, el *hasīs* y el *qahwah* parecen resultar una mezcla peligrosa, al menos para hombres que pretenden mantener en secreto sus negocios. Aquella noche los tres pergeñaron la venganza contra los Banu Shaprut, pero lo hicieron en la alcoba más amplia del prostíbulo y en presencia de las tres muchachas, a las que parecían ignorar mientras las humillaban. Fue Eliezer quien se ofreció a pagar los elevados honorarios de Ibn Menashe y quien se comprometió a abastecer de mineral de plata a Ibn Haddād durante un año completo, a cambio de que este accediera a presentar la denuncia contra Hasday ben Shaprut.

—¿Estás seguro de que cuentas con el testimonio de esas tres mujeres? Es mi obligación hacer que se presenten y deberán declarar bajo juramento.

—Siempre que el *qādī* y el gobernador les aseguren protección.

—No creo que la precisen y, en cualquier caso, esa tarea corre a cargo del *sahīb al surta*.

—Precisamente del *sahīb al surta* es de quien debéis protegerlas. También él participa de la conspiración, mediante el soborno. Solo fue necesaria una bolsa repleta de *darahim* para que ordenara las detenciones y los registros necesarios.

El gobernador, que durante todo el juicio había permanecido expectante, se puso en pie en medio del silencio que se había adueñado del oratorio. Con una mirada cargada de reproche fija en el *sahīb al surta*, su mano derecha en el gobierno de la ciudad, alzó la voz.

—Muhammad ibn Mufid, quedas relevado en el cargo que ocupas —dijo de forma rotunda, antes de dirigirse a los oficiales bajo su mando—. Desde este momento, los hombres de la *surta* solo a mí debéis obediencia. Os ordeno apresar al que hasta ahora ha sido vuestro jefe. Arrestad también a Ibn Haddād, a su hijo Ghâlib y a Ibn Menashe, que permanecerán en las dependencias del *alqásr* hasta que se sustancien las acusaciones contra ellos y se fije la fecha para un nuevo juicio.

En contra de la costumbre, el *qādī* había ordenado un receso antes de dictar sentencia. Habían desalojado la mezquita y solo quedaba un reducido grupo de hombres en el interior. Hasday y Saruq habían tomado asiento sobre las esteras en un rincón cercano al *mimbar*, bajo la atenta mirada de varios hombres de la *surta* y del oficial que, de forma provisional, había asumido el mando por orden del *‘amil*.

Hasday guardaba silencio, con el codo apoyado en la rodilla y cubriéndose el rostro con la mano. Cavilaba sobre la sucesión de acontecimientos que acababa de vivir. Ni en sus sueños más disparatados habría podido imaginar el torbellino en que se había visto envuelto. Y no solo él, sino, como temía, también Umarit y Hakim. Todo Yayyán estaba al tanto de sus secretos más íntimos. Lo sentía especialmente por la muchacha: había quedado marcada y, si él resultaba condenado, no habría varón en la ciudad que se acercara a ella. ¿O quizá sí? Hakim lo había hecho con Firuze…

Le preocupaba la imagen que había vislumbrado cuando el *qādī* se retiraba. Ulemas y alfaquíes se habían precipitado sobre él cuando abandonaba el oratorio en dirección a la dependencia aneja en la que aún permanecía. Su decisión era personal, pero siempre debía estar basada en la *sarī'a*, el conjunto de mandatos divinos que regían la vida de los creyentes y de cuantos vivían dentro del emirato en cuanto sus acciones pudieran chocar con aquella. Eso le incluía a él, como habitante de Yayyán. Y la intención de los doctores de la ley era, sin duda, influir en su decisión.

Hasday se puso en pie cuando las puertas de la mezquita se abrieron de nuevo para permitir que los fieles escucharan la sentencia. Se sintió flaquear cuando los hombres de la *surta* lo condujeron al lugar que había ocupado durante la mañana, delante del juez. Se había vuelto a formar un círculo a su alrededor, si bien no estaba compuesto por los mismos fieles. Escrutó el rostro de los ulemas que precedieron a Ibn Wafid, y un escalofrío le recorrió el espinazo al advertir su expresión satisfecha. Por fin, el turbante que identificaba a la autoridad judicial se mostró a su vista, y seguidamente, el *qādī* tomó asiento sobre su estera.

Todo transcurrió de forma veloz, y la lectura de la decisión que habría de marcar su futuro no se hizo esperar.

—En el nombre de Allah, a quien todo debemos y por cuya autoridad ocupo esta magistratura —empezó—. Por la potestad que me ha sido conferida por nuestro soberano, procedo a dictar sentencia en el juicio contra Hasday ben Ishaq ben Shaprut. Habiendo observado mala fe y ausencia de pruebas fehacientes en los testimonios presentados por la acusación en cuanto a los delitos de brujería y crimen ritual, declaro absuelto al acusado de tales acusaciones. En cuanto al delito de profanación de cadáver, reconocido por el acusado, condeno a Hasday a la pena de flagelación pública.

El juez hizo una pausa antes de continuar. Tuvo que alzar la voz para hacerse oír en medio del vocerío que se había desatado.

—En uso de mis prerrogativas, y en atención a los méritos del acusado en su dedicación a la noble profesión de la medicina, autorizo la conmutación de la pena por la de destierro temporal. Durante dos años, no podrá pisar tierras de la cora de Yayyán, so pena de reversión en la conmutación de la condena.

Con el revuelo ocasionado por la sorpresa, solo los más próximos pudieron oír las siguientes palabras del juez.

—De acuerdo con el criterio de los doctores de la ley, ordeno la prohibición de

siembra de la planta llamada *qahwah*, la destrucción de los cultivos conocidos y de las existencias de semillas y granos procesados. En adelante quedan proscritos su posesión y su consumo, de acuerdo con lo establecido en el *Qur'ān* y la *sunna*.

SEGUNDA PARTE

19

Año 929, Qurtuba

Hasday se sujetaba las rodillas tratando de detener el temblor, pero solo conseguía que los brazos se sumaran al estremecimiento general. No recordaba haber sufrido antes tal estado de nerviosismo, pero no era de extrañar: sentado en el patio central del primer *bimaristán* de Qurtuba, esperaba su turno para comparecer ante el tribunal que tenía que autorizar su ingreso en la escuela de Medicina más prestigiosa de Al Ándalus. La construcción de la *madrása* y del hospital anejo se había iniciado el año de la llegada al trono del emir Abd al Rahman, y era uno de los activos más valorados de su reinado. Los *qurtubíes* se sentían orgullosos de aquel soberbio edificio, pero, sobre todo, del emir que sufragaba su funcionamiento con sustanciosos donativos procedentes del tesoro real, en beneficio de todos los habitantes de la ciudad. La atención era gratuita y, si bien en una primera etapa los mejores médicos de Qurtuba habían seguido ofreciendo sus servicios en sus consultorios, en el último lustro, los de mayor prestigio habían pasado a engrosar la nómina del *bimaristán*. Allí trataban a sus pacientes y formaban a las nuevas generaciones, impartiendo una enseñanza teórica que se combinaba con la práctica diaria.

Los botines de guerra y el aumento espectacular de la recaudación de tributos tras la pacificación progresiva del emirato habían permitido afrontar una importante ampliación, hasta triplicar el espacio disponible. Así, una de las alas se dedicaba por completo a la atención de las mujeres y los niños, otra a los enfermos mentales y una tercera albergaba la *madrása*, donde los maestros impartían las clases teóricas durante los cuatro años que duraban los estudios de los futuros médicos de la ciudad. Completaban las instalaciones una amplia cocina, la farmacia, el *hammam*, un oratorio e incluso una bien nutrida biblioteca, dotada con traducciones al árabe de algunos de los textos más utilizados en la formación que se impartía entre aquellos muros.

La progresiva ceguera de Qâsim le había impedido convertirse en uno de aquellos médicos de prestigio antes de trasladarse a Yayyán, pero su reputación seguía intacta a su regreso en la memoria de los *qurtubíes*, y nadie le había puesto inconveniente para que siguiera ejerciendo el oficio con la ayuda de su joven aprendiz judío. Sin embargo, si Hasday quería ejercer algún día su vocación en solitario, debía cursar los cuatro años de aprendizaje antes de obtener el diploma exigido por las autoridades para no ser acusado de intrusismo.

Ni el sonido atenuado de un laúd procedente de algún lugar de aquel singular edificio, ni el rumor del agua que brotaba de la alberca central y se derramaba en canalillos conseguían calmar su excitación. Nunca se había sometido al juicio de tres desconocidos, tres hombres sabios que ostentaban el título de *hakīm*, la más alta distinción dentro del mundo de la medicina. Ni siquiera durante el juicio contra él,

apenas un año antes, creía haber experimentado una zozobra semejante. De lo que sucediera aquella mañana luminosa pero fría dependía todo su futuro y ni siquiera se atrevía a pensar en las consecuencias de una negativa a su solicitud de una plaza de aprendiz.

Acababan de llamar al aspirante que le precedía, un muchacho musulmán corpulento y barbado, tres años mayor que él, así que tenía por delante al menos media hora más, quizás una entera, para imaginar las preguntas que podrían plantearle los miembros del tribunal. Su mirada se perdía en los elevados arcos de herradura que enmarcaban el patio, iluminados por la luz oblicua del sol de invierno. Uno de los rayos parecía encender un ataurique decorado con la rica caligrafía cúfica. Reconoció de inmediato una sentencia del Profeta: «Solo dos ciencias hay: la Teología para la salud del alma, y la Medicina para la salud del cuerpo».

Si le preguntaban por las motivaciones que le habían llevado a elegir aquel camino, allí se encontraba la respuesta: quería ser la herramienta de la que se valiera Dios para conservar la salud de sus criaturas. Así lo sentía. Y sabía también que ninguno de aquellos hombres le preguntaría por el dios al que se refería, Allah, Yahveh o el Dios de los cristianos: los aspirantes para acceder al *bimaristán* eran escogidos en función de sus conocimientos de las ciencias médicas, y no por su fe, por lo que su condición de judío no debía ser un impedimento. Sí le preocupaba, en cambio, la mancha que había supuesto la condena impuesta por el *qādī* de Yayyán. Siguiendo el consejo de Qâsim, no había tratado de ocultarlo y había mencionado aquel desgraciado episodio en la formal entrevista previa que realizó al solicitar plaza en la *madrása*.

Atravesó el patio un grupo de jóvenes aprendices que charlaban animadamente, seguidos por el que sin duda era su maestro, un cincuentón de barba entrecana que portaba un grueso volumen en las manos. Ninguno de ellos le prestó la menor atención, pero Hasday sintió una punzada de congoja. Lo que más anhelaba era formar parte de un corrillo como aquel, pasar los años siguientes asimilando los conocimientos de un *hakīm* tocado con un bonete de fieltro verde, como el que se perdía entonces bajo uno de los arcos de herradura de aquel edificio nuevo y majestuoso.

Solo una hora, quizá menos, lo separaba de averiguar si su destino era aquel. Las pruebas de ingreso se habían adelantado para respetar el período de celebraciones que habrían de paralizar la ciudad en las semanas siguientes, tras la adopción unos días atrás de la dignidad de califa por parte del emir Abd al Rahman. Aunque el *bimaristán* permaneciese activo con objeto de atender a los enfermos, la *madrása* cesaría en su actividad para cumplir con el decreto emanado del *alqásr* real. Hasday, no obstante, ni siquiera se atrevía a pensar en celebraciones. Qurtuba se disponía a entregarse a los festejos más fastuosos de su historia reciente, pero él tal vez tuviera que pasar aquel período recluido en la alcoba más retirada de su casa, para evitar que llegaran a sus oídos los ecos del jolgorio, que, de ser rechazado aquel día, le iba a

resultar ajeno e incomprensible.

Ni el sol que calentaba el rincón en el que aguardaba era capaz de detener los escalofríos; sabía que si la prueba hubiera tenido lugar en plena canícula habría temblado igual. Sus pensamientos lo llevaban a repasar los últimos consejos que le había dado Qâsim cuando lo puso en alerta el sonido del picaporte. Se levantó como impulsado por un resorte. Una mano invisible abrió la puerta para dar paso al corpulento aspirante que le había precedido. Lo que más llamó la atención de Hasday fueron sus orejas, enrojecidas, y los ojos inyectados, que clavó en él durante el instante fugaz en que permaneció bajo el dintel. Después, con actitud despechada, echó a andar a grandes zancadas por la galería porticada en busca de la salida.

Hasday trató de tragar saliva, pero tenía la boca seca, inundada por un sabor amargo. Ante él apareció un ujier que lo observó con sorpresa. No creía que la causa de su extrañeza fuera la kipá con que se cubría, pues su uso no era infrecuente en el *bimaristán*, así que supuso que era su juventud lo que hacía que lo observara con insistencia.

—Hasday ben Ishaq ben Shaprut —leyó en la tablilla que portaba—, ¿quién es el *tabīb* que te apadrina en tu pretensión de ingreso?

—Es Qâsim ibn Sâleb, *sahīb*.

El hombre, ante el tratamiento excesivo otorgado a un simple ujier, dejó escapar una sonrisa de condescendencia que, sin embargo, tuvo la virtud de un bálsamo. Se hizo a un lado para dejarlo pasar y, cuando estuvo junto a él, le susurró al oído:

—Presenta tus respetos al *al-saur*, el director del *bimaristán*. Es el que está sentado en el centro.

La sala era amplia y estaba iluminada por amplios vanos practicados en la parte más alta de las paredes. Los tragaluces del techo aportaban un suplemento de luz que, al menos durante el día, hacía innecesario el uso de lamparillas. Dos grandes mesas con sitio para cinco aprendices ocupaban el centro y, al frente, en una tarima elevada, había una mesa de menor tamaño, destinada al tribunal. En esta ocasión eran tres los maestros que se sentaban tras ella, en sitiales de respaldo alto, acordes con su dignidad. Un vistazo rápido a quienes aguardaban en la parte posterior le sirvió para identificar a Qâsim, y dedujo que el resto eran los padrinos de los demás aspirantes, autorizados a asistir a todas las sesiones de selección.

—Director, maestros…, mi nombre es Hasday ben Shaprut y os presento mis respetos —dijo con una inclinación de cabeza, siguiendo el consejo que acababa de recibir.

El hombre que ocupaba el centro era el de más edad y bien podía rondar los sesenta años. Su mayor rango no se dejaba notar en el atuendo, que, como el de sus acompañantes, consistía en una túnica de tono claro y un sobrepelliz más grueso que les protegía del frío. Dos de ellos se cubrían con un bonete, pero el tercero lucía una kipá, como él mismo.

—Yo soy Walid ibn al Mayid, rector de esta institución desde el día de su

fundación, honor con el que me distinguió nuestro entonces joven soberano Al Nāsir, a quien Allah guarde —se presentó el director—. A mi derecha está el *hakīm* Benjamin ben Rahawi, especialista en los trastornos de la mente. A mi izquierda —se volvió hacia un hombre de unos cincuenta y cinco años, menudo y regordete—, el *hakīm* Abu Ya’far ibn al-Yazzar, responsable de nuestra farmacia.

Mientras el director hablaba, Hasday había avanzado hasta el centro de la mesa más cercana a la tribuna.

—Puedes sentarte —le indicó Ibn al Mayid señalando el taburete a su espalda—. Te plantearemos tres cuestiones, a las que has de responder según tu conocimiento. La primera la formulará mi colega Ben Rahawi sin más dilación.

El *hakīm* judío se aclaró la garganta.

—Háblanos, joven aspirante, sobre el papel terapéutico que, a tu parecer, puede tener la música en el cuidado de los pacientes y, en especial, de los enfermos mentales.

Hasday no había seguido la indicación del director y permanecía en pie. Al escuchar la cuestión apoyó las yemas de los dedos sobre la mesa y concentró la mirada en los nudos que dibujaba la madera. Estaba sorprendido. Aquella debía de ser una de las pocas cuestiones en las que no habían pensado cuando, en compañía de Qâsim, preparaban la prueba. Suponía que disponía de unos minutos para organizar su discurso antes de empezar a hablar, y la conversación que habían iniciado los tres médicos le decía que así era. A su mente regresó el sonido del laúd que había llegado hasta sus oídos durante la espera, procedente de otra ala del edificio, posiblemente la dedicada a los enfermos mentales. Rescató las enseñanzas de Qâsim, referidas al mal que aquejaba a Shoshana y a su propio hermano Yakob. Trazó un esquema mental de su exposición basado en unas pocas ideas centrales y, cuando se creyó preparado, carraspeó ligeramente. Los tres miembros del tribunal volvieron a prestarle atención, y el director asintió con la cabeza.

Hasday esbozó una breve introducción en la que se remontó años atrás para referirse al célebre médico y filósofo Zakariya al Razi. Habló de la Casa de la Sabiduría de Bagdad, considerada uno de los primeros *maristanes* de Oriente, donde Al Razi había creado dependencias reservadas para los enfermos mentales, a los que trataba con métodos innovadores, entre los que se encontraba la música, ya que él mismo había sido un consumado intérprete de laúd en su juventud.

Trató de recordar después uno de los versículos del Corán referido a los enfermos mentales y, aunque le fue imposible hacerlo de forma literal, lo recitó en voz alta: «No confiéis a los faltos de juicio los bienes que Allah os ha asignado, pero alimentadles y vestidles con ellos, y habladles con cariño». Refirió cómo dicho versículo resumía la actitud positiva de la ley islámica hacia este tipo de enfermos, lo que había llevado a la creación de lugares donde cuidarlos y tratarlos con métodos diversos, entre los que, por supuesto, se incluían la música, el rumor del agua e incluso la voz del propio médico, que actuaba como elemento sanador para el

paciente.

Y entonces abordó la explicación teórica de las cualidades terapéuticas de la música en relación con los humores del organismo. Recordó que sabios de distintas tendencias y épocas, musulmanes y también judíos, habían afirmado que las poderosas cualidades de la música residen en la capacidad que tienen las melodías armónicas y las canciones bien rimadas para recuperar el equilibrio perdido entre los cuatro humores. Hizo referencia sin profundizar en ello, confesando su falta de conocimiento más detallado, a las propiedades curativas específicas de cada modo musical al operar sobre uno u otro humor.

Continuó hablando de los instrumentos más utilizados en los hospitales islámicos con este fin: el laúd, el *nay* y la flauta de caña. Aprovechó aquí para hacer referencia a algo que recordaba haber leído en el tratado de los Hermanos de la Pureza, que cada una de las cuatro cuerdas con que contaba el laúd en sus orígenes representaba uno de los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra.

Por fin, habló de la manera en que el rumor permanente del agua de las fuentes se puede equiparar en poder curativo al de la música. Aludió también al poder de la palabra melodiosa y musical en boca de poetas y narradores, y al efecto positivo de la recitación de los libros sagrados. Cerró su discurso señalando la necesidad de que el médico, tal como le había enseñado Qâsim, dominara el arte de la palabra, y lo utilizara con acierto en el trato diario con los pacientes.

Cuando terminó de hablar, observó los rostros de los tres maestros. Ignoraba si aquello era lo que esperaban de él… y sus semblantes inexpresivos no le ayudaban a averiguarlo.

—Yo mismo te plantearé la segunda cuestión —dijo entonces el director sin más comentario—. El hospital en que te encuentras se edificó en este lugar según mis propias indicaciones, pero es ya insuficiente para atender a los centenares de pacientes que acuden a sus puertas cada día. Pronto será necesario levantar en Qurtuba un nuevo *bimaristán*, quizá varios. Lo mismo ocurrirá en las capitales de otras coras. Necesitaremos médicos con criterio para asesorar a las autoridades sobre la mejor ubicación y para distribuir las distintas dependencias… ¿Qué ideas tiene un joven aspirante a ingresar en un *bimaristán* sobre el edificio que ha de acogerlo durante años?

Hasday se sintió descolocado de nuevo. Había preparado con Qâsim respuestas sobre el diagnóstico y el tratamiento aconsejado para cientos de enfermedades, sobre maniobras para reducir fracturas y sobre técnicas quirúrgicas. Comprendió que había sido un error, y que todo aquello era lo que habría de aprender entre los muros de la *madrása* en los años siguientes si era aceptado. Lo que esos tres hombres sabios buscaban era otra cosa. Sí, indagaban en los conocimientos previos de los aspirantes, pero, sobre todo, buscaban capacidad de razonamiento y de enfrentarse a problemas que nadie antes les había planteado. Y aquello sabía hacerlo bien. La búsqueda en las obras de los antiguos para adaptar los conocimientos teóricos a la actividad diaria era

lo que llevaba haciendo desde que era apenas un niño. Y lo que Qâsim le había inculcado cada uno de los días que había pasado con él en Yayyán. Así que comenzó a hablar, con voz firme, henchido de esperanza.

Las lágrimas se deslizaban por el rostro de Qâsim al escuchar a su discípulo. El intelecto privilegiado de aquel muchacho le permitía hilar argumentos con la maestría de un *imām* que llevara lustros pronunciando sermones desde el *mimbar*. Le escuchó hablar de la necesidad de que el *bimaristán* no fuera concebido como un lugar de exclusión, oculto a la vista, sino que estuviera ubicado en el centro de la ciudad, accesible a todo el mundo, de modo que las visitas de los familiares y amigos a los enfermos formaran parte de la terapia. Lo veía dirigirse a Ben Rahawi para dar a entender que cuando decía aquello se refería de manera especial a los enfermos del espíritu. De nuevo lo sorprendió al recurrir a la obra de Al Razi para referir una anécdota que el mismo Hasday le había leído en voz alta años atrás: cuando se le encargó que escogiese el barrio más sano de Bagdad para construir un nuevo hospital, se llegó al matadero y compró una pieza de carne de burro que él mismo vio sacrificar. La hizo dividir en seis partes iguales y suspendió los pedazos en seis barrios de la ciudad. Declaró más sano aquel donde la carne tardó más en descomponerse.

A continuación habló de la disposición arquitectónica del hospital, armónica y práctica a la vez; de la necesidad de erigir edificios espaciosos, en los que el aire circulara libremente y el agua brotara en decenas de fuentes, grifos y surtidores, siempre en movimiento. Destacó la relevancia de cuidar la estética del lugar, utilizando para ello albercas, árboles, plantas y otros elementos decorativos que actuaran de forma beneficiosa sobre los enfermos. Insistió en la importancia de dotar al hospital de un *hammam* con el que mantener la higiene del cuerpo, y de amplias cocinas para alimentar a los enfermos con las dietas adecuadas prescritas por los médicos. De nuevo enlazó aquí con el equilibrio entre la sangre, la flema, la bilis amarilla y la bilis negra, los cuatro humores, que dependía tanto de la buena alimentación como del aire que se respiraba, de la proporción entre la actividad y el reposo, de la calidad del sueño y de las emociones.

—En resumen —concluyó Hasday—, puede decirse que, al igual que existe una arquitectura militar destinada a la defensa; otra urbana, apreciable en las viviendas que habitamos; la religiosa, con la que alabamos la grandeza de nuestro Dios; o la palaciega, destinada a resaltar la majestad de quienes nos gobiernan, existe también una arquitectura para sanar, que es la que debe inspirar a los constructores encargados de levantar nuestros hospitales, y la que sin duda ha inspirado la edificación de este *bimaristán*.

—Está bien —se limitó a responder el director después de un largo silencio—. La última cuestión la planteará Ibn al-Yazzar, nuestro farmacéutico.

El hombre, menudo y rubicundo, miró al muchacho con un brillo en los ojos que este no había apreciado antes.

—Como responsable de la farmacia de esta institución y de la formación de nuestros jóvenes médicos en esta materia, deseo comprobar el grado de tus conocimientos en esta disciplina. A pesar de no haber iniciado tu formación, quizás hayas oído hablar de Pedacio Dioscórides de Anazarbo y de su obra magna, *De materia medica*. Háblanos de ella.

Qâsim no pudo reprimir un conato de carcajada, con la que se ganó la mirada reprobatoria del tribunal, que ignoraba el motivo de la salida de tono de quien, se suponía, era un médico de prestigio. Sin embargo, en la media hora que siguió, llegaron a comprender el motivo de su alborozo.

Hasday, con el rostro iluminado y sin poder creer en su fortuna, respiró hondo y, sin más preámbulos, empezó a hablar del propio Dioscórides, de su actividad como médico del ejército de Roma, de los países que había recorrido siguiendo a las legiones hasta completar la cuenca entera del Bahr Arrūm, desde Hispania hasta Egipto pasando por Italia, Grecia y Judea. Cuando reveló que disponía en su propia casa de una copia manuscrita de la traducción de Hunayn ibn Ishaq realizada en Bagdad y empezó a desgranar los problemas que él mismo había observado en cuanto a la transcripción de los nombres de los medicamentos simples a la lengua árabe, lo que debía ser un examen se transformó en una erudita conversación entre el emocionado farmacéutico y el aspirante, ante la mirada atónita de los otros dos miembros del tribunal y en medio de los comentarios de los padrinos que permanecían en la parte posterior de la sala. No fue voluntad de Hasday que saliera a relucir su don de lenguas, pero Ibn al-Yazzar, en su entusiasmo, no cesaba de preguntar. Se enzarzaron en una discusión acerca de la autoría del sexto volumen de la obra, en la que los argumentos de Hasday terminaron por convencer al *hakīm*.

—¡Demonios, *al-saur*! —exclamó el farmacéutico al fin, sujetando al director por el antebrazo—. Que me aspen si este muchacho no sabe más sobre la obra de Diyusquridis que yo mismo. Lo quiero junto a mí, y dudo que pase mucho tiempo como aprendiz.

El *bimaristán* abría sus puertas a una de las calles más concurridas de Qurtuba, y, al atravesar en compañía de Qâsim la soberbia arcada de acceso, Hasday fue consciente por vez primera en semanas de la ebullición en que vivía inmersa la ciudad. Había dedicado todo su tiempo y sus pensamientos a preparar aquella prueba, y no había prestado atención a la agitación que rodeaba la proclamación del primer califa de Al Ándalus. Sentía que todo aquel tiempo había estado ciego y sordo a lo que le rodeaba. La ciudad apareció nueva ante él, bulliciosa, polvorienta, multicolor y maloliente como nunca a pesar del frío, pues el sol radiante no conseguía sino templar la gélida temperatura invernal.

El rostro velado de Umarit surgió ante él aun antes de que terminaran de atravesar el umbral. En sus ojos se leía la ansiedad por obtener respuesta, y la sonrisa abierta de Hasday se la proporcionó antes de llegar a abrazarse.

—¡Seré *tabīb*! —exclamó, estrechándola con fuerza—. ¡Me han aceptado como

aprendiz!

—Solo tú parecías albergar dudas de que así sería —respondió Umarit, justo antes de depositar un beso en su frente a través de la tenue tela del velo—. ¡Estamos tan orgullosos de ti!

Hasday sonrió abiertamente. Le costaba mantener la compostura. Allí mismo hubiera tomado entre los brazos a su joven esposa y la hubiera cubierto de besos; hubiera danzado con ella en plena calle y la hubiera hecho girar sobre sí hasta que cayeran al suelo, mareados. Solo la compostura exigida en un lugar público le impedía hacerlo, pero sentía que tenía que canalizar su alegría de alguna manera.

—A Ishaq y a Nora les hubiera gustado compartir este momento contigo —dijo entonces Qâsim.

El rostro de Hasday se ensombreció de inmediato. Llevaba ocho largos meses sin ver a sus padres, desde el día en que abandonó Yayyán para cumplir la sentencia de destierro con la que había evitado al fin la flagelación pública. Por un instante regresó el recuerdo de aquellos días dramáticos, en que todo a su alrededor pareció derrumbarse. Se había visto obligado a salir de Yayyán en apenas unos días, a dejar atrás todo cuanto quería: su familia, sus amigos, su tarea en el consultorio junto a Qâsim y, por encima de todo lo demás, a Umarit. La muerte de Yakob le obligaba a ocupar su lugar al frente de los negocios familiares, algo que, con esfuerzo, podría haber compaginado con su tarea como médico de haber podido permanecer junto a su padre en Yayyán. Pero el destierro le forzaba a trasladarse a Bayāna, la ciudad que centraba gran parte de la actividad de sus empresas. Eso le iba a obligar a abandonar el proyecto que llevaba tiempo acariciando: proseguir su formación en la capital del emirato, donde enseñaban los médicos más prestigiosos de Al Ándalus.

Pero Dios pareció querer demostrar que no tenía reproche contra él y que estaba dispuesto a compensar los efectos de una condena forzada por las circunstancias. En el plazo de una semana, lo que le había parecido el final de sus días de felicidad se convirtió en una puerta abierta a nuevas expectativas, y fue la complicidad habitual entre su padre y Qâsim la que dio con la solución a los problemas que le impedían conciliar el sueño. El primer atisbo de esperanza surgió cuando Ishaq le confesó que aún se sentía con fuerzas para retomar la dirección de los negocios y, si bien le costaría mantener la actividad de antaño y los continuos viajes a Bayāna, creía tener una solución. Hakim, que había visto arruinado su negocio con el *qahwah*, podría convertirse en su sombra hasta adquirir la experiencia necesaria para tomar las riendas. No dudaba de su capacidad y Saruq, con los capataces y los hombres que trabajaban para él en las distintas coras, le allanarían el terreno antes de que Ishaq se viera en la obligación de ceder el bastón de mando de manera definitiva. Acerca de su lealtad a la familia nadie albergaba la más mínima duda.

El segundo rayo de luz surgió del hombre de los ojos velados. Si Hasday no iba a verse obligado a ubicar su residencia en Bayāna, él estaba dispuesto a regresar a su Qurtuba natal para abrir allí un nuevo consultorio. Eso le permitiría solicitar el

ingreso en el *bimaristán* y continuar así con su formación.

Hasday todavía recordaba las sensaciones que experimentó al escuchar las palabras de los dos. La tensión acumulada durante las semanas previas al juicio se desbordó en aquel momento y lloró abrazado a ambos. Pero aún le faltaba por vivir la más intensa de las emociones, la que iba a llevarle a pensar que aquella condena, en contra de todas las apariencias, era el instrumento que Dios había utilizado para encarrilar su vida de forma definitiva y para colmar todas sus aspiraciones. A solas en el granero una vez más, el deseo contenido después de semanas de separación acababa de estallar sobre el lecho improvisado y, aún exhaustos, escuchó a Umarit pronunciar con la misma determinación del día en que se conocieron la frase que les había llevado hasta allí: «Vayas adonde vayas, jamás me separaré de ti».

Ishaq, al conocer el deseo de la joven pareja, asintió con amargura. Si bien la experiencia de Yakob y Shoshana le había enseñado que buscar enlace para sus hijos entre familias acomodadas no garantizaba su felicidad, le habría gustado al menos organizar un casamiento a la altura del que había disfrutado su primogénito. Por el contrario, hubo de celebrarse la víspera de la marcha a Qurtuba y en la intimidad de la casa familiar. Solo asistieron los parientes y los amigos más cercanos, para compartir una cena en la que el sonido de los instrumentos estuvo ausente y pesó demasiado la certeza de que al día siguiente la familia habría de separarse de manera, quizá, definitiva.

—Estoy seguro de que les hubiera gustado estar aquí ahora —respondió Hasday asintiendo al comentario de Qâsim.

—Imagina por un momento que el hombre y la mujer que esperan en aquel rincón, a la sombra del sauce, son Ishaq y Nora.

Hasday pensó que Qâsim hacía mal hurgando en lo único que podía hacerle daño aquel día, pero, aun así, alzó la mirada. Al hacerlo vio que tanto el médico como Umarit sonreían. Se sintió estúpido por no haber caído antes en la cuenta de lo que se llevaban entre manos, pero no tuvo tiempo para lamentarlo. Un instante después, se vio esquivando a la marea de viandantes hasta que se detuvo en seco a dos pasos de sus padres. Jamás los ojos de su madre le habían parecido tan hermosos, a pesar de que las lágrimas le arrastraban el polvo de *kuhl* de los párpados a las mejillas. Se abrazaron con fuerza, mientras ella le susurraba palabras ininteligibles al oído. Después se dejó rodear por los brazos de su padre, quien también trataba de contener la emoción a duras penas.

Le resultaba irreal. Caminaba por las calles de Qurtuba en compañía de Umarit, ¡su esposa!, de sus padres y de Qâsim, en medio de los preparativos para la inminente celebración de la proclamación del califato. Habían pavimentado las vías más cercanas al *alqásr* y a la mezquita aljama, a la Bab al Qántara y al puente sobre el Ūadi al Kabir, así como el camino que los unía con la *musāra*, la gran explanada situada a poniente, donde habrían de tener lugar las paradas militares. Comenzaban a llegar ya artistas, músicos, poetas y prestidigitadores por cientos, y se habilitaban

jaimas sin lonas en los lados a modo de templetes donde los visires recibirían en nombre del califa juramento de lealtad y sumisión de la plebe. Hacía tiempo que el zoco de Qurtuba se había hecho permanente, pero en las últimas semanas las puertas de la ciudad se habían visto atoradas por los centenares de aldeanos que pugnaban por atravesar las murallas en busca de un lugar en el que vender sus mercancías. El *sahīb al suq*, desbordado, había tomado la decisión de obligar a los campesinos a ubicar sus tenderetes a ambos lados del río, en el paseo del Rasif los procedentes del norte, y en el barrio de Saqunda, al sur, los demás.

Casi sin darse cuenta, se encaminaron hacia la judería mientras se ponían al día de los sucesos de los últimos meses. Todos los pensamientos de Hasday se habían centrado en la prueba de aquella mañana, y ni siquiera se había planteado lo que haría cuando saliera del *bimaristán*. Pensó que era la fuerza de la costumbre la que dirigía sus pasos hacia la judería, pero Umarit le susurró que todo estaba dispuesto en su nueva casa para acoger a sus padres con una comida familiar. Se internaron en el entramado de estrechas callejuelas, dejaron a la izquierda la entrada a la sinagoga y no tardaron en detenerse ante la fachada del edificio que, desde su llegada a la ciudad, les había albergado y había hecho las veces de consultorio.

—Esta es la casa —anunció Hasday a sus padres.

El propio Ishaq había encargado a uno de sus contactos en Qurtuba que buscara el lugar adecuado para que su único hijo iniciara una nueva vida, pero, desde entonces, embebido por la necesidad de retomar el control de sus negocios, no había tenido ocasión de visitarlo.

El consultorio tenía acceso directo a la calle a través de un patio empedrado que, a su vez, comunicaba con la vivienda. La figura espigada de Ismail apareció ante la verja entornada y se deslizó entre las dos hojas de la puerta. El muchacho lo interrogó con un gesto y, tras ver la amplia sonrisa de Hasday, los dos se fundieron en un abrazo. El joven ayudante no había dudado en acompañarles en el destierro y se había convertido en un apoyo fundamental para el funcionamiento del consultorio. Hasday le preguntó sobre lo sucedido aquella mañana.

—Nada que no pudiera esperar —declaró al tiempo que volvía a cerrar el portón de madera tras de sí—. Tan solo el viejo cordelero, que ha venido con un fuerte ataque de asma que apenas le permitía respirar. Le he indicado a su hijo que lo condujera al *bimaristán*.

Hasday sonrió de nuevo. El joven ya se permitía la licencia de aventurar el diagnóstico de algunas dolencias de los pacientes. Pero le había intrigado otro detalle: Ismail no había saludado a sus padres.

—¿Acaso os habéis visto antes?

Ishaq esbozó una sonrisa.

—Hemos llegado a la casa en cuanto tú la has dejado esta mañana. De hecho, llevamos dos días en Qurtuba, disfrutando de la hospitalidad de uno de mis viejos socios. Queríamos reservar la sorpresa para después de la prueba.

—Umarit se ha convertido en una excelente anfitriona —intervino Nora con voz afectuosa al tiempo que abrazaba a su nuera por la cintura—. Ya nos ha instalado en una de las alcobas.

—En ese caso, entremos —dijo Hasday tomando del brazo al viejo Qâsim—. Hoy correrá el vino en esta casa.

La entrada principal seguía cerrada, así que Ismail abrió la puerta del patio que daba acceso al consultorio. En el momento en que Hasday cruzaba bajo el dintel, se vio sobresaltado por el sonido ensordecedor de las *fídulas*, las chirimías y el resto de los instrumentos de lo que se le antojó toda una orquesta. En un instante, se vio rodeado por rostros conocidos que le felicitaban, palmeándole la espalda y hasta los carrillos. Se encontraban allí muchos de los miembros más destacados de la comunidad judía de Qurtuba, quizá viejos conocidos de su padre, con el rabino de la sinagoga al frente. Estaban también los pocos amigos que había hecho en aquellos meses, convocados sin duda por Qâsim y por Umarit, pero también había parientes y viejos amigos de Yayyán. Sobre unas mesas improvisadas con tablas y caballetes y cubiertas por llamativos manteles, se amontonaban apetitosas viandas, y a los tres sirvientes que les habían acompañado desde su llegada se sumaban entonces otros tantos completamente desconocidos, que salían de la vivienda con jarras repletas de vino. Hasday se quedó paralizado por el estupor.

—No pudimos celebrar los festejos de vuestra boda en su día, pero nunca es tarde para celebrar la dicha —aclaró Ishaq con entusiasmo—. Hoy es un día grande para todos nosotros, y si en Yayyán no fue posible, lo será en Qurtuba.

Hasday intuyó su presencia antes de que se acercara por detrás para cubrirle los ojos con las manos. Se deshizo de ellos con un giro brusco, que le hizo toparse de frente con su rostro menudo y risueño.

—¡Hakim! —exclamó al tiempo que los dos amigos se fundían en un abrazo—. ¡Tú también!

—No te creas tan importante, que no es por ti. —Rio—. Es solo que tenía ganas de visitar la capital.

Hasday rio también y, como antaño, le golpeó el pecho con el puño cerrado. Entonces reparó en la muchacha que permanecía un paso por detrás de Hakim. Era el color turquesa de su túnica lo que le había llamado la atención.

—¡Firuze! —Casi gritó para hacerse oír por encima del agudo sonido de las *fídulas*.

—Tampoco quería perderse las celebraciones ordenadas por el nuevo califa. —Hakim aún se reía, pero su semblante se tornó más serio antes de continuar—. Te presento a mi esposa.

Hasday abrió los ojos de forma desmesurada y su semblante quedó congelado de la sorpresa.

—Pero… ¡pero eso es fantástico! —acertó a decir, abarcando a ambos con los brazos abiertos.

—Y hay algo más… —Entonces deslizó la mano abierta por la delicada tela azul que cubría el vientre de Firuze—. Partíais con ventaja, pero, por lo que veo, nos hemos adelantado.

—¡Estás encinta! —exclamó Hasday, y lanzó una carcajada.

—Yo no uso cuadernos con extrañas anotaciones ni consulto calendarios de nigromantes —se mofó Hakim.

Esta vez el golpe en el pecho a punto estuvo de lanzarlo contra uno de los músicos. Hasday se volvió hacia la mesa que se hallaba a su espalda y tomó uno de los vasos vacíos. Buscó con la mirada a uno de los sirvientes que avanzaba entre los invitados con una gran jarra en la mano.

—¡Llenad vuestras copas y brindemos! —dijo alzando la voz para hacerse oír—. Ciertamente hoy es un gran día, y tenemos mucho que celebrar.

Hasday se notaba aturdido por el excelente vino judiego que había trasegado en exceso, pero eso no le impedía sentir la quemazón en la entrepierna que le provocaba la imagen del cuerpo semidesnudo de Umarit, sentada en su escabel de espaldas a él.

Se dejó caer sobre el lecho con los brazos extendidos, disfrutando del ambiente tibio que proporcionaba el fuego en la pequeña chimenea del rincón. Se sentía henchido y colmado de agradecimiento hacia quienes se habían compinchado para ofrecerle aquella larga e intensa jornada que tardaría en olvidar. Las noticias de Yayyán eran tranquilizadoras. El negocio familiar parecía tomar nuevos bríos impulsado por la ola de prosperidad que recorría las tierras de Al Ándalus, ávidas de recuperar el tiempo perdido tras décadas de auténtica guerra civil. Según Ishaq, Hakim aprendía rápido, y se hacía respetar con una mezcla de autoridad y camaradería que parecía del agrado de los viejos capataces. Aunque era él mismo quien seguía recibiendo en Yayyán a los socios comerciales para tomar las decisiones importantes, se sentía lo bastante confiado como para delegar los asuntos del día a día a su nuevo delfín, quien ya había encabezado con éxito dos expediciones a la Madīnat Bayāna.

Hasday no se había molestado en averiguar detalles de lo ocurrido con Ghâlib. Le bastaba con saber que, en el juicio celebrado contra sus acusadores, habían salido a la luz sus verdaderos motivos y, de alguna manera, se habían limpiado su nombre y el de su familia. El hecho de que también los hubieran condenado con la pena de destierro y prohibición de hacer negocios en la cora de Yayyán ponía de relieve el deseo del juez de castigarles de la misma forma en que se había visto obligado a condenarlo a él por su delito confeso. Pero no había querido saber más, no deseaba regodearse en aquella especie de revancha. Tan solo esperaba que sus caminos no volvieran a cruzarse jamás.

Tendido en el lecho, apartó aquellos pensamientos de su mente y se recreó en la imagen que tenía ante los ojos. Umarit había terminado de cepillarse el cabello frente al delicado espejo de metal bruñido y dejó el cepillo sobre la pequeña mesa de taracea antes de volverse hacia él. De inmediato sonrió ante la visión de su joven esposo

sobre la cama y la promesa que encerraba lo que veía. Se puso en pie y dejó caer al suelo la seda que apenas cubría su desnudez. Entonces destapó el pequeño frasco de esencia de argán y, con las yemas de los dedos, depositó unas gotas bajo el cuello que enseguida se deslizaron entre sus pechos. A continuación hizo lo mismo en el borde del vello púbico. El argán era el aroma preferido de Hasday, pero Umarit siempre lo reservaba para momentos como aquel. De hecho, se había convertido para ambos en una señal y un estímulo para el deseo, si es que lo último era necesario. Sabía que Hasday no tardaría en hundir su rostro en aquellos lugares que había ungido con el aceite intensamente perfumado y se estremeció al imaginar lo que ocurriría en breve. Se acercó al lecho y Hasday se incorporó para tomarla de las manos y atraerla hacia sí, entornó los ojos e inspiró profundamente. Antes de abandonarse al deseo que ya se manifestaba de forma evidente, murmuró algo.

—Hoy es uno de esos días que antaño evitábamos…

—Y que ahora podemos considerar favorable para nuestros propósitos.

—¿Estás segura? —susurró Hasday, sonriendo, a la vez que deslizaba las manos por sus costados.

—Nunca he estado tan segura de algo. Hoy has dado el paso para convertirte en el mejor médico de Qurtuba. —Ahogó un gemido al sentir los labios de Hasday sobre la piel de su vientre—. Hoy es el día en que de verdad estamos celebrando nuestro casamiento. Y hoy es el día en que hemos de concebir a nuestro primogénito.

Antes de perder la noción de cuanto le rodeaba, Hasday guardó en su memoria aquel día central del mes de Dhul Hiyah[9] para anotarlo en su cuaderno como uno de los más plenos de su existencia.

20

Los fastos por la proclamación del califa, que había adoptado el título de Al Nāsir li dīn Allah, «aquel que hace triunfar la religión de Allah», no habían terminado aún cuando se reanudó la actividad en la *madrása*. Sin embargo, los parientes de Hasday habían regresado a Yayyán, igual que Hakim y Firuze.

Desde el primer día, Abu Ya'far ibn al-Yazzar, el herbolario, se había mostrado firme en su empeño por mantener al nuevo aprendiz a su lado todo el tiempo que no tuviera ocupado con las lecciones del resto de los maestros del *bimaristán*. Pese a que Hasday se sentía sumamente contento, un asunto le había preocupado durante aquellos días: el futuro de Qâsim y del consultorio. El viejo galeno había asumido que el ingreso de su pupilo en la *madrása* significaría el fin de su propia actividad como médico, a excepción de las dolencias menores que pudiera atender con la ayuda de Ismail. No mostraba contrariedad por ello, sino entusiasmo por el futuro de Hasday, que auguraba brillante ante todo aquel que quisiera escucharlo. Quizá, decía, pudiera adoptar un segundo pupilo, más joven, al que guiar en un nuevo proceso de aprendizaje.

Sin embargo, la inusitada emoción de Abu Ya'far al comprobar sus conocimientos médicos —no solo en el campo de la botánica— le llevó a indagar acerca de los maestros que había tenido en Yayyán. Conocía el prestigio que Qâsim había adquirido en sus años de profesión, sabía de su gradual ceguera y de su marcha, pero ignoraba que hubiera sido el mentor del joven. Pocos días después, el *hakīm* les sorprendió con una propuesta inesperada: el director le ofrecía un puesto en la *madrása* para ocuparse a tiempo parcial de la enseñanza de los alumnos más jóvenes, en contacto directo con los enfermos internados en el *bimaristán*. Cuando Hasday regresó a la casa de la judería, la noticia le quemaba en los labios, y Qâsim la acogió con el mayor regocijo.

Liberado de aquella inquietud, las primeras semanas del curso no le dejaron un instante de descanso. Los días se le hacían cortos, y sentía que todo cuanto le rodeaba daba sentido a su vida. Eran los primeros pasos para hacer realidad lo que durante tantos años había soñado.

Pasaba las horas que le quedaban libres entre lecciones encerrado en el herbolario preparando plantas, raíces y semillas para su conservación, elaborando extractos y jarabes, secando, moliendo, rallando… Descubrió con sorpresa que el hospital disponía de su propia huerta, en la que se cultivaban toda clase de plantas medicinales. A menudo era la singular biblioteca del *bimaristán*, repleta de los títulos más dispares, pues abarcaban todas las disciplinas de carácter médico, la que recibía su visita. Allí fue donde Hasday mostró a un sorprendido Abu Ya'far la copia del Dioscórides que guardaba en casa como su tesoro particular. Cuando el herbolario le habló del viejo ejemplar que existía en la biblioteca del *alqásr* real desde los tiempos del segundo Abd al Rahman, Hasday lo asaltó a preguntas. Descubrió que el hecho de

alcanzar el grado de *hakīm* en el *bimaristán* conllevaba la concesión de un salvoconducto que permitía al afortunado el acceso al palacio califal. Abu Ya'far sonrió cuando lo interrogó sobre la legendaria biblioteca, pero se limitó a responder con un enigmático «las palabras no bastan, ni siquiera la imaginación. Solo cuando atravieses sus muros comprenderás que cuanto se dice de ella no es exagerado». Hasday sufrió una profunda decepción cuando el maestro le explicó que, si bien en ocasiones también a los médicos se les permitía el acceso mediante solicitud justificada y avalada por el director del *bimaristán*, nunca se había concedido tal autorización a un simple alumno.

La visita de Ishaq ben Shaprut había revelado a la comunidad hebrea de Qurtuba la identidad de Hasday. Con sorpresa, el joven descubrió que el prestigio de su padre parecía alcanzar todos los rincones de Al Ándalus, tanto por su actividad comercial como por el patrocinio de todo aquello que tuviera que ver con su fe. El hecho de haber sufragado la construcción de una sinagoga y un *mikweh* en Yayyán había llegado a oídos de toda la comunidad judía, y Hasday observó que él mismo comenzaba a ser tratado con deferencia. Aun con su padre ya de regreso en Yayyán, comprobó que, tras las celebraciones del Shabat, destacados miembros de la aljama buscaban su compañía.

Lo mismo sucedía con Umarit, que vio cómo empezaban a llegar invitaciones de las hijas de aquellos prohombres para compartir las ausencias de sus esposos. No sin reticencias, comenzó a visitar alguna de las casas de la vieja judería, donde, en compañía de otras jóvenes de su edad, disfrutaba de la tranquilidad de las tardes de la incipiente primavera en patios acogedores y cuidados. Allí tomaban té, pastelillos y vino dulce, y leían juntas pasajes de la Torah pero también poesías profanas que despertaban sus risas. En solo unos meses, Umarit descubrió un mundo que hasta entonces le había resultado ajeno: en Yayyán era ella quien había servido el vino y el té a los invitados de Nora e Ishaq. En Qurtuba disponía de sus propios sirvientes, vivía de forma acomodada, hablaba de afeites y perfumes en las visitas al *hammam* con sus nuevas amigas, y recorría con ellas la orilla del Ūadi al Kabir al atardecer, antes de regresar a casa para recibir a Hasday y a Qâsim con una cena que no tenía que cocinar. Se sentía envidiada, incluso la belleza de sus rasgos era alabada sin rubor. Parecía que su pasado como esclava y criada hubiera quedado borrado para todos, y que solo su nueva situación como esposa del hijo de Ishaq ben Shaprut se tuviera en cuenta.

Una vez a solas en su alcoba, la más amplia de la casa, llegaba el momento del día más esperado por ambos. Umarit se empleaba a fondo para hacer olvidar a su esposo los sinsabores de la jornada hasta que, agotado y exhausto, Hasday se quedaba dormido entre sus brazos. Ella siempre se despertaba al amanecer, con el canto de los primeros gallos, y ayudaba a disponer el suculento desayuno con el que los dos hombres emprendían la jornada antes de encaminarse al *bimaristán*. Aquella rutina solo se alteraba los viernes, cuando Qâsim se quedaba en casa para asistir a la oración

en la mezquita aljama. Esa misma tarde empezaba la celebración del Shabat para ellos y al día siguiente era el viejo médico quien partía solo hacia el hospital. Le había resultado curioso descubrir que la convivencia de *aṭibbā* de distintos credos, lejos de resultar un obstáculo, facilitaba el funcionamiento del *bimaristán*, que no quedaba desatendido en ningún momento.

Había ratos en que Umarit se quedaba a solas, y entonces regresaban los recuerdos. Volvía a verse entre los barrotes de un carromato, hacinada junto a otras esclavas camino del puerto de Bayāna, y daba gracias a Dios por haberla elegido entre muchas para sacarla de una vida de miserias. Se preguntaba qué habría sido de sus compañeras de infortunio, qué habría sido de ella de haber sido vendida en el mercado de esclavos, adónde habría ido a parar, quizás a alguna ciudad remota al otro lado del mar para convertirse en la concubina de un orondo funcionario o de un mercader lascivo o, peor, para agotar sus días de juventud entre las celosías del *harém* de un gobernador de provincias. El escalofrío que le recorría la espalda al imaginar tal destino se mezclaba a menudo con la punzada de dolor que invariablemente experimentaba cuando regresaba a su mente el rostro de Yorán, su hermano. Tenerlo a su lado le hubiera supuesto la felicidad completa, y más cuando sabía que, convertido en el cuñado de Hasday, lo habría visto prosperar a su lado. No obstante, había aprendido a mantener a raya aquellos pensamientos y se concentraba en disfrutar de aquel momento, consciente de que, quizá sin tardanza, llegarían nuevos motivos de sufrimiento.

La víspera del último viernes del mes de Muharram, la primavera se había instalado en Qurtuba. Tras dos semanas de lluvias abundantes, el campo parecía haber cobrado vida, el olor a tierra mojada y la fragancia de las flores que brotaban por doquier lo invadían todo, y las tibias temperaturas anunciaban el comienzo de la mejor época del año para la ciudad, antes de la llegada de la canícula.

Hasday había pasado las dos horas posteriores al almuerzo dentro de un aula en compañía de un viejo maestro que se esforzaba en comentar, con escaso entusiasmo y ante una decena de alumnos, la parte más elemental del pensamiento de Galeno, la de carácter introductorio, que comprendía los cuatro primeros tomos del compendio de su obra. Hasday sabía que en los tres años siguientes se adentrarían en la fisiología, la parte que ocupaba del quinto tomo al octavo; y más tarde en la patología, la más extensa, que abarcaba los seis volúmenes siguientes; para terminar su formación teórica con la terapéutica y la cirugía, las cuales abarcaban los dos restantes hasta completar un total de dieciséis. Quizás había sido el calor, quizá la impaciencia al comprender que el primer año no iban a avanzar más que en una pequeña parte de una obra que él ya conocía… lo cierto es que se había mostrado disipado y ausente, lo que había provocado una reprimenda crispada por parte del *hakīm*.

Molesto, Hasday regresó después a la botica, donde acostumbraba pasar sus mejores horas. Se puso manos a la obra con una comprobación que había dejado pendiente la víspera: disponía de un extracto que no conseguía dispersar ni en agua ni

en vino para su administración, como era lo habitual, pero, para su sorpresa, descubrió que se disolvía por completo en aceite de oliva. Satisfecho, se disponía a compartir el hallazgo con Abu Ya'far cuando entró un ujier en la sala para comunicarle el deseo del director de verlo de inmediato en su despacho. Enseguida supuso que la llamada, muy inusual, tenía que ver con lo sucedido una hora antes y, contrariado, se dispuso a recibir la primera amonestación por parte del *al-saur*. Se lavó las manos en la pileta de mármol y recorrió la galería porticada hacia la parte más noble del edificio. Ascendió las nobles escaleras que llevaban al piso superior y, sin poder contener la inquietud, golpeó con los nudillos la puerta del despacho que ocupaba el director del *bimaristán*.

Como suponía, fue el viejo *hakīm* que acababa de amonestarle quien abrió la puerta. Le lanzó una mirada rápida a la vez que rezongaba un saludo al pasar por su lado para dirigirse con paso cansado a la escalinata. Walid ibn al Mayid permanecía en pie frente a él y le invitó a entrar con un gesto. Hasday cerró la puerta tras de sí, se giró e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Me ha hecho llamar… —musitó.

—Así es —respondió el director mientras caminaba hasta colocarse tras una amplia mesa llena de legajos que ocupaba el fondo de la estancia—. Sabía que tarde o temprano tendría que mantener esta conversación contigo, pero reconozco que ha sido mucho antes de lo que esperaba. Parece ser que entre tus maestros existe una rara unanimidad.

Hasday sintió un nudo en el estómago y repasó mentalmente lo ocurrido durante las lecciones de las últimas semanas. Al margen de lo sucedido aquella tarde, no creía haber dado motivo de queja. Dejó que el director siguiera hablando.

—Llevas apenas dos meses en la *madrása,* y todos tus maestros han advertido que no eres un discípulo como los demás. Te aburres en sus clases y te despistas, y participas poco en los debates.

—Yo, *sahīb*… —empezó Hasday, apesadumbrado, pero el director alzó la mano y le impidió continuar.

—Todos coinciden en que te aburren sus explicaciones, porque ninguna te resulta desconocida. Y si no participas, me dicen, es por un exceso de prudencia. Sospechan que no deseas mostrar tu conocimiento por temor a que tus compañeros lo interpreten como soberbia o deseo de sobresalir. Una actitud también muy inteligente, por otra parte.

Hasday dejó escapar un suspiro de alivio y sintió que la tensión que le había oprimido el pecho cedía de inmediato.

—Todos tus maestros han venido a hablar conmigo, sin excepción. El *hakīm* que acaba de salir era el único que no lo había hecho aún. Todos están de acuerdo en que los conocimientos que posees al inicio de tus estudios se acercan o igualan, cuando no superan, los suyos. Abu Ya'far se muestra entusiasmado con tus nociones de botánica y tu habilidad en la preparación de remedios.

—He tenido un buen maestro —reconoció Hasday con humildad.

—También he hablado con Qâsim, y él me ha explicado con detalle cómo tu curiosidad y tu deseo de saber han estado a punto de crearte serios problemas. Te los han creado, de hecho. Reconozco que estaba intrigado por conocer los verdaderos motivos del proceso judicial que tú mismo recociste haber sufrido en la entrevista previa al acceso. Y, ahora que los conozco, debo decirte que esa es precisamente la actitud que buscamos aquí. Por eso he decidido adaptar el proceso de tu formación a las aptitudes que sin duda posees y a los conocimientos con los que has llegado. Considero que sería un despropósito hacerte malgastar cuatro años en el *bimaristán* cuando podrías estar ejerciendo tu vocación en la mitad de ese plazo.

—*Hakīm*… —acertó a balbucear Hasday, confuso.

—No seré yo quien decida a qué lecciones tienes que acudir. Has demostrado hasta ahora el criterio suficiente para ser tú mismo quien lo haga. Tienes por tanto libertad para decidir quiénes serán tus maestros y qué disciplinas debes perfeccionar para alcanzar el título de *tabīb*. Solo habrás de darme cuenta de tus progresos con periodicidad y yo mismo te orientaré si lo considero necesario. Sigue asimismo los consejos de Qâsim, que hasta ahora parece haber sido tu mejor guía.

Hasday tragaba saliva con expresión perpleja y apenas acertaba a farfullar palabras simples de agradecimiento.

—Trataré de estar a la altura de la confianza que depositáis en mí —logró decir al fin.

—Hay una cosa más —añadió Ibn al Mayid, al tiempo que cogía un pequeño rollo de pergamino que descansaba encima de la mesa—. Y no es menos irregular que todo lo anterior.

Hasday lo tomó en sus manos e interrogó al director con la mirada.

—¡Léelo!

—Es un salvoconducto… a mi nombre.

—Así es, un permiso especial con el sello de uno de los visires del califa, que te permitirá acceder a la biblioteca del *alqásr*.

Hasday abrió los ojos de manera desmesurada, lo que provocó la risa del director.

—Es al empeño de Abu Ya’far a lo que debes estar agradecido. Yo me he limitado a tramitar la petición. Pero te diré que, en los veinte años que llevo dirigiendo esta institución, nunca uno de los alumnos había disfrutado de tal privilegio.

Todos sus pensamientos durante aquellos dos días le habían llevado al palacio del califa. La impaciencia le había impedido concentrarse en la meditación durante el Shabat, y en la sinagoga había recitado las oraciones con la mente puesta en el interior de los muros del *alqásr*, que había rodeado varias veces durante el día de oración de los musulmanes tratando de ubicar la biblioteca sin éxito. Aún tuvo que esperar hasta la tarde del domingo, pues en aquella primera ocasión iría acompañado por Abu Ya’far, que debía impartir sus clases por la mañana.

El sol estaba alto cuando salieron del *bimaristán*. Durante todo el trayecto por las

transitadas calles de Qurtuba, Hasday fue acariciando el salvoconducto, que guardaba celosamente en el fondillo de la túnica, con las yemas de los dedos. Había dedicado horas a elaborar una lista con los libros que le gustaría encontrar. En algunos casos, tenía la seguridad de que se hallaban allí, porque tanto Abu Ya'far como Qâsim se lo habían confirmado. En otros, habría de comprobarlo y sentía un cosquilleo de anticipación en el estómago.

Avanzaron por la calle que separaba la mezquita aljama del palacio, y pasaron de largo la entrada del *alqásr* que se abría a la Bab al Qántara, la puerta de la ciudad que comunicaba con el puente sobre el Ūadi al Kabir. Continuaron bordeando el muro meridional hasta el siguiente acceso, custodiado, como el anterior, por cuatro guardias uniformados de porte descomunal. La mano de Hasday temblaba cuando entregó el salvoconducto. El que parecía el oficial de mayor rango lo desenrolló con cuidado, leyó su breve contenido y recorrió al recién llegado con una mirada en la que había una mezcla de extrañeza y admiración. El pergamino se enrolló sobre sí mismo cuando se lo devolvió al tiempo que se apartaba de la entrada.

Hasday era consciente de la trascendencia de aquel momento. Por primera vez, tenía ante sus ojos el interior del palacio califal de Qurtuba, que ostentaba tal nombre desde hacía solo unos meses. Había franqueado una sola puerta, pero ya podía intuir que tras aquellos muros se encerraba un mundo distinto a todo cuando había conocido, un mundo que en aquel primer instante penetraba en todos sus sentidos. La vista le mostraba suelos y muros cubiertos con piezas de mármol labrado de diferentes colores que trazaban dibujos geométricos precisos e intrincados. Las puertas se hallaban cubiertas de paneles metálicos troquelados; las yeserías en lo alto de los muros y sobre los arcos de herradura que enmarcaban los accesos a las distintas estancias estaban formadas por atauriques de una complejidad y belleza que no hubiera creído posibles. Los muebles eran piezas perfectas de taracea, los divanes estaban forrados con brocado de oro y plata, y la más humilde de las lámparas que pendían del soberbio techo artesonado competía en suntuosidad con la que colgaba sobre la *bimah* en la sinagoga de Yayyán. Los sonidos eran apagados, y al murmullo de las voces de los funcionarios que transitaban por las galerías se sumaba el tañido de laúdes, procedente de algún rincón lejano. Y los olores. Después de recorrer las calles de Qurtuba entre el hedor de la muchedumbre y de las bestias de carga, el aroma a incienso y otros perfumes desconocidos para él que surgía de pebeteros invisibles le hacía inspirar hondo mientras avanzaba en silencio en compañía de Abu Ya'far. Atravesaron un hermoso patio ajardinado en el que se oía el rumor del agua que circulaba por estrechos canalillos desde la fuente central, además de los trinos de numerosas aves que revoloteaban a la sombra de los árboles. Llegaron por fin a una amplia escalinata de mármol y ascendieron dos tramos hasta la planta superior. Amplios ventanales enrejados recorrían la galería en toda su longitud, pero solo una puerta se abría en el centro. Ante ella, montaba guardia un hombre armado.

—Un piso más —indicó Abu Ya'far, emprendiendo el ascenso de dos tramos más

de escaleras.

En esta ocasión la amplia galería se elevaba a la altura de las copas de los árboles, por lo que la luz del sol penetraba desde lo alto. La disposición de la planta se repetía, igual que el guardia apostado ante la puerta. El *hakīm* hizo ademán de mostrar su autorización, pero el soldado lo interrumpió con un gesto de asentimiento, sin mirarla. Sí comprobó sin embargo la de Hasday, con la misma mirada de extrañeza que el joven había despertado en la entrada del palacio. El guardia se retiró y el maestro accionó el picaporte para abrir una de las dos hojas de la puerta. Abu Ya’far cedió el paso a su pupilo.

—La biblioteca del *alqásr* —anunció con una sonrisa.

Hasday avanzó unos pasos, hasta una balaustrada de madera e, incrédulo, se apoyó en ella. A sus pies se abría un espacio diáfano de dos alturas que ocupaba toda el ala del edificio. En cada piso, una galería interior rodeaba la biblioteca en todo su perímetro y, en ambos laterales, unas estrechas escaleras de madera salvaban la altura entre los tres niveles.

—Te he subido aquí porque esta es la vista que mayor asombro causa la primera vez. —Sonrió ante el rostro maravillado de Hasday—. En realidad, la entrada principal se encuentra en el piso inferior.

La vasta sala de la planta baja estaba rodeada de anaqueles de madera en los que se almacenaban miles de volúmenes, y lo mismo sucedía en las dos galerías elevadas. Los grandes ventanales orientados hacia oriente y poniente proporcionaban a la estancia toda la luz necesaria para el trabajo que se desarrollaba en su interior. Largas mesas de madera se extendían a lo largo de toda la estancia, en dos filas paralelas que permitían el trabajo de decenas de copistas que en aquel momento se afanaban sobre sus pergaminos.

—Ven, acompáñame —le indicó Abu Ya’far.

Avanzaron por la galería repleta de anaqueles hasta la escalinata de madera. Hasday descendió mirando embobado la estructura del imponente edificio, en el que apenas una docena de esbeltas columnas sostenían toda la cubierta.

—Mediante esos pesados cortinajes se regulan la cantidad de luz y la temperatura —explicó el Hakim—. El verano es caluroso.

—¿Cómo… cómo localizas una obra concreta? —preguntó Hasday.

—¡Oh!, todo lo que ves está catalogado, incluso el material que se almacena en los sótanos, fuera de la vista. ¿Ves que cada uno de los anaqueles está numerado? Las obras se clasifican por materias y por autores, de forma que los bibliotecarios no suelen tener problemas a la hora de encontrarlas. Aunque te advierto que solo el catálogo ocupa decenas de tomos. Se estima que los fondos superan ya los cien mil volúmenes, y el número sigue incrementándose año tras año. Por fortuna, nuestros gobernantes siempre han sido conscientes de la importancia de lo que ves, sobre todo desde los tiempos del segundo Abd al Rahman, el tatarabuelo del califa. Hasta tal punto es así que el responsable de esta biblioteca ostenta el rango de visir.

—¿Qué es lo que copian? —preguntó al poner el pie en la planta baja, señalando a los que trabajaban con diligencia sobre sus bastidores.

Antes de responder, Abu Ya'far alzó la mano a modo de saludo.

—Vas a tener suerte. Bâhir ibn Nabîl está aquí.

—¿Quién es? —preguntó Hasday.

—El visir, por supuesto —respondió el *hakīm*, que ya avanzaba hacia él.

La calidad de sus ropajes señalaba el alto rango del personaje. También sus ademanes, los movimientos medidos y la expresión distante le parecieron propios de un hombre de alcurnia. En muchas ocasiones, desde niño, Hasday había tenido que tratar con hombres como él, gobernadores e incluso generales del ejército cordobés, a causa de las relaciones de su padre. Trató de no mostrarse intimidado cuando, después de que los dos hombres se saludaran con cortesía, Abu Ya'far se volvió y lo tomó del brazo.

—Te presento a un discípulo un tanto especial. Es el afortunado poseedor de la copia de *De materia medica* de la que te hablé.

—Ah, Ben Shaprut —respondió, aunque su tono no era demasiado expresivo—. Sí, debo decir que me sorprendió recibir la solicitud de Ibn al Mayid para un joven aprendiz.

Se saludaron con brevedad.

—Hasday me preguntaba qué es lo que copian —dijo, mirando al pequeño ejército de amanuenses que se afanaban bajo la intensa luz de la tarde.

—Muchos códices están tan deteriorados que es preciso copiarlos antes de permitir su consulta. Y no resulta fácil en todos los casos: muchos de ellos están escritos en lenguas en desuso, y es necesario disponer de traductores capaces de realizar el trabajo. No es una labor puramente mecánica: hay tratados que no pueden traducirse de forma correcta sin un profundo conocimiento de la materia sobre la que versan. Por eso aquí se reúnen grandes eruditos, incluso algunos venidos de Constantinopla, Bagdad o Alejandría.

»Supongo que no necesito explicarte que la manera de incrementar nuestras obras es el intercambio con otras bibliotecas del orbe entero. El emir… el califa —se corrigió— cuenta con cientos de emisarios repartidos por todos esos lugares, pero también en la sede papal de Roma, en cenobios de la Galia y en la corte de los emperadores germanos. Viajan con libros copiados en nuestros talleres que intercambian por ejemplares de los que carecemos. A veces son ellos mismos quienes copian los volúmenes, por lo que su retorno se demora años.

Avanzaron entre las mesas.

—No solo resulta fructífero el intercambio de volúmenes, también adquirimos nuevos conocimientos sobre los procedimientos de confección de pergaminos, incluso de tintas y cálamos. Todo el material que ves aquí se fabrica en nuestros propios talleres.

De inmediato, a la mente de Hasday acudió el recuerdo del cargamento de papel

que aún debía de reposar en fardos en los almacenes de su padre. Desde la muerte de su hermano, todo se había precipitado, y allí habían quedado olvidados en el momento de su apresurada salida de Yayyán.

—¿Tenéis noticia del uso de *waraq* como sustituto del pergamino? —preguntó de manera inocente.

Ibn Nabîl se detuvo en seco y los dos hicieron lo mismo. El visir miró de manera furtiva al *hakīm* y luego respondió.

—Sí, nos han llegado algunos rumores. Los marinos son muy dados a ese tipo de fantasías —atajó.

Hasday observó que el visir había enrojecido a pesar del tono cobrizo de su piel.

—Tengo que dejaros, debo asistir a una reunión en la cancillería —se excusó, al tiempo que le ponía las manos sobre los hombros—. En estos momentos las relaciones con Bizancio son de extrema importancia para nuestra tarea y mi presencia es necesaria. Bienvenido a la biblioteca, Hasday. Eres libre de consultar todos nuestros fondos. Quizá la curiosidad que posees, de la que ya me han hablado, te sirva para hacer algún descubrimiento importante. Si es así, házmelo saber.

Abu Ya'far se quedó parado mirando a la espalda del visir mientras este se alejaba.

—Siempre tan atareado —se limitó a comentar—. Como visir y miembro de la *jassa* desde hace generaciones, mantiene las distancias. Pero su mente es abierta y privilegiada. Trata de cultivar su amistad.

El *hakīm* dedicó la media hora siguiente a explicar a Hasday el funcionamiento de la biblioteca, dónde podía consultar los tomos del catálogo y a quién debía solicitar que buscara los volúmenes. Luego le propuso regresar al *bimaristán*. Hasday, sin embargo, le indicó que deseaba permanecer allí el resto de la tarde, precisamente para comprobar si figuraban en los índices las obras que había anotado en su lista. Abu Ya'far no puso ninguna objeción.

—Recuerda que raras veces se ceden en préstamo ejemplares únicos. Solo aquellos de los que existen varias copias pueden sacarse del edificio previo registro. Si precisas alguno, los bibliotecarios te lo facilitarán. Los guardias que has visto en las puertas se encargan de la vigilancia —advirtió.

Uno de sus pequeños cuadernos, de los que ya no se separaba nunca, permanecía en la mesa repleto de notas apretadas. Hasday estaba descubriendo que eran pocas las obras conocidas que no figuraran en los tomos del catálogo, los cuales se alineaban en orden sobre la mesa destinada a su consulta. Acababa de comprobar que existían tres copias de la obra de Galeno *De Theriaca ad Pisonem*: la latina, otra en griego y una más reciente traducida al árabe. Lamentablemente, su conocimiento de la lengua griega no era suficiente, y ni siquiera estaba seguro de que esa fuera la versión original, ya que Galeno la escribió durante su estancia en Roma y bien pudo haberlo hecho en latín. Por otra parte, las traducciones al árabe eran muy posteriores al momento en que la triaca alcanzó su máximo apogeo, en la época del emperador

Nerón y de su médico, Andrómaco, así que Hasday decidió consultar la copia en la lengua de los romanos.

Acababa de apuntarlo en el cuaderno cuando sintió la presencia de alguien a su espalda. Al volverse se encontró con el visir Ibn Nabîl. Hasday se levantó de forma apresurada y tropezó con el taburete, que rodó bajo la mesa. El estruendo en el silencio de la biblioteca hizo que todos los copistas alzaran la cabeza con expresión de reproche.

—Acompáñame, te lo ruego —se limitó a decir el visir—. Sin llamar la atención, si es posible.

Hasday, ruborizado y sorprendido a la vez, se apresuró a dejar los tomos del catálogo en su sitio y recoger los útiles de escritura. Tomó el cuaderno y siguió al ministro, que se perdía ya por una pequeña puerta abierta bajo los anaqueles en el ángulo suroriental de la biblioteca. Se encontró en un amplio despacho amueblado con esmero y provisto de una amplia ventana enrejada que proporcionaba una gran claridad al lugar. Aunque los libros se amontonaban sobre la mesa, era evidente que alguien había puesto orden recientemente.

—Cierra la puerta y siéntate —le pidió el visir, con un tono más autoritario que cortés.

Hasday obedeció y tomó asiento en una silla forrada de terciopelo rojo.

—No me andaré con rodeos, muchacho —afirmó—. Quizá te haya resultado extraña mi reacción cuando has mentado el *waraq* en presencia de Abu Ya’far. Pero es que hay asuntos que no pueden ser tratados ante testigos inapropiados.

—¿Acaso he cometido un error al hablar de ello? —preguntó Hasday, incómodo.

—Un error involuntario y sin consecuencias. Pero me gustaría averiguar lo que sabes acerca del papel.

Hasday advirtió que caminaba por terreno resbaladizo. Tenía dos opciones: negar mayor conocimiento y afirmar que solo tenía noticias de oídas… o revelar a un ministro del califa, precisamente el responsable de la biblioteca más importante de Occidente, lo que sabía, que no era poco. En un segundo tomó una decisión. Todo lo relacionado con el papel había llevado la desgracia a la familia y, de alguna manera, Hasday había permitido que quedara relegado al olvido. No era casual que el cargamento de *waraq* permaneciera arrinconado en el almacén. Pero no era justo que se guardara lo que había llegado a saber. Disponer de un material como el que almacenaba en Yayyán supondría una revolución para la actividad de una institución como aquella, y el interés de aquel hombre así lo indicaba.

Ibn Nabîl escuchó absorto el relato de Hasday, y sus ojos brillaron de manera especial cuando le habló de la carta en la que Asbag le explicaba el proceso de fabricación del papel.

—¡Lo conocí en su época como gobernador de Bayāna!

—Asbag murió, precisamente a causa de ese cargamento. Entró en un barco en cuarentena para cumplir mi encargo —reconoció Hasday con amargura.

—Supongo que lo conservas… —dejó caer el visir, sin mostrarse muy afectado —. Creo que comprenderás lo que supondría para nosotros disponer de un método detallado de elaboración del papel.

Hasday se sintió incomodado por la descortesía del visir. Tal vez la excitación que sentía le había llevado a no pronunciar ni una palabra de lamento por la muerte de un hombre al que había llegado a conocer. El breve silencio de Hasday fue interpretado como una duda por el visir.

—Por supuesto, serías generosamente recompensado —añadió.

—No se trata de eso… —respondió Hasday.

—¿No es oro lo que deseas? ¿Qué es, entonces? ¿Un puesto en la administración?

—No busco una recompensa por revelar el contenido de esa carta, ni siquiera por hacer traer el cargamento que espera en Yayyán. Solo quiero saber que el uso que se le dé será el adecuado.

Ibn Nabîl pareció cobrar conciencia de su error.

—Excúsame, Hasday. —El muchacho reparó en que por primera vez se dirigía a él por su nombre—. Llevo muchos años en la vida pública, al servicio del emirato, y te aseguro que no es frecuente tropezarse con hombres que actúen de manera altruista. Quizá tú seas uno de ellos.

—Procedo de una familia adinerada, y cada día doy gracias a Dios por ello. No son mayores riquezas lo que busco.

Ibn Nabîl cabeceó mirando a Hasday a los ojos.

—Será mejor que te enseñe algo…

El espacioso patio, cerrado con muros de adobe, se hallaba situado en el otro extremo del *alqásr* y rodeado por elevadas murallas cuyo acceso custodiaba un grupo de guardias armados. La sola visión del visir les franqueó el paso a ambos sin preguntas. Quizá la cercanía de las inmensas cocinas del palacio y del albañal donde se vertían los desperdicios conseguían en parte disimular el olor fétido que asaltaba la nariz ya antes de atravesar aquellos sólidos muros. Hasday ya había intuido de dónde procedía el hedor, pues tenía en la mente el contenido de la carta de Asbag. Por eso no se extrañó cuando, al atravesar los portones de madera, se toparon con una auténtica montaña de trapos, algunos nuevos, otros mugrientos, de cáñamo, lino y algodón, en una amalgama de colores y texturas. A derecha e izquierda se alzaban almacenes y cobertizos entre los que se afanaba un pequeño ejército de esclavos y sirvientes.

El visir permaneció atento a su reacción y sonrió cuando el muchacho asintió con la cabeza.

—¡Estáis fabricando papel! —dijo al tiempo que recorría con la mirada la encajonada factoría oculta tras los muros—. Y deduzco que en secreto.

—Así es, al menos de momento. Llevamos años tratando de perfeccionar el método y no te ocultaré que hemos realizado importantes avances, pero aún estamos lejos del objetivo. La producción aún es escasa, y la calidad dista mucho de ser la

deseada —se lamentó—. Todos los esclavos son de origen eslavo y ninguno habla una palabra de árabe ni de romance, tampoco los guardias. Son familias enteras que viven entre estas paredes, así nos aseguramos de su silencio.

»Pero lo que me has revelado hoy confirma que no podemos demorar en exceso la mejora de la técnica. Hay demasiada gente interesada en un avance como este, demasiada gente hablando ya de ello. Empieza a ser difícil controlar su comercio procedente de Oriente, a pesar de nuestro empeño y de la vigilancia que hemos establecido en todos los puertos y alcaicerías.

—Pero… ¿por qué tal interés en mantener el proceso en secreto? —sondeó.

—Hay mucho en juego, Hasday. En Bagdad y en Persia, en Egipto y en Bizancio la fabricación de papel parece un proceso ya bien asentado, y está revolucionando la forma que conocemos de transmitir el saber. Ha tardado más en llegar a Occidente, y muchos susurran al oído del califa la necesidad de hacerse con el monopolio de su fabricación para el Estado. Pero para ello debemos perfeccionar el método, que no es sencillo, como pareces saber.

—¿Este olor fétido procede de los pudrideros?

—En efecto. Aun alojándolos en galerías subterráneas, es imposible evitarlo. En este momento el olor es más intenso porque están procediendo al volteo de las tinas con los trapos a medio fermentar. Es un proceso largo y costoso, y cualquier error afecta a la calidad final del papel. Es evidente que todavía cometemos muchos… —En el tono de Ibn Nabîl se apreciaba entusiasmo, pero también un poso de preocupación. Con familiaridad, lo tomó del brazo—. Pero vamos, te lo mostraré.

Varias mujeres seleccionaban los trapos según la calidad y la materia prima. Con tijeras y cuchillas afiladas cortaban las costuras y las desechaban, y raspaban restos y suciedad. A sus pies disponían de varias cajas, a las que iban a parar los distintos tipos de trapos y los residuos. En el centro de la sala se abría un orificio en el suelo en el que se vaciaban los contenedores periódicamente.

—El pudridero se encuentra abajo. ¿Te sientes con ánimo de bajar a verlo? —El visir arrugó la nariz.

—Sin duda —respondió Hasday.

—En ese caso, al terminar, será obligada una visita al *hammam* —bromeó mientras se dirigía a una estrecha escalera de caracol situada en un extremo del pavimento.

Se trataba de una auténtica cueva subterránea, parcialmente excavada en la roca. Grandes pilones de piedra llenos de un caldo oscuro se sucedían a lo largo de un pasillo, y en ellos se amontonaban miles de piezas de tela en diferentes estados de fermentación. No solo el hedor asaltaba los sentidos, sino que el calor obligaba a trabajar a los operarios desnudos, salvo por el calzón corto que les cubría la cintura. De los últimos pilones surgían nubes de un vapor pestilente, y una capa verdosa cubría la superficie. Ambos trataban de aguantar la respiración y el visir pronto hizo un gesto señalando hacia arriba. Salieron al exterior aliviados y solo entonces Hasday

habló, después de inspirar aire fresco a bocanadas.

—¿Cuánto tiempo permanecen los trapos en el pudridero? —preguntó.

—En los primeros diez días se les añade agua ocho o diez veces por jornada. Se dejan reposar otros diez y entonces se voltean, como han hecho hoy. Tras esto fermentan durante una veintena de días más, hasta que el calor impide meter la mano. Sin embargo, el proceso varía según el tipo de trapos que se utilizan y según la temperatura del exterior.

—Creo recordar que, en su carta, Asbag habla del uso en esta fase de cal como acelerador de la fermentación.

Ibn Nabîl lo miró sorprendido.

—¡Cal! —exclamó al cabo de un momento.

—También actuaría como blanqueante —añadió.

—¡Claro que sí! ¡Cómo no se nos había ocurrido!

—Supongo que añadir cal al caldo aumenta la temperatura y eso favorece la fermentación —razonó Hasday.

—Estoy ansioso por conocer el contenido de esa carta, muchacho. Hasta ahora nos hemos guiado por el testimonio de viajeros que han regresado de Oriente y por nuestra propia experiencia. Nunca hemos dispuesto de un procedimiento escrito y detallado.

—La tendrás, visir —prometió—. ¿Qué clase de molino utilizáis? Hidráulico, por lo que puedo oír…

—Si elegimos este emplazamiento es por su proximidad al Ūadi al Kabir —sonrió—. La enorme noria que eleva el agua del río abastece las cocinas, todas las fuentes y albercas del palacio, y ahora también el molino de papel.

Doblaron una esquina y ante ellos apareció el edificio que lo albergaba. Desde el exterior solo se apreciaba la conducción de agua que penetraba a través de un hueco en la pared, y un ruido rítmico y repetitivo.

—Ahí adentro cuesta oírse —advirtió Ibn Nabîl—. Verás que el agua impulsa los engranajes que, mediante ruedas dentadas, elevan los mazos que van machacando los trapos al caer.

—¿Tal como salen de los tanques de fermentación? —se extrañó Hasday.

—¡Ah, no! Antes sufren un intenso proceso de lavado y se cortan en pedazos de una o dos pulgadas. De otra forma los mazos no podrían machacar fibras tan largas.

Entraron en el recinto y Hasday comprobó que, en efecto, el ruido era ensordecedor. El agua se escurría de los canales de conducción y de los cangilones, y lo salpicaba todo antes de derramarse en el suelo y perderse por los sumideros. Su fuerza impulsaba un cilindro de madera que a su vez hacía funcionar los engranajes que alzaban los mazos para dejarlos caer sobre una superficie circular de piedra, en la que se habían depositado los fragmentos de trapos cortados.

—¡Hay dos dispositivos similares, uno detrás del otro! —gritó Hasday para hacerse oír.

—Las primeras son las pilas de deshilachado, las siguientes son las de afinado —explicó el visir mientras avanzaban por el suelo resbaladizo.

Los operarios mostraban su respeto agachando la cabeza, pero ninguno interrumpió su trabajo.

Ibn Nabîl metió la mano en la última artesa y dejó que entre sus dedos se escurriera una pasta grisácea.

—Pasta de papel —declaró, satisfecho—. Uno de los mayores hallazgos de la historia, a mi parecer. Dicen que su invención tuvo lugar en las lejanas tierras de Oriente.

—Igual que el hilado de la seda —añadió Hasday, con una punzada de nostalgia al recordar sus paneles repletos de gusanos sobre hojas de morera.

—Debe de ser una civilización excepcional. Gracias a Allah Todopoderoso, nuestros navegantes no solo acarrean especias, telas y metales preciosos. También viajan en sus barcos grandes ideas como esta.

—Es asombroso. ¡Viejos trapos convertidos en una pasta fibrosa! —reconoció Hasday frotando un poco entre las yemas de los dedos.

—Salgamos, te mostraré el resto del proceso —propuso el visir con gesto de desazón por el ruido continuo de los mazos.

Hasday observó que los zapatos de cuero de Ibn Nabîl habían quedado empapados, pero poco parecía importarle. Resultaba evidente por su actitud que la actividad de la biblioteca no era lo único que ocupaba su tiempo, sino que vivía con pasión aquel empeño por encontrar un material que sustituyera el tradicional pergamino, más barato y fácil de obtener. De alguna manera, Hasday encontró el entusiasmo de Ibn Nabîl familiar y sintió que una corriente de empatía los acercaba.

—La pasta de papel se almacena hasta que se va a utilizar según su calidad y el destino que se le vaya a dar. Antes se deja drenar el agua hasta que queda seca. Hay que tener cuidado con el calor y la humedad, que podrían descomponerla. Más tarde, basta con desleír la pasta en agua para continuar el proceso. Es lo que se hace en las siguientes dependencias. Vamos, te lo enseñaré.

Lo que Hasday vio a continuación lo dejó pasmado. Frente a una enorme tina metálica, al fuego, un operario de rasgos extraños manejaba un gran bastidor de madera cuyo fondo era una fina rejilla de alambre. Con destreza, introducía el molde en el caldo blanquecino hasta que este rebosaba por los bordes y, antes de que terminara de escurrir el líquido, lo agitaba en los cuatro sentidos. Un momento después, una capa densa y uniforme cubría el fondo del bastidor.

—Se llama «pasear la pasta» —explicó Ibn Nabîl—. Se trata de la fase más delicada del proceso. Si se hace bien, las fibras quedan trabadas, entretejidas. Es lo que proporciona la textura al papel, que, de otra manera, sería frágil y quebradizo.

—¿Quién le ha enseñado a hacerlo con tal maestría? —preguntó Hasday señalando al trabajador de ojos rasgados.

—¡Oh! ¿Ahmad? Es nuestro operario más apreciado. Es el único que ha trabajado

en una auténtica fábrica de papel, en la lejana Samarqand. Gracias a él conocemos la mayor parte de sus secretos, aunque, por desgracia, solo se ocupaba de esta fase de la elaboración, así que desconoce los detalles del resto.

—¿Cómo llegó aquí? —preguntó Hasday, picado por la curiosidad.

Hasday se sorprendió al oír la voz del hombre. Había supuesto que, como el resto, no comprendía la lengua árabe.

—Huyendo de la justicia —declaró sin dejar de mover el molde para obtener un nuevo pliego, mientras una sonrisa elocuente se dibujaba en su rostro—. Tuve que enrolarme en el ejército como mercenario y acabé embarcando en la nave que me condujo hasta aquí. En buena hora.

La sorpresa ante su franqueza debió de reflejarse en el rostro de Hasday, porque el visir se vio obligado a explicarse.

—Nunca le hemos preguntado por el motivo de aquella condena. Su ayuda nos ha resultado demasiado valiosa y para nosotros ha purgado con creces su culpa.

Un «levantador», oyó Hasday que lo llamaban, ayudaba a colocar los pliegos recién elaborados sobre un sayal de lana, de forma que se iban formando montones de ellos con las delicadas telas intercaladas para absorber la humedad.

Se despidieron de los operarios e Ibn Nabîl le condujo hacia la siguiente dependencia. Allí se encontraba la prensa, compuesta por dos sólidos tornillos de madera.

—Una vez prensados, se despegan los pliegos y se tienden para que se sequen —explicó el visir. Señaló una escalera de madera que llevaba al piso superior y Hasday lo siguió.

Se trataba de un amplio desván atravesado por cuerdas de cáñamo, de las que colgaban cientos de pliegos. Ante aquella visión, Hasday sintió que se le encogía el corazón.

—Aunque todavía nos queda trabajo que hacer, estamos a punto de conseguirlo, muchacho. Cada día el califa se interesa por nuestros progresos. El papel que ves ahora no tiene nada que ver con los primeros pliegos que obteníamos, bastos, quebradizos y negruzcos. Me estoy dejando la piel en esto, pero veo la recompensa a nuestro alcance.

Hasday palpó los pliegos, tan conmovido como el director de la biblioteca. Había tenido entre sus manos pliegos de papel como aquel, pero acababa de contemplar el proceso de fabricación. Era consciente del privilegio que suponía ser testigo de aquel momento que, estaba seguro, iba a cambiar el devenir de la historia de Al Ándalus.

—El proceso no concluye aquí… —aventuró, recordando el contenido de la carta de Asbag.

—No, en efecto. Sobre este papel, una vez seco, se podría escribir con carboncillos…

—… pero no con tinta —concluyó Hasday—. Esta se desparramaría entre las fibras, dejando una escritura borrosa.

—Así es, es necesario proceder al encolado de los pliegos, volverlos a secar y terminar con el bruñido final.

De nuevo el penetrante olor que salía del local donde se fabricaba la cola a partir de desperdicios animales asaltó la nariz de Hasday. Estaban ya en el extremo opuesto del patio, en el local donde se depositaban las resmas de pliegos acabados. El visir alzó uno de ellos y lo extendió sobre una mesa de madera, delante de Hasday, que lo examinó con atención. Una vez más, pasó las yemas de los dedos por la superficie uniforme aunque no del todo perfecta. Supo que al visir la pregunta le quemaba en la boca.

—¿Se parece al cargamento que dices tener almacenado en Yayyán? —dijo al fin.

El muchacho decidió ser sincero y negó con la cabeza.

—Vuestro papel es firme y no tiene desgarros, ni siquiera demasiadas imperfecciones. Pero deberías ver los fardos que me hizo llegar Asbag. Son perfectos, de color blanco, y el cálamo se desliza sobre ellos con la suavidad de la seda.

Ibn Nabîl se mostró decepcionado.

—¿Utilizáis algún aditivo en el encolado?

El visir negó con la cabeza, extrañado.

—Creo recordar que Asbag hablaba de la necesidad de añadir alumbre y vitriolo a la cola.

—¡Alumbre! ¡Vitriolo! —exclamó Ibn Nabîl—. Esos son los detalles que nuestro hombre de Samarqand desconoce y en los que jamás se nos habría ocurrido pensar.

Hasday sonrió. La mente del visir le resultaba transparente de nuevo.

—Deja que vaya a mi casa. Tendrás esa carta en tus manos antes de vuestra siguiente oración.

Umarit escuchó complacida la historia que Hasday le contaba. Pocas veces antes había visto tan feliz a su esposo. Aquella tarde lo había oído regresar a casa antes de lo habitual, pero no había permanecido en ella más que un instante, lo suficiente para recoger un documento que se guardó entre los pliegues de la túnica al salir.

—Esta noche te lo contaré todo —le había dicho de manera enigmática—. Haz que sirvan una buena cena y que preparen nuestro mejor vino.

En ese momento, yacían en la cama, exhaustos y satisfechos, contemplando el baile de sombras que proyectaban los candiles en las paredes.

—Venir a Qurtuba es lo mejor que nos ha podido ocurrir —se sinceró Hasday, dejándose llevar por la euforia que le producían los acontecimientos del día y la generosa dosis de vino judiego—. Siento que el horizonte se abre ante mí en esta ciudad, un horizonte sin límites.

—Dios ha querido que las cosas fueran así. No supimos comprender que el duro trance por el que nos hacía pasar era la puerta estrecha que es necesario atravesar para salir a campo abierto —respondió Umarit.

Hasday se volvió hacia ella y la miró impresionado.

—No estoy acostumbrado a escuchar de tus labios expresiones tan poéticas.

—Me codeo con las esposas de los miembros más destacados de la comunidad —se burló ella—. Acabaré aficionándome a la poesía.

Sus miradas quedaron enfrentadas. Hasday alzó la mano y apartó los cabellos que cubrían el rostro de Umarit.

—Te amo —le dijo, moviendo la cabeza de un lado al otro de manera apenas perceptible—. Te amo desde aquella noche en la tienda, camino de Bayāna.

—Lo he sabido durante todo este tiempo. No has dejado de demostrarlo un solo día. Tus ojos lo decían todo cada vez que nuestras miradas se cruzaban en la casa de Yayyán.

Hasday se incorporó y quedó apoyado de costado, sobre el brazo.

—Bendigo a Dios cada día por haber hecho que aparecieras en mi vida. Aunque para ello tuvieras que sufrir la esclavitud.

—Eso sirvió para hacerme más fuerte. Y me hace valorar lo que ahora poseo.

Hasday limpió con la yema de su dedo corazón las primeras lágrimas que asomaban de aquellos ojos azules que lo habían cautivado.

—No llores. Hoy no —dijo, acercando los labios a su mejilla húmeda. A la vez, deslizó la mano de nuevo en busca de sus pechos desnudos.

Umarit sonrió, pero lo detuvo.

—Debemos ser prudentes —advirtió, al tiempo que lo tomaba de la mano y se la llevaba al vientre—. No querrás que se malogre nuestro primer hijo…

21

Año 931

Hasday apartó la mirada del tomo que examinaba y alzó la cabeza hacia el ventanal, por el que, hasta un momento antes, entraba suficiente luz. Los cúmulos algodonosos que ocultaban el sol habían adoptado un aspecto oscuro y amenazante que anunciaba la tormenta que se cernía sobre la ciudad.

—Apenas existen diferencias, salvo en las ilustraciones —comentó al hombre que tenía a su lado—. El texto es similar, con las particularidades que aporta cada copista, pero no cabe duda de que el autor de la traducción es el mismo.

Muhammad al Faruq, uno de los empleados de la biblioteca más veteranos, había demostrado desde el principio el mismo interés que Hasday por la obra de Dioscórides. Traductor y copista él mismo, especializado en obras de botánica, alquimia y farmacología, había insistido en comparar el ejemplar que el joven aprendiz conservaba en su poder con el que se había guardado en la biblioteca durante décadas. En sus largos años de dedicación, había realizado ya tres copias de aquella magna obra, *De materia medica*, una para asegurar su conservación, y las dos restantes para el intercambio con otras bibliotecas. Mientras Hasday se había ocupado de los primeros tomos, Al Faruq se disponía a examinar los dos ejemplares del sexto volumen.

—Me temo que ya no hay luz suficiente —se lamentó, y un relámpago rasgó el cielo encapotado—. Será mejor que continuemos mañana, mi vista ya no es tan aguda como antaño.

Hasday echó un vistazo al tomo que acababa de abrir el viejo copista.

—Mira tan solo el primer pliego, no está cosido con el resto. Se trata de una nota del traductor, Hunayn ibn Ishaq, en la que advierte de sus dudas acerca de la autoría del sexto volumen.

—No existe en nuestra copia.

—Así es, fue una de las primeras cosas que comprobé cuando tuve acceso a la biblioteca. ¡Hace ya dos años! —Suspiró.

El anciano abrió los dos tomos y comprobó la diferencia de la que hablaba. No era la única: el ejemplar de Hasday era de encuadernación reciente, de gran calidad y delicadeza. La portada no abultaba mucho más que los pliegos de pergamino del interior, a pesar de estar forrada en cuero de la mejor factura. El antiguo, por el contrario, era más voluminoso y difícil de manejar, y la cubierta, gruesa y acolchada, tendía a mantenerse abierta quizá debido a su espesor.

—En efecto, la nota de Ibn Ishaq no aparece —corroboró Al Faruq—. Aunque es cierto lo que dice en ella, cualquiera que haya estudiado el texto en profundidad puede darse cuenta de algo tan evidente.

—En mi copia no aparece, sin embargo, la anotación que me mostraste en la

vuestra, escrita en la misma cubierta.

Al Faruq posó la mirada en las palabras inscritas con letra menuda a las que Hasday hacía referencia: *Iānua in iānuam est*, «la puerta está en la puerta».

—Nunca dejará de intrigarme, ¿qué querría decir el copista con esta frase? ¿Y por qué solo aparece en este ejemplar?

—Quizá nunca lo sepamos… —Se resignó Hasday, al tiempo que se ponía en pie y cerraba con cuidado los dos tomos que había estado manejando—. Llevamos tiempo dando vueltas a su significado, todo el que ha pasado desde que nos conocemos, y no se nos ha ocurrido…

El estruendo de un rayo demasiado cercano le impidió terminar la frase. Introdujo con esmero los seis volúmenes de su *De materia medica* en la bolsa de cuero que los albergaba y se dispuso a abandonar la inmensa sala de consultas, que, a aquellas alturas, ya le resultaba tan familiar. Le hubiera resultado imposible calcular las horas que había pasado allí en los dos últimos años, hasta el punto de convertirse en uno más entre las decenas de copistas, traductores y eruditos que ocupaban a diario aquellas mesas corridas, bajo los ventanales.

—Así pues, ¿ya has decidido cuál va a ser el tema de tu tesis de graduación? —Se interesó el anciano.

—Supongo que versará sobre lo que mejor conozco. —Sonrió al señalar los tomos que portaba en la bolsa—. En concreto, sobre los simples que aún no han podido ser identificados por su nomenclatura en griego antiguo. Aunque me temo que será una tesis incompleta. En muchos casos, las hipótesis son simples conjeturas, y no sabemos a qué planta de las que conocemos se refería el viejo maestro en realidad: en demasiados casos, la traducción no es tal, sino una simple transliteración al árabe a través del siriaco.

—Con tus conocimientos de botánica, has hecho avances considerables…

—Y con tu ayuda, Muhammad. Pero no sé si es suficiente para sostener una tesis. Nos falta disponer de ese anhelado ejemplar en la lengua griega original. Por fortuna están en la biblioteca los once volúmenes de *Los remedios simples*, de Galeno, que me están ayudando en la tarea.

De forma extraordinaria, a pesar del escaso tiempo transcurrido, Hasday estaba a punto de superar su formación en el *bimaristán*. Todos los *hukāma* se habían mostrado de acuerdo en que el muchacho se encontraba preparado para obtener el diploma que le acreditaría como *tabīb* aquel mismo otoño, y así se lo había comunicado el director de la *madrása* dos semanas atrás. Hasday se estremeció al recordar el momento en que, al terminar una de sus lecciones, le comunicó la noticia a Qâsim, el hombre que, sin duda, había hecho aquello posible. El viejo médico lo había abrazado emocionado y sin palabras, y así permaneció hasta que las lágrimas dejaron de brotar de sus ojos nublados.

Una vez más, como hacía cien veces cada día, dio gracias a Dios por las bendiciones que había derramado sobre él. Aun alejado de su ciudad natal, la vida le

sonreía. Su situación económica era envidiable, pues recibía rentas de los negocios, que, de nuevo en manos de su padre y con la ayuda de Hakim, volvían a prosperar. Tanto era así que estaban a punto de adquirir una *almúnya* a orillas del Ūadi al Kabir, aguas arriba de la ciudad, donde disfrutar de sus escasos momentos de ocio. La idea era usarla también para agasajar a sus amistades, algo que había aprendido a valorar observando el ejemplo de su padre. A pesar del recelo que, era comprensible, podría haber causado su progreso fulgurante, su carácter afable, extrovertido y exento de soberbia, le habían granjeado las simpatías de sus colegas. Pero no estaba de más seguir cultivando aquellas relaciones en zambras nocturnas a la orilla del río, como las que eran habituales en la ciudad.

También en la aljama su prestigio crecía día a día. Tal vez tuviera algo que ver con ello la observación escrupulosa de los preceptos de la comunidad, su asistencia inexcusable a las celebraciones del Shabat y de todas las fiestas del calendario judío, y los generosos donativos que hacía con frecuencia para sufragar las numerosas necesidades de la sinagoga, la escuela comunitaria y las cofradías asistenciales. También había ayudado la excelente integración de Umarit entre las mujeres de la aljama. Al recordarla, se cernió sobre él la única sombra que empañaba lo que, de otra forma, hubiera sido un estado de felicidad absoluta. Se despidió de Al Faruq y abandonó la biblioteca para encaminarse hacia la judería.

Umarit lo recibió con un cálido beso en la mejilla.

—¿Va todo bien? —No podía ocultar la zozobra que cada día, al regresar, le causaba tener que hacer aquella pregunta.

La muchacha asintió con una sonrisa contenida.

—Esta vez será diferente, ya lo verás —le aseguró al oído a la vez que, con cuidado, le pasaba la palma de la mano sobre el vientre.

Era el cuarto embarazo en dos años, y los tres anteriores se habían malogrado apenas en los inicios. De nada habían servido los remedios que se le habían administrado, de nada el cuidado exquisito que habían observado tras el primer aborto, hasta el punto de interrumpir por completo sus encuentros sexuales: en las tres ocasiones, antes de llegar el tercer mes, un sangrado espontáneo había anunciado la mala nueva. El carácter de Umarit se había ido haciendo más taciturno a medida que se sucedían las decepciones, a pesar de que tratara de ocultar su desaliento.

—Tu cena pronto estará lista.

—¿Ha llegado Qâsim? —preguntó él.

—Hace una hora, sí. Pero se encontraba cansado. Ha cenado algo ligero y se ha recogido en su alcoba.

Hasday hizo un gesto de contrariedad. Ismail, quien se había convertido en la sombra inseparable del viejo médico dentro del *bimaristán*, le había hablado días atrás de cierta astenia que este mostraba en las últimas semanas.

—Será mejor que no le moleste ahora, lo veré mañana. Tú también deberías descansar —añadió, al tiempo que se prometía no olvidar el asunto—. Yo tomaré

algo en la cocina y me reuniré contigo después.

—Te esperaré despierta. —Umarit asintió.

Cenó de manera frugal ante la mirada cargada de reproche de la cocinera. Apenas intercambió unas palabras con ella y con el resto de los sirvientes. Después se retiró al rincón apartado que hacía las veces de oratorio para dedicar unos minutos a la meditación antes de acostarse. Siempre lo hacía así los días en que el trabajo le impedía asistir a la oración comunitaria vespertina en la sinagoga, y aquel había sido uno de ellos. En silencio, ante la *menorah* que presidía el lugar, trató de aprehender el motivo de la repentina inquietud que lo había asaltado al regresar al hogar. Comprendió que la razón de su desasosiego era precisamente aquel silencio. En la residencia de Yayyán, su familia siempre se había reunido en torno a la mesa para la cena. Ishaq recitaba las bendiciones, y comentaban los acontecimientos de la jornada. Eran las risas y las puyas entre él y su hermano Yakob las que ponían de forma invariable la nota de alborozo, de alboroto, a veces. Eso era lo que echaba en falta en aquella casa, el bullicio de los pequeños, que a aquellas alturas deberían ya corretear por los pasillos, como sucedía en las casas de la mayoría de los jóvenes de su edad. Contaba ya más de veinte años y Dios aún no le había concedido la bendición de la paternidad.

Se alegró de haber entrado con sigilo en la alcoba para no sobresaltar a Umarit, porque la encontró en el lecho, cubierta tan solo por una ligera sábana de lino y con los ojos ya cerrados. Su mano derecha reposaba sobre el vientre ligeramente abultado y se movía al ritmo acompasado de su respiración. Solo las bujías de una pequeña lámpara iluminaban la estancia y Hasday se sentó en el escabel para contemplar a su esposa. De nuevo alzó un ruego para que en aquella ocasión Dios permitiera que la vida que se desarrollaba allí, bajo la mano de Umarit, llegara a convertirse en el hijo que bendeciría su unión.

Por alguna razón, el vientre hinchado le recordó la imagen de aquel tomo del Dioscórides de tapas abultadas que había estado consultando con Al Faruq. Recordó la enigmática inscripción grabada en el cuero: *Iānua in iānuam est*. Y entonces, de forma insidiosa, una idea se fue abriendo paso en su mente. Sintió que se le aceleraba la respiración. Se levantó con sigilo y salió de la alcoba. Descendió al piso inferior, atravesó el zaguán y entró en el consultorio. Allí conservaba algunos ejemplares de sus libros y, entre ellos, se hallaba un *dictionarium* de lengua latina. Escogió el segundo de los ajados tomos y buscó entre sus páginas hasta que su índice señaló la palabra que buscaba: *iānua*. «Puerta, acceso, camino», leyó. ¡Eso era! ¿Y si se refería a la propia portada del libro como camino hacia algo? Sintió que la excitación se apoderaba de él, y supo que aquella guarda extrañamente engrosada estaba «preñada» con algo que el traductor, quizás autor de la inscripción, consideraba su criatura.

Apenas pudo dormir, ni siquiera se molestó en acostarse junto a Umarit. Sin desvestirse, pasó la noche en un diván, descabezando sueños breves e inquietos. El canto de un gallo lo sorprendió poco antes de oír la llamada lejana del muecín para la

primera oración en las mezquitas. Repentinamente despierto, se mojó la cara en uno de los aljibes del patio para borrar las señales del sueño, entró de nuevo en el dispensario y se guardó en el bolsillo un fino estilete envuelto en un trozo de trapo. Salió al fresco del amanecer y recorrió las calles apenas transitadas de la judería, holladas tan solo por algunos hortelanos que se dirigían con sus mulos a las huertas cercanas. A medida que se acercaba al *alqásr*, sin embargo, se mezcló con los numerosos fieles que se perdían en el interior de la mezquita aljama. Continuó en dirección a la Bab al Qántara y se encaminó hacia el acceso meridional al palacio, aquel que conducía de forma más directa a su destino. Ni siquiera tuvo que mostrar el salvoconducto, y solo hubo de responder al saludo y al comentario del guardia que custodiaba el acceso en el exterior, extrañado por lo temprano de la hora.

Recorrió las ya familiares galerías, que empezaban a ocupar los primeros funcionarios, intercambió algunos saludos y un segundo más tarde atravesó la puerta de la entrada principal de la biblioteca. Como esperaba, se encontraba desierta. La luz era escasa aún, de modo que los copistas no habían iniciado su actividad. Se dirigió a la zona destinada a la consulta de ejemplares y, unos instantes después, tenía en sus manos el sexto volumen de la copia de *De materia medica*. Antes de abrirlo, buscó con la mirada el lugar más resguardado y encontró un rincón alejado, bajo los ventanales del muro oriental, al abrigo de las miradas de los primeros usuarios que pudieran acceder al lugar.

Depositó el ejemplar encima de la mesa y acarició la portada de cuero. La abrió y volvió a leer la inscripción. «En la puerta está el acceso», tradujo esta vez. En ese momento le parecía una invitación a hacer lo que se disponía a hacer: abrir esa puerta. Abrir la portada. Sacó el envoltorio de la túnica y extrajo el estilete. Echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no lo observaba nadie, pero su mirada se tropezó con un muchacho que en aquel momento se dirigía a la parte de la biblioteca en que él se encontraba. Ocultó la afilada hoja de metal con disimulo bajo el libro.

Se trataba de un joven al que había visto allí en otras ocasiones, acompañado a veces por quien parecía ser su preceptor. No contaría más de dieciséis años, y sus rasgos no resultaban fáciles de olvidar: su cabello era rubio, casi pelirrojo, lo que contrastaba con sus grandes ojos negros. Era corpulento, aunque tenía los brazos demasiado largos para su estatura. Pero quizá lo que más llamaba la atención era el marcado prognatismo de su mandíbula inferior, que hacía que su barbilla, cubierta por una barba incipiente, sobresaliera de forma notable. Desconocía su identidad, aunque suponía que debía de ser hijo de alguno de los numerosos altos funcionarios que desarrollaban su labor en el palacio.

Hasday tomó asiento y simuló consultar el volumen que tenía delante. Observó al inesperado visitante y siguió sus pasos mientras elegía un volumen de un anaquel y lo llevaba consigo hasta perderse de vista detrás de uno de los voluminosos armarios corridos que separaban las filas de mesas.

Entonces Hasday se inclinó sobre la cubierta del libro y sacó el cuchillo de nuevo.

La mano le temblaba cuando aplicó el extremo de la hoja en la esquina superior izquierda de la lámina de cuero que cubría la portada por dentro. Trazó un corte recto, paralelo al borde, hasta el extremo inferior. Después hizo un segundo corte transversal que hendió la parte superior. Dejó el estilete y con los dedos retiró la solapa que se había formado. Sintió un escalofrío al comprobar que bajo la misma aparecía la superficie amarillenta de un pergamino doblado. Tiró de él, pero parecía estar pegado al soporte de la cubierta, quizá por efecto del tiempo. Tuvo que hacer un corte más para soltar el lado derecho de la lámina, que quedó sujeta al libro tan solo por el borde inferior. Introdujo el estilete por su parte roma bajo el pergamino y lo fue despegando con sumo cuidado hasta que, después de un tiempo que se le hizo eterno, lo tuvo en sus manos. Volvió a alzar la vista y comprobó que seguía sin haber nadie cerca. No obstante, ocultó el pergamino bajo el libro mientras colocaba en su sitio la lámina recortada. Tendría que buscar algo de cola para tratar de disimular el corte, lo que no resultaría extraño, pues eran frecuentes las reparaciones de libros deteriorados. Al Faruq podría encargarse de ello. Sin embargo, no veía el momento de desplegar aquel pergamino para leer su contenido. Un ligero roce, sin embargo, lo alertó y levantó la cabeza. El muchacho al que había visto entrar se encontraba de pie ante él. Cuando sus miradas se encontraron, lo saludó a la manera árabe.

—Hasday ibn Shaprut, tengo entendido —dijo después.

Hasday asintió, sobresaltado. El corazón le latía de forma descontrolada, y temió ser incapaz de ocultar su zozobra.

—¿Quién eres tú? —le espetó sin pensarlo, y al instante temió haber cometido un error. A juzgar por la lujosa vestimenta, que en ese momento veía de cerca y en detalle, aquel joven era de alta cuna, hijo quizá de alguno de los parientes del califa. Se estremeció al pensar que bien podía ser uno de los muchos hijos del propio soberano.

—¿No me conoces? —Sonrió de forma enigmática—. Me han hablado de ti, y te suponía mejor informado.

—*Sahīb* —por precaución, decidió adoptar un tono formal y respetuoso—, te he visto en varias ocasiones, acompañado por quien supongo tu preceptor, pero desconozco tu identidad.

Esta vez el muchacho rio, al parecer sinceramente divertido.

—En ese caso, será mejor que sigamos así. Hoy no dispongo de tiempo; como dices, mi preceptor me espera, tan solo he acudido en busca de esto —levantó ligeramente el volumen que llevaba bajo el brazo—, pero espero tener ocasión de hablar contigo de forma detenida. Creo que nos une una pasión común.

Hasday no tuvo tiempo de responder, porque el muchacho se dio la vuelta mientras musitaba una despedida y desapareció.

Hasday permaneció un instante allí, perplejo, pero había algo que martilleaba en su mente, algo que permanecía bajo el tomo de *De materia medica*. Se sentó de nuevo y lo sacó. La luz que entraba a través del ventanal se proyectaba ya sobre el

pergamino, revelando todos los detalles. Los copistas no tardarían en ocupar sus asientos. Tenía que hacerlo, así que comenzó a desdoblar el pequeño paquete, compuesto al menos por cuatro pliegos. Al hacerlo, el texto del primero, que doblado se había mantenido oculto, apareció ante sus ojos. No recordaba haber sentido una sacudida de emoción como aquella en sus veinte años de vida. No sabía si reír o llorar. Se llevó la mano a la boca, incrédulo, y sintió que las lágrimas le nublaban la vista. Se hubiera levantado de buena gana, hubiera comenzado a saltar de mesa en mesa gritando su dicha en aquel templo del saber, en el que no todo parecía estar al alcance de los ojos.

Suspiró hondo y recorrió de nuevo con la mirada el encabezamiento de aquel escrito, esta vez más despacio, recreándose en lo que significaban aquellas palabras.

De las virtudes de la Theriaca. De los simples que la componen
y del método para prepararla.
Según lo que dejó escrito Andrómaco el Viejo,
tal como fue recogido por Galeno en sus obras
De Theriaca ad Pisonem y De antidotis.

Pensó al instante en Al Faruq, en Qâsim, en Abu Ya’far y en el visir, y en el momento en que pusiera ante sus ojos aquellos manuscritos que, ochocientos años después, sacaban a la luz en el corazón de Al Ándalus el conocimiento de los médicos más sabios de la antigüedad. Pasó la vista por encima de lo escrito con letra apretada. El copista aseguraba disponer del texto en siriaco, pero aquel pergamino estaba escrito en latín. Había optado también por no traducirlo al árabe para preservar los detalles del original latino y dejaba la tarea de interpretar su significado a quien descubriera el manuscrito en el futuro. Era la mejor decisión que aquel hombre, fuera quien fuese y dondequiera que hubiera hecho aquella copia, podía haber tomado. Sin duda hacía mucho que estaba muerto, pero Hasday alzó la mirada al cielo y le agradeció de corazón aquel legado.

Sin embargo, al revisar el escrito de manera superficial, le dio un vuelco el corazón. El autor hablaba de setenta y siete ingredientes presentes en la fórmula de la triaca de Andrómaco, pero en la enumeración que hacía contó solo cuarenta y dos. ¡Faltaba la mitad del texto, de manera que lo que tenía entre las manos resultaba perfectamente inútil! La decepción duró solo un instante, lo necesario para reparar en que tan abultada estaba la cubierta como la contracubierta. Con rapidez, sabiendo lo que iba a encontrar, volvió a usar el escalpelo y, cuando los primeros copistas entraban en la gran sala, disponía de la lista completa de los ingredientes de la Triaca Magna y las especificaciones para su elaboración.

Tomó a Muhammad al Faruq por el brazo en cuanto lo vio entrar en la biblioteca.

—¿Dónde podemos hablar a solas?

Al Faruq, sorprendido por la vehemencia y el gesto de Hasday, señaló las galerías

de la planta superior, desiertas a aquella hora temprana. Subieron las estrechas escaleras de madera al paso que marcaba el anciano, hasta que, con sobrealiento, alcanzó el piso más alto. Hasday se recreó una vez más en la magnífica visión que se ofrecía ante sus ojos, con miles de volúmenes ordenados en los anaqueles de madera, iluminados por los rayos oblicuos del sol, que ya entraban a raudales a través de las grandes vidrieras translúcidas.

—¡Estaba aquí, Muhammad! —exclamó al fin—. ¡Durante años, décadas, ha estado aquí! ¡Lo hemos manoseado sin darnos cuenta de que lo teníamos entre las manos!

Al Faruq lo miraba con un gesto que mostraba a las claras que no comprendía nada.

—Pero tuyo es el mérito, tú fuiste quien me mostró la inscripción de la cubierta, *iānua in iānuam est*.

—¿De qué mérito me hablas? —preguntó el copista, impaciente.

Hasday sacó el fajo de pergaminos de entre los pliegues de su túnica.

—¡Esto estaba oculto en las guardas de *De materia medica*! ¡En el sexto volumen! Es la fórmula de la Triaca Magna, Muhammad.

El escriba miró a Hasday de hito en hito.

—¿Así te burlas de un pobre anciano?

—Compruébalo por ti mismo…

Al cabo de un momento, Al Faruq levantaba su mirada cansada del pergamino. No dijo nada. Se limitó a alzar los brazos, emocionado, para tomar entre ellos a Hasday, que sintió cómo el anciano se dejaba llevar por la emoción. Se separaron con los ojos arrasados.

—¿Qué vas a hacer con esto? —dijo con manos temblorosas.

—Ahora mismo, tú y yo juntos, vamos a ir a ver al visir Ibn Nabîl para darle cuenta del descubrimiento. Y después me pondré a estudiar el texto con detenimiento. No veo el momento de empezar a recopilar los ingredientes para fabricar de nuevo la triaca.

—¿Me equivoco si pienso que esto puede revolucionar los usos terapéuticos en el *bimaristán*?

—En el *bimaristán*, en Qurtuba y en todo Occidente, querido amigo —respondió Hasday, exultante—. El *hakīm* Abu Ya’far va a sufrir un síncope cuando tenga esto en sus manos. La auténtica Triaca de Andrómaco, y no esos ungüentos de charlatanes, va a ser de nuevo conocida en Al Ándalus. Pero te aseguro que va a cambiar de nombre…, quiero que sea conocida como la Triaca de Al Faruq.

El anciano rio.

—¿Y cómo vas a conseguir tal cosa? —se burló.

—Dándole ese nombre en la tesis de mi graduación, que, esta vez sí, ha de causar sensación entre los *hakūma* del *bimaristán*.

22

Similia similibus curantur. «Lo similar cura a lo similar».

El principio establecido por Galeno en algunas de sus obras médicas, ya antes de que lo utilizara el rey Mitrídates para protegerse a sí mismo de un posible envenenamiento, bailaba en la mente de Hasday cuando, con aprensión, extrajo los reptiles aún calientes del cesto donde el viborero acababa de llevarlos. Eran todos hembras no preñadas, tal como se especificaba en la receta, en la que justificaba el uso de la carne de víbora explicando que, una vez que el veneno ha entrado en el cuerpo, es bueno introducir otro veneno de la misma naturaleza, pues aquel se retira de donde ha causado el daño para ir a reunirse con su similar. De ahí la idea de Andrómaco de incorporarla a la vieja receta del mitridato. El problema estribaba en dar con una ponzoña lo bastante enérgica para atraer a la ingerida pero que no agravara el envenenamiento. Por eso Galeno recomendaba desechar la cabeza y los cuatro dedos siguientes, además del extremo de la cola. Por otra parte, debían ser víboras no muy grandes ni muy viejas, con exceso de veneno, ni muy pequeñas ni muy jóvenes, por lo contrario. Además, debían cazarse al final del verano, pues durante los meses fríos están metidas en sus abrigos acumulando ponzoña y son más venenosas.

Hasday sabía que el proceso iba a ser largo, más de lo que había imaginado, en parte por la dificultad de encontrar algunos componentes de la fórmula. En Qurtuba no había encontrado *terra sigillata* procedente de la isla de Lemnos, y nadie le había podido proporcionar castóreo, una sustancia oleosa y amarillenta extraída de las glándulas anales del castor. Y, entre los simples vegetales, no menos de seis eran desconocidos en Al Ándalus. Había enviado una carta a Hakim para que pusiera en marcha los contactos necesarios en el puerto de Bayāna con el objeto de importar el resto de Oriente y de Bizancio, pero, tras varios meses de búsqueda, había decidido iniciar la fabricación con aquellos componentes que estaban a su alcance. De otra forma, la temporada de captura de las víboras llegaría a su fin, obligándole a retrasar el proceso hasta el verano siguiente.

Ante la mirada de desagrado de Ismail, Hasday lavó los trozos y los colocó en una cazuela de barro con agua, sal marina blanca y eneldo. Tenía que cocerlos con lumbre mansa hasta que la carne se soltara de las delicadas costillas, semejantes a las espinas del pescado, que el autor consideraba venenosas en extremo. Luego mezclaría la carne con pan de harina sin salvado, para cocer la masa en el horno en forma de trociscos. Una vez secos, los untaría con el bálsamo de La Meca que había encontrado en la botica del *bimaristán* y los guardaría hasta el momento de preparar la mezcla.

Tenía la miel, el agua de lluvia, vino viejo, anís, azafrán, cantueso, láudano, cebolla albarrana, hinojo, calaminta y una generosa cantidad de opio. No esperaba dificultades para hallar calcanto, genciana, escordio, terebinto y estoraque. Pero la

lista era mucho más larga, y sintió un acceso de impaciencia. Después habría de llegar el largo proceso de fermentación, pasarían meses antes de que el fármaco se considerara verdaderamente eficaz.

La noticia de la aparición de la fórmula de la triaca había causado una profunda sensación en Qurtuba, y no solo en los círculos académicos. Al Faruq y él mismo se habían encargado de realizar varias copias del texto encontrado con la intención de evitar la tragedia que hubiera supuesto su pérdida accidental. No obstante, había decidido que su contenido quedara oculto para todos hasta el momento de revelarlo durante la lectura de la tesis con que, en pocos días, Hasday daría por finalizados sus dos escasos años de formación en el *bimaristán*. Sin embargo, aunque incompleto, deseaba proceder antes a la elaboración del polifármaco, para lo que había contado con la colaboración entusiasta del *hakīm* Abu Ya'far, el que había sido su mentor durante su paso por la *madrása*.

El olor de la carne de víbora cocida con eneldo inundó la vieja cocina de la vivienda de la judería, donde la voz de Ismail y la suya sonaban huecas entre las paredes desnudas. Varias semanas atrás, se había efectuado el traslado de todos los enseres a la *almúnya* ubicada junto al río, y ya no se oían allí los ruidos de antaño ni la actividad propia de un hogar. Tampoco los pacientes del consultorio llenaban con sus voces los rincones del viejo edificio.

Lo que en principio parecía astenia pasajera en un hombre cansado, se había convertido para Qâsim en una enfermedad que había ido minando su salud hasta obligarlo a permanecer postrado en cama. Su piel había adquirido un aspecto macilento, ictérico en ocasiones, y ni el matacandil, la verbena, la betónica o la calaminta parecían detener la progresión de un mal que Hasday solo acertaba a ubicar en el hígado. El traslado a la finca junto al río se había llevado a cabo con la esperanza de que el descanso, el aire y el sol contribuyeran a la recuperación del viejo médico. Pero, lejos de ello, su estado se había deteriorado con rapidez, y las dudas acerca de la naturaleza del mal habían comenzado a desvanecerse: ni la inflamación ni la degeneración del órgano avanzaban habitualmente de ese modo, y a la mente de Hasday acudía cada vez con mayor insistencia el término *carcinos*, empleado por Hipócrates siglos atrás para referirse a procesos como el que ya obligaba a Qâsim a recurrir al opio como único alivio de los dolores.

El recuerdo de su maestro logró empañar el entusiasmo que sentía por lo que tenía entre manos. Desmenuzó con los dedos la carne de las víboras, preguntándose por qué Dios no permitía a sus criaturas disfrutar nunca de la felicidad completa. Mientras mezclaba la carne y la harina, el recuerdo de Umarit hizo que le temblaran las manos de forma perceptible y sintió que la conocida angustia lo asaltaba de nuevo. Con el último aborto, aquella vez bien avanzada la gestación, había sufrido un sangrado profuso, fuertes dolores abdominales y calenturas que, por fortuna, habían ido remitiendo con el paso de los días. Sin embargo, a pesar de que hacía meses que volvían a yacer casi a diario, no había señales de un nuevo embarazo. Umarit trataba

de aparentar fortaleza, pero Hasday la conocía bien y advertía en cada uno de sus gestos la profunda desazón que la atormentaba. Sabía que lloraba a solas, aunque se cuidaba mucho de mostrar un solo rastro de llanto cuando él regresaba a la *almúnya* al atardecer.

Metieron los trociscos a secar en el horno y aprovecharon la espera para poner a su alcance el resto de los ingredientes. Hasday pretendía dejarlo todo listo para efectuar las mezclas en la jornada siguiente, de acuerdo con el detallado ritual que ya había conseguido memorizar. Una vez secos, se engrasó las manos con el bálsamo de La Meca para untarlo con la olorosa resina. Se lavó con rapidez, dejó a Ismail la tarea de limpiar y recoger los utensilios, y salió a las calles de la aljama. Por alguna razón, necesitaba llegar cuanto antes junto a su esposa, y no se detuvo un solo instante a pesar de los numerosos saludos que le dirigieron.

La expectación creada por la lectura pública de la tesis de Hasday había desbordado todas las previsiones. La sala de la *madrása* que iba a albergar el acto se reveló insuficiente: de hecho hubieran sido necesarias varias estancias como aquella para acoger a los centenares de interesados en escuchar de boca del propio Hasday la lista de beneficios de la triaca y, por supuesto, su fórmula. Los *hakūma*, los *aṭibbā* y los aprendices del *bimaristán* tenían un lugar asegurado, pero hubo que ubicar a los altos cargos, algunos *fityān* e incluso varios visires del círculo más cercano del califa de acuerdo con las estrictas normas del protocolo. El director había tenido que trabajar de forma extraordinaria para ajustar todos los detalles, y aquella mañana la *madrása* lucía espectacular con los cientos de túnicas blancas entremezcladas con las más lujosas vestimentas de miembros de la nobleza que rara vez se dejaban ver por allí.

En esta ocasión, presidía la ceremonia el visir Ibn Nabîl, flanqueado por el director del hospital y el *hakīm* Abu Ya’far. Sentados sobre las alfombras de la primera fila, en escabeles acordes con su dignidad, aparecían los visires de Al Nāsir, varios altos funcionarios y el resto de los *hakūma*. También estaba presente Muhammad al Faruq, por indicación del propio Hasday. Completaban el aforo el resto de los miembros de la comunidad académica de la *madrása* y aquellos miembros de la nobleza que habían utilizado sus influencias para obtener una de las invitaciones manuscritas. Para aquel día señalado, se había habilitado la galería del piso superior, que descansaba sobre los arcos de herradura que rodeaban todo el perímetro del recinto.

Allí, apoyados en la balaustrada, Hasday reconoció a sus padres junto a Umarit, al viejo rabino de la sinagoga de Yayyán, a Hakim y a Firuze con su pequeño en brazos, a Saruq, el contable… Y a Ida, la vieja cocinera, a Ofra, a Rashid y a buen número de los miembros del servicio de su vieja casa natal. Desde su partida hacia Qurtuba, no había vuelto a verlos y sintió que se le empañaban los ojos. Hizo un esfuerzo por contenerse, pues el director lo llamaba ya al estrado que debía ocupar. Trató de no dejarse llevar por las emociones para soportar la pesada responsabilidad que en aquel

momento descansaba sobre sus hombros. La mirada cargada de confianza de Abu Ya'far lo tranquilizó, y comenzó a hablar frente al texto escrito que había de guiarlo en su exposición.

Habló de los orígenes de la triaca, de Nicandro de Colofón y sus dos poemas didácticos, la *Theriaca*, dedicada al estudio de los animales venenosos, su mordedura y los remedios más eficaces, y la *Alexipharmaca*, que se ocupaba de los venenos de cualquier origen y sus antídotos. Habló de Mitrídates VI Eupator, rey del Ponto, y de su resistencia a los venenos, adquirida mediante la exposición a pequeñas dosis de los mismos. Del primer polifármaco usado como antídoto, el mitridato, elaborado por su médico Cratevas y compuesto por cincuenta y cuatro simples. De la llegada a Roma de la fórmula de mano de Pompeyo, vencedor de Mitrídates. De Andrómaco, médico de Nerón, que introdujo en su composición la carne de víbora para dar a luz la Triaca Magna. De Galeno, que se hizo eco de ella en sus obras *De Theriaca ad Pisonem* y *De antidotis*.

Despertó murmullos de admiración el relato del modo en que había redescubierto la fórmula en la copia del viejo tratado de Dioscórides, presente en la magnífica biblioteca del alcázar desde hacía generaciones. Y aprovechó la ocasión para otorgar el mérito a Muhammad al Faruq, a quien obligó a alzarse, azorado, para recibir el reconocimiento de los presentes. Entonces anunció su deseo de dar al fármaco recién descubierto el nombre de Triaca de Al Faruq, en honor al viejo escriba.

Pasó después a enumerar las virtudes del polifármaco: antiveneno, prolongador de la vida, útil en la cura de los síncopes, de los dolores de pecho, de la disentería, los resfriados, las lombrices, la estraguria, la lepra, las opilaciones del bazo, las almorranas, las purgaciones, las piedras de los riñones, el reuma, los males venéreos, la gota, la hidropesía, las calenturas, las indisposiciones del estómago, la falta de agudeza de los sentidos, los dolores de tripas, los males de nervios…

Continuó detallando los simples que componían la fórmula desde Andrómaco, las dificultades para su elaboración, las exigencias en cuanto a la elección de las víboras y sus partes más adecuadas, lo prolongado del proceso, que haría que el remedio no estuviera disponible hasta muchos meses después de aquel día. Afirmó para terminar que, cuando la fermentación de los simples hubiese concluido, la terapéutica tal como se había conocido en Al Ándalus habría de dar un giro fundamental que, sin duda, recordarían las generaciones futuras.

No fue capaz de culminar con los agradecimientos, pues se vio interrumpido por una cerrada ovación del auditorio puesto en pie. Abrumado, dejó caer los brazos a los costados. Ni siquiera la ausencia de Qâsim pudo en aquella ocasión empañar su dicha.

El director se alzó para reclamar silencio y cedió la palabra al visir Bâhir ibn Nabîl, que se alzó ante el sitial con ademán digno y carraspeó antes de hablar con voz potente.

—Allah Todopoderoso nos ha enviado gobernantes cuyos logros, para ser

glosados, habrían de ocupar bibliotecas enteras. Con ellos la prosperidad ha regresado a nuestra tierra, las ciencias y las artes florecen, y se suceden los descubrimientos que cambiarán para siempre nuestra forma de vivir. La Triaca de… Al Faruq —vaciló—, es uno de ellos. Y nos valdremos de otra invención, que nuestro soberano ha sabido traer hasta nosotros, para hacer que el conocimiento de la Triaca llegue a todos los rincones. Ha sido deseo de Hasday ben Shaprut usar los pliegos de papel que hemos acertado a fabricar, para difundir entre todos aquellos que estén interesados copias de la receta de tan excelente remedio. Que se extienda así su conocimiento por la ciudad, y aun por todas las coras, para beneficio general de nuestro pueblo. Y que sea por todos conocido que también en el perfeccionamiento de la técnica de elaboración de papel ha ejercido Hasday ben Shaprut un influjo determinante, pues, de igual manera que ha sabido encontrar la fórmula oculta de la Triaca, ha sabido traer a Qurtuba, desde el Oriente lejano, la manera de mejorar la calidad de este nuevo milagro.

Al pronunciar las últimas palabras, alzó varios pliegos finísimos, blanquecinos y de corte idéntico, cubiertos con la apretada caligrafía árabe que resumía, en delgados cuadernillos cosidos, la manera de elaborar la Triaca de Al Faruq. De nuevo un murmullo de admiración surgió del auditorio, que observaba aquel prodigio por vez primera.

—Nunca más habrá escasez de pergaminos —siguió el visir—, nunca más será preciso raspar viejas obras para reescribir sobre ellas. A partir de trapos y tejidos de ínfima calidad, seremos capaces de abastecer de este excelente soporte para la escritura a todas nuestras bibliotecas, salas de copia y dependencias del gobierno. El Estado ostentará el monopolio de su fabricación y concederá licencias a quien lo requiera. Los ingresos obtenidos revertirán en la adquisición de nuevas obras para nuestras bibliotecas, de manera que el conocimiento y el progreso fluyan hacia nuestra ciudad desde todos los rincones del orbe.

Hasday, todavía de pie frente al atril, había seguido el discurso del visir tan encandilado como el resto del auditorio. Era la primera vez que lo oía hablar en público, y tomó nota del lenguaje que utilizaba, de su entonación, atractiva y eficaz…

Se sorprendió al oír de nuevo la voz del director.

—La junta docente del *bimaristán* y de la *madrása* estima la sobresaliente evolución de Hasday ben Shaprut durante su período de formación, el más breve en la historia de esta institución. Por eso se complace en otorgarle el diploma que le acredita como *tabīb*, y le otorga el derecho al ejercicio de la medicina donde tenga a bien asentarse.

A una señal de Ibn al Mayid, Hasday se aproximó al estrado y recogió de sus manos el rollo de pergamino con el que culminaban todas sus expectativas. Un grito de apoyo surgió de la zona que ocupaban sus antiguos compañeros en la *madrása*, y este a su vez desencadenó el aplauso generalizado de todos los asistentes. A su espalda, sin embargo, el director del *bimaristán* hacía gestos rogando silencio.

—En este joven —dijo cuando logró hacerse oír— concurren circunstancias

excepcionales. Por su contribución decisiva a los objetivos de esta institución en el campo de la botánica y la farmacia, por su inagotable deseo de saber y por la sobrada capacidad que ha demostrado en estos dos años escasos de formación en los que ha sido asombro de todos los *hakūma* que componen esta junta, hemos decidido, de forma unánime, otorgarle en este mismo acto el título de *hakīm*.

Hasday abrió los ojos de forma exagerada y sintió, estremecido, que todo el vello de su cuerpo se erizaba. Vio que los asistentes de la primera fila se miraban unos a otros y sonreían. El salón se convirtió en un coro de voces asombradas, de risas y exclamaciones. Miró a Abu Ya’far, en pie, y lo vio aplaudir despacio, tratando de contener la emoción. Esta vez fue el visir Ibn Nabîl quien se acercó a él con un nuevo pergamino, que le entregó antes de fundirse con él en un abrazo mientras le murmuraba parabienes al oído.

Con los títulos de *tabīb* y *hakīm* en la mano, apocado y sobrecogido, se dio la vuelta para enfrentarse al auditorio. Su mirada se alzó hacia la galería, donde Ishaq, Umarit y Nora estaban fundidos en un abrazo mientras lo miraban, sin ocultar las lágrimas que se deslizaban por sus rostros. También Hakim y Firuze se abrazaban mientras su pequeño Ya’qûb, llamado así en memoria de su hermano, lo observaba todo con cara de asombro. Ida, la vieja cocinera, parecía desvanecida, y Ofra la abanicaba con la palma de la mano. Saruq alzó la mano derecha y trazó el signo de la victoria en el aire.

No tuvo tiempo de abandonarse a las emociones, pues un instante después estaba rodeado por sus viejos maestros y por personajes de alto rango a quienes desconocía por completo.

El visir Ibn Nabîl se abrió paso de nuevo entre ellos, lo tomó por el brazo y lo apartó un momento del gentío.

—Hay algo más que debes saber.

—No estoy preparado para más emociones —bromeó Hasday—. Las piernas dejarán de sostenerme.

—En ese caso, siéntate —contestó el visir—. Porque es deseo del califa Al Nāsir recibirte en audiencia privada. Mañana, tras la oración del viernes.

23

Ni el rumor de la lluvia que había comenzado a caer sobre Qurtuba aquella tarde de otoño ni la compañía de los suyos, ni siquiera la infusión de hojas de tilo que se había hecho preparar, conseguían aliviar la ansiedad que le atenazaba el vientre y le impedía probar bocado. Se hallaban todos reunidos en la sala principal de la nueva *almúnya*, donde el calor de la lumbre empezaba a resultar agradable. Había divanes y pequeños escabeles por toda la estancia y, entre ellos, pequeñas mesas bajas de taracea, al estilo árabe, soportaban las numerosas viandas que salían de la cocina. Algunos, sin embargo, preferían conversar bajo las arcadas de madera del pórtico exterior, disfrutando de la lluvia que caía mansa sobre el jardín, unos pasos más allá, del olor a tierra mojada y de la vista del cauce del Ūadi al Kabir a la luz del crepúsculo. Allí estaban el director del *bimaristán*, el *hakīm* Abu Ya'far y el resto de los *hakūma* que habían aceptado la invitación de Hasday.

—¿Y mi atuendo? —se preguntó, al tiempo que abría los brazos con las palmas extendidas y se miraba—. ¿Cómo debe vestir un médico recién diplomado para acudir a una audiencia con el califa?

Hakim rio.

—Ni siquiera antes del juicio, cuando cabía la posibilidad de que fueras azotado y recluido en las mazmorras, incluso condenado a muerte, te vi temblar de esa manera.

—¿Qué dices? ¡No estoy temblando! —protestó Hasday, y levantó la mano a la altura del pecho. Incluso él se rio al verse los dedos, trémulos.

—Ten calma, Hasday. No es la primera vez que asistes a recepciones con gente principal, y siempre has salido airoso —lo tranquilizó Ishaq—. De hecho, tu compostura y tus respuestas solían despertar los halagos de los invitados.

—Por fortuna, no te faltará una buena túnica de seda blanca, como corresponde a tu nueva condición de *hakīm* —terció Nora, comprensiva—. Yo misma te la ajustaré si es necesario.

—La experiencia me dice que, más que al atavío, debes prestar atención a tu actitud, a los gestos y a las indicaciones que te darán los chambelanes —aconsejó Ishaq—. Nunca he tratado con el soberano, pero sí con muchos de sus gobernadores de provincias, y sé que, en ocasiones, quienes ocupan las altas magistraturas valoran más la franqueza y la lealtad que la afectación y la impostura.

—¿Acaso no tratas a diario con un visir? —intervino Umarit.

—¿Ibn Nabîl? Con él es distinto, nunca lo he considerado un personaje principal, me otorgó su confianza desde el primer día.

—¿Y quién te dice que con Al Nāsir no será igual?

—En lo que todos coinciden es en señalar que, desde su proclamación como califa, el ceremonial y el protocolo que se observan en el *alqásr* son abrumadores para quien accede al soberano por primera vez.

—Ese visir te habrá hablado del trato que exige Al Nāsir en sus audiencias —

razonó Ishaq.

—Al menos una vez a la semana comparte audiencia con el califa y con el resto de los ministros. —Hasday asintió—. Pero todo ha sido tan repentino que no he tenido tiempo de pedirle consejo.

—Acude mañana a la mezquita aljama. Todos los visires estarán presentes durante la oración del viernes, quizá puedas entrevistarte con él antes de acudir al palacio.

Hasday asintió y pareció tranquilizarse. Sin embargo, otra nueva sombra nubló su semblante.

—¿Y los regalos? Es costumbre ofrecer algún presente al califa.

—En eso puedo aconsejarte… —La voz de Abu Ya’far, que entraba del porche en ese momento, sorprendió a Hasday.

El círculo se amplió para hacer hueco al grupo que se incorporaba.

—Magnífica *almúnya*, Hasday. Propia de un *hakīm* —bromeó el director—. Sin embargo, empieza a refrescar, y nuestra edad y nuestro oficio nos obligan a ser prudentes.

—Hasday parece tener dudas sobre el presente más adecuado para nuestro soberano… —señaló Abu Ya’far a los recién llegados.

—Ah, precisamente estábamos hablando de eso, estimado colega —siguió el director, con cierto tono de chanza al recordar la recién adquirida condición de Hasday—. Si algo apreciará Al Nāsir, me consta, es una vasija colmada del remedio que tienes preparado. De hecho, estoy seguro de que su descubrimiento es el motivo de la llamada.

—Pero está incompleta, y debe fermentar durante meses… —objetó Hasday.

—Estoy convencido de que la impaciencia consume a nuestro soberano. Quizá podrías ofrecerle el presente junto con las instrucciones para que sus médicos personales culminen su preparación con los trasvases y filtrados que sean oportunos.

Hasday quedó pensativo, pero, por su expresión, la idea le agradaba.

—El *bimaristán* te proporcionará un recipiente adecuado para el regalo, si no dispones de él —se adelantó el director.

Hasday comprendió de inmediato la intención de Ibn al Mayid. La financiación del hospital y de la *madrása* dependían en gran parte de la generosidad del califa.

—Le haré entrega de la Triaca de Al Faruq en nombre de su descubridor y en nombre del *bimaristán* de Qurtuba —afirmó para satisfacción de todos los *hakūma*.

—Quizá puedas completar tu regalo con parte del cargamento de papel que hemos traído de Yayyán —le recordó Ishaq.

Hasday sintió que se sonrojaba. Recordó que no había compartido aquel detalle con sus maestros.

—Disponía ya de una partida de papel importado de Oriente —explicó—. De excelente calidad.

—En ese caso, el califa se sentirá doblemente halagado —respondió Abu Ya’far,

sin dar señales de extrañeza—. No puedo imaginar presentes que puedan resultarle más preciosos.

Las decenas de lamparillas repartidas por la amplia sala y la lumbre que ardía en la chimenea eran ya las únicas fuentes de luz. Resultaba curioso contemplar una construcción como aquella, edificada al estilo de las casas de campo que los miembros de la *jassa qurtubí* disfrutaban en la ribera del río y en la cercana campiña… con la sala principal presidida por una enorme *menorah*. La lluvia había hecho que cayera la noche con rapidez. Hasday se había sentado con sus nuevos colegas y conversaban sobre proyectos futuros que, de forma inaudita para él, lo incluían. Comían con apetito las viandas distribuidas por las mesas.

Ishaq, Nora y Umarit mantenían también una charla animada con Hakim, Firuze y Saruq. Ida, Ofra y Rashid habían declinado la invitación de Hasday para que compartieran la velada con ellos en aquella ocasión y permanecían en las cocinas acompañando en la mesa a los demás sirvientes.

Hakim se levantó y salió de la sala para regresar un instante después. Al cabo de un momento, los sentidos de Hasday le advirtieron de algo inusual. Era un olor que llegaba de la cocina y que lo invadía todo, un aroma familiar que lo trasladaba a Yayyán. Se puso en pie de un salto, ante la sorpresa de sus acompañantes.

—¡Hakim! —gritó, asombrado.

La amplia sonrisa del joven iluminó su rostro moreno. También Firuze sonreía.

—¿De dónde lo has sacado? ¡Creía que se había destruido todo!

—Y así fue. Pero te recuerdo que ahora soy mercader, y te aseguro que tu padre tiene excelentes contactos en todos los puertos del Bahr Arrūm.

—¡Has traído más *qahwah*!

—¡Chsss! —repuso Hakim, entre risas—. Es nuestro secreto. Esta vez nada de cultivarlo ni dar voces. Solo para nosotros, y para aquellos de nuestros amigos que juren guardar silencio.

Hasday se volvió hacia los *hakūma*.

—Mi mejor amigo nos ha reservado una sorpresa para terminar la velada. Se trata de una planta que llegamos a cultivar en Yayyán. Además de resultar deliciosa al paladar, la infusión de sus semillas tostadas tiene un efecto increíble: ahuyenta el sueño —explicó—. Se me llegó a acusar de brujería por extender su uso y el *qādī*, alentado por los ulemas y alfaquíes, decidió prohibir su uso.

—¡He oído hablar de ella! —contestó Abu Ya’far, excitado—. ¿Es que contigo no se terminan las sorpresas?

—Ya habéis oído a Hakim. ¿Puedo contar con vuestra discreción?

Abu Ya’far se apresuró a responder por todos.

—¿Acaso lo dudas? Considéralo una revelación profesional. En este momento, nos acogemos a nuestro juramento y quedamos obligados por el secreto. —Rio.

—Quizá después no podáis conciliar el sueño… —advirtió, risueño.

—Dedicaremos la noche a meditar… —respondió el director de la *madrása*—

acerca de la bendición que Allah ha derramado sobre nosotros trayéndote a Qurtuba.

Hakim se acercó a Hasday y le habló al oído.

—Solo he empleado una pequeña cantidad. Quizá mañana puedas entregar a Al Nāsir un tercer regalo que, sin duda, sabrá apreciar.

Ada, oronda, sonriente y satisfecha, entró en la sala con una gran bandeja de cobre repleta de vasos. En el centro, una jarra de metal bruñido dejaba escapar el aroma del *qahwah*, que invadía ya la estancia.

La alcoba en la que descansaba Qâsim se encontraba caldeada por un fuego en el ángulo más alejado, pero, a pesar de ello, se encontraba arrebujado entre la ropa de la cama cuando Hasday abrió la puerta que comunicaba con la galería. El anciano entreabrió los ojos y la sonrisa que se dibujó en sus labios al reconocerlo sustituyó al rictus de dolor anterior.

—¡Hasday! —pronunció su nombre con un tono en el que se mezclaban la sorpresa y el agradecimiento—. Buenos días. ¡Tampoco hoy me vas a privar de tu presencia!

—Hoy menos que nunca, Qâsim. ¿Cómo has sabido que soy yo?

—Supongo que por la forma de entrar… Y recuerda que aún percibo los contornos de las siluetas.

—¿Cómo te encuentras?

El médico hizo un gesto de resignación.

—Duele, muchacho. Este cangrejo que me devora las entrañas se despierta de vez en cuando. Gracias al Todopoderoso, tenemos en nuestras manos la manera de hacerlo soportable.

—¿Quieres ahora tu porción? —preguntó afligido, señalando a la redoma que descansaba sobre una pequeña mesa junto al lecho.

Qâsim asintió.

—Sí, por favor. Quiero disfrutar de la jornada, imaginar en cada instante lo que puedes estar viviendo. Intuyo que va a ser un día trascendental para ti.

—Sin duda lo será. —Hasday sonrió mientras se acercaba a preparar la dosis del bebedizo—. Pocos son los que tienen acceso a una audiencia privada con el califa.

—No temo a la muerte, Hasday. Allah me ha proporcionado una vida plena y feliz, sobre todo en los últimos años, junto a ti. Si algo me afligía era no poder ver culminado tu ascenso, que daba por seguro desde que te conocí en Yayyán. Pero hoy, por fin, estarás en lo más alto.

—Y todo te lo debo a ti.

El anciano exhaló el aire con fuerza al tratar de reír y de nuevo su semblante se turbó por el dolor.

—Yo solo he sido el instrumento del que Dios se ha servido para encauzar tu talento. Pero es ahora, a punto de alcanzar tu meta, cuando debes extremar el cuidado. Las tentaciones se multiplicarán, surgirán enemigos por doquier. Y las caídas desde lo alto son mucho más dolorosas que los tropiezos que has sufrido hasta

ahora.

Hasday asintió despacio mientras trataba de asimilar el sabio consejo y se dispuso a incorporar al viejo maestro para hacerle tomar su dosis de opio. Se extrañó de poder hacerlo sin apenas esfuerzo.

—¿Comes lo suficiente? —preguntó—. Has adelgazado mucho.

—Es el cangrejo —trató de bromear el anciano—. Crece cada día y lo devora todo. Pero no hablemos de mí, hoy es tu día.

—Esta tarde volveré para contarte todos los detalles —prometió con voz animada.

—Te esperaré despierto. Y, si me vence el sueño, le pediré a Hakim una taza de *qahwah*. —Rio.

—Maldito bribón, Hakim. —Hasday rio a su vez—. ¿Sabes que le llevo una muestra a Al Nāsir? ¿Crees que lo sabrá apreciar?

—¡Sin duda! Pero asegúrate de que no sospechan de sus propiedades los ulemas que sin duda lo rodearán…

—Se lo presentaré como un secreto de alquimista, solo al alcance de un soberano como él.

—Eso le agradará. —Qâsim rio siguiendo la chanza.

Había dejado de llover, pero el camino seguía embarrado, y Hasday decidió no bajar del mulo que lo había llevado hasta la Bab al Qántara antes de pisar sobre el empedrado. Hakim montaba otra mula que portaba en la grupa dos fardos de papel, amén de un saco de semillas tostadas de *qahwah*. Rashid y uno de los sirvientes de la *almúnya* los acompañaban a pie. El mulero llevaba las riendas en la mano, y el segundo, la bolsa de cuero repujado que contenía la Triaca de Al Faruq en una jarra de alabastro labrado.

No hacía mucho que se había oído el canto de los muecines llamando a los fieles a la oración en la multitud de mezquitas de la ciudad y, sin duda, Al Nāsir se encontraría aún en el interior de la fabulosa mezquita aljama presidiendo la ceremonia en calidad de califa, la más alta autoridad religiosa entre los creyentes, el representante de Allah entre los hombres. Hasday se estremeció al recordar que aquella misma jornada se encontraría ante él. No había aglomeraciones ante la puerta que se abría al puente, pues la mayor parte de los habitantes de la ciudad llenaba en aquel momento los oratorios, por eso la proporción de judíos y mozárabes era mayor de lo habitual entre quienes se disponían a atravesar la enorme arcada de acceso al recinto amurallado. Las medidas de seguridad eran más estrictas de lo habitual y Hasday supuso que se debía a que Al Nāsir se hallaba en las dependencias del *alqásr*. Desde tiempos del emir Abd Allah, sin embargo, el soberano accedía a la mezquita mayor a través del *sabat*, un paso elevado que la unía al palacio. A través de aquella galería cubierta, se accedía a la *maqsura*, el recinto acotado para el soberano y su séquito, levantado junto al *mihrab*, que lo aislaba del resto de los fieles para asegurar su privacidad y su protección.

Nada más atravesar la puerta del puente, se encontraron en el espacio abierto que constituía el corazón de la *madīna*. Frente a ellos, la calle se perdía en las entrañas de la ciudad, precisamente bajo el *sabat*. A su derecha se alzaba el soberbio muro occidental que cerraba el *harām* del templo, y más allá se adivinaba la puerta por la que se accedía al patio de las abluciones. A la izquierda, imponentes, se alzaban los enormes sillares de piedra que servían de base al palacio califal. La altura de los muros que los rodeaban impedía que la luz del sol alcanzara el pavimento, lo cual acentuaba la sensación de pequeñez de cualquiera que entrara en la ciudad por aquel lugar.

También Hasday se sintió insignificante, y de nuevo un puño pareció cerrarse en torno a su estómago cuando se aproximaron a la puerta principal del *alqásr*. En los tres años que llevaba en Qurtuba, nunca había accedido al palacio por aquel lugar, sino por la puerta lateral que daba a la biblioteca. Se apeó del mulo a escasa distancia de la guardia de soldados eslavos que vigilaban el acceso, ataviados de manera que un visitante poco avisado, de tropezarse con uno de ellos en uno de los salones del palacio, bien hubiera podido tomarlo por un visir. Los *saqāliba* ya habían reparado en ellos y no quitaron ojo mientras Rashid desataba los fardos sujetos a la grupa del mulo. Hasday, entretanto, buscó el salvoconducto que le habían proporcionado.

—Hasta aquí podemos acompañarte. —Hakim sonrió.

—Me alegro de que estés aquí —respondió Hasday, alzando la vista a lo alto de los muros que estaba a punto de atravesar. Por un momento pasaron por su mente las andanzas que habían vivido juntos desde niños.

Algo parecido debió de sucederle a Hakim.

—¿Hubieras imaginado este momento hace diez años, mientras cazábamos conejos en Yayyán para hurgar en sus tripas?

Hasday sonrió también, pero un ligero temblor le agitó el labio inferior. Se abrazaron.

—Que te vaya bien ahí dentro. En esta cueva no puedo entrar…

Esta vez Hasday soltó una carcajada, que le sirvió para aliviar la tensión. Hizo un gesto a los sirvientes, indicándoles que esperaran mientras se aproximaba a la guardia. Lo vieron entregar el salvoconducto y hablar señalando hacia ellos. Las lanzas cruzadas que cerraban el paso se retiraron al tiempo que la pesada puerta de madera labrada se abría desde el interior. Un instante después, cuatro ujieres, también ricamente ataviados, salieron y se hicieron cargo de los presentes que Hasday llevaba consigo. Tras un breve gesto de despedida, Hasday se perdió en el interior del *alqásr* califal.

Aquel lugar tenía poco que ver con la relativa sobriedad de las salas que había que atravesar para acceder a la biblioteca. Cada puerta se abría a una estancia decorada más ricamente que la anterior, con criados y chambelanes más altivos y ataviados con mayor lujo, que apenas hablaban para hacerse seguir a través de salones y galerías. Los suelos de mármol reflejaban la luz de amplios ventanales

cubiertos con vidrios, a través de los cuales se adivinaba la paz de los patios y los jardines interiores. A pesar de que era el momento de la oración del viernes, las estancias no se hallaban ni mucho menos desiertas. Supo que habían llegado a las estancias privadas del califa por los dos corpulentos guardias que custodiaban una hermosa arcada de herradura cerrada con una puerta de madera labrada. Tras la señal de uno de ellos, se abrió una pequeña rejilla camuflada en la taracea, poco después el paso quedó abierto desde el interior y Hasday fue invitado a franquearlo. Vio que otros dos guardias cerraban de nuevo los dos postigos y colocaban una sólida barra de bronce en sus soportes. Hasday se volvió entonces hacia la estancia a la que acababa de acceder, y su atención no se vio atraída por la exuberante decoración, los tapices, los estucos, las sedas y las lámparas, sino por el ser más extraordinario que hubiera contemplado jamás. Era un hombre, o al menos eso parecía, de cuatro codos de altura y no menos de diez arrobas. A pesar de su corpulencia, exhibía maneras exquisitas, vestía como un príncipe y su rostro estaba cubierto con afeites que solo había visto en el prostíbulo de Yayyán donde Hakim había conocido a Firuze.

—Bienvenido a las estancias privadas de Al Nāsir —dijo el eunuco con una inclinación casi imperceptible—. Puedes tomar asiento donde prefieras hasta que te reciba nuestro señor.

Hasday reparó en la decena de divanes que rodeaban pequeñas mesas, algunas repletas de frutas, dulces, encurtidos, salazones y frutos secos. Asintió y decidió seguir las indicaciones de su anfitrión. Un momento después, el eunuco había desaparecido tras unos pesados cortinajes.

Si hubiera tenido apetito, habría podido almorzar de manera opípara, pero su estómago parecía cerrado por aquel puño de hierro. Se levantó para caminar por el salón cuando empezó a resultarle molesto mantener la posición en el diván. Admiró los coloridos tapices, los soberbios muebles de taracea decorados con pan de oro y tiradores del mismo material, y se miró a sí mismo en un gran espejo de metal bruñido. Aparte de la vestimenta, que resultaba humilde en comparación con la de cualquier miembro de la guardia o del servicio, se había recortado el cabello y la barba, se había arreglado las uñas y, tras el baño, había utilizado una generosa dosis de albayalde para evitar la transpiración. Aun así, se sentía inseguro ante la perspectiva del encuentro. De lo que no albergaba dudas era de la necesidad de cubrirse la cabeza con la kipá que lo identificaba como un fiel judío. Era algo que deseaba dejar patente desde el primer momento de la audiencia.

La inquietud comenzaba a adueñarse de él cuando el eunuco apareció de nuevo entre los cortinajes, de manera sigilosa.

—Disculpa la tardanza, pero Al Nāsir debe atender múltiples compromisos —explicó asomando tan solo medio cuerpo, como si hubiera interrumpido sus tareas para mostrar ese detalle de cortesía—. En estos momentos recibe al *sahīb al saga*, el gran orfebre real, que le está mostrando las últimas creaciones de los talleres de palacio. Después llegará tu turno.

Hasday respiró hondo. Sintió que le sudaban las palmas de las manos. Comenzó a caminar en círculos de nuevo. Una hora más tarde le dolían las piernas, y experimentaba una sensación de irritación entremezclada con cierta inquietud ante la posibilidad de llegar tarde al inicio de las celebraciones del Shabat. Se abrió por fin una puerta situada al fondo en la que Hasday no había reparado, camuflada como estaba entre la decoración.

—Al Nāsir te recibirá ahora —anunció un nuevo chambelán—. Sígueme.

El recorrido por las estancias privadas del palacio parecía no tener fin. Se cruzaron con soldados *saqāliba*, eunucos, sirvientes y atareados funcionarios. Se adentraron en una zona de reciente construcción, al parecer la que el nuevo soberano había añadido al palacio tras su ascenso al poder, como era tradición desde el primer emir. La suntuosidad de aquel lugar superaba todo lo que había visto hasta el momento. Agradables corrientes de aire cálido y perfumado circulaban por las galerías, y soberbias alfombras cubrían gran parte del suelo de mármol. Todo ello, junto con los cientos de lamparillas que colgaban de los techos artesonados, creaba un ambiente relajado y acogedor.

El chambelán lo condujo hasta una puerta guardada por dos eunucos armados. Tiró con suavidad de un llamador que sobresalía de un zócalo azulejado y la puerta se abrió de inmediato. Ante él apareció el eunuco que lo había recibido horas antes. El hombre se volvió hacia el interior y Hasday lo oyó anunciar su llegada.

—Hasday ben Shaprut, *sahīb*, el nuevo *hakīm* de la *madrása*, hijo como sabes de Ishaq ben Shaprut, vuestro principal agente comercial en Yayyán.

A una señal del eunuco, Hasday entró en la estancia.

—Prostérnate ante nuestro califa Al Nāsir li dīn Allah, aquel que hace triunfar la religión de Allah —ordenó con aire grandilocuente cuando estuvo a su lado.

Hasday inclinó la cabeza en señal de respeto y avanzó así hasta acercarse al soberano. Después clavó la rodilla derecha en la alfombra, alzó la vista para poder tomar la mano que Al Nāsir le tendía y besó el sello real que lucía en el dedo anular.

—Soy el fiel servidor del califa y acudo a su llamada —recitó la fórmula con solemnidad, exenta sin embargo de afectación. Sabía que el protocolo desde la proclamación del califato exigía que los súbditos se dirigieran al soberano hablándole en tercera persona.

—Levántate, Hasday. Tu padre me ha servido bien desde mi ascenso al trono y sigue haciéndolo. Si no recuerdo mal, disfruta de la concesión para la explotación del cinabrio en las minas de Al Ma’dín. Sin ese preciado metal, nuestros orfebres no tendrían dónde engastar las magníficas piedras que labran.

Hasday reparó en una mesa baja repleta de piezas de joyería. Sin duda eran las que había llevado consigo el *sahīb al saga* y se preguntó si aquel deslumbrante montón de zafiros, rubíes, esmeraldas, diamantes y amatistas, todos encastrados en pesadas piezas de oro, era la producción del taller real de todo un año o solo un pequeño muestrario.

—Tomemos asiento…

El califa le dio la espalda. Hasday nunca había estado tan cerca de él. En contadas ocasiones, lo había visto a caballo, con motivo de los desfiles de celebración que se habían celebrado en Qurtuba en los últimos tiempos. En ese momento comprobó que, en efecto, era un hombre corpulento, aunque la desproporción entre el torso vigoroso y las piernas, demasiado cortas, resultaba evidente. Sus rasgos apenas se correspondían con los de un hombre árabe, algo que tampoco resultaba extraño, teniendo en cuenta que tres de sus cuatro abuelos eran de origen vascón. Se dirigió a un diván forrado de seda blanca, el color predominante en aquel magnífico salón de recepciones, el que servía para identificar a la dinastía Omeya. Hasday esperó un segundo antes de girarse para seguirlo y solo entonces comprobó que no estaban solos. Sin duda debió de quedarse boquiabierto, a juzgar por la expresión risueña de Al Nāsir y del joven que esperaba en pie, detrás del diván al que este se dirigía.

—Creo que ya os conocéis. Es mi hijo primogénito y heredero, Al Hakam.

Sonrojado, Hasday se inclinó de nuevo en señal de respeto ante el muchacho con el que tantas veces había conversado en la biblioteca de aquel mismo palacio.

—Debéis excusarme, desconocía que…

—No es preciso —atajó el príncipe—. A veces es necesario ocultar tu condición para conseguir un trato franco y exento de artificios.

—Él fue el primero que me habló de ti —explicó el califa—. He de decir que en los términos más elogiosos… y confío en el criterio de mi hijo tanto como en el mío propio. Los detalles que he conocido después no han hecho sino confirmar la opinión que ya me había forjado sobre tu valía, joven *hakīm*.

—No sé qué decir… —balbuceó Hasday, azorado—. Solo me dedico en cuerpo y alma a mi pasión.

—Pocos han conseguido tanto en tan poco tiempo —objetó Al Nāsir, al tiempo que regresaba al lugar que había ocupado antes. Cogió un collar de oro cuajado de zafiros—. ¿Ves esto? Muchos matarían por él. Pero para mí no vale nada, excepto por el valor que le dé aquel que lo reciba como regalo. ¿Tienes esposa?

Hasday asintió.

—Toma. Es tuyo. Llévaselo cuando regreses a casa. —Al Nāsir alzó la mano para acallar el conato de negativa de Hasday, que se vio con el collar colgando entre sus dedos—. Con una palmada, mañana tendría cientos como ese. Pero hay algo que no se puede pagar con todo el oro que se acumula en los sótanos de este palacio: miles de quintales, purificado por cierto con el cinabrio que tu padre nos proporciona. ¿Sabes a qué me refiero?

Hasday negó, aunque adivinaba lo que iría a continuación. No deseaba parecer presuntuoso.

—La salud, la vida… De nada sirven todas las riquezas si Allah Todopoderoso, el que me ha enviado, no nos conserva con salud. Los aduladores que me rodean, ulemas, *fityān*, visires… todos coinciden en que soy el que los creyentes esperaban, el

Enviado. Quizá lo habría creído si hubiera podido hacer algo para prolongar un minuto la vida de aquellos a los que más amaba. Primero fue mi querido hermano, que murió siendo niño tras ser mordido por una víbora ante mis propios ojos, en los jardines de este mismo palacio. Desde entonces sufro de un miedo cerval a esos seres inmundos, a su ponzoña, a todos los venenos… Después fue Badr, mi preceptor, el hombre que me condujo de la mano hasta el lugar que ocupo, el verdadero artífice del advenimiento del califato y la prosperidad en la que hoy vive Al Ándalus. Era el ser más querido para mí, más que mi propia madre. Y murió sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo. ¿Lo entiendes? Hasta hoy no creía ser ese Enviado, me faltaba lo fundamental.

Al Nāsir alzó la mirada e hizo un gesto al eunuco que permanecía en pie junto a la entrada.

—Ignoro si habéis sido presentados. Es Chafar, uno de mis *fityān*, quizás el más apreciado, aunque no está bien que lo diga en su presencia. Acércame el verdadero tesoro, más que cualquier piedra preciosa, el valioso regalo con el que Hasday nos obsequia.

El eunuco desapareció un momento y regresó con la jarra de alabastro labrado que contenía la triaca. Apartó collares, pulseras, gargantillas y diademas y, con exquisito cuidado, depositó el recipiente en el centro de la mesa.

—Al Hakam sabe bien cuánto tiempo llevaba tratando de obtener la fórmula de la triaca, el remedio universal contra los venenos y contra muchos otros males, cuya composición ha sido un secreto de reyes y emperadores. He enviado embajadores a Bizancio, seguro de que allí la conocen. Los que han regresado lo han hecho con las manos vacías. Hasta que Allah, el Clemente, el Misericordioso, te ha hecho llegar aquí, te ha revelado lo que estaba oculto, para que lo interpretes y nos lo transmitas. Ya no es solo un secreto de reyes y emperadores lejanos, ahora está también en manos del califa de Al Ándalus.

Al Nāsir se levantó y, con cuidado, alzó la pieza de alabastro. Retiró la tapa de bronce que la cubría y examinó el interior. Después acercó la nariz e inspiró con fuerza, a la vez que entrecerraba los ojos.

—Ahora empiezo a creer que Allah Todopoderoso ha puesto sus ojos en mí y me ha querido hacer partícipe de la última verdad que me estaba velada.

Hasday permanecía en pie, sobrecogido por el discurso de Al Nāsir. Concebía su descubrimiento de forma más pragmática, como resultado de la observación y la deducción lógica. Observó que Al Hakam escuchaba a su padre con una sonrisa de satisfacción. Ante el silencio de ambos, Hasday se atrevió a intervenir.

—Si el califa, mi señor, me lo permite, me gustaría hacer dos precisiones. La primera se refiere al descubrimiento de la fórmula. El príncipe Al Hakam sabe bien que uno de vuestros escribas, Muhammad al Faruq, desempeñó un papel fundamental en el hallazgo. Por eso decidí bautizarla como la Triaca de Al Faruq…

—Algo que te honra y habla bien a las claras de tu generosidad —intervino el

joven Al Hakam.

—Por otra parte, la receta es extremadamente compleja y hasta el momento está incompleta, aunque he de decir que no creo que los ingredientes que nos faltan alteren su eficacia de forma sustancial. Sin embargo, el proceso de maduración de la mezcla llevará meses y, mientras tanto, no se puede garantizar que sus resultados sean los deseados.

—Así pues, no está ultimada —concluyó Al Nāsir sin ocultar un gesto de contrariedad.

—No lo está, y vuestros médicos necesitarán instrucciones precisas para finalizar su preparación y dejar el remedio listo para su correcta administración.

Al Nāsir se volvió con expresión indescifrable.

—No se me ocurre nadie más adecuado que tú para asumir esa tarea —dejó caer al fin—. Espero que tengas a bien aceptar tu nuevo puesto como médico personal del califa de Qurtuba y de su familia.

Llegó a la sinagoga cuando el rabino daba comienzo al servicio religioso que marcaba el inicio del Shabat. Se colocó junto a su padre, que, por un breve instante, lo interrogó con la mirada. Hasday asintió con la cabeza, dando a entender que la audiencia había transcurrido de la forma prevista. Pero la noticia le quemaba en los labios. Luchó por mantener la atención en la lectura de la Torah, aunque le fue imposible. En aquel momento solo le venían a la mente fórmulas de agradecimiento a Dios por las bendiciones que derramaba sobre él. Ansiaba el momento de regresar a la *almúnya* para despertar a Qâsim y contarle que acababa de convertirse en médico del soberano más poderoso de Occidente. Respondió de forma mecánica a las oraciones y a los cantos —aquel día Dios sabría perdonarle— y se dejó arrastrar por la multitud que salía del recinto sagrado al finalizar el servicio.

De forma aparentemente casual, Ishaq y él acabaron en un rincón apartado de los dos ríos de hombres y mujeres que confluían en el exterior.

—¡Padre! —exclamó entonces—. Hay algo importante que he de contarte: ¡he sido nombrado médico personal de Al Nāsir y de su familia!

Vio que Ishaq lo miraba de frente y sus ojos se llenaban de lágrimas. Entonces se acercó y lo besó en la frente.

—Tu madre y yo estamos orgullosos de ti, hijo mío.

En ese momento, Hasday echó en falta a Nora y a Umarit. Ya no quedaban muchos fieles por salir de la sinagoga.

—¿Dónde están? —preguntó, sintiendo que de nuevo se le formaba un nudo en el pecho—. Tus lágrimas no son de alegría, ¿no es cierto? ¿Qué ocurre, padre? ¡Habla!

—Qâsim ha muerto, hijo —dijo con tristeza infinita.

TERCERA PARTE

24

Diario de la a'saifa emprendida por el califa
Abd al Rahman III
en el mes de Ramadán del año 327 de la Hégira

Viernes, 7 de Ramadán del año 327 de la Hégira
(29 de junio de 939).

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso. Fiel a la acendrada costumbre que mantengo desde el primer año de mi reinado, doy inicio a este cuaderno de campaña con la esperanza de que el Todopoderoso haga de él el último, pues los infieles verán en esta campaña del Supremo Poder que nada pueden contra Su voluntad, y habrán de avenirse a la obediencia definitiva ante nos, Al Nāsir li dīn Allah, el Enviado, el que hace triunfar la religión verdadera.

La memoria es frágil, la palabra se ve arrastrada por el viento y, si el Misericordioso concedió a sus criaturas el milagro de la escritura, yo lo aprovecharé para perpetuar el recuerdo de las hazañas del mayor ejército jamás reunido en la tierra de Al Ándalus. Por vez primera, el amanuense transcribe mi dictado sobre papel, la nueva bendición con la que el Clemente nos ha distinguido, haciendo uso del saber y del acierto de mi visir Bahir ibn Nabîl y de mi médico Hasday ben Shaprut. Cada día doy gracias a Allah por haberlos traído a mi lado, y por ello deseo dejar constancia de sus nombres al comienzo de este diario.

Doy inicio a la crónica en el arrabal de Qurtuba, el viernes día séptimo de Ramadán, víspera de la partida. Un mes se alarga ya la parada de tropas ante estos muros, un plazo que a nadie extraña al ver la inmensa multitud congregada en respuesta a mi llamamiento. Han estado los gobernadores de Al Ándalus a la altura del ruego contenido en mis misivas: «Sea en esta ocasión vuestra leva, más que leva, congregación». Se han sumado a la guerra santa nuestros aliados del Maghrib, las tribus bereberes que nos deben obediencia, los habitantes de las costas del Al Gârb y todos aquellos que deben su prosperidad y fían su seguridad a nos. Sin embargo, son los *qurtubíes* quienes contribuyen más pesadamente, para impedir así a los provincianos cualquier intento de excusarse.

Hoy ha alcanzado la concentración el colmo, y aún nos esperan las fuerzas de las marcas que se unirán a nosotros en Tulaytula, y más allá en el caso de nuestros aliados, los tuchibíes de Saraqūsta, a quienes Allah ha hecho entrar en razón después de años de desvarío y trato con los infieles. Los miles de hombres concentrados, los pertrechos militares, la ingente caballería y las flamantes armas, llenan los descampados que rodean la capital. No quedan mulos ni acémilas en Al Ándalus, pues todos se precisan para acarrear tal impedimenta. Nunca un gobernante entre mis antecesores ha transportado un peso como el que mañana partirá hacia tierra de

infieles conmigo al frente. Quedará la capital en manos de mi amado hijo y heredero, Al Hakam, que a sus veinticuatro años muestra trazas del buen gobernante que llegará a ser, Allah lo quiera. Solo El que todo lo ve conoce el día en que haya de ponerse el punto final a esta campaña. A Él, al Clemente, al Misericordioso, se encomienda su servidor para alcanzar la victoria.

Lunes, primero de Sawwal del año 327 de la Hégira

(22 de julio de 939).

Acampamos en Tulaytula cuando quedaban siete noches de Ramadán y allí permanecimos seis jornadas a la espera de reunir a todo nuestro ejército. Jamás sufrieron estas tierras el paso de tan numeroso contingente. Mis generales estiman que, una vez reunidos los refuerzos de Saraqūsta, podremos oponer a los infieles no menos de cien mil almas dispuestas a la guerra santa. Y digo «sufrir» porque aldeas, alquerías, campos y ciudades quedan saqueadas a nuestro paso. Alimentar a tal muchedumbre es un trabajo ímprobo para nuestros intendentes, que se adelantan para requisar cosechas, segarlas si es necesario y moler el grano. Consiguen así la harina necesaria para el funcionamiento de los hornos de pan, los de las ciudades que atravesamos y los portátiles que viajan con nosotros, que hacemos trabajar sin descanso.

Cuatro días habían transcurrido desde que dejáramos atrás la capital de la Marca y, acogidos en la fortaleza de Olmos, asistimos a un fenómeno que ha venido a trastocar la tranquilidad y los buenos augurios. Porque al amanecer del viernes, cuando el sol se alzaba ya sobre el perfil de los montes, este se vino a oscurecer por completo hasta hacer noche de la mañana. Volvieron a brillar los luceros, y un gran temor se instaló entre los combatientes. Más de una hora se prolongó tal anomalía, que tornó en caras largas el semblante de mis visires y altos oficiales.

Solo hay algo más admirable que asistir a un amanecer que se torna noche cerrada, y es el hecho de que, ya antes de nuestra partida, había sido advertido de tal posibilidad por uno de los astrónomos de la corte. Avisados, pues, y bien aconsejados, supimos reaccionar ante tan infausto augurio: me mostré fuera de la *qūbba* real revestido con mi mejor cota de malla, a la que el brillo recuperado del sol arrancaba destellos del oro que la cubre, y me hice presente ante nuestras tropas. En mi arenga les pedí el mayor ardor ante la decisiva batalla que se aproxima, para hacer que Allah, quien apagando el sol nos ha enviado su advertencia, se muestre satisfecho con la actitud de sus fieles guerreros. Alcé ante sus ojos el Qur'ān que me acompaña, cuyas guardas cubiertas de piedras preciosas despertaron la admiración de los más cercanos, quienes con sus aclamaciones despertaron las del resto de la milicia congregada[10].

Ayer, domingo, se ordenó hacer alto en el puerto de Tablada, en medio de la niebla más densa. Los observadores, sin poder ver el cielo, se mostraron inseguros a la hora de determinar el creciente de Sawwal, de forma que mandé que aún se tomara el día como de Ramadán, para romper el ayuno en la jornada de hoy, lunes.

Tras la celebración en campaña, irrumpimos en territorio enemigo, en dirección a Zamora, en busca de Ramiro, el rey de los malditos. Solo Allah sabe si, tomada la ciudad, el camino hacia León quedará expedito. Las avanzadillas y los informadores regresan con informes precisos acerca de los movimientos de las mesnadas de los infieles. Si no se engañan, el rey de León y sus condes reúnen a sus tropas en la villa de Simancas, que pretenden convertir en escudo de su reino. Hacia allí se dirige también el conde de Castilla, Fernán González, ante quien cualquier estratega juicioso debería mostrar temor y respeto. Las últimas noticias hablan de que la reina Toda de Pamplona, regente y mujer de armas tomar, cabalga en pos del encuentro junto a su hijo García Sánchez, aún menor de edad, al frente de una numerosa hueste de infieles.

Por nuestra parte, espero la llegada desde Saraqūsta de las tropas reclutadas en la Marca Superior, con Muhammad ibn Hassim al Tuchibí al mando.

Que Allah guíe nuestros pasos cuando se acerca el momento de la verdad.

Lunes, último día de Sawwal del año 327 de la Hégira

(19 de agosto de 939).

Me engañaba, y me engaño ahora si pretendo que alguien va a tener ante sus ojos algún día esta crónica que escribo. Soy yo mismo quien toma el cálamo, al abrigo de esta fortaleza de la que ignoro incluso el nombre, de regreso a Qurtuba. El desastre es de tal magnitud que ni siquiera conozco el paradero de mi escribano. Quizás esté muerto también. Si me obligo a sentarme frente al pliego en esta desolada alcoba, en medio del páramo, no es ya para guardar para la posteridad la crónica de un soberano poderoso e invicto. Trato solo de poner orden en medio de la aflicción y el desconcierto, analizar las causas verdaderas de la Suprema Derrota, y no las que aparecerán escritas en las crónicas oficiales. Trato de descargar mi alma en este trozo de pergamino que, con seguridad, acabará consumido por las llamas.

Releo lo que hace un mes, ufano, dictaba a mi escribano acerca del mayor ejército jamás reunido por ninguno de mis antepasados. Lo que no está escrito es que en el corazón de ese mismo ejército viajaban el germen de la desafección y la semilla de la traición. Solo unos pocos de mis íntimos se habían atrevido a insinuarlo. Recuerdo ahora las palabras de Hasday ben Shaprut que acallé con un puñetazo sobre la mesa a la vez que le conminaba a ocuparse de sus remedios y de los bebedizos con los que me tortura. ¿Por qué pienso ahora en él? No es solo porque eche en falta sus manos, que sanarían sin dolor mis heridas, no como los carniceros que me acompañan en campaña. Debí prestar oído a sus palabras, a los temores que trataba de trasladarme… y que para desgracia nuestra se han materializado. Prometo, y aquí queda escrito, que en el futuro no estaré sordo a sus consejos, que, demasiado tarde, se han revelado acertados.

Me hablaba del descontento que creía apreciar entre los miembros de la nobleza árabe, que se sentía desplazada por el ascenso dentro de mi administración de miembros de otras minorías: eslavos, bereberes y muladíes hispanos. También de

judíos, como él. Cierto es que habían llegado a mis oídos veladas protestas por la cercanía de que disfrutaban hombres como el propio Hasday. Pero desde el inicio de mi reinado he apreciado más la valía personal de mis colaboradores próximos que los méritos de sus antepasados. Quizás el error fundamental fue el nombramiento de Nayda ibn Hussain, un eslavo, como *qaīd* del ejército. ¿Explicaría eso el comportamiento del resto de mis generales durante la batalla? Reflexiono sobre ello y siento crecer la certeza, al tiempo que se enciende en mí el deseo de castigar semejante traición como se merece.

Todo comenzó mal aquel martes, mediado el mes de Sawwal, cuando nuestro inmenso ejército alcanzó las proximidades de Simancas, junto al Ūadi Bisūrqa, que los infieles llaman Pisuerga. Muhammad ibn Hashim, señor de Saraqūsta, se había adelantado a nuestras fuerzas para cruzar el río en busca del enemigo, congregado en el llano que hay entre la ciudad y el cauce. Trabó fiero combate con las tropas de los infieles hasta que las hizo retroceder para refugiarse en la ciudad. Leoneses, asturianos, gallegos, castellanos y pamploneses se animaron mutuamente a repeler el ataque y de nuevo cayeron sobre él en dura batalla. Muhammad fue desmontado y, sin poder recuperar el caballo, se le echaron encima los enemigos de Allah hasta hacerlo prisionero.

No fue posible ocultar a nuestras tropas aquel mal presagio, y el recuerdo de aquella jornada en que el sol se ocultó a la vista de los creyentes regresó a sus mentes. Al día siguiente, el *qaīd* Nayda ibn Hussain hizo avanzar al grueso del ejército hasta las puertas de Simancas y presentó combate en la mañana del jueves. Yo mismo, armada la *qūbba* en el altozano más seguro del entorno, fui testigo del choque. En el primer momento se rompieron las líneas cristianas, pero consiguieron rehacerse, hasta que el final del día vino a poner fin a las hostilidades sin un claro vencedor, aunque con bajas muy considerables en los dos bandos.

Aquella noche, en la *qūbba*, quedaron claras las disensiones entre el *qaīd* y algunos de los generales encabezados por Furtún ibn Muhammad. El uso de la caballería estuvo en el centro de la polémica. Furtún defendía que nuestras cabalgaduras y nuestros jinetes, ligeros y rápidos, ejercen su mejor papel en campo abierto, mediante maniobras envolventes del enemigo, pero nada podían hacer en un ataque frontal a la caballería cristiana, pesada, inamovible y resistente. Achacaban a Nayda ibn Hussain no haber atraído a las fuerzas cristianas a campo más abierto. Le acusaban también de no haber dado tregua a nuestras tropas después de la larga marcha desde Qurtuba, antes de enfrentarse a un enemigo descansado y a la espera. El *qaīd* insistió en nuestra superioridad en número y dio las órdenes necesarias para completar la aniquilación de los infieles en la jornada siguiente, viernes, en la que podríamos ofrecer la victoria como mejor forma de oración.

De nuevo se entabló la batalla poco después del amanecer, con gran resistencia por parte de los condes reunidos. Las bajas eran incontables, sobre todo entre la infantería y las tropas de leva. Y entonces, ante las órdenes de un nuevo ataque de

nuestro *qaīd*, se hicieron presentes el disenso y la traición. Furtún primero y otros después permitieron el retroceso de sus unidades, que terminó en vergonzosa desbandada. A la vista de lo que sucedía en el campo de batalla, estimé oportuno ordenar una retirada general. El castigo infligido a las fuerzas reunidas en torno a Ramiro, en su propio territorio, sería advertencia suficiente de lo que podía esperarles si persistían en su actitud de provocación.

Pero nuestro Nayda ibn Hussain había perdido la capacidad para organizar a la totalidad del ejército, las unidades solo obedecían a sus propios generales y no a su *qaīd*, y el repliegue se convirtió en fuga desorganizada. Sin la adecuada protección de la retaguardia ante el acoso que emprendieron los infieles, la atención estaba más puesta en defenderse de su continuo hostigamiento que en planificar un avance organizado. Y así fue como el domingo, tras dos días de retirada, acosado desde los altos en una tierra que el maldito Ramiro conocía bien, nuestro ejército fue conducido hasta el borde de un profundo barranco, del que los hombres no pudieron escapar. Arropado por mi guardia personal y por las tropas de élite, tratando de mantenerme firme para rehacer a mis súbditos, fui sin embargo testigo de la manera en que nuestros reclutas eran pisoteados por las bestias, cuando no se despeñaban.

Por fin, advertido por los más cercanos del peligro inminente para mi persona, el mismo califa se vio obligado a entrar allí con ellos y, herido, solo consiguió pasar con sus soldados al precio de abandonar el real con todos los símbolos de poder, incluidos el Qur'ān con el que me solazaba y la cota de malla recubierta de oro. Jamás olvidaré la visión de aquel barranco colmatado por cadáveres de hombres y bestias, que permitió así el paso de los pocos miles de hombres que, a lomos de sus cabalgaduras y picando espuelas, salvaron así sus vidas. Una vez más se cebó la muerte entre los reclutas y las levas, y son las tropas regulares y de élite y la caballería los que ahora me acompañan en este doliente regreso a Qurtuba.

Cada minuto de reflexión hace más evidente la traición de algunos de los más notables militares, quienes, rencorosos contra su soberano y contra el *qaīd* que les había nombrado, rompieron filas e iniciaron la desbandada, atrayendo a los musulmanes a la derrota. Furtún ibn Muhammad fue el primero, y ya viaja, junto a varios iguales, cargado de cadenas, con la única esperanza de que el Todopoderoso haga descargar un rayo sobre mi *haymah*, pues sabe bien que lo primero que he de hacer al entrar en Qurtuba, antes de atravesar las puertas del *alqásr*, es contemplar su crucifixión a orillas del Ūadi al Kabir.

25

Año 940

—Deberías ser prudente y guardarte las espaldas —señaló el príncipe Al Hakam—. Tu creciente proximidad con mi padre despierta recelos.

Hasday levantó la cabeza del viejo volumen en latín y sonrió.

—Soy consciente de ello, pero vos siempre habéis alentado esa proximidad con vuestros desmedidos elogios hacia mí.

—¿Es eso acaso una crítica al príncipe heredero? —Sonrió a su vez.

Hasday comprendió que Al Hakam estaba contento. El hecho de que pudiera permitirse el lujo de pasar la jornada entera en la biblioteca era garantía de buen humor. El libro que en aquel momento tenía delante, y que anotaba como era su costumbre, era una genealogía de los omeyas, una de sus grandes pasiones. Si es que había una sola materia, científica o humanística, que no constituyera una pasión para aquel joven pelirrojo, desgarbado y de barbilla prominente que había hecho de aquel lugar su refugio. Eso los había ligado de manera inseparable, hasta el punto de despertar las murmuraciones de funcionarios y miembros de la *jassa* palaciega. Y es que a nadie se le ocultaba la ya abierta homosexualidad del príncipe heredero, quien a sus veinticuatro años no había tomado esposa y parecía hacer caso omiso a las esclavas que languidecían en su *harem*.

Era la única sombra que se había interpuesto en su amistad. No porque a Hasday le molestaran los rumores, ni porque cuestionara su inclinación, sino porque temía que la cercanía y la afinidad terminaran generando expectativas en el joven. Cien veces lo había sorprendido observándolo y sabía que sentía atracción por él, aunque Hasday siempre hubiera dejado clara su tendencia y el amor por su esposa. Pero no eran el califa ni su hijo hombres acostubrados a aceptar una negativa por respuesta, y cualquiera de ellos podía pasar, por despecho, de la más íntima amistad al odio más acervo.

Sucedía con Al Nāsir, quien después de la derrota de Simancas había dejado salir a la luz la parte más cruel y perversa de su persona, sin que nadie fuera capaz de pronunciar en voz alta la más mínima crítica a sus excesos. Se había comentado el episodio en que ordenara quemar con velas la cara de una concubina que le había apartado el rostro cuando se disponía a besarla. Pero mayor conmoción causó la noticia que solo unas semanas atrás había sacudido las estancias del *alqásr*: de madrugada había hecho llamar al verdugo de palacio a sus estancias privadas y, sin más explicación, le ordenó decapitar a una esclava que no había sabido satisfacerle. El hombre había acudido a la llamada cargado con su tocón de madera, una alfombrilla engrasada y su pesado y aterrador alfanje. Después de extender en el suelo la estera, procedió a ejecutar la orden sin que le temblara el pulso. Las perlas de la gargantilla que lucía la infortunada se perdieron por la estancia y el propio verdugo

fue el encargado de recogerlas antes de entregárselas a uno de los eunucos. Al Nāsir las hizo contar y, seguro de su honradez tras comprobar que no faltaba ninguna, se las ofreció como regalo. En Qurtuba se murmuraba que, desde aquel día, el verdugo se comportaba como el hombre rico que era, y con una parte de aquel pequeño tesoro había podido adquirir una espaciosa casa donde vivía junto a su esposa y sus hijos, servidos por varios esclavos.

En realidad, tras la derrota de Simancas, habían cambiado muchas cosas dentro del *alqásr*. Lo primero que hizo el califa a su regreso, tal como había prometido, fue crucificar en la ribera del Ūadi al Kabir a Furtún ibn Muhammad, a quien hizo responsable de la derrota. Pero en los días siguientes medio centenar de oficiales del ejército siguieron la misma suerte. El Rasif, la calzada que bordeaba el río ante las murallas del palacio califal, se pobló de cadáveres crucificados o empalados, que permanecieron allí durante meses, como advertencia para todos aquellos que osaran traicionar los intereses de Qurtuba por motivos espurios.

El último verano se había enviado una nueva aceifa contra los infieles, esta vez con notable éxito. De hecho, el desfile triunfal a su regreso había alterado la vida normal de la ciudad y fue motivo de regocijo para los ciudadanos, ansiosos de victorias. Su califa se la ofrecía entonces, y la prueba de que la ira de Allah había caído sobre los politeístas del norte eran los cientos de cabezas conservadas en sal y empaladas en picas que habían recorrido las calzadas entre el alborozo general y los vítores a Al Nāsir.

En realidad, las aclamaciones deberían haberse dirigido a los generales que habían comandado aquella expedición, porque el soberano había desestimado la posibilidad de repetir la amarga experiencia del año anterior. De hecho, su círculo más cercano sabía de su intención de no volver a encabezar una aceifa. En aquellos meses no había vuelto a salir de Qurtuba, y había dedicado todo su tiempo, todo su interés y gran parte del presupuesto del Estado a impulsar la construcción de la Madīnat al Zahra, la ciudad palatina iniciada cuatro años atrás en las faldas del Yabal al Arús, el monte de la Desposada, a cuatro millas de Qurtuba, que empezaba ya a alzarse majestuosa dominando la campiña.

Aparte de los visires, solo dos hombres habían tenido acceso al califa en aquellos últimos meses. Uno era Maslama ibn Abd Allah, el maestro alarife, arquitecto y principal responsable de la nueva ciudad-palacio. El califa departía con él cada mañana, tras la primera oración, recabando información sobre el avance de las obras, modificando los planos con él, añadiendo nuevos detalles que hicieran de la Madīnat al Zahra la ciudad que de forma definitiva mostrara al mundo el poder del legítimo califa, aquel que descendía en línea directa del primero de ellos. Una ciudad destinada, sobre todo, a dejar en la sombra la Al Mahdiyya levantada cerca de Qayrawán por el falso califa fatimí, Al Mahdi. Un ejército de esclavos y alarifes había trabajado de sol a sol aterrazando la ladera de la montaña, donde iba a representarse la disposición querida por el Todopoderoso: Al Nāsir, el Elegido, en lo

más alto, dentro de su nuevo *alqásr*, rodeado por sus íntimos. En el escalón intermedio, las dependencias palatinas y de la administración del Estado, el gran salón de recepciones destinado a deslumbrar a cuantos se acercaran con sus embajadas a la nueva sede el califato, rodeado de fuentes, estanques y jardines, como si de un paraíso en la Tierra se tratara. Y por fin, en el escalón inferior, las viviendas de cuantos trabajarían en la nueva ciudad, cortesanos, funcionarios, jueces, médicos, poetas…, con una gran mezquita, y todo cercado por una imponente muralla horadada por las soberbias puertas que solo los elegidos podrían franquear.

Aparte de Maslama y del príncipe heredero, solo alguien más tenía acceso directo al soberano. Se trataba del hombre que debía proporcionarle cierta seguridad tras la purga de altos oficiales del ejército y miembros de la administración, de los que igualmente se había deshecho. El temor a la venganza, a un intento de derrocamiento, el miedo al veneno que había terminado con la vida de muchos que le habían precedido en el ejercicio del poder, habían abierto las puertas de las estancias privadas de Al Nāsir al médico que tenía en sus manos el remedio contra todos los venenos y el conocimiento necesario para utilizarlo. Hasday, aun sin pretenderlo, se había convertido en consejero, confidente…, en el hombre a quien el califa, el más poderoso soberano de Occidente, se confiaba, hasta el punto de confesarle todos sus miedos, de trasladarle los remordimientos que a veces lo atormentaban. En esos momentos, las enseñanzas del viejo Qâsim regresaban al recuerdo de Hasday, y salían de su boca en forma de acertados consejos que el soberano había terminado apreciando, pues contribuían a aliviar su tribulación.

Así, en aquellos meses, Hasday había estado presente en muchas de las audiencias con los visires, con los generales del ejército, con embajadores extranjeros… Había sido testigo de los entresijos de la política, de los motivos últimos que impulsaban a un soberano a tomar sus decisiones, y en ocasiones ese conocimiento le causaba pavor. Con estupor, había descubierto que no siempre era el cálculo político de los intereses que más convenían al Estado el que determinaba el contenido de un edicto, de una respuesta a una embajada o una orden al jefe del ejército. A veces tenía más peso la predicción de un astrólogo o la promesa de un suculento regalo por parte de un súbdito o un reyezuelo de Ifriqiya.

Con todo, a Hasday le había vuelto a suceder. Igual que el acceso a los primeros libros había desatado su pasión por conocer el saber que contenían, igual que el estudio de las primeras hierbas había despertado su interés por la botánica y las plantas medicinales, Hasday descubría entonces el apasionante mundo de las relaciones políticas y comerciales entre los estados. Por vez primera escuchaba hablar del *qaīd* de Fraxinetum, de la república de Amalfi, del conde Suniario de Barcelona, del emperador de Bizancio, del rey García Sánchez de Pamplona, del conde Fernán González de Castilla, de Al Qaim, el nuevo califa fatimí, tan falso como su padre, Al Mahdi… Y descubría que todos ellos estaban relacionados entre sí y, a su vez, con Qurtuba, en una confusa madeja de intereses que convertía en un reto cualquier

intento de desenredarla, incluso de comprenderla. Lo malo para Hasday era su incapacidad para resistirse a tales retos intelectuales, y pronto se vio atrapado en aquel mundo que le abría las puertas.

El príncipe Al Hakam, de manera despreocupada, salvó la distancia que separaba su sitial de la entrada a la estancia reservada donde se encontraban. Observó durante un instante la gran sala de lectura y regresó, pero en esta ocasión lo hizo por el lado de la mesa que ocupaba Hasday. Se inclinó sobre él para mirar por encima de su hombro y, al hacerlo, su pecho le rozó la espalda.

—¿En qué andas enfrascado esta vez? —preguntó.

Hasday fue consciente del tono poco habitual de la voz del heredero. Sentía su aliento en la nuca, y lo envolvió el intenso perfume que llevaba. Respondió incómodo, sin poder moverse apenas.

—*De bello gallico*, «La guerra de la Galia» —tradujo al árabe—. De Julio César.

—Hummm… Puedes extraer grandes enseñanzas de sus obras. Tu dominio del latín es un privilegio del que pocos disfrutan —dijo acercándose aún más, como si quisiera leer algún párrafo.

—Precisamente son obras escritas con una gran perfección en el lenguaje —respondió. El pecho le rozaba la mesa, y la inclinación de su cabeza empezaba a resultar grotesca—. Me ayudan a mejorar mis conocimientos de esa lengua.

Hasday se levantó de improviso, y su movimiento sorprendió al príncipe, que retrocedió un paso.

—Pero no es de la obra de Julio César de lo que quería hablaros. Ayer mismo recibí una carta cuyo contenido me intriga, y que quería poner en vuestro conocimiento. —Mientras hablaba, Hasday extrajo un rollo de vitela fina, de la mejor calidad—. Procede del condado de Barcelona…

Al Hakam estalló entonces en una sonora carcajada.

—¡Perdóname, Hasday! Creo que me has malinterpretado.

—Probablemente, *sahīb*. —Hasday era incapaz de ocultar su azoramiento.

—Hasday, entre nosotros no hay secretos… Sabes bien de mis inclinaciones. ¡Pero no —soltó otra risotada—, no debes preocuparte! Tengo a mi alcance todo lo que necesito para satisfacer mis instintos, nunca se me ocurriría comprometer al médico de la familia real, uno de los consejeros más cercanos de mi padre. Me basta con los bellos efebos que visitan mis estancias cada noche.

—De ninguna manera me he sentido incomodado —mintió—. Solo quería mostraros la carta.

—Está bien —concedió con media sonrisa, apoyando ambas manos en la mesa para inclinarse sobre ella—. ¿Quién te escribe?

A Hasday no se le escapó que aquella postura trataba de ocultar un evidente abultamiento de la túnica por debajo de la cintura. Comprendió con temor que el príncipe heredero acababa de tener una erección.

—Es del privado de la condesa Riquilda, sobrina del conde Suniario de Barcelona

—se limitó a responder, tratando de sobreponerse a la sorpresa.

—¿Una carta de la corte de Barcelona dirigida a ti? —dijo sin disimular su extrañeza.

—El privado de la condesa es judío. Debo confesaros que no es la primera carta que recibo de correligionarios, a veces de lugares incluso más distantes que Barcelona. Supongo que la noticia de la cercanía de un judío al califa de Qurtuba está llegando lejos.

—¿En busca de qué? ¿Te piden acaso que seas tú quien traslade sus peticiones a mi padre?

—Eso parece. Pero antes de hacerlo me gustaría aclarar con vos algunos detalles que no alcanzo a comprender. Sé que vuestros preceptores se han ocupado de poneros al tanto de todos los aspectos relacionados con la política y la diplomacia.

Hasday le tendió la carta. También estaba escrita en latín, pero el príncipe la leyó sin vacilar. Después asintió.

—Así que el conde Suniario se enfrenta a oposición dentro de su propia familia, que además utiliza tu condición de judío para tratar de influir en la postura del califa.

—¿Qué sabéis vos de la situación?

Al Hakam sonrió. Pensó que era muy propio de Hasday exprimir al máximo todas las posibilidades de obtener información.

El príncipe se sentía a gusto en su presencia, pues reunía en la misma persona todo lo que más apreciaba: era bien parecido, de trato agradable, poseía una voz grave y ademanes que le resultaban en extremo sensuales, y una inteligencia muy superior a la de sus iguales. Era cierto que disponía de los más bellos esclavos que saciaban a diario sus necesidades físicas, pero echaba en falta en ellos la posibilidad de mantener una conversación profunda en la intimidad de sus aposentos y de compartir algo más que un miembro erecto.

—Tras la batalla de Simancas, el rey Ramiro de León no fue el único que salió reforzado —empezó, sentado de manera informal en el borde de la mesa—. El conde Fernán González de Castilla se reveló como un estratega y hombre de armas a tener en cuenta, sobre todo por su indisimulada pretensión de marcar distancias con el rey.

—Si no me equivoco, la pretensión de autonomía para su condado viene de antiguo.

—Y hace cuanto está en su mano para dejarlo claro. Recientemente ha anunciado su compromiso con Sancha, hermana del rey de Pamplona, García Sánchez.

—¿Con Sancha? ¿La misma Sancha, hija de la reina Toda y Sancho Garcés, que ya estuvo casada con el rey Ordoño de León y con Álvaro de Herrameliz, conde de Álava?

—Toda, la que fue reina regente de Pamplona, no empuña espada, pero es una consumada maestra en el manejo del cálamo para redactar partidas de matrimonio. Su hija Onneca fue esposa del rey Alfonso IV de León. Cuando Onneca murió, el rey decidió abdicar y cedió la corona a su hermano Ramiro, el actual monarca, para

retirarse a un monasterio. Sin embargo, al cabo de un tiempo, Alfonso cambió de opinión y, aprovechando que Ramiro había viajado a Tulaytula, sitiada entonces por mi padre, se proclamó rey de nuevo. Ramiro hubo de regresar precipitadamente, apresó a su hermano y lo hizo cegar, igual que al resto de los primos que pudieran mantener alguna aspiración al trono. Y entonces Toda se apresuró a casar a otra de sus hijas, Urraca, con el nuevo rey de León.

—Y ahora casa a su hija Sancha con el que puede hacer más sombra a Ramiro, el conde Fernán González.

—Un delicado juego de intereses, que refuerza así su poder frente al rey de León. Una de sus hijas casada con Ramiro II, y otra con su oponente político más destacado.

—Así es nuestra pariente, la vieja e indomable Toda.

—Algo que, si no me equivoco, nos resulta muy conveniente: la división entre León y Castilla es lo más deseable para nuestros intereses.

—De hecho, después de Simancas, no han unido sus fuerzas de nuevo, nuestra frontera ha dejado de sufrir sus acometidas y los triunfos de nuestros generales han vuelto a ser noticia.

—¿Y dónde encaja el conde Suniario en esa estrategia?

—La reina Toda ha sabido atraérselo, pues el condado de Barcelona y el joven rey de Pamplona han rubricado un acuerdo con el objeto de ganarnos terreno hasta hacer que nos retiremos al sur del Ūadi Ibrū.

—Sin embargo, la condesa Riquilda solicita en esta carta nuestra intervención.

—Es necesario remontarse unos años, pero lo comprenderás. —Al Hakam llamó a uno de los esclavos y, con un solo gesto de la mano derecha, le indicó sus deseos. El sirviente asintió y salió raudo en busca del servicio de té—. El conflicto con los condados catalanes se inició en tiempos del emir Abd Allah, cuando una escuadra procedente de Anbūras desembarcó en el puerto de Bayāna. Quemaron parte de las embarcaciones fondeadas y si no lo destruyeron por completo fue por la resistencia de sus habitantes y el empeño de su gobernador.

Hasday recordó al viejo Asbag. Tal vez se hubiera referido a aquel ataque en alguna de sus conversaciones, pues el episodio no le resultaba del todo desconocido. ¿O quizás había sido su padre? El detalle le refrescó la sensación de desasosiego que experimentaba a causa de la lejanía de sus padres, con quienes mantenía una relación epistolar. Era hora de proponerles un nuevo viaje a la capital, que no visitaban desde el año anterior.

—¿Por qué enviar una escuadra tan al sur con el único propósito de castigar un puerto comercial? —preguntó, sin embargo, obligándose a centrarse en la conversación.

—En represalia por los envites a los que las costas y los barcos catalanes se veían sometidos desde el enclave andalusí de Fraxinetum.

—Habladme de ello. De Fraxinetum habla precisamente el valido de la condesa

en su carta.

—Y no es de extrañar. Es la piedra dentro de su zapato que permanece allí desde hace dos generaciones —bromeó—. Aunque conoces muchos detalles, empezaré desde el principio… Hará ya cincuenta años, una veintena de marinos procedentes de Bayāna, reforzados por otros de Turtūsha, lograron desembarcar en las costas de la Provenza y se hicieron fuertes en el Yabal al Qilal, el monte de las Cumbres[11]. Se hicieron con el control de la zona, engrosaron sus fuerzas con nuevos pobladores musulmanes y construyeron un asentamiento amurallado.

—Me recuerda a lo que hizo Umar ibn Hafsún en las cumbres de Rayya.

—En realidad es muy similar, casi coetáneo, solo que en este caso el asentamiento está enclavado en medio de territorio cristiano. Y desde allí llevan a cabo razias en territorios incluso cercanos a los Alpes y han llegado a alcanzar la península itálica en sus incursiones.

—¿Y de qué viven, aislados entre el mar y el territorio cristiano?

—Del comercio de la madera, del pillaje, de la venta de esclavos capturados en las razias… y de la piratería en el mar. De hecho, como has podido leer en esa carta, entre los piratas de Fraxinetum y los de las Baleares, tienen atemorizados a los comerciantes francos e italianos a lo largo de toda la costa en esta zona del Bahr Arrūm.

—¿Qurtuba alienta la actividad de los piratas de Fraxinetum?

Al Hakam alzó la mirada, quizá sorprendido por la franqueza de Hasday al expresar sus dudas.

—Mis preceptores me han contado que el emirato obtuvo pingües beneficios de su actividad en forma de saqueos, de la venta de esclavos y de la ausencia de competencia comercial a causa del pillaje. Pero no podemos olvidar que parte de las plazas afectadas, Amalfi y las islas de Córcega y Cerdeña, son provincias bizantinas.

Hasday alzó las cejas. Parecía no comprender las implicaciones políticas de aquel detalle. Un sirviente entró con una bandeja en la que portaba una jarra de té humeante y aromático. El príncipe continuó hablando mientras lo servía en tazas de alabastro tallado.

—En los últimos tiempos, los intereses políticos de bizantinos y andalusíes parecen confluir frente al enemigo común que constituyen los fatimíes y su política expansionista en el Bahr Arrūm.

—Entiendo. Además, los intereses judíos en toda la zona son considerables. De ahí que quien me escriba sea un judío de Barcelona. Pero no alcanzo a entender su oposición frente al propio conde Suniario.

—El anterior conde de Barcelona murió cuando mi padre llegó al trono, en el año trescientos de nuestra era. Dejó una única heredera, la condesa Riquilda. Por ello, según las costumbres francas, el condado pasó a manos del hermano menor del difunto: el conde Suniario. Desde entonces, su único empeño ha sido pelear contra los musulmanes y fundar monasterios. Y para ello no ha dudado en aliarse con quienes

pudieran secundarlo en su terquedad. De ahí el acuerdo al que acaba de llegar con el nuevo rey de Pamplona, García Sánchez, aún bajo el influjo de su madre. Pero, como se desprende de esa carta, hay quien no está de acuerdo con esa política, y no es de extrañar que sean precisamente la condesa Riquilda y su privado judío. Piensan, con razón, que, abiertas las hostilidades de catalanes y pamploneses contra Qurtuba, los andalusíes iniciaremos una campaña de hostigamiento sin piedad contra los condados catalanes…

—Desde Fraxinetum y las Baleares, con apoyo de nuestra flota, se puede paralizar el comercio en el norte del Bahr Arrūm. Y ese comercio es la principal fuente de riqueza de catalanes, amalfitanos, genoveses…

—Lo has comprendido a la perfección. Se hallan en juego los intereses comerciales en la zona, por eso la condesa y su valido están en absoluto desacuerdo con el pacto que acaba de firmar Suniario con el rey de Pamplona. Y por el mismo motivo recurren a ti: para salvaguardar los intereses judíos, no ven otra salida que la paz con mi padre.

—¿De forma que debo poner esta carta en conocimiento de Al Nāsir?

—Quizá no sea propio de un médico ocuparse de estos asuntos, pero otros han elegido por ti. Lo que no puedes hacer de ninguna manera es ocultar su contenido. Intuyo que puede resultar importante para salvaguardar nuestros propios intereses.

—No es frecuente que acudas a mí sin que haya solicitado tu presencia —dijo el califa mientras Hasday se inclinaba en la alfombra para besar el sello real—. Gracias a Allah y a tus consejos, mi salud ha mejorado de forma notable desde…

Ya antes, Hasday había observado que Al Nāsir jamás mentaba el nombre de Simancas. O bien recurría a la elipsis, como en aquel momento, o bien utilizaba eufemismos, como «la campaña de la ignominia» o «el día de la traición».

—Me alegra oír tales palabras en boca del califa, mi señor —respondió.

Seguía utilizando un trato deferente y respetuoso, a pesar de los años que habían transcurrido y de la intimidad que habían llegado a alcanzar. Pocos conocían las miserias del soberano como él mismo. Sajar un absceso anal, reducir las hemorroides o tratar unas purgaciones dejaban poco sitio a la altivez y la petulancia. Aún así, no dejaba de observar el estricto protocolo impuesto en la corte, incluso en privado.

Tampoco eran muchos los que habían estado presentes durante los accesos de ira que, alternados con otros de profunda melancolía, habían asaltado al soberano en los últimos tiempos. Durante los primeros, adoptaba las dramáticas decisiones que habían diezmado a los mandos del ejército y habían depurado los cuadros de consejeros y colaboradores de palacio. En los momentos de depresión, en cambio, solo aceptaba la presencia de sus *fityān*… y la de Hasday. Él mismo había temido acabar siendo víctima de uno de aquellos ataques de ira. Había tenido que trasladarse a las dependencias del *alqásr* para acudir presto a sus llamadas a cualquier hora del día o de la noche, y lo hacía en vilo, pues cualquier falta de diligencia, un mal gesto incluso, era suficiente para que sonaran en el palacio los temidos pasos del verdugo.

Si algo había protegido su integridad, estaba seguro, era el propio miedo del califa. La desastrosa campaña del Supremo Poder había despertado en él los viejos temores a morir envenenado, y en esta ocasión incluso Hasday les daba crédito. No era de esperar que generales, consejeros, visires incluso, aguardaran de brazos cruzados el momento en que el soberano dictara su orden de ejecución. Se había reforzado la guardia *saqāliba* tanto en el interior del palacio como a las puertas de las estancias más privadas de Al Nāsir. Se había dado orden de registrar y cachear a cualquiera que hubiera de estar presente en la misma habitación que el califa, y eso incluía a sus esposas, sus hijos, las concubinas y los parientes cercanos. La sombra del miedo al arsénico, el veneno mudo, había hecho que no bebiera de una jarra ni tomara un bocado que antes no hubieran probado varios esclavos. Se había procurado varios tratados sobre los venenos y sus efectos, que consultaba sin cesar y, a cada momento, ponía a prueba los conocimientos de Hasday con sus preguntas. Conocía al dedillo los primeros síntomas de la ingestión de arsénico, de cicuta, de beleño, de digital, de ricino, de tejo, de mandrágora, de acónito, incluso de plomo o de mercurio. Tenía a su alcance la lista de antídotos conocidos y, sobre todo, una generosa porción de la Triaca de Al Faruq en su justo punto de maduración, custodiada por dos esclavos de confianza que respondían de ella con sus vidas.

También Hasday había sentido la mirada torva de Al Nāsir en la nuca y advertía el recelo en sus ojos claros cuando se acercaba a él con algún remedio prescrito para sus males. En ese caso, llamaba a un par de esclavos y les obligaba a ingerir una parte, y nunca pasaba menos de media jornada antes de que el califa accediera a imitarles. Tal demora hacía que los efectos de las tisanas relajantes y los brebajes ansiolíticos se retrasaran, y era entonces cuando crecían las listas de los colaboradores sometidos a depuración.

Afortunadamente, el tiempo transcurrido y el hecho de que el círculo íntimo de Al Nāsir se reducía ya a un pequeño número de colaboradores habían conseguido relajar la tensión. Además, las nuevas victorias de las tropas *qurtubíes* en la frontera y las noticias de las desavenencias en los reinos cristianos contribuían a mermar los efectos de la sonada derrota.

Fue Hasday, temeroso por la obcecación del califa en las primeras semanas, quien le había recomendado que centrara su mente en asuntos más placenteros. Empezaba a conocerlo bien, y sabía de su pasión por la arquitectura y el arte. Por suerte, Al Nāsir había seguido su consejo, y los nuevos planos de la Madīnat Al Zahra sustituyeron de forma gradual a los tratados sobre venenos. Las salidas del *alqásr* en compañía de Maslama ibn Abd Allah, el alarife real, empezaron a prodigarse, y fue ese nuevo bálsamo el que hizo regresar la paz al alma del califa. Al tiempo que se alzaban los muros de la nueva y deslumbrante ciudad palatina, en sus cimientos quedaban enterrados los viejos temores.

—¿Con qué me vas a sorprender esta vez? ¿Has de comunicarme algún otro hallazgo asombroso?

—No es eso, *sahīb* —respondió con recelo—. Se trata de una carta dirigida a mi persona que debo poner en vuestro conocimiento. Vuestro hijo Al Hakam ya está al tanto de su contenido y así me lo ha recomendado.

Hasday le tendió el rollo de fina vitela y Al Nāsir mantuvo levantadas las cejas, reclamando una explicación antes de comenzar la lectura.

—Procede de la corte de Barcelona, pero no es el conde Suniario quien la envía, sino el valido de su sobrina Riquilda. Al parecer, ambos pertenecen a una facción opuesta al tratado con el rey de Pamplona.

Al Nāsir desenrolló la vitela y empezó a leer con atención. Después alzó la vista y la clavó sobre Hasday.

—¡Judíos! —espetó.

Hasday sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Pero solo un instante después llegó la carcajada de Abd al Rahman.

—¡Maldita raza de intrigantes! —Rio—. A veces pienso que sois vosotros los que movéis el mundo a vuestro antojo, bajo una falsa apariencia de humildad y sometimiento. ¡Mírate! Eres hebreo, un joven médico que a los veinte años ya se había ganado el favor del califa de Qurtuba y que ahora viene a mí, no con un remedio para mis males, sino con la petición de una embajada que haga recapacitar al conde Suniario sobre su política de alianzas.

—He pensado que era mi deber ponerla en vuestro conocimiento.

—¡Y has hecho bien! No va nada descaminado ese correligionario tuyo. Tu padre ya me mostró que los judíos tenéis un don especial para los negocios. Y ese privado catalán parece compartirlo. Sabe bien que una ofensiva de pamploneses y catalanes en la frontera desataría las represalias de Qurtuba utilizando los enclaves de Baleares y Fraxinetum para hostigar sus navíos. Ellos serían los únicos perjudicados, los pamploneses no verían afectados sus intereses. Ni siquiera podrían colaborar en su defensa desde el interior. Esta vez mi tía, la reina Toda, se ha pasado de lista. —Rio de nuevo.

—¿Vuestra tía? —se atrevió a decir Hasday.

—Toda es hija de mi abuela Onneca, casada en segundas nupcias en Pamplona después de ser repudiada por mi abuelo, el emir Abd Allah. Mi difunto padre, Muhammad, y ella eran hermanastros.

—¿La conocéis en persona?

El califa sonrió.

—Es evidente que tu interés por la política es reciente. Ya estabas junto a mí hace seis años, cuando emprendimos la aceifa contra los tuchibíes de Saraqūsta. Tras cumplir con nuestra misión allí, la expedición tomaba rumbo a Pamplona cuando mi tía envió una embajada invocando sus lazos de parentesco para que se le concediera la paz y evitar que mi ejército hollara las tierras de su reino. La puse a prueba, imponiéndole la condición de que se presentara en persona en mi campamento como garantía de sus buenos propósitos. Estaba convencido de que jamás aceptaría, por su

conocido orgullo y por prudencia.

—Pero se presentó…, creo recordar.

—Con todo su séquito, incluido su hijo García Sánchez, que aquel año alcanzaba la mayoría de edad. Fue en Qalahūrra y, por supuesto, di la orden de que se la recibiera con grandes honores. La recepción y las conversaciones en la *qūbba* real se prolongaron durante días. Recordaba bien la anterior campaña, diez años antes, en la que su capital había resultado arrasada. En esta ocasión la reina se avino a prestarme vasallaje y sellamos un tratado de paz. Yo mismo reconocí en aquel momento a su hijo García como rey de Pamplona. Después proseguimos con la aceifa, pero las tierras arrasadas fueron las de Alaba y Al Qila.

—Sin embargo, estaba de nuevo junto al rey Ramiro en Simancas…

—Ramiro es ahora su yerno, y por tanto sus descendientes aspiran al trono de León.

—Y al condado de Castilla, por el matrimonio de Sancha con el conde Fernán González.

—Y no acaban ahí sus aspiraciones, a juzgar por esta carta… No me extrañaría saber de una nueva propuesta de matrimonio. —Sonrió. Después se quedó pensativo un instante y por fin asintió con la cabeza—. Enviaré esa embajada a Barcelona.

Hasday hizo ademán de retirarse.

—Si no necesitáis de mis servicios… —dijo con prudencia.

—El caso es que trato de pensar en un hombre adecuado para encabezar la delegación de Qurtuba. Quizá tú puedas ayudarme a elegirlo. En los últimos tiempos, mi círculo de colaboradores de confianza ha quedado muy reducido. Algo a lo que habrá que poner remedio…

—Sería conveniente que el elegido hablara latín con fluidez —aconsejó Hasday.

—Y que fuera judío, para entablar una relación cordial con el privado de la condesa. Además, contaría con el favor del *call* de Barcelona, la comunidad judía que controla el comercio catalán en el Bahr Arrūm.

—Quizá pueda encontrar al hombre que necesitáis en la aljama…

—No será necesario. —El califa negó con la cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisa enigmática—. El elegido debe contar con mi plena confianza. El hombre que necesito ya está aquí. Tú serás mi embajador en la corte de Suniario.

Hasday descabalgó a las puertas de las caballerizas. Los dos guardias armados que lo habían acompañado a caballo se aseguraron de que quedaba en manos de los soldados que, por empeño personal del califa, custodiaba la *almúnya* donde vivía junto a Umarit y sus dos hijos.

Mucho habían cambiado las cosas en aquella casa en los últimos años. Tras el enésimo aborto, Umarit se había dado por vencida. Había dejado de comprobar las fechas en el calendario y una mañana, durante el desayuno, antes de que Hasday partiera hacia el *alqásr*, consultó con su esposo la idea que le rondaba por la cabeza. Sabía de las carencias del *bimaristán* a la hora de disponer de personal femenino para

atender a las pacientes que acudían en busca de atención. Muchas de ellas acababan muriendo ante la negativa de sus maridos a que fueran atendidas por un varón. Hasday se había mostrado íntimamente encantado, pero expuso ante su esposa los numerosos inconvenientes con que se iba a topar en un mundo dominado por los hombres. Umarit parecía haberlos sopesado con detenimiento y se mantuvo firme en su deseo.

Ingresó como aprendiz en el *bimaristán* sin dificultad, después de años observando el ejercicio de su esposo y de Qâsim. Completó los cuatro cursos de formación, y ya llevaba otros cinco ejerciendo como *tabība*. Ismail había seguido siendo su ayudante durante todo aquel tiempo.

En aquellos años, habían dejado de practicar el sexo con la urgencia de conseguir un nuevo embarazo. En los escasos momentos de asueto en que coincidían, disfrutaban de él como antaño. La alcoba, abierta a los jardines de la *almúnya*, a la vista de la corriente mansa del Ūadi al Kabir, se había convertido en testigo de aquellos encuentros espaciados en los que el deseo se encendía igual que lo había hecho en aquel remoto granero de Yayyán. Y así, tras un tiempo en que la obsesión por conseguir un descendiente había quedado atrás, el año en que comenzaron a excavarse los cimientos de la Madīnat al Zahra, llegó al mundo el pequeño Yakob. Fue Umarit quien insistió en ponerle ese nombre y no otro, y Hasday lo aceptó con emoción. Dos años más tarde, en medio de la sorpresa de ambos, que habían dejado de albergar esperanzas hasta el momento mismo del alumbramiento, nació Yorán. Fue el padre quien escogió el nombre de su segundo hijo. Contaban ya cuatro y dos años, y Hasday, liberado de la obligación de pernoctar en el palacio, comenzaba a disfrutar de ellos.

Oyó sus risas al aproximarse a la puerta de la vivienda. También distinguió la voz grave y serena de Umarit, que se mezclaba con las órdenes de las ayas que durante la ausencia de ambos se ocupaban de los pequeños. Al recordar la noticia que portaba, sintió una punzada de culpa.

El rostro de Umarit se iluminó cuando Hasday abrió la puerta del zaguán.

—¡No te hemos oído llegar! —exclamó.

—¡No es extraño! —respondió Hasday, risueño.

Se agachó y abrió los brazos. Al instante Yakob se había arrojado entre ellos. Un momento después, vacilando, Yorán se sumó al abrazo.

—¡Papá, papá! —exclamó Yakob—. ¡Alí ha pescado un pez enorme!

—¡Pez! ¡Enorme! —repitió Yorán balbuceando.

Hasday rio con ganas.

—¡Ya tenemos cena! —contestó.

—¡No! —protestó Yakob—. ¡No me lo quiero comer! Está nadando en el estanque…

—En ese caso, será mejor que volvamos a soltarlo en el río, el estanque será muy pequeño para él —dijo dirigiéndose al sonriente Alí, uno de sus jóvenes sirvientes.

Desde que se habían instalado en la *almúnya*, Umarit había insistido en ser ella misma quien eligiera a sus ayudantes en la casa. Cuando era necesario, acudía al mercado de esclavos y pasaba jornadas enteras indagando, en busca de parejas de hermanos en el mismo trance que ella viviera años atrás. Alí era el menor de tres, con otro varón llamado Ahmed y Fátima, la mayor, una muchacha de dieciséis años de grandes ojos almendrados y piel morena. Procedían de la zona de Tahert y habían sido apresados en una de las campañas en las fronteras del imperio fatimí. En el momento de su captura, los tres llevaban más de un año malviviendo, huérfanos, al cuidado de Fátima. Desde su llegada a la *almúnya*, la muchacha no había dejado de repetir que el encuentro con Umarit había sido un regalo de Allah, quien, en su misericordia, había querido poner fin a su desgracia y compensaba con creces tantos años de sufrimiento.

Aquella noche los pequeños cayeron rendidos en sus lechos. Tras la cena, Hasday tomó a Umarit de la mano y la condujo al exterior. Las veredas empedradas que recorrían el jardín los llevaron a una pequeña glorieta que se asomaba al río. El tenue resplandor del ocaso aún les permitía contemplar sus rostros. Se recostaron en la balaustrada, frente a frente y, una vez más, el intenso azul de los ojos de Umarit accionó el resorte del deseo. Hasday la tomó por la cintura, la atrajo hacia sí y sus labios se unieron en silencio. La respuesta de Umarit fue inmediata, Hasday sintió cómo se le endurecían los pezones bajo la fina tela de la túnica. En ese momento sus labios se separaron, y Hasday soltó una carcajada.

—¿He hecho algo gracioso? —preguntó Umarit, sorprendida.

—¡No, no es eso! Perdóname. Es que hoy… es la segunda vez que mi contacto provoca una erección.

Umarit abrió los ojos de forma cómica, lo que provocó nuevas risas.

—No, no es lo que crees. —Bajó entonces la voz—. Otra vez él…

—¡Al Hakam! —exclamó.

—¡Chsss! —replicó Hasday—. Esto es algo entre tú y yo. Si se enterara de que me he ido de la lengua…

—Pero… ¿ha pasado algo? —preguntó sin ocultar su preocupación.

Hasday ahogó otra carcajada ante el gesto de Umarit.

—No, solo se ha acercado a mí por detrás y, al contacto con mis ropas, no ha podido evitar…

—Pero, Hasday, algo así puede comprometerte. Un rechazo a sus pretensiones podría tener resultados dramáticos.

—Precisamente te lo cuento porque me ha dejado claro que esas pretensiones no existen. Le basta con sus efebos. Y sabe que yo tan solo estoy perdidamente enamorado de mi esposa… —dijo, sonriendo con zalamería.

Sus labios se unieron de nuevo, antes incluso de que terminara la frase. Las manos de ambos se deslizaron por las suntuosas telas de sus túnicas, y la pasión se encendió en medio de la oscuridad.

Unos minutos después, exhausto sobre la espesa alfombra de hojarasca, Hasday se incorporó sobre el brazo y apoyó la mejilla en la mano.

—Hay algo que tengo que decirte.

—Lo sabía desde que has entrado por la puerta… —respondió Umarit. Sus labios dibujaban una línea recta. No mostraban alegría ni disgusto.

—Supongo que entre nosotros no puede haber secretos. —Hasday sonrió.

—¿De qué se trata?

—Al Nāsir me envía a Barcelona al frente de una embajada.

—¿Asuntos comerciales?

—No exactamente… La misión es más política. Se trata de evitar una alianza entre los condados catalanes y el reino de Pamplona contra los intereses de Qurtuba.

Umarit también se incorporó.

—Creo que, después de todo, seré yo la única que siga ejerciendo la medicina. ¿Cuándo? ¿Cuánto?

—En cuanto finalicen los preparativos. Una semana, quizá. Viajaremos por tierra. Tres semanas de camino…, de ida. Y tres de vuelta —añadió con aire de culpa—. Más lo que dure la misión.

—Tres meses, quizá —calculó Umarit—. Será duro.

—Para mí también lo será… —confesó Hasday. Pero fue como si las palabras quedaran congeladas en sus labios.

—¿Ibas a decir algo?

Hasday asintió, despacio. Después le acarició la mejilla con el índice.

—Ven conmigo —musitó.

Umarit dio un respingo.

—En el *bimaristán* me echarían de menos…

—Lo sé. Pero se las arreglarán. Nuestros pequeños también me echarían de menos. Tres largos meses…

—¿Y yo? ¿Te olvidas de mí? —Umarit tomó la mano de Hasday y la condujo de nuevo a su sexo.

—No podría olvidarme de ti…

—Entonces iré contigo.

26

—Es un regalo de Dios…

—¿Qué es un regalo de Dios? —inquirió Umarit, que no apartaba los ojos del pequeño Yorán, aferrado a su pecho a pesar de haber cumplido los dos años.

Hasday había aprovechado el alto en el camino para descabalgar y subir a la trasera del carro en el que viajaban su esposa y sus dos hijos en compañía de una de las ayas.

—Este paisaje —respondió él al tiempo que contemplaba el inmenso mar azul que se extendía ante ellos.

La comitiva remontaba la costa en dirección a Barsāluna, procedente de Turtūsha, la última *madīna* en la que se habían detenido.

—Nuestros hijos lo son —añadió Umarit, al ver que a Yakob le faltaba el tiempo para subirse encima de las rodillas de su padre.

—Cierto. —Hasday sonrió revolviendo el cabello largo y moreno de su primogénito—. Pero no me refería a esto… Hablo de este viaje, de la oportunidad que me ha concedido Al Nāsir. Aún no hemos llegado a nuestro destino y los frutos que ya he recogido compensan cualquier incomodidad o cualquier peligro que podamos correr.

La embajada estaba compuesta por una decena de hombres de la más variada condición: altos funcionarios de la cancillería y del tesoro, escribientes, un enviado del obispo metropolitano de Qurtuba, representantes del comercio de la capital, uno musulmán y otro judío. El califa no había escatimado en medios para protegerlos, y los acompañaba una unidad de jinetes bereberes formada por medio centenar de soldados con las mejores cabalgaduras. Esclavos, sirvientes y muleros completaban la comitiva.

Antes de la partida, no se había hablado de plazos, y el primero que se había guardado de hacerlo era el propio Hasday. Tenía intención de detenerse en las juderías más importantes del camino, y la primera había sido Tulaytula. Quedó impresionado por la ciudad en su conjunto, pero, sobre todo, por la aljama y por la pujanza de sus moradores. Era notable la influencia de la comunidad judía en el gobierno de la *madīna*, y tomó buena nota de ello. Allí obtuvo la primera prueba de algo que había de constatar durante el resto del trayecto: todos los notables de la comunidad conocían su nombre, los miembros del Consejo se disputaban la oportunidad de agasajarlo y hasta los ancianos escuchaban en silencio sus respuestas a las continuas cuestiones que sometían a su juicio.

Habría pecado de poco sincero de haber negado ser consciente de la atracción que ejercía sobre sus interlocutores, algo que había ido observando desde sus comienzos en Qurtuba. El propio príncipe Al Hakam le había hablado, con la sinceridad que le permitía su posición, de la impresión que causaba en quienes le escuchaban, de la seducción que ejercía con su voz bien modulada, con su actitud segura y su discurso

elocuente. Entonces no había prestado oídos a sus halagos, que creía encaminados a otro tipo de objetivos. En Tulaytula, por el contrario, había percibido admiración e interés genuino por sus opiniones. Y aquello había contribuido a disipar las dudas iniciales acerca de su capacidad para llevar a cabo una misión tan trascendental como la que le había encomendado Al Nāsir.

El asombro se había acrecentado cuando descubrió que el interés alcanzaba las aljamas más alejadas de la capital, situadas en la frontera misma. Desconocía de qué modo había llegado hasta ellos la noticia de su paso, pero en Qālat Ayyub recibió a una pequeña comitiva que representaba a las comunidades judías de Tarasūna, Tutīla y Qalahūrra. Había sido comisionada por sus notables para hacerle llegar un mensaje claro: no debía permitirse de ningún modo que la frontera del Ūadi Ibrū se convirtiera en el escenario de un enfrentamiento bélico entre cristianos y musulmanes, del que los judíos solo podían salir perjudicados. El río era una vía fundamental de comunicación del reino de León y los condados de Castilla y Alaba con los puertos del Mediterráneo, tanto comercial como de contacto con las comunidades judías de Turtūsha, Barsāluna, Besalú y Jarunda. Debía hacerse lo imposible para que el tratado entre el rey de Pamplona y el conde Sunyer no llegara a buen término. Un mensaje con la misma esencia le fue transmitido en Saraqūsta, pero no de forma tan vehemente como en la Madīnat Turtūsha. Allí, frente a las asombrosas atarazanas levantadas junto al río que tanto le habían recordado a las de Madīnat Bayāna, los atemorizados comerciantes de la ciudad, arremolinados en derredor, le habían comunicado su temor ante la posibilidad cierta de que la ciudad fuese el primer objetivo de la coalición formada tras el probable acuerdo.

Barsāluna se adivinaba ya desde los altos del camino, pues en lontananza se alzaba el Monte de los Judíos, donde, según tenía entendido Hasday, estos habían ubicado su cementerio principal. Por primera vez en sus casi treinta años de vida, pisaba tierra cristiana, algo que había resultado evidente en las últimas jornadas, a la vista de los numerosos monasterios que habían avistado. Era viernes, y dio orden de hacer alto a orillas de un caudaloso río para permitir que, a la sombra de un bosquecillo umbrío, los musulmanes de la comitiva cumplieran con el precepto de la oración de mediodía. Vadearon entonces el cauce y todos aprovecharon para quitarse de encima el polvo del camino y asearse en las cristalinas aguas del río. Compartieron después el almuerzo mientras secaban sus ropas al sol. Por fin, tras un breve descanso, se dispusieron a preparar la entrada en la ciudad. Se ataviaron con su mejor indumentaria, cubrieron las grupas de los caballos con vistosas gualdrapas y anudaron en el extremo de las lanzas los pendones blancos que distinguían a la dinastía omeya.

Hasday ejerció como jefe de la embajada cuando una delegación salió a su encuentro. Para su sorpresa, el hombre que la encabezaba se dirigió a él usando con esfuerzo un árabe apenas comprensible, de forma que manifestó su alivio con un suspiro cuando Hasday le respondió en el más ortodoxo latín. En nombre del conde

Sunyer, les dio la bienvenida, aunque les informó de que, en atención a la fecha, víspera de Shabat, la recepción oficial se retrasaría hasta la tarde del domingo, una vez concluidos los oficios religiosos de los tres credos. Les condujeron al interior de la ciudad en medio de la expectación de sus habitantes, que se arremolinaban a su paso. Los vistosos atuendos de los jinetes bereberes hacían que los niños, algunos a hombros de sus padres, otros encaramados en bancadas, abrevaderos o muretes, los observaran boquiabiertos. Un silencio reverente y curioso hacía que solo se oyera el entrechocar de los cascos de los caballos en el empedrado de la vieja ciudad de origen romano. También el pequeño Yakob contemplaba cuanto le rodeaba desde el pescante con una mezcla de asombro y temor. Llegaron a la entrada del *call*, donde los esperaba una representación de notables de la comunidad hebrea. Allí se apearon Hasday y su familia con los dos judíos que los acompañaban en la embajada y despidieron al resto, que continuaron su camino hacia los alojamientos que los acogerían en la ciudad. El hombre que parecía estar al frente se adelantó unos pasos.

—Mi nombre es Bernat, soy el privado de la condesa Riquilda. —Se fundió en un abrazo con él—. Os envía sus saludos y desea que te transmita el enorme agradecimiento que todos sentimos. Es un honor que tú, en persona, hayas accedido a estar hoy aquí. Nunca lo habríamos imaginado.

—El honor es mío —respondió Hasday con cortesía. La emoción que mostraba era auténtica—. Al Nāsir, mi señor, me ha concedido la gracia de encabezar esta misión.

Las presentaciones fueron breves, pues se acercaba el momento de acudir a la sinagoga, pero en el rostro de todos se reflejaba la honda satisfacción que les producía aquella visita. Una vez más, Hasday sintió que era el centro de atención. Al recorrer las estrechas calles de la aljama en dirección al oratorio, sentía las miradas fijas en él cuando desviaba la suya para contemplar algún detalle que atraía su atención.

La celebración del Shabat le hizo sentirse como en casa. Para su asombro, comprobó que las costumbres de los judíos de Barcelona apenas se diferenciaban de las de Qurtuba o las de Yayyán. Fueron agasajados durante toda la jornada en la residencia privada de Bernat, a la que acudieron destacados miembros de la comunidad. Hasday tuvo ocasión de escuchar detalles de la organización de la aljama, que, bajo el gobierno de un conde cristiano, estaba sometida a servidumbres y tributos similares a los que existían en Al Ándalus. Las preocupaciones que habían llevado a Hasday hasta Barcelona no tardaron en surgir en la conversación. La actividad comercial en torno al puerto era la fuente principal de ingresos de los habitantes de la ciudad, y se daba la circunstancia de que los mercaderes y armadores más prominentes, con intereses en toda la costa norte del Mediterráneo, desde las tierras de los francos a las italianas, habitaban en el *call*. No resultaba casual que el privado de la condesa fuera judío, igual que lo habían sido antaño el del conde Wifredo y el del propio Sunyer en los primeros años de su gobierno.

Bernat, apoyado por la condesa Riquilda, hija del conde Wifredo y sobrina, por tanto, de Sunyer, se mostraba tajante al considerar que tal cambio de política era una suerte de suicidio que conduciría a la ciudad y al condado a la inanidad. Hasday había comprendido, desde el momento en que recibió su epístola, que eran los intereses comerciales de sus correligionarios los que se veían amenazados. Sin embargo, de manera inteligente, Bernat utilizaba otro tipo de argumentos para apoyar sus demandas: demostrando manejar información que no estaba al alcance de cualquiera, argüía que Al Nāsir necesitaba nuevas alianzas para poder centrar sus esfuerzos en las auténticas amenazas para su poder. Recordó la reciente derrota en Simancas frente a Ramiro de León y a García Sánchez de Pamplona, el peligro incipiente que suponía el conde Fernán González de Castilla, y el enconado enfrentamiento con los fatimíes del norte de África.

El canto de los gallos sorprendió a Hasday despierto en su lecho la mañana del domingo. Era el día elegido para la recepción de la embajada, y sentía sobre sus hombros el peso de la responsabilidad. De Qurtuba llevaba la que Al Nāsir había descargado en él como representante de los intereses del califato. En Barcelona se encontró con la que sus hermanos de fe, a través de Bernat, depositaban en su capacidad. A lo largo de su trayectoria como médico había aprendido a asumir las consecuencias de sus decisiones, pero estas afectaban tan solo al paciente en cuestión. En esta ocasión viajaba con plenos poderes otorgados por el mismo califa, y de su habilidad en la negociación dependía el bienestar, quizá la propia vida, de miles de hombres y mujeres que jamás llegaría a conocer.

Umarit descansaba plácidamente a su lado, y la visión de su cuerpo apenas cubierto por la suave sábana de lino le recordó la pasión con que lo había recibido la noche anterior. Yakob y Yorán dormían en la alcoba contigua en compañía de su aya Fátima, y deseó que hubieran podido acompañarlo en la visita que estaba a punto de realizar al puerto de la ciudad.

Se aseó con precaución para no alterar el sueño de Umarit y, al salir de la alcoba, el aroma del pan recién horneado inundaba la casa. Encontró a Bernat levantado. Poco después se sumaron a ellos los otros dos miembros judíos de la delegación: el representante de los comerciantes de Qurtuba y el funcionario del tesoro. A pesar de todo, desayunó con apetito en su compañía antes de acudir a la sinagoga. Aquel día en sus oraciones rogó por llegar a la noche con el ánimo pleno de satisfacción, señal de que las negociaciones se habrían desarrollado según lo previsto. Pero tal cosa dependía de demasiados factores cuyo control estaba fuera de su alcance. La fuerza del viento era uno de ellos.

Tras la oración matinal, partió desde la sinagoga un nutrido grupo de hombres que acompañó a la delegación cordobesa en su recorrido por el puerto. En las dársenas, la actividad aquel día era reducida, y el lejano tañido de las campanas recordó a Hasday el motivo. Aquel sonido, inexistente en las ciudades andalusíes desde que el emir Muhammad prohibiera su uso para convocar a los fieles cristianos, era uno de los

pocos elementos que diferenciaban aquel lugar de los puertos musulmanes que conocía. Aquel domingo eran braceros judíos quienes descargaban dos embarcaciones ancladas a escasa distancia de la costa, una visión que le recordaba sus visitas a Bayāna o al puerto fluvial de Ishbiliya. Tampoco los navíos a la vista presentaban diferencias con los mercantes andalusíes, aunque le llamó la atención la ausencia de naves de guerra.

Una soberbia lonja cumplía la función de la *alqaysaríya* musulmana, y en su interior recibieron la noticia de la llegada a la ciudad, la víspera, del conde Hugo de Arlés, con la intención de sumarse a la negociación.

—Su presencia favorece nuestros intereses. —Bernat había apartado a Hasday del grupo y le hablaba con sigilo—. Es uno de los más perjudicados por las correrías de los corsarios de Fraxinetum.

—Y dentro del condado, ¿con qué apoyos cuentas?

—Los notables están divididos. Aquellos cuyos intereses se inclinan a ampliar sus posesiones en dirección al sur apoyan sin dudar el pacto con los pamploneses. Los que buscamos la paz que nos permita ejercer el comercio sin trabas compartimos las reticencias de la condesa Riquilda.

—Esa división debería ser suficiente —susurró Hasday antes de volver con el grupo.

El palacio del conde Sunyer se levantaba en las cercanías de la dársena, próximo también al soberbio templo cristiano en el que pocas horas antes se había celebrado la misa dominical. Lo primero que llamó la atención de Hasday fue la sobriedad de sus ornamentos: tapices sobre la piedra desnuda, grandes muebles de madera labrada y enormes soportes colgantes de hierro repletos de lamparillas. Poca solemnidad para un hombre que reunía bajo su manto el poder sobre los condados de Barcelona, Gerona y Osona y que, junto a sus hermanos Sunifredo y Miró, lo ampliaban a Besalú, Cerdaña y Urgell.

El enorme salón al que fueron conducidos, donde se celebraría el encuentro entre las dos delegaciones, estaba iluminado por grandes ventanales que en aquella calurosa jornada se hallaban abiertos, de forma que permitían contemplar el hermoso panorama que se extendía hasta la línea de la costa. Los tejados del entramado urbano aparecían en primer plano, para dejar paso más allá a las grandes lonjas, la dársena y los mástiles de los mercantes recortados contra el intenso azul del mar, sobre la línea del horizonte. A su diestra se encontraba el Monte de los Judíos, Montjuic, como Bernat lo había nombrado usando la variedad del romance que se hablaba en aquellas tierras. La vista resultaba deslumbrante, y la brisa que penetraba por los vanos de las ventanas transportaba el olor del mar que tanto había añorado Hasday durante aquellos años en Qurtuba. Definitivamente, pensó, solo aquello le faltaba a la capital del emirato para resultar perfecta.

Bernat ejerció como anfitrión e hizo disponer a los miembros de la delegación cordobesa en torno a la gran mesa central. Solo Hasday permaneció junto a él,

delante de la gran puerta de dos hojas, a la espera de que hiciera su entrada el conde. Lo hizo de forma ceremoniosa, tras el anuncio por parte de un mayordomo y seguido por otros notables que, por la descripción de Bernat, Hasday identificó como Hugo de Arlés y los hermanos de Sunyer. También había una mujer, sin duda la condesa Riquilda. El conde se acercó al centro del espacioso salón y, por un momento, los dos hombres quedaron frente a frente, sin que ninguno hiciera gesto alguno. Hasday, por fin, inclinó la cabeza con cortesía y le tendió las manos.

—En nombre de Abd al Rahman Al Nāsir, califa de Qurtuba, agradezco tu hospitalidad —dijo de forma solemne.

Sunyer respondió al saludo, pero su expresión resultaba hosca. La barba hirsuta y el porte poderoso mostraban que el apelativo con el que había sido conocido su padre Wifredo, el Velloso, podría aplicarse sin dificultad a su hijo.

—Las relaciones entre estos condados y los soberanos de Qurtuba nunca han sido buenas. Mi propio padre murió a manos de un *mawla* de los omeya, de la familia de los Banū Qasī, a quienes Dios confunda. Después los enfrentamientos han sido continuos, y no simularé alegría por vuestra visita, por mucho que mis consejeros hayan insistido en que debíais ser recibidos.

—Siempre es mejor que hablen los hombres y no las espadas y los alfanjes.

—Quizás eso deba recordárselo tu señor a los piratas de Fraxinetum y de Mallorca.

—Vengo dispuesto a hablar de ello —concedió Hasday, tratando de ocultar su perplejidad y decidido a atajar aquel abrupto comienzo.

—Desconozco de quién partió la iniciativa de esta embajada —prosiguió, sin embargo, el conde. Los hombres de las dos delegaciones seguían en pie, y aún no se habían hecho las presentaciones—. Se me ha informado de que surgió de la cancillería de Qurtuba, pero ignoro si existió algún contacto previo que se me haya ocultado.

Hasday fue rápido. Comprendió que, al pronunciar esas palabras, Sunyer esperaba un cruce de miradas con Bernat o con la condesa Riquilda. Lo evitó a tiempo.

—Mi señor y sus ministros están muy interesados en alcanzar una paz duradera con nuestros vecinos. —Esperaba que aquella respuesta, que no le comprometía, le bastara.

La sonrisa de soslayo que apenas entrevió tras la poblada barba del conde le indicó que no había sido así.

El conde se retiró a un lado y comenzaron las presentaciones, que corrieron a cargo del privado de Sunyer. Desfilaron ante él Hugo de Arlés, el conde Sunifredo y el conde Miró, ambos hermanos de Sunyer, a quien el último se enfrentaba por el control sobre el condado de Besalú. Les siguieron el obispo de Barcelona y el abad de Ripoll. Al escuchar el nombre del monasterio benedictino, Hasday retuvo su mano.

—No permitáis que deje la ciudad sin hablar con vos —le indicó en voz apenas audible—. Las noticias sobre vuestro *scriptorium* han llegado a Qurtuba.

Por fin le tocó el turno a Riquilda. En el breve instante que duró el saludo, descubrió a una mujer hermosa, a pesar de que habría pasado los cincuenta. Cuando dobló las rodillas en una elegante genuflexión, mantuvo la espalda recta y los ojos clavados en los suyos. Su mirada era intensa y, de alguna manera, supo transmitirle lo que esperaba de él.

A medida que pasaban ante Hasday, los miembros de la numerosa representación catalana iban ocupando sus asientos en torno a la descomunal mesa. Después fue el turno de las presentaciones de la delegación *qurtubí*: el funcionario de la cancillería, el del Tesoro, los representantes de los comerciantes, el nuncio del obispo metropolitano. Todos hicieron gestos de cortesía antes de tomar asiento.

El privado del conde tomó la palabra e inició un discurso largo, protocolario y vacío de contenido que aburrió a todos. También a Hasday, que aprovechó para repasar las ideas que había pergeñado con anterioridad, pues se vería obligado a adoptar un tono diferente al que había previsto, ante la abierta hostilidad manifestada por el conde en el primer contacto. Tanto se había sumido en sus pensamientos que se vio sorprendido al oír su nombre y comprobar que todas las miradas estaban puestas en él.

—Ilustres anfitriones —empezó en un correcto latín—, muchos han sido los desencuentros que nos han enfrentado en el pasado, como acaba de recordar el conde Sunyer. Vuestro Dios y el Dios en el que creen los habitantes de Qurtuba parecen conducir a sus criaturas a una suerte de enfrentamiento continuo, sin que nos paremos a pensar en los intereses que a todos nos unen. Quizá mi elección como enviado no haya sido casual, pues Al Nāsir es un hombre dotado de una visión preclara y ha elegido a un judío para desterrar cualquier atisbo de duda: el interés que nos mueve en esta ocasión no es continuar con la guerra santa. Hay muchos judíos entre vosotros, como he tenido ocasión de comprobar, igual que los hay en tierras del Islam. Su actividad resulta fundamental para la prosperidad de ambos pueblos, y aquí lo sabéis bien, pues la industria y el comercio de vuestras manufacturas a través del Bahr Arrūm os proporcionan la parte más importante de vuestras rentas.

—Cuando esa actividad no se ve interrumpida por piratas —espetó Hugo de Arlés.

Hasday asintió con un asomo de sonrisa. Su voz había sido calma hasta entonces. Según el príncipe Al Hakam, aquella voz podía resultar quizá cautivadora para algunos, pero no para Hugo de Arlés, al parecer.

—Nasd ibn Ahmad, *qaīd* de Fraxinetum, ha actuado hasta ahora al margen de la autoridad del califa.

—No es ese el papel que se arroga. Lo he tenido frente a mí, y se califica a sí mismo como un *muyahidyn*, un guerrero de la *yihād* al servicio de Abd al Rahman. Según él, el botín que obtiene, resultado del expolio de nuestras naves y nuestras aldeas, termina engrosando el tesoro del califa.

—En ese caso tendrá que responder de sus palabras. Estoy aquí con la autoridad

necesaria para hacerle comparecer si es preciso. —Hasday hizo una pausa, se irguió y miró al conde a los ojos—. Te aseguro, Hugo de Arlés, que si Nasd ibn Ahmad persiste en su actitud y se convierte en obstáculo para obtener la paz, tendrá frente a sus playas la mayor flota musulmana que jamás se haya reunido. De Fraxinetum no quedará piedra sobre piedra.

El conde, esta vez sí, pareció sinceramente impresionado.

—Creemos que la debilidad de Al Nāsir habla por tu boca —respondió entonces Sunyer—. El acuerdo alcanzado con García Sánchez, rey de Pamplona, supone una seria amenaza para el califa, y tu presencia aquí es muestra de ello. Después de Simancas, tu señor ha comprobado que nada puede contra la alianza de los reyes cristianos. Con la ayuda de los pamploneses, los gallardetes con la media luna regresarán definitivamente al otro lado del río Iberus, un límite que jamás debieron traspasar. Turtūsha volverá a formar parte de nuestros condados.

—García Sánchez, rey de Pamplona…, en Qurtuba nos cuesta aún asociar tal título al nombre de un rey joven, que mantiene a su lado a la que, durante su infancia, ha dirigido el reino con mano de hierro. Nos resulta más familiar el nombre de la reina Toda, la artífice de todas las alianzas firmadas por el reino de Pamplona, la mayor parte de ellas por vía de matrimonio. Se diría que fue bendecida con un sinnúmero de hijas para extender su influencia en derredor mediante casamientos. No dudes de que, tras el pacto que habéis firmado con García Sánchez, se encuentra también su mano.

—Pactos matrimoniales que han dado frutos. En Simancas alcanzaron su madurez.

—Toda no se limita a cuidar un solo árbol. Se preocupa de regar y abonar varios a un tiempo para tomar los frutos del que considere más apropiado. En Simancas luchó junto a Ramiro de León, pero nuestros informadores nos hacen saber que su intención ahora es apoyar a Fernán González, conde de Castilla. Como bien sabes, ha conseguido casar a su hija Sancha con él. La ambición de Toda no conoce límites.

—Cualquier pacto es bueno si sirve para detener a los enemigos de Dios —contestó Sunyer.

Se alzó entonces el representante de la cancillería cordobesa. Carraspeó a la espera de autorización para hablar, que obtuvo mediante un gesto del conde.

—En nuestra cancillería tenemos motivos para vanagloriarnos de dos cosas. La primera es nuestro excelente servicio de correos. Cualquier informe puede cruzar la Península en pocos días. Disponemos de casas de postas con caballos de refresco en cada fortaleza, en cada aldea. La segunda: nuestra red de informadores, muchos de ellos infiltrados entre los más íntimos del séquito de cortesanos, incluso de eclesiásticos. Durante generaciones nuestras esclavas vasconas, gallegas y francas han dado a luz muchachos de piel clara, que han sido educados en las leyes del Islam y luchan por Allah de la manera más útil para nosotros…, infiltrados entre nuestros enemigos, de los que conocen hasta la última de sus costumbres. Sus oficios como

campesinos, leñadores y comerciantes no despiertan las sospechas de nadie, y los bosquecillos de los caminos son muy propicios a emboscadas. Así caen en nuestras manos cartas como esta.

El funcionario tendió al hombre que se sentaba a su lado un pliego de pergamino arrugado y reseco. Circuló de mano en mano hasta llegar al conde Sunyer. Todos tenían la mirada puesta en aquel documento, de modo que nadie advirtió el gesto de asentimiento que Hasday dirigió al hombre de la cancillería.

El conde Sunyer palideció al leer la carta.

—Como ves, tus aliados practican un doble juego. Fernán González es ahora el cuñado de García Sánchez, y con esa alianza pretende dar alas a su deseo expansionista por tierras aragonesas… y catalanas.

—Esta carta está fechada antes de la firma de nuestro acuerdo —observó entonces Sunyer.

—Los deseos de los hombres no cambian de un día para el otro. Pero sois libre de depositar vuestra confianza en quien deseéis.

La carta circuló entre los más próximos a Sunyer, que se volvió de nuevo hacia Hasday.

—Confío en la palabra del rey de Pamplona, pero no es la única alianza posible. Con ayuda de la armada bizantina, a través de nuestros amigos amalfitanos, podemos hacer que Fraxinetum sea solo un mal recuerdo y garantizar así la seguridad de nuestros navíos.

Hasday asintió.

—No lo dudo, aunque Romano Lecapeno, el emperador de Bizancio, lleva tiempo dando muestras de acercamiento hacia Qurtuba. No olvidéis que los fatimíes son nuestro enemigo común, y las posesiones bizantinas hace tiempo que se ven amenazadas por su afán conquistador. Por otra parte, decidme, ¿qué creéis que sucederá en caso de que emprendáis una ofensiva hacia la frontera?

Sunyer calló. Fue su hermano, Sunifredo, quien respondió por él.

—Que el hostigamiento a nuestras naves se incrementará, y esta vez no solo por parte de los piratas de Fraxinetum y de Baleares, la propia flota califal lanzará sus ataques contra nosotros.

—Tú lo has dicho. Y en ese caso, ¿vendrán los pamploneses en vuestro auxilio? Quizá desciendan río abajo con sus almadías repletas de infantes vascones…

La imagen despertó risas, incluso entre algunos de los anfitriones.

—¿Cuál es el ofrecimiento del califa? —preguntó Sunyer.

—Deberéis romper el pacto firmado con el rey de Pamplona y anular la promesa de casar a vuestra hija con él.

—¿Cómo sabes…? —exclamó Sunyer, alterado. Después fulminó con la mirada al funcionario de la cancillería que había hablado poco antes.

Hasday observó que la revelación había sorprendido a sus propios hermanos, y también a Riquilda. Solo el privado parecía al tanto del compromiso.

—Deberéis, asimismo, dejar de ayudar y de tratar a cualquier cristiano que no esté en paz con el califa. A cambio, este se compromete a obligar a los corsarios de Fraxinetum, por la fuerza si es preciso, a cesar en su actividad de rapiña, tanto en tierra firme —clavó los ojos en Hugo de Arlés— como en alta mar.

El conde Sunyer paseó la mirada a derecha e izquierda, pasando por el conde de Arlés, sus dos hermanos, su sobrina Riquilda… Cuando llegó al obispo de Barcelona, este se alzó del sitial, rojo de ira.

—¡Conde! ¡No debéis dejaros engañar por las artimañas de este judío! ¡Las conozco bien! Hace pasar la necesidad por virtud. ¿Acaso no veis que os temen? ¡Y con razón! Se ha acabado el tiempo en que la sola presencia de los ejércitos sarracenos ponía en fuga a nuestros campesinos, dejando las aldeas y las ciudades expuestas al saqueo. Simancas nos marcó el camino. ¡Es Dios quien nos marca el camino! ¡No prestéis oídos a este hombre doblemente infiel, que siendo judío se ha vendido al muslime! ¡Muerte a los infieles!

Solo Sunyer, Hasday y el obispo se encontraban en pie. El privado del conde, viendo sus dudas, se levantó también y le habló al oído. Todos supieron que el conde apoyaba las palabras del obispo, que a muchos habían dejado boquiabiertos. Hasday, sin embargo, ya no prestaba atención a ninguno de ellos. De frente a los ventanales, miró a lo lejos, allá donde el azul del cielo y el del mar parecían fundirse en uno.

El obispo, que esperaba la respuesta airada de Hasday a sus insultos, contempló atónito la sonrisa que se dibujaba en sus labios. Siguió entonces la dirección de su mirada, y su rostro rojo de ira viró hasta mostrar la palidez de un cadáver. Entonces, también Sunyer se volvió hacia los ventanales.

La línea del horizonte había desaparecido. En su lugar se alzaba el velamen de decenas de naves de guerra, todas ellas con la enseña de los omeyas ondeando al viento. Empujadas por él, habían cubierto por completo el campo de visión y seguían apareciendo por decenas tras el Monte de los Judíos. Un centenar largo de embarcaciones, algo menos de la mitad de la flota califal, según calculó Hasday, se encontraba ya a la vista.

—Al parecer, el califa, con buen juicio, ha preferido no fiar el acuerdo a mis dotes como embajador, todavía por demostrar —dijo con un asomo de ironía.

Todos los asistentes estaban ya en pie y contemplaban el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. Entre los anfitriones, las expresiones eran de temor; de regocijo en la delegación *qurtubí*.

Hasday había esperado toda la jornada a ver aquella imagen. En cuanto se conoció la fecha de la recepción, dos jinetes bereberes habían abandonado la ciudad con discreción. Se pusieron al galope para ir al encuentro de la flota que costeaba desde la cercana Turtūsha, donde había esperado fondeada la llegada por tierra de los embajadores. Mediante las señales luminosas convenidas, durante la noche habían transmitido al almirante de la escuadra la fecha y la hora aproximada en que se reclamaba su llegada a la ciudad[12].

—¿Qué significa esta afrenta? —bramó Sunyer.

—Me temo que se trata de un exceso de celo por parte del califa, que no está al tanto de la actitud receptiva que mostráis ante nuestra propuesta. Sin duda tal desconfianza se debe al desconocimiento mutuo, algo con lo que ahora tendremos ocasión de terminar.

Un brusco golpe hizo que todos se volvieran. El obispo se había desplomado en su sitial y se escurría hacia el suelo inconsciente, adoptando una postura poco decorosa. Alguien dio un grito y pidió ayuda. Hasday comprobó que se trataba del abad de Ripoll.

—Yo soy médico —anunció, ante la sorpresa del clérigo. Estaba ya agachado junto al obispo y le tomaba el pulso en el cuello, bajo la abundante papada.

—¡Qué desgracia! —se lamentó el abad.

—No es nada —anunció Hasday—. Un simple desvanecimiento, fruto, sin duda, de la tensión. Que alguien le moje la cara con agua fría.

Hasday regresó a su lugar en la mesa. El revuelo había descolocado a los asistentes, que hablaban ya en corrillos. Hasday observó que Sunyer dialogaba con sus hermanos y con Hugo de Arlés. El abad de Ripoll lo había seguido hasta el sitial que ocupaba y le habló con apremio mientras los demás regresaban a sus asientos.

—¿Es cierto lo que se cuenta sobre ese nuevo soporte para la escritura? «Papel», lo llaman. Algunos dicen que en Qurtuba ya se fabrica.

Hasday sonrió.

—Quizá si tenéis a bien acogerme en vuestro monasterio para visitar vuestro afamado *scriptorium*, podamos hablar de ello.

—¡Oh!, me temo que vuestros informadores os han fallado en este caso. Ripoll se encuentra a muchas leguas de aquí, eso retrasaría en varias jornadas vuestro regreso.

—Sé bien dónde se encuentra Ripoll, pues es mi deseo visitar las comunidades judías de Gerona y Besalú antes de iniciar el retorno.

—En tal caso, contad con mi hospitalidad. Creo que tenemos mucho de lo que hablar —respondió el abad, satisfecho, antes de correr a ocupar su asiento.

Aparte del obispo, al que varios asistentes trataban de refrescar, todos lo habían hecho ya. Parecía que el conde Sunyer se disponía a tomar la palabra.

—Debéis transmitir a Al Nāsir la alegría que produce al conde de Barcelona la aceptación de la propuesta de paz que le fue enviada hace meses por uno de nuestros hombres de confianza —dijo lanzando una mirada de soslayo a Riquilda y a su privado—. Celebramos que la negociación haya culminado con éxito, a falta de poner por escrito cuanto se ha expuesto hoy aquí, para que sea rubricado después por ambas partes. Hacedle llegar también nuestro agradecimiento por la importancia que otorga a estos condados, al complementar la embajada con esta excepcional exhibición de su poder bélico, algo nunca visto en nuestras costas. Sin duda es un generoso dispendio que cualquier otro monarca se hubiera evitado, pero no así el califa de Qurtuba. Quizá debieran aprovechar el viaje para advertir al *qaīd* de Fraxinetum de lo que le

espera si persiste en su actitud. Yo mismo os entregaré una carta para Al Nāsir en la que reflejaré estos extremos, y en la que encontraré un hueco para alabar la perspicacia y el buen hacer del joven y brillante embajador que se ha dignado enviar hasta nos.

El sol caía ya hacia la línea del horizonte cuando Yakob, bajo la mirada atenta del marino encargado de vigilarlo, subió tambaleándose los escalones de madera que conducían a la cubierta de la enorme embarcación que había sido su hogar durante las dos últimas semanas. Tras él lo hizo Umarit, y Hasday los siguió con el pequeño Yorán en brazos.

Hasday se volvió para asegurarse de que había cerrado el baúl con el que viajaban y para comprobar que no había quedado fuera ninguno de los preciosos manuscritos que guardaba. Todos procedían de la biblioteca del monasterio de Santa María de Ripoll, e iban a constituir para Al Nāsir y para el príncipe heredero el más preciado de los numerosos regalos que llenaban las bodegas. Para él habían sido la única fuente de entretenimiento durante las largas jornadas de navegación.

En aquellas últimas horas a bordo del navío, que comandaba el propio almirante de la armada andalusí, empezaba a sentir nostalgia tras la travesía en la que, junto al resto de la escuadra, habían costeado toda la fachada oriental de la Península hasta alcanzar las proximidades del puerto que se había alzado con el privilegio de acoger la flota califal. Por eso, a punto de doblar el cabo desde el que quizá ya podrían divisar la torre de vigilancia que dominaba Al Mariyat Bayāna, notaba que se le aceleraba el corazón.

Sintió cómo la brisa del mar le agitaba el cabello y echó mano a la kipá para evitar que saliera volando por la borda. Solo en las últimas jornadas habían empezado a adaptarse a la vida a bordo, y hasta el pequeño Yakob comenzaba a caminar sobre la cubierta sin necesidad de apoyarse y sujetarse a los cabos. Hasday reparó en el color dorado que en aquellos días había adquirido su piel. Avanzaron hacia la amura de babor en medio del desacompasado vapuleo de las velas y siguieron con la mirada la dirección que les indicaba el vigía. Apenas se adivinaba la línea de la costa entre la bruma, pero Hasday reconoció al instante el perfil de los montes que se alzaban tras ella.

—¡Allí! ¿Lo veis? —exclamó al tiempo que se agachaba para rodear con los brazos el frágil cuerpecillo de Yorán—. ¡Bajo aquella pequeña cumbre! ¡Al Mariyat Bayāna!

Sus pensamientos retrocedieron dieciséis años, hasta el día en que había visto el mar por primera vez. Se alzó de nuevo sujetando al pequeño en el brazo izquierdo y rodeó con el derecho los hombros de Umarit, que acogía a Yakob entre los pliegues de la túnica.

—Si estáis con nosotros es gracias a Dios, que puso a vuestra madre en mi camino la primera vez que viajé hasta aquí —dijo sin poder ocultar la emoción en la voz.

Los dos pequeños miraban al frente, callados, con los ojos entrecerrados para protegerlos del viento. Sus cabellos despeinados se recortaban contra la luz tibia del atardecer. El navío viró ligeramente a estribor y un súbito cabeceo hizo que la espuma salada les rociara el rostro. Hasday sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo, pero no era el agua cálida del final del verano la que lo producía.

Mientras, de manera apenas perceptible, se acercaban a la costa, rememoró los primeros navíos que había visto cuando, con solo trece años, acompañó a su padre en aquel viaje que habría de cambiar su destino. Se le encogió el corazón al recordar al viejo Asbag guiándole por el puerto mientras Ishaq atendía a sus negocios. Se preguntó qué habría sido de su hermosa vivienda, encaramada en la ladera bajo el torreón de vigilancia que daba nombre al lugar. Se acordó del momento en que el anciano lo condujo por las veredas sombreadas del jardín para que se acercara al pretil de piedra desde el que se contemplaba toda la bahía, la misma bahía en la que en ese momento se adentraban a bordo de la mayor nave de la flota califal.

Hasday volvió la cabeza hacia la popa y quedó sobrecogido por la visión del centenar de navíos que seguían su estela hasta donde alcanzaba la vista. Al instante se sintió frágil y minúsculo, no solo por la infinitud de la imagen, sino por la repentina conciencia de ser solo una diminuta pieza del enorme engranaje que había puesto en marcha el ser todopoderoso en el que creía.

Oprimió el brazo de Umarit y también ella giró la cabeza. La vio entrecerrar los ojos y tragar saliva, y juntos se volvieron con los dos pequeños.

—Hay imágenes que permanecen vivas en el recuerdo toda la vida —observó Hasday—. Quién sabe si, a pesar de vuestra juventud, esta será una de ellas.

Las naves se dispersaron a lo largo de la costa y todas habían fondeado antes del anochecer. La suya fue dirigida con pericia hacia uno de los pocos amarraderos que se internaban en el mar, a una distancia suficiente para permitir que se aproximara una nave de tan gran calado. Del resto partían decenas de chalanas que trasladaban a los tripulantes y las dotaciones militares hasta las extensas playas cercanas. Bajo el promontorio que dominaba el puerto y ante la vieja alcaicería que Hasday recordaba, parecía haberse concentrado la población de la cora al completo.

Hasday se ocupó de ayudar a los suyos a cruzar la oscilante pasarela instalada entre la borda y el embarcadero. Era consciente de que era, junto al almirante de la flota, el hombre al que se dirigía la delegación de bienvenida que ya se aproximaba. Umarit se retrasó con el aya y los pequeños para dejar paso al resto de los miembros de la embajada que desembarcaban tras ellos. Fue el propio almirante, residente en Al Mariyat Bayāna desde su nombramiento por Al Nāsir, quien se encargó de las presentaciones. Tras el primer saludo, se apartó con naturalidad para permitir que los dos hombres quedaran frente a frente.

—Ahmad ibn Isa, *‘amil* de Bayāna —indicó—. Hasday ben Shaprut, jefe de la embajada andalusí ante los condados catalanes, nombrado para la misión por nuestro amado califa.

—Hijo de Ishaq —añadió el gobernador con una abierta sonrisa—. Solo con ese salvoconducto tendrías abiertas las puertas de esta ciudad. Pero, al parecer, los Banu Shaprut están llamados a ocupar más altas magistraturas.

—Hace muchos años pisé por primera vez este mismo puerto. Debo manifestarte mi enorme impresión al comprobar la transformación que ha experimentado —dijo paseando la mirada por encima de las cabezas de los hombres que arropaban al gobernador.

—La elección de Al Mariyat Bayāna como base de la flota está detrás del cambio, más notable para quienes la conocisteis años atrás. Pero la actividad comercial de hombres como tu padre… y tu difunto hermano —vaciló— también ha contribuido a su riqueza.

Una sombra de tristeza nubló la expresión de Hasday.

—Lamento haberte recordado algo que aún te causa dolor —se excusó el *‘amil*—. Pero está conmigo alguien que, sin duda, contribuirá a alejar la pena de ti.

El gobernador se retiró y uno de los hombres, que hasta ese momento se había mantenido apartado, dio un paso al frente. El semblante de Hasday mudó por el asombro.

—¡Hakim! —exclamó, al tiempo que abría los brazos, incrédulo.

Los dos se fundieron en un abrazo. Hakim le palmeó la espalda con fuerza. Cuando se separaron, había lágrimas en los ojos de ambos, pero los dos apretaban la boca y parpadeaban mirando al suelo, tratando de ocultarlas. Después Hasday alzó la cabeza con la intención de observar con más atención el aspecto de su mejor amigo, pero su mirada se topó con un rostro risueño de una mujer que conocía bien.

—¡Firuze! —gritó, casi.

—Y estos son nuestros hijos. —Hakim, orgulloso, hizo adelantarse a tres varones y dos muchachas—. A los más pequeños no los conoces.

—¡Vaya! —exclamó Hasday, al tiempo que se volvía en busca de Umarit, ignorando las miradas complacientes del gobernador y del almirante.

—Ahora debes atender a tus obligaciones —dijo Hakim, comprensivo—. Tiempo tendremos para hablar antes de vuestro regreso a Qurtuba. Pero permite que Umarit y tus hijos nos acompañen. Tenemos una sorpresa que nos encantará mostraros.

Una pregunta, sin embargo, quemaba en los labios de Hasday.

—¿Mis padres…?

—Hace pocos días que nos llegó la noticia del regreso de la flota. Supusimos que vendríais a bordo, pero ni siquiera era seguro. De todas formas, tenía previsto realizar este viaje un par de semanas más tarde, así que lo adelanté. Ya’qûb, mi hijo mayor, va a cumplir once años, casi la edad que tenías tú cuando viniste a Bayāna por primera vez. Tu padre, sin embargo, va cumpliendo años y, aunque mostró el deseo de acompañarnos, no está ya para largas jornadas a caballo.

—No importa —respondió Hasday, aunque su rostro reflejaba desilusión—. Tenemos previsto pasar por Yayyán de regreso a Qurtuba.

—¡Es perfecto! —exclamó Hakim, haciendo ademán de despedirse—. Volveremos juntos.

El gobernador, sin embargo, lo tomó por el brazo.

—Deja que sea tu esposa quien ofrezca vuestra hospitalidad a la familia de Hasday. Acompáñanos en la humilde recepción que hemos preparado para los enviados de Al Nāsir.

A pesar de los años transcurridos, Hasday podría haber recorrido las estrechas calles de la alcaicería con los ojos cerrados. Recordó la impresión que le había producido caminar entre aquellas fachadas recubiertas de mármol, por las mismas losas de piedra que volvía a pisar entonces en compañía del gobernador de la cora más floreciente de Al Ándalus y del almirante de la flota califal, uno de los dos hombres más poderosos del ejército de Qurtuba. Y Hakim, el pequeño arrapiezo que arrastraba los pies mugrientos por los arrabales de Yayyán apedreando perros vagabundos, avanzaba entre ellos, orgulloso, satisfecho y seguro de sí mismo.

La cena estaba servida en la soberbia galería porticada donde siempre habían tenido lugar los encuentros de los mercaderes, donde Hasday conociera al viejo Asbag. Entre saludos, reparó en un detalle revelador: una de las largas mesas que se habían dispuesto entre las esbeltas columnas estaba servida por criados tocados con kipá, y sobre ella había alimentos típicamente judíos, comida *kasher* sin duda, además de numerosas jarras de vino judiego, vedado a los musulmanes que gobernaban la ciudad.

Poco pudo comer, sin embargo. Era el centro de atención, los pequeños grupos que se formaban se disputaban su presencia y las anécdotas de su reciente misión en Barcelona provocaban la admiración de los comensales. Tras el ataque a Al Mariyat Bayāna llevado a cabo por una escuadra de Suniario años atrás, el conde no contaba con las simpatías de los mercaderes andalusíes, y resonaron las risas cuando Hasday describió su rostro al ver, a través de los ventanales, las velas extendidas de los cientos de embarcaciones de la flota del califa. Los comerciantes judíos escucharon con atención el relato de su visita a las principales comunidades judías del norte de la Península, tanto a las ubicadas en territorio musulmán como las de los condados catalanes, y respiraron satisfechos al saber del pacto alcanzado con Suniario y del compromiso de Al Nāsir de terminar con las rapiñas de los andalusíes de Fraxinetum. Aquello podía constituir el inicio de una época de paz en el Bahr Arrūm septentrional, algo que favorecería sin duda sus propios negocios.

Hasday atendió a los parabienes de sus correligionarios y reconoció su aprecio. Pero si algo lo satisfizo especialmente fueron los elogiosos comentarios que el *‘amil* de Bayāna en persona dedicó a Hakim, en un momento en que este departía con otros comensales. Lo describió como un joven despierto que mostraba ansia por dominar los resortes del negocio, cuya responsabilidad había acabado asumiendo, un trabajador infatigable y siempre leal a los intereses de Ishaq ben Shaprut y, por tanto, a los de Hasday. Al parecer, su padre raras veces viajaba ya hasta Bayāna; era Hakim

quien lo hacía con frecuencia y, quizá por ello, había tomado la decisión de trasladar su residencia a aquel lugar. Cuando Ahmad ibn Isa le reveló que su amigo acababa de comprar una casa, Hasday sonrió para sí: quizás el gobernador, sin quererlo, le había revelado la sorpresa que aquel le tenía preparada.

Satisfecho, ahíto, cansado y quizás un poco ebrio por el exceso de vino judiego, Hasday acompañó a Hakim por las calles empedradas de Al Mariyat, que superaba ya en tamaño y actividad a la vieja Madīnat Bayāna. Se cruzaron con dos de las patrullas de soldados armados que rondaban el lugar durante la noche, en una ciudad donde las cantinas y los prostíbulos atestados de marinos y comerciantes eran, según le refirió su amigo, una fuente inagotable de conflictos.

—¿Cuál es esa sorpresa de la que me hablabas? —trató de sonsacar Hasday—. Me tienes intrigado.

—Ah, no es nada, solo que he adquirido una vieja casa cerca del puerto. Últimamente mis estancias aquí son frecuentes y cada vez se prolongan más. No resulta cómodo utilizar siempre las habitaciones de la alhóndiga. Es allí donde pasaremos la noche, aunque tendremos que entrar con sigilo para no despertar a los pequeños. Mañana te la enseñaré.

Entraron en la casa alumbrados por candiles, y Hakim le señaló la alcoba donde ya dormía Umarit. Hasday se desvistió en silencio, se tendió en el lecho con cuidado junto a la piel cálida de su esposa y, agotado tras una jornada intensa de emociones, cayó en un sueño profundo.

Los sonidos de la actividad en la casa los despertaron temprano. Hakim y Firuze los esperaban cuando descendieron al espacio común, que Hasday observó con expresión de desconcierto. Experimentaba esa extraña impresión de haber vivido una situación similar. No era una vivienda construida al estilo tradicional, sino que parecía adaptarse a las características del terreno, algo que le resultó evidente cuando atravesaron la puerta que comunicaba con un pequeño jardín. Alzó la vista hacia las rochas de piedra que circundaban la construcción, un sencillo edificio de piedra y ladrillo, rodeado de caminos empedrados, pérgolas cubiertas de hiedra…

—Esta casa… —Hasday miraba a derecha e izquierda, con asombro creciente—. ¡Conozco esta casa!

De repente, echó a andar con grandes zancadas, y Hakim lo siguió, divertido. Avanzaron por las veredas enlosadas entre bejucos y madreselvas, en flor al final del verano, en medio del rumor del agua que discurría por pequeños canalillos a los lados. Y llegaron al pretil de piedra cubierta de verdín sobre el que Hasday se había apoyado dieciséis años atrás.

—¡Es la casa de Asbag! —exclamó, deslumbrado por el sol que se alzaba al frente, mostrando la bahía de Al Mariyat en todo su esplendor.

La flota califal cabeceaba fondeada cerca de la playa, y las pequeñas embarcaciones de los pescadores salían para faenar en las ricas aguas próximas a la costa.

—Tuve ocasión de comprársela a uno de sus sobrinos, al que le había correspondido por herencia. No le fue mal en el trato, pero pensaba que te gustaría volver a apoyarte en esta balaustrada. Recuerdo que me hablabas de estas vistas cuando regresaste a Yayyán. Lo que no imaginaba es que os tendríamos aquí tan pronto…

Las dos mujeres llegaron en ese momento. Firuze sonrió al rodear con el brazo la cintura de su esposo. Umarit, deslumbrada por la intensidad de la luz, miraba boquiabierta el espectacular panorama que se extendía a sus pies, al tiempo que se colocaba también junto a Hasday. Durante largo tiempo, permanecieron sin decir nada, con las miradas fijas al frente. Fue Umarit quien rompió el silencio, quizás ante la necesidad de explicar el sollozo que había escapado de sus labios.

—Aquel edificio que se ve a lo lejos, más allá de la alcaicería, tras las dársenas…

—El mercado de esclavos —confirmó Hakim, un instante después de comprender el motivo de la emoción de la mujer.

—Allí fue donde nos compró tu padre —murmuró, esta vez sin tratar de contener el llanto. Sin duda el recuerdo de Yorán ocupaba su pensamiento—. En ese mercado empezó todo.

Hasday la apretó con fuerza entre los brazos y dirigió la mirada a su rostro.

—En realidad no fue allí. Hakim y Firuze quizá no sepan que donde de verdad empezó todo fue en una jaima, camino de Bayāna, en la que una esclava se deslizó para mostrar su agradecimiento al insensato que la había liberado. Y estos ojos azules hicieron el resto…

Hasday se inclinó entonces sobre Umarit y, ajeno a la presencia de sus amigos, le enjugó las lágrimas antes de cubrir de besos su frente, sus pómulos y sus mejillas.

27

Año 941

—Estamos en el mes de abril, amigo mío. No puedes quejarte de frío, aunque he de reconocer que la primavera no se decide a llegar.

Hasday alzó la vista hacia el ventanal, a través del cual se apreciaban los gruesos copos de nieve que seguían cayendo de forma persistente.

—Quizá los años pasados en Qurtuba me han acostumbrado mal. En mi Yayyán natal, el frío en invierno era más acusado. Tampoco ayuda la escasa actividad física que he desarrollado desde mi llegada a León, hace ya semanas.

Se lamentó por aquella observación antes de acabar de pronunciarla. No pretendía que sonara a crítica, pero Ramiro II alzó la vista del tablero y lo miró fijamente.

—Los tiempos de la diplomacia son largos, y más cuando intervienen tantos actores como en este caso —respondió.

Se encontraban en la cocina, para Hasday el lugar más acogedor del palacio real. Se trataba de una estancia amplísima, con un hogar enorme en el centro que desahogaba el humo por una campana que se descolgaba del techo, sin apoyos visibles. A derecha e izquierda de la aparatosa chimenea, estaban los dos grandes escaños de madera ensamblada, en uno de los cuales se hallaban sentados. Con el fin de aliviar la dureza del asiento, que no había sido ideado para las posaderas de un rey, se habían dispuesto lo que los sirvientes del lugar llamaban «fazales», unas almohadas de suavidad y calidez extremas, pues estaban rellenas de plumón de ave y forradas con pellejo de conejo. En el hogar, sobre una plataforma de arcilla, se encontraban los morillos y las tenazas para encuadrar y remover la lumbre, trébedes para colocar pucheros y marmitas, y la caldera, sujeta por encima del fuego con fuertes cadenas. Poco después de la hora nona, según el cómputo que allí se seguía, el lugar estaba desierto, a excepción de los siervos de cocina que de rato en rato entraban para avivar la lumbre. Entre ambos, sobre una mesa de un solo pie, descansaba un juego de ajedrez con piezas de marfil y cristal de roca.

Era el turno del rey de León, aunque tampoco en aquella guerra ficticia parecía tener prisa. Hasday trataba de jugar con inteligencia en la batalla diplomática en la que Al Nāsir le había vuelto a involucrar, pero sabía que esta vez su enemigo principal era el deseo de precipitar los acontecimientos. Por eso había decidido fingir que le resultaba ventajoso prolongar su estancia allí, a pesar de la desazón que le causaba y la nostalgia que sentía por su querida Qurtuba. Se prometió no volver a hacer ninguna referencia al calendario en presencia del monarca. Trataría de ganárselo con su don de gentes, con el halago, si era necesario, hasta que sintiera que podía tratar el asunto que le había llevado hasta allí, la libertad de Muhammad ibn Hashim, el Tuchibí, *‘amil* de Saraqūsta cautivo en las mazmorras del palacio desde la batalla de Simancas, dos años atrás.

En realidad, si se exceptuaba el asunto de los plazos, todo marchaba como Hasday había previsto: en aquellas semanas había logrado ganarse la confianza del rey y su cercanía, la base fundamental para desplegar sus dotes de persuasión. Una vez más, había utilizado para ello su condición de judío y había cargado las tintas en la situación de comunidad hebrea, tan sometida como la cristiana por las decisiones arbitrarias del califa, tratando así de despertar su simpatía. A sus cuarenta y tres años, Ramiro era, sin embargo, un hombre avezado en las añagazas de cortesanos, nobles, embajadores y solicitantes de mil gracias, de forma que no resultaba previsible que se dejara engatusar con facilidad. Por eso a Hasday no le sorprendió la pregunta que llegó a continuación, formulada con aparente indolencia mientras el monarca movía uno de los caballos para amenazar a su reina.

—¿Cómo, si los judíos de Qurtuba estáis sojuzgados como dices, gozas tú de tal cercanía a mi mortal enemigo?

Hasday contestó con presteza.

—Sin duda, debo la confianza de Al Nāsir a mi fama como médico, inmerecida, quizás, y a ciertos conocimientos propios de mi ciencia por los que el califa siempre ha mostrado especial interés.

Empezaba a conocer al monarca y sabía que la respuesta despertaría su curiosidad. Sabía también que no habría ninguna señal que la dejara traslucir pero que, un día, una semana o quizás un mes después, volvería sobre aquel asunto. Hasday hizo retroceder a su reina en un movimiento claramente defensivo.

—Quizás haya algo… que aún no os he revelado —dijo entonces Hasday, mirando al monarca con los ojos entrecerrados—. El califa era contrario a esta embajada. Fue la insistencia de algunos de sus consejeros más cercanos, de la comunidad judía y de los cristianos de Qurtuba la que acabó torciendo su decisión inicial. Desde Simancas, los ejércitos de Al Nāsir no han hecho sino cosechar victorias contra vuestras huestes, y así pretende que sea en el futuro… si mi estancia junto a vos no diera los frutos deseados.

Un pequeño revuelo de siervos y doncellas, pasos apresurados y puertas abiertas anticipó la entrada de la reina en la cocina.

—¡Ah, Ramiro! Al fin os encuentro, ¡gracias al cielo! —exclamó, aunque no se apreciaba reproche alguno en su voz.

Un niño de apenas seis años, rollizo y rubicundo, se agarraba a sus faldas sin dejar de morder el dulce que llevaba en la mano.

—Estoy en el mismo lugar que ayer y anteayer a estas horas, querida Urraca. Disfrutando de este raro momento de tranquilidad en compañía de nuestro ilustre huésped.

Hasday observó que el rey no dedicaba el más mínimo gesto de afecto a su hijo menor.

—Mucho debe de ser el provecho que saque el rey de vuestra conversación. —Urraca se dirigió a Hasday—. No es habitual verlo ocioso durante tan largo rato.

—Nunca será tanto como el que obtengo yo —repuso él de la manera más convencional.

—Sin duda traéis alguna buena noticia, a juzgar por vuestra expresión —aventuró el rey, poniendo la mirada en la carta que su esposa llevaba en la mano.

—¡Es de mi hermana Sancha! Anuncia su llegada para dentro de una semana en compañía de su esposo —exclamó, emocionada—. Y trae noticias de nuestra madre, la reina Toda, tras su reciente visita a Pamplona. Al parecer una nueva propuesta matrimonial que…

—¡Aburriremos a nuestro huésped con detalles de nuestra familia que desconoce! —cortó tajante Ramiro, alzando la vista del tablero—. Seamos corteses y tratemos estos asuntos en la intimidad.

Hasday no dejó de reparar en el gesto torvo del monarca, que parecía incapaz de concentrarse en el juego. Y creía conocer el motivo. El esposo de Sancha no era otro que el conde de Castilla, Fernán González, quien había despertado sus recelos en los últimos tiempos a causa de veleidades independentistas que ya era incapaz de ocultar. Urraca había mencionado un viaje reciente a Pamplona, en el que, sin duda, el conde habría departido con su cuñado, el rey García Sánchez. Y Ramiro tenía motivos sobrados para desconfiar de cualquier maniobra llevada a cabo por los notables de su entorno.

Pero Toda, al parecer, seguía fiel a la política que tan excelentes resultados le había proporcionado en el pasado, basada en las uniones matrimoniales de sus numerosas hijas y de su único hijo, el rey de Pamplona. Porque a él, sin duda, debía de referirse la propuesta que anunciaba aquella carta. Hasday sonrió al recordar el intento fallido de Toda de unir la monarquía pamplonesa con los condados catalanes. Él mismo había abortado tal acuerdo un año atrás. Cerrada aquella vía, sabía que Toda ambicionaba el casamiento de su hijo García con Teresa, la hija mayor de Ramiro, nacida de la unión con su primera esposa, Adosinda.

Durante aquellas semanas en la corte de León, Hasday había tenido ocasión de captar detalles que bien podría utilizar en el futuro. Uno de ellos era la preferencia manifiesta de Ramiro por su primogénito, Ordoño, hijo también de Adosinda. El muchacho contaba dieciséis años y era un calco del rey: alto, espigado y de rostro agraciado, con el mentón cubierto por una incipiente barba castaña que en pocos años sería réplica de la que lucía su padre. Pasaba el día mezclado con la soldadesca, siempre presto a usar la espada en los continuos ejercicios con los que entretenían el ocio. El pequeño Sancho, en cambio, a sus seis años, tenía el rostro chaparro y sonrosado, a juego con los cabellos rojizos y rizados. Se mostraba reticente a la hora de realizar el más mínimo esfuerzo, se pasaba el día pegado a las faldas de Urraca y su piel nacarada apenas recibía los rayos del sol. Hasday había observado que su padre hacía auténticos esfuerzos por ocultar el desagrado que sentía en su presencia, y no escatimaba en reproches velados a Urraca acerca de la crianza del infante.

—Quizás estéis a tiempo de conocer a mi hermana Sancha y a mi cuñado, el

conde de Castilla, si es que permanecéis en León para entonces —dijo la reina.

Hasday no respondió enseguida. Tampoco miró al monarca. Se limitó a esbozar un gesto que evidenciaba la dificultad de responder por sí mismo.

—Nuestro huésped tendrá tiempo sobrado para ello, pues es mi intención reclamar la presencia en León de los obispos que ejercen su difícil labor en tierras de infieles. Deseo conocer su situación y su parecer acerca de un hipotético pacto entre un rey cristiano y el mayor enemigo de la Cristiandad.

Hasday mudó el color.

—Eso alargaría mi estancia aquí…, no menos de dos meses —acertó a decir después de tragar saliva.

—Dios Nuestro Señor no creó el mundo en un día.

Hasday atravesó el Archo de Rege, la puerta meridional de la ciudad que se abría a la explanada donde se instalaba el mercado semanal. Tomó una de las veredas que se dirigían hacia poniente, con la referencia, delante, de las frondosas alamedas que bordeaban el río. Disponía de libertad para recorrer la ciudad y su entorno, y la aprovechaba, aunque para pasar desapercibido hubiera tenido que disponer un cambio de atuendo de escolta que se adaptara a los usos de la ciudad. Entre hortelanos que cuidaban sus huertas, llegó a la ribera del río y buscó un lugar soleado en el que entretener la espera. Era solo la hora tercia y aún no había conseguido sacudirse el frío que lo atenazaba desde su llegada a la ciudad, aunque la primavera comenzaba a abrirse paso de forma gradual y los días de lluvia y nieve habían quedado atrás.

Apoyado contra el tronco de un álamo, contemplaba el discurrir tranquilo del río frente a él, y por un momento se sintió transportado a la *almúnya* de Qurtuba, donde el Ūadi al Kabir lamía el extremo de la finca en el lugar preferido de Umarit. Había hecho instalar una pérgola que ya el año anterior cubrían las enredaderas y, bajo ella, un diván donde se sentaban en los escasos momentos de tranquilidad que compartían. Allí se habían despedido la víspera de su partida y, de madrugada, habían hecho el amor por última vez. La casualidad quiso que en aquel momento pasara ante él, fugaz, un martín pescador, y los tonos azules de su plumaje evocaron sin remedio los ojos de su esposa. Se encontraba en la tierra donde Umarit había venido al mundo. Quizás alguna de las innumerables aldeas que había atravesado fuera el lugar del que la habían arrancado los soldados de Al Nāsir casi veinte años atrás.

El golpeteo amortiguado de los cascos de varios caballos en la hierba lo sacó de su ensimismamiento y alzó la cabeza hacia el hombre con el que se había citado en aquel lugar discreto, apartado de la ciudad. El conde Fernán González se dejó caer de la montura con agilidad, se atusó la capa y acomodó el tahalí con la espada en la posición correcta.

—No dispongo de mucho tiempo —le recordó el conde mientras oteaba los alrededores con recelo—. No me gustaría que este encuentro llegara a oídos del rey.

—Yo, en cambio, tengo todo el tiempo del mundo —repuso Hasday—. No parece que vuestro señor tenga prisa por despachar esta delegación con un arreglo de paz

firmado. Estoy de acuerdo, sin embargo, en que la discreción se impone, y por ello nos encontramos aquí, y no en una de las dependencias del palacio.

—Vos diréis…

—Necesito de vuestra influencia ante el rey para llevar a buen término la misión que me ha traído a León —respondió Hasday sin rodeos.

Fernán González pareció complacido.

—Si he de seros franco, no alcanzo a comprender por qué he de prestar mi ayuda al tirano que hace dos años lanzó el ataque más devastador contra nuestros condados en nombre de su desviada fe.

—Si al hablar de vuestros condados os referís a las tierras que nos rodean, de aquí al río Duero, podría estar de acuerdo con vos. Pero si os referís al condado de Castilla, del que sois cabeza, no tenéis motivo de reproche. Sin duda vuestra conocida agudeza os habrá hecho percataros ya de que en los últimos tiempos, antes y después de Simancas, Castilla se ha mantenido al margen de la devastación. León y Zamora han sido duramente castigadas, cierto es, pero no podéis decir lo mismo de Burgos y de Álava.

—¿Qué insinúas?

Hasday suspiró antes de decidir cómo continuar. La nueva forma de dirigirse a él, apeando el tratamiento de cortesía, le indicaba que había captado el interés del conde.

—A nadie se le escapan vuestras intenciones, conde. Nutridas mesnadas y astutas relaciones políticas os han colocado en posición de disputar el gobierno de las tierras de Castilla, sin contar para ello con la protección ni la amistad del rey… de León. —La pausa y el tono de voz remarcaron la última palabra—. Pero vuestra inteligencia os hace proceder con precaución, conociendo como conocéis la manera de actuar de Ramiro cuando considera amenazado su reino.

—¿Y crees que la defensa de mis intereses legítimos me haría abandonar la amistad de un rey cristiano para arrojarme en brazos de un infiel?

—Es deseo del califa que las cosas respecto a Castilla sigan tal como se encuentran en este momento. Pero eso depende de que podamos alcanzar el pacto que me ha traído aquí.

—Conozco los dobles sentidos del lenguaje de la diplomacia, y entiendo que me estáis amenazando. —El conde había recuperado el tratamiento formal y fruncía el ceño.

—Los designios de Dios, de manera incomprensible para mí, me han llevado a disfrutar de la confianza del califa de Al Ándalus, así que dispongo de libertad para alcanzar pactos de acuerdo con mi criterio. Sin embargo, me resulta imposible garantizar que, en caso de que sean las armas las que tengan que hablar de nuevo, las tierras de Castilla no serán el objetivo de las nuevas aceifas.

—Decididamente me estáis amenazando…

—Hace un año tuve ocasión de firmar la paz del califa con los condados catalanes. —Hasday ignoró la afirmación de Fernán González—. En ella se

disolvieron el pacto firmado con vuestro cuñado, el rey García de Pamplona, y el compromiso matrimonial gestado por mediación de vuestra suegra, la reina Toda. Desde entonces Suniario, Hugo de Arlés y los príncipes que gobiernan las riberas del Mare Nostrum, disfrutan de la paz, sus comerciantes prosperan y el contenido de sus arcas se multiplica día tras día. El rey García ha quedado aislado en su pretensión de cruzar el río Iberus y sabe bien lo que es contemplar su capital, Pamplona, arrasada por el fuego. Sobra decir que él también quedaría incluido en el generoso pacto que os ofrece Al Nāsir. Quizás a Sancha, vuestra esposa, le gustaría saberlo. Incluso podría ser ella quien transmitiera la oferta a su hermano, el rey García. Castilla, Álava y Pamplona quedarían englobadas en un tratado de paz con el rey de León.

—¿Y qué papel, según vos, habría de desempeñar el conde de Castilla?

—Tan solo sugerir al que aún es vuestro señor, y lo seguirá siendo durante mucho tiempo si vuestro condado se ve arrasado por los ejércitos de Qurtuba, dos gestos que Al Nāsir apreciaría como señal de buena voluntad.

—La libertad del gobernador de Saraqūsta es uno de ellos, sin duda…

—Vuestra perspicacia me ayuda a comprender por qué os halláis donde os halláis. Esa es en efecto la primera condición: la libertad de Muhammad ibn Hashim al Tuchibí. La segunda es la devolución del Corán y la cota de malla que el califa perdió en la aciaga jornada de Simancas.

Fernán González sonrió.

—Yo mismo se la arrebaté en su precipitada huida.

—El califa de Qurtuba no huye. Retrocede con prudencia, dispuesto a proseguir su misión en mejores circunstancias. De tal forma lo expresarían en la cancillería de palacio.

—Algo que a vos os cuesta repetir con vuestras propias palabras, siendo judío. —Lo dejó caer, pero siguió hablando—. ¿Por qué no solicitáis vos mismo a Ramiro lo que me acabáis de pedir a mí?

—Soy judío, como decís, de familia de mercaderes. Y todo negociante sabe que el mero hecho de mostrar interés por una mercancía puede aumentar su precio. Seré franco con vos, ahora que vuestra expresión y el brillo de vuestros ojos me confirman que estáis dispuesto a aveniros a mis peticiones: no deseo mostrar al rey el anhelo de Al Nāsir por la libertad de su gobernador y por los objetos de los que os he hablado.

—Mentís, nadie es capaz de leer así en los ojos de un hombre.

—Nadie salvo quien ha tenido un buen maestro que le ha enseñado a hacerlo. No obstante, vuestra actitud en el futuro será lo único que pueda desmentirme.

El conde pareció intranquilo.

—Esta conversación se alarga demasiado para tratarse de un encuentro casual —cortó, al tiempo que se volvía para tomar las riendas del caballo que le tendía otro jinete desde su propia cabalgadura.

—Me temo que mi estancia en León habrá de prolongarse, de manera que tendremos ocasión de intercambiar saludos de nuevo antes de vuestra marcha.

Hasday descendió tras el rey las escaleras que conducían a la cripta de la iglesia del Salvador, próxima al palacio y a la Puerta del Mercado. Dejaron atrás el calor de agosto y se sumergieron en un ambiente fresco y en penumbra, cargado de humedad y de un reconfortante aroma a incienso que mitigaba el olor a moho. Un diácono les había precedido para encender las lamparillas que iluminaban el mausoleo, después de que el propio monarca le hubiera entregado la llave de la cripta. Durante la breve espera, el rey Ramiro le había contado que aquella era la única copia que existía, y él mismo la guardaba con celo en una arqueta de sus aposentos privados. A Hasday le costó adaptar la vista a la luz escasa, pero, cuando lo hizo, quedó sin habla.

El rey se había mostrado reservado al invitarle a que lo siguiera, sin darle ningún indicio de lo que pretendía enseñarle. Entonces comprendió el motivo de aquel interés por mantener la intriga. Bajo el resplandor de los cirios y de las lamparillas de aceite, Hasday identificó al instante la pieza que refulgía en el fondo: era la cota de malla de Al Nāsir, dispuesta sobre una percha en un trípode de hierro. Las diminutas anillas de metal bañado en oro lanzaron destellos con la simple oscilación de las llamas cuando el rey se hizo a un lado. Hasday jamás había visto una pieza como aquella. Lo que sí identificó de inmediato fueron los doce volúmenes apilados sobre una amplia plataforma de piedra. Se acercó para volver a contemplarlos tras más de dos años sin hacerlo. Las piedras incrustadas en las guardas del precioso ejemplar del Qur'ān, que ya viera refulgir en las estancias privadas de Al Nāsir en el *alqásr* de Qurtuba, hacían difícil apartar la vista.

—Dos valiosos objetos que tu señor olvidó en estas tierras —ironizó el monarca —. Quizá sea tu deseo regresar con ellos a Qurtuba, ahora que tu visita toca a su fin.

—Demostraréis vuestra generosidad y la firmeza de vuestro deseo de paz si me permitís hacer tal cosa.

—Por supuesto, toda moneda tiene un anverso y un reverso. Habéis obtenido la libertad de Muhammad ibn Ahmad a cambio del rescate que es habitual en estos casos. Será justo de igual manera solicitar una prestación a cambio de estos preciados objetos personales de tu señor.

—Las arcas en las que llegó el rescate ya se os entregaron. No dispongo de más oro ni hay manera de conseguirlo.

—¡Oh, sí! Estoy seguro de que tu predicamento entre la comunidad judía te podría abrir las puertas para obtener un empréstito. No es el oro lo que escasea en las arcas de los prestamistas judíos. Pero no me refiero a eso.

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Acerté al hacer venir a los obispos del califato, sus informaciones me han resultado muy valiosas. Sobre todo la que me ofreció el metropolitano de Qurtuba, acerca de determinado soporte para la escritura que empieza a fabricarse en vuestra capital. Me dice, sin ocultar su asombro, que sustituye con ventaja al pergamino, sobre todo para los usos cotidianos y en documentos que no precisan de una larga conservación. De hecho, se dignó mostrarme uno de los pliegos que traía consigo.

Hasday pensó en las consecuencias que le podría acarrear al clérigo, de regreso a Qurtuba, el hecho de haber roto la prohibición de palacio, que pretendía mantener el monopolio de la fabricación de papel.

—¿Queréis que se os envíe una partida de papel para darle uso en la corte?

—Deseo que dos monjes de este monasterio viajen contigo a Qurtuba para que les mostréis los secretos de su fabricación.

—Precisaré para ello de la autorización del califa.

—No veo problema en ello. Dios no creó el mundo en un día.

Un estremecimiento recorrió el espinazo de Hasday al oír de nuevo aquella sentencia.

—Quizá yo mismo pueda gestionar tal permiso una vez que vuestros dos monjes estén en Qurtuba —concedió.

—No es suficiente garantía. El Alcorán y la cota de malla permanecerán aquí hasta su regreso.

Hasday sintió que le temblaban las rodillas.

—Tenéis mi compromiso. Quizás en estos siete meses junto a vos hayáis tenido ocasión de apreciar el valor de mi palabra. Yo mismo mostraré a vuestros monjes la técnica de elaboración del papel y sus secretos.

—Sea, pues. Puedes llevarte lo que has venido a buscar. Sé que cumplirás con tu palabra.

28

Año 942

—¡Hugo de Arlés, conde de la Provenza! —aulló Al Nāsir, ante las noticias que acababa de trasladarle el jefe de la cancillería.

—Y rey de Italia, padre, no lo olvidéis —apostilló Al Hakam.

—¡Maldito bastardo! —estalló el califa—. ¿Quién es él para atacar Fraxinetum? ¡Es un enclave andalusí! ¿De qué sirvió el pacto firmado en Barcelona?

—Fueron nuestros marinos los que rompieron el pacto, padre. Nasr ibn Ahmad, el *qaīd*, apenas cesó unos meses sus acometidas tras recibir tus órdenes.

—¿Arrasada, dices? —preguntó al canciller, haciendo caso omiso de la observación.

—El ataque se llevó a cabo por tierra, pero la ofensiva se completó con el ataque naval a cargo de una flotilla equipada con fuego griego, enviada por el emperador de Bizancio. La flota andalusí atracada en el puerto fue destruida por completo, aunque los nuestros lograron resistir por tierra en el fuerte de Yabal al Qilal.

—El almirante de la flota sabrá dar cumplida respuesta a la afrenta. Por suerte navega hacia Turtūsha, en previsión de hechos como los que se han producido.

Hasday carraspeó tras él.

—¿Qué tiene que decir mi médico? —bufó Al Nāsir sin volverse—. ¿Quizá me vas a recomendar que no me altere para evitar el regreso de la migraña?

—No es de la salud del califa de lo que me gustaría hablar…

—¡Ah, no! —exclamó son sorna—. ¡Olvidaba que fuiste tú el artífice de este tratado que acaba de saltar hecho trizas! Quizá puedas usar tus agujas de sutura para recomponer los pedazos.

Hasday comprendió que el soberano sufría uno de sus proverbiales cambios de humor, y no le faltaban los motivos. Las noticias eran en verdad descorazonadoras, y sucedían a las recibidas desde Ifriqiya referidas al ataque a un nuevo enclave costero por parte de la armada fatimí.

—Tuve buenos maestros, *sahīb*. Me enseñaron que antes de intentar curar un mal, es preciso detener su progresión.

—¿Qué quieres decir? ¡Habla claro, maldita sea! —Esta vez sí se volvió. Quizás intuía que Hasday se disponía a ofrecer uno de sus transgresores puntos de vista que tantas veces en los últimos tiempos se habían mostrado acertados.

—¿Por qué lanzar nuestra flota contra los francos en represalia por su ataque? ¿Acaso no ha sido vuestro *qaīd*, Nasr ibn Ahmad, quien ha ignorado las directrices de vuestra cancillería? ¿Acaso no han sido súbditos de Qurtuba, sometidos a vuestra obediencia, quienes han hecho peligrar la política del califato construida con tanto esfuerzo?

—¡La *yihād* contra los infieles que destruyen la obra de Allah es mi deber

primero!

—Quizás Al Nāsir cometió un error nombrando a un judío para un puesto tan cercano. Este judío no comprende cómo un mandato genérico de vuestra fe puede echar por tierra la obra de tantos años, una obra sin duda inspirada también por el Todopoderoso, a través de las decisiones de su Enviado.

—¡Rozas la blasfemia, judío! —exclamó Al Nāsir, airado, al verse cuestionado en su papel como califa—. ¡Muchos han sido crucificados por menos!

Hasday comprendió el peligro que corría al ver el rostro espantado del canciller.

—No era mi intención, *sahīb*; todo lo contrario. Quiero significar tan solo que cualquier decisión que vos adoptéis resultará justa a los ojos de Allah. En ocasiones, el bien mayor para la comunidad de creyentes se puede obtener rehuyendo el entrechocar de las armas.

—¿Estás diciendo que debo dejar sin castigo a quienes han destruido nuestro enclave más septentrional?

—Es lo que sugiere, padre. Y yo creo que la lucidez y la inteligencia hablan por su boca. —Hasday, aún atemorizado, agradeció con un gesto apenas perceptible que el príncipe saliera en su defensa—. Fraxinetum siempre ha sido motivo de discordia, y el botín recaudado en sus algaradas no compensa en modo alguno las pérdidas materiales y de hombres que nos han ocasionado.

—Por no hablar de los beneficios que dejamos de obtener a causa de la inestabilidad en el norte del Bahr Arrūm —se atrevió a añadir el canciller.

—El correo que os enseñé hace tan solo unos días procedente de la república de Amalfi no es solo una carta escrita por comerciantes judíos ávidos de beneficios económicos. Ni siquiera es la carta de su primer magistrado, Mastalo. Amalfi está sometido a obediencia y tributo a Romano Lecapeno, es de hecho una república bizantina. Esa misiva, si sabemos leer entre líneas, es una petición de relaciones diplomáticas de Bizancio. El emperador utiliza a los judíos amalfitanos y a mí mismo para hacer llegar su mensaje hasta vos.

—¿Una petición de relaciones que se envía junto a naves provistas de fuego griego?

—En respuesta al ataque previo de los nuestros contra el monasterio de Santa María de Agaune y la abadía de Saint Gall, que quebranta el pacto firmado por Hasday en Barcelona, no lo ovidéis, padre —contestó Al Hakam—. Quizá debáis considerar lo que os propone y tratar de romper con esta espiral de enfrentamientos en la que todos salimos mal parados.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Al Nāsir se giró de forma repentina y el vuelo de la rica túnica de seda pareció seguirlo a regañadientes.

—Porque en este momento los intereses de Bizancio y los nuestros coinciden.

—¿De qué manera?

Hasday sabía que el califa conocía de sobra la respuesta a aquella pregunta, pero tal vez deseara que alguien la expresara en voz alta. Dejó que fuera el heredero quien

tomara la palabra para repetir los argumentos que a él mismo le había explicado la víspera.

—Romano Lecapeno tiene en este momento demasiados frentes abiertos, y nos consta que el interés de Bizancio se centra en ganar territorio a los abbasíes que gobiernan en Bagdad. La lucha en el Bahr Arrūm occidental es una distracción que, estoy convencido, desearían evitarse, aunque deben defender los intereses de sus posesiones en Italia, Córcega y Cerdeña. Por si esto fuera poco, siguen amenazados por el deseo expansionista de los fatimíes, que utilizan su potente flota desde el norte de Ifriqiya para atacar su territorio. Por otra parte, nosotros sufrimos a los infieles de la frontera, y el control de la ruta del oro al sur del Maghrib detrae gran parte de nuestros recursos.

—Resulta evidente que ni a los bizantinos ni a los omeyas les interesa mantener el conflicto en el occidente del Bahr Arrūm, un problema alimentado tan solo por la actitud de los corsarios de Fraxinetum —intervino Hasday.

—Sugieres entonces que abandone a su suerte a Nasr ibn Ahmad…

—Si no hay respuesta al ataque bizantino por vuestra parte, enviaréis señal de que Qurtuba está interesada en recomponer el pacto. Es la única sutura con la que podríais cerrar la herida.

—A estas alturas, el ataque ya debe de estar en marcha —objetó.

—Enviad, pues, la orden de que cese de inmediato. Aún no es tarde. Y responded a un tiempo a la petición de los amalfitanos, con una autorización y los salvoconductos necesarios para que se desplacen hasta aquí.

Umarit, a lomos de un caballo que no era suyo, avanzaba por el paseo de ribera que unía la ciudad con la *almúnya*. Con un escalofrío, se cerró la gruesa túnica de invierno en torno al cuello cuando una fuerte ráfaga de viento le azotó el rostro, mal protegido por el capuz. Habitualmente aquel camino era transitado por los *qurtubíes* que habían establecido sus residencias junto al río y por otros muchos que paseaban por la orilla en las tardes apacibles en la ciudad. Sin embargo, aquella no había resultado ser una tarde tranquila, pues amenazaba con llover y las fuertes rachas de viento azotaban la vegetación de la orilla. Dejó atrás el único lugar del trayecto que siempre había encontrado ominoso y siniestro: aquel donde se alzaban las cruces que aún sostenían, sujetos por sogas carcomidas, los restos del rebelde Umar ibn Hafsún y sus dos hijos. Casi quince años llevaban allí, viendo pasar la corriente mansa de un río que algún día los arrastraría hasta el océano durante una de sus avenidas, pues Abd al Rahman había jurado que seguirían allí hasta que tal cosa sucediera. La victoria sobre el enemigo era la prueba visible de que Allah estaba del lado del vencedor, y los *qurtubíes* lo recordaban cada vez que pasaban por aquel lugar.

Anochecía pronto en aquella época, además, y Umarit hizo apretar el paso a su montura para alcanzar cuanto antes la seguridad de su apacible retiro. Nunca regresaba sola después de pasar el día en el *bimaristán*, donde el trabajo como *tabība* en ocasiones la obligaba a prolongar la jornada hasta bien entrada la noche. Siempre

la acompañaba Ismail, cuando no lo hacía el mismo Hasday: al abandonar el *alqásr* le gustaba pasar por el hospital para departir con sus viejos maestros, esperaba a que ella terminara con sus tareas y después regresaban juntos, ella sobre su mula, él en su soberbio caballo árabe, por el que mostraba devoción. Era uno de los animales más bellos de las cuadras reales, un ejemplar tordo, regalo del califa en persona tras su regreso de la exitosa misión que los había llevado a Barsāluna.

Aquel día, sin embargo, todo parecía haberse torcido. Hasday había abandonado la *almúnya* de forma acelerada tras recibir un aviso del *alqásr* que Umarit suponía relacionado con los rumores que hablaban de la ruptura del pacto con el conde Suniario. Más tarde, poco antes del mediodía, su mula había comenzado a cojear en una de las salidas que realizaba habitualmente junto a Ismail para atender a los pacientes que no podían acercarse al *bimaristán*. El joven había descubierto una astilla en el casco trasero y, al tratar de retirarla, había recibido una coz. Por fortuna, no le había alcanzado de lleno, pero el brusco movimiento lo había arrojado hacia atrás con la mala fortuna de que se golpeó la cabeza contra un muro cercano. Él mismo había sido atendido en el *bimaristán*, aturdido, con una enorme brecha que habían tenido que suturar. Umarit había insistido en que pasara la noche allí. Quizá también en el *alqásr* las cosas se hubieran complicado, porque Hasday no había dado señales de vida, y ese era el motivo por el que regresaba sola sobre la montura de Ismail.

Su rostro se iluminó al pensar en las sonrisas de Yakob y de Yorán con las que la recibían cada día. Amaba a sus hijos, y si algo la turbaba era la imposibilidad de dedicarles todo el tiempo que hubiera deseado. Dios sabía que había tomado la decisión de convertirse en *tabība* cuando aún no había sido bendecida con el nacimiento de aquellas dos criaturas y, una vez concretado su compromiso, una vez que había comprobado por sí misma la enorme necesidad de mujeres que ejercieran su oficio en el *bimaristán*, no había sido capaz de dar marcha atrás. Trataba, en cambio, de alargar y aprovechar al máximo el tiempo que pasaba con ellos, y la tranquilizaba el amor que ambos mostraban por Fátima, el aya que se ocupaba de ellos, un sentimiento que parecía ser mutuo.

Apretó las rodillas contra el costado de la montura para acelerar el paso al percibir las primeras gotas de lluvia, ansiosa también por vivir el encuentro, pero el animal respondió de forma extraña. Umarit comprendió el motivo al advertir que había surgido una sombra en medio del camino. Tiró de las riendas para detener el caballo pero el desconocido, embozado con un capuz que le ocultaba las facciones, avanzó como una exhalación hacia el animal sin darle tiempo a reaccionar. No conocía el caballo de Ismail y no supo controlar su reacción cuando el encapuchado trató de sujetarlo por la cabezada. Asustado, se irguió de manos, y Umarit cayó al suelo. Sintió un intenso dolor en la base de la espalda, y la vista se le nubló un instante. Antes de que pudiera reaccionar, se vio arrastrada fuera del camino, sujeta por dos manos de hierro que le oprimían los brazos como garras. El pánico se

apoderó de ella, sintió que el corazón se le aceleraba, golpeando su pecho con fuerza, y oía su propio resuello.

El desconocido la arrojó contra la base de un cañizal, fuera de la vista de los posibles transeúntes. Entonces Umarit vio brillar el filo de una daga en su mano.

—Un solo grito, puta judía, y tus hijos se quedarán huérfanos. Antes de que puedas gritar por segunda vez, tendrás el cuello segado y tu cadáver flotará río abajo —amenazó el desconocido señalando la corriente cercana.

—Ten piedad de mí —suplicó Umarit, incapaz de oponer resistencia.

—¿Piedad? ¡No es momento de mostrar piedad! Llevo trece largos años esperando este momento, soñando con ver ese pavor en tu rostro. Pero lo que verdaderamente anhelo es el momento en que ese engreído que te posee cada noche se entere de lo que va a ocurrir aquí.

Umarit gimió. Su mente trabajaba a toda velocidad y no se engañaba. Sabía lo que vendría a continuación, y también sabía que no tenía forma de evitarlo si quería conservar la vida.

—Vosotros arruinasteis mi existencia, y no he encontrado la paz desde entonces. Hasta que decidí tomar el camino de Qurtuba en busca de la venganza que traiga la paz a mi espíritu.

Entonces, con decisión, con rabia incluso, el desconocido se echó atrás el capuz y dejó el rostro al descubierto.

—¿Recuerdas aquella noche en Yayyán? —dijo entonces, al tiempo que se alzaba el jubón y se bajaba los calzones hasta donde le alcanzaba el brazo—. Vamos a jugar otra vez, puta. A ti siempre te ha gustado este juego. Estoy seguro de que has soñado con esto…

Umarit tragó saliva. Tenía ante sí a un hombre avejentado, desastrado y maloliente al que no habría reconocido de no haber sido por la mirada lúbrica y la voz pastosa, las mismas que tenía grabadas en la memoria desde aquella noche aciaga en Yayyán, tantos años atrás. Ghâlib la miraba con el miembro erecto en la mano, disfrutando del momento.

—No busco nada que no lleves haciendo desde que tienes uso de razón, ramera judía… Después me iré lejos, y nunca sabréis de mí. O quizá sí. —Rio—. Tenéis hijos. Eso aumenta las posibilidades de haceros daño. Hasday lamentará durante mucho tiempo haberse cruzado en mi camino.

Con la daga levantada con la mano izquierda, amenazante y fuera del alcance de Umarit, le alzó la túnica.

—Toma lo que deseas y vete —se oyó decir.

Sabía bien que era su única oportunidad. Se reclinó un poco más contra las cañas y dejó abierto el camino a la lujuria de Ghâlib. Apoyó las manos en el suelo, a los costados, y alzó la cintura. Ghâlib respondió al estímulo y cayó de rodillas entre sus piernas. En su mirada se reflejaba el deseo que acompañaba al ansia de venganza, y también la incredulidad por la actitud de la mujer.

La penetró sin contemplaciones, con el extremo de la daga dirigido al centro de su pecho.

—Te acuerdas de esto, ¿eh, zorra? En el fondo lo deseas…

Umarit confiaba en que la bestia que tenía encima tardara el tiempo suficiente en quedar satisfecho y trató de no añadir ningún estímulo que pudiera precipitar el final. Se sorprendió aplicando con frialdad los mismos métodos que utilizaba para prolongar el placer de Hasday. Mientras, su mano derecha se deslizaba de manera imperceptible en busca del fondillo de la túnica, donde guardaba el pequeño estilete que la acompañaba desde que, una vez liberada de su cautiverio, se prometió a sí misma que jamás nadie volvería a hacerle daño. La túnica había quedado arrugada y no era fácil abrirse paso a través de los pliegues, pero acabó sintiendo el tacto frío del metal entre los dedos. Tiró de él en cada una de las embestidas de su violador hasta que lo tuvo bien sujeto dentro del puño, oculto en parte por la hierba del suelo. Se disponía a alzarlo cuando sintió el gemido del hombre derramándose en su interior. Aulló de rabia, pero aquello le dio más fuerzas. Ghâlib, aún con la daga en la mano, se apretaba contra su cuerpo para sentir su contacto durante los últimos instantes de placer.

Solo le dio tiempo a alzar la cabeza con expresión de sorpresa cuando sintió el filo del estilete penetrar bajo la axila, en el lugar que dejaba libre su mano alzada. El brazo con el que sostenía la daga comenzó a temblar, y el arma cayó al suelo. Entonces Umarit dobló las rodillas, apoyó la espalda contra las cañas y con todas sus fuerzas se deshizo del peso que la mantenía inmóvil. Al levantarse sintió de nuevo el dolor lacerante causado por la caída del caballo, pero corrió sin mirar atrás, sabiendo que le iba la vida en ello.

Hasday regresó tarde a casa aquella noche, pero lo hizo de un humor excelente. Junto a Al Hakam y el visir jefe de la cancillería, había conseguido doblegar la resistencia de Al Nāsir y esa misma tarde dos jinetes habían salido a galope tendido hacia Turtūsha con órdenes precisas para el almirante de la flota.

Encontró, sin embargo, a Umarit ya tendida en el lecho. Los sirvientes le habían advertido de que se había caído del caballo, a la vez que lo tranquilizaban con la noticia de que, aparte de las magulladuras, el ama no había sufrido mayores daños.

—¿Cómo ha sido? ¿Cómo te encuentras? —preguntó, alterado, cuando entró con su propio candil en la alcoba, débilmente iluminada.

—No te apures, estoy bien. Ha sido solo torpeza… Se ha encabritado y no he conseguido sujetarme a tiempo.

—No has debido regresar sola.

—Tienes razón. No volveré a hacerlo. —Umarit pensó que aquella frase era la única verdad que había pronunciado desde que, sigilosamente, atravesara la entrada de la *almúnya*. Había bordeado las tapias del contorno hasta la zona de la lavandería donde se secaban varias túnicas al aire y había tomado una. La suya, sucia y cubierta de la sangre de Ghâlib, había acabado ardiendo en la oportuna hoguera que el

encargado del jardín había encendido para quemar las últimas hojas del otoño y los restos de las podas. Después se había lavado como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo, había preparado un cocimiento con las hierbas adecuadas y se lo había aplicado en la soledad de la alcoba en forma de lavativa.

A la infusión que en ese momento sorbía, después de curarse las heridas, había añadido corteza de sauce, melisa, valeriana y tila, y una pizca de adormidera. Pero era una generosa dosis de menta la que dominaba con su aroma la habitación, para ocultar el verdadero contenido al fino olfato de Hasday.

—¿Problemas en el *alqásr*? —preguntó.

—Los ha habido, pero estoy satisfecho con la forma en que los hemos encauzado. Puede que los intereses judíos estén a salvo, después de todo. Pero esta noche no es momento para hablar de ello. Duerme ahora, te hará bien. Hemos tenido suerte de que no haya sido nada más grave.

Hasday depositó un beso en sus labios, le apretó la mano y salió de la alcoba.

Aquella mañana Umarit acudió al *bimaristán* como cada día, si bien tuvo buen cuidado de hacerse acompañar por uno de los sirvientes. Le costó montar sobre la mula que uno de los mozos había preparado para ella, pero, aún dolorida y reteniendo el paso de la montura, alcanzó la entrada del hospital. Un nuevo estilete ocupaba su lugar en el fondillo de la túnica, pues el anterior se había quedado clavado entre las costillas de Ghâlib. En cuanto estuvo lista, acudió a la gran sala donde se alineaban los camastros y cojeó hasta el que ocupaba Ismail. Con alivio, comprobó que se encontraba despejado y sonriente, y solo el aparatoso vendaje que le envolvía la cabeza recordaba el accidente del día anterior. El muchacho, sin embargo, se lamentó al enterarse de la caída de Umarit de su propio caballo.

—Todo esto es por culpa de mi torpeza. Gracias al Todopoderoso, ha sido una caída sin demasiadas consecuencias. Pero podría haberte pasado algo peor regresando sola. Anoche precisamente trajeron a un hombre malherido. Le habían atacado cerca del río y lo encontraron moribundo al borde del camino, hasta donde había conseguido arrastrarse antes de desfallecer. —Ismail alzó la cabeza y señaló un camastro en el fondo de la sala.

A Umarit le dio un vuelco el corazón. No necesitaba acercarse para comprobar la identidad del hombre, que, por fortuna, parecía inconsciente. Habría jurado que el estilete, por su trayectoria, le había alcanzado el corazón, pero resultaba evidente que no había sido así. En cualquier caso, la herida era muy grave, y con seguridad afectaba al pulmón. En aquel momento, entraba en la sala el *hakīm*, rodeado por un nutrido grupo de aprendices.

—Hablaré con él. —De nuevo trató de centrar su atención en Ismail.

—Tal como me encuentro, no tiene sentido que siga aquí. Tenemos mucho que hacer —respondió el joven mientras Umarit se alejaba cojeando hacia el maestro.

—Es un milagro que siga vivo —le oyó explicar—. El estilete era fino y por un dedo no ha interesado el corazón. Tampoco parece que seccionara ninguna arteria

importante.

Un ayudante descubrió al herido, cuyo pecho aparecía constreñido por un vendaje que, en el lado izquierdo, mostraba una extensa mancha de sangre.

—Cambiádselo y tratad de que ingiera la infusión que se le prescribió. Además de los remedios que contiene, conviene que reponga sus humores tras la abundante hemorragia. No tardarán en aparecer la fiebre y las complicaciones, resulta extraño que no lo hayan hecho ya. Posiblemente muera sin que podamos hacer nada. Pero en algunos casos se produce una recuperación, y parece un hombre fuerte…, ¿quién sabe? —pronunció las últimas palabras con despreocupación, mientras se dirigía al siguiente camastro seguido por los aprendices.

Umarit se entretuvo mirando aquel rostro odioso, entonces indefenso, y en su mente se reprodujeron las amenazas hacia sus hijos que había proferido cuando estaba a punto de forzarla.

Pasó el resto de la mañana enfrascada en su inacabable tarea en el pabellón dedicado a las mujeres: muchachas moribundas tras abortos forzados por las familias a manos de viejas parteras; mujeres cubiertas de hematomas producidos por las palizas de sus maridos; prostitutas con purgaciones…, todas las miserias humanas pasaban por el *bimaristán*, y el día no tenía horas suficientes para atenderlas.

A media mañana, no obstante, se obligó a hacer un alto. Pasó por la enorme botica y, tras asegurarse de que no la veían, llenó un saquete de tela con el contenido de varios frascos y talegas. Se dirigió después a la cocina, donde los jóvenes aprendices se afanaban sobre los fuegos preparando ungüentos y bebedizos. A nadie le extrañó ver a una *tabība* elaborando sus propios remedios. Poco después, caminaba hacia el pabellón principal con una pequeña redoma entre las manos y lo cruzó hasta el extremo opuesto. Vertió parte del contenido de la redoma en el tazón que reposaba junto al camastro. Ghâlib respiraba con dificultad. Umarit se agachó a su lado conteniendo un gesto de dolor y, con dificultad, le alzó la cabeza con el brazo izquierdo. Tuvo que abrirle la boca con los dedos para dejar caer dentro el contenido del tazón. Aun inconsciente, el líquido en la garganta despertó en el herido el reflejo de la deglución. Repitió la operación varias veces, entre accesos de tos que le salpicaron el veneno por la túnica. En el último de ellos, Ghâlib abrió los ojos. Tardó un instante en enfocar la vista, y un momento más en identificar el rostro que tenía delante. Entonces esbozó una mueca de terror, pero era incapaz de moverse, ni siquiera de hablar.

Umarit dejó caer su cabeza y, con un gesto de repulsión, sacó el brazo que le sujetaba el cuello.

—No sé si me oyes, hijo de puta —le susurró cerca de la cara—. Pero no volverás a amenazar a mi familia. Hasday nunca sabrá lo que has hecho y tu miseria caerá en el olvido. Mueres como el perro que eres, incapaz de culminar tu venganza.

Se puso en pie y salió con paso tranquilo de la sala. El acceso principal al *bimaristán* se encontraba atestado a aquella hora, de modo que no distinguió el rostro

de Hasday hasta que lo tuvo a su lado.

—¿Y esa redoma? —preguntó él, sonriente.

Umarit miró a su esposo y lo abrazó, sin responder. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos sin poder contenerlas.

—¿Qué te ocurre, Umarit? —La voz de Hasday sonó preocupada.

—No es nada… Acaba de morir una paciente a la que había tomado aprecio —mintió—. Nada que no suceda cada día.

—Trata de no implicarte demasiado —le recomendó Hasday—. Es la única manera de no resultar heridos. Piensa que haces cuanto puedes. Si no tienes eso en cuenta, terminarás derrumbándote.

Umarit asintió, tratando de esbozar una sonrisa mientras se separaba de él. Reparó en el aspecto espléndido de Hasday. Acababa de sobrepasar la treintena, pero se mantenía ágil y vigoroso. Su lugar al lado del califa le obligaba a mantener una imagen cuidada hasta la perfección, así que cada día empezaba la jornada con una sesión en el *hammam* de palacio, donde el barbero le arreglaba el cabello y la barba, y le recortaba las uñas. Su espléndida remuneración le permitía vestir siempre como se esperaba de él, pero aquella mañana, recortado contra la luz que penetraba desde el exterior a través de uno de los arcos de herradura, lucía de manera excepcionalmente atractiva. Al menos así se lo parecía a ella.

—¿Aún dolorida? —se interesó él, señalándole la base de la espalda con la mirada.

—¿Has venido desde el *alqásr* solo para interesarte por… mi culo? —replicó, susurrando apenas las últimas palabras.

Hasday rio con ganas.

—Solo por eso merecería la pena, pero no. Al Nāsir desea visitar las obras de la Madīnat al Zahra y me ha pedido que lo acompañe. Me he escapado para avisarte mientras se ultiman los preparativos de la comitiva. No sé cuándo regresaré. Los trabajos están muy avanzados y es posible que quiera pasar la noche allí, no es la primera vez que lo hace.

—He oído que el califa es generoso en extremo con sus huéspedes…

Hasday captó al instante la insinuación. Y de nuevo rio.

—Algunos necesitan de varias esposas y cientos de concubinas para sentirse… saciados. Yo solo te necesito a ti. Puedes confiar en ello.

—Confío en ti. —Umarit sonrió.

—Es posible que no tarde en llegar la embajada de Amalfi de la que te hablé. Son en gran parte comerciantes judíos, pero a nadie se le escapa que portan un mensaje del propio emperador de Bizancio. Al Nāsir ha terminado convencido de la importancia de esta embajada y desea exhibir su grandeza… recibiéndolos en su nueva ciudad palatina.

—Ardo en deseos de visitarla algún día. Cuentan maravillas de ella.

—Te aseguro que se quedan cortos. Lo que he visto allí, y solo he visitado el

lugar en medio de andamios, polvo y miles de esclavos que detenían su trabajo a nuestro paso, no se puede expresar con palabras. Puede que hoy, por fin, veamos terminados al menos los palacios del nivel superior, los destinados al califa y su familia.

—En cierto modo te envidio, pero dentro de un minuto me habré olvidado de todo ese esplendor.

—Y yo te admiro —respondió Hasday mirando su sencilla túnica blanca de *tabība*.

—Ve tranquilo. Sabré arreglármelas sin ti. —Sonrió.

Hasday asintió con la cabeza y esbozó un amago de beso. Umarit lo vio alejarse hasta que se perdió bajo la arcada de acceso, entre la muchedumbre que iba y venía. Luego se volvió hacia la puerta que daba acceso a la gran sala. Al fondo, varios ayudantes rodeaban uno de los camastros. Advirtió que uno de ellos negaba con la cabeza antes de cubrir el rostro del herido con la sábana que habría de hacer de mortaja.

La embajada de Amalfi y Córcega llegó a Qurtuba casi dos meses después, tras desembarcar en el puerto de Al Mariyat Bayāna. No se les recibió en la inacabada Madīnat al Zahra, pues los planes del califa con respecto al lugar cambiaban cada día. Adecentar el nuevo palacio para acoger a la embajada habría supuesto semanas de retraso en unas obras que ya duraban seis años, y Al Nāsir antepuso el pragmatismo a la impaciencia por mostrar su obra al mundo. Los embajadores amalfitanos, sin embargo, quedaron igualmente sobrecogidos al penetrar en el Maylis Kamil, el salón del trono del *alqásr* de Qurtuba, que no en vano recibía el nombre de Salón Perfecto. También a Hasday se le encogió el corazón, tal como le había sucedido en las escasas ocasiones en que había penetrado en aquella grandiosa estancia, diseñada para embargar el ánimo de cuantos atravesaban aquellas puertas cubiertas por finos paneles dorados.

Los enviados de Bizancio observaron con asombro los pies de bronce, tan altos como un hombre, alineados a la perfección para sostener soberbios candelabros, las magníficas alfombras carmesíes que cubrían el suelo de mármol y los vistosos estandartes que colgaban entre los ventanales hasta la altura del zócalo, revestido con el mármol del suelo, aunque cubierto de atauriques y labrado con inverosímiles filigranas. No obstante, eran las sedas y brocados del blanco más puro, el color de los omeyas, los que dominaban el salón y hacían converger la mirada en lo alto de la escalinata frontal, sobre el nicho que alojaba el magnífico trono en el que habría de sentarse Al Nāsir.

Hasday había desempeñado un papel destacado en la preparación del acuerdo durante aquellos dos meses. Para sorpresa de los visires y del propio Al Nāsir, había hecho gala de un gran saber acerca de las relaciones comerciales entre ambas orillas del Bahr Arrūm, un conocimiento práctico obtenido durante años de participación y observación atenta en los encuentros de su padre. La correspondencia que mantenía

con Hakim y con los notables de muchas de las juderías más activas lo mantenía al tanto de las novedades, y sus agudas observaciones se tuvieron muy en cuenta.

Desde la llegada de la embajada a Qurtuba, Hasday había actuado como introductor. El protocolo exigía que el califa no hiciera acto de presencia ante los visitantes hasta pasados unos días, el número dependía de las circunstancias. Durante ese tiempo se desarrollaban las conversaciones entre los embajadores y los altos funcionarios del *alqásr*, se perfilaban los términos del posible acuerdo y se negociaba el preceptivo intercambio de regalos. Al Nāsir se mantenía informado en todo momento, y sus deseos se convertían de inmediato en nuevas exigencias que, a su vez, eran objeto de contrapartidas.

El pacto firmado en Barcelona había estado mucho más cerca de saltar por los aires de lo que Hasday había imaginado. De hecho, los mensajeros no habían llegado a tiempo de impedir que la flota califal desembarcara en las costas francas, donde habían causado más de cuatrocientas bajas a un cuerpo de su ejército. A su regreso, la escuadra andalusí había sido atacada en Barcelona y obligada a retirarse hasta Turtūsha. Fue en ese momento cuando el almirante recibió las órdenes de Qurtuba que lo obligaban a partir hacia Ifriqiya, donde debían enfrentarse a una ofensiva fatimí. Al mismo tiempo Bernat, el privado de la condesa Riquilda, recibía una misiva de Hasday en la que les revelaba las verdaderas razones de la retirada de la flota califal lejos de las costas catalanas.

Aquella tórrida mañana de verano[13], Hasday estaba satisfecho. Había querido asegurar el éxito de la embajada desde el primer momento y, ya en la carta enviada a Amalfi en la que se aceptaba la visita y se adjuntaban los salvoconductos necesarios, había incluido una petición que, lo sabía bien, habría de engrasar los goznes de las puertas del palacio califal para permitir la entrada con buen pie de los amalfitanos. Durante las interminables conversaciones con Maslama ibn Abd Allah, el maestro alarife encargado de las obras de la Madīnat Al Zahra, Al Nāsir había mostrado su admiración por el arte bizantino, del que tenía referencias a través de los testimonios de viajeros y comerciantes andalusíes. Pero fue el príncipe Al Hakam quien, con su perspicacia habitual, reveló a Hasday los verdaderos motivos de aquella preferencia.

Qurtuba y Bizancio se habían convertido en las grandes metrópolis del Bahr Arrūm que competían en el terreno de las ciencias y de la artes, pero, en ambos terrenos, Al Ándalus seguía siendo tributaria de la influencia de Bagdad, sede del califato abbasí. Y desde su proclamación como califa, Abd al Rahman había puesto gran empeño en remarcar la legitimidad del califato omeya frente a fatimíes y abbasíes. La separación en lo político y en lo religioso debía acentuarse con una diferenciación en lo artístico y lo cultural, volviendo al gusto de sus antepasados omeyas de Damasco por lo romano y lo helenístico. Y esto último era lo que representaba el arte bizantino. Así pues, había incluido en la carta a los amalfitanos una petición expresa para que, entre los regalos que se entregaran a Al Nāsir, hubiera representaciones, planos y ejemplos de la arquitectura y la decoración que imperaban

en Bizancio.

Hasday, sin ocultar la tensión, avanzaba entre los chambelanes que dirigían los pasos de los visitantes, a quienes se había dispuesto según el rígido protocolo oriental que imperaba en la corte de Abd al Rahman. Los porteadores depositaron al fondo las parihuelas en las que habían transportado los regalos que iban a entregar al califa. Hasday comprobó satisfecho que, entre los brocados, rasos y púrpuras, los lingotes de plata y otras muchas mercancías preciosas, ocupaban un lugar destacado las magníficas ilustraciones sobre vitela que él mismo había reclamado, reproducciones de elaborados capiteles, bellísimas pinturas polícromas sobre madera y delicadas tallas en marfil.

La insoportable ola de calor que se abatía sobre Qurtuba desde el día de la recepción a la embajada de Amalfi no había llegado a su fin cuando Hasday recibió la llamada de Al Nāsir. Mediante gestos, haciendo girar su mano derecha en uno y otro sentido, y con gesto sonriente, el *fatà* que lo condujo a los aposentos privados del califa le indicó que aquel día este no se encontraba de un humor especialmente malo. Lo halló recostado en un diván, bajo los enormes abanicos de tela que dos esclavos agitaban cerca de su cabeza descubierta.

—Es el único inconveniente que le encuentro a esta ciudad —dijo Abd al Rahman, con el rostro rubicundo. Sostenía una copa de vidrio repleta de hielo picado mezclado con algún tipo de sirope, de la que sorbía a través de una pequeña caña hueca.

—Deberíais recompensar a quien tuvo la idea de hacer traer nieve de la sierra para almacenarla en los sótanos —trató de bromear Hasday, después de concluir las oportunas muestras de respeto debidas al soberano.

—Del que tuvo esa idea solo quedan los huesos —respondió irónico Al Nāsir—. Que yo sepa, la costumbre se remonta a los tiempos de mi tatarabuelo, el segundo Abd al Rahman. Quizá fue Ziryab, el músico, quien la trajo consigo de Oriente, junto con otras muchas modas.

Alzó la mano e hizo un gesto a un eunuco, que se perdió tras los cortinajes. Al cabo de un instante, Hasday tenía entre las manos una copa de aquel refrescante sorbete.

—Me habíais hecho llamar…

—Así es. Aunque parece que en ocasiones se nos olvida, sigues siendo mi médico.

—El califa me tiene a su disposición.

—Me estoy haciendo viejo, Hasday. Anoche solo pude satisfacer como era mi deseo a dos concubinas. ¿Acaso no hay remedios para aumentar el vigor de un hombre?

—Los hay, *sahīb*, aunque, si he de seros sincero, dudo de su eficacia.

—Resulta triste estar rodeado de las hembras más bellas, todas ansiosas por entregarse a mí, y no poder corresponder como quisiera.

—Quizás haya ejercido una influencia negativa este terrible calor. Pero, de no ser ese el motivo, el Todopoderoso es sabio y hace que el vigor de los hombres disminuya con el tiempo, pues los excesos podrían perjudicar nuestro corazón. Tal vez debáis empezar a orientar vuestra búsqueda del placer hacia prácticas más sosegadas, aunque igualmente satisfactorias.

El califa rio con ganas.

—¡Sabía cuál había de ser tu respuesta! La del hombre juicioso y moderado que siempre has sido. ¿No has cometido ninguna locura en tu vida? —preguntó con curiosidad.

—Las cometí, mi señor, en mi juventud. Y a punto estuve de pagar un alto precio por ello. Pero he de deciros que no me arrepiento, pues Dios me ha recompensado.

—Hay muchas cosas que aún desconozco de ti —dijo Al Nāsir con los ojos entrecerrados, al tiempo que sorbía un trago de la bebida helada—. Quizás algún día te pida que me reveles esos aspectos escondidos de tu juventud. Pero hoy deseo hablarte de otro asunto.

—El califa dirá…

—Vivimos una época por fortuna próspera para nuestro pueblo. Las arcas están llenas, y nuestros súbditos no han sufrido la hambruna derivada de la carestía ni siquiera durante las sequías prolongadas que azotan periódicamente Al Ándalus. Importamos cantidades ingentes de grano para evitarlo. Los tributos y los diversos impuestos siempre han sido las fuentes que han llenado nuestras arcas, y el oro procedente de los lejanos países al sur de Ifriqiya sirve para acuñar nueva moneda. —Hablaba de forma sosegada, escogiendo las palabras, con tono satisfecho y evocador —. Sin embargo, habría que estar ciego para no ver que es el comercio marítimo lo que nos proporciona, de manera creciente, una parte considerable de nuestros ingresos a través de las tasas portuarias y los impuestos a las transacciones. Solo hay que mirar a tu padre y a los mercaderes como él para comprobar quiénes son los que disponen de mayores fortunas y quiénes, en tiempos de dificultad, han podido hacer las mayores aportaciones al Estado. Para pagar las soldadas de nuestros ejércitos, por ejemplo, cuando nuestra seguridad estaba en peligro.

—¿Adónde queréis llegar, mi señor?

Al Nāsir hizo un gesto que le pedía calma.

—El mar, y más después del tratado que, en parte gracias a ti, hemos firmado con francos, amalfitanos y bizantinos, está llamado a convertirse en nuestra principal fuente de ingresos. Y he decidido que los comerciantes que llevan a cabo tan fructífera labor deben ser protegidos y apoyados en su tarea. Creo, incluso, que el propio Estado debería participar en el comercio marítimo.

Hasday asentía, interesado. Reconocía la verdad que encerraban las palabras de Al Nāsir. De hecho, él mismo había dejado caer algunas de aquellas ideas durante sus frecuentes conversaciones, ideas que el califa había procesado, que habría conjugado con otras surgidas de las mentes de sus muchos consejeros, y que finalmente,

transformadas en un pensamiento coherente y ordenado, expresaba como propias.

—Habrá que ampliar las atarazanas existentes y construir otras nuevas; agrandar las instalaciones portuarias, mejorar la red de caminos entre los puertos y la capital, formar a marinos y potenciar el conocimiento de los geógrafos, astrónomos, geómetras, constructores de naves… y para hacerse cargo de todo esto necesito disponer de un hombre capaz y de mi total confianza.

Sin quererlo, Hasday se sorprendió repasando los nombres del círculo cercano al califa que pudieran reunir las características que este demandaba. Tuvo la sensación de que ya había vivido otras situaciones semejantes, y una sorda inquietud se apoderó de él.

—Por fortuna, estáis rodeado de hombres que podrán asumir tal responsabilidad con éxito.

—Estoy seguro. Pero uno solo ha demostrado sobradamente su capacidad en cuantas tareas le han sido asignadas. Y ese hombre eres tú. Así que he decidido nombrarte jefe de aduanas del califato.

La copa del sorbete estuvo a punto de escurrirse entre las manos de Hasday. La responsabilidad del cargo era de una magnitud difícil de comprender. Por sus manos habrían de pasar cantidades ingentes de dinares de oro, tanto por la recaudación en las aduanas como por las enormes inversiones que Al Nāsir acababa de mencionar. Sintió el mareo que producen las noticias trascendentes e inesperadas.

—De entre todos los puertos cercanos a Qurtuba, pretendo hacer de Al Mariyat Bayāna, el más oriental, la base permanente de nuestra flota. Recuerdo la gran impresión que me causó la parada naval que tuve ocasión de presenciar la primera vez que visité aquel fondeadero. Deseo que se convierta en un puerto de verdad, con muelles de atraque que hagan innecesario el uso de las barcazas de descarga. Habrá que escoger también a un hombre capaz de asumir ese reto sobre el terreno.

—Creo que conozco al hombre adecuado —respondió Hasday, aún ausente, perdido en el torbellino de pensamientos que se agolpaban en su cabeza.

—¿En quién piensas?

—Su nombre es Hakim ibn Rafiq. No lo conocéis. Es el hombre de confianza de mi padre en Al Mariyat Bayāna, quien ocupó mi lugar cuando decidí venir a Qurtuba para completar mis estudios. Tiene mi edad…, nos conocemos desde niños.

—¿También judío?

Hasday negó.

—Árabe.

—¿De buena familia? ¿Quiénes son sus padres?

—Su padre fue un borracho, y su madre, una prostituta —contestó Hasday sin vacilar—. Creció entre palizas y conoció las privaciones. Pero es el amigo más fiel que jamás haya podido tener un hombre. He depositado toda mi confianza en él.

Las carcajadas de Al Nāsir reverberaron entre los muros y su eco se extendió por todas las galerías del palacio califal.

CUARTA PARTE

29

Año 949

—¡Pero lo que me cuentas es extraordinario, Menahem!

Hasday se mostraba sinceramente entusiasmado. En los últimos tiempos, había oído hablar de aquel lejano territorio situado entre el llamado Mar Negro y el Caspio, el Reino de los Jázaros, habitado, según contaban los viajeros, por gran cantidad de sus correligionarios. Pero aquella información que le proporcionaba su secretario, Menahem ben Saruq, de ser cierta, sobrepasaba cualquier expectativa. No solo se confirmaba que los judíos de Jazaria eran una comunidad numerosa, sino que el reino al completo profesaba la misma fe, al igual que su rey, José, cuyo nombre acababa de conocer.

En los últimos años, tras su designación oficial por parte del califa como *nasí*, príncipe de la comunidad judía de Al Ándalus, había llevado tal honor con orgullo y enorme responsabilidad. Su objetivo, no obstante, también había sido trabar contacto con las comunidades hebreas ubicadas fuera de la órbita islámica, de forma que mantenía correspondencia con los judíos de Bizancio, de Italia, del sur de Francia y de Germania. A menudo le trasladaban sus problemas y reclamaban su mediación ante Al Nāsir, conocedores de los éxitos diplomáticos de Hasday en su breve pero exitosa trayectoria, pues los judíos no ostentaban en ningún rincón del mundo el poder político, vivían sometidos a los reyes cristianos o a los califas musulmanes, no mandaban ejércitos ni tenían capacidad de decisión sobre las leyes que afectaban a su pueblo.

—La fuente, esta vez, no deja lugar a la duda —le recordó Menahem.

—Así es, el reino de Jazaria existe; su rey, José, profesa la religión de nuestros mayores y quizá disponga de un nutrido ejército con el que defender las fronteras de ¡un reino judío! —exclamó, asombrado ante sus propias palabras—. Debemos tratar de ponernos en contacto con él de inmediato. Es preciso que nos confirme todos los detalles, que entablemos relaciones y, si nuestra capacidad de maniobra nos lo permite, que iniciemos la más estrecha colaboración.

—¿Por qué habría de interesarle al califa prestarnos su apoyo en esto?

Hasday no pudo responder, porque la puerta terminó de abrirse y apareció un muchacho con sus mismos rasgos, salvo por la barba que cubría el mentón del padre y aquellos ojos tan parecidos a los de Umarit.

—¡Yakob! Te creía repasando las lecciones de métrica.

—El maestro Dunash se ha sentido indispuesto —explicó—. He oído que hablabais sobre ese reino de los jázaros…

Por un momento, Hasday observó a su primogénito. El abuelo Ishaq decía que su actitud le recordaba a él cuando contaba trece años. El muchacho estaba ya a punto de convertirse en *bar mizwah*, en un miembro más de la comunidad, aunque las

circunstancias fueran muy diferentes.

—Excitantes las noticias sobre los jázaros, ¿verdad? —Menahem le agitó los cabellos y estuvo a punto de hacer caer la kipá del muchacho—. Siéntate con nosotros y escucha. Oír a tus mayores es la mejor manera de aprender.

Hasday sabía que lo decía por él y por su antigua afición a colarse en las reuniones que Ishaq celebraba con mercaderes, gobernadores, funcionarios y generales del ejército de paso en la lejana Yayyán. También Menahem había aplicado la misma estrategia con su padre, Saruq, el viejo contable de Ishaq, hasta convertirse en un joven capaz de ocupar su lugar al morir este, unos años atrás. Saruq se había encargado de proporcionarle una amplia formación y el muchacho pronto había destacado en el campo de las letras. Empezaba ya a adquirir prestigio como literato y poeta cuando Hasday lo conoció. La elegía que había dedicado a su madre, Nora, el día de su funeral en Yayyán terminó por convencerlo de que aquel muchacho debía estar a su lado. Era la época en que él mismo había comenzado su labor de mecenas, rodeándose de poetas, músicos y eruditos en múltiples disciplinas. Su enorme patrimonio, acrecentado en los años junto al califa, se lo permitía. Tras el entierro de Nora, Menahem había viajado con él de regreso a Qurtuba convertido en su secretario personal. También Ishaq lo había acompañado, y desde entonces ambos habitaban en la ampliada *almúnya*, convertida ya en la residencia permanente del hombre más cercano a Al Nāsir y uno de los más influyentes del califato.

El lugar en el que se encontraban era el favorito de Hasday. La sencilla pérgola frente al río se había convertido en un pequeño pero lujoso pabellón sustentado por esbeltas columnas, entre arcadas de herradura que enmarcaban la vista del cauce desde los divanes dispuestos en el muro posterior. Los enormes cortinajes de seda parecían danzar, mecidos por la suave brisa que ascendía desde el río. A menudo, los poetas y músicos que desarrollaban su trabajo bajo la protección de Hasday mostraban allí los frutos de su creatividad, en reuniones nocturnas que comenzaban a ser conocidas en Qurtuba, sobre todo desde que el propio príncipe heredero hiciera acto de presencia en algunas de ellas. Dunash ben Labrat, preceptor de sus hijos, y el propio Menahem ben Saruq eran dos de los poetas más destacados que allí, frente a un auditorio selecto, recitaban sus versos.

—Menahem me preguntaba por qué al califa habría de interesarle prestar su apoyo a los judíos de Qurtuba. Pues bien, es sencillo —se respondió a sí mismo—, porque tal cosa le ayuda a separarse de sus rivales religiosos y políticos, los abbasíes de Bagdad.

—¿De qué manera? —se interesó Yakob.

—Hasta ahora los encargados de interpretar la ley judaica habían sido los *gaonim* de Bagdad, en las academias de Sura y Pumbedita. A ellos se dirigían las consultas de todas las comunidades judías del mundo. Eran responsables de cuestiones tan fundamentales como ajustar los calendarios y las fechas de nuestras festividades. Pero, junto a las consultas acerca de la correcta interpretación del Talmud y la Torah,

llegaban grandes sumas de dinero para el apoyo económico de esas academias. Sin embargo, con el inicio de la descomposición del poder abbasí, los centros intelectuales de Oriente entraron en decadencia, y los habitantes de Sura y Pumbedita vieron cómo la asfixia económica hacía desaparecer sus academias. Pero los de Sura no podían consentir el hundimiento de su famosa escuela talmúdica y enviaron a varios jóvenes doctores a pedir apoyo a las comunidades más ricas. Es una larga historia…

—Que enlaza con la peripecia de Moshé ben Enoch —apostilló Menahem—. Entonces yo aún vivía en Yayyán y desconozco los detalles. Quizá también el joven Yakob esté interesado en conocerlos…

Hasday sonrió satisfecho al observar el brillo en los ojos de su hijo.

—Un grupo de esos jóvenes doctores de la ley, acompañados por sus familias, se embarcó con destino a Occidente —empezó—. Llegaron al puerto de Bari y, desde allí, partieron hacia las costas de Al Ándalus, pero una tempestad en alta mar los arrojó en manos de Muhammad ibn Rumahis, el almirante de nuestra flota.

—¡Lo recuerdo! ¡Viajamos en su barco cuando era pequeño! —exclamó Yakob.

—Tienes buena memoria, eras solo un niño. —Sonrió—. Comandaba la flota que nos acompañó en mi primera misión diplomática ante el conde de Barcelona. Lo cierto es que, tal como le permitían las leyes del mar, hizo prisioneros a todos los ocupantes de aquel barco… para venderlos como esclavos. Uno de los eruditos fue vendido en Alejandría; el segundo, en Qayrawán; del tercero no se tienen noticias…

—Y Moshé ben Enoch es el cuarto, que fue traído a Bayāna.

—Así fue, pero durante el trayecto Ben Enoch tuvo que sufrir un golpe aún más duro que el hecho de haber sido rebajado a la condición de esclavo. Con él habían sometido a cautiverio a su esposa y a su hijo… y fue inevitable que el almirante pusiera los ojos en la bellísima mujer de Moshé. Empezó a molestarla, pues ella no accedía a sus requerimientos. Primero fue a solas, pero luego lo hizo a la vista de toda la tripulación y de su esposo, al que hizo encadenar. Una noche, segura ya de lo que había de ocurrir, preguntó a su marido, en hebreo, si los que morían entre las olas del mar gozarían también de la resurrección. Moshé, sin comprender por qué le hacía aquella pregunta, le contestó con un verso de los Salmos, tal como hubiera hecho con cualquier otro que sometiera a su juicio una duda sobre la ley judía. Recuerdo como si fuera ahora el momento en que el propio Moshé ben Enoch nos hacía este relato, una vez en Qurtuba.

—¿Cuál fue la respuesta? —preguntó Yakob, impaciente.

—«Dios dice: también los haré volver desde las profundidades del mar».

—¡Salmos, sesenta y ocho! —exclamó Yakob.

Hasday asintió, contrito.

—Lo cierto es que, apenas había terminado de pronunciar esas palabras, ella besó a su hijo, que dormía junto a ambos en cubierta, besó a su esposo en la frente y, sin decir nada más, se arrojó por la borda. A Moshé, desesperado, lo llevaron con su hijo

hasta la base de la flota en Bayāna para venderlos en el mercado de esclavos. Los compraron tratantes *qurtubíes* que los trajeron hasta aquí. Sin embargo, enterado alguno de los miembros de nuestra comunidad del credo que profesaban, la aljama los redimió pagando un buen precio por su libertad.

»Desde entonces vivieron pobremente entre nosotros, hasta que un día Moshé entró en la escuela talmúdica de la sinagoga de Midrás vestido como un mendigo. En aquel momento, el rabino Nathán estaba disertando sobre un complejo pasaje del Talmud. Sabéis bien que los sefarditas no somos expertos en las palabras de nuestros maestros, pero, pese a ello, con lo poco que sabemos, tratamos de hacer comentarios e interpretaciones más o menos correctos. Moshé, con una discreta observación, llamó la atención de todos. Nathán le llamó y le dejó hablar, y una hora después todos eran conscientes de la inmensa sabiduría de aquel hombre. Sin vacilar, había dado solución a las complejas cuestiones que habían ocupado los debates de la escuela durante años. Aquella misma noche, el rabino Nathán declaró con solemnidad: “De aquí en adelante, yo ya no soy el juez de esta comunidad. Ese hombre que viste de arpillera, el viajero, es ahora mi maestro y yo seré su discípulo, y vosotros debéis nombrarlo juez en mi lugar”.

»Cuando el almirante Muhammad ibn Rumahis se enteró del valor de su esclavo para la comunidad de Qurtuba quiso anular la venta para obtener una suma mayor por él, pero los sabios de la aljama recurrieron al califa. Yo mismo le presenté el caso.

—¿Y qué ocurrió?

Hasday veía en las preguntas y en la expresión de Yakob su propia curiosidad veinticinco años atrás. Con un gesto de la mano le rogó calma.

—La conversación con Al Nāsir resultó provechosa en extremo. No tuvo dificultad para comprender la ocasión que la Providencia nos presentaba y, por supuesto, rechazó la pretensión de su almirante. La presencia de Moshé ben Enoch entre nosotros nos daba la oportunidad de separarnos del control rabínico de Bagdad, de desarrollar una escuela de estudios talmúdicos propia, con la continuidad y la legitimidad que proporcionaba un *gaón* procedente de la academia de Sura. Y es lo que estamos forjando, como ya sabéis. Queremos hacer de Qurtuba el centro de una poderosa comunidad hebrea y dejar de enviar consultas, y oro, a Bagdad.

—¿Abandonaréis, pues, las escuelas talmúdicas de Oriente a su suerte?

Hasday vaciló.

—Hemos creado una escuela talmúdica propia contando con la continuidad de la tradición judía —se limitó a decir—. Abriremos nuevas *yeshivot,* y para ello haremos venir más rabinos de Bagdad que enseñen la ley judía, que ajusten los calendarios desde aquí y que enseñen las tradiciones hebreas orientales que aún ignoramos. En Qurtuba surgirán nuevos *gaonim*, que harán de Al Ándalus el nuevo centro del judaísmo.

—Nuestros intereses y los del califato en este caso coinciden plenamente —apuntó Menahem—. El dinero de los judíos de Qurtuba se quedará aquí, lo que

engrosará las arcas de Al Nāsir y, a cambio, se fortalecerá la comunidad judía local, que podrá importar el torrente de sabiduría que en Bagdad no encuentra acomodo.

—Y ahora, tus noticias sobre Jazaria confirman nuestras expectativas —recordó Hasday exultante—. Dispón lo necesario para redactar una carta dirigida al rey José. Si en algún lugar hay un reino judío, es nuestro deber salir a su encuentro.

—¿Y cómo se la haremos llegar? —Menahem parecía preocupado—. No conocemos la ubicación exacta de esas tierras. Tan solo calculamos que se encuentran en algún lugar al norte de Bizancio, a varias semanas de camino. Ni siquiera sabemos si es una ruta terrestre o puede hacerse por mar.

—Tal vez sea buena idea hacer venir a Qurtuba a Ibn Hawkal, el geógrafo del que acabamos de tener noticias tras pisar nuestras costas. Él sabrá darnos cuenta de la ubicación del reino, si es tan grande como dicen. Por otra parte, en escasas semanas tendremos aquí la embajada de Bizancio. Quizás a su regreso envíe con ellos a un legado que, una vez en la corte de Constantinopla, emprenda camino hacia el norte portando esa carta.

La atención de Hasday se desvió entonces hacia el sendero enlosado que conducía al pabellón. Sonrió al reconocer la silueta y el caminar pausado de su padre a la luz de los hachones que iluminaban el camino.

—Creía que te habías retirado a descansar —dijo cuando Ishaq entró en el pabellón.

—Y lo he hecho —saludó a Menahem y a su nieto con el gesto—, pero no consigo conciliar el sueño.

—Creo intuir el motivo… —Hasday sonrió.

Yakob y Menahem intercambiaron una mirada de desconcierto. Ninguno de los dos sabía a qué se refería. Fue Ishaq quien les confesó la razón de su insomnio.

—Sabéis que hace unas semanas tuve el honor de ser invitado a una de las recepciones del califa en su nueva ciudad palatina. Éramos cientos, todos nobles árabes, parientes de Al Nāsir, gobernadores de las coras o ricos comerciantes, como en mi caso. Nos mostraron las maravillas que se han alzado allí estos últimos años, dignas del más grande de los gobernantes.

—Espero que pronto tengáis la oportunidad de visitar el lugar —intervino Hasday —. Nadie que no lo haya visto con sus propios ojos es capaz de imaginar la grandeza que encierran los altos muros de la Madīnat al Zahra.

—Tuvimos la oportunidad de besar el sello del califa en el gran salón de recepciones que se levanta en el centro de la ciudad, rodeado de estanques, jardines y magníficas construcciones. Se diría que los arquitectos del palacio han querido representar el paraíso en la tierra. Al Nāsir recibió nuestras muestras de lealtad sentado en su nuevo trono, al que nos fuimos acercando uno tras otro. A todos nos llamó por nuestro nombre y nos dirigió palabras elogiosas…, antes de solicitar nuestra colaboración para finalizar las obras. Al parecer, esa maravilla no se parece aún a lo que tiene en mente, a pesar de las tejas de oro y plata que deslumbran en las

cubiertas, las columnas de mármol multicolor, los soberbios atauriques y mosaicos incrustados con piedras preciosas, las puertas forradas con paneles de oro…

—¿Os pidió oro para financiar la terminación de la Madīnat al Zahra? —se extrañó Menahem.

—Ojalá hubiera sido oro lo que pedía. De haber sido así, ahora estaría durmiendo y nada me haría despertar hasta el amanecer. Con sus palabras demostró su conocimiento de mi actividad… y de mi patrimonio. Se interesó por el funcionamiento de las concesiones del Estado que se me han confiado y me preguntó por la marcha de la extracción de bermellón en las minas de Al Ma'dín… para terminar solicitando de mí un presente a la altura de lo que veía a mi alrededor. Y desea tenerlo en dos semanas, a tiempo para recibir allí a la embajada de Constantinopla, a la que pretende deslumbrar.

—Sabe que esa concesión te ha hecho uno de los hombres más ricos de Al Ándalus. —Hasday rio—. El cinabrio es necesario para extraer el oro que nos llega desde el continente africano en cantidades cada vez más abundantes.

—¿Y te ríes? —exclamó Ishaq, a medio camino entre el estupor y la irritación—. Supongo que debes el lugar que ocupas a tu sangre fría…

—Tienes la respuesta ante tus ojos y eres incapaz de verla… —respondió Hasday sin borrar la sonrisa, enigmático.

—¿Oro? ¿Más oro del que ya hay en la Madīnat al Zahra? —aventuró.

Hasday, negando con la cabeza, se acercó a su padre y le habló al oído. Ishaq escuchó con gesto escéptico, atónito más tarde, y abrió los ojos de par en par. Después se apartó, pero solo para extender los brazos, tomar entre ellos a su hijo y estrecharlo en un abrazo.

—¡Eso es! —exclamó, eufórico—. ¡Eso es! No es la sangre fría lo que te ha llevado a ser quien eres. ¡Son tu ingenio y tu agudeza!

Hasday atravesó la magnífica galería porticada que conducía a la entrada principal de la biblioteca, el lugar de encuentro habitual con el príncipe heredero. Los *saqāliba* que, aún lo recordaba, le solicitaban arrogantes el salvoconducto en sus primeras visitas se mostraban entonces serviles, nerviosos incluso ante su presencia, una reacción similar a la que exhibían ante el príncipe Al Hakam o el propio Al Nāsir. El poder y la posición que había alcanzado en el entorno del califa lo habían convertido en un personaje de primer rango en la corte. Además de ostentar la jefatura del equipo de médicos que atendía al soberano y a su familia, había sido nombrado jefe de aduanas, más tarde secretario de cartas latinas, varias veces embajador y, por último, *nasí* de la comunidad hebrea de Al Ándalus. Por sus manos pasaba un presupuesto cuyas cifras eran apenas aprehensibles, pero era quizá la influencia diplomática en los reinos cristianos y en las comunidades judías de todo el orbe lo que había acabado por hacer de él un personaje insustituible en el entorno de Al Nāsir al que todos acudían en busca del favor del soberano.

La luz, tamizada por los árboles del patio ajardinado, era aún intensa, y Hasday

tuvo dificultades para adaptar la visión una vez dentro del enorme recinto en el que tantas horas había pasado aquellos años. Últimamente Yakob lo acompañaba en sus visitas al lugar, pero en esta ocasión no iba a consultar libros ni legajos, sino a atender a la llamada de Al Hakam. En momentos como aquel, cuando la imagen de su primogénito le venía a la mente, pensaba en él como en un niño, hasta que recordaba su propia peripecia a esa edad y entonces lo veía con otros ojos. Pero, de manera definitiva, Yakob era distinto a él. Nunca lo había visto interesarse por las plantas, ni observar con curiosidad un animal, como hacía él en su juventud. Le hubiera extrañado sobremanera saber que había pasado una tarde diseccionando una gallina, recolectando raíces, admirando el crecimiento de los gusanos de seda o preparando una infusión medicinal. Era capaz, en cambio, de aguantar largas noches en vela observando el firmamento, trazando complicados esquemas sobre pliegos de papel a la luz escasa de las lamparillas. Su interés cuando visitaba la biblioteca se centraba en los tratados de astronomía y en las obras de los geógrafos, y se había mostrado encantado al saber que quizás Ibn Hawkal visitara Qurtuba aquel mismo verano.

En realidad, la llamada de Al Hakam había resultado providencial, pues Hasday estaba a punto de reclamar una entrevista, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos dentro de la corte, en el entorno mismo de la familia real. La red de lealtades tejida durante aquellos largos años en palacio daba sus frutos. Como médico, muchos de los funcionarios, eunucos y sirvientes que se movían en el entorno del soberano le debían innumerables favores, incluso la vida de parientes o la propia. Jamás había aceptado un dinar por la atención médica que les prestaba, y ello se había traducido en un aprecio sin límites. En los últimos cuatro años había sido Umarit la encargada de atender a las mujeres del *harem*, una fuente inagotable de información si se sabían manejar las rencillas que, de manera inevitable, surgían entre las esposas, las favoritas y el resto de las concubinas del califa y de los príncipes. Por todo ello Hasday era quizás el hombre mejor informado del *alqásr*, algo que le aseguraba cierta tranquilidad pero que le acarreaba también un sinfín de complicaciones. Como la que se disponía a compartir con Al Hakam en aquel momento.

No obstante, era habitual que el heredero se hiciera esperar. Hasday mató el tiempo en aquella pequeña sala privada ojeando un ejemplar de poesía hebrea, en la que últimamente estaba especialmente interesado, quizá por la influencia de Menahem ben Saruq y Dunash ben Labrat. Los pasos de los guardias le advirtieron de la cercanía del príncipe. El prognatismo de Al Hakam se había acentuado con la edad, aunque, siguiendo el ejemplo de su padre, se teñía de negro los cabellos y la barba pelirrojos, usando alheña para ello. Mientras lo veía acercarse, Hasday constató que nada en sus gestos revelaba su inclinación sexual.

—¡Hasday! —exclamó con voz poderosa, al tiempo que extendía los brazos para saludarlo tomándolo por los hombros—. Excusa mi tardanza. Los preparativos…

—¿La recepción de la embajada bizantina?

—Así es. Se ha recibido ya noticia de su próxima llegada a Al Mariyat Bayāna. Por ello te he hecho llamar. Será preciso enviar una comitiva que les dispense el recibimiento que merecen y que los escolte hasta Qurtuba.

Hasday reflexionó un instante. Todas las funciones que había asumido le señalaban a él como responsable del éxito de aquella embajada: como jefe de los puertos tenía jurisdicción sobre el lugar de desembarco, como secretario de cartas latinas era el encargado de la correspondencia con la legación de Qustantineya y con el propio Basileus, Constantino VII Porfirogéneta. Por si eso fuera poco, su conocimiento del latín y del griego había favorecido su designación como introductor de la embajada en la corte de Abd al Rahman III.

—Quizá no sea necesario enviar a nadie. Dispongo en Al Mariya de un hombre de total confianza. Él se hará cargo de la recepción y puede conducir a la legación hasta la capital.

—Hablas de Hakim, tu amigo de la infancia —supuso el heredero.

—El mismo. Durante estos años ha ejercido su cargo sin queja por nuestra parte. Llamarlo a Qurtuba como acompañante de la embajada será un reconocimiento a su labor.

—Los embajadores de Constantino sabrán apreciar la sangre omeya que corre por sus venas y su cercanía a la familia real. —La ironía se dejaba traslucir en cada una de las palabras del Al Hakam.

—Hay ocasiones en que tal cercanía es más un problema que una bendición.

Hasday había visto en la respuesta del heredero la ocasión de abordar el tema que le intranquilizaba, y no la desaprovechó. Pero el príncipe torció el gesto.

—¿Qué dices, insensato? ¿Así hablas de mis parientes?

—No lo hago sin motivos fundados, *sahīb* —respondió Hasday agachando la cabeza con humildad.

—El asunto debe de ser serio cuando te diriges a mí llamándome *sahīb*. Habla.

—Mi príncipe…, me resulta doloroso hacer esto, pero debo informaros de que quizás haya en marcha una conspiración contra vos. También contra vuestro padre.

—¡Una conspiración! ¿Quién se atrevería? —Su tono era de completa incredulidad.

—Jamás formularía una acusación así si no…

—¡Quiero nombres! ¡Y pruebas! —le cortó, tajante—. La maledicencia es frecuente entre estos muros…

—No se trata de maledicencia, *sahīb*, y dispongo de testigos que ponen sus vidas en riesgo al revelar lo que han sabido.

—¿Quién?

—Abd Allah, vuestro hermano.

—¡Abd Allah! —gimió casi—. ¡Es mi hermano uterino!

—Precisamente ese es el derecho que alega. Os sigue en el orden de sucesión.

—¡Pero yo soy el heredero!

—Vuestro hermano argumenta su pretensión de ocupar el trono… —Hasday pareció vacilar— en vuestra inclinación sexual, en el hecho de que con treinta y cuatro años no hayáis tenido descendencia. Alega que con vos la sucesión de los omeyas corre peligro. Tal riesgo no existiría con él en el trono: es padre de cuatro varones.

—¿Quién le apoya? —preguntó, desalentado, tras un largo silencio.

—Dispongo de una lista detallada que os entregaré de inmediato.

—¿Está mi padre al corriente?

Hasday negó con la cabeza.

—Aún no. He querido ponerlo primero en vuestro conocimiento.

Al Hakam se dejó caer en el asiento más cercano y se cubrió los ojos con la mano izquierda.

—¿Por qué él? —se lamentó—. Hemos compartido toda nuestra infancia y nuestra juventud entre estos muros. No me habría extrañado si el nombre que has pronunciado hubiera sido el de uno de mis numerosos hermanastros. ¡Pero tenía que ser Abd Allah!

El golpe del puño cerrado hizo saltar un tintero por los aires, y la mesa quedó cubierta por el líquido azabache, que se fue filtrando entre las pequeñas hendiduras de la madera. Hasday permaneció inmóvil, con la mirada fija en las gotas de tinta, que empezaban a salpicar las losas de mármol a los pies del heredero.

—¿Qué haces ahí? ¡Ya has dicho lo que tenías que decir! —estalló el príncipe, al tiempo que le clavaba una mirada cargada de furia.

Hasday alzó los ojos y sintió lástima. Detrás de la ira que reflejaba el rostro de Al Hakam, había una inmensa tristeza. Inspiró hondo, como si quisiera armarse de valor.

—*Sahīb*, tal vez no sea el momento más oportuno, pero la lealtad que os profeso me obliga…

Las lágrimas asomaban a los ojos de Al Hakam. Se levantó del diván tratando de ocultarlas y caminó hasta el fondo de la estancia, donde permaneció de espaldas, frente a uno de los anaqueles repleto de libros.

—Di lo que tengas que decir y déjame solo.

—Príncipe, al margen de lo que suceda ahora con vuestro hermano, es de vital importancia para Qurtuba que proporcionéis un heredero al califato. Tenéis a Radhia, vuestra esposa, pero, si no os satisface, muchas de las concubinas que pueblan el *harem* pueden engendrar hijos con vuestra semilla. Soy vuestro médico, y no existen los secretos entre nosotros. Os aseguro que hay formas de conseguir que os derraméis en un vientre fértil.

—¡Vete, Hasday! ¡Sal de aquí! ¡Sal antes de que sea tarde!

Hasday obedeció de inmediato. Tuvo buen cuidado de cerrar la puerta de la estancia y encajar la aldaba para evitar que en la gran sala de la biblioteca se oyera el llanto amargo del heredero al trono.

30

Una vez en la azotea, Hasday se apoyó junto a su acompañante en la balaustrada que permitía la visión de la muralla exterior, la Bab al Qántara y el extremo meridional de la mezquita aljama. Era el lugar desde el que los soberanos habían presenciado los eventos más trascendentales de la vida en la ciudad, tanto las grandes celebraciones como las ejecuciones públicas de los enemigos del Estado. Próximo el ocaso, la muchedumbre se agolpaba a sus pies, incapaz de avanzar en uno u otro sentido. El acceso a la mezquita mayor había permanecido colapsado durante todo el viernes, décimo día del mes de Rabî Al Awwal, la víspera de la fecha que todos esperaban. Hasta la capital habían llegado visitantes de muchos rincones de Al Ándalus, ávidos de presenciar los fastos organizados con ocasión de la llegada de la delegación bizantina enviada por el Basileus Constantino. Al Nāsir había enviado cartas a todas las coras, cuyo contenido había dejado en manos de Hasday. Este había recibido una sola indicación: debía darse el mayor realce a la presencia de una delegación enviada por el emperador bizantino, por cuanto significaba de reconocimiento al poder y prestigio adquiridos por el propio califato de Qurtuba. Debía insistir en la idea de que la embajada ponía en pie de igualdad a los dos grandes poderes situados en los extremos del Bahr Arrūm, el mar de los Romanos, que ya no era romano, sino omeya y bizantino.

Hasday observó la ciudad, con el sol poniéndose a occidente sobre la campiña, y reflexionó acerca de la verdad que encerraba aquella afirmación. Constantinopla y Qurtuba estaban llamadas a entenderse y, de hecho, los contactos en los últimos años habían sido frecuentes, desde los tiempos de Romano Lecapeno hasta entonces, un lustro después de que el emperador Constantino VII Porfirogéneta recuperara el trono. Siempre había sentido atracción por aquel soberano de extraño sobrenombre, obtenido al nacer en la sala púrpura del palacio imperial de Constantinopla, el lugar destinado desde entonces a la llegada al mundo de los herederos al trono bizantino. Los avatares de su vida, el poder arrebatado durante años por Romano y su pasión por la ciencia y la cultura lo habían hecho acreedor de su interés.

Los abbasíes de Siria y los fatimíes en Ifriqiya eran sus enemigos comunes. Para el Basileus la amenaza era tan solo territorial, pero para el soberano omeya de Al Ándalus ambos califatos representaban también la usurpación del poder religioso. Como en el caso del Papa de Roma, solo un califa podía ostentar de forma legítima la representación del Todopoderoso entre los creyentes. Y esa legitimidad residía en la dinastía omeya, expulsada de Damasco casi dos siglos atrás. Sin embargo, Allah había querido que su último representante, el primer Abd al Rahman, el Emigrado, encontrara acomodo en esa tierra de promisión donde entonces renacía floreciente, brillante y poderoso, el joven califato encabezado por otro Abd al Rahman, el tercero de tal nombre en el trono de Qurtuba. El acercamiento a Bizancio pretendía demostrar al mundo la independencia definitiva del califa abbasí de Bagdad.

En aquel instante, Hasday fue consciente de la deriva de sus pensamientos. Era el *nasí* de los judíos, pero los últimos años había colaborado de manera eficaz a la hora de fortalecer el poder de un soberano musulmán. Y lo seguía haciendo. Su papel en las jornadas siguientes iba a resultar decisivo para el éxito de la embajada. ¿Estaba haciendo lo correcto? Una vez más lo asaltó la duda. ¿Era posible servir a dos señores? Pensó en la carta que ya había redactado con José, el rey de los jázaros, como destinatario y en el emisario que iba a acompañar a la delegación en su regreso a Constantinopla con el encargo de continuar viaje hasta Jazaria. Pensó en la segunda carta que iba a enviar al mismo Basileus, quizás a través de su esposa, la emperatriz Helena, con la petición de que cuidara de los intereses judíos en las posesiones bizantinas de Grecia e Italia. Pensó en la solemne invitación que iba a trasladar a Bagdad para atraer a los *gaonim* que desearan acudir a Al Ándalus para reforzar la incipiente escuela talmúdica de Qurtuba. Y comprendió que era Dios quien le había situado en aquel lugar, que era Él quien lo estaba utilizando como palanca para conseguir sus propósitos. A pesar del persistente calor de la jornada, sintió un escalofrío.

—Qurtuba semeja una gran caldera que bulle inquieta.

Las palabras de Al Hakam sacaron a Hasday de su ensimismamiento.

—Así es, *sahīb* —se limitó a responder.

La visión era realmente hermosa. Los colores rojizos del atardecer se difuminaban con la polvareda que levantaba la multitud. Más allá de las murallas, en Saqunda, en las grandes explanadas que bordeaban la ribera al otro lado del río, se habían organizado auténticos campamentos para acoger a los miles de visitantes, cuyas improvisadas tiendas pincelaban el paisaje con trazos multicolores. La orilla del río, entre el puente y el azud del molino, se había convertido en un enorme *hammam* donde hombres y niños se refrescaban en aquella calurosa jornada. El humo de cientos de fuegos se alzaba en columnas que solo la brisa que empezaba a ascender por el cauce conseguía desviar un ápice. El bullicio de los bañistas se percibía lejano, no así el que procedía de la multitud que trataba de avanzar por la calle que separaba el *alqásr* de la mezquita aljama.

—El *sahīb al surta* se va a ganar el sueldo en estas jornadas —bromeó el heredero—. Solo para la tarea de apartar a cuantos pretenden dormir en las calles de la ciudad precisaría de todos los hombres de los que dispone. Aun así, resultaría difícil caminar.

Hasday se alegró al ver que el príncipe se permitía una sonrisa. Desde que su hermano Abd Allah fuera encarcelado junto a quienes le apoyaban en la conspiración, era raro el momento en que la amargura dejaba de reflejarse en su semblante. Al Nāsir había reaccionado con frialdad ante la noticia. Cuando las evidencias fueron claras y tuvo el convencimiento de la culpa de su hijo, sus labios inexpresivos pronunciaron las palabras que lo enviaban a prisión. De nada sirvieron los ruegos y los llantos de Maryam, la favorita, madre de ambos. Todos sabían que ante un delito

como aquel, con el que se ponía en riesgo la seguridad del Estado y de su más alta magistratura, el califa se vería obligado a hacer correr la sangre. Solo él conocía la manera en que habría de hacerse efectiva la condena, pero nadie dudaba de que aquel momento acabaría por llegar. La proximidad de la embajada bizantina quizá prolongara la vida de los conjurados.

Hasday había confirmado que era Hakim en persona, junto a altos funcionarios de la corte enviados al efecto, quien acompañaba a los enviados por Constantino tras su desembarco en Al Mariyat Bayāna. Con los funcionarios había viajado la orden de que nada les faltase durante el penoso viaje hasta la capital. Tras la oración del viernes, había llegado la noticia de que se encontraban a apenas una jornada de camino, de forma que se había dado orden de que todo estuviera preparado para la recepción pública, que habría de llevarse a cabo la mañana del sábado.

El propio Hasday, junto con los dos *fityān* de palacio, Nachda y Chafar, sería el encargado de salir a darles la bienvenida hasta un lugar situado a poco más de una milla del puente romano, a escasa distancia del arrabal de Saqunda. Estaba previsto que la entrada se produjera a media mañana, antes de que el calor tuviera ocasión de provocar malestar a los recién llegados. Todo el trayecto hasta la ciudad, engalanado y humedecido para evitar el polvo, se hallaría flanqueado por regimientos enteros de soldados con sus coloridos uniformes de gala y los pendones blancos de los omeyas sujetos en el extremo de las picas. De trecho en trecho, unidades de caballería se sumarían al cortejo, que entraría en la ciudad en medio del estremecedor sonido de los timbales y las chirimías de las bandas de música del ejército *qurtubí*.

Al Hakam había juzgado que su pabellón de recreo junto al río, no demasiado lejos de la *almúnya* de Hasday, sería perfecto para alojar a la legación. Estarían atendidos por un gran número de chambelanes de palacio y protegidos de forma permanente por guardias armados que rodearían el pabellón para mantener a distancia a los curiosos, pues Al Nāsir había dado la orden tajante de que ninguno de sus súbditos estableciera contacto con los emisarios bizantinos antes de la solemne recepción que tendría lugar aquella misma tarde en el salón de Embajadores de la Madīnat al Zahra. En el pabellón podrían despojarse de las vestiduras de viaje, reponer fuerzas, asearse y relajarse en el *hammam* que habitualmente disfrutaba el heredero.

—Han sido días intensos —observó Al Hakam, apoyado en el pretil—. Sin embargo, cuando acaba la jornada, no consigo conciliar el sueño.

Hasday volvió la cabeza hacia él.

—Son muchas las preocupaciones con las que habéis de bregar cada día. No resulta extraño que el insomnio os impida descansar —trató de tranquilizarlo. Desde que le diera la noticia de la traición de su hermano menor, las ojeras del heredero no habían dejado de acentuarse—. Aun así, sabéis que existen maneras de remediarlo.

—Una de tus infusiones me bastará esta noche. No deseo parecer adormilado mañana. Y si me vence el sueño durante el día, quizá pueda despejarme con una taza

de *qahwah*.

—Espero que Hakim también se haya acordado de él. —Hasday sonrió al anticipar el encuentro con su buen amigo—. Nuestras existencias están a punto de agotarse.

—Tal vez tengamos que reemprender su cultivo en Qurtuba…, a salvo, por supuesto, de las miradas indiscretas de ulemas y alfaquíes. —Rio de nuevo.

—Espero que el próximo califa de Al Ándalus no tenga que poner en riesgo su virtud por una bagatela como esa. En todos estos años no nos han faltado los envíos del buen Hakim.

—¡Ah, la apariencia de virtud de los gobernantes! —Suspiró—. Es el mayor peso que un hombre puede llevar sobre los hombros.

—¿Acaso preferiríais estar ahí abajo, cubierto de polvo, entre el olor acre del sudor de toda esa gente?

Al Hakam fijó la mirada en la muchedumbre. Y afirmó con la cabeza.

—Sí, Hasday, si a cambio de ello obtuviera la libertad que da el anonimato.

—Gozáis de la libertad que proporciona el poder omnímodo…

El príncipe se volvió hacia él con semblante circunspecto.

—Tú, mejor que nadie, sabes a qué clase de libertad me refiero.

La Sala de Embajadores del flamante palacio ubicado en la parte más noble del recinto amurallado de la Madīnat al Zahra había sido preparada con el cuidado más exquisito para la ocasión. A pesar de que aún era media tarde, en todo el recinto exterior ardían ya los cientos de antorchas que habrían de iluminar los magníficos jardines al caer la noche. La multitud, agolpada a ambos lados del camino de varias millas que unía el recinto amurallado de Qurtuba con la nueva ciudad palatina, había arropado a los miembros de la comitiva. Un doble cinturón de soldados, separados por apenas un brazo de distancia, enmarcaba los dos lados de la calzada por la que, a caballo, avanzaban los embajadores.

Al cabo de media hora, entre aclamaciones, alcanzaron la gran explanada situada frente al pórtico oriental. Allí los aguardaban, en perfecta formación, los regimientos de élite del ejército del califa, cuyos atuendos y estandartes rivalizaban en vistosidad. Los embajadores, entre filas de caballos árabes guarnecidos para la guerra, recorrieron el pasillo central, que los condujo a la imponente entrada del recinto amurallado. Sin apearse y a través de amplias galerías de techos elevados, llegaron entre el ruido de cascos a una gran plaza porticada a la que se abrían los arcos de herradura de un soberbio edificio. Allí sí, varios chambelanes ricamente vestidos les ayudaron a descabalgar sobre una plataforma forrada de mármol blanco.

Ya en el interior, protegidos del sol por bellísimas arcadas, los esperaba Hasday con los dos *fityān* a su lado. Se presentó y les dio la bienvenida utilizando la lengua de sus visitantes. Para su sorpresa, Estephanos, el embajador que encabezaba la comitiva, mostró su agradecimiento por ser recibido por personaje tan principal y cercano al soberano del que —afirmó— se tenían excelentes referencias en la corte

de Constantinopla. Después, los seis miembros de la embajada intercambiaron saludos con Nachda y Chafar. Juntos emprendieron la marcha hacia el lugar donde los esperaba el califa, caminando ya por las mullidas alfombras que cubrían parte del reluciente mármol rosado del suelo. Las estancias se sucedían, cada una más suntuosa que la anterior, y los embajadores se detenían en cada pórtico lobulado, seguros de que era allí donde habrían de encontrar a Al Nāsir. Sin embargo, no era así.

Hasday era el único capaz de mantener una conversación fluida con los visitantes, que se mostraban asombrados ante la magnificencia de lo que veían, a pesar de que el protocolo instaurado en Qurtuba tenía sus raíces en el que regía en las cortes de Constantinopla y Bagdad.

Tras un recorrido estudiado con precisión, en el que las dimensiones de las estancias, el ornato de las paredes y la riqueza de la decoración se habían incrementado de forma gradual, se hallaron en un amplio patio en el que llamaba la atención una alberca circular de aguas cristalinas, rodeada por figuras de animales bañadas en oro vidriado, en cuyas bocas se escondían los pequeños surtidores que alimentaban el estanque. Los zócalos estaban decorados con la cerámica que habían hecho fabricar los arquitectos para complacer los deseos del soberano, combinando el blanco de la dinastía reinante, el verde del Paraíso y del Profeta, y el negro, que representaba el poder y la dignidad califal. Ante ellos se alzaba una enorme fachada recubierta de paneles de oro de la altura de tres hombres troquelados con bellas filigranas. Aún no habían perdido el gesto de asombro cuando, obedeciendo a una orden, varios esclavos de piel azabache, ataviados como si de nobles se tratara, empujaron los paneles, que se plegaron sobre sí mismos, para dejar a la vista un soberbio pórtico de cinco arcadas de herradura, que daba acceso a un pabellón de otras tantas naves separadas por esbeltas columnas.

Hasday no dejaba de observar la expresión de los embajadores, que, atónitos, avanzaban junto a él. Sin duda, nada de lo que aquellos hombres habían visto hasta entonces podía compararse con aquella visión, a pesar de que, sin duda, habían pisado más de una vez los renombrados salones del palacio imperial de Constantinopla. La diferencia con el admirable arte bizantino estribaba en el deseo de Al Nāsir de que todo en la Madīnat al Zahra evocara las descripciones del Paraíso contenidas en el Qur'ān. Así ocurría con las ocho puertas con arcos de marfil y ébano guarnecidas con oro y piedras preciosas que se apoyaban en columnas de mármol de colores y de cristal puro. El sol de la tarde bañaba con sus rayos oblicuos el techo artesonado y dorado y las paredes del salón. Los atauriques de los muros laterales, dispuestos en placas aparentemente iguales pero todas distintas, representaban la vegetación del Paraíso descrita en el libro sagrado: «las ramas de los árboles son de oro, las hojas son zafiros y berilos…». El trono del califa, tallado en oro y con incrustaciones de piedras preciosas, se alzaba majestuoso en la nave central ante un hermoso arco de herradura ciego, sobre un zócalo elevado, labrados ambos en mármol. Llamaba la atención una construcción octogonal que ocupaba el centro del

salón, oculta por finas sedas de color esmeralda, que la cubrían y se extendían a su alrededor. Por encima de esta, pendía del artesonado una enorme lámpara circular de plata repleta de lamparillas que sumaban su luz abundante a la del sol en su ocaso.

El agradable aroma del incienso que ardía dentro de pebeteros de bronce se extendía por el lugar y, por si restaba por satisfacer algún sentido, una agradable música de laúdes y flautines surgía de algún rincón cercano.

Los embajadores y sus acompañantes se detuvieron en el fondo del salón, atestado ya con los cortesanos dispuestos en perfecto orden y ataviados con llamativos atuendos de seda y brocado. La visión que disfrutaban desde allí era magnífica. Al colorido de esas vestimentas se sumaban el de las sedas, los tapices y los uniformes de los *saqāliba* apostados ante cada columna. Solo el sitial destinado a Al Nāsir permanecía vacío. Fue Hasday quien habló entonces, usando la lengua griega.

—La corte del califa al completo se ha reunido aquí para daros la bienvenida. Junto al trono os espera el príncipe heredero, Al Hakam. A su derecha, sus hermanos, Abd al Asís, Al Asbag y Marwan. —No explicó el motivo por el que el sitial ubicado junto a Al Hakam se hallaba desocupado, pero todos en la corte sabían que correspondía al príncipe Abd Allah. Aquel sillón vacío era un recordatorio del destino que corrían quienes traicionaban la confianza del soberano—. A la izquierda se encuentran los príncipes Al Mundir, Abd al Djabbar, Abd al Malik y Sulayman. Tras ellos se encuentran los visires, los *fityān* y los jefes de los ejércitos.

Los embajadores inclinaron la cabeza en señal de respeto. Nadie había escuchado aún sus voces y todo parecía transcurrir con placidez. Pero en aquel momento, a la señal de uno de los chambelanes, el salón pareció cobrar movimiento. De ambos laterales, empujados por esclavos, surgieron dos artefactos rodantes que no eran sino espejos cóncavos de metal bruñido, que colocaron detrás de la misteriosa construcción octogonal cubierta de seda. Las cadenas que sostenían la enorme lámpara de plata chirriaron por un momento cuando esta descendió hasta situarse encima de los espejos. Por fin, dos sirvientes más retiraron las sedas que cubrían lo que resultó ser una alberca de ónice verde.

Hasday no pudo evitar un estremecimiento al contemplar el brillo del líquido que contenía. Aquel era el regalo de su padre al califa: decenas de ánforas de mercurio purificado y licuado procedente de las minas de Al Ma'dín. Buscó a Ishaq entre los asistentes hasta que encontró su barba blanquecina, y sus miradas se cruzaron con complicidad.

La música de los laúdes y las flautas se vio sustituida por un *crescendo* de atabales y chirimías que consiguió erizar el vello de Hasday. Dos esclavos, provistos de sendas palas de plata a modo de remos, comenzaron a agitar el mercurio. La luz de las lamparillas, que los espejos hacían converger sobre el estanque, convirtió el salón en el escenario de una tormenta de luces relampagueantes que chocaban contra las arcadas, los atauriques y las columnas, pero, sobre todo, contra las planchas de oro y

plata que los ornaban. Un murmullo de admiración surgió a un tiempo de todas las gargantas, aunque se convirtió en exclamaciones de temor cuando los esclavos empezaron a imprimir al mercurio un movimiento circular. La sensación de mareo pareció invadir a todos los presentes cuando sintieron que el salón entero giraba sobre sí mismo. Los atabales alcanzaron un ritmo frenético. Muchos cerraron los ojos, también los embajadores. Hasday fue de los pocos que no lo hicieron, pues había tenido la oportunidad de asistir a los ensayos de aquella representación.

Los tambores callaron de pronto, al tiempo que los esclavos clavaban las palas en el mercurio para detener su movimiento. La lámpara recuperó su lugar en lo alto, se retiraron los espejos y la calma siguió a la tormenta. Solo un cambio se había producido en el gran salón cuando los invitados, impresionados, abrieron del todo los ojos: el califa ocupaba el trono.

—Es el momento de presentar vuestros respetos a Al Nāsir li dīn Allah, el que hace triunfar la religión de Allah, califa de Qurtuba, tercero de los soberanos de nombre Abd al Rahman que sucede al primero, legítimo heredero de la dinastía omeya asentada en Damasco y que resurge ahora con renovado esplendor en el otro extremo del Bahr Arrūm. —La voz templada y grave de Hasday resonó con solemnidad en el salón.

Con la conmoción pintada aún en el rostro, se adelantó el primer legado, seguido inmediatamente después por los cinco restantes. Rodearon con cierto temor el estanque de mercurio lanzando miradas de soslayo a su interior, y se situaron a los pies del trono. Al Nāsir tendió la mano y el embajador, tras apoyar la rodilla en el escalón inferior, rozó el sello real con los labios. Después se retiró para permitir que sus acompañantes repitieran el gesto. Cuando todos hubieron regresado al lugar marcado por el protocolo, el embajador tomó la palabra. Hasday dio un paso al frente para traducir su mensaje al árabe.

—El embajador explica que, como hemos podido observar, aún no se ha pronunciado su nombre en público, y ello es así porque por su boca solo habla el Basileus Constantino VII Porfirogéneta, emperador de Bizancio, que os ofrece su amistad. Espera que esta embajada sirva para fortalecer las relaciones cordiales que mantienen Constantinopla y Qurtuba en los últimos tiempos, como no podría ser de otra forma si se recuerda que gran parte de esta tierra formó parte del Imperio bizantino hace pocas generaciones.

El embajador habló de nuevo, y Hasday trasladó su mensaje.

—Personalmente, muestra su admiración y su agradecimiento por la recepción que se les ha brindado. Espera que las conversaciones que han de entablar las dos legaciones en los próximos días resulten fructíferas a la hora de defender nuestros intereses comunes frente a las amenazas que compartimos. Y, como prueba de buena voluntad —Hasday se volvió en ese momento hacia los porteadores que habían avanzado hasta ellos—, os ofrecen estos presentes escogidos para vos por el propio Basileus.

El embajador se volvió hacia las andas que portaban los esclavos. Sobre ellas había un gran cofre cubierto por un paño de oro y plata que retiró con cuidado. A continuación, introdujo una pequeña llave dorada en la cerradura. Retiró la tapa, y ante los ojos de todos apareció una caja de oro adornada con el retrato de Constantino grabado bajo cristal. Dentro había una bolsa de hilo también dorado, que el embajador abrió con cuidado aflojando el cordón que la sujetaba. Con la mano derecha, extrajo un rollo de delicado papel de color azul del interior. A Hasday no le pasó desapercibida la sonrisa del califa. El sello de oro que cerraba la carta no pesaría menos de una onza: en el anverso llevaba la efigie de Cristo, y en el reverso, la del emperador y su hijo.

—Constantino, rey de los griegos y los romanos fieles a Jesucristo, desea larga vida al dignísimo, poderoso y noble califa Abd al Rahman, señor de Al Ándalus —transmitió el embajador al tiempo que le tendía la misiva—. Esta carta es un mensaje personal del Basileus y contiene, además, la lista y la descripción de los regalos que nos han acompañado en este largo viaje.

Al Nāsir retiró el sello y desplegó el rollo. El mensaje, extenso, estaba escrito en tinta plateada, y el soberano lo leyó con parsimonia. Cuando terminó de hacerlo, su mirada se dirigió a Hasday. En sus ojos había un brillo extraño.

—Pregúntale cuál es su nombre.

—Mi nombre es Estephanos, mi señor —respondió sin aguardar la traducción.

—Comprendes, pues, nuestra lengua…

—No tanto, mi señor, como para osar expresarme en ella, por temor a cometer un error que pueda ser causa de equívocos.

—A juzgar por lo que acabo de leer, ese cofre contiene uno de los presentes del Basileus, el que tu señor considera más valioso. Te concedo, Estephanos, el permiso para que te expreses en árabe, toda vez que, quizá, nuestro traductor enmudezca en un instante.

El embajador esbozó una sonrisa y se volvió hacia el cofre. Uno de los esclavos se afanaba ya en retirar la protección del pesado fardo que contenía. Sin embargo, extrajo solo una de las piezas que lo componían. Se trataba de un volumen magníficamente encuadernado.

—Es, mi señor, una copia realizada para vos del tratado de medicina de Pedacio Dioscórides, escrito en griego jónico e ilustrado por nuestros mejores miniaturistas.

De la boca de Hasday surgió una exclamación de asombro. El príncipe Al Hakam, también sorprendido, rompió el protocolo y avanzó dos pasos hasta ponerse por delante de su padre. Ambos apoyaron el primer tomo de la obra de Dioscórides en el borde de las andas y abrieron las guardas. Al contemplar las soberbias miniaturas, intercambiaron una mirada de regocijo.

—Sacaríais el máximo partido de este tratado —dijo Estephanos—, si pudieseis contar con un traductor versado en griego antiguo y familiarizado con las propiedades de las distintas drogas. Si disponéis de un erudito que cumpla estos dos requisitos, el

libro os resultará de una utilidad extraordinaria.

Hasday se apresuró a leer la descripción del simple que figuraba en la página abierta. Tras un instante, negó con la cabeza, sin ocultar su decepción.

—Se trata de un griego que no comprendo —confesó cariacontecido.

—Eso no será un obstáculo —lo tranquilizó el legado—. En breve tendréis aquí a uno de nuestros monjes. Nicolás es un experto botánico, conoce la lengua árabe y muestra gran interés por descubrir los tesoros de vuestra biblioteca. Para él será la mejor noticia.

Hasday se habría quedado con aquel volumen entre las manos con gusto, pero se resignó a esperar. Pasarían días antes de que pudiera dedicarle el tiempo necesario, en medio de las negociaciones acerca de la posible alianza contra los fatimíes, el precio de la inhibición de Al Nāsir ante el previsible ataque bizantino al enclave andalusí de Creta o la confirmación de los tratados de paz entre las provincias aliadas de Constantinopla y Qurtuba.

La ceremonia debía continuar, y se apartó mientras los esclavos se retiraban llevando las andas. Sabía que a partir de aquel momento el protocolo se relajaría, los principales que hasta entonces habían permanecido en pie tras el califa tomarían asiento, y los recién llegados ocuparían un lugar entre el resto de los invitados para asistir al recital de poesía y música andalusí que el propio Al Hakam se había ocupado de organizar. Había escogido, entre los poetas de la corte, a quien mejor pudiera mostrar con su arte el nivel literario que se había alcanzado en Qurtuba. Se trataba de Ibn al Barr, persona idónea por sus conocimientos de retórica y por ser maestro en las sutilezas de la lengua. El heredero le hizo una seña, y el poeta se acercó al centro del salón, donde todos pudieran oírle. Carraspeó para comenzar su discurso ante la imponente asamblea, en medio del más profundo silencio. Abrió la boca, pero ni una sola palabra salió de ella, tan solo un tartamudeo ininteligible. Era como si se le hubiese pegado la lengua al paladar. Se volvió hacia Al Nāsir con el terror reflejado en la mirada, su rostro se volvió blanco y, un instante después, se desvaneció.

Al Hakam, contrariado, alzó la vista hacia la concurrencia. Por fortuna había previsto un contratiempo como aquel. Fijó su atención en uno de los invitados más próximos.

—Ocupa el lugar del desmayado, Ibn Alí Ismail —ordenó Al Nāsir.

El poeta, un joven llegado recientemente de Bagdad, se alzó y se dirigió a la asamblea. Dio gracias a Allah y, tras implorar su bendición, se dispuso a arrancar con su primer poema. Sin embargo, un instante después, seguía igual de mudo que su antecesor. Su mente parecía incapaz de dictarle los versos que su boca debía recitar. El desdichado poeta, avergonzado, se retiró negando con la cabeza, sin apartar los ojos del suelo alfombrado.

Hasday, apesadumbrado, se alzó con rapidez de su asiento. Temía una reacción violenta del califa.

—Si Al Nāsir no opone objeción, en la sala se encuentra un gran poeta judío al que yo mismo he acogido por su sabiduría. Aunque utiliza la lengua hebrea en sus composiciones, ha sabido adaptarlas a la métrica árabe, por lo que no resultarán extrañas a vuestros refinados oídos. Si bien su repertorio es sobre todo de carácter litúrgico, ha compuesto hermosas piezas de carácter profano con las que podría deleitarnos. Yo mismo intentaré, en la medida de mis posibilidades, traducir su significado.

Al Nāsir dio su aprobación con un gesto de alivio y Dunash ben Labrat, el preceptor de Yakob y Yorán, avanzó por la nave lateral hasta colocarse junto a su patrono. Con una profunda inclinación, mostró sus respetos a quienes presidían la recepción y su voz se oyó firme entre las frecuentes pausas que efectuaba para que Hasday tradujera al árabe.

Él dijo: «No duermas. Bebe vino viejo
con mirra y lilas, henna y aloes
en un vergel de granadas, palmas y vinos
lleno de plantas placenteras y tamarindos,
con el murmullo de los manantiales
y el canto de los laúdes
al son de los cantantes, flautas y liras.
Allí donde cada árbol es alto,
las ramas están llenas de frutas,
y los pájaros voladores de cada rey
cantan entre las hojas.
Las fieras gimen melodiosamente
y replican arrullando como palomas.
Beberemos entre camas de flores cercadas por lilas
apartando penas al vuelo de canciones y alabanzas.
Comeremos dulces y beberemos con el cuenco repleto.
Actuaremos como gigantes
y beberemos de las copas enormes.
Por las mañanas, yo me levantaré para matar toros
sanos y elegidos, becerros y carneros.
Nos ungiremos con aceite fragante
e incienso de aloe ardiente.
¡Antes que el día de la muerte caiga sobre nosotros, cubrámonos!».
Yo le reproché: «¡Silencio, silencio! ¿Cómo te atreves?
¿Cuándo la Casa Santa, el escabel de Dios,
para Incircuncisos?
De forma absurda has hablado, la pereza has elegido.
Tonterías has pronunciado, como burlas y engaños.

Tú has abandonado el estudio de la Torah del Dios Supremo.
Y tú te has regocijado con los chacales
que corren salvajes en Sión.
¿Cómo podríamos beber vino
y cómo alzar nuestros ojos
cuando nosotros somos nada,
detestables y odiados?».

Las palmas atronaron el salón, ante un poema tan largo, recitado sin vacilación y con una entonación y una sonoridad que, a pesar del desconocimiento de la lengua hebrea, a todos habían resultado atractivas. Por añadidura, los embajadores habían dado muestras de comprender a la perfección la lengua de Ben Labrat. Al Nāsir pareció respirar aliviado.

—Quizá resulten de vuestro agrado algunos acertijos redactados como poemas que podría recordar en este momento —añadió Ben Labrat.

—Lo serán, sin duda —afirmó el príncipe Al Hakam—. Adelante…

El poeta alzó la voz para que todos lo oyeran.

¿Quién llora sin tener lágrimas en los ojos?
Todo lo muestra, pero no se ve su vestido.
Su ser, cuando se acerca la hora de la muerte,
revive tan pronto como se le corta la cabeza.

El salón enmudeció. Esta vez había recitado en árabe, y Hasday tradujo al griego para los embajadores, que sonreían al escucharlo. El brillo en los ojos de uno de ellos indicó a Hasday que conocía la respuesta, pero una diplomática prudencia le hacía callar, a la espera de que fuera el propio califa quien respondiera primero.

—¿Acaso no te refieres a la vela y su pábilo, que es necesario descabezar para que vuelva a arder? —propuso Al Nāsir.

Un murmullo de admiración surgió entre quienes no habían conseguido dar con la respuesta.

Dunash volvió a declamar:

¿Quién habla sin tener lengua ni boca
ni voz que module sus palabras?
¿Quién habla en todo dialecto cuando cabalga
y su boca escupe el veneno de la muerte o de la vida?
Mudo es cuando descansa,
y sordo, ignorante y desvalido.

De nuevo el rostro del soberano se iluminó antes de hablar.

—Puede que nuestros invitados conozcan la respuesta. Si es así, a ellos corresponde esta vez el honor de pronunciarla en voz alta ante la asamblea.

—Quizás el poeta se refiere al cálamo —aventuró Estephanos.

Su respuesta arrancó el aplauso de la sala. Los músicos y las cantoras tomaron el relevo de los poetas cuando Dunash terminó de declamar sus creaciones. Filas interminables de esclavos inundaron la sala con bebidas y fruslerías que los invitados degustaron con deleite. Al final de la velada, el ambiente se había distendido y los asistentes charlaban en corrillos, hasta que el califa dirigió sus pasos al exterior. Todos le imitaron, sosteniendo las copas en sus manos.

Una enorme alberca ocupaba el centro de la vereda, en el llamado Jardín Alto. El agua cristalina, agitada por la suave brisa de la noche que descendía del monte, reflejaba la luz de la luna y de las decenas de antorchas que la flanqueaban. Al fondo, más allá de otro de los jardines que se perdía a la vista en un nivel inferior de la ladera, se adivinaban los fuegos que iluminaban las calles de Qurtuba. Entre ambos, serpenteaba el camino que unía el lugar donde se encontraban con la capital, ocupado entonces por la multitud que regresaba a la ciudad alumbrándose con fanales y candiles. La visión resultaba magnífica, pues todo el recinto de la ciudad palatina, sus principales edificios, los jardines y las rampas que salvaban el desnivel entre las terrazas, se mostraban iluminados por millares de lámparas y teas. La Madīnat al Zahra refulgía en medio de la oscuridad.

Estephanos aprovechó que sus acompañantes conversaban en su lengua con un erudito bagdadí para acercarse a Hasday.

—En verdad agradecemos vuestra hospitalidad y deseamos que en lo sucesivo las relaciones con vuestro gran pueblo sean cordiales. El palacio del califa brilla como un lucero en una noche sin luna.

—Yo debo agradeceros de manera especial el regalo que acabáis de ofrecer a nuestro soberano.

Estephanos sonrió.

—Que mis palabras queden entre nosotros, pero, en realidad, no es al califa a quien va dirigido —susurró—, aunque sabemos que lo apreciará en todo su valor. A Constantinopla han llegado noticias sobre el interés que siempre has demostrado por este tipo de obras y, en especial, acerca de tu frustración por disponer tan solo de la traducción de Esteban llevada a cabo en la Casa de la Sabiduría de Bagdad. Sabemos que compartes dicho interés con el hombre destinado a ocupar el trono de Qurtuba en el futuro, y en ambos pensábamos a la hora de escoger este presente. Esperamos que, con la ayuda del monje Nicolás, puedas desentrañar de una vez por todas las incógnitas que aún alberga esta obra para vosotros.

—Hay una cosa más que me gustaría pediros, aunque será algo que expresaré en una carta dirigida a vuestro rey Constantino. Resulta muy importante para mí, como *nasí* de los judíos, que admitáis a vuestro regreso la compañía de un hombre de mi

confianza. Llevará el encargo de viajar hasta el reino de Jazaria, para entregarle una misiva a su rey, con el que deseamos entrar en contacto. Lo que os solicito es que le facilitéis los medios para alcanzar su destino, una vez llegados a Constantinopla.

—No deseo crear en ti falsas expectativas, mi admirado Hasday —vaciló Estephanos—. La existencia de un reino cuya religión oficial es la judía choca con los intereses de Bizancio. No obstante, trasladaré tu petición a nuestro rey personalmente.

—Y yo te estaré eternamente agradecido.

—Es lo menos que puedo hacer por ti tras la recepción que se nos ha dispensado. No se nos oculta el papel que han desempeñado los intereses judíos, representados por ti, para que esta embajada resulte un éxito. Me costará transmitir en palabras al Basileus cuanto hemos visto hoy aquí.

Aquella noche, en los aposentos que le habían asignado en la Madīnat al Zahra, Hasday era incapaz de conciliar el sueño. Quizá se debiera a la infusión que había compartido con un invitado muy especial, una vez que todos los demás se hubieron retirado a descansar. Después de tanto tiempo, no podía dejar pasar la ocasión, y el *qahwah* les había ayudado a prolongar la velada. Habían repasado los largos años de separación, se habían puesto al corriente de aquello que no habían podido compartir en mucho tiempo, habían hablado de Firuze y de Umarit, de sus hijos y, sobre todo, habían reído al evocar su niñez en la ya tan lejana Yayyán. Hasday jamás había experimentado un sentimiento de amistad tan genuino y tan intenso como el que le unía a Hakim, y lamentaba no poder dedicarle todo el tiempo en aquellas intensas jornadas en las que se requeriría su intervención en las negociaciones.

Hakim, quizás habituado al efecto del *qahwah*, que, según le había confesado, acostumbraba tomar a diario, había acabado por caer rendido en el diván que ocupaba y roncaba plácidamente.

Él, incapaz, acababa de sacar la carta que iba a dirigir al rey José, con la intención de darle un último repaso. Desenrolló el pergamino y comenzó a releer la extensa misiva, redactada con el ampuloso lenguaje de la diplomacia:

Hasday hijo de Ishaq, hijo de Ezra, descendiente de los exiliados de Jerusalén que ahora viven en Sefarad. Soy vuestro fiel servidor, e inclino mi frente ante tu presencia. Me regocijo en el bienestar de mi rey y estoy feliz por la grandeza y la paz de su reino. Alzo mis manos a Dios para rogarle que prolongue su reinado sobre Israel. Os preguntaréis quién soy yo para tener el ánimo de escribir esta carta a mi señor y para inquirir sobre su esplendor y su gloria.

Nosotros, los miembros de la Diáspora, los remanentes de Israel, vivíamos en la prosperidad en nuestra morada, porque Dios no nos abandonó. Pero cuando nos rebelamos contra Dios, Él abatió sobre nosotros su duro juicio, aplicó el tormento sobre nuestras espaldas y agitó el espíritu de quienes dominaban a los judíos. Ellos entonces colocaron por encima de nosotros capataces que apretaban nuestro yugo y nos constreñían con su furia feroz. Nos sentimos humillados y nos encontramos con

muchos y viles tormentos. Dios vio nuestra pobreza y apresuró su acción. Él me preparó entonces a mí, para estar al servicio de nuestro Rey. Él ha inclinado su bondad en mi dirección y ha enfocado su corazón hacia mí, no por mi rectitud, sino más bien por su bondad y por guardar su pacto. Por esta causa, este empobrecido, melancólico rebaño, tuvo éxito en el intento de lograr su salvación. Las manos de nuestros opresores se debilitaron y dejaron de afligirnos, y nuestro yugo fue aligerado por merced de Dios.

Permitid que sea conocido por mi señor el Rey, que el nombre de la tierra en la cual vivimos es conocido en hebreo como Sefarad y los ismaelitas que viven entre nosotros la llaman Al Ándalus. El nombre de su capital es Qurtuba. Entre nuestra provincia y el gran mar, después del cual no existe tierra habitada, hay nueve grados astronómicos, de acuerdo con los sabios. Cada grado sobre la tierra representa sesenta y seis millas. Por lo tanto, en nueve grados llegamos a seiscientas millas. Qurtuba está a ochenta millas de la costa del mar que llega hasta vuestro país…

Os confieso mi gran asombro al oír sobre el reino de Jazaria. Nunca antes habíamos oído nada sobre él. Hemos llegado a la conclusión de que las noticias del glorioso reino permanecieron ocultas para nosotros a causa de la distancia. Permítame Dios el privilegio de ver la majestad y el trono de mi señor, y recibir su protección.

También desearía informaros de que el rey que gobierna sobre nosotros es llamado Abd al Rahman, el hijo de Mohammed, el hijo de Abd Allah, el hijo de Mohammed, el hijo de Abd al Rahman, el hijo de Al Hakam, el hijo de Abd al Rahman. Todos estos hombres gobernaron uno después del otro, con excepción de Mohammed, el padre de nuestro anterior rey. Él no gobernó, porque murió en vida de su padre. Y antes de Abd Allah gobernó su hermano, Al Mundhir. Abd al Rahman el Octavo fue el que vino a Al Ándalus durante el gobierno de sus parientes. El hijo de Al Abas, que gobernaba sobre la tierra de Shinar. Volvió a Al Ándalus durante la insurrección de los hijos de Al Abas, el hijo de Muadya, el hijo de Hasdin, el hijo de Abd al Malik. Él es también llamado el Amir al Muminin, gobernante de los fieles. Su nombre es bien conocido y ningún rey viviente antes de su tiempo fue su rival.

El área de Al Ándalus, el reino de Abd al Rahman, es dieciséis grados, que son mil cien millas. Estos son los límites de la tierra que él gobierna. Es un país pleno, con muchos ríos, cascadas y pozos. Es un país de granos, vinos y aceite. Produce cosechas y frutos de todas clases y delicadezas. Hay jardines y huertos, donde crecen toda clase de árboles frutales, así como árboles donde se cría el gusano de seda. En las montañas y forestas de nuestro país cosechamos abundante madera. Muchos tipos de azafrán se encuentran también en nuestras montañas. Nuestra tierra tiene sus fuentes propias de oro y plata. De nuestras montañas extraemos cobre, hierro, estaño, plomo, gemas, azufre, mármol y cristal. También tenemos una fuente de perlas que atrae a mercaderes y buhoneros de todos los países e islas lejanos. De Egipto y otros países del sur importamos especias, piedras preciosas y toda clase de mercancías

apropiadas para el rey y sus dignatarios.

El rey que gobierna sobre nuestro país ha amasado tesoros, ha acumulado ejércitos de un tamaño mucho mayor que el monarca anterior. Su renta actual supera las cien mil piezas de oro. Este monto proviene de los numerosos mercaderes que vienen de todas las comarcas e islas. Toda su actividad mercantil está bajo mi jurisdicción. ¡Alabo a Dios, quien me ha otorgado sus muchas benevolencias!

Cuando otros reyes saben de la grandeza y fuerza de nuestro rey, le traen regalos y buscan su favor con presentes y amabilidades de acuerdo a mis instrucciones. Entre ellos están el rey de Germania, el rey de Constantinopla y otros. Sus presentes pasan a través de mí y a través de mí se muestra la recíproca hacia ellos.

Constantemente pregunto a todos los mensajeros sobre nuestros hermanos judíos. Por fin, mercaderes de Khorasán me dijeron que hay un reino judío llamado Jazaria. Yo no creí sus palabras, porque me dije a mí mismo que me estaban diciendo eso para acercarse a mí. Continué pensando en este asunto, hasta que vinieron mensajeros de Constantinopla con un obsequio y una carta de su rey al nuestro. Les pregunté sobre esto y me respondieron que ciertamente era verdad y que el reino se llama Jazaria, y que desde Constantinopla a Jazaria hay quince jornadas. Que está a través del mar, pero también hay muchas comarcas que pasar en el camino. El nombre del Rey gobernante es José, me cuentan. Dicen que muchos barcos de esa tierra van hacia ellos y que llevan pescado, pieles y otras mercancías.

Cuando escuché su informe, mis manos cobraron fuerza, y mi espíritu, esperanza. Me prosterné e incliné la frente ante el Dios de los cielos. Observé a mi alrededor en busca de un enviado fiel que enviar a vuestro país para verificar esta información, una misión difícil de cumplir, porque vuestra tierra está lejos. Pero el Uno Sagrado, Bendito Él en su bondad para conmigo, preparó a un hombre llamado Ishaq ben Nathan. Él puso su vida en mis manos y se presentó como voluntario para viajar con mi carta a mi señor el Rey. Le ofreceré una gran recompensa, así como plata y oro que podrá usar como expensas para él, sus agentes y para cualquier otra necesidad. También mando, usando mi dinero, un respetable obsequio para el rey de Constantina y le requeriré para que ayude a mi enviado en todos los asuntos hasta que pudiera alcanzar el lugar donde mi señor habita.

Dios, que examina el corazón, sabe que no hago nada de esto por mi propio honor, solo por descubrir la verdad de si existe ese lugar, una tierra fértil y un hogar para los exiliados de Israel donde nuestro pueblo no esté oprimido ni subyugado. Si conociera yo que este es el caso, dejaría de lado mi honra, abandonaría mi alto estado, mi familia y viajaría de la montaña al valle, por el mar y la tierra hasta llegar adonde habita mi señor el Rey, para poder ver vuestra honorable grandeza, así como el lugar donde habitan vuestros servidores, la posición de vuestros ministros y la paz de los hijos de Israel. Cuando vea todo eso, mis ojos se iluminarán, mi corazón se regocijará y mis labios darán gracias a Dios.

Ahora, si le place al rey y si quisiera realizar el deseo de vuestro servidor, podría

ordenar a los escribas que están frente a él escribir una carta de respuesta.

Suplico ante el Rey que mi solicitud no le agobie. Pueda él informar a vuestro servidor de todos estos asuntos, así como todas las cosas de vuestro país y de cuál tribu proviene. Yo ruego que me indiquéis las formas de vuestra monarquía, cómo heredan el trono los reyes, si el rey debe ser de una tribu conocida, de una familia real digna o solamente el hijo de rey puede ser rey, como era la costumbre de nuestros antepasados cuando vivían en su tierra. Quiera decirme también el número de provincias que gobierna, cuál es la suma de las tasas que le dan. ¿Le pagan diezmos al rey? ¿Mora en una ciudad importante o circula a través de su reino? ¿En las islas que están cerca del reino hay más convertidos al judaísmo? ¿Gobierna el rey directamente sobre la nación o designa funcionarios? ¿Con qué naciones tiene tratados y con cuáles está en guerra? ¿Tiene la guerra prioridad sobre el Shabat? ¿Cuáles son los nombres de los reinos o naciones que rodean Jazaria? ¿Cuáles son los pasos de las caravanas de mercaderes que viajan hacia allí? ¿Cuántos reyes gobernaron antes que él? ¿Cuáles son sus nombres y cuánto tiempo gobernó cada uno? ¿Qué lenguas habla el Rey?

Quisiera saber si mi señor tiene idea de cuándo tendrá lugar el final de nuestro exilio, lo que es un misterio. Hemos esperado muchos años, mientras se nos ha transferido de una cautividad a otra y de un exilio a otro. Cuán fuerte es la esperanza y anhelo por ese tiempo. Vivimos en la Diáspora y aquí no tenemos ningún poder en nuestras manos. Ellos nos dicen: «Cada nación tiene su reino, pero ustedes no tienen noticias de ninguno en toda la tierra».

Por eso, cuando tuvimos noticias sobre mi señor el Rey, lo poderoso de su monarquía y su ejército, nos quedamos asombrados. Levantamos nuestras cabezas, y nuestros espíritus retornaron y nuestras manos recobraron sus fuerzas.

Mucha paz para mi señor, para su progenie, su casa y su trono. Quiera Dios prolongar los días sobre su reino, a la sombra de Israel.

Hasday apoyó la cabeza en los antebrazos en cuanto el pergamino se enrolló de nuevo delante de él. Un minuto después sus ronquidos se habían unido a los de Hakim, mientras soñaba con un reino lejano donde el soberano celebraba el Shabat en la sinagoga, donde la comunidad hebrea no estaba sometida a leyes distintas a las contenidas en la Torah y el Talmud, y donde era un rey judío el que recibía a los embajadores de Al Ándalus que reclamaban su favor.

31

Año 955

Hacía más de veinte años que aquel era su santuario, el único lugar de Qurtuba donde Hasday encontraba paz, más incluso que en la sinagoga mayor de la judería, siempre atestada de fieles. Compartía aquella estancia, ampliada y adaptada a las necesidades de usuarios tan eminentes, con el príncipe Al Hakam y, en los últimos años, con el monje Nicolás, llegado a Qurtuba quince meses después del regreso de la embajada encabezada por Estephanos.

Hasday y Nicolás habían congeniado desde el primer momento. El monje era de cuerpo rechoncho y rostro vulgar, pero compensaba aquel físico poco agraciado con una mirada vivaz, una mente despierta y una capacidad de conversación que no conocía límites. Tal como había prometido el Basileus, dominaba el árabe como si hubiera nacido en Qayrawán, aunque nada era suficiente para él en su afán de perfeccionarlo, por lo que siempre trataba de evitar el griego en su trato con Hasday. Sin embargo, había chocado con alguien tan testarudo como él, pues el empeño del médico del califa era, precisamente, mejorar su conocimiento de la lengua griega. No tardaron en llegar a una solución de compromiso: al menos en sus conversaciones privadas, cada uno trataría de hablar en su lengua materna.

Aquellos cuatro años habían resultado apasionantes y fructíferos. La enorme mesa con que se había dotado a la estancia albergaba los seis volúmenes de la copia del Dioscórides de Hasday y también los que componían el regalo del Basileus. Pronto habían establecido una rutina de trabajo sistemática y eficaz: la descripción de cada simple se comparaba en ambos textos. Las dudas relativas a la transcripción solían resolverlas gracias a la información que aportaba el monje, cuyos conocimientos de botánica y farmacología rivalizaban con los de Hasday. Una vez identificada la planta y revelado el nombre árabe con que se conocía, procedían a elaborar el texto de acuerdo a las dos copias del tratado. Sorteaban las dudas, las lagunas y los pasajes incompletos con la ayuda de otros numerosos tratados de botánica disponibles en la biblioteca, e incluso con la ayuda de algún *hakīm* de la *madrása*, a quienes con frecuencia recurrían. Una vez confeccionado el texto, los amanuenses se encargaban de plasmarlo sobre el mejor pergamino. Por último, el pliego pasaba a manos del iluminador, un auténtico virtuoso que reproducía a la perfección los soberbios dibujos de la copia griega. En ocasiones, cuando era posible, trabajaba con la propia planta delante.

Unos meses atrás, Hasday había tenido por fin en sus manos la que sería la copia árabe definitiva de *La materia médica* de Dioscórides. Al Hakam, consciente del valor de la obra, había ordenado a un ejército de copistas realizar una decena de reproducciones de aquel *Tratado de los simples*, cuya posibilidad de intercambio abriría a sus enviados las puertas de las bibliotecas de palacios y monasterios de todo

el orbe.

Una vez finalizado el trabajo, Hasday temía el momento de la partida del monje Nicolás, pero este no había mostrado prisa por regresar a su monasterio, situado en las lejanas tierras del Peloponeso, cerca de lugares que a Hasday le resultaban tan familiares gracias a sus lecturas, como Delfos, Micenas, Epidauro, Corinto, Tebas, Olimpia o Esparta, además de la propia Atenas.

Los relatos de Nicolás acerca de las tierras del Imperio bizantino, cuna de la civilización occidental, sobre la isla de Rhodas, sobre Éfeso y la propia Constantinopla, despertaban en Hasday evocaciones recurrentes. A sus cuarenta y cuatro años, al echar la vista atrás, descubría una vida plena en la que había alcanzado metas que jamás habría podido soñar siquiera, pero en la que había tenido que renunciar a la posibilidad de conocer otros países y otras formas de vida de las que, sin embargo, tenía noticia a través del sinfín de embajadas que recibía. Si hubiera sido ismaelita, quizá no habría tenido más opción que dejarlo todo y peregrinar a La Meca. Aquel viaje hubiera incluido lugares como Alejandría, para remontar el gran río en busca de la tierra de los faraones, Bagdad…, quién sabía si también Isfahān. Pero era judío, y lo cierto era que habría dado cualquier cosa por pisar el polvo de Jerusalén. Todavía no renunciaba a ello, aunque solo un motivo podía hacer que abandonara el lugar de honor que ocupaba en la corte de uno de los soberanos más poderosos del mundo: la confirmación de la existencia del reino de los jázaros, tal como había confesado al propio rey José en su carta.

Sin embargo, junto a Nicolás había regresado su emisario, Ishaq ben Nathan, el portador de la carta. Se presentó ante él con el fracaso reflejado en el rostro y otra misiva del propio rey Constantino en la que explicaba que la paz entre Bizancio y Jazaria peligraba, que ambas naciones estaban a punto de entrar en guerra y el mar entre ambas no resultaba transitable. Hasday, que no esperaba una respuesta del Basileus, sino la del rey José, montó en cólera y lanzó el pergamino al fuego.

Después había intentado enviar de nuevo el correo a través de gentes procedentes de la Ciudad Santa de Jerusalén, que le garantizaban poder llevarla a su destino por Armenia. Pero los años habían pasado y no había recibido ninguna respuesta.

La estancia de Nicolás en Qurtuba le iba a proporcionar, sin embargo, una última oportunidad. El monje acudía a diario a una de las iglesias próximas al *alqásr*, donde un presbítero mozárabe, de nombre Rabí ibn Zayd, celebraba los oficios. Gracias a él, Hasday descubrió a un hombre culto que dominaba el árabe y el latín, ávido de estudio, que se había revelado como un excelente conocedor de la ciencia astronómica. Hasta tal punto lo era que Hasday no encontró otro en Qurtuba más apto cuando hubo de buscar un preceptor que desvelara los secretos de las matemáticas y la astronomía a su hijo Yakob. Rabí ibn Zayd había entrado a formar parte del selecto círculo que compartía sus veladas en aquellos años, junto a su secretario, Menahem ben Saruq, el poeta Dunash ben Labrat, otro de los preceptores de sus hijos, el monje Nicolás y el propio príncipe heredero, amén de otros muchos que se sumaban a las

recepciones en su *almúnya*, en el cercano palacio de recreo de Al Hakam o en alguno de los pabellones de la Madīnat al Zahra.

Lo cierto era que, cuando fue necesario escoger al hombre más adecuado para encabezar la embajada que estaba a punto de iniciar el camino hacia la corte del rey Otón de Germania, ninguno parecía más adecuado que Rabí ibn Zayd: era cristiano, dominaba el latín, gozaba de la confianza del heredero y su capacidad intelectual era incuestionable. Por su propio consejo, y con el objeto de dar a la embajada el realce necesario después de comprobar el carácter orgulloso y arrogante del rey de los germanos, había sido elevado a la dignidad episcopal. Nada parecía más apropiado, para demostrar la disposición de Al Nāsir hacia los mozárabes de Qurtuba, que enviar ante aquel rey cristiano una embajada encabezaba por todo un obispo nombrado por el propio soberano. Como la mayor parte de los mozárabes de Al Ándalus, Rabí ibn Zayd era el nombre que había adoptado años atrás para sustituir el suyo en el trato con los árabes. Pero entonces, como obispo de la diócesis de Ilbīra, lo recuperó y, a su llegada a Aquisgrán, sería presentado al monarca germano como el obispo Recemundo.

Los tres hombres lo esperaban en la biblioteca, sin dejar de comentar el aspecto magnífico del regalo que se apilaba sobre la gran mesa y que habría de viajar junto a la embajada hasta tierras germanas. El propio Al Hakam lo había escogido y había encargado la copia a los que consideraba sus mejores calígrafos e iluminadores. Se trataba de los veinte tomos de las *Etimologías*, la gran obra enciclopédica de Isidoro de Ishbiliya, cuyas guardas incluían, engastadas en el centro, en medio de pequeñas placas de oro, veinte piedras preciosas diferentes, una por volumen. El detalle —pensó Hasday— estaba inspirado sin duda en el Qur'ān que Al Nāsir perdiera tras el desastre de Simancas.

Rabí ibn Zayd no ocultó su asombro al entrar en la sala. A pesar de la cercanía de la que disfrutaba, besó la mano del heredero antes de hablar.

—Un regalo propio de un califa, que, sin duda, abrirá puertas en la corte de Aquisgrán.

—Esperemos que también abra el entendimiento de ese mentecato que tienen como rey.

Nicolás, fiel a su carácter, dejó escapar una carcajada.

—¿Esas son las palabras del heredero que debo trasladar al rey de los germanos? —bromeó también el obispo.

—Tal vez sea conveniente que te las calles —Hasday rio—, si no quieres repetir la experiencia de tu antecesor y esperar años hasta obtener la respuesta de Otón.

Todo había empezado cinco años atrás, cuando Otón I, quizá cegado por sus éxitos políticos y militares, y tras acumular el poder sobre Germania, la tierra de los francos y parte de la península de Italia, envió una embajada a Qurtuba que portaba un mensaje de protesta por la persistencia del enclave de Fraxinetum, que seguía provocando, a pesar de su debilidad, grave preocupación en las costas septentrionales

del Bahr Arrūm. Solo había transcurrido un año desde que la legación bizantina visitara la Madīnat al Zahra, pero algo en el estado de ánimo del califa había cambiado desde entonces: hacía solo un mes que Al Nāsir, negándose a toda piedad, había hecho ejecutar en su presencia a los responsables de la conjura contra su persona y contra el heredero, entre los que se encontraba su propio hijo Abd Allah. Había elegido para ello una fecha harto significativa: la fiesta del Sacrificio. Todo crimen contra la seguridad del Estado debía expiarse con sangre, pero la visión del charco carmesí que se extendía por el mármol alrededor del cadáver de su hijo degollado, la mirada de asombro y reproche que sus ojos abiertos aún parecían dirigirle desde el otro mundo, eran más de lo que el viejo soberano podía soportar sin que su fortaleza de carácter se quebrara.

Con este estado de ánimo recibió a la embajada germana que, una vez más, Hasday se encargó de introducir, aunque ni él mismo sabía cuál sería la respuesta del soberano. Sí conocía, como era habitual, el contenido de la demanda que los enviados pretendían plantear a Al Nāsir: su compromiso de desmantelar el enclave andalusí de forma definitiva, de manera que todas las tierras cristianas del Occidente europeo pudieran permanecer en paz, fieles a la fe de Cristo.

Al salir el sol, los germanos fueron conducidos a la puerta de la ciudad donde arrancaba la carretera que había de llevarles hasta la Madīnat al Zahra. Una alfombra de tapices cubría en esta ocasión toda la distancia. A ambos lados, hombro con hombro, quince mil bereberes con los alfanjes sobre sus cabezas creaban una bóveda de sables bajo la que caminaban los atemorizados embajadores. Cada mil codos, aparecían chambelanes ricamente vestidos, sentados en sillones de oro y plata. Los legados se postraban ante ellos, confundidos, creyendo hallarse ante el califa, pero los mayordomos les sacaban de su error y les decían: «Seguid, yo solo soy un humilde esclavo de mi señor». Después de dos horas de recorrido, llegaron a un salón con el suelo de tierra y sin ninguna decoración, en el cual había un hombre sentado frente a una hoguera, vestido con un traje raído que ni siquiera era de su talla, mirando de forma distraída a un alfanje y un sencillo ejemplar del Qur'ān que tenía delante. Un nuevo chambelán les susurró al oído: «Este es nuestro califa». Hasday, el heredero, los *fityān* y otros muchos funcionarios de la corte observaron cómo se postraban rápidamente ante él. Abd al Rahman levantó la cabeza y, antes de que dijeran nada, les habló con sequedad, señalando al libro sagrado con el alfanje: «Cuando permitáis esto en vuestro reino, como yo permito vuestros libros santos en el mío, enterraré esta espada y alimentaré la hoguera de la amistad todos los días». Después les mandó salir sin dejarles hablar, con la orden de que abandonaran la ciudad antes del siguiente amanecer.

Hasday estaba aterrado por las consecuencias de aquella temeridad, contraria a todas las reglas de la diplomacia. Tardó meses, los mismos que duró la amargura instalada en su corazón, en convencer a Abd al Rahman de la necesidad de enviar una nueva delegación al rey germano que portara un mensaje de convivencia en armonía

de las religiones del Libro. Al Nāsir solo aceptó poner su sello en la misiva si esta contenía una invitación a aceptar el Islam, tal como era preceptivo que hiciera el Comendador de los Creyentes. Para subrayar el deseo de avenencia entre las tres religiones, se decidió que el portador del mensaje fuese Ibrahim ben Yaqub, hombre de confianza de Hasday.

Tres años había tardado Otón I en recibir a Ben Yaqub, enterado del contenido de la misiva. Al parecer, había considerado una ofensa la invitación a ingresar en la fe del Profeta, con el agravante de que el portador de la carta fuese un judío. Por fin el rey, a petición de los cristianos de Qurtuba, resolvió enviar una nueva respuesta. La carta manuscrita por Bruno, hermano de Otón, no solo incluía una negativa a aceptar el intolerable contenido de la carta de Al Nāsir, sino que contenía pasajes claramente ofensivos que llegaban al insulto hacia el Profeta.

Con posterioridad, Hasday había tenido noticias de la dificultad con que se tropezó el rey Otón para encontrar un emisario dispuesto a asumir la tarea. Hacerlo era estar dispuesto a sufrir martirio en Qurtuba, pues de todos era conocido que aquellas ofensas se castigaba con la muerte: hasta Aquisgrán habían llegado noticias sobre los tormentos sufridos por muchos de sus correligionarios durante el reinado del emir Muhammad. Fue por fin un monje benedictino del monasterio de Gorze quien se ofreció para este servicio a su rey.

El califa no había llegado a leer la carta que portaba Juan de Gorze, porque no se le permitió acceder a él. A su llegada a Qurtuba, se le hizo saber que habría de esperar no tres años, sino nueve, antes de ser recibido por Al Nāsir. Sin embargo, tras un tiempo prudencial, el suficiente para que la noticia de esta nueva humillación llegara a oídos del rey Otón, el propio Hasday había acudido a la humilde morada del benedictino, quien había rechazado cualquier comodidad que no tuviera en la celda del monasterio del que procedía. Juan de Gorze era un hombre alto, escuálido y descarnado, de ojos hundidos que, junto a la tonsura que se adivinaba bajo el capuz del hábito, le daban un aspecto fantasmal. Su mirada, no obstante, transmitía una determinación sin límites.

—Es peligroso para ti presentarte con esta carta ante el soberano —le había advertido—. Y ten sumo cuidado con tus respuestas a sus mensajeros. Como no dudo que conoces la severidad de la ley, conviene que reflexiones y no la quebrantes.

—¿Me espera la cruz si no sigo tus consejos? —respondió, desafiante—. La aceptaré con resignación y moriré experimentando el sufrimiento que nuestro Redentor aceptó de igual manera, a manos de judíos como tú.

Hasday trató de ocultar su desconcierto.

—Qurtuba ya conoció una época en que los cristianos buscaban el martirio de forma voluntaria e inconsciente. —Hasday tuvo que hacer un esfuerzo de contención —. No sirvió sino para que los mozárabes vieran cómo se endurecían sus condiciones de vida y cómo se restringía la libertad de culto. Desde aquellos días del reinado de Muhammad, las campanas no tañen en las torres de las iglesias.

—Si me lo permites, yo subiré a un campanario y las haré tañer este domingo.

—No encontrarás una campana en Qurtuba, todas fueron fundidas, y las torres, desmochadas. Ese fue el glorioso resultado de años de muertes sin sentido.

—No me presentaré ante tu soberano sin la carta que me ha traído hasta aquí —zanjó Juan de Gorze.

Durante meses, Hasday había repetido aquellas visitas, siempre con el mismo resultado. Envió a Juan, el obispo de Qurtuba, quien rogó al monje de forma encarecida que se limitara a entregar los regalos que portaba la comitiva, para evitar que la ira de Al Nāsir alcanzara a la comunidad cristiana de Qurtuba.

Juan de Gorze, lejos de amilanarse ante la autoridad del obispo, le recriminó que los cristianos de Al Ándalus se abstuvieran de predicar el Evangelio de Cristo por miedo a los infieles, cuyo yugo parecían haber aceptado de buen grado. El obispo replicó que los mozárabes bajo el dominio musulmán se veían obligados a aceptar determinadas condiciones para poder sobrevivir y practicar su fe sin estridencias, unas condiciones que la comunidad, pacíficamente, había considerado aceptables.

Pero Juan de Gorze no parecía dispuesto a claudicar. Los propios legos cristianos empezaron a visitarlo y a solicitar que cediese, por temor a que su obstinación, que había terminado por divulgarse entre la mayoría musulmana, les causase mayores males. El monje terminó encerrándose en la oración, sin atender a quienes buscaban que entrara de una vez en razón. Mientras no recibiera una orden contraria, dijo, solo se avendría a acudir ante Abd al Rahman con la carta que el propio rey Otón había puesto en su mano.

Aquella frase dio pie a Hasday para formular una propuesta de compromiso que el fraile no tuvo más remedio que aceptar: el califa enviaría a Aquisgrán una nueva legación encabezada por un obispo, con el objeto de solicitar al rey germano una misiva modificada para presentarla a su regreso. Juan de Gorze partiría con ellos, para estar presente en el momento en que su rey accediera a tal petición. De manera que Recemundo se disponía a partir al frente de una nueva embajada en compañía del fraile más terco que hubiera conocido la orden de San Benito.

Las largas conversaciones con el monje de Gorze no habían resultado del todo infructuosas para Hasday. Tras aquellos meses, entre los dos hombres había surgido algo parecido al aprecio y la admiración. El médico valoraba la solidez de sus convicciones y el coraje que mostraba a la hora de defenderlas, hasta el punto de poner su vida en peligro. El benedictino, por su parte, daba muestras de disfrutar de la conversación con aquel judío que, en numerosas ocasiones, se desviaba del asunto que le había llevado hasta él. Como muchos, no solo se había sentido atraído por su manera de hablar, meditada, elocuente y cautivadora, sino que podía aprehender bajo la superficie de su discurso una formación humanística que emergía en forma de ideas y argumentos que bien podía compartir a pesar de las enormes diferencias que les separaban. Durante una de aquellas conversaciones, Hasday le había mencionado su deseo de salir al encuentro del rey de Jazaria. Juan de Gorze no había dado

entonces demasiadas muestras de empatía con aquella obsesión, que el judío arrastraba ya desde hacía un lustro. Sin embargo, en el último de sus encuentros, en el que el monje había accedido a regresar a Germania, le había sorprendido con un ofrecimiento.

—Prepara una nueva carta para ese rey de Jazaria del que me hablaste —le dijo antes de separarse—. Entrégasela a quien vaya a encabezar vuestra legación. Conozco a dos judíos en Gorze, Mar Shaul y Mar Joseph, que te pueden ayudar.

—¿Me pueden ayudar? ¿De qué manera? —inquirió Hasday, con verdadero interés.

—Pueden hacer llegar la carta a los judíos de Hungría, con quienes me consta que mantienen contactos. Ellos, a su vez, quizá puedan enviarla a los de Rus, y de allí a Bulgar, hasta que por fin alcance el destino que ansías.

Cuando Hasday, poco después del amanecer, vio partir en dirección a Tulaytula a la comitiva encabezada por Recemundo, cerró los ojos y trató de relegar a un rincón de su mente aquel asunto, que le había abrumado en los últimos cinco años. El viaje era largo, de dos meses quizás y, por poco que se les retuviera en Aquisgrán, no estarían de vuelta antes de un año. Como secretario de cartas latinas, se había encargado también de redactar la misiva que portaba el obispo junto con los valiosos regalos que acompañaban a las *Etimologías* de Isidoro.

Resolvió volver la atención a su tarea como jefe de aduanas del califato, que tampoco había abandonado, y a la espinosa situación de los enfrentamientos con el reino de León, que seguía con especial interés tras la misión que le había llevado a visitar la corte del rey Ramiro años atrás. El título de *nasí* de los judíos conllevaba, asimismo, la función de juez supremo de las causas que afectaban a sus correligionarios, algo que se tomaba muy en serio y que le robaba jornadas enteras. Y, por fin, estaba la profesión que le había abierto las puertas del *alqásr*, y que por aquel entonces se reducía a la atención médica del califa, el heredero y su círculo más cercano. Decididamente, sus días parecían no tener horas suficientes.

Aquella jornada, sin embargo, deseaba darse un respiro. Se lo había prometido a su familia, embarcada en los preparativos de la ceremonia de esponsales de Yakob. Hasday emprendió el camino hacia la casa del río seguido por los hombres de su guardia personal, a cuya presencia constante había acabado por acostumbrarse. Había decidido dejar su montura en las caballerizas del *alqásr* y caminar por la ribera, algo que trataba de hacer siempre que podía. El aire fresco de aquella mañana invitaba al paseo y a la reflexión, y sonrió al recordar el motivo que lo llevaba a la *almúnya*, que le había quitado de encima una de sus muchas preocupaciones, después de ver que su primogénito sobrepasaba los dieciocho años sin establecer compromiso matrimonial. Había temido verse obligado a ser él mismo quien buscara a una muchacha adecuada y a negociar los términos del *ketubbah* con el padre de la elegida, algo que no deseaba de ninguna manera. A su mente regresaron la familia de Shoshana, su padre, Eliezer, y la congoja volvió a atenazarlo a pesar de los años transcurridos.

Por fortuna, todo aquello no había sido necesario, no iba a verse obligado a asumir una decisión que pudiera convertirse en un error y una condena para su hijo, porque él mismo, al finalizar una de las cenas del Shabat, había inclinado la cabeza con humildad para anunciar que tenía algo que decir a la familia. Se llamaba Elisheva, y era apenas unos meses más joven que él. El corazón de Hasday saltó de alegría al conocer la elección de Yakob, que en aquel momento sometía a su aprobación. Intercambió una mirada con Umarit y vio satisfacción en sus ojos. Ambos la conocían bien. Dos años atrás, Umarit había sido requerida por un alto funcionario de la cancillería, judío también, para asistir a una de sus hijas, aquejada por una fuerte y dolorosa hinchazón en el codo derecho. Acudió a su casa y encontró a la muchacha en cama, aquejada por la fiebre, con el brazo derecho inflamado, caliente y dolorido. La presión con los dedos a la altura del codo le reveló la existencia de una gran cantidad de líquido acumulado en la pequeña bolsa que favorece los movimientos de la articulación. Un rápido vistazo a su espaciosa habitación le indicó el probable motivo de la dolencia. En una gran mesa, bajo el ventanal, se acumulaban pliegos de pergamino cubiertos por una grafía hebrea de gran belleza, delicada y perfecta. Para su asombro, comprobó que también había pergaminos escritos en árabe con el mismo primor.

—Es la distracción a la que dedica todas las horas del día. Y, a veces, parte de la noche… —explicó la madre con un deje de reproche.

Umarit hirvió una fina aguja y pinchó la bolsa, que se vació de un líquido amarillento y translúcido. Después aplicó un emplasto, vendó el brazo de la muchacha, le prescribió un bebedizo y, tras explicarle que el apoyo continuo sobre la madera era sin duda la causa de la calentura, le recomendó reposo absoluto y le desaconsejó que volviera a escribir hasta que ella regresara, una semana después. Tardó tres semanas en curar por completo, al cabo de las cuales Elisheva, agradecida, le regaló uno de aquellos bellísimos pergaminos, copia de un pasaje de la Torah.

Umarit le enseñó el pliego a Hasday, y este lo llevó a la biblioteca del *alqásr* con la intención de mostrárselo al heredero. En los últimos tiempos, Al Hakam había incorporado a decenas de mujeres a su ejército de copistas. Decía de su trabajo que rebosaba delicadeza, que su paciencia parecía inagotable y que el resultado, en muchas ocasiones, mejoraba el de los varones. Elisheva, con solo dieciséis años, se había incorporado así al taller anexo a la biblioteca para orgullo de su padre, que desarrollaba su trabajo a pocos pasos de distancia. Y allí la había conocido Yakob. Hasday, enfrascado en la traducción del tratado de Dioscórides con el monje Nicolás, no había concedido importancia al hecho de que su hijo cambiara su ubicación habitual en la sala de consultas por un lugar más apartado y menos luminoso. Echando la vista atrás, comprendió que no era el deseo de tranquilidad el que lo había llevado hasta allí, sino el hecho de que en aquel rincón disponía de una buena visión del puesto de trabajo de Elisheva.

En ese momento, Hasday caminaba hacia la *almúnya* con la intención de relajarse

con un buen baño. Después repasaría con Menahem los términos del contrato matrimonial y esperaría junto a los suyos la llegada de la familia de la muchacha, con la que compartirían el almuerzo antes de ultimar los detalles de la dote y el ajuar, entre otros muchos. Después, una vez solos, anunciaría a la familia la sorpresa que les tenía reservada.

Una de sus responsabilidades como jefe de aduanas consistía en velar por el desarrollo de las infraestructuras portuarias del califato. En los últimos años, se había dado un fuerte impulso a la construcción de diques, dársenas y astilleros, así como a la fortificación de las ciudades que los acogían, lo que había aumentado el enorme desembolso que representaban las obras nunca acabadas de la Madīnat al Zahra para las arcas del Estado omeya. A todo ello había que sumar el gasto militar, que no cesaba, debido al enfrentamiento constante con los cristianos del norte y a la amenaza fatimí. Sin embargo, el oro del reino de Ghana seguía llegando por la ruta occidental a través de Audagust, Siyilmasa y Fez, gracias a la inteligente política africana de Al Nāsir y su cancillería. La sumisión de las tribus bereberes Miknasa y Zanata había resultado ser un paso fundamental, culminado con la toma de Tánger cuatro años atrás.

En los últimos meses, habían llegado a Qurtuba noticias preocupantes acerca del interés de los fatimíes por arrebatar el control de esta ruta a los omeyas, a pesar de que el califa de Al Mahdiya disponía de la ruta oriental que atravesaba Qayrawán. Desde la llegada de la embajada de Constantinopla, el Basileus también había cumplido con su compromiso de presentar batalla al enemigo común en Sicilia y Calabria, pero los fatimíes habían respondido de forma contundente con su poderosa flota. No obstante, los enormes costes de la guerra habían hecho acuciante para estos la necesidad de ampliar el aporte de oro africano. Los generales de Abd al Rahman, expectantes, se mantenían informados acerca de posibles preparativos para la guerra en Ifriqiya que, sin embargo, no se habían materializado.

En aquel momento se estaba culminando la construcción del gran puerto de Al Mariya, que incluía una fuerte muralla y una alcazaba acorde con la importancia del que, por decisión del propio califa, había de convertirse en el principal puerto comercial y militar de Al Ándalus. Quizá ni el propio Al Nāsir fuera consciente de quién procedían los consejos y las indicaciones que le habían hecho optar por la vieja Al Mariyat Bayāna, pero Hasday se mostraba exultante y se había volcado a la hora de favorecer el proyecto, supervisado *in situ* por el ya poderoso Hakim ibn Rafiq. En él había depositado toda la responsabilidad, pues, a pesar de que deseaba hacerlo, Hasday no había tenido ocasión de visitar las obras en todos aquellos años. Hakim le mantenía al tanto de los problemas y los avances, y él, a su vez, trasladaba la información a Al Nāsir.

Ishaq, por su parte, no había podido esperar más y había decidido partir hacia Al Mariyat Bayāna aquella misma primavera para ver con sus propios ojos la transformación que había experimentado la ciudad, al tiempo que retomaba el

contacto con sus antiguos socios comerciales. Tal vez queriendo revivir el viaje que había emprendido con él mismo a los trece años, le había planteado la posibilidad de llevar esta vez consigo al joven Yorán. Umarit había mostrado reparos, probablemente porque recordaba sus propias peripecias allí y la picadura de la víbora que le había costado la vida a su hermano. Sin embargo, el entusiasmo de su hijo había terminado por arrinconar sus dudas. Umarit era consciente de que la muerte de Yorán se había debido más a su extrema debilidad que a la ponzoña del reptil, pero no dejó de proveer a los viajeros con una porción de la triaca de Al Faruq, que tanto predicamento seguía teniendo en Qurtuba.

Y aquella era la sorpresa que Hasday les tenía reservada. En unas semanas, tan pronto como regresara la expedición que había llevado a los ejércitos de Qurtuba hacia el norte, la familia al completo dispondría de un mes entero para viajar a Al Mariyat con la autorización del califa. La intención era supervisar el avance de las obras y preparar el terreno para la solemne visita que el propio Abd al Rahman tenía previsto hacer a la ciudad. Hasday imaginó a Umarit junto a Firuze en la pequeña pero acogedora casa que había pertenecido al viejo Asbag, se imaginó a sí mismo de nuevo junto a Hakim, y a Yakob mostrando a su prometida, a quien Ishaq aún no conocía, el lugar donde se había forjado la fortuna de los Banu Shaprut.

Hasday cruzó el sólido portón que rodeaba la *almúnya* cuando uno de los sirvientes le franqueó el paso. Mientras cubría la distancia que separaba la entrada del edificio principal, de entre sus labios surgían las notas de una conocida melodía hebrea. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan dichoso como aquel día.

El jinete, sobre un caballo de postas, se arrojó al suelo cuando el animal cayó reventado al pavimento a la entrada del viejo puente romano de Qurtuba. Quienes lo vieron contaron después que parecía que el animal hubiera dado por concluido su cometido a la vista de la Bab al Qántara. El propio emisario tuvo dificultades para caminar, agotado y con los miembros entumecidos, pero, a trompicones, apoyándose en algunos momentos en el pretil, consiguió alcanzar el cuerpo de guardia, del que ya salían alarmados algunos de los centinelas. No hacía mucho que se habían cerrado las puertas, cuando la luz del atardecer proyectaba las últimas sombras alargadas sobre la ciudad, y los guardias escucharon con gesto de disgusto y asombro el relato entrecortado de aquel joven soldado que alcanzaba la capital sediento y exhausto.

Hasday se levantó del diván que ocupaba junto a Umarit en el viejo pabellón del río. El tacto placentero de las caricias de su esposa se vio interrumpido por la alarma que despertaron los golpes apremiantes en el portón de entrada. Hasday acudió casi a la vez que el más joven de los sirvientes, a tiempo de escuchar el mensaje procedente del *alqásr*, por el que se le reclamaba de manera perentoria en las habitaciones privadas del califa.

—¿Le sucede algo a Al Nāsir?

—No me han informado del motivo de la llamada, *sahīb* —se excusó el mensajero—. Solo sé que se os reclama con la máxima urgencia.

Por la mente de Hasday pasó una lista interminable de desgracias mientras, con su caballo al galope, cubría el conocido camino al palacio. Había dado la orden inmediata de que ensillaran el animal, sin esperar a sus protectores, que debían de estar cenando en la cocina. Atravesó la puerta occidental de la ciudad sin dificultad, pues los guardias, ya advertidos, lo reconocieron de inmediato. El ruido de los cascos del caballo contra el pavimento enlosado dejaba traslucir alarma y apremio, y solo cesó cuando tiró de las riendas para detener su montura ante la puerta más cercana del *alqásr*. Con pasos apresurados por las galerías del palacio, iluminadas ya por la luz de las lámparas, se dirigió al ala donde se encontraban los aposentos privados de Al Nāsir.

El revuelo de eunucos, funcionarios, militares y soldados *saqāliba* de la guardia personal del soberano le reveló que la alarma no debía de tener relación con su salud, sino con algún acontecimiento extraordinario producido en algún lugar fuera de Qurtuba. ¿Un nuevo ataque de Ordoño III de León? ¿Acaso había cedido la resistencia de Lisboa frente a las huestes de los infieles? ¿Quizás habían llegado noticias de Recemundo antes de lo esperado? Fuera lo que fuese, la urgencia era grande, a juzgar por el ambiente que se respiraba en aquellas antesalas. Gracias al Cielo, todos le abrieron paso hasta que se encontró frente a frente con el califa, de pie en el centro de la gran sala que precedía a sus habitaciones, donde acostumbraba recibir a los más próximos. Al Hakam, con gesto grave, se volvió hacia él al advertir, por los saludos de los sirvientes, que llegaba alguien relevante. Junto a ellos, algunos visires, tres generales y los dos *fityān* enmudecieron ante su presencia.

—¿Qué es, señores? —preguntó sin ocultar su zozobra.

—Se trata del puerto de Al Mariya, Hasday. Fue atacado y destruido por la flota fatimí hace cuatro días —explicó el heredero, sin ambages—. La mayor parte de los barcos fondeados han ardido, igual que los depósitos, los pertrechos y la madera.

Hasday, pálido, trató de encajar el golpe. De todas las posibilidades que había barajado, aquella era la que más podía temer. En Al Mariya se encontraban su padre, su hijo, Hakim y los suyos, y los almacenes de mercancías de los negocios de los Banu Shaprut. Sin embargo, conocía su papel y no iba a dejarse llevar por el interés personal, por muy directo que este fuera. Trató de sobreponerse antes de hablar.

—¿Se ha podido rechazar el ataque? ¿Se conoce el alcance de los daños?

—Por lo que ha contado el mensajero, solo duró una noche, entre el ocho y el nueve de Rabī[14] —respondió esta vez uno de los generales—. Al amanecer fueron rechazados y cruzaron de nuevo el mar para esconderse en sus madrigueras. Parece que la guarnición destacada luchó con bravura para conseguirlo, aunque nuestra flota no pudo salir en su persecución porque gran parte de los navíos fueron destruidos.

—¡En el nombre de Allah, yo maldigo a esos renegados *shiíes*! ¡Y a su falso califa Al Mu’izz! —exclamó Al Nāsir, al tiempo que se giraba y su túnica le seguía en el gesto.

—¿Hay noticias de bajas? ¿Son numerosas? —inquirió Hasday, ocultando su

temor a la respuesta.

Entonces Al Hakam dio tres pasos hacia él y lo tomó por los hombros.

—El mensajero solo nos ha traído la noticia de la muerte entre los defensores de unos pocos notables que conozcamos, pero Hakim, tu buen amigo…, tu amigo está entre ellos. —Vaciló.

Hasday se sintió desfallecer y no pudo evitar que un gemido escapara de su garganta. Al Nāsir se sentó en un sitial elevado, cabizbajo, sin querer mirar hacia él. Lo mismo parecían hacer el resto de los presentes, que mantenían la vista clavada en el suelo. Solo el heredero seguía apretándole el hombro, en un gesto de amistad que en aquel momento él no fue capaz de apreciar. Hasday imaginó por un instante a Firuze y a sus hijos, y las lágrimas asomaron a sus ojos. Entonces Al Hakam volvió a hablar.

—Sabemos que Ishaq y tu hijo menor se encuentran allí. Nada se sabe de ellos, pero eso es bueno. De haber sufrido daño, siendo personas principales, tendríamos noticias.

Hasday asintió de forma repetida con la cabeza, sintiendo que todo le daba vueltas. Trató de respirar hondo para recuperar la calma. Era un alto funcionario, la mano derecha del califa, y la pérdida de un hombre, por mucho que fuera su mejor amigo, quizás el único amigo de verdad con el que había contado, no podía alterarlo de manera que le nublara el pensamiento y le impidiera estar a la altura en un trance como aquel. De hecho, ya había tomado su primera decisión: viajaría a Al Mariya con la expedición que, sin duda, saldría de Qurtuba de inmediato. Al fin y al cabo, solo tendría que introducir un cambio en su agenda y adelantar la partida. Aunque esta vez tendría que acudir solo. Lo que iba a ser un viaje de supervisión de unas obras a punto de ser culminadas se convertiría en una estancia para organizar la reconstrucción del puerto arrasado. Y la visita a Hakim en su casa de la colina se trasladaría al cementerio, donde solo tendría ocasión de orar frente a su tumba.

Habían transcurrido dos meses desde la destrucción de Al Mariya cuando Hasday volvió a pisar los magníficos suelos de mármol rosado de las estancias privadas de Al Nāsir, esta vez en la ciudad palatina de la Madīnat al Zahra. Aquellas semanas, duras en extremo, se habían saldado con una solución que había satisfecho a Umarit de manera muy especial. Los dos hijos mayores de Hakim habían tomado ya esposa, y también estaba casada la mayor de las dos muchachas. De manera que Firuze había aceptado la invitación de Hasday de regresar con él a Qurtuba en compañía de sus dos hijos menores. El varón daba muestras de querer continuar sus estudios, y ningún lugar había mejor que Qurtuba para llevar adelante su propósito. La muchacha era también despierta, y Hasday había pensado que Elisheva bien pudiera enseñarle su arte, de forma que se labrara una vida acomodada y placentera entre los muros del palacio. Los tres vivirían, al menos de momento, en la *almúnya*, con estancias más que suficientes para todos después de la última ampliación. Serían los dos hijos mayores de Hakim los que continuaran al frente de los negocios de la familia,

ayudados durante un tiempo por el propio Ishaq, que se negaba a regresar a Qurtuba sin ver cómo las bases de su riqueza volvían a resurgir de las cenizas, y después de probar de nuevo las mieles de las viejas amistades, que lo habían recibido en Al Mariyat Bayāna con los brazos abiertos.

Acudía a la llamada del califa, por vez primera desde su reciente regreso a Qurtuba, sin saber a lo que se enfrentaba. Sabía, por sus numerosos informadores, que Al Nāsir había montado en cólera, y hasta Al Mariya había llegado la orden taxativa de reconstruir todos los buques quemados, talando para ello, si era preciso, los bosques de toda la cora. Con la orden llegaban los fondos necesarios y un ejército de esclavos y artesanos dispuestos a iniciar el trabajo. El objetivo era trabajar día y noche durante el invierno para que la flota estuviera lista para la contraofensiva que debería tener lugar en primavera, cuando el mar fuera de nuevo navegable. Se le había informado incluso del primer objetivo marcado por los estrategas: el puerto de Marsa'l Jaraz, el gran centro productor del mejor coral rojo del Bahr Arrūm, junto con Tenes y Ceuta, que ya estaban en su poder. Hacerse con el monopolio de esa preciada mercancía, cuyo valor podía asemejarse al del oro, era el primer objetivo militar de Al Nāsir una vez declarada la guerra abierta entre fatimíes y omeyas.

Así pues, aquel no debía de ser el motivo de la llamada del califa. Empezaba a conocer el funcionamiento de las mentes de los gobernantes y sabía que los enemigos de Al Ándalus tratarían de aprovechar los problemas de Abd al Rahman en el norte de África para obtener provecho de la situación. Apostó para sus adentros a que, en unos instantes, se pronunciaría el nombre de Ordoño III en las estancias del califa.

Admiró la luminosidad del palacio al recorrer las fabulosas estancias en el escalón más alto de la ciudad palatina, el que ocupaba el califa. La luz era lo que diferenciaba el *alqásr*, encerrado entre altos muros, de la Madīnat al Zahra, construida en la ladera escalonada del Yabal al Arús, de forma que nada se interponía entre los ojos del observador y el horizonte de la campiña, en medio de la que se alzaba orgullosa, junto a la cinta plateada del Ūadi al Kabir, la ciudad de Qurtuba, con sus decenas de alminares y los miles de fuegos que elevaban al cielo sus columnas grisáceas.

La maestría de los constructores había hecho que los espacios situados entre las estancias dispusieran siempre de la temperatura y la iluminación más adecuadas, aprovechando la luz del sol, las corrientes de aire, el agua que circulaba por doquier y los elementos constructivos que los modulaban: grandes puertas de paneles móviles, pérgolas con enredaderas cubiertas de hojas en verano y desnudas en invierno, cortinajes enormes y variados, desde la seda más delicada hasta las tupidas y pesadas telas adamascadas. En las estancias privadas del califa, un sistema de serpentines de cobre, oculto en los muros por los atauriques, permitía la circulación del agua caliente que también alimentaba el *hammam*, de manera que se gozaba de un ambiente cálido y acogedor aun en las jornadas más frías del invierno. Aquel día de finales de agosto, sin embargo, los cortinajes de seda verdosa se agitaban al paso de las corrientes de

aire frío procedentes de largos y oscuros subterráneos excavados en la montaña.

Los soldados sudaneses de piel azabache y gruesos labios rojizos le miraban pasar por la galería con sus ojos enormes, adelantando las picas en señal de saludo. En la sala contigua, eran soldados *saqāliba* de la guardia personal del soberano quienes montaban guardia. Tan altos y robustos como los anteriores, lo que los hacía diferentes era el cabello rubio. Al reparar en sus ropajes, Hasday comprendió que en aquel palacio nada se dejaba al azar: los negros sudaneses vestían de blanco impoluto; los *saqāliba*, por el contrario, usaban uniformes negros aderezados con correajes y vistosos adornos dorados.

Por un momento, Hasday fue consciente del privilegio del que gozaba al tener acceso a aquel mundo vedado al resto de los mortales. Desde su proclamación como califa, Abd al Rahman se había convertido en un ser inaccesible para su pueblo, ubicado tan solo un escalón por debajo del Todopoderoso, en aquel palacio de fábula que llevaba veinte años levantando. Y Hasday, junto al heredero, ocupaba el peldaño inmediatamente inferior, por encima de los visires, incluso. Si Al Nāsir no lo había nombrado *hachīb* era tan solo porque la dignidad de primer ministro se hallaba vedada a un judío. Pero, como gesto de rebeldía ante aquella imposición que, en calidad de musulmán, no podía transgredir a pesar de su onmímodo poder político, el puesto seguía vacante, y Hasday asumía sus funciones *de facto*.

Tenía acceso directo al soberano y a su familia únicamente con que el chambelán de turno anunciara su presencia. Al Nāsir alzó la cabeza cuando esto sucedió. Su rostro, apesadumbrado por algún motivo, cambió de expresión al verlo. No habían pasado más que dos meses desde la partida, pero en aquel momento vio sentado en el sitial al anciano en que se había convertido a los sesenta y cuatro años.

—¡Allah Todopoderoso sea loado, por fin has vuelto! Me dejas en manos de matasanos incapaces de acabar con un simple dolor de muelas —exclamó, irritado—. ¡Haz algo, por todos los demonios!

Hasday sintió alivio al conocer el motivo de la llamada, pero un dolor de muelas casaba mal con la presencia en el salón del príncipe heredero, de los *fityān* Chafar y Nachda, y de varios visires y generales. Sin embargo, indicó a Al Nāsir que tomara asiento en uno de los divanes junto a un ventanal, donde la luz era más intensa. El califa obedeció sin rechistar, con el rostro contraído por el dolor. Un esclavo acercó un aguamanil y Hasday se lavó las manos en él. Después, con delicadeza, echó atrás la cabeza de Abd al Rahman y le introdujo en la boca el pulgar, el índice y el corazón de la mano derecha. Un intenso hedor le asaltó la nariz, y al instante descubrió el origen del dolor.

—No habrá más remedio que extraer la pieza —anunció mientras volvía a lavarse las manos—. Cuando vos deseéis.

El califa gimió.

—No es la primera vez, *sahīb* —le recordó—. Sabéis que apenas os causará dolor.

—¿Por qué crees que he esperado a que regresaras? ¿Podrás usar de nuevo esa esponja milagrosa?

Hasday asintió con una sonrisa, y vio cómo se relajaban las facciones del soberano.

—¡Haced que lo preparen todo! ¡Hoy mejor que mañana!

—Yo mismo acudiré a la botica de palacio en busca de lo necesario. —Hasday se dirigía ya hacia la salida.

—¡No, espera! Deja que lo traigan esos matasanos. Hay asuntos urgentes que debo despachar contigo. —Se llevó la mano a la boca y arrugó el entrecejo. Con la cabeza hizo un gesto a su hijo.

—No sé si estás al tanto de la nueva derrota que parecen haber sufrido nuestras tropas frente a los infieles en tierras de Al Qila, en los dominios de ese maldito y veleidoso Fernán González —intervino Al Hakam—. Sus pasos se dirigen adonde le lleva el viento, como veleta. Una vez más, ha roto su palabra y se ha cruzado en nuestro camino en Gormaz, cuando el destino de nuestras tropas eran los dominios de Ordoño de León, y no Castilla.

Hasday esbozó una mueca al comprobar que no había errado en sus sospechas. Trató de recapitular y ubicar aquella información en medio de los hechos que se habían producido recientemente. Tras la muerte del rey Ramiro II, había subido al trono su hijo mayor, Ordoño III, aunque con la oposición de su hermano Sancho. Ordoño era hijo de la primera esposa de Ramiro, Adosinda, a la que el rey había repudiado más tarde alegando razones canónicas por la posible existencia de parentesco de sangre. Hasday sospechaba que detrás del repudio se encontraba, sin embargo, la reina Toda de Pamplona, pues poco tiempo después el rey Ramiro se había casado con su hija Urraca. Fue de aquel matrimonio del que nació el príncipe Sancho, de igual nombre que el difunto Sancho Garcés I de Pamplona, su abuelo.

Desde el primer momento, el rey de León había visto cómo su hermanastro, aun afectado por una extrema gordura, le disputaba el derecho al trono. Alegaban Sancho y sus partidarios que Ordoño era fruto de un matrimonio nulo a los ojos de Dios. Solo dos años atrás, había fructificado una alianza entre Toda y su yerno, el conde Fernán González, con el objeto de alzar a Sancho en el trono. Aprovecharon la ausencia de Ordoño en tierras de Galicia para lanzar su ataque, pero, advertido el rey, les salió al paso y logró derrotarlos. Sancho se refugió en las tierras de su abuela y Fernán González hubo de someterse al rey de León, reafirmado en el trono.

—Ordoño III se encuentra en una situación complicada —prosiguió el príncipe Al Hakam—. Se enfrenta a continuas conjuras de nobles en Galicia, ve su trono amenazado desde Pamplona por el rey García Sánchez, y Fernán González solo le jura lealtad cuando se ve obligado a hacerlo por la fuerza de las armas, pues su ansia no es otra que conseguir la independencia de Castilla para ocupar su trono. Por otra parte, nuestros ejércitos arrasan sus tierras y amenazan sus ciudades año tras año, con mejor o peor fortuna…

—¿Insinuáis que estaría interesado en una tregua? —aventuró Hasday.

—Esas son las noticias que nos llegan. Y, como bien sabes, lo hacen en el mejor momento para nosotros, pues no sabemos dónde puede acabar nuestra guerra con los fatimíes en el norte de África.

—Una tregua muy conveniente para todos, en ese caso… —reflexionó Hasday—. Por otra parte, el propio rey de León debería estar interesado en nuestro triunfo sobre los fatimíes en alianza con el monarca cristiano de Constantinopla. La coalición con Bizancio puede allanar el camino a una nueva tregua entre creyentes e infieles.

—Son los argumentos que deberás ir esbozando, Hasday —intervino Al Nāsir sujetándose el mentón con la mano derecha—. Porque vas a regresar a León al frente de nuestra embajada.

Hasday miró a Al Hakam con ojos de sorpresa y de súplica. Su hijo estaba a punto de contraer matrimonio, y el príncipe lo sabía.

—No hay nadie más apropiado para la misión, Hasday —se excusó—. Conoces la corte de León, y tu relación con el rey Ramiro fue excelente… De hecho, conociste a Ordoño en su juventud, si no estoy mal informado. Eso puede ser un buen comienzo para la misión que te encomienda ahora mi padre.

Hasday agachó la cabeza en silencio con un gesto de resignación que, sin embargo, supo convertir en una pequeña reverencia con la que aceptaba el encargo.

—Pero no partirás sin haberme quitado este maldito dolor —sentenció el califa.

Se había dispuesto todo en aquella misma habitación. En el improvisado lecho, alzado hasta la altura del vientre de Hasday para que este pudiera trabajar de forma cómoda, yacía, apenas consciente, el califa de Al Ándalus. Varios colegas estaban situados a ambos lados, viendo cómo trabajaba el maestro. Todos conocían el secreto de la esponja soporífera, pero ninguno había osado intervenir al soberano haciendo uso de ella: sabían que un fracaso, la probable aparición de un dolor intenso durante la operación, podía costarles toda su fortuna, incluso la vida.

Con Al Nāsir ante él, la boca abierta, los ojos cerrados, Hasday reflexionó acerca de la fragilidad humana. Allí estaba el hombre más poderoso de Occidente, indefenso, a merced de uno de sus médicos. Un minuto más de lo necesario con la esponja sobre sus fosas nasales y habría acabado con su vida con gran facilidad: nada ni nadie hubiera sido capaz de sacarle de aquel sueño. Escrutando su rostro, ajado y consumido por el dolor, comprendió que, en cualquier caso, su hora no estaba lejana. Se sobresaltó al oír la voz de Al Hakam.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Fue como si le hubiera leído el pensamiento. Hasday se limitó a asentir mientras introducía hasta lo más hondo del orificio una torunda empapada en *alkhúl*. A pesar de la pericia adquirida con los años, le había costado extraer la muela podrida, había legrado el hueco para retirar los restos de supuración y había usado el cauterio para detener la hemorragia. Daría instrucciones para que le cambiaran la torunda con frecuencia durante la noche, hasta que volviera junto a él al amanecer. Quizá le

administrara una porción de la Triaca de Al Faruq, en la que el califa mostraba una fe sin límites. Al fin y al cabo, también el opio formaba parte de la fórmula.

Los eunucos devolvieron al soberano a su lecho, los sirvientes recogieron la estancia y, con dos palmadas, el chambelán ordenó desalojarla para permitirle descansar y un despertar sin sobresaltos.

—Debes elegir a uno de los mejores discípulos de la *madrása* para formarlo junto a ti —dijo Al Hakam cuando quedaron solos—. No es conveniente que mi padre confíe únicamente en un médico.

Hasday asintió. El heredero no había hecho sino poner voz a sus pensamientos.

—Creo que ya he puesto la vista en uno de ellos. Espero que su juventud no sea un obstáculo.

—Creo recordar que fuiste nombrado médico personal de mi padre antes de cumplir los veinte —repuso el príncipe.

—Abul Qâsim tiene diecinueve, pero destaca de forma asombrosa entre sus compañeros de la *madrása*. Me consta que, a su edad, ya es capaz de usar con mano experta la esponja soporífera, cuya composición dice haber mejorado, incluso. La cirugía es su gran pasión. Llevo meses tratando de concertar una cita con él.

—Tráelo a la Madīnat al Zahra. Me gustará conocerlo.

—Lo haré, si es vuestro deseo. Me cuentan que ha usado con éxito un nuevo tipo de sutura…

—¿Mejor que la seda trenzada que utilizas tú?

—Al parecer la fabrica con tripa de gato. Tiene la virtud de reabsorberse por sí sola una vez cumplida su función, por lo que es especialmente útil en suturas internas.

—Y… ¿es buen mozo?

—¡Príncipe! —exclamó Hasday, sinceramente escandalizado, sin reparar en la falta de respeto que aquello suponía.

Por fortuna, el heredero estalló en una carcajada.

—Con los años que hace que nos conocemos, Hasday, y aún no has aprendido a distinguir mis chanzas. Te dije mucho tiempo atrás que sé bien dónde elegir mi solaz.

—Lo que me trae a la memoria…

—Sí, ¿cómo no? ¡El asunto del heredero! —Al Hakam frunció el ceño a la vez que estiraba el cuello, alerta.

—Mi príncipe, es necesario…

—¡Calla, Hasday! —lo cortó, haciendo que el médico bajara la cabeza.

—Solo pretendía…

—¡Calla y escucha! —ordenó, tajante, al tiempo que se dirigía con pasos largos al ventanal más próximo.

Hasday hizo lo que le ordenaba y entonces fue consciente de lo que había llamado la atención del heredero.

Desde los niveles inferiores de la Madīnat al Zahra, donde se encontraban las

caballerizas y las viviendas del servicio, llegaba un coro de ladridos y relinchos nerviosos. Todos los animales de la ciudad parecían haberse puesto de acuerdo en hacer oír sus voces. Por encima de ellas se oyó el rugido sobrecogedor de un león, procedente de la colección de fieras africanas que Al Nāsir había hecho llevar del otro lado del mar. También las aves levantaban el vuelo.

Un instante después, el miedo se reflejaba en el rostro de los dos hombres, mientras trataban de apoyarse en las columnas más cercanas. Un rumor que provenía de las entrañas de la tierra, sordo al principio, se extendió por el aire hasta convertirse en un ruido atronador, mientras el suelo empezaba a moverse bajo sus pies. El polvo surgió por doquier, aunque la solidez de los edificios de la Madīnat al Zahra, unida a lo reciente de su construcción, no les transmitió la sensación de verse amenazados por un derrumbe. A los lejos, sin embargo, una inmensa nube de polvo se alzaba ya sobre la ciudad de Qurtuba.

Al Hakam, aterrorizado, asió a Hasday por los hombros mientras ambos afirmaban las piernas en el suelo, tratando de mantener el equilibrio.

—¡Es un terremoto, *sahīb*!

A su espalda se oyó la voz del califa.

—¡Al Hakam, hijo mío, asísteme! Todo parece moverse a mi alrededor. ¡Sueño que la tierra entera se mueve[15]!

32

La tristeza en el corazón de Firuze era inmune a cualquier intento de consuelo. Ya habían transcurrido cuatro meses desde la pérdida de su esposo, y las lágrimas seguían asomando a sus ojos cada vez que cualquier detalle se lo recordaba: bastaba una mención a Yayyán o a Bayāna, la aparición en la *almúnya* de un hombre con una *galabiyya* de estilo egipcio similar a las que le gustaba vestir en los últimos tiempos o la simple presencia de Karîm, su hijo menor. Entonces parecía encoger, se cubría con el *hiyab* aun en la intimidad y abandonaba la estancia con pasos rápidos, luchando por contener el llanto hasta que estaba segura de no tener testigos de lo que consideraba una debilidad. Desde su llegada a Qurtuba, se había recluido en las estancias interiores de la *almúnya*, sin permitirse siquiera pasear por los espaciosos jardines que la circundaban. Quería mostrar el luto que inundaba su alma con sus actos, y le resultaba impensable cualquier actividad que le reportara el más mínimo deleite. Ni siquiera se sentía capaz de disfrutar de los manjares que llenaban la mesa, había perdido el apetito, y todo ello se manifestaba en unos ojos hundidos y una lividez y una delgadez extremas.

A Hakim se lo debía todo. Él la había rescatado de la inmunda posada donde había sido forzada a ejercer la prostitución; la había hecho su esposa y en todos aquellos años jamás había vuelto a hacer mención a su vida pasada; la había tratado mejor de lo que ninguna mujer habría podido esperar de un marido, quizás en señal de rechazo al comportamiento de su propio padre. En los primeros tiempos habían vivido dignamente y cuando su situación se volvió acomodada la colmaba de atenciones, como si quisiera compensar en la madurez las carencias de sus años de juventud. Enseguida los hijos habían bendecido su unión y Hakim se había comportado como un padre recto, al que los cinco respetaban sin necesidad de recurrir al temor. El primer nieto, el primogénito de Ya'qûb, estaba en camino cuando aquel maldito alfanje fatimí segó su vida. El pequeño llegó al mundo entre el olor a madera quemada que aún lo invadía todo en Al Mariya, tan solo un día antes de la llegada de Hasday. Verlos a ambos había sido el único consuelo de Firuze en aquellos días aciagos. La presencia del bebé le hizo comprender, dentro de su aflicción, que la vida era aquello que se abría paso a pesar de todo. Contemplar a Hasday en pie frente a ella, el llanto que los unió durante un tiempo interminable y la seguridad que supo transmitirle el hombre que lo había sido todo para Hakim consiguieron poner fin a los temores de una mujer que se veía sola de nuevo, ante un mundo que en una sola noche se había venido abajo para ella.

Le había resultado muy duro tomar la decisión de abandonar a sus tres hijos mayores, y al pequeño Hakim, que solo contaba unos días de vida. Pero era responsable del futuro de Karîm y de Hayat, la menor de sus hijas, y sabía que ese futuro estaría mejor asegurado cerca de Hasday. Por otra parte, sentía la necesidad de poner tierra de por medio con aquel lugar que siempre le recordaría a su esposo. La

casa de la ladera, el pequeño jardín que durante años habían recorrido juntos, la terraza desde la que contemplaban el amanecer en la bahía, su alcoba… Se había visto incapaz de seguir con su vida entre aquellas paredes, pues a pesar de haber sido tan feliz allí, habría terminado siendo solo un mausoleo en memoria del ausente.

En compañía de Umarit, sentía que había hecho lo correcto. Su hijo menor tenía la misma edad que Yakob, y ambos habían congeniado al instante. En el momento de la llegada a la *almúnya*, el primogénito de los Banu Shaprut se había referido a él como el primo Karîm. A la espera del regreso de Hasday de su misión en tierras de infieles y del momento de tomar la decisión del lugar donde el muchacho continuaría sus estudios, era frecuente que acompañara a Yakob cuando era posible. Este le había enseñado la ciudad, le había señalado las mezquitas más cercanas para realizar sus oraciones, le había presentado a sus amigos, musulmanes algunos, y le trataba con una deferencia que emocionaba a Firuze.

También Hayat y Elisheva parecían haberse caído en gracia. La diferencia de credo no había sido un obstáculo; antes bien, el descubrimiento de sus respectivas costumbres les provocaba una curiosidad mutua que parecía estar acercándolas. Como Hasday había supuesto, la habilidad de Elisheva con la caligrafía causaba el asombro de Hayat y, aunque no era posible que la acompañara en las largas jornadas dentro del *alqásr*, sí compartían los ratos de asueto, también en torno a una mesa y con el cálamo entre los dedos. Aquella distracción parecía estar resultando un excelente bálsamo para la muchacha tras la pérdida de su padre.

Firuze, sin embargo, no podía librarse de las pesadillas que seguían asaltándola. Sus gritos de terror reverberaban entre las estancias de la *almúnya* en medio de la noche, alterando el sueño de todos sus ocupantes. Entonces Umarit abandonaba su alcoba, tomaba la lámpara de aceite que colgaba encendida cerca de la puerta y acudía a su lado. Las caricias en el rostro, en la frente, y las palabras de consuelo que le susurraba cuando despertaba en medio del llanto, conseguían tranquilizarla. Entonces se recostaba junto a ella y le sujetaba la mano con fuerza hasta que cesaban los sollozos y su respiración se volvía rítmica. En más de una ocasión el canto de los gallos o la lejana llamada del almuédano la había sorprendido en el lecho, aterida en la frescura de la mañana. En aquellas ocasiones, se levantaba con tiento para no turbar el descanso de Firuze y regresaba a sus estancias para el aseo y la oración matinal antes de salir hacia el *bimaristán* en compañía de su fiel Ismail.

A principios del mes de Rajab, cuando los días eran ya cortos y empezaba a hacerse notar el frío otoñal, Firuze había accedido a pasear por las veredas que rodeaban la casa. La belleza del lugar, la soledad de los jardines y el calor tibio del sol de mediodía lograron doblegar su resistencia, que cedió por completo al descubrir el pabellón que se levantaba junto al río. Empezó a pasar allí las largas horas del día en que los miembros de la familia se encontraban ausentes y a esperar con impaciencia el Shabat, el único día de la semana en que sus anfitriones permanecían en la *almúnya* tras volver de la sinagoga. Contemplaba embelesada el discurrir del

río, el vuelo rasante de las aves, las chalanas de los pescadores que se dejaban arrastrar por la corriente y el paso ocasional de las embarcaciones que, cargadas de mercancías o pasajeros, emprendían el largo trayecto hasta Ishbiliya.

A veces la acompañaban sus hijos, pero era Umarit quien le dedicaba todo su tiempo de asueto. El interés era mutuo, de modo que acabaron repasando cada detalle de sus vidas anteriores, de las que apenas conocían nada. Las confidencias se abrieron paso, la seducción que ejercía sobre Firuze la vida de Umarit en la capital y su trabajo rodeada de varones en el *bimaristán*, los detalles de la tarea de Hasday junto al califa en los magníficos palacios de la Madīnat al Zahra… También Firuze le relató las historias de marinos que habían llegado hasta ella a través de Hakim y de sus hijos, la travesía que había llevado a cabo junto a su esposo hasta el puerto de Tenes, al otro lado del mar… Igual que en Qurtuba se había levantado de la nada una ciudad-palacio, en la nueva Al Mariya habían surgido una imponente *alqasába* que era el orgullo de sus habitantes y un cerco amurallado que, de haberse concluido, habría impedido cualquier daño a la ciudad por parte de los asaltantes fatimíes. También le contó, con reparo y disgusto, que la actividad del mercado de esclavos no solo persistía, sino que había ido en aumento, hasta convertirse en una de las actividades más lucrativas para los innumerables mercaderes que se habían asentado en la ciudad.

El agradecimiento de Firuze hacia Hasday y Umarit era tan grande que comenzó a desvivirse por colaborar en cuanto pudiera. En su ausencia, empezó a tomar las riendas de la residencia, repleta de sirvientes, guardias, cocineras, jardineros, doncellas, mozos de cuadra, amén de los escribientes y los secretarios de Hasday. La *almúnya* se había ampliado en los últimos años, un ejército de alarifes, herreros, carpinteros y artesanos había trabajado en unas obras que a Umarit se le habían antojado interminables, pero la antigua casa de campo se había convertido en una imponente construcción en medio de bellos jardines y rodeada de altos muros que protegían a la familia del más alto funcionario de palacio.

A su regreso, Umarit era informada con detalle de los pormenores del día, tomaban la cena en familia, teniendo buen cuidado de incluir tanto alimentos *kasher* como *halāl*, y terminaban la jornada en una de las acogedoras salas de estar, al calor del fuego, degustando alguno de los dulces que había preparado Firuze para combatir el tedio de la larga jornada. Las pesadillas, sin embargo, no habían cesado, y la comodidad las había llevado, en ausencia de Hasday, a compartir el lecho para evitar que toda la casa se desvelara en medio de la noche. Hablaban y hablaban cobijadas bajo el cálido cobertor de lana hasta que las rendía el sueño. Unas veces se trataba de simples chismorreos que solo podían compartirse en voz baja, otros días regresaba el recuerdo de los duros tiempos en Yayyán. No llegaban a mencionar lo más doloroso, los años en que Firuze se había visto obligada a entregarse a varones ebrios y de aliento fétido, la violación de Umarit a manos del hijo del herrero… Pero los hechos estaban allí, arrinconados en su memoria, y allí habrían de seguir. Por la mente de Umarit ni siquiera asomaba la posibilidad de desvelar a nadie el final de su agresor.

No lo había hecho con su esposo, a quien debía lealtad, y no lo haría tampoco con Firuze, por mucho que hubieran compartido aquellas desdichas y se estuviera convirtiendo en su confidente más íntima.

La noche era oscura, habían pasado pocas jornadas desde la luna nueva, y el paso veloz de densos nubarrones, empujados por el viento que ascendía por el Ūadi al Kabir, ocultaba a menudo el débil resplandor del astro. El chapoteo del oleaje contra las tablas del bote se sumaba al ruido amortiguado de los remos con los que el hombre batía el agua. Conocía el lugar, habría podido llegar en la más absoluta oscuridad, guiándose tan solo por el resplandor lejano de los hachones que iluminaban los puestos de guardia y las puertas de acceso al palacete. Ubicaba con precisión cada árbol que descolgaba sus ramas sobre la orilla, cada cañizar que poblaba la ribera, y sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, vislumbraban ya la silueta del pabellón que se alzaba junto al cauce. No en vano había pasado largas horas en aquel bote repleto de redes que jamás habían capturado un pez y que solo había usado para observar desde el río los movimientos de los guardias en el interior de la *almúnya*. El precio que había pagado por ello eran las burlas de los verdaderos pescadores, que le mostraban con orgullo sus capturas al cruzarse con él. Alzó los remos y dejó que la corriente empujara la barca varios codos más allá del pabellón. Entonces viró hacia la orilla y encajó la proa entre los carrizos antes de saltar a tierra, asió tres cañas robustas y ató el cabo a su alrededor para asegurar el bote.

Sonrió al alzar la cabeza, pues la edad no le había restado aún fuerza ni agilidad. Hacía ya muchos años que sus brazos no descargaban el peso del martillo sobre el yunque, pues Allah le había permitido dejar el oficio de herrero para dedicarse a la platería, una actividad mucho más lucrativa y, sobre todo, descansada. A pesar de ello, seguían conservando la fortaleza de la juventud y, si sus piernas ya no le permitían los esfuerzos de antaño, suplía tal carencia con la determinación que le había llevado hasta aquel lugar. Caminó agazapado entre los setos y los cipreses, aprovechando la oscuridad pasajera que producía el paso de las nubes. La guardia proporcionada por empeño de Al Nasir y del *fatà* Nachda, quien desempeñaba también el cargo de *sahib al surta*, permanecería alerta toda la noche, pero había estudiado bien sus rutinas y sabía que efectuaban las rondas cada hora. Solo tenía que esperar a la siguiente para disponer de ese tiempo.

Resultaba impensable acceder al edificio a través de la puerta principal, pero confiaba en que nadie hubiera advertido que no era la única vía de acceso. Solo la mirada experta de un herrero podía percatarse de la disposición de las bisagras de la leñera, un orificio a ras de tierra que permitía arrojar los maderos al sótano, donde alimentaban la caldera que proporcionaba agua caliente al *hammam* privado del que Hasday había dotado la residencia en la última reforma. Había sido un triunfo conseguir aquel trabajo, a pesar de que había tenido que contratar a dos expertos herreros para que hicieran la labor para él, pues no podía arriesgarse a que los dueños de la casa le reconocieran. Para las visitas de supervisión del trabajo, se había

asegurado de que no estuvieran, y había colocado las puertas de la leñera personalmente.

Las voces apagadas de los dos guardias le alertaron de que había llegado la hora de la ronda. Esperó pacientemente, contempló cómo se desplazaba el círculo de luz de sus teas en su recorrido por los jardines, cómo se asomaban al pabellón del río y acercaban la llama a la orilla para regresar más tarde y emprender la vuelta al gran edificio. Tan solo unos minutos lo separaban del momento que había estado esperando durante largos años, pergeñando aquel plan que, por fin, iba a tomar forma.

Ghâlib, su hijo, le había contado que acudía a Qurtuba para saldar la vieja deuda que Hasday tenía pendiente con él. A sus oídos había llegado la cercanía y la intimidad que el judío había alcanzado con el mismísimo Al Nāsir, de manera que le suponía un hombre poderoso y más rico de lo que ya era en Yayyán. Según sus palabras, no pretendía más que amedrentarlo lo suficiente para que accediera a deshacerse para siempre de su amenaza a cambio de una buena bolsa repleta de dinares de oro, de piedras preciosas, quizá. Solo lo necesario para costearse sus muchos vicios sin tener que volver a trabajar.

De nada habían servido sus advertencias. Tras su expulsión de Yayyán, se habían establecido en Al Hamma bajo la protección de Eliezer y, aunque la clientela se había reducido, el oficio de platero le permitía vivir dignamente. Pero el deseo de venganza anidaba en las entrañas de Ghâlib, que en ningún momento se había mostrado dispuesto a seguir en el oficio. Tomaba las monedas de la caja y viajaba hasta la Madīnat Bayāna, donde dilapidaba el dinero en vino, esclavas y *hasīs* junto a la peor escoria del puerto. Nada pudo oponer a su idea de viajar a Qurtuba, así que decidió resignarse y dejar que el Todopoderoso guiara los pasos de su hijo.

Cuando pasaron dos meses sin que Ghâlib regresara, comprendió que nada bueno podía haber sucedido. Se sumó a la primera caravana que se dirigía a Ilbīra y, desde allí, viajó hasta la capital. A su llegada, lo buscó por toda la ciudad, recorrió las cantinas, los prostíbulos y los barrios más infectos, pero no consiguió que nadie le diera cuenta de su paradero. Alguien le sugirió entonces que preguntara en el *bimaristán*, el lugar donde quizá le hubieran atendido si le había sucedido algo. Tras mucho indagar, dio con un muchacho que dijo llamarse Ismail, a quien no le resultaba ajena la descripción que le ofrecía aquel hombre. Rechazó sus monedas cuando le pidió que hiciera memoria, pero le ayudó de todas formas. Recordaba que unos meses atrás había llegado al hospital un hombre malherido, pero, lamentablemente, había muerto a la mañana siguiente, sin que el *hakīm* que lo había atendido pudiera hacer nada por salvar su vida. Cuando pidió más detalles, el joven señaló con el dedo a una *tabība* que atendía a un enfermo en el otro extremo de la gran sala, por si ella pudiera serle de ayuda.

Recordaba que se le había helado la sangre al reconocer a Umarit y que todo cobró sentido de repente. Después, había merodeado alrededor del hospital durante días, había seguido a aquella puta hasta la *almúnya* que compartía con su marido,

pero era cierto que este parecía ocupar un alto rango en el *alqásr*, porque ambos gozaban de protección constante. Se convenció de que nada podía hacer allí y, rebosante de rabia, decidió regresar a Al Hamma.

Los años, lejos de apaciguar el deseo de venganza, no habían hecho sino incrementarlo. Sentía que había arraigado en sus entrañas y crecía con el paso de los meses hasta abarcarlo todo, hasta hacerle imposible pensar en otra cosa que no fuera la venganza, hasta impedirle respirar. Los Banu Shaprut habían arruinado su vida y, no contenta con ello, aquella ramera judía se las había arreglado para acabar con la vida de Ghâlib. Hacía cuatro años que había echado el cierre a su negocio, había vendido sus posesiones y convertido en oro todos sus ahorros para regresar a Qurtuba, esta vez sin intención de abandonarla.

Durante un año no había sucedido nada. Se había limitado a estudiar los hábitos de Umarit durante su trabajo en el *bimaristán*, a malvivir con la renta que le quedaba y a merodear en las inmediaciones de la *almúnya*. Pero su suerte cambió al enterarse de que se buscaban artesanos para reformarla. Entonces decidió emplear todo cuanto le quedaba para contratar a los dos herreros que trabajaron para él. Así fue como tuvo acceso a la casa de sus mayores enemigos. Así fue como el Todopoderoso se había puesto de su lado para castigar a aquel par de judíos, capaces incluso de asesinar a un creyente. Y la espera había terminado.

Se incorporó, entumecido, y caminó agachado hasta el lateral de la casa, tras los pasos de los guardias. No tuvo ningún problema en localizar la boca inclinada de la leñera. Él mismo se había encargado de engrasar de forma abundante los goznes, de manera que se mantuvieran sin herrumbre durante meses. Aquel era su oficio, y no había fallado. El cerrojo se cerraba por dentro, sí, pero no necesitaría forzarlo, le bastaría con deslizar con fuerza las dos hojas hacia arriba, y las bisagras, mal colocadas, saldrían de sus ejes. Se sorprendió al comprobar lo fácil que le resultaba. Alzó la puerta desde la parte inferior y la apoyó con cuidado contra el muro de la casa. Las escaleras de obra se perdían en la oscuridad, pero ni siquiera habría de encender un candil. Conocía de sobra las galerías subterráneas, pues él mismo las había reforzado con sólidos arcos de hierro, y podría alcanzar el *hammam* guiado por el resplandor de la caldera.

Desde el sótano ascendió hasta la planta principal, atravesó los baños, que aún conservaban el agradable olor de los aromas y la cálida humedad, y dejó allí las sandalias antes de salir al distribuidor a través de un hermoso pasaje abovedado. Como esperaba, los espacios comunes de la casa se encontraban desiertos a aquella hora y se decidió a avanzar hacia las estancias privadas de los dueños. Sabía bien que el judío estaba lejos y que, con seguridad, encontraría a su esposa, a aquella puta, sola en la alcoba. Si se encamaba con otro en sus ausencias, no lo haría en el lecho conyugal y en presencia de los sirvientes.

Descalzo, solo el roce de sus ropas producía un sonido tenue, apenas audible. Se palpó con la mano derecha la túnica de lana hasta que sus dedos se toparon con el

bulto alargado y duro que guardaba en el fondillo. Avanzó con sigilo por los conocidos pasillos, iluminados de trecho en trecho por pequeñas lamparillas de aceite. Se acercaba ya a su meta y empezaba a invadirlo una oleada de euforia, entremezclada con el lógico temor del momento. El resultado era vivificante, y paladeó la sensación que iba a experimentar en unos minutos, una vez cumplida la misión que se había encomendado a sí mismo tanto tiempo atrás.

El grito lo sorprendió de forma inesperada, y el corazón empezó a latirle desbocado. De forma instintiva, buscó un lugar donde esconderse y encontró un nicho decorativo, enmarcado por dos esbeltas columnas que soportaban un arco de herradura. Se habían producido varios gritos de mujer a los que, al poco, siguieron murmullos calmados, como si alguien tratara de tranquilizar a quien los había proferido. Cayó en la cuenta de que lo que había oído eran voces alteradas y sin sentido, como las que se proferían en sueños. Así que se trataba de eso… La judía tenía pesadillas, provocadas sin duda por una conciencia cargada de culpa. Pensó con deleite que quizás el rostro de su hijo Ghâlib se le apareciera en sueños. Si era así, no solo iba a purgar con la muerte su delito, sino que habría estado atormentada por él todos aquellos años. Aquel pensamiento le produjo un placer indescriptible. Sin duda, alguna de las doncellas había acudido a calmar a su dueña, porque sus apagados murmullos eran lo único que se oía. Por fin, también estos cesaron, y entonces lo puso en guardia el débil resplandor de un candil. Respiró hondo, sin embargo, al ver que se trataba de una figura de mujer que se perdía entre las sombras en dirección contraria.

Era el momento. Avanzó descalzo por el suelo alfombrado y se asomó a la alcoba que acababa de abandonar la mujer del candil. Una pequeña lamparilla situada junto a la puerta aportaba algo de luz a la estancia, aunque el enorme lecho permanecía en penumbra. No obstante, allí estaba el bulto inconfundible que confirmaba la presencia de la judía, dormida de nuevo tras el sobresalto de la pesadilla. Esta vez sujetó el mango de la daga y la extrajo de su escondrijo. La levantó, se acercó a la cama y, con la imagen de su hijo en la mente, degolló a su víctima de un solo tajo, al tiempo que todo el peso de su mano izquierda se descargaba sobre su boca, impidiéndole emitir sonido alguno. Sintió cómo el líquido caliente y viscoso le empapaba la mano, y adivinó la mancha púrpura que se extendía por el lecho. Se sintió invadido por una especie de éxtasis cuando vio que la asesina de su hijo había dejado de respirar. Y entonces se le ocurrió. Ahuecó la mano izquierda para recoger la sangre de la mujer y se dirigió a la pared cercana. Mojó las yemas de los dedos y empezó a trazar los caracteres árabes con los que iba a dejar escrito su mensaje.

«Allah es grande y no deja un delito sin castigo. Sufre, judío. Ghâlib ha vuelto y esta es su venganza».

Sacudió las manos y las salpicaduras cubrieron las paredes y el suelo. Luego, mientras avanzaba hacia la puerta, sus pies descalzos notaron las gotas de sangre aún calientes sobre el suelo. Salió al pasillo sin cuidado, dispuesto a recorrer sin prisa el

camino de vuelta hacia el *hammam*, pero los gritos horrorizados de la mujer del candil, que regresaba a la alcoba, lo dejaron clavado en el sitio. Por un instante pensó en acabar con ella y con sus voces, pero estas ya habrían advertido a todos los ocupantes de la casa. Decidió que lo más inteligente era huir tan rápido como se lo permitieran sus piernas.

Corrió a través de pasillos y galerías, sin atender a las puertas que se abrían y a los gritos de alarma de los sirvientes. Alcanzó el pasaje de acceso a los baños sin tiempo de oír las voces de alarma que, a través de las ventanas de la casa, se proferían hacia el exterior para advertir a los soldados de la guardia. Vio sus sandalias en el suelo, pero decidió dejarlas allí. Atravesó el *hammam* a grandes zancadas y se lanzó hacia el sótano cuando llegó a las escaleras que llevaban a las calderas. Los pies, sin embargo, se le deslizaron en el borde de los escalones de piedra y cayó sentado de peldaño en peldaño hasta el piso inferior. Tullido por un intenso dolor en la cadera, avanzó cojeando por el estrecho paso en busca de la leñera. Tuvo que subir las escaleras a gatas, apretando los dientes con fuerza, hasta que la brisa fría de la noche lo recibió en el exterior. Se puso en pie y, encorvado para evitar ser visto, trató de salvar la distancia que lo separaba del pabellón. Los muros encalados del edificio le sirvieron de referencia bajo el tenue resplandor de la luna y los bordeó para dirigirse a la barca. Acababa de doblar la esquina cuando un fuerte golpe en la nuca lo derribó.

El juicio se había celebrado ante la puerta del *alqásr* más cercana a la Bab al Sudda, frente al muro occidental de la mezquita aljama. En aquella ocasión, dada la trascendencia del delito y el impacto que había causado en la ciudad, se había designado para impartir justicia al *qādī* mayor de Qurtuba, Mundhir ibn Saíd al Balluti. Se trataba de un hombre de integridad y rectitud tales que había osado enfrentarse una y otra vez al propio califa a causa de las obras de la Madīnat al Zahra, que consideraba un dispendio excesivo e interminable.

Días antes, el pueblo se había echado a la calle para recibir a Hasday ben Shaprut a su regreso de Liyūn, donde había conseguido sentar las bases para firmar un tratado de paz con Urdūn, el rey de los cristianos. El hombre de confianza de Al Nāsir había atravesado la ciudad entera de norte a sur en medio de dos interminables filas de súbditos que, en absoluto silencio, descubiertos y cabizbajos, querían mostrar al tiempo su reconocimiento y su condolencia.

Los hombres del *sahīb al surta* habían arrancado la confesión del reo en las mazmorras del *alqásr*, y el *qādī* se mostró inflexible a la hora de dictar sentencia. La propia Umarit lo había identificado ya en la *almúnya*, aterrada, temblorosa y destrozada por la muerte de Firuze. Había comprendido enseguida cuál era el cuello que aquel bastardo quería cortar, y solo acertó a pedir a los guardias que nadie sacara al asesino de su error.

Los funerales hubieron de celebrarse en ausencia de Hasday y de los hijos mayores de Firuze, a quienes se despachó la terrible noticia de forma inmediata. Menahem se había encargado de todo, también de los preparativos del entierro y, de

alguna forma, había tomado las riendas de la casa junto a Yakob. Karîm y Hayat se habían sumido en un estado de postración que compartían con Umarit, aunque esta había recurrido a sus conocimientos como *tabība* para proporcionarles el alivio del letargo.

Hasta el regreso de Hasday, Umarit había vivido los días más terribles de su reciente existencia. Al dolor por la muerte de su amiga y confidente, con la que había compartido el lecho hasta un minuto antes de su muerte, se sumaba el sentimiento de culpa. Sabía que la víctima debía haber sido ella y se castigaba por haberla dejado sola en aquel preciso instante para acudir a las letrinas para aliviarse. Quién sabía si, de haber estado juntas, habrían podido defenderse de su atacante, como ella se había defendido de Ghâlib. Luego estaban Karîm y Hayat, que le rompían el alma. Con apenas veinte años, veían cómo todo su mundo se venía abajo tras la muerte de sus padres en el espacio de cuatro meses. Y la espera… la espera de Hasday, a quien se vería obligada a confesar lo inconfesable.

En medio de aquel dolor, Umarit había sacado fuerzas para acudir al *alqásr* y entrevistarse con el *sahīb al surta*. Tras recibir confirmación de que el herrero había hablado sin atisbo de arrepentimiento y sin omitir un solo detalle, supo que el episodio con Ghâlib había quedado al descubierto. Ella misma relató los pormenores al jefe de la policía, que le transmitió la necesidad de informar al *qādī* llegado el momento. Temblaba al pensar que el propio Al Nāsir estaba al corriente de todo, pero su único ruego fue que nadie informara a Hasday hasta que ella misma tuviera ocasión de hacerlo.

La noche que regresó fue una noche de lágrimas y confidencias. Umarit había dado orden de que vaciaran la alcoba matrimonial de todo su contenido, que había ardido en una gran pira junto al río. Habían limpiado las paredes y los suelos a fondo, hasta no dejar el menor rastro, todo ello antes de tabicar la puerta de entrada, quizá para siempre. También se había ocupado de sellar los labios de todo aquel que hubiera tenido acceso a la estancia, pues su esposo no debía conocer el mensaje escrito con la sangre de Firuze. Se había habilitado un nuevo dormitorio, y fue allí donde Hasday supo que su esposa había sido forzada por segunda vez, que había dado muerte a aquel bastardo y que había guardado el terrible secreto durante trece largos años. El hombre más poderoso de Qurtuba después del califa lloró lágrimas amargas, consciente de que Dios le había bendecido con todos sus dones, pero ninguno entre ellos como aquella mujer, la más fuerte de la creación, capaz de ocultar su dolor durante media vida para evitárselo a él. No halló mejor manera de demostrar su inmenso agradecimiento que unir sus labios a los de ella, beber sus lágrimas y tomarla como hacía mucho que no la tomaba.

El califa había decidido que se ejecutara la sentencia en su presencia, y él mismo había elegido la manera en que debía llevarse a cabo. La víspera se había trasladado al reo a la Madīnat Al Zahra, donde solo unos cientos de afortunados, funcionarios de la ciudad palatina en su mayor parte, iban a tener ocasión de presenciar el

ajusticiamiento, dado lo reducido del aforo. El lugar era un amplio foso rectangular de paredes elevadas situado en la parte occidental del complejo y con un estrecho graderío construido con losas de granito en la parte superior. En uno de los extremos del recinto, había un montículo levantado con grandes rocas de formas irregulares, con los huecos rellenos de tierra apisonada. A sus pies corría un riachuelo artificial que formaba un pequeño lago de color verdoso en el centro. El agua, que probablemente procedía del sobrante de los jardines del palacio, surgía de una de las paredes del recinto, descendía entre las rocas y se perdía tras una reja en la parte inferior, pasado el lago. Varios árboles de gran porte proporcionaban sombra y un aspecto natural a todo el conjunto, que resultaba agradable a la vista a pesar de tratarse de una obra humana.

Junto a Al Nāsir se encontraban el heredero y algunos de sus hermanos, varios visires, militares de alto grado y otros funcionarios. Hasday, en pie, sujetaba a Umarit por la cintura. Su esposa se había empeñado en asistir, y él no había podido negarse. También Karîm y Hayat se encontraban junto a ella, abrazados y con una expresión amarga en los rostros. El de Umarit, sin embargo, resultaba inexpresivo bajo la primera luz de aquel frío día invernal.

A una señal del califa, los guardias abrieron una verja de hierro que daba acceso al recinto. El reo salió a empujones y cargado de cadenas que los soldados tardaron un buen rato en retirarle de las muñecas, el cuello y los tobillos. Haddād ibn Haddād parecía haber menguado en aquellas semanas. Tenía el aspecto de un anciano achacoso, deslumbrado por la luz del sol tras el largo encierro en las mazmorras, desorientado y quizás ignorante del destino que le aguardaba, algo que no sucedía con los asistentes, que murmuraban excitados ante lo inminente del espectáculo desacostumbrado que iba a ofrecerse ante sus ojos.

A una nueva señal de Al Nāsir, otra verja, esta más pesada y accionada desde la parte superior por un sistema de engranajes, comenzó a alzarse para dejar expedita la salida desde una galería próxima. Bastó el ronroneo de placer que surgió del interior cuando el animal vio la luz para que el herrero fuera consciente del final que le esperaba. Abrió los ojos de forma desmesurada y un miedo atroz se reflejó en su semblante. Entonces Umarit se apartó de Hasday, dio un paso adelante y, saltándose el protocolo, se apoyó en la balaustrada para llamar la atención del reo.

—¡Haddād, mírame!

El hombre alzó la vista y lo que vio hizo que, por un instante, dejara de prestar atención a la fiera que estaba a punto de asomar por la boca de la galería.

—¡Tú! —exclamó sin acabar de creer lo que veía—. ¿Eres tú? ¿O eres solo un *ifrit*, un genio maligno que ha tomado su forma?

—¡Soy yo, Umarit! —gritó de nuevo, con mirada acerada—. He venido a presenciar el castigo que mereces.

—Allah Todopoderoso, ¿por qué me atormentas así? —gimió el platero, dejándose caer de rodillas en la tierra—. ¿No te basta con haberme quitado a mi hijo?

¿Ahora vuelves a la vida a la maldita judía que le arrebató la vida?

El rugido de la fiera al contemplar a su presa ahogó las últimas palabras, pero Umarit todavía tenía algo que decir.

—¡Dios es grande y no deja un delito sin castigo! —gritó con voz firme—. ¡Sufre en la hora de tu muerte! ¡Esta es la venganza de Firuze!

Se oyó el llanto de Hayat, que escondió el rostro entre las manos, recostada sobre el hombro de su hermano. Fue Hasday quien se adelantó entonces, tomó a su esposa por los brazos y la obligó a retirarse varios pasos por detrás de la línea de preferencia que marcaba la posición de Al Nāsir. No era prudente significarse así, no en presencia del califa y de la corte, por mucho que fuera la esposa de su servidor más cercano.

El herrero miró despavorido al enorme león, un macho que se aproximaba de forma amenazante. Tras él asomó un nuevo ejemplar, una hembra esta vez, que se mantuvo detrás del primero. Ambos se encontraban hambrientos, pues, de sus fauces entreabiertas, se descolgaban hilos de babas ante el banquete que les aguardaba. Todo el mundo en Qurtuba había oído hablar de la colección de fieras de Al Nāsir, regalos que enviaban los reyes africanos con sus embajadas a la capital del califato. Se decía que el soberano las utilizaba para atemorizar a sus enemigos, a los sospechosos de infidelidad a su persona o a los nobles díscolos que se atrevían a poner algún reparo a sus designios. Una sola visita a aquel recinto donde las fieras campaban a sus anchas era una insinuación que los aludidos no tardaban en comprender.

Haddād se puso en pie, pero le temblaban las rodillas. Privado de toda dignidad por el pavor, trató de correr hacia uno de los árboles. El soberbio ejemplar de león alzó la testuz y lanzó un rugido ensordecedor, al tiempo que asentaba sus cuartos traseros en la tierra. Fue la hembra la que adoptó una actitud de cazadora y avanzó tras él con la cabeza gacha, casi a ras de suelo, hacia la zona sombreada. Haddād alcanzó el primer árbol y trató de trepar abrazándose al tronco con los brazos y las piernas, lanzando miradas aterradas hacia la leona, que se acercaba con caminar pausado, segura de su éxito. De nada le sirvió la fuerza de sus brazos de herrero en aquel árbol, desprovisto de corteza por las uñas de las fieras. Cuando, sin fuerzas ya, se deslizó con las extremidades ensangrentadas, se dejó caer apoyando la espalda en la madera desgarrada y se cubrió la cabeza con las manos buscando una inútil protección.

—¡Allah Todopoderoso, apiádate de mí! —dijo, sabiendo que aquellas serían sus últimas palabras.

Hasday, extrañamente solo en una de las dependencias de palacio, en la terraza más elevada de la Madīnat al Zahra, aún conservaba fresca la imagen del cuerpo de Haddād ibn Haddād devorado por las fieras. No era habitual presenciar una muerte así, pero sí eran frecuentes las crucifixiones en el Rasif y la imagen de los cadáveres, que colgaban durante meses de los postes para advertencia y escarmiento, había acabado por endurecer sus corazones. Quizá por eso le había producido mayor impacto la visión de Umarit durante la ejecución. Nunca había observado aquella

frialdad en su mirada, aquella dureza en sus facciones ni semejante determinación en su actitud. Supo que la llaga abierta tantos años atrás se había mantenido oculta pero palpitante, y que había sido la daga del herrero la que había terminado por sajar aquel humor purulento. Confiaba en que fuera para siempre, una vez vacío su interior de secretos inconfesables y temores agazapados.

La voz de uno de sus chambelanes lo sacó de su ensimismamiento.

—*Sahīb* —dijo con una reverencia tras asegurarse de haber captado su atención —, han llegado dos hombres que se presentan como los hijos de Hakim ibn Rafiq, vuestro amigo. Dicen traer graves noticias de Al Mariya.

—¡Hazles pasar de inmediato! —exclamó.

Odiaba las esperas cuando algún asunto acaparaba su interés, y la inesperada llegada de Ya'qûb y Husayn lo había hecho. Habría sido de esperar que los dos jóvenes viajaran para acompañar a sus hermanos menores en aquel trance, incluso para tomar decisiones sobre su futuro. Pero no parecía ser el motivo, tanto por el tiempo transcurrido como por la mención a las noticias que portaban. Hasday caminó inquieto ante el ventanal. El frío de los días anteriores había dado paso a un intenso aguacero que se había convertido en temporal. No le gustaba la lluvia, a pesar de que era garantía de cosechas abundantes y del bienestar de su pueblo. Siempre la había asociado a malos presagios, y aquella mañana, mientras contemplaba las cortinas de agua que caían de los tejados sobre la alberca cercana, no era distinto. El último año había resultado aciago, y deseaba que terminara. A los problemas diplomáticos con Otón se había sumado la derrota en Gormaz frente a los infieles. La guerra con los fatimíes había tomado forma en sus propias costas con la destrucción de la nueva Al Mariya y, para colmo, el terremoto había causado graves destrozos, no solo en Qurtuba, sino en toda la cora. En lo personal no había ido mejor: a la muerte de Hakim y Firuze se sumaba el descubrimiento del terrible secreto que su propia esposa le había ocultado durante años.

Cuando oyó los murmullos y los pasos amortiguados en el exterior, esperó delante de la puerta. El olor a humedad de las ropas de los recién llegados le alcanzó en cuanto entraron en la estancia tras el anuncio del chambelán. Cuando los dos hermanos se acercaban para saludarlo, Hasday supo que eran portadores de noticias que le afectaban en lo personal. Sin embargo, sus primeras palabras fueron de condolencia hacia ellos. Unos meses atrás, en Al Mariya, la causa de aquel abrazo había sido la muerte de Hakim. Entonces lo era la de Firuze, su madre, que las circunstancias hacían especialmente dramática. La emoción se reflejaba en los ojos de los tres.

—Hay algo más… —aventuró Hasday—. Lo veo en vuestra actitud y en esas miradas. Se trata de mi padre, ¿no es cierto?

Ya'qûb asintió, cabizbajo.

—Enfermó gravemente hace unas semanas, Hasday. Fue durante una de las tempestuosas reuniones en la alcaicería. La destrucción de Al Mariya Bayāna le había

afectado más de lo que dejaba aparentar, y los médicos dijeron que le había fallado el corazón. Quedó postrado, pero pareció recuperarse. Te íbamos a mandar recado cuando llegó la noticia de la muerte de nuestra madre. Nuestra primera intención fue ponernos en marcha hacia Qurtuba de inmediato, aunque no fuera posible llegar a tiempo para su funeral.

—Pero Ishaq se empeñó en acompañarnos, sin hacer caso a las recomendaciones de su médico —siguió Husayn—. Al final tus colegas, ante su recuperación, cedieron y dieron su autorización para el viaje. Esa fue la causa del retraso.

—¿Está acaso mi padre en Qurtuba? —preguntó Hasday, repentinamente esperanzado.

Los dos hermanos parecían esperar la pregunta y miraban al suelo.

—Sufrió un segundo ataque hace dos días, Hasday —explicó por fin el mayor—, después de dejar atrás Yusāna. Esta vez… su corazón no resistió.

Ya'qûb y Husayn lo miraban fijamente y dieron un paso hacia él tendiéndole los brazos. Hasday, inmóvil, se dejó abrazar, aturdido por las sensaciones que le provocaba la inesperada noticia. La brutal oleada de dolor lo invadió e hizo que todo lo demás perdiera el sentido. Pero era incapaz de llorar, no ante los dos hombres que tenía delante, que acababan de perder a sus padres y, sin embargo, se mantenían enteros. Permanecieron en silencio, con las cabezas juntas en el centro de un círculo de dolor. Fue Hasday quien hizo el primer amago de separarse para formular la pregunta que le ardía en los labios.

—¿Dónde está? —musitó sin apenas voz.

—Está con los tuyos, en la sinagoga de Qurtuba. Envían sus más profundas condolencias y esperan instrucciones para ofrecer a tu padre el funeral más sentido que se haya vivido en la aljama.

En ese momento apareció de nuevo el chambelán.

—Discúlpame, *sahīb*, pero Al Nāsir y su hijo te piden que acudas a su presencia. Ambos desean transmitirte sus condolencias.

Hasday asintió despacio, con los ojos apenas entreabiertos.

—Y yo deseo conocer cuántas jornadas restan de este año fatídico. Haz que se consulte a los astrónomos y dime qué conjunción de planetas está arrojando a nuestras playas, una tras otra, las olas de la desgracia.

33

Año 956

El hábito de arpillera que cubría el cuerpo largo y enjuto del fraile contrastaba con la vestimenta del más humilde de los esclavos con que se había topado en su recorrido por el interior de la ciudad palatina. El alarde desplegado para su recibimiento apenas había despertado su interés, y caminaba cabizbajo, aferrado a un rosario de toscas cuentas de madera que deslizaba entre los dedos a medida que avanzaba en sus oraciones. El calor intenso no parecía hacer mella en él a pesar de las ropas, aunque se había retirado el capuz y las gotas de sudor le perlaban la tonsura, o lo que Hasday había terminado por considerar una calvicie natural.

Seis largos años de intenso trabajo diplomático habían sido necesarios para que aquel hombre, Johannes Gorzensis, como era conocido el abad en su monasterio de Gorze, pusiera los pies en la Madīnat al Zahra. El regreso de Recemundo de Aquisgrán en compañía del fraile y de un nuevo embajador, Dudón de Verdún, parecía haber allanado el camino de forma definitiva. El obispo había informado a Hasday de que Dudón no portaba misiva alguna que pudiera resultar motivo de conflicto, sino una sencilla propuesta de paz entre el Imperio germano y el califato, un esbozo de tratado que sí incluía una reclamación expresa a Al Nāsir para que llamara al orden a las bandas de corsarios que, desde Fraxinetum, seguían hostigando el sur de las tierras de los francos y las aldeas del valle del Ródano.

Hasday, ufano, había trasladado la noticia a Abd al Rahman, quien lo escuchó en silencio. Cuando le propuso fijar la fecha para la recepción a Dudón de Verdún, el califa le había sorprendido con una respuesta inesperada.

—¡Por mi alma que no recibiré a ese tal Dudón! —espetó—. Haz venir ante mí al emisario anterior. ¡Ningún germano ha de ver mi rostro antes que aquel monje que tuvo el valor de resistirse tan largo tiempo a mi autoridad!

Hasday acudió a la antigua morada del religioso, la misma que había ocupado durante su estancia anterior en Qurtuba, renunciando a las comodidades de la sede episcopal y a las de la residencia que la propia cancillería ponía a su disposición. Lo encontró, como siempre, rezando, vestido con su hábito tosco y con los cabellos y la barba mal recortados. Dudó que hubiera lavado el hábito después del largo viaje desde tierras germanas.

—El califa, nuestro señor, desea que seas tú quien le honre con tu presencia, y no tu compatriota Dudón —le anunció.

El fraile alzó la vista hacia él, pero volvió a centrarla en el crucifijo que tenía delante antes de hablar.

—No tengo más señor que Dios Todopoderoso, a quien todo se debe. Pero, si vuestro rey quiere que acuda a visitarlo, es que Él lo quiere, pues esa es la misión que se me ha encomendado.

—Sin embargo… —dudó Hasday—, no puedes presentarte así ante el califa. Yo mismo te proporcionaré una indumentaria adecuada para la corte. O, si lo deseas, puedo ofrecerte unos *darahim* para que adquieras tú mismo la que creas más conveniente.

El monje no apartó la mirada del Cristo crucificado que presidía la sencilla pared de adobe ante la que oraba.

—No desprecio los dones de los reyes ni los de sus ministros —respondió con tono humilde, y se inclinó para rozar aquella tela tosca con la palma de la mano—, pero solo puedo acudir con el hábito de mi orden.

La respuesta le había costado a Hasday un nuevo viaje a la Madīnat al Zahra que hizo al galope y con el corazón en un puño, temeroso de una reacción airada del monarca que echara de nuevo por tierra la misión.

—¡Que venga entonces como quiera! —estalló, sin embargo, Abd al Rahman—. Que vista de saco si lo desea, no por eso habré de recibirlo de peor manera.

Juan de Gorze no pudo evitar un gesto de asombro al aproximarse al Salón Rico. Una vez más, Hasday era el encargado de introducir al visitante ante el soberano. El monje caminaba tras él, con la cabeza gacha, aunque sus ojos no parecían perder detalle del esplendor que lo rodeaba. El recorrido había discurrido, como en otras ocasiones, entre largas filas de soldados ricamente uniformados y, de trecho en trecho, los chambelanes informaban al recién llegado, en un correcto latín, de que se acercaba el momento de acceder a la presencia del comendador de los creyentes. Se abrieron las ciclópeas puertas, la soberbia arquitectura del salón quedó a la vista, y Abd al Rahman se mostró al fin sentado en un diván, entre mullidos almohadones y rodeado por los más altos dignatarios de la corte.

Hasday había mantenido durante aquellos días largas conversaciones con el fraile, tratando de hacerle comprender la idiosincrasia de los andalusíes, las circunstancias que concurrían en aquella ciudad cosmopolita, donde convivían las tres religiones del Libro, un lugar tan diferente a la abadía benedictina de la que procedía. Había deslizado algunos comentarios sobre el estricto protocolo instaurado en la corte de Abd al Rahman, por lo que, como todos los presentes, esperaba que, en calidad de visitante que solicitaba audiencia al califa, se postrara en tierra ante él. Juan de Gorze, sin embargo, permaneció inmóvil frente a su anfitrión. El único atisbo de sumisión estaba en su mirada, clavada en las suntuosas alfombras de seda que pisaba. Hasday, ignorando el detalle, pronunció su nombre e hizo una relación de sus méritos y del encargo que lo había llevado hasta allí, primero en árabe para concluir más tarde en latín. Entonces Abd al Rahman tendió la mano hacia él. Durante un momento no sucedió nada y un silencio tenso se instaló en la enorme estancia, hasta que el carraspeo nervioso de Hasday hizo que el monje se adelantara para besar el sello que le tendía el soberano.

Tras las prolijas presentaciones de los dignatarios que acompañaban a Al Nāsir, se le invitó a tomar asiento en uno de los sillones reservados a los cristianos, en

compañía del obispo Recemundo. Abd al Rahman guardó silencio durante largo rato, escrutando al extraño embajador que le enviaba el rey Otón. Hasday temía que su hartazgo, que la edad solía convertir con frecuencia creciente en imprevisibles accesos de ira, le hiciera tomar aquel camino en presencia de toda la corte. Eso supondría el abrupto final del encuentro, la vuelta al punto de partida y el fracaso de su cometido. Ya le sudaban las palmas de las manos cuando Al Nāsir comenzó a hablar con voz pausada.

—Pocos han osado mantener la firmeza que tú has mostrado ante mis demandas, hasta el punto de poner en peligro la paz entre los dos países más poderosos de Occidente.

Hasday escuchó las palabras del califa sin saber lo que iría a continuación. Aquello podía desembocar en un elogio o en una de sus temibles reprimendas públicas.

—He querido tener frente a mí a un hombre de convicciones tan sólidas que le han empujado a actuar como tú lo has hecho durante estos años.

Hasday tradujo de inmediato sus palabras y se aprestó a hacer lo mismo con la respuesta del monje.

—Es la convicción que proporciona una fe en Dios sin fisuras, mi señor.

—Echaría abajo este palacio si con ello consiguiera que todos mis súbditos mostraran la misma fe en el Todopoderoso, y la misma lealtad a su soberano.

Hasday respiró aliviado cuando terminó de trasladar aquellas palabras al latín. En ese momento supo que una copia del tratado que portaba Juan de Gorze regresaría a Aquisgrán con el sello de Abd al Rahman estampado en el lacre.

Aquel año, terrible tanto para Qurtuba como para Hasday, había llegado a su fin con la llegada del mes de Muharram del 345 de la Hégira. El último mes del año musulmán había coincidido con la Pascua judía, y la jubilosa celebración parecía haber puesto coto al luto que había marcado a la familia desde las muertes de Hakim, Firuze e Ishaq. Poco después había partido la embajada germana, la paz sellada con Ordoño III parecía firme y el califa podía al fin centrar sus preocupaciones en un único escenario, el norte de África, donde los fatimíes proseguían con sus intentos de tomar el control de la ruta del oro. La respuesta omeya tras el ataque a Al Mariya no se había hecho esperar, y la flota se había concentrado allí con nuevas embarcaciones. El ataque por sorpresa a Marsa’l Jaraz había constituido un éxito y las fuentes del coral estaban ya en posesión de Qurtuba.

Hasday, en esta ocasión, había cedido su puesto junto al califa a los generales encargados de fijar la estrategia militar en Ifriqiya y en el Maghrib y, por fin, había podido dedicar algunas jornadas a lo que llenaba su corazón de gozo. Los esponsales entre su primogénito y Elisheva se habían celebrado el último día del mes de Tammuz, finalizado el luto, y la aljama entera fue una fiesta, que rivalizó en brillantez con las más sonadas celebraciones de la corte. La ciudad entera salió a la calle para contemplar el desfile de invitados procedentes de todas las juderías

próximas que llenaron las calles de Qurtuba. La ceremonia tuvo lugar en la *almúnya*, y la *huppah* se instaló en el pabellón cubierto junto al río. Los jardines se engalanaron de forma soberbia: se dispusieron dos centenares de sillas alrededor del palio nupcial, bajo amplios doseles de seda sostenidos por postes bañados en plata llevados desde el *alqásr*. Las flores más bellas de la ciudad, procedentes de los jardines y los viveros de la Madīnat al Zahra, adornaban la finca y la casa, y a estas se sumaron las que muchos cordobeses habían cultivado con esmero para agasajar al *tabīb* y a la *tabība* que tanto habían hecho por ellos. Se colocaron centenares de lámparas y pebeteros para iluminar la noche, y el espectáculo se completó con decenas de barcas provistas de fanales que, desde el atardecer, surcaron el río en torno al embarcadero.

El príncipe Al Hakam puso su finca de recreo a disposición de Hasday para alojar a los numerosos invitados llegados de todos los rincones, y durante semanas se especuló con la presencia del propio califa en la ceremonia. Hasday dejó correr el rumor, a pesar de conocer la imposibilidad de que sucediera tal cosa. En los últimos tiempos, Al Nāsir no se mostraba en público sino en contadas ocasiones, en parte por su delicado estado de salud, en parte por el convencimiento de que la lejanía del pueblo contribuía a divinizar su figura. Sin embargo, el propio príncipe había sido una representación que mostraba a las claras la privilegiada situación de la que gozaba la familia del novio.

El golpe de efecto, ideado por la propia Elisheva sin dar noticia a nadie, ni siquiera a su prometido, había sido la llegada de la novia al lugar de la celebración a bordo de una embarcación con dosel, tan engalanada como el propio pabellón donde tendría lugar la ceremonia. El regocijo y el alborozo causado fueron un buen comienzo para una celebración que resultó perfecta, pues incluso la suave brisa que ascendía por el cauce del río evitó los rigores del calor.

Los mejores músicos de la aljama amenizaron la jornada; los más hábiles poetas, entre los que se encontraban Menahem ben Saruq y Dunash ben Labrat, se retaron en justas que enardecieron a los presentes con sus composiciones amorosas subidas de tono, el buen vino judiego hizo el resto y los ecos de la fiesta se prolongaron hasta el amanecer.

Hasday y Umarit vivieron aquel día con una extraña mezcla de nostalgia, tristeza y extraordinario alborozo. Su propia boda, tantos años atrás, había tenido lugar en la intimidad, en una ciudad que se disponían a abandonar para cumplir la pena de destierro. El matrimonio de su primogénito concitaba en esta ocasión la simpatía y el agradecimiento de su pueblo, y el mismísimo heredero, además de los visires de Al Nāsir, les habían honrado con su presencia.

Hasday, con el pretexto de cambiarse la vestimenta, buscó un momento de recogimiento en el interior de la casa. Subió a sus estancias privadas y clavó las rodillas en el reclinatorio desde el que cada día se dirigía al Supremo y, con la música de la fiesta de fondo, le abrió su corazón. Luego, con las lágrimas a punto de saltársele, le contó a su padre, allá donde estuviera, lo que le dictaban sus

sentimientos. Trató de hacerle llegar el inmenso dolor que le producía no haber podido despedirse de él y la pena que le aquejaba por el hecho de que le hubiera fallado el corazón de forma tan inesperada, impidiéndole disfrutar de aquel día jubiloso en que Yakob, su nieto, se aprestaba a prolongar la descendencia de los Banu Shaprut. Lloraba de pena y de felicidad cuando las manos de Umarit le sobresaltaron al posarse sobre sus hombros. Mientras se secaba las lágrimas con las yemas de los dedos, sintió su aliento en el cuello, notó cómo le retiraba la kipá y el cálido contacto de sus labios en la coronilla. Después tomó su rostro entre las manos y le obligó a volverse hacia ella. Umarit tenía la boca contraída en una mueca de lástima y los ojos tan llorosos como él. No dejó que hablara, sino que unieron sus labios mientras se incorporaban. Después ella le condujo de la mano hasta el lecho.

Las noches eran ya largas, y las ligeras túnicas de seda típicas del verano habían dado paso a la abrigada lana. Aunque, en realidad, las gruesas prendas de invierno no eran necesarias en aquellas dependencias del palacio real de la Madīnat al Zahra, donde los arquitectos habían hecho un trabajo magnífico y reinaba un ambiente caldeado y agradable a cualquier hora del día y de la noche.

Hasday había llegado desde Qurtuba como cada día y se disponía a emprender sus múltiples tareas cuando uno de los eunucos de Al Nāsir se presentó en la amplia estancia orientada al sur para reclamar su presencia ante el califa. No le sorprendió el aviso, pues su salud no era la de antaño. Ninguno de sus padecimientos parecía revestir gravedad, pero las llamadas, a veces a horas intempestivas, se sucedían, y su deterioro era progresivo y evidente incluso para los pocos escogidos que tenían acceso a él a diario. A sus sesenta y cinco años, era ya un anciano y, aunque su mente seguía lúcida, hacía tiempo que descargaba muchas de las responsabilidades de su gobierno sobre las espaldas de Al Hakam. Había confiado en su despierta inteligencia desde que era un niño y lo había preparado a conciencia tanto en las tareas de la administración y la diplomacia como en los asuntos de la milicia. Ya entonces padre e hijo habían salido juntos en campaña durante la revuelta de Ibn Hafsún, y juntos habían hollado las cumbres de Bobastro, donde los rebeldes habían desafiado la autoridad de Qurtuba durante más de diez lustros.

El heredero era un hombre de cuarenta años, experimentado y de amplia cultura, amante de las ciencias y, sobre todo, de los libros, que atesoraba como su posesión más valiosa. Solo un asunto turbaba la tranquilidad del califa acerca de su sucesor: pese a su unión con Radhia, los hijos no habían llegado, y los años pasaban deprisa. Seguía en juego la legitimidad de los omeyas y, aunque podría nombrar sucesor en la persona de uno de sus jóvenes hermanos, era conveniente que la línea sucesoria trascurriera a través del orden de primogenitura, sin desviaciones laterales que pudieran alentar futuras disputas. Meses atrás, Al Nāsir había confiado tales preocupaciones a Hasday, y este intuía que, al hacerlo, la imagen de la cabeza segada de su hijo Abd Allah seguía en la mente del soberano. Como médico de la familia real, Hasday consideraba que aquel asunto ponía a prueba su pericia y su prestigio,

pero no encontraba la manera de dar solución al asunto, que Al Hakam siempre conseguía despachar con evasivas y con el argumento de que aún no era tarde y en cualquier momento podría concebir un hijo.

Cuando el chambelán anunció su presencia, padre e hijo se encontraban de pie ante el amplio ventanal de vidrios pulidos desde el que se contemplaba toda la vega del Ūadi al Kabir. Los dos tenían el rostro congestionado, y Hasday sospechó que el motivo era la enésima discusión acerca de aquel mismo asunto. En cualquier caso, callaron a su llegada y se aprestaron a devolver el saludo a Hasday, aquel hombre que en realidad no ocupaba ningún cargo con nombre propio, pero que lo era todo para el soberano. En la última gran remodelación de la administración califal, Al Nāsir había unificado las tareas de gobierno en cuatro grandes áreas, al frente de las cuales había nombrado a otros tantos visires. Hasday, sin embargo, no estaba entre ellos. Nominalmente seguía siendo jefe de aduanas y secretario de cartas latinas, pero *de facto* era el hombre más cercano al soberano y también a su hijo y heredero.

Al Hakam se dirigió hacia una de las mesas que bordeaban la pared de la estancia y tomó un rollo de pergamino con el sello rasgado.

—Es de uno de los nuestros en la corte de Liyūn. Han surgido novedades inesperadas.

Hasday recordó en un instante su reciente estancia allí, el acuerdo de paz arrancado al rey Urdūn…

—¿Acaso Ordoño tiene intención de romper su pacto?

—Me temo que no tenga oportunidad de romper pacto alguno, Hasday… Ordoño ha muerto de manera imprevista.

—¡Muerto! ¿Una intriga, acaso?

—Según nos informan, la muerte se produjo de forma natural.

—¡Tiene… tenía tan solo treinta años! —exclamó, sin ocultar su asombro—. ¡Era un hombre fuerte y sano, al menos en apariencia!

—Ni los reyes pueden confiar en disfrutar de una vida larga —reflexionó Al Nāsir, al tiempo que lanzaba una mirada cargada de intención a su hijo—. Los gobernantes debemos preparar el futuro para que todo quede en buenas manos cuando el Todopoderoso nos llame a su presencia.

Hasday intentó calmarse para formular por orden las preguntas que se agolpaban en su mente.

—¿Quién ha sido nombrado en su lugar?

—Sancho, su hermanastro, sobrino del rey García de Pamplona, sobrino también de Fernán González de Castilla y nieto de la reina Toda.

Hasday esbozó una sonrisa.

—Así, después de todo, la vieja reina ha visto cumplirse su deseo. —Cabeceó.

—Pero hay algo más… —añadió el heredero—. El nuevo rey no está dispuesto a ratificar el tratado que negociaste con Urdūn, y se dispone a convocar a sus condes y caballeros, a reunir tropas para avanzar hacia el sur.

—En ese caso chocará con nuestros ejércitos, una vez más —concluyó Al Nāsir tras un instante de reflexión—. De nuevo la primavera verá cómo los ríos de tierras de infieles se tiñen con el color de su sangre.

34

Año 958

—Dios, Nuestro Señor, me dará fuerzas, hijo mío.

—Tu astucia siempre te ha dado buenos resultados, madre —respondió con desánimo el rey de Pamplona—, pero ¿qué podemos hacer ante semejante desastre?

La reina Toda contemplaba desde el ventanal a varios sirvientes y escuderos que se afanaban para ayudar a descender a su nieto Sancho del carro que lo había transportado desde León, tras verse destronado por los magnates leoneses y castellanos, encabezados, cómo no, por el intrigante conde Fernán González.

—¿Qué ha hecho ese desdichado con su cuerpo? —exclamó el rey García, sin ocultar una mueca de repulsión. Ni aun habiendo recibido noticias de su exagerada gordura podía imaginar que la situación había alcanzado tal extremo—. Nos habían contado que no podía cabalgar…, pero ni bajar de un carro puede, sin la ayuda de media docena de escuderos.

—¡Y sigue comiendo mientras lo hacen descender! ¿Qué es eso que se lleva ahora a la boca? ¡Válgame Dios! —La vieja reina se santiguó tres veces con rapidez.

—¡Es su propia actitud la que ha dado pie a Fernán González para retirarle el apoyo que antaño le había prestado! No hay duda de que el sobrenombre de Craso es el más apropiado.

—No te engañes, hijo —respondió la anciana—. Si el conde ha retirado el apoyo a Sancho aun siendo su sobrino, es porque se han abierto ante él perspectivas mejores. Su hija Urraca quedó viuda al morir Ordoño III. Apuesto a que están en marcha las negociaciones para casarla con el nuevo rey. No entendería de otra manera su apoyo a Ordoño IV frente a tu sobrino.

—El conde Fernán González parece haber tenido en su suegra una buena maestra. —El rey sonrió—. Los matrimonios que has concertado para tus hijas han extendido la influencia de nuestro reino hasta los confines de León y de Castilla. Él solo está aplicando tus enseñanzas.

—¡Y no se le da mal! Si a su inteligencia y a su enorme ambición se une la falta de escrúpulos que está demostrando en la veleidad de sus pactos, nos hallamos frente a un excelente aliado o un temible enemigo.

—Me temo que en este momento la balanza se ha inclinado hacia la segunda opción. La obesidad de Sancho tan solo ha sido el pretexto para ponerse al frente de la conjura que ha acabado con su reinado.

—La obesidad y la torpeza diplomática de Sancho al acceder al trono —apostilló la vieja reina—. Su negativa a rubricar el pacto entre Ordoño y Qurtuba fue lo que propició la aceifa que arrasó sus tierras el pasado verano. Un rey que no es querido, que rompe la paz con su mayor enemigo sin ser capaz siquiera de montar a caballo y que en el primer año de su reinado solo puede mostrar como bagaje una derrota frente

a los infieles…

La vieja reina se quedó pensativa de nuevo. Su nieto había conseguido bajar del carro y avanzaba ya por el patio, cubierto por la nieve caída durante la noche, rodeado de asistentes que a duras penas conseguían mantenerlo en equilibrio. Una mujer menuda y de gesto triste retenía el paso junto a ellos.

—¡Válgame el cielo! —volvió a exclamar Toda llevándose las manos a la cara enmarcada por la toca—. ¿Cuánto puede pesar? ¡Si es solo un muchacho, no ha cumplido aún los veinticuatro! Míralo junto a su esposa Teresa: toda ella abulta lo mismo que uno de sus brazos.

—No menos de dieciocho arrobas[16]… —estimó el rey.

Las arrugas del rostro de la reina Toda parecían haberse profundizado ante la visión de su nieto y de su esposa, Teresa Ansúrez, reina de León hasta unas semanas antes. En silencio, contempló cómo atravesaban el acceso principal a la fortaleza, para lo que había sido necesario abrir las dos hojas del portón.

—Habrá de habilitarse alguna de las estancias de la planta baja. Resulta impensable hacerle subir y bajar las escaleras en ese estado.

—¿A un paso de la cocina y de las despensas? ¿Crees que es buena idea? —El rey rio.

—¡No te burles de tu sobrino! —repuso Toda, aunque ella misma era incapaz de mantener el semblante circunspecto—. Desde que tuvimos noticia de los sucesos de León, hemos cavilado sobre la manera de reponer a Sancho en el trono, sobre las posibles alianzas que nos quedan…

—Solo su cuñado Fernando Ansúrez, el conde de Monzón, puede sumar sus huestes y sus armas a las nuestras.

—No hará tal cosa. No frente a las fuerzas de León, Castilla, Galicia y las Extremaduras… No es de los que embarca a sus fieles en batallas perdidas.

—En ese caso, solo la resignación nos resta… y dejar que vacíe nuestra despensa.

—No necesariamente, mi buen García… —repuso la reina mientras ofrecía el brazo a su hijo—. Ayúdame a descender estas escalinatas, hemos de acudir al encuentro de los recién llegados.

El rey obedeció a su madre, como había hecho en casi todo durante sus cuarenta años de vida, incluso después de que concluyera la regencia, tras ser declarado mayor de edad. La miró de soslayo, y el brillo de sus ojos le anunció que vislumbraba una salida.

—¡Habla, madre! —García se detuvo en el primer rellano y se volvió hacia ella —. ¡Te gusta tenerme en ascuas!

—¿Qué necesitamos en este momento, hijo mío? Hombres y armas, una gran fuerza militar que nos ayude a reponer a Sancho en el trono de León. Pero de nada nos serviría si el rey sigue sin poder encabezar a sus condes y a sus magnates en la guerra. Sancho también necesita una cura para su mal. Y ambas cosas, el ejército más numeroso y los médicos más afamados, se encuentran en un solo lugar…

—¡Madre! ¿Acaso te refieres a Qurtuba?

—Me refiero a la corte de mi sobrino Abderramán.

—¿El mismo que arrasó esta ciudad hace treinta y cinco años, sin dejar piedra sobre piedra? —gritó el rey.

—El mismo con el que me entrevisté en su campamento de Calahorra hace veinticinco, evitando así un nuevo descalabro que más tarde afectó tan solo a las tierras de Castilla y de León.

—¿El mismo al que derrotamos y humillamos en Simancas cinco años después? —objetó él.

—El mismo con el que pactamos la paz hace tres años tan solo. —El brillo en los ojos de Toda no desaparecía, sino que iba a más, al tiempo que las arrugas de su rostro se acentuaban con una incipiente sonrisa—. Mi sobrino Al Nāsir, como bien sabes, está embarcado en una guerra con los infieles del otro lado del mar. Nuestra propuesta será ofrecerle dos tronos, el de León y el de Pamplona, dispuestos a permitirle que dedique sus esfuerzos a defender la Península de la amenaza de los fatimíes, infieles *shiíes* mucho más radicales que quien se sienta ahora en el trono de Qurtuba…

—Que, además, es nuestro pariente, sí… —se adelantó el rey—. ¿Y crees que en el estado de necesidad de Abderramán por la guerra de África, va a detraer una parte de su ejército para reponer en el trono a un rey al que acaba de derrotar y que no goza del aprecio de sus magnates?

—Toda mi vida he sido partidaria de hacer de la necesidad virtud, y a nuestro reino no le ha ido mal, a pesar de los reveses sufridos en el camino. Un pequeño reino perdido entre montañas que ha sabido influir de manera decisiva en la política del resto de los reinos cristianos de la Península… Para eso me bendijo Dios con seis hijas a las que casar antes de darme un heredero.

—¿Y cómo piensa la reina madre que debe actuar el rey de Pamplona?

—El rey de Pamplona debe enviar mensajeros a Qurtuba de manera inmediata, en cuanto lo permita este maldito temporal de nieve… Pero antes tiene que acudir al atrio para recibir a su sobrino, el rey de León, con honores y la excelente noticia de que quizá su derrocamiento sea solo temporal, con la ayuda de Dios.

El alma de Hasday se sobrecogía ante las elevadas cumbres que se alzaban en lontananza, en una suave gradación de tonos verdosos que se volvían azules con la distancia, hasta terminar en los picos cubiertos de nieve de las más altas y lejanas. A su mente regresaba el día en que por vez primera había alzado la mirada hacia las cumbres nevadas del Yabal Sulayr, cerca de la Madīnat Ilbīra. Ahora, sin embargo, se hallaba en el extremo opuesto de la Península, con la capital del reino de Pamplona ya a la vista. Como le habían contado, se alzaba sobre un promontorio amurallado protegido por los escarpes que el Ūadi Arwad había excavado a su alrededor.

El viaje había resultado más dificultoso de lo habitual, pues la primavera no acababa de llegar. Atravesar las tierras altas de la meseta había resultado duro, la

nieve helada le había agrietado el rostro, pero fue en las cercanías de la Madīnat Tutīla donde el frío, empujado por el viento que descendía por el cauce del Ūadi Ibrū, había conseguido atravesar las gruesas pellizas de invierno. Solo las prolongadas pausas en las juderías de Tulaytula, Tarasūna, Tutīla y Qalahūrra habían hecho el camino más llevadero y, una vez más, habían permitido tomar el pulso a la vida en las aljamas. Hasday se había llevado consigo las reclamaciones que sus correligionarios le planteaban como *nasí* de los judíos, de quien todos habían oído hablar y de quien todos parecían pensar que habría de dar solución inmediata a cuantas cuestiones les inquietaban. El contacto con las comunidades hebreas había resultado gratificante en extremo, pero lo que entonces ocupaba su mente era la misión que Al Nāsir le había confiado como diplomático pero, sobre todo, como médico.

Se había enviado una avanzadilla para anunciar su llegada, y las puertas de la muralla se hallaban abiertas cuando su sombra les privó de los tibios rayos del sol que habían calentado sus espaldas. Hasday se sorprendió al atravesar los sólidos muros después de que los oficiales de la guardia les franquearan el paso: se encontraron ante una ciudad nueva, salpicada aquí y allá por sólidos edificios de piedra aún ocultos por andamios, cabrias y poleas. Recordó la destrucción que había sufrido en una de las expediciones que el entonces emir había llevado a cabo contra aquel reino, y cuyas cicatrices no terminaban de borrarse. La fortaleza que servía de sede al gobierno del reino sí se alzaba ya, esbelta y orgullosa, en la parte más elevada de la ciudad, sobre el río que discurría caudaloso a sus pies.

Hasday y su comitiva avanzaron en sus cabalgaduras por las calles cubiertas de polvo, cabeceando a modo de saludo a los vecinos que se arremolinaban a su paso. Desde que atravesaran el Ūadi Ibrū en la Madīnat Tutīla, las señas del modo de vida andalusí se habían ido difuminando hasta desaparecer en la tierra de nadie que se extendía entre ambos reinos. La llamada del muecín desde los alminares de las mezquitas se había convertido en un alegre tañido de campanas que parecía darles la bienvenida, y la curiosidad por contemplar el paso de una embajada califal, que habían constatado a lo largo del camino, se convertía en Pamplona en miradas de auténtico asombro ante las llamativas indumentarias que desfilaban.

Dejaron las monturas en manos de los mozos al penetrar en el gran patio de armas de la fortaleza y los miembros de la delegación se dispusieron detrás de Hasday para dirigirse al grupo que los esperaba en lo alto de una pequeña escalinata. Lo primero que atrajo la vista del médico fueron dos mitras. Entre ambas, un hombre fornido y barbado vestía un manto de piel de nutria que lo protegía del frío y le proporcionaba, junto a la corona que ceñía su frente, el aspecto regio que debía caracterizar a un monarca. Junto a él llamaba la atención la presencia de una mujer enjuta, aunque su porte, su actitud y su atuendo no dejaban lugar a dudas de que se trataba de una persona principal. Hasday clavó la mirada en ella. Estaba ante una anciana, pero la vieja reina Toda transmitía aún una autoridad y una prestancia que en pocas mujeres había hallado a primera vista.

Con la seguridad y la desenvoltura que le proporcionaba la experiencia en situaciones similares, Hasday se dirigió al grupo y, rodilla en tierra, dio pie a los saludos y las presentaciones. Tras el rey y la reina madre, hizo amago de besar los anillos episcopales del titular de la diócesis de Pamplona y del abad del monasterio de San Salvador de Leyre. Después recitó los nombres de sus acompañantes. El obispo metropolitano de Qurtuba se encontraba a su derecha y fue él quien entonces dejó que los reyes de Pamplona le tomaran la mano para besar su sello. A continuación le llegó el turno al único musulmán del cortejo, un funcionario joven y brillante de la cancillería.

—En nombre del rey García, mi hijo, os doy la bienvenida a Pamplona. Vuestra presencia nos honra, y deseamos que la estancia en nuestra humilde corte os resulte grata.

Los recién llegados se miraron con asombro. Los tres conocían el latín, pero la reina de Pamplona acababa de pronunciar su bienvenida en árabe. Fue Hasday quien improvisó la respuesta en la misma lengua.

—Es Al Nāsir, califa de Qurtuba, quien os hace llegar con nuestra mediación sus respetos y se muestra honrado de poder atender a vuestra llamada —dijo sin poder ocultar aún su extrañeza.

—Veo por vuestra expresión que os sorprende mi rudimentario conocimiento de vuestra lengua —explicó con una sonrisa satisfecha—, pero no debéis olvidar que Onneca, mi madre, pasó veinte años junto al emir Abd Allah, el abuelo de vuestro señor. Las noches de invierno en esta tierra son largas y frías, y es bueno aprovechar los ratos al calor de la lumbre para adquirir nuevos conocimientos que un día puedan sernos útiles. Me place, además, ampliar mi escaso conocimiento platicando con el abad de Leyre —lo señaló con un gesto—, quien comparte también la admiración por vuestro idioma y, sobre todo, por los libros procedentes de vuestras bibliotecas.

—Me consta que es así —respondió Hasday—. Y me complace de forma especial conocer al hombre con quien hemos tenido el gusto de intercambiar largas epístolas y copias de nuestros mejores ejemplares.

El rey carraspeó.

—Nuestros invitados, madre, estarán ansiosos por conocer al hombre que los ha traído hasta aquí —interrumpió con toda la diplomacia que era capaz de desplegar. Dio un paso atrás y señaló al interior—. Sed bienvenidos a nuestra morada.

Hasday no dejaba de observar al muchacho que, hasta unos meses antes, había sido rey de León. Su extrañeza había sido grande al comprobar que no había acudido a recibirles, pero comprendió el motivo al verlo en el interior, sentado en una sólida plataforma de madera circular cubierta de almohadones. La grasa y la piel se desparramaban a su alrededor, la barba le caía hasta la altura de las axilas cubriendo la papada, y el pecho se le desplomaba para unirse a los pliegues de la panza. Ni las amplias telas de su vestimenta podían velar un aspecto que resultaba grotesco. El brillo de la grasa en los labios, los movimientos de la lengua, que aún hurgaba entre

los dientes en busca de los últimos restos, y las manchas en la ropa revelaban que había estado comiendo hasta un instante antes. Se encontraba en una sala cuyo espacio había sido hurtado al enorme refectorio mediante el uso de sólidos paneles de madera, y al fondo se abría una alcoba cerrada tan solo por un pesado cortinaje, que parecía haber sido antes una despensa.

—Excusad la ausencia de mi esposa Teresa —dijo el rey depuesto—. Desde nuestra llegada a Pamplona, no se encuentra bien y descansa en sus aposentos.

—No nos resulta extraño —contestó el joven diplomático—. Nuestras mujeres permanecen siempre ocultas a la vista de los visitantes. Muy pocos en Qurtuba conocen el rostro de las esposas del califa…

La reina Toda asintió con una sonrisa evocadora. Sin duda recordaba las historias que la propia Onneca le contara acerca del *harém* del emir Abd Allah. Ella misma había sido durante años la *umm uallad*, madre del heredero al trono de Qurtuba, hasta que fuera repudiada cuando su hijo Muhammad contaba dieciséis años. Fue entonces cuando abandonó la corte omeya para regresar a Pamplona en compañía de su padre, el rey Fortún, con quien había compartido veinte años de dorado cautiverio. Toda era fruto de su segundo matrimonio, con Aznar Sánchez, de forma que Abd al Rahman, el califa de Qurtuba, era hijo de su malogrado hermanastro Muhammad… y nieto de su madre, Onneca.

—Y bien… —apremió el rey García—. Estás aquí como médico. ¿Cuál es tu opinión acerca del estado de mi sobrino? ¿Es posible curarle de su mal?

Hasday pareció reflexionar antes de responder.

—Es pronto para decirlo, antes debo mantener una conversación privada con vos. —Se dirigió a Sancho, cuya presencia parecía ignorar el rey—. Todo depende del origen del mal: un apetito desaforado producto de… la gula, o una alteración de los humores.

—Si lo ves comer, se disiparán tus dudas —espetó el rey, sin ocultar un gesto de desprecio.

—Aun en el caso de que la causa de su estado sea un apetito desmedido, este puede tener su origen en una alteración de su *physis*. Es algo que tendremos que determinar. En cualquier caso, podremos reducir su peso, aun a costa de un enorme sacrificio.

—Hágase entonces —ordenó el rey.

—No resultará tan sencillo, mi señor —repuso Hasday—. Sin el concurso de la firme voluntad de Sancho, será una empresa abocada al fracaso. Debe ser él quien decida si está dispuesto a afrontar el enorme esfuerzo que le acarreará reducir su peso de manera tan drástica.

—¡Lo está! —espetó el rey de forma tajante.

—Con todos los respetos, mi señor, me gustaría oírlo de boca… del rey de León —insistió Hasday con evidente intención.

—¿Qué tendré que hacer? —preguntó Sancho con un hilo de voz—. ¿Y qué

conseguiré a cambio?

—En ambas preguntas está resumido el contenido de mi misión aquí. Al Nāsir me envía en respuesta a vuestra demanda, con un exceso de fe en mis capacidades, pero no llego a Pamplona sin determinadas condiciones que exponer.

—Habla, pues.

Hasday asintió.

—Como médico, puedo comprometerme a reducir vuestro peso —de nuevo se dirigió a Sancho—, digamos que… a la mitad, de manera que podáis caminar sin dificultad una parasanga o montar a caballo sin ayuda. Os someteréis a una estricta dieta que no os podréis saltar, y deberéis darme autorización para adoptar todas las medidas que crea necesarias. Y deberéis hacerlo por escrito, con vuestra firma al pie del documento.

—¿Estás dispuesto, Sancho? —preguntó el rey.

El joven, con el rostro grave, tardó en responder.

—Mi objetivo no es montar a caballo ni dar paseos a la orilla del río. Mi deseo es recuperar el trono de León.

—Como embajador de Al Nāsir, he sido autorizado para ofrecer este compromiso: si vuestro estado os permite conducir a las tropas a la batalla, el califa os ofrecerá el apoyo de su ejército para expulsar de León al rey Ordoño IV y reponeros en el trono. También os ayudará a combatir a Fernán González, vuestro pariente, que ha casado a su hija con el usurpador. A cambio, solo os exigirá la entrega de una serie de fortalezas en la frontera, con el único objeto de recuperar las posiciones existentes antes de la batalla de Simancas.

Hasday observó el efecto que sus palabras tenían en el rostro sombrío de Sancho. Valoraba la pérdida de posesiones, pero el brillo de sus ojos le indicaba que la posibilidad de recuperar el trono iba a tener mayor peso en su decisión.

—En ese caso, estoy dispuesto a pasar por el trance —aseguró con resignación.

—Entonces, hágase —ordenó el rey García—. Empezad hoy mismo.

—Hay algo más… —Hasday alzó la mano derecha—. Al Nāsir desea que el tratamiento tenga lugar en Qurtuba, donde, por otra parte, yo dispondré de los recursos necesarios para asegurar vuestra curación. E invita a su tía, la reina Toda, a que le honre con su presencia en la nueva ciudad palatina, la Madīnat al Zahra, para agasajarla con su hospitalidad y recuperar una relación familiar que, considera, nunca debió interrumpirse.

El rey García y su madre parecían atónitos. Ambos comprendían a la perfección que, envuelto en el lenguaje de la diplomacia, Al Nāsir exigía que la reina Toda acudiera a Qurtuba para humillarse ante el califa, si quería que este atendiera a sus ruegos.

—Tal exigencia está fuera de lugar —respondió el rey tratando de mantener la calma—. Mi madre tiene setenta y cinco años y, a pesar de su aparente fortaleza, no soportaría un viaje tan largo.

Hasday abrió las manos y alzó las cejas, apesadumbrado.

—En ese caso, regresaré a Qurtuba con vuestra respuesta, en busca de nuevas instrucciones de nuestro señor —contestó con aparente indiferencia.

El rey García parecía hervir de cólera.

—¡No harás tal cosa! ¡Esto es un ultraje! No permitiré que mi madre se humille ante el hombre que destruyó esta ciudad y que ahora, falsamente, alega razones de parentesco que entonces ignoró.

La reina sujetó a su hijo por el brazo.

—Ha transcurrido una vida desde aquello, hijo mío. El enviado de Al Nāsir tendrá tus palabras por no oídas. —Rogó a Hasday con la mirada—. Siempre ha sido mi deseo conocer antes de morir la ciudad que mi madre habitó durante veinte años y en la que, me consta, fue inmensamente feliz mientras se le permitió permanecer junto a su hijo. Haremos ese viaje contigo, embajador.

Hasday inspiró hondo y entrecerró los ojos al tiempo que asentía. Después volvió a hablar.

—Será un viaje reposado y tranquilo, mi señora, pues deseo que el rey Sancho lo haga a pie.

Los preparativos del viaje habían sido costosos. Lo primero, un empeño de Hasday, era la báscula que permitiera comprobar los avances en el tratamiento de la obesidad mórbida del rey. Resultó difícil encontrar un instrumento capaz de pesar aquellas dieciocho arrobas de grasa, y mucho más transportarlo a lo largo del camino a Qurtuba, así que el médico había ideado un balancín desmontable con dos ganchos en los extremos, equidistantes del centro. De uno colgaba un enorme asiento de madera sostenido por cadenas de hierro. Del otro, cadenas solas, cuyo peso era idéntico al del columpio. Sancho se sentó en él, y varios sirvientes comenzaron a colgar en el lado opuesto sacos de arpillera rellenos con cantos rodados. Parecía que la madera del artilugio se iba a quebrar cuando el rey comenzó a alzarse. Añadieron algún pedrusco más hasta que el balancín permaneció en equilibrio. Entonces sí, uno por uno, se pudieron pesar todos los sacos en una ligera báscula portátil que podría viajar con ellos. La suma arrojó un resultado asombroso: diecisiete arrobas y media.

Durante los primeros días, el trayecto se hizo penoso. La mayor parte de la comitiva viajaba a caballo, excepto la reina, que lo hacía a ratos sobre una mula, a ratos en un estrecho carro de ballesta que conseguía amortiguar solo en parte el traqueteo del camino. La reina Teresa, poco más que una niña a sus diecisiete años, la imitaba en todo. La indisposición que había alegado el día de la llegada de Hasday no era tal, como el médico había sospechado pronto, sino una melancolía difícil de superar. Si había conseguido sobrellevar el trance de la separación de su familia y sus hermanas para casarse con aquel hombre deforme, había sido gracias a las atenciones de que era objeto en la corte de León. Pero, destronado su esposo y en el exilio, los episodios de llanto se sucedían y las noches eran testigo de sus pesadillas y sus lamentos clamando por la protección de su madre. Se había refugiado en el auxilio

espiritual que le proporcionaba el obispo, quien, por deseo de la reina, se había sumado a la comitiva para acompañar en el trayecto al metropolitano de Qurtuba.

La primera legua, que a su llegada a Pamplona habían recorrido en menos de una hora, les llevó toda la mañana. El sol no había asomado aún sobre las peñas que se erguían a oriente cuando las piernas de Sancho ya se negaban a soportar su peso por más tiempo. Alegaba debilidad por la falta de alimento sólido que le llenara el estómago y le proporcionara fuerzas, pues Hasday había comenzado a administrarle la estricta dieta que había preparado para el camino. En verdad no contenía alimentos sólidos, salvo un par de mendrugos de pan, que el rey debía roer con lentitud. El resto eran cocimientos de verduras, bardana, diente de león y cola de caballo. El dulzor lo aportaba con miel de enebro y arrope de saúco, y compensaba el sudor profuso con agua de sal. Su intención era ajustar las cantidades de acuerdo con la capacidad de aguante que mostrara el enfermo y la presencia o no de signos de auténtica debilidad que le impidiera continuar el camino. La administración frecuente de los cocimientos debería amortiguar la sensación de hambre sin permitirle engordar una libra más.

Cinco largos días tardaron en contemplar las alamedas que bordeaban el cauce del Ūadi Ibrū. El rey Sancho atravesó el imponente puente de madera que conducía a la Madīnat Tutīla agarrado al balaustre, sintiendo que el temblor de sus piernas se sumaba al de la corriente, que, impetuosa, discurría bajo sus pies. El gobernador *tuchibí* de la ciudad había insistido en alojar en la *alqasába* a sus ilustres visitantes, quizá con la única intención de congraciarse con el califa, aunque entre los recién llegados se encontrara la reina Toda, su vecina del norte, con cuyas tropas se había enfrentado antaño en el campo de batalla. Pero Sancho, antes ya de atravesar la Bab al Qántara, había advertido que la fortaleza estaba situada en lo alto de un cerro. Se plantó ante la puerta de la pequeña iglesia mozárabe que se alzaba en el lugar y afirmó que nada ni nadie le obligarían a dar un paso más, y mucho menos a escalar la ladera de aquel monte. Aquella noche, el depuesto rey de León durmió en sagrado, en la tienda que lo albergaba cada noche, plantada esta vez en el atrio del templo. La expectación fue grande cuando, descargada la báscula y preparado el balancín, se dispusieron a estimar por vez primera la eficacia del remedio que llevaba sufriendo cinco días. Un oficial de la guardia dictaba el peso de los sacos al escribiente, que al fin anunció con voz potente el resultado de la suma: ¡diecisiete arrobas, pasadas!

Hasday sonrió para sus adentros, pero no se permitió lanzar las campanas al vuelo. Sabía por su experiencia que en las primeras jornadas de una dieta estricta la pérdida de peso era mayor, sobre todo si, como era el caso, se combinaba con un esfuerzo continuado y casi agotador para el enfermo. Después costaría más continuar con aquel ritmo de adelgazamiento. Por otra parte, Sancho comenzaba a dar muestras de debilidad y hartazgo. En Tutīla, bajo techo pero también al alcance de los aromas procedentes de los hornos y las cocinas cercanos, maldecía al médico cada vez que este se hallaba en su presencia y le exigía del peor modo que le permitiera comer al menos una buena espalda de venado o un par de capones, aunque hubieran de asarlos

sin manteca. Hasday, ante sus ruegos, respondió enviando a uno de los criados con un nuevo cuenco de verduras que Sancho, en su desesperación, arrojó al suelo.

Partieron tras la jornada de descanso en dirección a Tarasūna, adonde consiguieron llegar entrada la noche, no sin tener que recurrir a la promesa de una ración extra de carne de ave hervida. En la distante Madīnat Selim se repitió la escena de la Madīnat Tutīla, y Sancho se negó a escalar a lo alto del risco sobre el que se alzaban el caserío y la fortaleza. Quince arrobas y media de cantos del río fueron necesarias esta vez para alzar al rey en su asiento. Trece arrobas y tres cuartos pesó en Tulaytula, cuyas calles pisó Sancho con veneración, sabiendo como sabía que aquella era la vieja capital de los visigodos, en los olvidados tiempos en que la Península entera era cristiana.

Después llegaron las lluvias, ya entrada la primavera en las tierras de Al Ándalus, que hicieron aún más penoso el avance por los interminables páramos en dirección a Qâlat Rabah. Regresaron el sol y el calor una vez atravesado el angosto desfiladero de acceso al valle del Ūadi al Kabir, pero algo había empezado a cambiar en el ánimo de Sancho. A pesar de las decenas de desvanecimientos y de las crisis en momentos de desesperación, seis semanas de camino le habían fortalecido las piernas; haber dejado atrás cuatro arrobas de grasa le evitaba tener que cargarlas sobre sus maltrechos huesos y le permitía respirar con menos esfuerzo. Sin embargo, la sensación continua de hambre seguía siendo una tortura para un joven acostumbrado a yantar sin medida, y sus ojos se inyectaban en sangre cuando Hasday se ponía a su alcance. Rogaba piedad a su esposa y a su abuela, les pedía que intercedieran por él, y suplicaba por un bocado a quienes se acercaban.

Tras dos largos meses de camino, el nuevo alminar de la mezquita aljama levantado por Al Nāsir se perfiló ante sus ojos. Aquel mediodía, el rey Sancho contempló las murallas de Qurtuba desde un alto, con dos muslos de faisán en las manos: había sido la intención de Hasday que el rey asociara la primera visión de la *madīna* con el placer más indescriptible. Sabía que aquella impresión perduraría en su memoria, y confiaba en poder hacer uso de ella en el futuro.

Los soldados de la guardia que se habían adelantado para dar aviso de su llegada regresaron con la noticia de que todo estaba dispuesto para acoger a los ilustres visitantes. Se alojarían en el palacio de verano de Al Hakam, junto al río y cerca de la residencia del médico, quien así podría atender cómodamente a Sancho. Durante el camino, Hasday había intercambiado algunos mensajes con el heredero, quien se había mostrado de acuerdo en la conveniencia de que la comitiva no fuera recibida por Al Nāsir mientras el rey de León no hubiera logrado el objetivo que lo había llevado a Qurtuba. La prisa por recuperar el trono actuaría como acicate para alcanzar una meta que aún no se encontraba a su alcance. Lo que nadie había podido prever era la curiosidad de los cordobeses, que se lanzaron a las calles para recibir al extraño cortejo compuesto por reyes, obispos y la anciana madre del rey de Pamplona, aquel lugar lejano que la imaginación del pueblo solo acertaba a ubicar cerca del país de los

francos, en una tierra extrañamente lluviosa y escarpada, cuajada de quebradas y desfiladeros propicios para las celadas. La sinagoga y la aljama al completo salieron a recibir a Hasday, pues consideraban como propio aquel nuevo triunfo de su correligionario, quien conseguía llevar hasta Qurtuba a dos reyes cristianos que en pocas fechas se postrarían ante el califa.

El equilibrio de la vida en la capital permitió a Hasday establecer una rutina diaria que favoreciera el tratamiento de su ilustre paciente. Añadió a las siete ingestas de cocimientos una porción diaria de la Theriaca de Al Faruq, de cuyas propiedades casi milagrosas había oído hablar el rey Sancho. El opio que contenía contribuyó sin duda a aliviar los agudos dolores de rodillas y caderas que sufría el joven rey, y aquello consiguió levantarle el ánimo, de modo que no resultó especialmente penoso obligarle a caminar al menos dos leguas cada día.

Se le despertaba al amanecer y, tras la primera colación, emprendía el camino que separaba la ciudad de Madīnat al Zahra, algo más de una legua. Se detenían en dos ocasiones para reponer fuerzas y le ofrecían el almuerzo en una *haymah* instalada frente a la entrada principal de la ciudad palatina, cuyos espléndidos edificios vislumbraba desde la distancia. Solo atravesaría los muros de aquella soberbia construcción, solo podría contemplar de cerca el brillo dorado de sus tejados, cuando llegara el fin de su tortura. Regresaba a Qurtuba después del mediodía, efectuando las mismas paradas en las que le eran ofrecidas nuevas viandas y más líquidos salados con los que reponer las pérdidas de sudor.

Al final de la jornada le aguardaba el momento más placentero del día, la sesión del *hammam*, en la que conseguía relajarse, se refrescaba y podía por fin descansar tras el esfuerzo impuesto por aquel judío odioso. No eran aquellos los únicos beneficios que Hasday buscaba con el baño, pues se enfrentaba con un nuevo problema que no por previsible era menor. La piel de Sancho, antes distendida por la grasa, colgaba en pliegues flácidos, lo que le otorgaba un aspecto monstruoso. Se hacía necesario iniciar un trabajo de masaje progresivo e intenso que consiguiera tensarla, mediante la inflamación si era preciso. Mientras el rey dejaba reposar sus carnes blancas sobre la tibia plataforma de mármol, Hasday llamó la atención de los sirvientes que lo atendían y los reunió en una estancia pequeña y apartada.

—Empleaos a fondo con esos guantes de crin —les pidió con expresión jocosa—. No tendréis otra ocasión de despellejar vivo a un rey cristiano.

Siete semanas después de la llegada a Qurtuba, el descanso de Hasday junto a Umarit se vio interrumpido por la llamada de los sirvientes. Había llegado aviso del cercano palacio de Al Hakam tras un altercado con Sancho en mitad de la noche. Se vistió con prisa y se hizo acompañar por los guardias. Llegó a la residencia del príncipe heredero y se encontró a su huésped sentado a la mesa, comiendo sin medida después de haber asaltado la despensa. La reina Toda y la joven esposa de Sancho lo contemplaban envueltas en chales, con expresión de disgusto e impotencia. El rey no reparaba en ninguna presencia, se limitaba a devorar cuanto alcanzaban sus manos

regordetas con expresión trastornada.

Hasday hizo una seña para que nadie le interrumpiera. Durante largo rato, lo observaron en silencio mientras terminaba de llenar su panza con carnes, salazones, pan y fiambres, trasegando vino sin medida. La dieta y el ejercicio habían terminado con su inmovilidad y le habían devuelto la fuerza, lo que en aquel momento se presentaba como un nuevo inconveniente. Por fin, dejó caer los brazos a los costados y alzó la cabeza despacio, masticando aún. Entonces Hasday se colocó delante de él, y Sancho lo miró inexpresivo.

—¡Ya está! —se limitó a decir al tiempo que lanzaba un sonoro eructo.

—¿Ya está?

—Esto ha terminado. Ya has conseguido lo que querías, maldito judío.

—No era mi deseo dedicar mi valioso tiempo a devolveros la agilidad y la figura de un hombre. Fue vuestro ruego —dirigió entonces la mirada a la reina— el que me decidió a dirigir el tratamiento, y vos firmasteis un compromiso… que acabáis de romper. Si ese es vuestro deseo, aquí termina mi cometido. Podéis volver a vuestra tierra, ya nadie os retiene.

—Ya he cumplido mi parte. Diez arrobas es un peso aceptable —objetó, conteniendo una arcada.

—¿Os sentís capaz de encabezar con vuestros condes la cabalgada de sus mesnadas en el campo de batalla?

Sancho agachó la cabeza, luego apoyó la frente en el brazo izquierdo y vomitó en el suelo de forma violenta. Un olor agrio se extendió por toda la cocina. Alzó la cabeza, limpiándose la boca con el antebrazo.

—¡Responde a Hasday, mentecato!

El rey miró a su abuela con expresión lastimera.

—¡No! —exclamó—. ¡Maldita sea! ¡No! Pero no ofendas con tus palabras al rey de León.

—No eres rey de ningún sitio. Anoche aún tenía la esperanza de que algún día volvieras a serlo, pero este despertar la ha desvanecido. Tu futuro, sin embargo, sigue en tus manos —dijo la anciana reina sin ocultar su amargura—. Puedes continuar bajo los cuidados de este hombre que la Providencia nos ha enviado o podemos regresar a Pamplona para que rumies tu desgracia durante el resto de tus días.

—¿Cuánto más? —gimió.

—Dos, tres semanas. Un mes a lo sumo —respondió Hasday—. Tenía previsto empezar a montar a caballo estos días, para que recuperéis la habilidad que sin duda habéis perdido.

Sancho asintió despacio, con la tristeza en el semblante.

—Pero debo advertiros de dos cosas. —El tono de Hasday era categórico—. Cuando alcancéis el peso que nos marcamos como objetivo, nueve arrobas, deberéis hacer lo necesario para mantenerlo. Vuestra meta es recuperar por las armas el trono de León, y una expedición tal, con el apoyo del ejército de Qurtuba, solo podrá

ponerse en marcha la próxima primavera. Hasta entonces deberéis perseverar en vuestro compromiso, de regreso a Pamplona y sin mi presencia.

—Asumo que así debe ser —contestó, y la vergüenza asomaba a su voz.

—Una última advertencia —continuó Hasday—: en caso de que se repita un episodio como este, me veré obligado a sedaros para coser vuestros labios, de modo que solo podáis ingerir alimento sorbiéndolo a través de una caña hueca.

El día elegido para la solemne recepción en la Madīnat al Zahra, el calor era intenso, por lo que se había decidido que se celebrara al caer la tarde, con la orden expresa de Al Nāsir de poner en marcha todos los resortes hasta entonces ensayados para inflamar de asombro el corazón de sus visitantes. Concedía la mayor importancia a aquella oportunidad, pues un rey en deuda con Qurtuba en el trono de León era más de lo que podría haber soñado antes de recibir la petición remitida desde Pamplona. Al atardecer, el camino entre la *madīna* y la ciudad palatina aparecía iluminado con las cinco mil antorchas que se habían fabricado para la ocasión, portadas por otros tantos soldados ataviados con sus uniformes de gala. A estas habrían se sumarse los miles de lámparas de aceite que harían de la noche día en los jardines que rodeaban el salón de recepciones. El celebrado estanque de mercurio estaba listo en el interior, las cocinas rebosaban actividad y los músicos ensayaban sus piezas nerviosos ante la ocasión.

La jornada había empezado con un gesto inesperado por parte del califa, que la astucia de Hasday se había encargado de convertir en una experiencia inolvidable para la vieja reina Toda. Sin desvelar el motivo de su petición, había rogado a la anciana que estuviera lista a primera hora de la mañana para salir de su residencia. Era la primera vez que lo hacía durante su llegada a Qurtuba, a excepción de las ocasiones en que había acompañado a su nieto en los desplazamientos diarios hasta las inmediaciones de la Madīnat al Zahra. Ni siquiera la asistencia a los oficios religiosos había servido para quebrar esta orden tajante, pues estos se habían celebrado durante aquellos meses en una pequeña capilla situada fuera de los muros de Qurtuba y cercana a la finca de recreo de Al Hakam. Aquel humilde recinto, un pequeño edificio encalado sin señales externas del uso que se le daba, había acogido en aquellos días a los obispos de Pamplona y de Qurtuba, además de la reina de Pamplona y el depuesto monarca de León con su esposa.

Hasday mismo acudió a recogerla acompañado por un reducido séquito, en el que se encontraba Radhia, la esposa del príncipe Al Hakam, pues necesitaba a una mujer para su propósito. Reconocerlo hubiera resultado inconveniente para los intereses que defendía, pero había aprendido a respetar a aquella anciana a la que Pamplona debía, sin duda, el lugar preponderante que ocupaba entre los reinos cristianos del norte. Admiraba su aguda inteligencia, su osadía a la hora de defender aquello que consideraba justo, y los arrestos que la habían empujado, a sus setenta y cinco años, a promover aquella empresa, llena de peligros y de incierto final.

Se trataba de la tía de Al Nāsir, pero también de la madre del rey de Pamplona y,

por ello, el soberano debía otorgarle el mismo tratamiento que a cualquier representante de otro estado. No se mostraría en su presencia hasta el gran momento, durante la recepción en el Salón Rico, pero tal determinación no le había impedido recabar detalles sobre su persona a quien, durante meses, había compartido las horas del interminable viaje y la ya prolongada estancia en Qurtuba.

De Al Nāsir había partido la iniciativa que aquella mañana iba a llevarse a cabo, pero la puesta en escena recaía en Hasday. Partieron desde la residencia de Al Hakam, las dos mujeres sobre mulas, casi en silencio, pues ni Toda se manejaba en árabe con la suficiente fluidez ni Radhia comprendía el latín ni la lengua vascona, tampoco la variedad del romance que se hablaba en las lejanas tierras del norte. La anciana, quizá por la actitud reservada de Hasday, parecía anticipar que aquella salida tenía algo de especial y no hizo pregunta alguna sobre su destino hasta que se encontraron ante la puerta occidental del palacio califal.

—Estamos frente al *alqásr*, ¿no es cierto? —dijo entonces, sin dejar de pasear la mirada por el entorno, con un semblante que revelaba cierta conmoción.

—Así es, señora —se limitó a responder Hasday.

Entraron sin bajar de sus monturas por un amplio zaguán hasta un patio interior, donde los sirvientes ayudaron a ambas mujeres a descabalgar.

—En efecto, en este momento os encontráis en el interior del *alqásr* de Qurtuba —dijo Hasday después de entregar las riendas—, la residencia principal de los emires de Al Ándalus hasta la construcción de la Madīnat al Zahra.

—Lo sé, y creo adivinar el motivo por el que me has traído.

Hasday la miró con sorpresa.

—Me admira vuestra sagacidad —respondió, sinceramente impresionado.

—No se trata de sagacidad. Me ha parecido reconocer el entorno del palacio, el inicio del paseo que bordea el río, el puente sobre el cauce, más allá…

—¿Reconocer, decís?

—Eso de dicho, apreciado Hasday.

—Para reconocer un lugar, es preciso haberlo conocido antes… —Hasday siguió con aquel juego.

—Y lo conozco. Lo conozco bien. Desde que era niña he escuchado las descripciones más detalladas de este palacio —dijo con emoción, alzando la vista hacia lo alto.

—¿Y quién pudo hablaros en Pamplona de este lugar con semejante detalle? —Radhia intervino también en aquella representación, tratando de hacerse entender.

—Ambos lo sabéis bien: mi madre, Onneca, la abuela de vuestro soberano.

Radhia esbozó una amplia sonrisa.

—Si no recuerdo mal, la bisabuela Onneca murió tras la aceifa que arrasó Pamplona, hace ya…

—Hace más de treinta años, pero las descripciones que mi madre hacía de las maravillas de esta ciudad permanecen hasta hoy grabadas en mi memoria, y conmigo

se irán a la tumba.

Avanzaban por los amplios corredores mientras hablaban, y la turbación de la reina Toda iba en aumento a medida que atravesaban galerías, caminaban por auténticos vergeles interiores o vislumbraban desde las puertas entreabiertas el esplendor de salones y estancias. La presencia de dos corpulentos eunucos les anunció que habían llegado a la entrada del viejo *harem*, donde vivían las esposas y concubinas de algunos de los hermanos de Al Hakam, después de que el califa hubiera trasladado su propio gineceo al nuevo palacio. Toda escrutó a aquellos dos hombres para comprobar por sí misma la presencia de rasgos afeminados, el volumen desproporcionado de sus cuerpos… Por vez primera veía a dos seres como aquellos, pero, una vez más desde que atravesara los muros del *alqásr*, reconocía lo que contemplaba.

—Aquí he de detenerme —anunció Hasday—. Será Radhia la que te guíe en la visita al lugar donde tu madre pasó los mejores años de su juventud.

La emoción que la estremecía podía apreciarse con solo ver su rostro mientras uno de los eunucos apartaba los pesados cortinajes, bajo la bellísima arcada que daba acceso a un lugar desconocido para todo hombre y también para cualquier mujer ajena a los afectos de los miembros de la familia real.

Hasday esperó más de una hora hasta que la sólida puerta que separaba ambos mundos volvió a abrirse. Bajo el dintel apareció Toda con los ojos inundados de lágrimas, incapaz de hablar, aunque a la emoción que mostraba su semblante se sumaba algo que podía corresponderse con una inmensa felicidad. Se detuvo delante de él y, prescindiendo de todo protocolo, olvidando las prohibiciones que su madre había soportado durante años entre aquellos muros, lo tomó de las manos.

—La experiencia que me acabáis de brindar bien merece todo el esfuerzo de estos meses. Aunque no obtuviera ningún otro beneficio de mi estancia en Qurtuba, el viaje habría merecido la pena. Ten por seguro que jamás habré de olvidarlo.

—Esta noche podrás mostrar tu agradecimiento a quien en realidad ha querido que estés hoy aquí —respondió Hasday—. Pero síguenos, la visita no ha terminado.

Cuando atravesaron las puertas que daban al amplio recinto, rodeado por elevados muros, Toda comprendió que no era un jardín interior más, como los que había tenido ocasión de admirar hasta entonces.

—Se trata del cementerio de Al Rawda, el lugar donde yacen todos los emires que han gobernado la ciudad desde tiempos del primer Abd al Rahman.

La anciana trató de tomar aire, pero de su pecho surgió un suspiro entrecortado. El lugar transmitía una calma sobrecogedora. Tan solo las copas más altas de los árboles se veían agitadas por la suave brisa procedente del río, y el único sonido que competía con este era el trino de los pájaros que anidaban entre aquellas ramas, donde nadie osaba molestarlos. Hasday caminó por una de las veredas, entre arrayanes, hasta el espacio central, donde, a intervalos regulares, se alineaban varias sepulturas orientadas hacia el muro de la *qībla*. Sobre cada una de ellas se alzaba una estela de

piedra grabada con los caracteres árabes que revelaban la identidad de su ocupante. Más allá, decenas de enterramientos albergaban a los hijos y las esposas de los soberanos, apretados sin orden entre los muros del jardín.

—Junto a las estelas de los siete emires, hay una de alguien que no llegó a ocupar el trono, a pesar de que era su destino.

—Muhammad…, mi hermano —dijo Toda con un hilo de voz—. Os lo ruego, conducidme hasta él.

Hasday y Radhia permanecieron un paso por detrás de la anciana mientras ella, con esfuerzo, se arrodillaba frente a la tumba. Durante unos minutos, respetaron en silencio su dolor, contemplando cómo una reina cristiana rezaba a su Dios entre los muros del palacio califal, junto a las sepulturas de soberanos que habían sido los más acérrimos enemigos de su fe y cuyos descendientes, sin duda y sin necesidad de que pasaran muchos años, volverían a serlo. El médico se adelantó con presteza para ayudar a Toda a levantarse. Ella rodeó la tumba y deslizó las yemas de los dedos por las letras árabes que componían el nombre de su hermanastro. Luego hizo la señal de la cruz sobre su pecho y terminó llevándose los dedos a los labios.

—¿Por qué Muhammad II? Nunca llegó a reinar con el nombre que le estaba destinado…

—Fue deseo de Abd Allah, su padre, que así se hiciera. En sus últimos días, se mostró profundamente arrepentido por las acciones y omisiones que terminaron con su heredero en esta sepultura. Ordenó que fuera enterrado en la octava fosa, reservando la séptima para él mismo. Dejó asimismo escrito en su testamento que, si algún soberano volvía a reinar en Qurtuba con el nombre de su hijo, lo hiciera como Muhammad III.

—Onneca, mi madre, murió con el deseo insatisfecho de volver a Qurtuba para ver de nuevo a su hijo, al que se vio forzada a abandonar con tan solo dieciséis años. Cuando supo de su muerte, solo quería venir… para visitar el lugar en que me encuentro yo ahora. —Breves sollozos interrumpieron las palabras de la anciana. En ese momento, alzó los ojos al cielo y la oyeron murmurar con palabras entrecortadas.

—Dondequiera que estés, madre, tu sueño se ha cumplido a través de mí. He besado el nombre de tu hijo, grabado sobre su tumba. Ambos podéis descansar en paz.

La reina se entregó a un llanto silencioso y aceptó el cobijo de los brazos que Radhia le ofrecía. Cuando recuperó el control de sí misma, giró el rostro cubierto de arrugas y su mirada se encontró con la de Hasday.

—Gracias… ¡Gracias! —repitió en apenas un susurro—. ¡Muchas gracias!

Cuando la vieja reina, agotada por las emociones de la jornada, manifestó su deseo de retirarse a descansar, su nieto Sancho tuvo la deferencia de acompañarla en el trayecto de regreso a la residencia del heredero. Toda montó sobre la mula engalanada de forma soberbia que la había llevado, y Sancho lo hizo sobre su nueva yegua de raza árabe, un magnífico ejemplar alazán, regalo del califa. Cuando Hasday

los vio partir hacia el camino, todavía iluminado por cientos de teas, contempló la figura del que, estaba seguro, pronto volvería a ser el rey de León y no pudo evitar un secreto orgullo que jamás se hubiera atrevido a manifestar en público. Aunque nadie lo supiera, aquel había sido uno de los retos más inciertos de su carrera como médico, el que más dudas le había generado desde el principio. Pero la dificultad del desafío no hacía sino agrandar la satisfacción que sentía al haberlo superado, y ver alejarse a caballo a aquel hombre de nueve arrobas, recio pero ágil de nuevo, le proporcionaba un sentimiento de plenitud que hacía tiempo que no experimentaba. Recordó por un instante el viaje inverosímil que lo había llevado de regreso a Qurtuba, en el que por vez primera había medido la distancia en arrobas y no en millas, leguas o parasangas. Entonces rompió en una carcajada que hizo volver el rostro a cuantos lo rodeaban.

Sonriente aún, negó con la cabeza y, con un gesto de la mano derecha, pareció pedirles que se olvidaran de lo que acababan de ver al tiempo que se encaminaba de nuevo hacia el interior, donde continuaba la celebración. Llegó a tiempo para escuchar las últimas composiciones poéticas que, al parecer, deleitaban sobremanera a un califa enormemente satisfecho con el pacto que acababa de cerrar. Su mirada se tropezó con la de Dunash, quien en aquellos años había perfeccionado su arte hasta el extremo de rozar lo sublime, a la vez que afilaba el cálamo con el que describía de forma ácida la realidad que lo rodeaba.

—Aunque se han ausentado nuestros invitados, es hora de que compongas unos versos en su honor —le retó, delante de visires y generales—. Hazlo mientras calmo mi sed.

Dunash ben Labrat garabateó unos instantes en el delicado pliego de papel que tenía ante sí y, ante la rapidez que mostraba, Hasday tuvo la impresión de que no hacía sino transcribir los versos que había memorizado con anterioridad, en previsión de una petición como la que acababa de recibir. Entre los aplausos que celebraban la intervención de quien le había precedido, se levantó y ocupó su lugar.

Con el acostumbrado gesto de saludo y respeto al soberano, que de inmediato extendió su mano invitándole a recitar sus versos, alzó la voz, pero no lo hizo para empezar su demostración, sino para explicar su contenido.

—Ruego a mi señor, Al Nāsir li dīn Allah, que se me permita dedicar el próximo poema al hombre que demuestra bien a las claras que nuestro califa está guiado por la mano del Todopoderoso cuando elige a sus colaboradores más directos.

El soberano asintió complacido, y el poeta impostó la voz y comenzó a declamar.

Compongo un poema de alabanza
en honor del príncipe de los judíos, jefe de la Academia,
que ayudó a destruir las fuerzas extranjeras,
que está ceñido de gloria y majestad, revestido de la ayuda divina.
A los insolentes acaba de arrebatar diez fortalezas
haciendo gran poda entre cardos y espinos.

Trajo al hijo de Ramiro, a principales y sacerdotes.
A un señor, caballero y rey, lo trajo como un peón,
bastón en mano, a un pueblo enemigo suyo;
arrastró también a la simple, la anciana Toda,
que revestía realeza como los varones,
con la fuerza de su sabiduría,
con el poder de sus argucias,
con la multitud de sus estratagemas,
con la dulzura de sus palabras.

35

Año 961

Tras las celebraciones de Pesah, Hasday había decidido trasladarse junto a Umarit a la Madīnat al Zahra, al menos de forma temporal. A mediados de Safar, el califa se había sentido indispuesto de manera repentina y, aunque con sus cuidados había experimentado una notable mejoría, no cesaban las recaídas. A sus setenta años, Al Nāsir se había recluido entre los muros de la ciudad palatina, y en los últimos tiempos no se había mostrado a su pueblo sino en contadas ocasiones. Era Al Hakam quien presidía la oración de los viernes en la mezquita aljama, y también quien despachaba con los visires los asuntos del gobierno.

No había sentido nostalgia al abandonar la *almúnya* junto al Ūadi al Kabir, pues hacía tiempo que barajaba tal posibilidad. Dios había bendecido a su familia con el nacimiento de los tres primeros nietos, hijos de Yakob y Elisheva, y parecía dispuesto a seguir proporcionándole una nutrida descendencia, pues también Yorán, que había contraído matrimonio dos años atrás, acababa de anunciar orgulloso que pronto sería padre por segunda vez.

A sus cincuenta años, en plena madurez, Hasday comenzaba a apreciar la quietud y la soledad, los plácidos momentos de lectura y estudio, y el alboroto continuo de los pequeños en los jardines de la *almúnya*, en las albercas y en las estancias de la casa, le impedían concentrarse. Por otra parte, la residencia estaba pensada para albergar de forma holgada a dos familias, y pensaba que su traslado aumentaría la comodidad y la intimidad de sus hijos y sus respectivas esposas. Umarit se había mostrado de acuerdo, a pesar de que la decisión suponía abandonar de forma definitiva el trabajo diario en el *bimaristán*. Podría, no obstante, ejercer su vocación dentro de los muros de la Madīnat al Zahra, donde las necesidades de los cientos de mujeres que ocupaban el *harem*, junto a una creciente población de los barrios inferiores, habrían de ocupar todas sus horas.

Al Nāsir no dejaba que ningún otro pusiera las manos sobre él, ni siquiera los jóvenes aprendices que acompañaban a Hasday en el cuidado de los miembros de la familia real. Solo Abul Qâsim, el discípulo que había sabido ganarse el respeto y la admiración del judío, había conseguido traspasar ese muro. Su pasión por la cirugía le había hecho superar a su maestro en habilidad y en experiencia, pues insistía en atender los casos más comprometidos con el único deseo de acrecentarlas. Cuando Hasday le habló de la posibilidad de curación de la ceguera provocada por las cataratas, se limitó a asentir, y unas semanas después regresó a su lado con la noticia de que partía hacia Fez, donde, según había escuchado de boca de algunos mercaderes, trabajaba un *hakīm* que se jactaba de llevar a cabo con éxito lo que otros consideraban una curación milagrosa.

Abul Qâsim había regresado al cabo de cuatro meses y, por toda explicación,

había citado a varios maestros de la *madrása* para presenciar una intervención. Llegaba provisto de delicados instrumentos que él mismo se había hecho fabricar en Fez, a imitación de los que utilizaba su mentor. Con asombro, Hasday comprobó sin perder detalle la decisión y la maestría de su discípulo, que, con pulso firme, trabajaba en el interior del ojo cegado de un viejo orfebre. Tan solo ocho días después, el mismo grupo se había dado cita para retirar el vendaje al paciente, que no tardó en gritar grandes alabanzas al Todopoderoso, al tiempo que besaba las manos del joven cirujano. La misma intervención, llevada a cabo con la madre de una de las esposas de Al Nāsir, le había proporcionado la confianza del soberano y había terminado por abrirle las puertas de la Madīnat al Zahra. Solo una cosa lamentaba Hasday, una vez comprobada la asombrosa eficacia del tratamiento, y era no haber sido capaz de llevarlo a cabo él mismo para devolver la vista a su viejo maestro, que había muerto sin poder ver su rostro ni el de los suyos.

Aquel éxito parecía haber asentado la confianza del joven cirujano en sí mismo, y desde entonces no dejaba de experimentar con nuevos instrumentos que él mismo diseñaba y se hacía fabricar, había mejorado las viejas técnicas de sutura y había adquirido tal habilidad para intervenir sin dolor usando la esponja soporífera que su presencia era requerida sin cesar por quienes podían permitirse el coste del tratamiento. Pero si por algo el muchacho había despertado la admiración de Hasday era por su empeño en elegir a sus pacientes por el beneficio y la mejoría que pudiera causar en su salud, y no por el tamaño de su bolsa. Así, había comenzado a formar en el *bimaristán* a jóvenes médicos que pudieran emularle y recientemente le había informado de que su intención era empezar a plasmar sobre el pergamino todos los conocimientos, técnicas y secretos de aquella ciencia que El Todopoderoso había puesto a su alcance, para ayuda de quienes le sucedieran en el oficio[17].

Reconfortado con el recuerdo de su discípulo más aventajado, Hasday aguardaba en la antesala de las dependencias del califa a que este tuviera a bien recibirlo. La fe que Al Nāsir seguía depositando en la triaca le llevaba a exigir su dosis periódica, aunque Hasday se la proporcionaba solo de tiempo en tiempo, alegando que un uso continuado podría ocasionar su pérdida de eficacia en caso de auténtica necesidad y provocar a la larga un perjuicio mayor que los beneficios inmediatos. El dolor en el pecho que le había aquejado durante la noche, impidiéndole conciliar el sueño, le había decido a elegir aquel día como el más indicado para suministrarle una porción del bebedizo.

Sentado en el conocido diván, Hasday se miró las manos, cuidadas pero cubiertas ya por una piel agrietada que ponía de manifiesto el inexorable paso del tiempo. Si el califa era ya un anciano de setenta años y su heredero rondaba los cuarenta y cinco, él mismo y su esposa estaban en los cincuenta, y eran abuelos de cuatro hermosos nietos, sin contar con el que estaba en camino. Al echar la vista atrás, su mente se llenaba de las imágenes de una vida plena, en la que había tenido el privilegio de conocer lugares y personas principales con los que muy pocos en Qurtuba se atrevían

a soñar siquiera.

El memorable viaje a Pamplona había sido el último antes de que el califa se negara a prescindir de sus servicios de forma tan prolongada, pero aún evocaba el recuerdo de la vieja reina y del agradecimiento que mostraba en su mirada antes de partir de regreso junto a su nieto. Pocos meses después, había leído con pesar la carta que el rey de Pamplona le había dirigido en persona para anunciarle su muerte repentina. Reiteraba en ella el agradecimiento que su madre, en el lecho de muerte, le había encargado que le transmitiera una vez más, y sumaba el suyo propio, pues, según manifestaba en la misiva, la anciana había muerto reconfortada y en paz tras conocer el lugar donde su madre había pasado veinte años de su vida y después de rezar ante la tumba de su hermano.

Quizás era aquel agradecimiento lo que había allanado el camino para los sucesos que habían tenido lugar solo unos meses después de su regreso. Tal como se había concertado, las tropas de Qurtuba asediaron la ciudad de Zamora donde se refugiaba Ordoño IV, al tiempo que el rey García Sánchez lanzaba una operación de distracción desde el este para mantener ocupado al conde Fernán González. El rey Sancho entró a caballo en Zamora acompañado por sus partidarios, y junto a las tropas sarracenas, y Ordoño solo tuvo la opción de retirarse a Liyūn. Pero el apoyo decidido a Sancho por parte de la nobleza leonesa, encabezada por el conde Fernando Ansúrez, hermano de su esposa, Teresa, obligó al rey destronado a buscar refugio en tierras de Asturias.

Así, hacía un año que Sancho se sentaba de nuevo en el trono de León. Hasta Qurtuba había llegado la noticia de que había jurado, en sagrado y sobre una Biblia, que haría lo necesario para no volver a sobrepasar aquellas nueve arrobas, y los informadores de la cancillería así lo atestiguaban, pues seguían llegando informes que lo situaban efectuando largas cabalgadas junto a sus mesnadas para recorrer los lugares principales de su reino y asegurar la fidelidad de sus magnates.

La puerta de las estancias de Al Nāsir se abrieron para dar paso a uno de los chambelanes, que, con rostro preocupado, buscó a Hasday con la mirada. Los pensamientos del médico se interrumpieron de forma brusca, y su mente tardó un instante en regresar a aquella antecámara del palacio califal.

—Debes entrar de inmediato, *sahīb* —suplicó—. Me temo que nuestro señor está empeorando otra vez.

Tamizada por la vegetación exterior, en la amplia habitación penetraba la cantidad de luz necesaria para proporcionar un ambiente relajado y agradable, el tiempo era fresco aquella mañana de primavera y se respiraba el suave aroma del mirto y el azahar procedente del exterior. El califa, recostado en su lecho sobre almohadones, abrió los ojos al oír los pasos de su médico. En su expresión se advertía una mueca de dolor.

—¡Ah, mi fiel Hasday! —dijo, aún con la voz apagada—. Siempre cerca de mí, siempre presto a acudir a mi llamada.

—Vos me habéis otorgado tal honor. Alabado sea Dios —respondió.

—¡Y pensar que hay quien me lo censura! Se me acusa, lo sé, de haber olvidado que la razón de ser del comendador de los creyentes es ocuparse de los asuntos de los musulmanes y proteger la ley divina. ¡Como si tener a mi lado a un judío me hiciera olvidarlo!

—No debéis preocuparos ahora por tales asuntos. Tiempo tendréis de atajar rumores cuando recuperéis la salud.

—¡Que no me dejo ver por mis súbditos!, murmuran —siguió, sin prestar atención al consejo del médico—. ¡Que me dedico a los placeres en mi palacio! Si pudiera poner cara a quienes afirman tales cosas, les preguntaría si son seguros los caminos, si los jueces actúan como deben sin plegarse a los deseos del soberano, si falta trigo en nuestros silos, ¡si los enemigos son derrotados!

Hasday reprimió un gesto de escepticismo, pues estaba seguro de que si alguien llevara a su presencia a los autores de tales críticas, no tendrían tiempo de responder a sus preguntas antes de que el alfanje del verdugo separara sus cabezas de los cuerpos.

—Sin duda, la respuesta a todas las cuestiones que planteáis sería afirmativa —se limitó a contestar con precaución.

—¿Qué más quieren, pues, de mí? —gritó, colérico, y un acceso de tos le sacudió el pecho. Un esputo sanguinolento manchó la sábana sin que Al Nāsir pareciera reparar en ello.

—No os alteréis, mi señor —trató de calmarlo, al tiempo que le tomaba el pulso.

—Este maldito dolor… no me ha dejado descansar —confesó el califa—. Mi hora debe de estar próxima, pues, en mi desvelo, el Todopoderoso me ha inspirado la idea de poner sobre el pergamino algunos de mis pensamientos, a modo de testamento.

Hasday desvió la mirada hacia la escribanía, donde el pliego seguía aún extendido junto al cálamo, bajo un gran candelabro y varias bujías ya apagadas, a punto de agotarse. De una de ellas todavía surgía un hilo de humo blanco que se elevaba hasta desaparecer.

—A cualquier hora puede llamarnos ante su presencia El que todo lo puede —reflexionó Hasday—. Yo mismo tengo redactadas mis últimas voluntades. Pero permitid que os administre ahora lo que traigo para vos.

—¡Tu triaca! ¡Alabado sea el Misericordioso!

—Os ayudará a descansar.

Al Nāsir se incorporó por sí mismo mientras Hasday vertía el bebedizo en una copa de vidrio. Sabía que el sabor era desagradable en extremo, pero el soberano lo sorbió con avidez, siempre ansioso por experimentar sus efectos. Después, simplemente, tomó un sorbo de un vaso de sirope, que borraba de su paladar el regusto acre de la pócima. Al Nāsir le tendió el vaso y, al hacerlo, lo sujetó por el brazo.

—Mi fiel Hasday… —dijo, mirándolo a los ojos con intensidad—. Hay algo que no he podido escribir en ese pergamino, aunque quizás es lo que más me atormenta en este instante.

—Vos diréis si soy digno de conocer tal secreto…

—No es ningún secreto para ti. A nadie se le oculta la inclinación de mi hijo a la hora de buscar compañía en el lecho, y en modo alguno tal cosa turbaría mi ánimo si no fuera… porque al mismo tiempo parece incapaz de engendrar un hijo en su esposa.

Hasday asintió con la cabeza. Esperaba aquello. Al Nāsir seguía aferrando con fuerza su muñeca.

—Debes utilizar todas tus artes para buscar una solución a esta contrariedad que me impide descansar. Será tu último gran servicio al califa de Qurtuba, cuya llama ya se apaga. Nada me haría más feliz que dejar este mundo sabiendo que en el vientre de Radhia, o en alguna de las concubinas del *harem*, crece el heredero que ha de prolongar el reinado de los omeyas. ¡Dime que será posible!

Hasday tardó en responder. Hacía mucho tiempo que su mente maquinaba en torno a aquel asunto y, aunque todas las soluciones que se le ocurrían rozaban el límite de las leyes de Dios y de los hombres, volvió a cabecear, afirmando. En la mirada de Al Nāsir apareció un atisbo de esperanza.

—Con la colaboración de aquel a quien has designado como heredero, y la ayuda del Todopoderoso, podrá hacerse.

Al Nāsir aflojó el puño con el que aferraba al médico, su expresión se relajó y, con un suspiro, cerró los ojos.

—Hazle venir —pidió.

Hasday se quedó junto a Abd al Rahman hasta que su respiración se hizo rítmica y comprendió que el agotamiento tras la noche en vela y el efecto de las drogas de la triaca habían vencido su resistencia.

El roce de las babuchas sobre las alfombras era el único sonido que se sumaba al trino de los pájaros en el exterior. Hasday permaneció unos instantes en pie, con los brazos a la espalda, contemplando el paisaje por el ventanal. Ciertamente, si el califa quería buscar un lugar que reafirmara su cercanía con el Creador, aquel era el más indicado. En la primera terraza se extendía el más maravilloso vergel, que solo la primavera podía vestir de aquella manera. Más adelante, el brillo de los tejados recubiertos con esmaltes de oro y plata rivalizaba con el reflejo en las albercas del sol, que se alzaba hacia el oriente. Una línea recta trazada desde allí podría pasar por el *mihrab* de la mezquita aljama, el muro de la *qībla* y continuar hasta toparse con la lejana ciudad del Profeta. Las palmeras de los jardines rivalizaban en altura y esbeltez con los alminares de las mezquitas de la ciudad palatina y más allá, confundida entre la bruma, se adivinaba la vieja *madīna*, abrazada por los meandros plateados del Ūadi al Kabir. Resultaba trabajoso imaginar un lugar desde el que pudiera contemplarse mejor panorama que aquel.

Allí hubiera permanecido, absorto en sus pensamientos, si el resquemor de las tareas pendientes no hubiera turbado su ánimo. Se giró para salir en busca del chambelán para que se hiciera cargo de nuevo del cuidado del soberano y, al pasar

junto al escritorio, sus ojos se posaron en el pergamino. La carta manuscrita por Al Nāsir atrajo entonces su atención, y sus pies lo condujeron hasta el sitial que poco antes había ocupado su señor. No se atrevió a alzar el pergamino del tablero, pero le bastó con inclinarse sobre él para leer las últimas palabras escritas por el califa, que susurró en voz baja:

He reinado más de cincuenta años, en la victoria o en la paz; amado por mis súbditos, temido por mis enemigos y respetado por mis aliados. Riqueza y honores, poder y placer han aguardado mi llamada. Tampoco parece haber faltado ninguna bendición terrena en mi felicidad.

En esta situación, sin embargo, he enumerado diligentemente los días de felicidad pura y genuina que me han tocado en suerte: suman catorce.

¡Ah, hombre, no pongas tu confianza en este mundo presente!

La emoción embargó el ánimo de Hasday. Treinta y dos años al lado de aquel hombre, cuando ya había asumido la carga de tener que comportarse como un dios, le hacían comprender el sentido profundo de aquellas palabras. Como médico, más que nadie, conocía bien sus miserias, los momentos de debilidad que debía ocultar para mostrarse magnífico y omnipotente ante sus súbditos. Solo él había escuchado sus confidencias, el deseo expresado en voz baja de poder descender de su pedestal y confundirse con la multitud, de dejar atrás sus pesadas responsabilidades y comportarse como uno cualquiera de sus súbditos.

Se dirigió a la puerta. Cumpliría el encargo del califa e iría en busca del hombre sobre quien, sospechaba que en breve, recaería el peso de la responsabilidad que aún descansaba sobre Al Nāsir.

Aquella mañana, sin embargo, algo iba a hacer desaparecer la melancolía que le había embargado a los pies del lecho de Al Nāsir. Cuando le entregaron la carta, recién llegada a la Madīnat al Zahra, solo le extrañó su gran volumen. El interés se despertó cuando Menahem, su secretario, le explicó que no llegaba por el cauce habitual, sino de manos de un correo que había desembarcado en Al Mariya semanas atrás. Cuando rompió el sello, desenrolló el pergamino y observó la grafía hebrea en las primeras líneas, despidió a su hombre de confianza y corrió ante el ventanal de la estancia en que desarrollaba su trabajo. Se le aceleró el corazón al comprender lo que tenía entre las manos, que habían comenzado a temblarle de forma incontrolable. Incrédulo ante lo que leía en las primeras líneas, su mente se desconectó de todo lo que le rodeaba y se zambulló en aquella carta que había esperado durante tantos años.

Paz para ti del rey José, hijo del rey Aarón el poderoso, que no será perseguido por soldados, que teme a Dios y tiembla ante Su palabra, que honra a los sabios, a los humildes, que se acerca a los pobres y que elige sus palabras de la Torah. Que obedece a los deseos de Su Creador con todo su corazón y toda su voluntad.

A su querido amigo Rabí, Chisdai hijo de Yitzchac, hijo de Ezra, que es amado y honrado por nosotros. Quiera Dios protegerle y cuidarle.

Quiero informarte de que tu carta llegó hasta nosotros por vía de un judío de la

tierra de Nemetz cuyo nombre es Yitzchac, hijo de Eliezer. Nos sentimos muy felices y contentos de recibir noticias tuyas y regocijados por tu sabiduría. Los emisarios de Constantina enviados a vuestro país os dijeron la verdad sobre nuestro reino y nuestras prácticas religiosas. Responderé a todas las preguntas que nos planteabas.

Nuestros antepasados poseen ya cartas y lazos de paz. Está escrito en nuestros anales y es conocido por todos nuestros ancianos. Nosotros hemos oído varias veces de vuestro país y de la grandeza de su rey, quiera el Creador protegerlo y quiera Dios otorgarle el gobierno de sus antepasados en las tierras de este.

Ahora te contaré la historia de nuestros antepasados y os informaremos sobre la herencia que queremos dejar a nuestros hijos. Nos preguntas de qué nación, familia o tribu somos. Te informo de que somos descendientes de Tejeth, de la progenie de Togarma, según la información que he encontrado en los archivos. Togarma tuvo diez hijos: Uygur, el primogénito, Tiros, Avar, Ogur, Barsil, Tarna, Khazar, Sanar, Bulgar y Savar. Nosotros descendemos de Khazar.

Aunque nuestros antepasados fueron pequeños en número, el Sagrado nos compensó con especial fortaleza, poder y valor. Nuestros antecesores lucharon contra muchas naciones, que eran mayores y más poderosas que ellos, pero con la ayuda del Todopoderoso Dios, se hicieron con sus tierras.

Muchas generaciones después, surgió un rey con el nombre de Bulán. Era un hombre sabio y temeroso de Dios. Creía en Dios y abolió las magias e idolatrías del país. Buscó refugio bajo las alas protectoras del Creador. Un ángel se le apareció y le dijo: «Bulán, Dios me ha enviado para decirte que ha oído tu súplica. Te bendice y multiplicará tu descendencia. Hará perdurar tu reino hasta mil generaciones y te librará de todos tus enemigos en la tierra. Ahora levántate antes del alba y ruega a Dios». Y así lo hizo.

Entonces, el ángel se le apareció de nuevo y le dijo: «He visto el camino que has escogido, deseo tus éxitos, y sé que me seguirás con todo tu corazón. Te daré órdenes, estatutos y leyes. Si los obedeces, te bendeciré y aseguraré tu crecimiento». Bulán respondió al ángel: «Tú conoces, oh, Dios, mis pensamientos. Me has examinado y sabes que no he depositado mi confianza en nadie sino en ti.

Al despertar, contó su sueño al rey. Este reunió a sus funcionarios y servidores, a toda la nación, y les contó los sueños de Bulán. El pueblo aceptó entonces la religión para ellos mismos y se puso bajo la protección de la Divina Presencia. Esto acaeció hace trescientos cuarenta años.

Entonces, el ángel se le volvió a aparecer y le dijo: «Construye un templo en Mi nombre y habitaré en él». Bulán respondió: «Señor del Universo, Tú sabes que no poseo ni oro ni plata. ¿Con qué lo construiré?».

El ángel le respondió: «Sé fuerte, toma tus soldados contigo, levántate y ve a lo largo del paso de Dar-í Alan, a la tierra de Persia. Yo pondré sobre terror y espanto en sus corazones y sus riquezas en vuestras manos. He preparado para vosotros dos depósitos; uno de ellos está lleno de plata; el otro, de oro. Tómalos y estaré contigo.

Traerás el oro y la plata de vuelta y los utilizarás para construir un templo en mi nombre».

Bulán actuó conforme a su mandato. Viajó a aquel lugar, llevó a cabo numerosas guerras y salió victorioso con la ayuda de Dios. Limpió la provincia, tomó el oro y la plata, y regresó en paz.

El pueblo santificó los saqueos y los utilizó para construir la Tienda, el Arca, la *menorah*, las Tablas, los altares y las vasijas sagradas. Esto hicieron con la ayuda de Dios. Esos objetos existen hasta este día y están bajo mi protección.

Después, la reputación del rey se extendió a través del mundo. Los reyes de Bizancio e Ismael oyeron de él y le enviaron emisarios con numerosos regalos para persuadirlo de que se convirtiera a su religión… Pero el rey era sabio y respondió de esta manera: «Yo he elegido para mí y para mi pueblo el judaísmo, la religión de Abraham. El Todopoderoso me prestará ayuda, para que al rechazar la plata y el oro que han ofrecido darme, Dios pueda proveerme sin ningún sufrimiento».

El rey se circuncidó a sí mismo, a sus servidores, a sus ministros y a la nación entera. Mandó llamar a sabios judíos que le explicaran la Torah y le presentaron los diez mandamientos. Hasta este día, nosotros permanecemos fieles a la honorable y verdadera religión.

Tras estos acontecimientos, de los descendientes de Bulán surgió un rey cuyo nombre era Obadiah. Fue religioso y recto, y renovó el reino de acuerdo a la ley religiosa. Construyó sinagogas y casas de estudio, y reunió allí muchos sabios judíos. Ellos le explicaron los veinticuatro libros, así como la Mishna, el Talmud y las versiones correctas de las plegarias.

Después de él nació Hezekiah, su hijo. Después de él le sucedió Menashe, su hijo. Después de él se levantó Chanuka, el hermano de Obadiah, y luego Isaac, su hijo, luego Zebulón, su hijo, después Moisés, su hijo, después Nissi, su hijo, después Menachen, su hijo, luego Benyamin, su hijo, luego Aarón, su hijo, y finalmente yo mismo, José, hijo de Aarón. Nosotros somos de este modo reyes, hijos de reyes. Ningún extranjero puede sentarse en el trono de nuestros antepasados. Solamente un hijo se sentará en el trono de su padre. Esta es nuestra costumbre y la costumbre de nuestros antepasados.

En cuanto a tu pregunta sobre la extensión del país, su largo y su ancho, está cerca del río Volga, que a su vez se encuentra cerca del mar Caspio. A lo largo del río, moran muchas naciones, demasiadas para enumerarlas. Todas ellas me pagan tributos. Hacia el sur, hay quince naciones diferentes, los habitantes son demasiado numerosos para contarlos y se extienden hacia Bab al Abwab. Ellos habitan en las montañas. Hacia el oeste, hay tres grandes y poderosas naciones, que viven en las riberas del mar de Constantina. Desde allí, los límites se inclinan hacia el norte, hasta el gran río cuyo nombre es Yuzag. Los habitantes viven en ciudades sin murallas y viajan a través del desierto. Son tan numerosos como las arenas de la playa y me pagan tributos. El ancho de su país es de cuatro meses de viaje.

El país no recibe mucha lluvia, pero tiene muchos ríos con pesca abundante. La tierra es buena y fértil, con praderas, viñedos, jardines y huertas. Todos están irrigados por los ríos. Tenemos todas las clases de árboles frutales en abundancia…

Mencionas en tu carta que deseas ver mi rostro. Yo también anhelo ver el tuyo, y el esplendor y la gloria de tu sabiduría y grandeza. ¡Sea como tus palabras! Si mereciera encontrarme contigo, serías como un padre, y yo para ti como un hijo. Por tus palabras mi nación entera estaría confortada.

Que el Todopoderoso nos conceda la dicha de satisfacer nuestros anhelos. En mi casa tienes tu casa, en mi país la tienen los tuyos, creyentes de la Diáspora, habitantes de Sefarad. Desde hoy arderá un cirio en un lugar principal, y así permanecerá hasta que llegues a nosotros y juntos soplemos su pábilo.

Te deseo la paz de Dios.

JOSÉ, rey de los jázaros

El corazón le latía ya desbocado cuando Menahem respondió a sus voces.

—¿Qué ocurre, Hasday? —preguntó, alarmado.

—Haz que preparen una cabalgadura y llama a mi escolta. Marcho a la sinagoga.

—Pero… —dudó— las órdenes del califa fueron tajantes. No debes abandonar la Madīnat al Zahra.

—El califa duerme y lo hará durante horas. Haz lo que te he dicho…

No obstante, antes de que Menahem hubiera alcanzado la puerta, pareció pensarlo mejor.

—Vuelve, yo mismo daré las órdenes —rectificó—. Mientras, lee esto y comprenderás. En esta carta se confirma la noticia más importante para los judíos de Al Ándalus desde el inicio de la Diáspora.

Su mente bullía. Se veía ya organizando una embajada, y pensaba en los miembros de la academia talmúdica de Qurtuba más apropiados para formar parte de ella. Desearía haber tenido atado todo lo relativo a la financiación de tan oneroso desplazamiento, y para ello necesitaba la anuencia y el concurso del soberano. Pero Al Nāsir descansaba, y quería acudir a la *madīna* para presentarse ante la comunidad judía con la confirmación de que sus planes eran viables.

Debía ir en busca de Al Hakam. De cualquier manera, eran muchos los graves asuntos de Estado que tenía que despachar con él. El dolor en el pecho del califa, que solo cedía con el opio, y aquellos esputos sin fiebre no dejaban lugar al engaño a un médico de su experiencia. El príncipe heredero debía estar advertido de que la hora de su advenimiento estaba próxima. Sin duda, en aquel momento, era el príncipe Al Hakam, el próximo califa de Qurtuba, el hombre al que necesitaba.

EPÍLOGO

36

Año 965

(cuatro años después).

El califa Al Hakam avanzó con solemnidad por la larga vereda que, entre sepulturas, conducía al espacio central del cementerio de Al Rawda, dentro del palacio califal de la *madīna*. La mujer que caminaba a su lado, retrasada tan solo un paso en señal de respeto a su amo y señor, sostenía entre sus brazos al pequeño cuyo llanto rompía el silencio del lugar. El velo que la cubría no dejaba apreciar sus rasgos, pero Hasday los recordaba bien, aunque la vaporosa túnica de seda verde que la cubría, la elegante manera de caminar para impedir que no asomaran ni las puntas de los escarpines y el delicado aroma que dejaba a su paso, la hicieran tan diferente a la mujer, casi una niña, que había descubierto tres años atrás en el mercado de esclavos de Qurtuba.

El cortejo se detuvo en el espacio central del cementerio, donde se alzaba el mausoleo que albergaba los restos del primer califa de Al Ándalus. A su izquierda se encontraban las tumbas de los ocho emires anteriores, y la más cercana era la de su padre, Muhammad. Componían el séquito los hermanos del soberano, sus visires, el *qādī* Al Balluti, el *imām* de la mezquita aljama, el *fatà* Ghâlib… y Hasday, el hombre que seguía gozando de toda su confianza. A la muerte de Al Nāsir, cuatro años atrás, el médico judío había optado por sugerir al nuevo soberano su sustitución y, aunque Ghâlib, el mejor general del ejército, había ascendido hasta ocupar un lugar siempre cercano, Al Hakam se había negado a prescindir de sus servicios.

Durante todos aquellos años en que había ostentado el título de heredero a la sombra de su padre había desarrollado un profundo sentimiento de amistad y camaradería hacia él. No había secretos entre ambos, ni siquiera en la esfera más íntima, la que no trascendía los muros de la alcoba. Quizá por eso el nuevo califa sabía que ambos compartían la aversión al boato y la ceremonia que se había adueñado de la vida entre los muros de la Madīnat al Zahra y, como el mejor de los regalos para el mejor de los amigos, le ofreció dejar sus viejas ocupaciones para hacerse cargo de uno de sus proyectos más queridos. El primero era la ampliación de la mezquita mayor, pero este quedaba en manos de los escogidos arquitectos, alarifes y artesanos llegados de Bizancio y de Bagdad. Fue el segundo, aquel por el que soñaba pasar a la posteridad, el que puso en sus manos. Y lo hizo porque no encontró en Qurtuba un hombre más capacitado ni, sobre todo, más apasionado. Hasday seguiría ocupando el puesto de médico de la familia real junto al joven Abul Qâsim, estaría a su lado como amigo y consejero, pero la ampliación de la biblioteca califal sería en adelante su ocupación principal.

Una vez concluidas de manera definitiva las obras de la ciudad palatina, el presupuesto que en aquellas décadas se había enterrado entre sus muros quedaba

liberado, y solo una pequeña parte bastaría para hacer inigualable lo que ya era soberbio, para convertir Qurtuba en el centro del saber, eclipsando los nombres de Éfeso, Nínive, Alejandría, Bagdad, Constantinopla o Pérgamo; para enviar a un ejército de eruditos y amanuenses en busca de los más preciados tesoros destinados a ocupar sus anaqueles; para atraer a la ciudad a sabios de los cuatro puntos cardinales cargados con el conocimiento adquirido durante generaciones, cada uno de ellos en su propia lengua, para lo que habría de crearse también la mejor y más nutrida escuela de traductores; para seguir experimentando nuevas técnicas que perfeccionaran la ya desarrollada industria del papel… En estos términos había explicado el nuevo califa su proyecto y cuatro años llevaba Hasday dedicado a él en cuerpo y alma, sin duda los más felices de su existencia, apartado por la generosidad de su mentor de la responsabilidad directa en los asuntos de Estado, mientras en su tiempo libre veía crecer a sus nietos en compañía de Umarit y retomaba la atención a los asuntos de la comunidad judía, a cuyo seno había regresado después de fijar su residencia en la aljama, a medio camino entre la sinagoga y la biblioteca del *alqásr*.

En su fuero interno, sin embargo, albergaba el deseo de emprender el largo e incierto viaje a Jazaria, en el que, sin duda, tendría la posibilidad de detenerse en Tierra Santa. ¡Cuántas noches el sueño lo había vencido pergeñando aquel proyecto! Ni Umarit ni sus hijos estaban al tanto, pero sí que lo estaba Menahem, quien había comenzado a establecer los contactos precisos con armadores y viajeros dispuestos a emprender en breve la travesía hacia tierras de Oriente. Fue precisamente uno de aquellos mercaderes quien trajo hasta Qurtuba las desalentadoras noticias que hablaban de la práctica destrucción del reino de los jázaros a manos de uno de sus pueblos vecinos. Dos años llevaba, de nuevo con el ánimo encogido, esperando la respuesta del rey José a la tercera de sus cartas.

Desde la muerte de Al Nāsir, sin embargo, su preocupación se había centrado en la imperiosa necesidad de cumplir con su último encargo y con la promesa que le había hecho en el lecho de muerte. Al Hakam, a los cuarenta y seis años, había ascendido al trono sin descendencia, cuestionado por ulemas, miembros de la *jassa* y clientes de los omeyas. Hasday sabía que aquella situación entrañaba riesgos, pues en la corte circulaba la propuesta de que Al Hakam nombrara heredero a alguno de sus hermanos, que habían sido padres mucho tiempo atrás.

Aunque la manera de conseguir descendencia rozara los límites de la ley de Dios —había dicho en vida del califa—, podría hacerse. En aquel momento se puso manos a la obra y, durante semanas, acudió al mercado de esclavos que tenía lugar a las afueras de la ciudad. No había puesto los pies en un lugar similar desde su infancia, en la lejana Al Mariyat Bayāna, y hacerlo de nuevo atizó en su interior rescoldos que creía apagados. Nada parecía haber cambiado desde aquellos lejanos días, y se vio asaltado por el remordimiento que le provocaba no haber hecho nada para, al menos, mejorar la situación de aquellos desventurados. Se reprochó haber cerrado los ojos a la realidad limitándose a ignorarla, conformado quizá desde su juventud con el hecho

de que su padre hubiera renunciado al comercio de esclavos.

En la cuarta semana de visitas al mercado, le llamó la atención una de las cautivas. Su figura, poco atractiva para la mayoría de los hombres, la había relegado a un grupo que el mercader había apartado para la venta en lote y a bajo precio. Sin embargo, era lo que Hasday buscaba. Se trataba de una muchacha delgada y de brazos vigorosos, acostumbrados sin duda al trabajo duro. No pasaría de los catorce años, y sus senos apenas se destacaban dentro del jubón raído que vestía. El cabello, quizá recortado a modo de castigo, la dotaba de un aspecto más de muchacho que de hembra. Unos *darahim* de plata fueron suficientes para que el sorprendido y satisfecho vendedor se apresurara a deshacerse de ella.

Durante una semana, Umarit trató de ganarse su confianza en la nueva casa de la judería. Curó las llagas de su piel, trató sus ojos legañosos, y las sirvientas la lavaron y despiojaron antes de recortarle los cabellos de forma regular. Al cabo de siete días, apenas habían conseguido hacerla musitar su nombre: Subh. Hasday supuso que aquel no era sino el que le había dado uno de los dueños por cuyas manos había pasado, pero se trataba de un detalle sin importancia. Lo fundamental había sido la respuesta que Umarit le había dado después de su profundo reconocimiento. Estaba sana, al menos físicamente, y era virgen todavía.

Umarit la acompañó el día en que fue trasladada a la Madīnat al Zahra, y fue también ella, en su calidad de *tabība*, quien la introdujo en el *harém* que gobernaba la desdichada Radhia, la primera esposa del califa, incapaz de proporcionarle descendencia. La expresión de asombro no había abandonado el semblante de Subh desde que tuvieron a la vista los muros de la ciudad palatina. Poco a poco, se había aferrado a la única persona que, quizás en muchos meses, le había proporcionado un poco de afecto. A duras penas conseguían entenderse en una lengua que tenía algo de romance pero, con el paso de los días, la muchacha empezó a ser consciente de cuál era el futuro que el destino le tenía reservado si los planes de Hasday culminaban con éxito. Necesitaban su colaboración y por ello le expusieron su propósito con detalle. Reaccionó con asombro ante la revelación de que el soberano no disfrutaba con la compañía de ninguna de las hembras que poblaban aquel *harém*, sino que prefería la compañía de jóvenes efebos, a los que ella debería semejarse el día en que uno de los eunucos la propusiera como solaz del califa. Debía acostumbrarse al nombre de varón con el que sería conocida a partir de aquel momento: Chafar.

Hasday estaba dispuesto a cualquier cosa para cumplir el deseo de Al Nāsir, que no era menor en Al Hakam. Si, como hacían los arrieros, debía dirigir el miembro en el momento de montar a la hembra, como médico lo haría. Y si era necesaria otra presencia masculina que ayudara al éxito de la empresa, rogaría el perdón de Dios, pero no se cerraría a tal posibilidad.

Había transcurrido apenas un año desde la muerte de Al Nāsir cuando el Todopoderoso mostró su benevolencia con el nacimiento, en medio del júbilo general, del pequeño Abd al Rahman. No obstante, el Saytán, los *ifrit*, o cualesquiera

genios malignos que rondaran el palacio del califa, habían puesto fin a la felicidad del soberano y a la tranquilidad en la corte: el pequeño había muerto a los dos años, y Hasday maldijo la necesidad de volver a ofender a Dios. Pero el mensajero que recorre una vez el camino sabe volver sobre sus pasos cuantas veces sea necesario, y el médico que experimenta un bebedizo con éxito sabe que ha de prescribirlo en lo sucesivo. De nuevo fue necesaria la ayuda de un efebo para que el califa de Al Ándalus derramara su semilla en el vientre fértil de Subh, pero el pequeño Hisham había nacido el octavo día de Jumada al Thani[18] y había sido proclamado heredero al trono de inmediato.

Al Hakam se detuvo frente al mausoleo donde descansaba su padre. Su figura inconfundible, de piernas cortas y brazos largos, lucía altiva bajo el turbante hilado con oro y plata y el caftán irisado, que reflejaba los últimos rayos de la tarde. Se volvió hacia Subh, la *umm uallad* que le había concedido el don de la paternidad, en aquel momento la mujer más influyente en la Madīnat Al Zahra, y esta le entregó a Hisham. El califa sonrió cuando el pequeño, atraído quizá por los destellos de las cuentas que adornaban su vestimenta, dejó de llorar y estiró su manita hacia uno de los pequeños rubíes que componían la botonadura.

—Allah Todopoderoso, el Clemente, el Misericordioso, nos ha concedido el más anhelado de los deseos que manifestaste en vida —dijo con su voz profunda—. Cuando la fe en Él no flaquea, sabe recompensar a sus hijos, y aquí está la prueba de ello. Te presento, padre, a tu nieto Hisham, destinado a prolongar tu dinastía, trasplantada por el primer Abd al Rahman a la tierra que nos acoge y que tú supiste elevar hasta situarla cerca del Paraíso, en el que piensa todo aquel que conoce Al Ándalus después de tu reinado.

El califa extendió los brazos con su hijo entre las manos y el balanceo provocó un gorjeo de satisfacción en el pequeño, que despertó las risas contenidas de todos los presentes. Después entregó al niño a su madre, y clavó las rodillas en la pequeña alfombra tendida ante él. Con ambas manos sobre las piernas, inclinó la cabeza y rezó en medio del silencio.

Hasday centró la mirada en la inscripción tallada en la entrada del mausoleo.

Abu l-Mutarrif Abd al Rahman ibn Muhammad ibn Abd Allah ibn
Muhammad ibn Abd al Rahman ibn Al Hakam ibn Hisham
ibn Abd al Rahman
Al-Nāsir li dīn Allah
277 H. - 350 H.
Octavo emir de Al Ándalus 300 H. - 317 H.
Primer califa de Al Ándalus 317 H. - 350 H.

Entrecerró los ojos y alzó su propia oración de agradecimiento a Dios. Sentía de corazón que en aquel preciso instante terminaba su último servicio a los omeyas. Tras

el siguiente amanecer, sería libre para dedicar el resto de su vida a la pasión que le había conducido a Qurtuba siendo apenas un muchacho; a la vocación que había aflorado mientras pasaba los pliegos del libro que había de marcar su existencia: el *Tratado de los simples*. Si alguna vez abandonaba aquella ciudad y su asombrosa biblioteca, sería solo para viajar al lejano reino de Jazaria, si es que Dios le concedía el deseo de volver a tener noticias del único rey judío que regía el destino de su pueblo.

Año 970

Año de la muerte de Hasday ben Ishaq ben Shaprut

Ruego a mi esposa, a mis hijos y a toda la congregación, que no se recite ningún discurso funerario en mi honor. Que no carguen mi cuerpo en un transporte caro. Que laven mi cuerpo, que peinen mi pelo y corten mis uñas del modo que lo hice en vida, para que pueda acudir limpio al descanso eterno del mismo modo que fui limpio a la sinagoga cada Shabat.

A una distancia de treinta codos de mi tumba, deben poner mi ataúd en el suelo y llevarme hasta mi descanso tirando de una soga atada a él. Cada cuatro codos, deben detenerse y esperar un momento. Haciendo esto siete veces permitirán que mi alma encuentre disculpas para los numerosos errores cometidos en esta vida.

Ponedme en el suelo al lado derecho de mi padre Ishaq y de mi madre Nora. Aunque el espacio sea muy pequeño, estoy seguro de que me aman lo suficiente para hacerme un lugar a su lado, como yo lo haré cuando Dios llame junto a Él a la única mujer a la que he amado.

Bibliografía

AGUILERA PLEGUEZUELO, José, «El derecho marítimo, la navegación y el comercio en Al-Ándalus y en la España cristiana», *Revista de Historia Naval*, año XXI, n.º 80, 2003, pp. 7-46.

AGUIRRE DE CÁRCER, Luisa Fernanda, «El texto árabe del *Libro de los medicamentos simples* de Ibn Wafid», *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 3, 1992.

AL-JUSANI, Ibn Harit, *Historia de los jueces de Córdoba*, traducción de Julián Ribera, Renacimiento, Sevilla, 2005.

ALCALÁ MALAVÉ, Ángel, «La materia médica de Disocórides y el esplendor de la alquimia andalusí», 2012, recurso electrónico.

ALI MAKKI, Mahmüd, «La cultura religiosa en el reinado de Abd al Rahman III», *Éndoxa: Series Filosóficas*, n.º 6, UNED, Madrid, 1995, pp. 79-108.

ALMAZROOA, Adnan, et al., Anaesthesia 1000 Years Ago. Narcotics in the Middle Ages and Islamic Era, 2009, recurso electrónico.

ALONSO, José Ramón, *Mitrídates, el rey de los venenos*, blog personal, 2013, recurso electrónico.

ÁLVAREZ DE MORALES, Camilo, *El cuerpo humano en la medicina árabe medieval*, Escuela de Estudios Árabes, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Granada, 1998.

—, *Magia y seres maléficos en el Islam*, Escuela de Estudios Árabes, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Granada, 2011.

ARIÉ, Rachel, «España Musulmana (siglos VIII-XV)», en *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, tomo III, Labor, Barcelona, 1982-1983.

ARJONA CASTRO, Antonio, «La judería en la Córdoba del emirato y el califato», *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 11, Madrid, 2000.

ASENJO MARTÍNEZ, José Luis, *et al.*, *El papel: 2000 años de historia*, Asociación Hispánica de Historiadores del Papel, VIII Congreso Nacional, Burgos, 2009.

ÁVILA, María Luisa, «La estructura de la familia en Al-Ándalus», en *Casas y palacios de Al-Ándalus*, J. Navarro Palazón (ed.), Lunwerg, Barcelona, 1995, pp. 33-37.

AYATULLAH SAYYED ‘ALI HUSAINI AS-SISTÁNI, *Leyes prácticas del Islam*, Fundación Imam ‘Ali (Sección Hispana), Beirut, 1999.

BECERRA ROMERO, Daniel, «Ungüentos, transformaciones y vuelos. Brujería y psicoactivos de la antigüedad…», *Bolskan: Revista de Arqueología*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, n.º 21, 2004, pp. 121-128.

BERNIS, Margarita, «La ciencia hispanoárabe», *Temas Españoles*, n.º 235, Madrid, 1956.

BRISSET MARTÍN, Demetrio E., *Algunos datos sobre las fiestas hispanomusulmanas*, Centro de Estudios Moriscos de Andalucía, recurso electrónico.
BUENO GARCÍA, Francisco, *Hasday ibn Saprut, un jienense ilustre*, recurso electrónico.
—, *Los califas de Córdoba*, Arguval, Málaga, 2014.
CÁMARA EXPÓSITO, Rafael, *Jaén, camino de Sefarad. Los judíos de Jaén*, recurso electrónico.
CANELLAS, Ángel, «Bibliotecas medievales hispanas», *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 31-32, Zaragoza, 1978.
CANTERA MONTENEGRO, Enrique, Aspectos de la vida cotidiana de los judíos en la España medieval, UNED, Madrid, 1998.
—, Los judíos y las ciencias ocultas en la España medieval, UNED, Madrid, 2002.
CAÑADA JUSTE, Alberto, *Sancho Garcés I, Rey de Navarra*, tesis doctoral (ejemplar del autor), Universidad de Navarra, 1990.
—, Nacimiento del Reino de Pamplona. Sancho Garcés I (905-926), Asociación Mayores de Navarra, Pamplona, 2015.
CARRIEDO TEJEDO, Manuel, «Un sol esplendoroso en León: el judío Hasday de Córdoba», *Estudios Humanísticos. Historia*, n.º 7, 2008, pp. 21-60.
CASAL, M. T. y M. CASAL, «El tratamiento de las enfermedades infecciosas en Al Ándalus», *Revista Española de Quimioterapia*, vol. 17, n.º 4, 2004.
CASAL, M. T., *et al*., «Espacio y usos funerarios en la Qurtuba islámica», *Anales de Arqueología Cordobesa*, n.º 17, 2006, pp. 257-290.
CASAS, Nicolás, *Tratado de la cría de… El gusano de seda*, Librería Viuda e Hijos de Antonio Calleja, Madrid, 1844, recurso electrónico.
CASTRO HERNÁNDEZ, Pablo, «La guerra del mundo islámico y su aplicación contra los reinos cristianos. Al Ándalus (X-XI)», revista electrónica *Orbis Terrarum*, n.º 9, Santiago de Chile, 2012.
Catálogo exposición itinerante *La historia judía de Andalucía*, recurso electrónico.
CERRATO, Rafael, «Cartas entre Hasday ibn Shaprut y el rey de los jázaros», blog personal, recurso electrónico.
CHALMETA, Pedro, Presupuestos políticos e instrumentos institucionales y jurídicos en Al Ándalus, V Semana de Estudios Medievales, Nájera, 1995, pp. 51-64.
CHARAGEAT, Martine y M. Ángel MOTIS DOLADER, «Sexo en la Edad Media y en el Renacimiento: entre cristianos y entre judíos», *Historia 16*, año XXV, n.º 306, 2001, pp. 12-22.
CLIMENT DE BENITO, Jaime, Constitución de los primitivos romances peninsulares. Surgimiento y expansión del romance, Biblioteca Virtual

Miguel de Cervantes, recurso electrónico.
CORONAS, L., «El médico judío Hasday ibn Saprut», *Seminario Médico*, n.º 57, 1, Jaén, 2005.
COULLAUT CORDERO, Jaime, «La Simiya (magia blanca) en Al Ándalus», *El Futuro del Pasado*, n.º 1, 2010.
DE CALLATAŸ, Godefroid, «La magia blanca en Al Ándalus», *Al-Qantara*, vol. 34, fasc. 2, 2013.
DE CASTRO, Teresa, *El consumo de vino en Al Ándalus*, XIV Jornades D'Estudis Històrics Locals, Mallorca, 1996.
DE LA PUENTE, Cristina, *Cabezas cortadas: símbolos de poder y de terror. Al Ándalus ss. VIII-X*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección Estudios Árabes, Monografías, vol. XV, 2008.
—, «Límites legales del concubinato: normas y tabúes en la esclavitud sexual», *Al-Qantara*, vol. 28, fasc. 2, 2007, pp. 409-433.
—, «Sin linaje, sin alcurnia, sin hogar: eunucos en Al Ándalus en época omeya», *Identidades Marginales*, vol. XIII, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (EOBA), Madrid, 2003, pp. 147-193.
—, «Mano de obra esclava en Al Ándalus», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie III, Historia Medieval, n.º 23, UNED, Madrid, 2010, págs. 135-147.
DEL MORAL, Celia, *Árabes, judías y cristianas en la Europa medieval*, Seminario de Estudios de la Mujer, Universidad de Granada, 1993.
DEL VALLE, Carlos, «Sobre las lenguas de los judíos en la España visigoda y Al Ándalus», *Revista Sefarad*, n.º 63, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003.
ECHEVARRÍA, Ana, «Explotación y mano de obra en las minas y salinas de Al Ándalus», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie III, Historia Medieval, n.º 23, UNED, Madrid, 2010.
EL-OAZZANI CHAHDI, Loubna, «El proceso penal hispanomusulmán», *Cuadernos de Historia del Derecho*, n.º 13, 2006, pp. 221-260.
ELCOTT, David M., *El ser judío*, American Jewish Committee, Nueva York, 2005.
FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Francisco, *Astilleros: de los barcos antiguos a los galeones*, conferencia, Museo Nacional de Arqueología Subacuática, Cartagena, 2000.
FERREIRA PRIEGUE, Elisa, *Saber viajar: arte y técnica del viaje en la Edad Media*, IV Semana de Estudios Medievales, Nájera, 1993, pp. 75-70.
FIERRO BELLO, Maribel, *Abderramán III y el califato omeya de Córdoba*, Nerea, Madrid, 2011.
—, *Doctrinas y movimientos de tipo mesiánico en Al Ándalus*, Instituto de Estudios Riojanos, Digital CSIC, 1999, recurso electrónico.
—, «Madinat al Zahra, el paraíso y los fatimíes», *Al-Qantara*, vol. 25, fasc. 2,

2004, págs. 299-327.
—, «Pompa y ceremonia en los califatos del Occidente islámico», *Cuadernos del Centro de Estudios Medievales y Renacentistas*, n.º 17, 2009.
—, «Por qué ‘Abd al-Rahman III sucedió a su abuelo el emir ‘Abd Allah», *Al-Qantara*, vol. 26, fasc. 2, 2005, pp. 357-370.
—, «Sobre la adopción del título califal por Abd al Rahman III», *Sharq Al-Ándalus*, n.º 6, 1989, pp. 33-42.
—, y Francisco GARCÍA FITZ, «El cuerpo derrotado: cómo trataban musulmanes y cristianos a los enemigos vencidos (Península Ibérica ss. VIII-XIII)», Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2008.
FUENTE, M.ª Jesús, «Mujeres en la cúspide del poder en los reinos hispánicos de la edad media (siglos VI-XIII)», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie III, Historia Medieval, n.º 16, UNED, Madrid, 2003, pp. 53-71.
G. BÁRCENA, Carles, «El bimaristán, un modelo de hospital islámico», *Natura Medicatrix*, n.º 62, 2001.
GARCÍA DUARTE, Francisco, «El Legado de Al Ándalus», en *Gran Enciclopedia Andaluza del s. XXI*, tomo II, edición electrónica, Centro de Estudios Moriscos de Andalucía, 2002.
GARCÍA SÁNCHEZ, Expiración, *Caña de azúcar y cultivos asociados en Al Ándalus*, Escuela de Estudios Árabes, CSIC, Granada, 1995.
—, *El sabor de lo dulce en la gastronomía andalusí*, Escuela de Estudios Árabes, CSIC, Granada, 2002.
—, «La alimentación popular urbana en Al-Ándalus», *Arqueología Medieval*, n.º 4, 1996, pp. 219-235.
—, Los cultivos en Al Ándalus y su influencia en la alimentación, Escuela de Estudios Árabes, CSIC, Granada, 1988.
GARCÍA SANJUÁN, Alejandro, «La organización de los oficios en Al-Ándalus a través de los manuales de hisba», *Historia, Instituciones, Documentos*, n.º 24, 1997, pp. 201-234.
GARIJO GALÁN, Ildefonso, «Problemática de las traducciones medievales del griego al árabe en el terreno de la botánica», *Al-Andalus Magreb*, n.º 4, Universidad de Cádiz, 1996.
GIL CUADRADO, Luis Teófilo, «La influencia musulmana en la cultura hispano-cristiana medieval», *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 13, 2002.
GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo, «Referencias al papel en fuentes árabes medievales», *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 9, 1998, pp. 41-44.
GONZALO MAESO, David, *Un jaenés ilustre, ministro de dos califas (Hasday Ibn Shaprut)*, Instituto de Estudios Jienenses, Jaén, 1957.
Gozalbes Cravioto, Enrique, «Algunos datos sobre el comercio entre Al-Ándalus y el Norte de África en la época Omeya», *Sharq Al-Ándalus*, n.º 8, 1991.
GRANDA GALLEGO, Cristina, «Al Ándalus: el guerrero cristiano visto por los

musulmanes», *La España Medieval*, n.º 8, 1986.
HIDALGO BRINQUIS, M.ª Carmen, «Técnicas medievales en la elaboración del libro», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 41, n.º 2, 2011, pp. 755-773.
IBN HAYYAN, *Crónica de los emires Alhakam I y Abderrahman II entre los años 796 y 847 (Almuqtabis II)*, traducción, notas e índices de Mahmud Ali Makki y Federico Corriente, Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Zaragoza, 2001.
—, «Al Muqtabis III», traducción de José E. Guráieb, *Cuadernos de Historia de España*, varios números, Buenos Aires.
IBN IDARI AL MARRAKUSÍ, *Historia de Al Ándalus*, traducción de Francisco Fernández y González, Aljaima, Málaga, 1999.
IBN QUTIYYA, *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el cordobés*, traducción de Julián Ribera, Real Academia de la Historia, Madrid, 1926.
IRABURU MATHIEU, Jose María, «Notas sobre la "Campaña de Pamplona (año 924)"», *Príncipe de Viana*, año 38, n.º 146-147, 1977, pp. 131-162.
JIMÉNEZ CASTILLO, Pedro, «Talleres, técnicas y producción de vidrio en Al Ándalus», *Catálogo Real Fábrica de Cristales de La Granja*, Cuenca, 2006, pp. 46-73.
JOHNSON, Paul, *La historia de los judíos*, Ediciones B, Barcelona, 2010.
LACARRA, Jose María, «Expediciones musulmanas contra Sancho Garcés I (905-925)», *Príncipe de Viana*, año 1, n.º 1, 1940, pp. 41-70.
LASCASAS MONREAL, Santiago, «Biografía del café», *Cuadernos de Aragón*, n.º 43, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010.
LEVÍ-PROVENÇAL, E., «España musulmana, 711-1031», en *Historia de España*, de Ramón Menéndez Pidal, vol. IV, Espasa-Calpe, Madrid, 1950.
—, «España Musulmana, 711-1031. Instituciones y Arte», en *Historia de España*, de Ramón Menéndez Pidal, vol. V, Espasa-Calpe, Madrid, 1957.
—, *La civilización árabe en España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1982.
LIROLA DELGADO, Jorge, *El poder naval de Al Ándalus en la época del califato omeya*, tesis doctoral, Universidad de Granada, 1991.
LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, Jose E., *Cristianos en Al Ándalus (siglos* VIII-XII *)*, Biblioteca Gonzalo de Berceo, recurso electrónico.
LÓPEZ DE LA PLAZA, Gloria, *Las mártires voluntarias musulmanas de la Córdoba omeya*, Universidad Complutense de Madrid, Asociación Cultural Al Mudayna, recurso electrónico.
LÓPEZ EIRE, Antonio (coord.), *Dioscórides de Salamanca*, Universidad de Salamanca, recurso electrónico.
LÓPEZ MUÑOZ, José Manuel, La materia médica en la Antigüedad tardía y la Edad Media, recurso electrónico.
LÓPEZ, María Jesús y Charif DANDACHLI, «Plantas: fines terapéuticos en Al Ándalus y sus aplicaciones en la actualidad», *La Naturaleza Andalusí*,

boletín n.º 39, 2005, edición electrónica.
MAHMUD SOBH, «La poesía árabe, la música y el canto», *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 6, 1995.
MAHMUD, Ali Makki, *Ensayo sobre las aportaciones orientales en la España musulmana*, Instituto de Estudios Islámicos, Madrid, 1968.
MANZANO MORENO, Eduardo, «Bereberes en Al Ándalus: los factores de una evolución histórica», *Al-Qantara*, vol. 11, fasc. 2, 1990.
—, «El regadío en Al Ándalus», *La España Medieval*, n.º 5, 1986.
MARCOS BERMEJO, María Teresa, *La fabricación artesanal de papel en Castilla-La Mancha*, tesis doctoral, Madrid, 2002.
MARÍN GUZMÁN, Roberto, «Al Rihla: el viaje científico en el Islam y sus implicaciones culturales», *Reflexiones*, n.º 89, Universidad de Costa Rica, San José, 2010.
—, Sociedad, política y protesta popular en la España musulmana, Universidad de Costa Rica, San José, 2006.
MARÍN, Manuela, «Datos sobre la investigación de delitos de sangre en Al Ándalus», *Al-Qantara*, vol. 26, fasc. 2, 2005.
—, *Tejer y vestir: signos visuales de la identidad andalusí*, Estudios Árabes e Islámicos, CSIC, Monografías 1, Madrid, 2001.
MARTÍNEZ BLANCO, Carmen María, *El niño en la literatura medieval (fecundación, esterilidad, embarazo, aborto, parto…)*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1991, recurso electrónico.
MARTÍNEZ ENAMORADO, Virgilio, «Madinat al Zahra», *Arqueo*, n.º 5, 2002.
—, *Relaciones entre los omeyas y los núcleos cristianos*, Exposición El Esplendor de los Omeyas, Medina Azahara, 2001, pp. 310-319.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Orígenes del español: Focos de irradiación lingüística*, Biblioteca Gonzalo de Berceo, recurso electrónico.
MENOUAK, Mohamed, «Saqaliba: eunuques et esclaves à la conquête du pouvoir… dans l’Espagne umayyade», Academia Scientiarum Fennica, Helsinki, 2004.
MOLINA, Luis, «Sobre el estanque de mercurio de Medina Azahara», *Al-Qantara*, vol. 25, fasc. 2, 2004.
NADALES, María Jesús, «La mujer en Al Ándalus», *Isla de Arriarán: Revista Cultural y Científica*, n.º 28, 2006.
NAVARRO PALAZÓN, Julio y Pedro JIMÉNEZ CASTILLO, *El agua en la ciudad andalusí*, Escuela de Estudios Árabes, Coloquio Internacional Alcalá de Guadaira, 2008, recurso electrónico.
ORTEGA CERVIGÓN, J. I., «La medida del tiempo en la Edad Media», *Medievalismo*, n.º 9, Sociedad Española de Estudios Medievales, 1999.
PAVÓN MALDONADO, Basilio, La decoración de los palacios hispanomusulmanes: Madinat al Zahra, recurso electrónico.

PEÑA, Carmen, *et al*., «Medicina versus cirugía: tratamiento de las enfermedades de los ojos en la obra de Abulcasis», *Dynamis. Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, vol. 21, 2001.

PÉREZ CAJARAVILLE, J. *et al*., «El dolor y su tratamiento a través de la historia», *Revista de la Sociedad Española del Dolor*, n.º 12, 2005.

PÉREZ MARTÍN, Inmaculada, *Bizancio y la península Ibérica*, Nueva Roma, CSIC, Madrid, 2004.

PÉREZ, Joseph, *Los judíos en España*, Marcial Pons Ediciones de Historia, Madrid, 2005.

PHILLIPS, William Jr., «La historia de la esclavitud y la historia medieval de la península Ibérica», UNED, *Espacio, Tiempo y Forma*, serie III, Historia Medieval, n.º 23, UNED, Madrid, 2010.

PUERTO SARMIENTO, Francisco Javier, *La triaca magna*, Real Academia Nacional de Farmacia, Madrid, 2009.

PULIDO PASTOR, A., *Aproximación a la música andalusí*, Centro de Estudios Moriscos de Andalucía, 2003, recurso electrónico.

R. H. SHAMSUDDÍN, Elía, *Dioscórides rescatado por los árabes*, Centro Islámico de la República Argentina, Buenos Aires, 2009, recurso electrónico.

—, «La Medicina en Al Ándalus», en *La civilización del Islam*, Organización Islámica Argentina, recurso electrónico.

—, «La música en el Islam», en *La civilización del Islam*, Organización Islámica Argentina, recurso electrónico.

—, *La navegación en el Islam*, Centro Islámico de la República Argentina, Buenos Aires, recurso electrónico.

—, «Los aromas de Al Ándalus», en *La civilización del Islam*, Organización Islámica Argentina, edición electrónica.

—, «Los judíos del occidente musulmán: Al Ándalus y Sefarad», Centro Islámico de la República Argentina, Buenos Aires, recurso electrónico.

REKLAITYTE, Ieva, «El saneamiento en las ciudades andalusíes», *Anales de Arqueología Cordobesa*, n.º 16, 2005, pp. 207-238.

ROCHER, Begoña, «Ceremonial y protocolo en el califato de Córdoba», *Tulaytula*, n.º 11, 2004, pp. 95-132.

ROLDÁN CASTRO, Fátima *et al*., «Bizancio y Al Ándalus, embajadas y relaciones», *Erytheia*, n.º 9, 1988.

ROMERO BARTOLOMÉ, Raúl, *Hasday, el «hagib» del califa*, Vision Net, Madrid, 2007.

ROSADO LLAMAS, María Rosario, «Erotismo en Al Ándalus: la imagen de la mujer como sujeto y objeto sexual», *Jábega*, n.º 96, 2008.

ROVIRA I PORT, Jordi, *et al*., «Armas y equipos en la Marca Superior de Al Ándalus», *Gladius*, n.º 26, 2006, pp. 149-174.

RUBIERA MATA, María Jesús, «La poesía árabe clásica en Al-Ándalus: época omeya», en *Música y poesía del sur de Al-Ándalus*, Cervantes Virtual, 1995, recurso electrónico.

SAID MUÑOZ, Guadalupe, «Hasday ibn Shaprut: la figura cumbre de la judería de Jaén», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, n.º 197, Jaén, 2008.

SAID-FARAH, M., «El maristán y la madrasa: hospital escuela de Medicina», *Archivos de la Sociedad Española de Oftalmología*, n.º 83, 2008.

SALVATIERRA CUENCA, Vicente, «La judería de Jaén», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, n.º 185, Jaén. 2003.

SAMSÓ, Julio, «Ciencia musulmana en España», *Cuadernos Historia 16*, n.º 92, Madrid, 1997.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio, La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales, tomo I, El Ateneo, Buenos Aires, 1946.

—, Una ciudad de la España cristiana hace mil años: estampas de la vida de León, Rialp, Madrid, 1982.

SERRANO-PIEDECASAS, Luis, «Elementos para una historia de la manufactura textil andalusí (siglos IX-XII)», *Studia historica. Historia medieval*, n.º 4, 1986, pp. 205-229.

SHEIJ HUSAIN ABD AL FATAH GARCÍA, *Usos funerarios islámicos*, Biblioteca Islámica Ahlul Bait, recurso electrónico.

SOUTO, Juan A., «La vida cotidiana en el Toledo islámico», en *Regreso a Tulaytula: guía del Toledo islámico: siglos VIII-XI*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1999, págs. 185-208.

TAWFIK, Aly: «El proceso de traducción en la época abasí», *MEAH*, Sección Árabe-Islam, n.º 51, 2002.

TERÉS, Elfas, «Antroponimia hispanoárabe (reflejada por las fuentes latino-romances)», *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 1, 1990.

TURIENZO VEIGA, Gustavo, *Observaciones sobre el comercio de Al Ándalus*, tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 2002, recurso electrónico.

VALDEÓN, Julio, «El Califato de Córdoba», *Cuadernos de Historia 16*, n.º 3, Madrid, 1995.

VALDÉS FERNÁNDEZ, Fernando, «Aproximación al consumo de hašiš en Al Ándalus», *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*, n.º 3-4, 1984.

—, «De embajadas y regalos entre califas y emperadores», *AWRAQ*, n.º 7, 2013.

—, «En torno a la divinización del Califa», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, n.º 4, 1977, pp. 177-187.

VALLEJO TRIANO, Antonio, «Madinat al Zahra: notas sobre la planificación y transformación», *Artigrama*, n.º 22, 2007.

—, «Madinat al Zahra: realidad histórica y presente patrimonial», *AWRAQ*, n.º 7, 2013.

VIDAL CASTRO, Francisco, «Los cautivos en al-Ándalus durante el Califato Omeya de Córdoba», *MEAH*, Sección Árabe-Islam, n.º 57, 2008, pp. 359-398.
VIGUERA MOLINS, María Jesús, «La organización militar en Al Ándalus», *Revista de Historia Militar*, año XLV, n.º extraordinario 1, 2001.
—, «Lengua árabe y lenguas románicas», *Revista de Filología Románica*, n.º 19, 2002, pp. 45-54.
VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, Francisco Javier, «Sistemas defensivos de la Castilla primitiva», *Espacio, tiempo y forma*, serie III, Historia Medieval, n.º 16, UNAM, Madrid, 2003.
WARCZAKOWSKI, Michal, *Slavs of Muslim Spain*, 2004, recurso electrónico.
ZANÓN, Jesús, «Un itinerario de Córdoba a Zaragoza en el siglo X», *Al-Qantara*, vol. 7, fasc. 1, 1986, pp. 31-52.

Glosario

‘amil: Gobernador de una ciudad musulmana.
a’saifa: Aceifa, expedición militar.
adafina: Guiso judío preparado el viernes para comer el sábado.
al’ard: Alarde, demostración militar.
alhínna: Alheña.
alkuhl: Alcohol.
almúnya: Finca de recreo.
alqabála: Impuesto.
alqasába: Alcazaba.
alqásr: Alcázar.
alqaysaríya: Alcaicería.
al-**qitrán**: Alquitrán.
al-saur: Director del *bimaristán*.
amán: Perdón real.
anaisqhisia: Anestesia.
arráez: Oficial de marina.
assúkar: Azúcar.
aṭibbā: Plural de tabīb, médico.
baīt al mal: Tesoro de la comunidad en la mezquita.
bar-mizwah: Hijo del mandamiento, joven judío al cumplir trece años.
bimah: Tribuna de madera en la sinagoga.
bimaristán: Hospital musulmán.
call: Judería de Barcelona.
cohuerzo: Comida frugal que se toma durante el duelo.
cora: Provincia.
darahim: Plural de dirhem.

dimmi: Miembro de las minorías cristiana o judía sometido al Islam.

dirhem: Moneda de plata.

faluka: Barco mercante de proporciones medianas.

fatà: Esclavos de rango elevado, eunucos o no, que constituyen los grandes oficiales del entorno del soberano. Plural: *fityān*.

fídula: Instrumento musical.

fitna: Guerra civil.

fityān: Plural de *fatà*.

galabiyya: Prenda de vestir larga utilizada en Egipto.

gaón: Director de una academia talmúdica.

gaonim: Plural de gaón.

girbān: Plural de gurāb.

gurāb: «Cuervo», embarcación de guerra de gran capacidad, similar a la galera.

hachīb: Primer ministro en la corte de Córdoba.

hakīm: Maestro en Medicina.

halāl: Alimento que cumple con los preceptos coránicos.

halizah: Rito por el que la viuda sin hijos libera a su cuñado de la obligación de contraer matrimonio con ella.

hamín: Adafina.

hammam: Baño árabe.

harām: Espacio interior de la mezquita ocupado por los fieles.

harem: Zona de la vivienda o palacio destinada a las mujeres.

harrāqa: Nave de guerra normalmente provista de material incendiario.

hasīs: Hachís.

havdalah: Ceremonia que pone fin a algunas festividades judías.

haymah: Tienda de campaña.

hazzán: Servidor de la sinagoga, a modo de sacristán.

hiyab: Pañuelo musulmán con el que las mujeres cubren su cabeza.

hudud: Delito que perjudica los derechos de Allah o el orden público de la comunidad.

hukāma: Plural de hakīm.

huppah: Palio utilizado en la ceremonia de matrimonio judía.

ifrit: Genio maligno.

imām: Clérigo musulmán.

jarayaira: Prostituta.

jassa: Aristocracia árabe.

kasher: Alimentos aptos según las prescripciones de la Torah.

ketubbah: Contrato matrimonial.

khol: Polvo vegetal negro para delinear el borde de los ojos.

kipá: Casquete redondo utilizado por los judíos sobre todo en actos religiosos.

madīna: Ciudad.

madrása: Escuela musulmana.

maqsura: Recinto acotado para el soberano en la mezquita aljama de Córdoba.

mawla: Cliente, aliado.

menorah: Candelabro de siete brazos.

mezuzah: Pequeño pergamino colocado en la jamba de la puerta en las casas judías.

mihrab: Nicho situado en el muro de la mezquita orientado hacia La Meca.

mikweh: Estanque para el baño ritual judío.

mimbar: Púlpito en las mezquitas.

musalla: Alfombrilla utilizada por los musulmanes para orar.

musāra: Almozara, espacio abierto en el exterior de las ciudades en el cual se realizaban demostraciones y desfiles militares.

muyahidyn: Combatiente islámico.

nasí: Príncipe, máximo representante de la comunidad judía.

nay: Flauta oriental.

Pesah: Festividad judía, Pascua judía.

Purim: Festividad judía menor.

qaddish: Oración litúrgica.

qādī: Juez.

qahwah: Café.

qaīd: Alto oficial militar.

qībla: Punto del horizonte o lugar de la mezquita hacia el que miran los musulmanes al rezar.

qiddush: Oración que se recita en las casas de los judíos en determinados momentos.

qirfa: Canela.

qūbba: Tienda, pabellón real del califa.

qur'ān: Corán.

qurqūr: «Carraca» o «caracora», barco mercante de grandes proporciones.

Ros ha-shanah: Festividad del Año Nuevo judío.

sabat: Paso elevado que unía el alcázar de Córdoba con la mezquita, para uso del

califa.

sahīb al suq: Jefe del mercado.

sahīb al surta: Jefe de policía.

sahīb al saga: Gran orfebre real.

salat: Oración musulmana.

saqāliba: Soldados andalusíes procedentes de los países eslavos (y en general del norte de Europa).

sarī'a: Ley islámica.

sawāni: Galeras musulmanas, de caracaterísticas similares al dromón bizantino.

shabat: Sábado, festividad judía.

shofar: Instrumento ceremonial de viento.

simple: Sustancia que entra en la composición de un medicamento.

siqlāb: Esclavo. Plural: saqāliba.

Sukkot: Fiesta de los tabernáculos o de las cabañuelas.

sunbul: Espinacardo.

sunna: Conjunto de los relatos de los hechos y enseñanzas de Mahoma.

suq: Zoco.

tabīb/tabība: Médico. Plural: aṭibbā.

talít: Chal azul y blanco con que se cubren la cabeza los judíos en la sinagoga.

tefilín: Filacterias.

tiraz: Fábrica estatal de telas y tapices.

tiryāq: Triaca.

umm uallad: Primera esposa del califa, madre de su heredero.

waraq: Papel.

Wazir: Visir.

yeshibah: Escuela talmúdica a cargo de uno o más rabinos.

yeshivot: Escuelas talmúdicas.

yihād: Guerra santa del Islam.

yinn: Espíritu maligno.

Yom Kippur: Festividad judía, Día del Perdón.

Glosario toponímico

Al Gârb: Algarve, extremo sudoccidental de la Península Ibérica.
Al Gizah: Giza.
Al Hamma: Alhama.
Al Isqandariya: Alejandría.
Al Ma’dín: Almadén.
Al Mahdiya: Capital del califato fatimí.
Al Mariya: Almería.
Al Mariyat Bayāna: Actual Almería.
Al Rasif: Paseo junto al río en Córdoba.
Al Rawda: Mausoleo interior del alcázar de Córdoba.
Al Yazira: Algeciras.
Amalfi: República italiana bajo influencia bizantina.
Anbūras: Ampurias.
Antaqīra: Antequera.
Aquisgrán: Capital del imperio germano.
Astīban: Fortaleza que se corresponde con la actual Alhambra de Granada.
Audagust: Ciudad africana en la ruta del oro.
Bab al Qantara: Puerta del Puente, acceso a Córdoba.
Bagdad: Capital del califato abbasí.
Bahr al Ahmar: Mar Rojo.
Bahr Arrūm: Mar Mediterráneo, Mar de los romanos.
Balansiya: Valencia.
Banbāluna: Pamplona.
Barsāluna: Barcelona.
Bayāna: Pechina, junto a Almería.
Bulay: Aguilar.

Burbaster: Bobastro.

Daniya: Denia.

Fās: Fez.

Finyāna: Fiñana.

Fraxinetum: Enclave andalusí en la costa franca.

Fustat: Antigua capital de Egipto.

Ifriqiya: Región de África que corresponde en parte con las actuales Túnez y Argelia.

Ilbīra: Elvira, junto a Granada, capital de la cora del mismo nombre.

Isfahān: Isfahán.

Ishbiliya: Sevilla.

Jarunda: Girona.

Liyūn: León.

Madīnat Al Zahra: Medina Azahara, ciudad palatina.

Maghrib: El Magreb.

Malāqa: Málaga.

Marsa'l Jaraz: Puerto del norte de África.

Muish: Muez.

Nakur: Puerto del norte de África.

Niebla: Huelva.

Pampilona: Pamplona.

Qalahūrra: Calahorra.

Qālat Ayyub: Calatayud.

Qālat Rabah: Calatrava.

Qartayāna: Cartagena.

Qayrawán: Kayrawán.

Qurtuba: Córdoba.

Qustantineya: Constantinopla.

Rayya: Cora situada en la actual provincia de Málaga.

Samarqand: Samarcanda.

Saraqūsta: Zaragoza.

Siyilmasa: Ciudad africana en la ruta del oro.

Sura y Pumbedita: Sedes de academias talmúdicas.

Tahert: Ciudad de Ifriqiya.

Tarasūna: Tarazona.

Tenes: Puerto del norte de África.

Tudmir: Cora situada en la actual provincia de Murcia.

Tulaytula: Toledo.

Turtūsha: Tortosa.

Tutīla: Tudela.

Ūadi al Kabir: Río Guadalquivir.

Ūadi Andaras: Río Andarax.

Ūadi Arwad: Río Arga.

Ūadi Bisūrqa: Río Pisuerga.

Ūadi Ibrū: Río Ebro.

Ūadi Is: Guadix.

Ushbuna: Lisboa.

Wangara: Ciudad africana en la ruta del oro.

Yabal Sulayr: Sierra Nevada.

Yayyán: Jaén.

Yilliqiyya: Reinos cristianos del norte de la Península.

Yusāna: Lucena.

Nota del autor

A juzgar por las referencias en las crónicas de la época, Hasday ben Shaprut fue un hombre de excepcional valía y enorme capacidad intelectual.

Las noticias que tenemos de él corresponden a la época en que su actividad llegó a oídos de los cronistas, es decir, cuando ya estaba en Córdoba y al servicio del califa. Los años de su infancia y juventud en Jaén quedan en la penumbra, y tal circunstancia es lo que me ha proporcionado mayor libertad narrativa en la primera parte de la novela, en la que predomina la ficción. Solo la actividad comercial de su padre, Ishaq, el entorno judío en el que tuvo que desenvolverse y los hechos que protagonizó en su edad adulta permiten imaginar cómo podrían haber discurrido su infancia y su adolescencia en Jaén. Así, he dibujado un personaje despierto, de una precocidad sorprendente, interesado por todo cuanto le rodeaba, ávido de aprovechar las oportunidades que la vida acomodada y las relaciones de su padre le ofrecían. Asimismo, resultaba necesario dotarlo de un carácter transgresor frente a las estrictas normas sociales que regían su día a día, sin el cual nadie habría destacado entre sus coetáneos de la manera en que él lo hizo.

Hasday ben Shaprut vivió los años de mayor esplendor de Córdoba, una época de inusitada prosperidad económica, de intercambios comerciales y culturales, y de actividad política y diplomática febril. Un tiempo, en fin, de descubrimientos en todos los ámbitos, que me han permitido integrar en la novela aspectos de gran atractivo para mí: las copias y traducciones de los textos griegos; el desarrollo de la ciencia árabe en todos los campos, incluida la Medicina; la introducción del papel en la Península; el conocimiento de productos exóticos, representados en la ficción por el café…

Documentados están los episodios que transcurren en Córdoba: el acceso temprano al entorno del califa a través del redescubrimiento de la triaca, los sucesivos cargos de responsabilidad que asume el protagonista, las embajadas a Barcelona, a León y a Pamplona, la recepción de las legaciones bizantinas, germanas y la intervención en la curación de Sancho el Craso. Y, por supuesto, su papel fundamental como *nasí* de la comunidad hebrea y mecenas de intelectuales judíos.

El regalo del emperador bizantino, la copia de *La materia médica* de Dioscórides (el *Tratado de los simples*), se convierte de alguna manera en el hilo conductor de la

novela, pues está presente en la ficción desde los primeros capítulos. Sirve para ilustrar los intercambios comerciales con Oriente y para resaltar la pasión de Hasday por el saber; más tarde para relatar las pruebas de acceso al *bimaristán*; para reseñar las dificultades en la traducción de los textos griegos al árabe y, por último, para reflejar el protocolo y los intercambios de presentes en las embajadas que llegaban a la capital del califato.

De esta mezcla de realidad y ficción surge una novela con un centenar largo de personajes, de los cuales solo un tercio son ficticios, mientras que el resto aparece en las crónicas de la época. Tan importantes en la trama son los personajes de ficción (como Umarit, Hakim o Ghâlib, que acompañan al protagonista a lo largo de toda su peripecia vital) como los coprotagonistas históricos: el propio califa, el príncipe heredero o la reina Toda de Pamplona.

En esta novela, como habréis comprobado los que conocéis mis anteriores trabajos, he tratado de aflojar la presión de ese corsé denominado «rigor histórico», de forma más marcada en la primera parte. El contexto en el que se desarrolla la trama se adapta a cada momento de la Historia, pero me he permitido licencias que no estaban presentes en la anterior trilogía sobre Al Ándalus. ¿Existía en Córdoba un *bimaristán* como el que se describe en la novela? ¿Se llegó a fabricar papel en la capital en aquellos primeros años del califato? ¿Se conocía ya el café en la Península? La respuesta a todas estas cuestiones es que, en opinión de los mejores expertos en la época, es probable, pero no se ha probado de manera fehaciente. La ventaja de un novelista es que el género tiene las espaldas anchas para soportar el peso de este tipo de licencias de las que, sin embargo, conviene advertir al lector.

Me gustaría añadir una explicación al final quizás algo abrupto de la novela. Las crónicas refieren que Hasday continuó al servicio de Al Hakam II tras la muerte de Al Nāsir, pero no reflejan actuaciones posteriores a la misión de adelgazar y reponer en el trono a Sancho I el Craso. Así, los últimos años de la vida del protagonista regresan a las tinieblas que envuelven su infancia. No me ha parecido oportuno alargar la novela de forma innecesaria. El reinado del «califa ilustrado», por otra parte, tiene tanto interés que bien pudiera formar parte de otra historia, con otros protagonistas.

Como en mis trabajos anteriores, aprovecho este canal de comunicación para ofrecer la oportunidad de continuar el enriquecedor contacto entre autor y lectores a través del blog de la novela y de las redes sociales.



CARLOS AURENSANZ (23-Julio-1964, Tudela, Navarra) es un escritor español. Estudió la carrera de Veterinaria en la Universidad de Zaragoza y compagina esta profesión con su pasión por la escritura.

Su primera novela vio la luz en 2009, *Banu Qasi*, y en ella reflejaba su pasión por la historia. El escritor plasma tres años de investigaciones en torno a la ciudad de Tudela que se relatan en *Muqtabis*, de Ibn Hayyan. La historia se convirtió en una trilogía con la publicación de *Banu Qasi: La guerra de Al Ándalus* y *Bani Qasi: La hora del califa*. Tras ellas, el autor ha continuado con relatos históricos y de suspense como *La puerta pintada* o *Hasday. El médico del califa*.

NOTAS

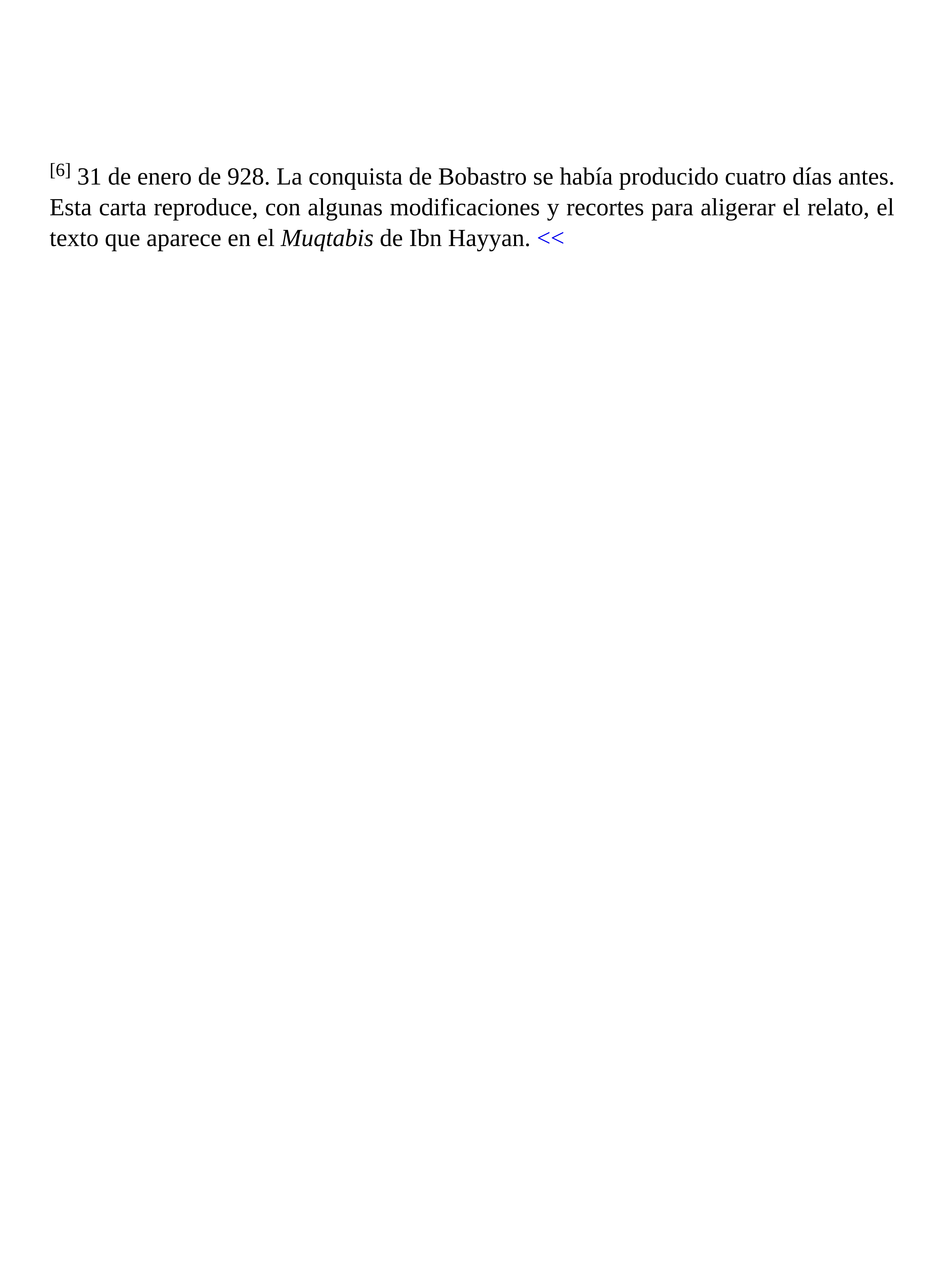
[1] Canela. <<

[2] Espinacardo. <<

[3] Corán, LIX, 2 <<

[4] Corán, XI, 102 <<

[5] Corán, LXVIII, 20 <<



[6] 31 de enero de 928. La conquista de Bobastro se había producido cuatro días antes. Esta carta reproduce, con algunas modificaciones y recortes para aligerar el relato, el texto que aparece en el *Muqtabis* de Ibn Hayyan. <<

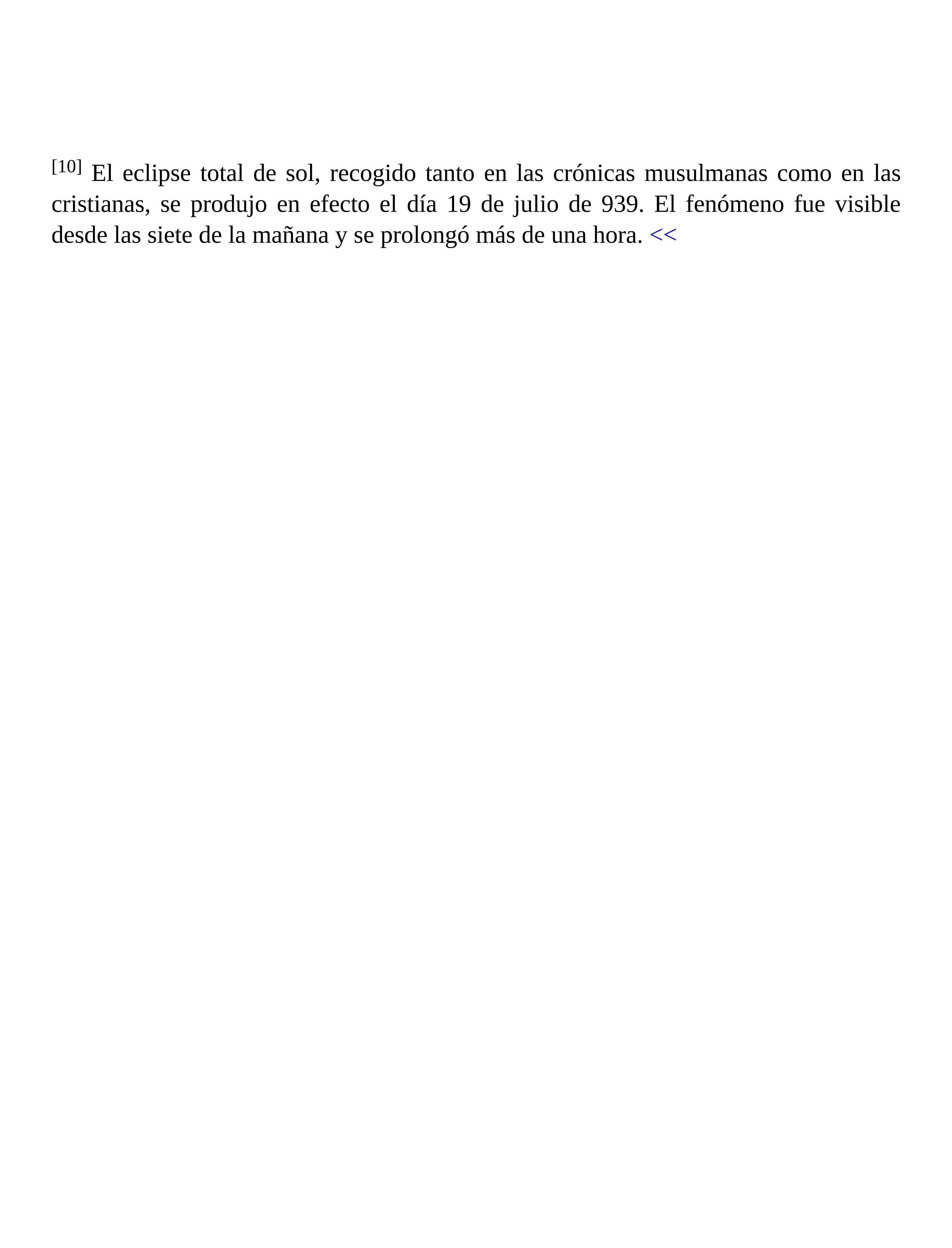


[7] Uno de los términos utilizados por los historiadores árabes medievales para referirse al papel. <<

[8] 45 cc. <<



[9] Finales de enero del año 929, en los días de la proclamación de Abd al Rahman III como primer califa omeya de Córdoba. <<



[10] El eclipse total de sol, recogido tanto en las crónicas musulmanas como en las cristianas, se produjo en efecto el día 19 de julio de 939. El fenómeno fue visible desde las siete de la mañana y se prolongó más de una hora. <<

[11] En las cercanías de la actual Saint-Tropez. <<

[12] El historiador Ibn Hayyan, en su *Muqtabis*, fija la llegada a Barcelona de la escuadra califal procedente de Bayāna el décimo día de Sawwal del año 328 de la Hégira, es decir, el domingo 19 de julio de 940 <<



[13] Ibn Hayyan fecha la recepción de los embajadores amalfitanos el octavo día de Dul Hiyyah de 330 H. (24 de agosto de 942). <<

[14] El ataque al puerto de Al Mariya se produjo la noche del 3 al 4 de julio de 955. <<

[15] Según las fuentes, un intenso temblor de tierra se produjo en Córdoba el miércoles séptimo día de Jumada al Awwal de 344 H. (29 de agosto de 955). Ese mismo sábado tendría lugar una nueva sacudida. <<

[16] Unos doscientos veinticinco kilos. <<

[17] El *Kitab Al-Tasrif*, culminado en torno al año 1000, reunía en treinta volúmenes todos los conocimientos e innovaciones que Abulcasis, el padre de la cirugía, introdujo en la práctica médica. La obra era objeto de estudio en toda Europa quinientos años después de su muerte. <<

[18] 11 de junio de 965 <<